alta toma la dirección de cortar la herradura, aunque no llegue este caso. *Contraria ó pasada*, la que se coloca en el lado izquierdo del animal. *Baja*, la que penetra en el lado del cuello del toro á distancia de más de cuatro centímetros de la médula ó cabello. *Cruzada ó atravesada*, la que sea cualquiera el punto por donde haya entrado, sale más ó menos por el lado contrario rasgando la piel. Entiéndese del mismo modo, aunque no la rompa, siempre que se vea claramente, cuando no ha penetrado todo el estoque, que si éste entrase la rasgaría; lo cual se conoce en que se forma un bulto al animal en el sitio en que se encuentra la punta de aquél, á causa de la coagulación de la sangre. No debe confundirse con la *ida*, porque en esta, aun penetrando todo el hierro, no llega nunca á salir de la piel, y en la cruzada debe suceder irremisiblemente. *Tendida*, la que queda colocada casi horizontalmente en el animal. *Sobrada*, la que entra, como la contraria, en el lado izquierdo del cuello y además es algo trasera. *Caida*, la que colocada á un lado de la médula, y sin ser completamente baja, va con el peso de la espada inclinándose abajo del morrillo. *Pasada por pararse*, la que entrando alta tiene su dirección casi perpendicular. En las estocadas, por más que unas sean más lucidas que otras, el inteligente debe atender primero á la manera con que se han dado que á la fortuna con que el lidiador haya conseguido clavarlas ó colocarlas.

Para que se advierta de cuán distinto modo se apreciaba en el siglo último el mérito de las estocadas al que ahora se concede, véase lo que sobre el particular escribió á primeros del presente siglo el renombrado aficionado D. José de la Tijera:

«El matar los toros de la primer estocada (en el concepto de ser de las que llaman á ley) es una acción de muy inferior mérito que la de realizarlo de mayor número, siendo de igual clase, cuando se introduce casi toda la espada, esto es, si no se detiene en hueso; pues en el caso de que por esta razón no entre, es del mismo modo recomendable su mérito que si se verificase.»

«Para graduar lo expuesto no se necesita meditar otra cosa que es el que lo propio se arriesga el lidiador para dar una estocada bien dirigida, matando de ella al toro, que cuando no lo consigue.»

«No solamente debe hacerse esta reflexión para el propuesto desengaño: es necesario hacer otras más interesantes. Por ejemplo: el lidiador que mata un toro de cuatro estocadas en ley es más digno de aplauso que el que lo hace de ocho semejantes á idéntico número de toros. La razón es tan clara como sencilla. Al paso que el toro va recibiendo más estocadas, se gradúa por momentos su malicia y recelo para la muerte, con las innumerables defensas que su natural instinto le suministra. Progresivamente se cansa, entorpece y debilita la agilidad y fuerzas del lidiador, con singularidad en el brazo derecho, para dirigir con acierto las estocadas. El tino mental se ofusca para resolver sin dilación las sucesivas suertes, ardides y tretas extraordinarias y conducentes, con singularidad á vista de un concurso, que ya sabe comienza á censurarle sin razón; y esta sola, no haciendo mérito de las demás insinuadas, es bastante para convencimiento de lo manifestado.»

1790. — MUERTO Á METISACA. — F. NOSERET

«Los estoqueadores menos expertos ó principiantes vemos que comunmente dan una ó dos estocadas con algún acierto, el que pierden luego, y se hallan como atados é indecisos para continuar. Otras muchas y no menos invencibles pruebas se producirían al intento, si se tratara de ampliarnos todo lo que exige este dilatado particular.»

«Ya que hemos tocado el de matar y en lo que consiste su más alto mérito, es de tener en consideración que este se multiplica con exceso cuando el lidiador mete y saca la espada con limpieza y gallardía, bien sea la estocada alta ó bien baja. Es

decir, que respectivamente aquélla y ésta son, en su clase, más plausibles cuando se saca la espada que dejándola metida.»

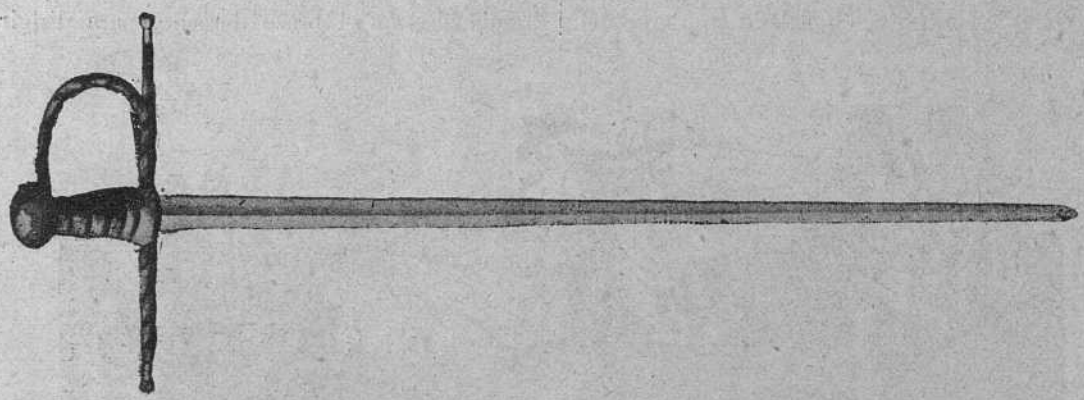
«La prueba es tan obvia, que aun el menos reflexivo conocerá que el introducir la espada consta sólo de un tiempo y el sacarla de dos, con la diferencia que al primero contribuye la velocidad con que el toro avanza y se entra por ella, y para el segundo esta gran velocidad es un gran obstáculo para sacarla instantáneamente, á cuya dificultad se agrega la de que toda la acción del segundo tiempo pende absolutamente de parte del lidiador, y es necesario que para ejecutarla se detenga duplicados instantes en lo más crítico y arriesgado del acto.»

«Aunque la operación demostrada presenta más expuesto al lidiador, también le produce, no sólo el insinuado superior mérito y lucimiento, sí también la ventaja de que en los continuos relances ó recargos del toro pueda defenderse de él, dándole otra ó más estocadas, haciendo brillar su habilidad y rematándole con la prontitud que apetece el público, y en muchos casos le será excesivamente más fácil que volviendo á buscar y preparar el toro de segunda intención.»

«No hay arte, ciencia ni oficio en que las reglas generales tengan más excepciones que en el de torear, y así es que, entre otras, se supone que lo sentado, en cuanto á quedarse el lidiador con la espada en la mano, tiene la de trabarse entre los huesos ó no dar lugar al toro á sacarla, por embestir con suma rapidez. En lo relativo á meterse el toro por la espada, es otra excepción la de cuando se le mata á vuela-piés, en cuya operación, si el toro no avanza más ó menos (como suele suceder), la acción del primer tiempo explicado se verifica toda de parte del lidiador, y de consiguiente la del segundo, en el caso de sacar la espada.»

A pesar de los esfuerzos de imaginación que hizo el señor La Tijera para considerar de mayor mérito matar un toro de tres ó cuatro estocadas y para enaltecer el *metisaca*, que es la voz moderna, no consiguió que su doctrina echara raíces. El público de todas partes admira más al lidiador que mata *á ley* (como él dice) un toro con una sola estocada que el que le aburre con varios pinchazos, y mejor quiere el estoque en el cuerpo de la res, para ver su altura y dirección, que el *metisaca*, del cual pocas veces puede hacerse cargo. Los tiempos pasan y las exigencias son mayores cada vez.

Estoque.—Tiene de largo desde el pomo á la cruz cinco centímetros, y desde ésta á la punta unos setenta y cinco, poco más ó menos. Toda la guarnición debe ir arrollada con cinta de lana y el pomo de piel, para que la mano no se escurra y sea más segura la dirección de la estocada. Llámase también espada al estoque, y hay otras algo más delgadas á que se da el nombre de verduguillos. Los toreros tienen la costumbre, antes de estrenar un estoque, de templarle en la sangre de un toro recién muerto, y un chulo suele introducirle en el cuerpo del animal por breves momentos con ese fin. No se crea que el estoque debe ser de acero flexible ó templado, sino duro y forjado, de manera que más bien se tuerza que se rompa. En Valencia es donde se hacen mejores estoques y verduguillos.



Estoqueador.—El que estoquea. Dícese principalmente de los toreros que matan los toros con estoque. Exacta es la definición de la Academia; pero poco usada entre la gente del *arte*.

Estornino.—Fenomenal toro lesaqueño, cárdeno claro, lidiado el 15 de Junio de 1851 en Málaga, en una famosa corrida en que hubo ejemplares soberbios en tipo y en bravura. Creciéndose al cas-

tigo recibió más de cuarenta varas, siendo tan codicioso y duro, que en una atravesó el redondel formando grupo admirable jinete caballo y toro, con Redondo cogido á la cola de *Estornino*. ¿Cuándo vemos hoy esto? Le mató Nicolás Baro, por ser el sexto y último de la corrida.

Estornino.—Toro de la ganadería de Lesaca, cárdeno obscuro, que se corrió en cuarto lugar en Madrid el domingo 31 de Octubre de 1852. Su condición de blando no merecería que de él se hiciese mérito, si no hubiese habido con él varios lances dignos de tenerse en cuenta. En primer lugar, el notable picador Lorenzo Sánchez fué estrepitosamente aplaudido al ponerle las dos únicas varas que le colocó en los rubios, quitándole la divisa, lo cual le valió le arrojaran una corona, que también pudo considerarse como premio á lo bien que había trabajado en toda la temporada. Además, el célebre banderillero Blas Méliz *(Minuto)* intentó saltarle al trascuerno, y por haberse retrasado el toro, cayó aquél sobre las astas, recibiendo dos ligeros puntazos. *Cúchares* le capeó y puso dos pares de banderillas como despedida de temporada, y, finalmente, este fué el primer toro que mató en Madrid Antonio Sánchez *(El Tato)*, siendo aun banderillero, con gran aplauso por el trasteo que le dió y porque le descabelló á la primera. En algunas plazas de provincias llaman estornino al toro negro zaino que tiene algunas, aunque pocas, manchas blancas, insuficientes para considerarle berrendo y sobradas para tenerle por girón. Nevado es como deben llamarle.

Estrada, Duque de.—Caballero toledano que vivió desde fines del siglo XVI hasta mediados del XVII. En el año de 1615, en un empeño de á pie que tuvo en Nápoles, y que él había inventado, consistiendo en esperar al toro en medio de la plaza con garrocha en mano, á pie firme para clavársela en el testuz y sacar luego la espada, defendiéndose y ofendiendo á cuchilladas, fué revolcado y lastimado gravemente, pero no herido de asta.

Estrada, Vicente.—Formó parte, como banderillero de la cuadrilla de *Costillares*, en el último tercio del siglo XVIII.

Estrañi, D. José.—Ni con más sal ni con tanta gracia como este antiguo redactor de *La Voz Montañesa* hay quien escriba revistas de toros. Ya lo sabe él, y lo sabemos todos desde hace muchos años, porque es común opinión, pública voz y fama.

Estrella, Conde de la.—Su Memoria dirigida al rey D. Fernando VII motivó la resolución de éste, decretando en 28 de Mayo de 1830 la creación de la escuela de tauromaquia en la ciudad de Sevilla. Justo es que su nombre figure en nuestro Diccionario, tanto más cuanto que en dicho documento se descubre al aficionado inteligente que sabe lo que escribe y asegura; tal es la riqueza de detalles teóricos y técnicos que contiene. El Sr. D. Pascual Millán ha hecho un buen servicio á la historia del arte taurino publicando dicha Memoria en su preciosa obra *La Escuela de tauromaquia de Sevilla*.

Estrems, Joaquín *(Valencia)*. — Banderillero principiante, que dicen es atrevido. No le hemos visto.

Estrems, Emilio *(Valencia)*.—Banderillero de toros en novilladas, atrevido y sin carecer de gracia, y al parecer tampoco de valentía. Empieza ahora, no le hemos visto más que parear un toro, y eso es muy poco para formar juicio.

Estribo.—Llámase así el escalón de la barrera que á la altura próxima de medio metro tiene aquélla en la parte exterior, ó sea en la que mira al redondel. En la mayor parte de las plazas de toros está pintado de blanco para que el diestro pueda fijarse con facilidad en un color que tan perfectamente divide el negro de la parte baja y el encarnado obscuro de la superior. También se llaman estribos los que tiene la silla de montar del picador, y que son cubiertos y de hierro, de la forma llamada vaquera.

Extraño.—La sorpresa ó susto que sienten y manifiestan, tanto el torero como el toro, estando uno frente al otro. En el primero denota poca serenidad; en el segundo, recelo ó temor. El *Diccionario* de la Academia lo define en distinto sentido.

Ezpeleta, Francisco.—Cuando nosotros vimos, hace ya muchos años, torear, ó mejor dicho, matar toros á este espada, no nos gustó, ni debía gus-

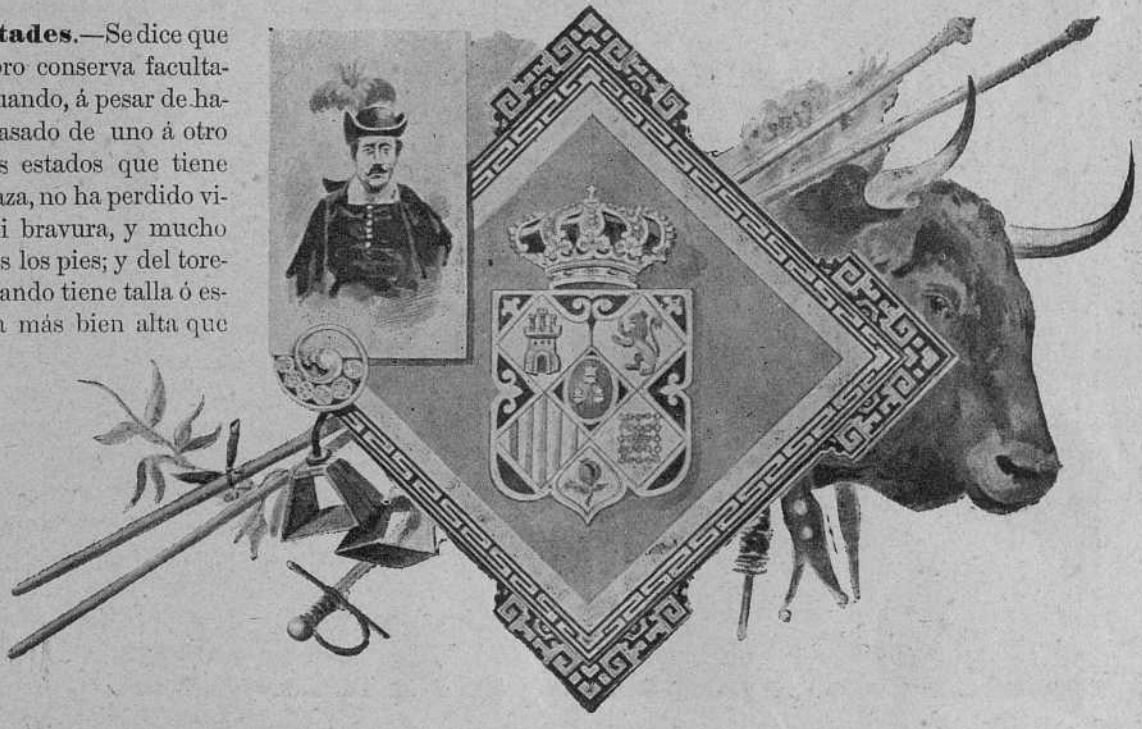
tarnos, porque ya era viejo, grueso y sin poder. El pobre, si se le venía el toro, le esperaba, saliendo, como Dios quería, si no pasaba las de Caín. No sabemos lo que sería en sus mocedades, porque ya en el año de 1826 era matador de toros por delante de José de los Santos.

Ezpeleta, Francisco.—Ha habido un banderillero de este nombre, hijo del anterior; pero no le hemos conocido. Falleció en Cádiz en el mes de Febrero de 1891. En algunos carteles aparece con el alias de *Bolita*.

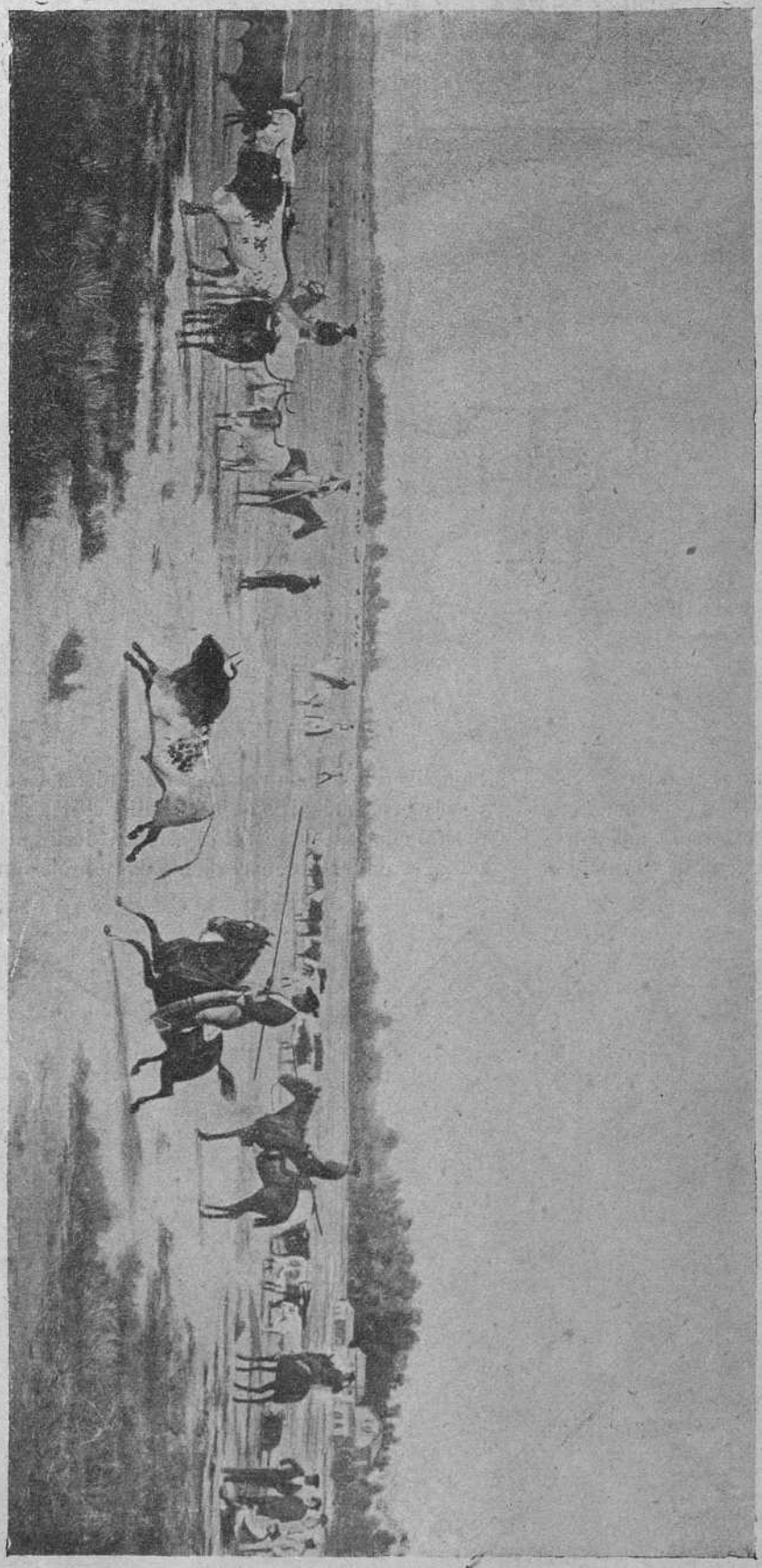
Ezpeleta, Ignacio.—Banderillero un tiempo en la cuadrilla de Montes. Cumplía bien sin distinguirse. No sabemos si era hijo, hermano ó pariente de Francisco. Todavía trabajaba en 1857. Después no hemos vuelto á saber de él. Era un poco echado para adelante, si bien toreando alguna vez se echó para atrás. Aunque sin alternativa mató algunos toros en el año de 1845 y posteriores.

Fabre, José.—Picador de toros regular y nada más, que perteneció á la cuadrilla de Juan León por los años 1832 en adelante. El año anterior á ese trabajó en las corridas de feria de Sevilla.

Facultades.—Se dice que un toro conserva facultades cuando, á pesar de haber pasado de uno á otro de los estados que tiene en plaza, no ha perdido vigor ni bravura, y mucho menos los pies; y del torero, cuando tiene talla ó estatura más bien alta que baja, ligereza, fuerza y poder en las piernas, buena vista y juventud. Si con estas facultades no es buen diestro cualquier torero, forzoso será decir que le faltan serenidad y conocimiento de su profesión.



Facultades, Germán.—Es un matador de toros americano, que en España no ha toreado ni es conocido. Parece que no es de los más distinguidos, si juzgamos por lo que acerca de su mérito dice la prensa de su país.



ESCOGIENDO UNA CORRIDA. — DÍEZ. — *De la galería del Excmo. Sr. Duque de Veragua*

Faena.—Se llama así el ejercicio que en general hace el diestro; de modo que cuanto mejor ejecutadas sean por él las respectivas suertes de que consta el toreo, mejor y más lucida será la faena que con los toros haya tenido. Es decir, que la faena es lo que realmente constituye la lidia; pero debemos advertir que casi siempre se aplica dicha palabra á la brega que pasando de muleta ejecuta el matador antes de estoquear al toro.

La faena de campo es la que más agrada al aficionado que en ella toma parte. Son sus más esenciales detalles aquellos que entusiasman por el goce personal que siente todo el que tiene valor y posee inteligencia taurina; y si además es buen jinete y monta caballo de su satisfacción, puede consumar con arte y gracia faenas de mérito, en que la alegría entra por base y el júbilo y la satisfacción como digno remate de la fiesta. Mucha diversión ofrece un *herradero*, donde los aficionados hacen gala de su atrevimiento ante el testuz de un ternero, llevando con gusto unos cuantos revolcones por sujetarle; todavía es mayor el de la *tienta*, en que, tanto á pie como á caballo, hay ocasión de lucirse y de ser revolcado; pero entre todas las faenas, ninguna hay más hermosa y gallarda que la de perseguir á caballo, en campo abierto y garrocha en mano, á un toro ya hecho, bien sea

para derribarle, enlazarle ó apartarle del resto de la vacada, sacándole de ella, y á otros seis ú ocho sucesivamente, á fin de *escoger* y componer con todos una «corrida» próxima á ser lidiada. Es constante el caracoleo que alrededor de la piara ha de hacer el jinete ó los jinetes que á separarle se dediquen, porque unas veces el toro á quien se quiere apartar, y otras alguno ó algunos de los que con él están juntos, suelen acometer, y forzosamente hay que ir sorteando sus embestidas yendo, viniendo, acercándose, retirándose, ya en línea recta y rápida, ya formando curvas, elipses, círculos y semicírculos; y toda la fatiga que esta continuada faena proporciona al jinete y al caballo la considera recompensada el primero cuando ve salir en dirección al cabestraje, preparado al efecto lejos de la vacada, al toro *escogido*, á quien persigue sin descanso y con viveza, garrocha en ristre, para que no se vuelva y con la precaución consiguiente á evitar un percance si tal acontece. No se comprende más que viéndolo el interés, el anhelo con que se presencia una de estas faenas, que es muy difícil pintar bien, si ha de haber en el cuadro verdad real y positiva. Una idea aproximada, sin embárgo, da el lienzo que pintó el famoso pintor sevillano, D. Joaquín Díez, pocos años antes de su fallecimiento.

Representa el cuadro, con mucha exactitud, un «apartado» en la posesión cercana á Madrid titulada La Muñoza, que no hay aficionado verdadero en la corte que no la conozca. El sitio de la faena es el llamado «la dehesa» del lado de acá de los molinos; y fué señalado (porque el asunto es histórico) para escoger en él una corrida de toros de Veragua, que se lidió en la plaza nueva en el mes de Septiembre de 1874. El precioso toro berrendo que, acosado, ocupa el centro del cuadro, se llamaba *Cometo* y fué lidiado en quinto lugar; su dueño, el actual señor duque, que es el que le persigue inmediatamente, está admirablemente retratado, no menos que el que fué nuestro amigo é inteligente aficionado D. Ignacio Pérez de Soto, que, con el encargado de la piara, Remigio Losa, le siguen á caballo. En el grupo de la derecha, según se mira, aparece sentado el autor del cuadro, señor Díez, y los que están á su lado, empezando de derecha á izquierda, son los señores Carranza y Valle, D. José María Albareda, D. Antonio Boria y Angel López *(Regatero)*.

Los que aparecen á caballo, en tercer término, son los en aquel tiempo célebres garrochistas don Benjamín Arrabal y D. Lorenzo Fernández de la Somera, y, por último, el cabestrero que está á pie es Félix Ballesteros *(El Zurdo)*, que ahora es mayoral de la plaza de toros de esta corte, y los dos últimos á caballo, en la izquierda, D. Salvador González Montero y D. Francisco Iribarren.

Hay tan exacta precisión de distancias, tan feliz combinación de grupos, y, en conjunto, tal verdad en tan precioso lienzo, que sólo al verle puede formarse idea de lo que es un *apartado de toros en el campo* y la animación que produce en los inteligentes tan brillante faena.

Falseta.—(Véase Derribar).

Fañar.—En lo antiguo y aun ahora en algunas provincias de España y Portugal, se dice así, para denotar la acción de cortar parte ó despuntar las orejas de las reses.—Esta operación se practica generalmente al hacer la tienta, y rara es la ganadería de casta acreditada que no tiene como señal distintiva el corte, en una ú otra forma, de las orejas al toro de lidia.

Farfán, Manuel. — Contemporáneo de Martín *(Castañita)*, con quien en 1846 trabajó en la cuadrilla de *Cúchares*. No se distinguió ni por bueno ni por malo.

Faria, Francisco.—En 1815 empezó á poner banderillas este torero portugués, que adelantó no poco y de quien algunos aprendieron. Murió en 1838.

Faria, Manuel.—Este banderillero, que no sabemos si fué hermano ó pariente del anterior, quiso también ser torero en 1820, pero falleció al año siguiente en aquel país.

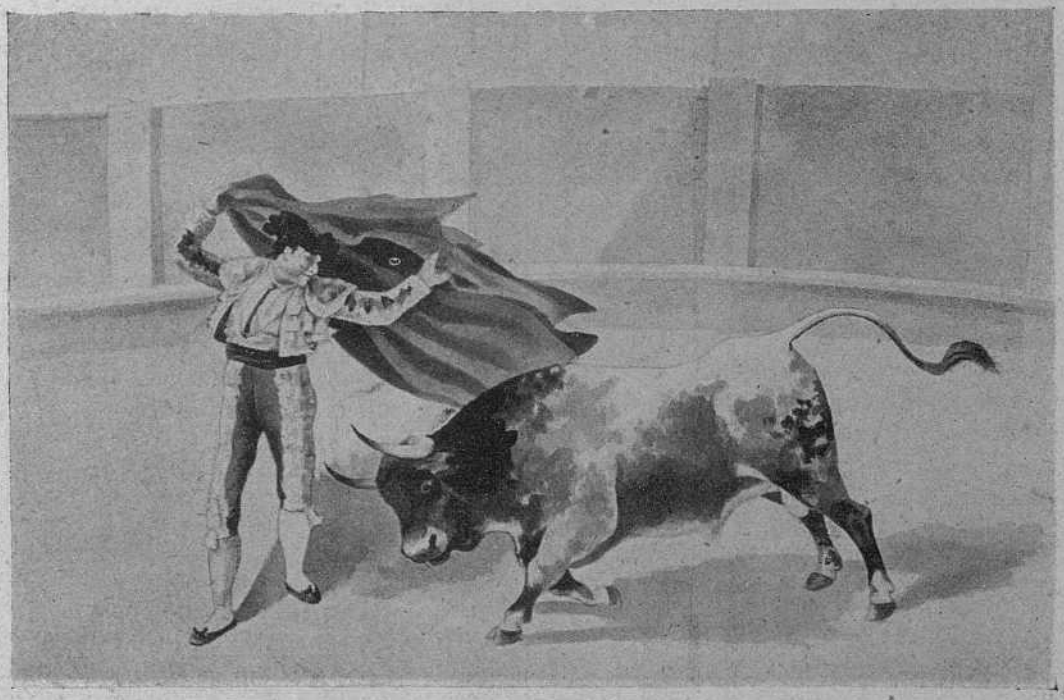
Faria, Antonio.—También con antelación de un año se presentó á banderillear éste, entonces muchacho. Fué muy aceptable y murió en 1837.

Faria, Miguel.—Con general aceptación y buenos deseos trabajaba en las primeras plazas del vecino reino de Portugal este notable banderillero lusitano de excelentes facultades para la lidia. Hace tiempo que no hemos oído su nombre en parte alguna: creemos ha fallecido.

Faria, José.—Escritor portugués que, á juzgar por las reseñas que ha publicado en la *Naçao* y en el *Jornal do Comercio* de aquel país, se conoce que tiene inteligencia, independencia de carácter y

sabe lo que dice, cosa no muy común en la crítica taurina.

Farpa.—Así llaman en Portugal á la especie de banderillas largas que usan para castigar los toros.



SUERTE DE FAROL. — **MACÍAS**

Farol.—Hay en la suerte de capeo una que puede llamarse derivación de la nombrada verónica, y que han dado los aficionados en llamar de farol. Ni *Pepe Illo* ni Montes la describen, y esto prueba que ó la dieron poca importancia, ó más bien que la consideraron comprendida entre las de dicha clase. Consiste en ejecutar el lance de capa á la verónica, y cuando el toro sale de jurisdicción, y por consiguiente el diestro se halla fuera de cacho, saca la capa, y pasándola en redondo sobre su cabeza, la coloca en sus hombros. Suele ser el remate ó final de los lances de capa á un toro. La equivocan muchos con galleos que se hacen con la capa puesta, y suponen que éstos, repetidos tres ó cuatro veces, constituyen la suerte que va dicha, lo cual no es exacto. En los galleos hay siempre quiebro de cintura y cambio de paso ó cuarteo, y en esta suerte, como en todas las de capear, es lo más perfecto mover poco los pies y hacerlo todo con los brazos. Es de mucho efecto esta suerte si el lidiador la repite con buen éxito más de dos veces, en cuyo caso en cada ocasión que extienda la capa, la gire á un lado y la vuelva sobre su cabeza sin dejarla en los hombros como hemos dicho, ha de llevar cuidado de volverse de espaldas al primitivo sitio que tuvo, porque el toro va recogido en los vuelos del capote y no deja de perseguir el engaño. No debe hacerse esta suerte más que con toros boyantes y sencillos que no estén parados y mucho menos aplomados.

Son de madera quebradiza y tienen el largo del rejón; pero ni la lanza ó pincho son iguales, ni tampoco la parte superior ó empuñadura. Es, pues, la farpa, una banderilla de metro y medio de larga, revestida de papel ó cintas algunas veces, y otras sin adorno de ninguna clase. Farpa primero y después arpón se llamaron en Castilla las banderillas cuando se ponían al toro una á una, lo cual se verificaba llamándole ó esperándole con una capa en la mano izquierda, y cuando humillaba en ella, con la otra mano clavaban el arpón. Esta suerte, según dice un autor, data de 1709; pero nosotros la creemos muy anterior, fundándonos, entre otras cosas, en que el inmortal Goya pinta en su colección taurómaca, láminas 7.ª y 8.ª, moros á pie con arpón en la forma referida.

Farpeador.— Aunque éste es el verdadero nombre que debe darse al que clava farpas en los

toros, llámasele comunmente rejoneador sin que realmente lo sea, porque no es lo mismo herir para matar hundiendo el rejón, que enganchar el pincho de una banderilla. Estas se ponen una á una quebrándolas como al rejoncillo, casi siempre á caballo levantado, caracoleando con él alrededor de la fiera hasta llegar á un centro, naturalmente más apartado ó distante que el necesario para poner un peón banderillas al cuarteo, pero en igual forma. También se clavan emparejándose con el toro y antes de que éste se revuelva; pero si esto es fácil con un bicho de pocos pies ó huido, es muy expuesto con el que esté aún vigoroso, y pocas, muy pocas veces, á manera de rejón, esperando con capote de ayuda al estribo. Es suerte en la que siempre se sale por piés, muy vistosa y que acredita de gran caballista al buen jinete: ejecútanla con maestría verdadera los portugueses; deben usarse para ella caballos ensayados al efecto, muy ligeros y de potentes ancas, ó sea fuerza en los cuartos traseros, y cuidar mucho de no hallarse en corto terreno frente al toro, porque entonces será difícil la salida sin quebranto.

También colocan desde el caballo algunos farpeadores unas banderillas que llaman *ferros curtos*. Según dicen allí los maestros en el arte de torear á caballo, el poner dichos hierros cortos ó banderillas desde el jaco no tiene arte, pues para el buen cavalheiro se debe siempre estilar la farpa larga que le permite ponerla *sin encorvarse*, que esto es muy feo y contrario á las reglas de equitación, lo cual no obsta para que algunos se valgan de ese medio para obtener aplausos, aunque sean de gente ignorante, que cree más difícil la suerte así, al ver clavar dos banderillas.

Lo principal es tener un caballo bueno que sepa cuartear, arrimándose bien á los toros; pero ya se ve, también trasciende á Portugal la gracia de los adornitos y falta de formalidad, que sólo un día, con determinado toro boyante podría tolerarse, puesto que esa como otras, no son suertes de toreo que el arte admite.

Hace más de cuarenta años vino á España el

FARPEADOR PORTUGUÉS (José Bento d'Araujo). — **De fotografía**

cavalheiro Antonio d'os Santos al frente de una cuadrilla de farpeadores á pié, que vestidos de indios esperaban á la puerta del toril la salida del toro, é hincando rodilla en tierra, le clavaban don-

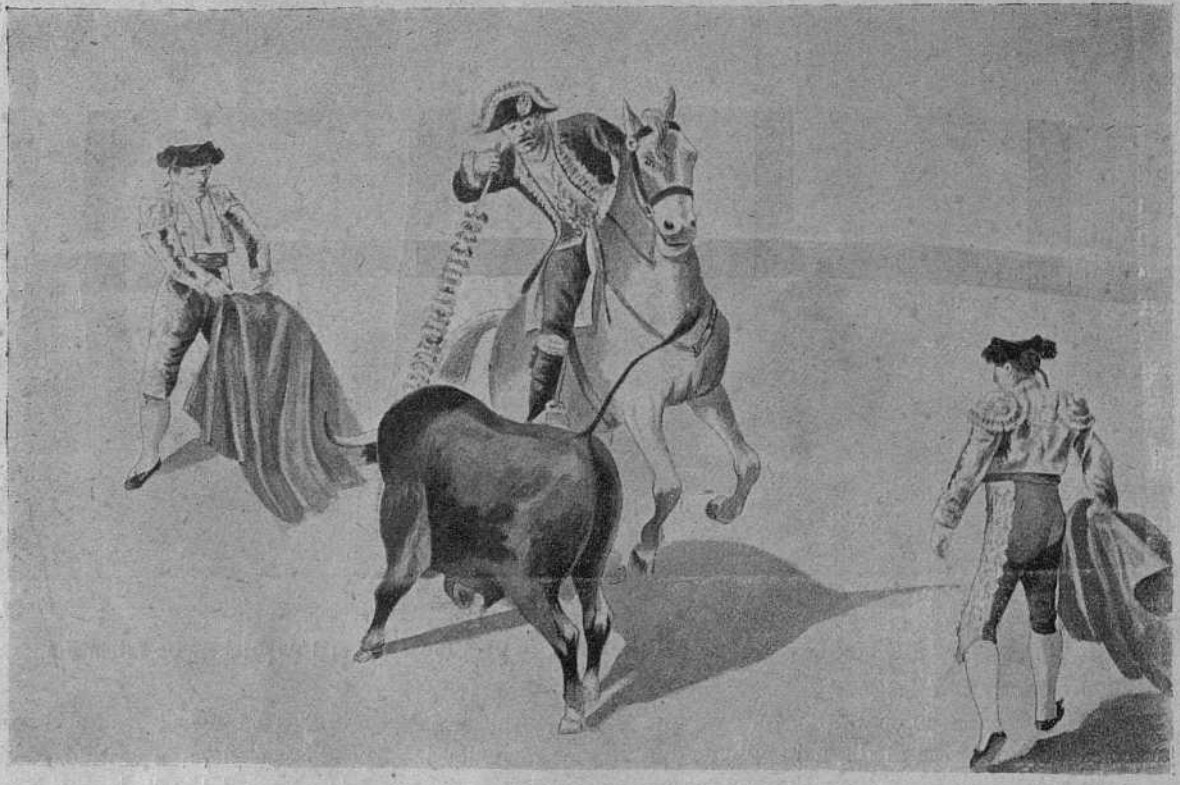
de podían la farpa, sufriendo los pisotones y cogidas consiguientes é inevitables.

Farpear *á pié*, que allí llaman «intervalo taurino», es brutal y falto de arte. Colócanse uno ó más hombres á porta gayola, ó en cualquier sitio de la plaza, de rodillas, sentados ó echados y cuando el toro les embiste, pínchanle con las farpas y el toro rebrinca, pisoteándolos casi siempre y tirando por el aire algunas veces al que puede enganchar en su carrera. Casi todos los que farpean de este modo son negros desdichados que mueren pronto á fuerza de los porrazos que reciben. Hará próximamente un año que en la plaza de Setubal se presentó á lidiar un toro de ese modo un *intervalheiro*, con otros, llamado Pas Paulino, muy conocido en todo aquel país, y ridículamente vestido con frac y corbata blanca que contrastaba con el negro color de su rostro: esperó al toro, sentado en una silla, farpa en mano y colocado de costado, le clavó la farpa, se tiró al suelo muy oportunamente, pasó el animal rebrincándole y pisoteándole, y nada más. A pocos portugueses gusta este modo de farpear á pié.

PAS PAULINO, NEGRO FARPEADOR

El verdadero toreo portugués consiste en clavar desde el caballo á las reses bravas, que siempre van emboladas, las farpas, cuya descripción queda hecha en el lugar correspondiente, colocándolas una á una sobre el morrillo del toro y quebrándolas al ponerlas como los rejoncillos españoles. En este ejercicio son muy diestros los naturales de aquel país, que tienen especial habilidad para educar los caballos, hasta el punto de que muchos de éstos saben por sí solos rehuir la acometida de la fiera, saliendo de pronto por el lado contrario, ó acelerando su carrera. El traje que usan «os cavalheiros» es muy vistoso y muy parecido al que en España llamamos á la Federica.

A pie capean y corren los toros, como aquí en España, si bien son pocos portugueses los que llegan á igualar á los peones de nuestro país: clavan banderillas como las nuestras, también con menos habilidad por lo general, pero con tanta valentía, que suelen esperar al toro «á porta de gayola,»



CABALLERO PORTUGUÉS FARPEANDO

que es la del toril, y clavarlas con prontitud y con acierto, pasando luego las reses á ser *pegadas* (sujetas) de frente, de espaldas ó de costado por los mozos de forcado (1), que son bravos á toda prueba.

Hace ya tiempo que muchas personas ilustradas del vecino reino quisieran ver en él implantadas las corridas de toros á la española; pero si alguna vez consiguen ver realizados sus propósitos, tendrán necesidad de acudir forzosamente á nuestros toreros, que en un período más ó menos largo puedan enseñar á los naturales de aquel país los secretos del arte, cuya práctica desconocen.

Por lo demás, el encierro y apartado de las reses los verifican poco más ó menos como nosotros, sólo que los vaqueros llamados «campinos» usan en vez de garrochas largas castigaderas, y se sirven de mayor número de bueyes para la conducción. Se nos olvidaba decir que en Portugal no se permite la lidia de toros de puntas, sino embolados.

Feijóo, José.—Era una esperanza para el toreo, que se apagó muy pronto. Joven y apuesto, pareaba con gracia y desenvoltura, y le hemos visto matar regularmente, sin atolondramiento, algún toro de novillada. Falleció en Madrid, á consecuencia de la enfermedad de viruelas, á las doce de la mañana del domingo 21 de Diciembre de 1873.

Feijóo, Manuel.—Picador de toros de poco nombre, que tiene buenos deseos y no se presenta mal. Va muy despacio en su profesión; tan despacio, que ya le van olvidando los matadores y los empresarios.

Felipe IV.—Este rey, cuya afición á la caza de toda clase es tan sabida, lanceaba y rejoneaba toros en montería con notable destreza. Dicen que en su tiempo se mataban ya toros con espada desde el caballo, lo cual se refiere á los años de 1630 á 1660; y comprueba esto en cierto modo el célebre pintor Goya en su famosa colección de láminas, cuando vemos una en que un caballero de aquella época da muerte á un toro desde el caballo con espada. En nuestros tiempos lo ha verificado alguna vez, con buen éxito, el picador de toros Pedro Romero *(El Habanero)*, que perteneció á la cuadrilla del célebre José Redondo.

---

(1) Véase PEGADORES.

Félix, Carlos.—Torero portugués, que por valer poco, trabaja únicamente en las plazas de tercer orden. Todavía puede adelantar, que nunca es tarde si la dicha es buena.

Fenech, D. Luis.— Natural de Madrid, arquitecto provincial de Toledo, que hizo los planos y dirigió la construcción de la bonita plaza que tiene dicha ciudad. Casi todo el edificio es de piedra, bastante espaciosas las dependencias que comprende, y pueden colocarse dentro de él muy cómodamente nueve mil espectadores. Está situada cerca de la fábrica de armas de la imperial ciudad.

Fernández de Cadórniga, D. Josef.—Antiguo escritor del siglo XIII, á principios del cual escribió unas *Reglas de torear á caballo*, dedicadas al excelentísimo señor Conde de Maceda, titulándose en ese escrito, aficionado andaluz, oriundo de Galicia.

Fernández Moratín, D. Leandro.—Conocido entre los árcades por *Inarco Celenio*. Hijo de D. Nicolás, descendiente de una noble familia de Asturias y nacido en Madrid á 10 de Marzo

de 1760. Fué uno de los mejores cronistas y defensores de las corridas de toros, y tiene la envidiable suerte de ser el autor de las preciosas y magníficas quintillas de la composición que tituló:

Fiesta antigua de toros en Madrid, que está considerada como una verdadera joya literaria, modelo en las de su clase. Murió en Burdeos en 21 de Junio de 1828.

Moratín, haciendo un profundo estudio de los modelos clásicos, consiguió la reputación á que aspiraba; es el Moliere español, y á falta del famoso dramático francés no hubieran dejado los de su nación de contentarse y honrarse con el nuestro. Fué dichoso en cuanto emprendió como poeta y como crítico, y si le alcanzaron también parte de las desdichas que halló en nuestro suelo el usurpador francés, no por eso deja de alabarse hoy su memoria y darle el preferente puesto que debe ocupar en el Parnaso español.

Fernández Moratín, D. Nicolás.— Célebre escritor público que floreció en fines del siglo XVIII. Fué uno de los más constantes defensores de las fiestas de toros, y escribió en 1777 una preciosa *Carta histórica* sobre el orígen de las mismas al príncipe Pignateli. Falleció en Madrid el 11 de Mayo de 1780. Dicen autores que el abuelo de Moratín (debe ser el padre de este) mató un toro de una sola estocada en los rubios antes del año de 1700. Es superior á su hijo D. Leandro en buen gusto y celebridad.

Fernández, Tomás.—En la cuadrilla que dirigía en el siglo pasado el matador Juan Romero figuraba como banderillero éste, que fué compañero del afamado Apiñani.

Fernández de Córdoba, D. Luis.—No es el general de este nombre que en el presente siglo militó en España. Fué un caballero rejoneador que se lució en unas fiestas reales celebradas en el Perú en el año de 1632.

Fernández, Lorenzo (*Lorencillo*).—Natural de Cádiz, bajo de estatura y sucesor en las lides taurinas del célebre Martincho, al que si bien no aventajó, no por eso desmerecía en el ejercicio de su profesión.

Fernández, José (*El Cerrajero*).—A fines del siglo pasado era uno de los lidiadores que con más aceptación tomaron parte en las mojigangas de novillos de la plaza de Madrid.

Fernández, D. Román.—Caballero en plaza que quebró rejoncillos en las fiestas reales celebradas en Madrid en 1846 con motivo del casamiento de la reina doña Isabel II y su hermana doña Luisa Fernanda. Era el primero en los carteles de los caballeros nombrados por S. M. para el primer día, que fué el 16 de Octubre. No tuvo la suerte de lucirse.

Fernández, Facundo.—Picador de toros de poca nota que en el primer tercio del presente siglo trabajaba detrás de Puyana y Ortiz.

Fernández, María.—Torera madrileña que, en la plaza de la Puerta de Alcalá de la capital de España, se presentó *sin reparo* alguno á ejercer su arte en una novillada el año de 1822.

Fernández, Benita.—Haciendo compañía á la anterior, *compareció* en el mismo día esta desgraciada, natural de Aranda de Duero.

Fernández, José (*Bocanegra*).—Fué un banderillero regular. Aunque con buenos deseos y facultades, tenía el defecto de salirse antes de tiempo del centro de la suerte. El infeliz murió en la sala de toreros del Hospital general de Madrid, á consecuencia de la cogida que tuvo en la plaza de la Puerta de Alcalá en la tarde del día 3 de Mayo de 1852, al concluir la suerte de banderillas, en que salió trompicado y cayó, y al quererse incorporar le metió el asta por la espalda el cuarto toro, de la ganadería de Durán, llamado *Maragato*. Fué su muerte muy sentida por sus compañeros; y su jefe de cuadrilla, José Redondo (*El Chiclanero*), costeó todos los gastos de enterramiento, funeral, etcétera, habiéndole acompañado á la última morada los toreros residentes en Madrid y la mayor parte de los aficionados de todas clases y condiciones. Era casado, natural de Chiclana y de veintiseis años de edad. Vivió en la calle del León, número 23, cuarto segundo, casa donde también falleció Manuel Jiménez (*El Cano*). El cadáver de Fernández fué inhumado el 6 de Mayo de 1852, en la sepultura núm. 33, galería segunda izquierda del camposanto de la Sacramental de San Ginés y San Luis.

Fernández, Antonio (*Barillas*).—Picador de fuerza y corpulento. Se retiró á Barcelona á dirigir varias empresas de compra y venta de ganados, que dicen entendía perfectamente. Fué su época por los años de 1840 á 1850. Dudamos viva todavía; en los carteles de las funciones reales cele-

bradas en Madrid en 1878, con motivo del casamiento del Rey D. Alfonso XII, ha figurado por antigüedad á la cabeza de los picadores; pero ya en 1885 se hallaba en aquella ciudad completamente ciego y desvalido.

Fernández, Juan.—Mataba novillos en 1823. Era natural de Sevilla, y no hay de él más noticias.

Fernández, Ramón *(El Esterero)*.—Durante algunos años este picador ha trabajado bien en varias cuadrillas, aunque no siempre con fortuna. Le faltaba agilidad. Murió en Madrid el 30 de Abril de 1877 de enfermedad del hígado, según unos, y tisis laríngea, según otros, á los cuarenta y dos años de edad. Trabajó á las órdenes de *Cúchares* y luego con otros principales espadas posteriores al año 1858.

Fernández, Julio.—Picador de regulares condiciones que trabajaba con acreditadas cuadrillas, aunque no era muy notable. Había en él voluntad, pundonor, y no era mal jinete. Empezó en 1869; hoy no sabemos qué ha sido de él.

Fernández, Angel *(Calzones)*.—Poquísimas veces hemos visto trabajar á este banderillero, y no nos gustó, por su aceleramiento. No sabemos si se habrá parado, porque no hemos vuelto á verle ni á oir hablar de él en parte alguna.

Fernández, Pedro *(Valdemoro)*.—Trabajó en las funciones reales celebradas en Madrid el 24 y 26 de Enero de 1878; es hermano mayor del espada Angel, nacido, como él, en Valdemoro, partido judicial de Jetafe, en la provincia de Madrid, y vino al mundo el día 26 de Noviembre del año 1833. Principió el oficio de pintor; pero le abandonó pronto, dedicándose desde la edad de dieciséis años á la lidia de reses bravas, para lo cual demostró muy pronto felices disposiciones y un entusiasmo como pocos han tenido. No hay que juzgar á Fernández solamente en el concepto de torero, sino como una especialidad para implantar, digámoslo así, las corridas de toros en cuantos países ha recorrido de Europa y América; tal es su afición y su vehemente deseo para dar á conocer en el mundo el arte que es patrimonio exclusivo de los españoles. Después de ponerse al frente de una cuadrilla que en 1853 dió en Nimes (Francia) dieciocho ó veinte corridas, y en el siguiente año otras tantas en el mismo punto, quiso perfeccionarse en la Península, y hasta 1868 toreó al lado de los famosos matadores *Cúchares*, el *Salamanquino*, Sanz, Domínguez, *Lavi*, *El Tato* y otros, lo mismo en Madrid que en la mayor parte de las provincias. Llegó el último año citado, y desde entonces, Montevideo, Lima, el Callao, Costa Rica, San Salvador, Guatemala y la Habana presenciaron sus triunfos, en recuerdo de los cuales conserva valiosas dádivas de algunos de sus habitantes y corporaciones benéficas. Méjico, Orizaba y Veracruz admiraron también en él el arte español, y no contento con esto, consiguió en las naciones de Europa que más critican nuestro espectáculo propagar la afición al mismo, celebrando corridas de toros en Arlés, Nimes y Perpignan, en Lisboa, y hasta en Milán, obteniendo frenéticos aplausos. No ha habido nadie que con tal tenacidad haya recorrido tantas partes del mundo, guiado sólo del entusiasmo por el difícil arte del toreo; y, por lo tanto, nada más justo que tributarle aquí el aprecio que merece. Podríamos citar muchos pormenores y sucesos de su errante vida, las alternativas de próspera y adversa fortuna que ha experimentado; pero estos detalles no darían más significación al torero.

Fernández, Angel *(Valdemoro)*.—Tomó la alternativa de matador de toros en la plaza de Madrid el 13 de Octubre de 1872. Nació en la villa de Valdemoro, partido de Jetafe, junto á Madrid, el

día 1.º de Marzo de 1840. Sus padres, Juan Anacleto Fernández y Antonia Severa Pérez, labrado-

res en dicha villa, dedicaron á su hijo al oficio de carpintero; pero desde la edad de dieciseis años ya empezó éste á correr novillos en cuantos pueblos inmediatos podía, y á los veintiuno abandonó completamente el martillo y el escoplo por el capote y las banderillas. Desde el principio se advirtió en él mejor disposición para matador que para banderillero, porque con el trapo en las manos paraba mucho; así que después de unos cuantos años, en el de 1871, marchó en clase de matador al Perú, toreando veinte corridas en Lima con gran aplauso, y al volver á España tomó la alternativa en Madrid el 13 de Octubre de 1872, que le dieron Cayetano Sanz y Salvador Sánchez. Desde entonces su suerte ha sido variada, sufriendo muchas cornadas, sin que su valor haya amenguado, y alternando en plazas de primer nombre, en el puesto que por su categoría le corresponde, con todos los espadas conocidos en su época; pero donde ha obtenido ovaciones, que á cualquier artista satisfacen, ha sido en la Habana, en cuya plaza el año 1873 fué obsequiado con un beneficio, alhajas y dádivas de valor; y antes, en 1871, en Lima le premiaron con la medalla de oro, creada en aquella ciudad para recompensar el mérito y los conocimientos en el arte, que demostró especialmente en la corrida de 20 de Agosto. Hay muchos espadas que suenan más y valen menos, pero ya esta en el ocaso de su vida torera.

Fernández, Antonio *(El Barrero)*.—Ha sido un banderillero regular, y sin llegar á serlo superior, ha matado y mata toros. Le deseamos buena maña y mejor suerte, que de ambas cosas necesita. Procede de Andalucía, pues según hemos leído, no sabemos dónde, es natural de la ciudad de Carmona, en la provincia de Sevilla. No llegará al pináculo, que ha podido conquistar desde el 20 de Mayo de 1877, en que mató en Sevilla por primera vez.

Fernández, José *(El Barbi)*.—Natural de la provincia de Sevilla, en uno de cuyos pueblos nació el año 1849. No fué conocido hasta el año 1871, en el que ingresó en la cuadrilla de José Machío, trabajando como banderillero en Madrid el 4 de Junio del mismo año. Pasó más tarde, por sus merecimientos, á la de *Cara-ancha*, y por último, en 1884 ingresó en la de Mazzantini, siendo en ella el banderillero de confianza del espada referido. El *Barbi* falleció en la Habana, á donde fué con Luis Mazzantini á torear en 1887, el 20 de Febrero, á consecuencia de un cólico miserere; al siguiente día se verificó su entierro con gran pompa.

Fué su muerte muy sentida por los aficionados de toda España, y particularmente por los de Se-

villa que agradecieron á Mazzantini su desprendimiento al costear todos los gastos.

Fernández, Eugenio *(Manitas)*.—Picador, que por primera vez alternó en el circo de la corte el día 9 de Septiembre de 1883. Sin pertenecer á determinada cuadrilla, no sabemos si por ser hijo de la provincia ó por estar en ella bien relacionado, se presentaba en Madrid casi todas las temporadas sustituyendo á otros compañeros ó contratado por las empresas: cumplía regularmente, y nada más. Falleció en Aranjuez en 1890.

Fernández, Diego.—Banderillero de invierno En 16 de Agosto de 1874 puso banderillas al último toro que se lidió en la derribada plaza de la Puerta de Alcalá de Madrid. Ha trabajado luego en corridas de verano y en las últimas funciones reales: se aplica y quiere, pero no puede, porque la fortuna no le ha ayudado.

Fernández, Isidro.—Picador principiante, de quien poco ó nada podemos decir, porque ha trabajado escaso número de funciones de novillos, y de ahí no ha pasado, ni pasará, que es lo peor.

Fernández y González, D. Manuel.—El más fecundo de los novelistas españoles ha consagrado también su vigorosa pluma á ensalzar, bajo el título de *Glorias del toreo*, la personalidad de muchos que ejercieron tan difícil arte; á pintar de mano maestra cuadros de costumbres populares, y á referir con entusiasmo hechos notables taurómacos. Su ardiente imaginación le ha llevado en muchos casos á inventar sucesos y exagerar incidentes, que tienen de bueno el interés con que se leen, y de malo que no se ajustan á la verdad estricta.

Fernández, José.—Hay en Sevilla un matador de toros en novilladas que lleva este nombre sin apodo, cosa rara en el día, en que tanto abusan de los motes, como si con ellos se heredase la inteligencia, ó se adquiriese el valor. No sabemos cuál es su mérito.

Fernández Alférez, José.—Matador novillero que empieza á mostrar su habilidad, y más que ésta su valentía, en plazas de segundo orden. Todavía es pronto para juzgarle.

Fernández, José *(Cachero)*.—Quiere este picador llegar en poco tiempo á donde otros llegaron por sus pasos contados. Más despacio debe marchar, que no hace tanto tiempo emprendió el camino; pero cuide de no quedarse en él.

Fernández, Juan Aquilino.—Peón de lidia, natural de Madrid, cuya fama como valiente, ha llegado hasta los tiempos modernos, desde que, á fines del siglo último, ejecutaba con gran precisión la suerte «lanzada de á pié.»

Fernández, José *(Corona)*.—Abundan los estoqueadores sevillanos de nueva entrada que es una bendición de Dios. Antes para construir un edificio se empezaba por los cimientos, ahora se coloca la chimenea primeramente, y salga lo que Dios quiera, que ejemplos hay de matadores de toros que sin ensayos ni aprendizajes han llegado á tomar la alternativa, y lo que es más raro, á distinguirse entre otros. *Corona*, que como banderillero no podemos juzgarle, porque no le hemos visto, se presentó en Madrid por primera vez el día 19 de Marzo de 1892 á matar toros de Veragua en una novillada, y francamente no nos gustó, porque no vimos en él nada más que voluntad y valor.

Fernández, Cecilio.—No era un gran banderillero, pero cumplía bien y ha escuchado aplausos. En 1892 se ha retirado del toreo, ejemplo que debían imitar muchos peores que él.

Fernández, Celestino.—Un banderillero regular, que parecía iba á ser gran cosa y no lo ha sido, á pesar de un aprendizaje de más de ocho años.

Fernández, Cayetano *(Cayetanito)*.—Ha empezado este muchacho con buenas disposiciones para la suerte de banderillas, trabajando en novilladas con voluntad. Si procura olvidar los recortes con capote abierto y aprende que los toros deben correrse por derecho, podrá ser algo; por de pronto ha llamado la atención verle entrar á la suerte con valentía, llegar bien y salir limpio en la mayor parte de los casos; no estorbar en el redondel y no acelerarse en ningún caso. Merece figurar en cuadrillas de primer orden, y en ellas aprendería seguramente en poco tiempo lo que ha de costarle más, si es que no se vicia, atrasando lo que ha adelantado.

Fernández, Abelardo.—De este muchacho, que como matador inauguró la plaza de Loja, en 1878, no hemos vuelto á tener noticia. ¿Habrá dejado el oficio? ¿Se habrá ido á América?

Fernández, Emilio *(Yute)*.—Pica toros en novilladas; cae más veces de las que quisiera; se desestriba sin necesidad, y por consiguiente no se reune con el caballo. En cuanto corrija esos defectos y algún otro podrá ser apreciado.

Fernández, Antonio.—Es portugués, rejoneador á caballo, y muy medianito en sus faenas. Esta es la calificación que de él hacen en su país, donde pasa sin ser muy conocido.

Fernández, Francisco *(El Calesero)*.—Picador de toros muy aceptable, que cuando quiere sabe lo que hace. Monta bien y se desmonta mal, es decir, no cae unido al caballo, y la voluntad suya no siempre es decidida ni muy pronunciada.

Fernández, Antonio *(Peronda)*.—Banderillero sevillano, moderno, de cuyo mérito nada sabemos, porque no llama la atención, hasta el punto de que suene su nombre con aplauso.

Fernández, Francisco.—Natural de Medina-Sidonia y picador que hacía las veces de reserva, aunque también alternaba, sin que se sepa si aumentó su fama ó quedó en nulidad. Su nombre aparece en carteles del año 1822.

Fernández, Francisco *(El Isleño).*—Después de haber recorrido matando toros con buen éxito, por espacio de tres años, muchas poblaciones importantes de América, se propone ser conocido en España. Cuando le veamos le juzgaremos, dicen sus paisanos, los vecinos de la isla de San Fernando; y nosotros añadimos que en Madrid hemos visto, en 1894, á un joven de los mismos nombre, apellido y apodo, que nos pareció muy flojito banderilleando.

Fernández, Julián *(El Salamanquino).*—Novillero, que mata toros con atrevimiento; hay voluntad, pincha bien, pero nada más hasta ahora. Verdad es que poco puede exigirse á los que andan de Ceca en Meca toreando, sin más amparo que el de Dios, ni más aprendizaje que su valor.

Fernández, Salustiano *(El Chano).* — Hubo un picador de toros en novilladas con ese nombre, á quien hemos visto trabajar regularmente, y luego ese mismo torero cambió de postura y se metió á picador de toros, alternando en Madrid por primera vez en 1890. Volviose de otro lado y fué á estoquear reses por esos pueblos de segundo orden. No hemos podido comprender qué es lo que se propuso con el cambio, porque si ha sido ganar más dinero, nos parece que se equivocó, y luego, reconociéndose, tornó á coger la garrocha y se ha hecho un buen picador de toros, notable por su valor y voluntad.

Fernández, José *(El Largo).*—Hermano del anterior, y como él, natural de Aranjuez. Voluntad sobra en ambos y valentía también; pero aquél tiene más arte, que éste va aprendiendo con la práctica.

Fernández, Manuel *(Manolín).*—Regular banderillero, de buena voluntad y con fuerza de piernas, pero pequeño de cuerpo; se aplicó, era alegre en la plaza; pero á éste, como á otros, los han venido empujando chiquillos atrevidos, y han dejado pasar su época sin hacer esfuerzos por adquirir un primer puesto.

Fernández, Manuel *(Manolo).* — Está aprendiendo en Andalucía á matar toros en novilladas. Todo sea por Dios.

Fernández, Manuel *(Pajarero).*— Se atreve á matar toros en novilladas, sin acordarse de que tienen cuernos. Algo es algo.

Fernández, Ignacia *(La Guerrita).*—Mata añojos y hace el *paso* en las plazas donde contratan á estas infelices. Aunque es más valiente y menos entendida que otras, hace cuanto puede exigirse en el toreo á una mujer. Nació en La Torre (Toledo) en 4 de Enero de 1870.

Fernandina, Duque de.—Bizarro caballero del siglo XV, que era muy aplaudido por las damas de la corte cuando rejoneaba toros con singular destreza, en competencia con el intrépido D. Luis de Trejo.

Ferrándiz y Badenes, D. Bernardo.—Pintor valenciano, discípulo de D. Francisco Martínez y de la Academia de San Carlos y de la de San Fernando. Asistió en París al estudio de Mr. Duret y á las enseñanzas de la Escuela Imperial. Entre sus obras llamaron la atención los cuadros «Antes de la corrida» y «¡Caballos! ¡Caballos!» que presentó en la Exposición nacional de 1878, y en la celebrada en París el mismo año. Fué nombrado, mediante oposición, en 3 de Abril de 1868, profesor de pintura en la Escuela de Bellas Artes de Málaga, é individuo correspondiente de la Real Academia de San Fernando, y en el siguiente de 1877 declarado por el Ayuntamiento de Málaga hijo adoptivo de aquella ciudad. Era comendador de la Orden de Carlos III.

Ferrando, Tomás *(El Ches).*—Novillero principiante, de quien poco puede decirse hasta ahora. Sábese que ha matado algunos toros, pero se ignora de qué manera. Veremos si el tiempo le da á conocer ó le sepulta en el olvido.

Ferrant, D. Luis.—Son muy conocidas las obras de este distinguido pintor, y entre los aficionados á toros, las suertes que en distintas colecciones dibujó hace más de cincuenta años. Nació en Barcelona en 1806 é hizo sus primeros estudios en el de don Juan de Rivera y en las clases de la Academia de San Fernando; fué pensionado en Italia

por el infante D. Sebastián, y en 1842 fué nombrado pintor de Cámara de dicho infante y en el de 1848 de S. M. la Reina. En 1861 ganó por oposición la plaza de profesor supernumerario de la Escuela superior de Pintura, fué individuo de la Academia de San Fernando y murió de una inflamación al hígado el día 28 Julio de 1868.

Ferrant y Fischermans, D. Alejandro.—No hemos visto de este distinguidísimo pintor de historia más cuadros que con la fiesta nacional tengan relación que «un torero», de inimitable verdad, y un dibujo para *La Lidia*, excelente periódico taurino de universal nombradía. Ambos son obras maestras como todas las que ha producido su famoso pincel. Nació en Madrid en 1814, fué discípulo de su tío D. Luis y de la Escuela superior de Pintura; cursó en Roma, pintando con el célebre Pradilla; tiene varias condecoraciones distinguidas y desde 1880 es individuo de número de la Real Academia de San Fernando.

Ferraz, D. Eugenio.—Este joven diplomático ha escrito, con galana frase y naturalidad correctísima, preciosas revistas de toros en periódicos políticos con el pseudónimo de «Juan Matías el barbero», y por el contenido de ellas se comprende que sabe lo que dice y que no le es ajeno el conocimiento del arte de torear. Tiene mucha agudeza para la polémica, y en ella esgrime tan bien sus armas, que encuentra siempre el lado flaco de su adversario. Nacido en alta cuna, honra á Madrid, donde vió la luz.

Ferreira Barros, Antonio.—Escritor portugués entusiasta por las corridas de toros, que, mientras no había plaza en Lisboa, fué el único que constantemente estuvo abogando por la construcción de una que fuese digna de aquella hermosa capital. Ha escrito revistas muy apreciables y graciosas, con el pseudónimo de «José Pampilho», alejándose en ellas algo de la verdadera crítica; pero su manera pintoresca de referir los hechos y comentarlos ha hecho que sus reseñas de las corridas de toros sean leídas con gusto por el público aficionado.

Tiene treinta y ocho años y es redactor de *As Novidades*.

Ferreira Grillo, José.—Distinguido banderillero portugués que falleció en 1825 de resultas de una cornada. No llegó á durar ocho años su vida torera.

Ferreira Freire, Manuel.—Sonó su nombre en Portugal, allá por los años de 1865 y siguientes, entre los banderilleros de aquel país.

Ferreira Pinto Boito, Viriato.—Toreó en su país allá por los años 1865 y siguientes como banderillero; fué medianillo y hace bastante tiempo se retiró.

Ferreira Pinto, Manuel.—Perteneciendo á distinguida y noble familia portuguesa, ha sido uno de los más valientes pegadores (mozo de forcado) en el vecino reino.

Ferreira Pinto, Juan.—Ahora está en su apogeo este banderillero portugués, que dicen trabaja de afición muy regularmente.

Ferreira Pinto Boito, Frederico.—De distinguida familia portuguesa, fué un gran aficionado rejoneador, bravo, entendido, jinete consumado y de gallarda figura. Murió en 1886.

Ferreira Pinto, José.—Como aficionado distinguido puede citarse á este banderillero portugués, de regulares condiciones é inteligencia, que ha trabajado en público y que ha pertenecido á una familia respetable de aquel país. Murió en el año 1891.

Ferreira Roquete, Antonio.—Posee en Portugal una ganadería, cuyos toros tienen buen nombre. Fué un notable mozo de forcado.

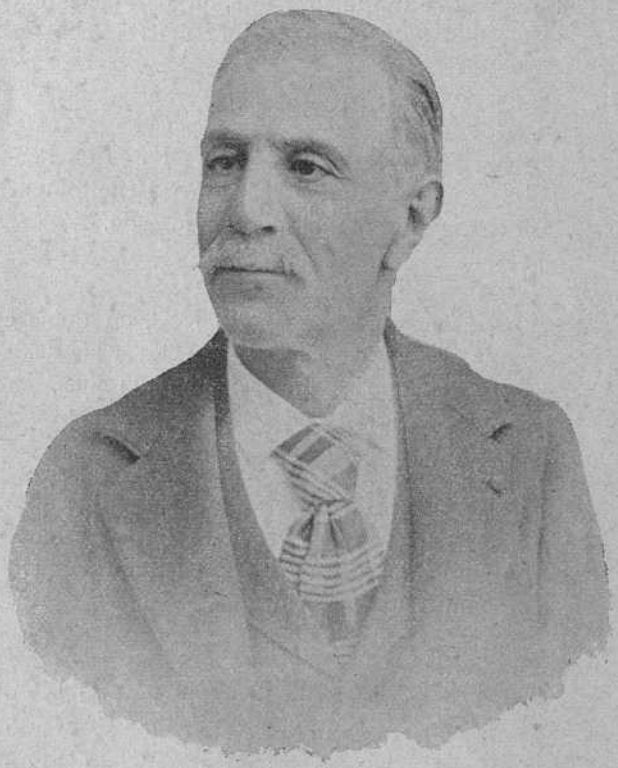
Ferreira, Francisco.—Desde 1888, en que se lanzó á la arena con gran afición á clavar banderillas, era ya tiempo de haber adelantado más, ya que el valor sobra.

Ferrao de Castelho Branco, Juan.—Noble portugués fallecido en 1878, que fué un excelente mozo de forcado, bravo é inteligente, que obtuvo aplausos en muchas corridas benéficas.

Ferrer, Diego.—A mediados del pasado siglo sonaba mucho el nombre de este lidiador como uno de los mejores capotes que se presentaban entonces en el redondel. Trabajó con Esteller, Romero y otros de su época.

Ferrer, Vicente *(Pollito)*.—Ligero como el viento y atrevidillo, toreaba hace pocos años como banderillero en varias plazas de provincias, y más de una vez consiguió aplausos en el salto de la garrocha. Dicen que allá, en América, había adelantado mucho matando toros. Podrá ser verdad; pero en las pocas veces que le hemos visto no hemos advertido tales adelantos. Hay en él decisión y valentía, y puede aprender el arte si reflexiona que el matar toros no es á cambio de cornadas, sino evitando éstas precisamente.

Fierro, D. José.—Si algún madrileño ha llevado hasta la exageración su afición á las corridas de toros, ese ha sido Pepe Fierro, como le llaman sus íntimos. No se ha contentado con lidiar y matar becerrotes, asistir y tomar parte en tientas, encierros y herraderos, así como en toda clase de faenas de campo, por penosas que hayan sido, sino que ha sido el alma de aquellas famosas corridas celebradas en las plazas de toretes, que una tras de otra existieron en los Campos Elíseos de esta corte; él organizaba las funciones que sirvieron para adiestrarse lidiadores que luego fueron tan notables como *Armilla*, Mazzantini, *Pulguita* y otros que son muy apreciados por los inteligentes, y él es el que las organiza también y dispone en la plaza del Puente de Vallecas, que está sirviendo



de escuela para el aprendizaje de muchos toreros que ya lucen sus habilidades en las principales plazas del reino. Pepe Fierro ha dedicado toda su vida al toreo en cuantas manifestaciones de él se derivan, siempre con afán, venciendo contrariedades y sacrificando en ocasiones su fortuna en pro del arte; de modo que ha sido lidiador (aficionado y no retribuído), garrochista, empresario y contratista en muchas ocasiones, y con infatigable celo y entusiasmo siempre; añádase á eso el carácter amable, servicial y modesto que le distingue y calcúlese cuán grande será el número de simpatías que contará en Madrid, principalmente entre los que tienen amor al arte de Romero y *Costillares*.

Figueiredo, Manuel.—En la plaza del Salitre, de Lisboa, se presentó, allá por el año 1823, como caballero farpeador, y en poco tiempo llegó á ser uno de los de mejor aceptación. Murió en 1849.

Figueiredo, Pedro de.—Portugués, buen torero, buen banderillero y muy valiente. ¿Qué más se puede pedir? Si en vez de ser tan sólo un aficionado que únicamente se exhibe ante los amigos ó para fines benéficos, quisiera dedicarse á la

profesión de lidiador retribuído, ganaría cuanto quisiera en sus contratas, porque además de saber mucho del arte, se capta desde luego las simpatías del público por su exquisita elegancia y distinguido porte. Entonces, con un poco de estudio, podía considerarse una notabilidad quien hoy no es más que un amador muy aceptable.

Figueroa, Vicente.—Banderillero de la cuadrilla de Ponciano Díaz, ha acompañado á éste en las plazas de toros de Méjico y otras de América, portándose bastante bien, según referencias de los naturales de aquel país.

Figueras, Manuel *(El Gallego)*.—Picador en novilladas, de pocos arranques, frío y de poco garbo. A pesar de eso, entre los de su clase vale más que otros muchos que se ponen moños.

Finito.—Aunque su verdadero nombre en la vacada era *Regajero*, aparece con aquél en las reseñas. Fué de D. Andrés Fontecilla y se lidió en sexto lugar en Málaga el 15 de Septiembre de 1878. Tenía pelo negro zaino, cuello rizado, corni-brocho, de buena lámina, de libras, y unos pies de privilegio. Seco, certero y de gran poder, recibió once varas, por siete caídas y diez caballos muertos. Llegó á la muerte con tantas facultades, que, aun hallándose á cuarenta varas del sitio en que estaba colocado el *Gallo*, pudo alcanzar á éste en el aire cuando saltaba la barrera, ocasionándole una herida en la parte superior posterior del muslo izquierdo. Retirado éste á la enfermería, mató á aquél *Cara-ancha*, demostrando gran valor é inteligencia.

La cabeza de *Finito* está disecada y la posee el distinguido escritor y aficionado D. Aurelio Ramírez Bernal.

Fino.—Los aficionados han dado en llamar toreo fino al que trae su tradición de la escuela de Ronda, ó sea de Romero, sin duda porque su ejecución exige más compostura y una perfecta observancia de las reglas escritas, y está descartada, digámoslo así, de los juegos y brincos de la escuela sevillana, y de la costumbre que tienen de parar poco los pies los del toreo llamado basto. El toreo fino no excluye, como algunos suponen, los galleos, quiebros ni saltos, sino las zapatetas y bufonadas.

Fitinhas, Alejandro.—Torero portugués que empezó á poner banderillas en su país, allá por el año 1865; pero viendo que para ello no le daba el naipe, se hizo mozo de forcado, consiguiendo ser el más adelantado y el mejor de los de su época. Ha fallecido en 1886.

Flamear el capote, ó lo que es lo mismo, inclinarle alternativamente á derecha é izquierda cuando se va corriendo un toro de muchos pies, es casi indispensable; pero cuando no persigue la res, ó tiene querencia á otro lado de aquel al que quiere llevársela, no debe hacerse, sobre todo si el lidiador lleva mucha delantera, porque en este caso se pondrá en ridículo. De todos modos, el flameo constante y en corto es un abuso, que muchos aplauden porque no entienden que, además de quitar al toro facultades, le descompone la cabeza.

Flámula.—Han dado en llamar así algunos revisteros á la muleta que usa el matador de toros. Pase por la novedad de la palabreja; pero conste que nosotros no la admitimos, porque en lenguaje, ó, mejor dicho, en tecnicismo taurómaco, nadie la ha usado; y como palabra castellana, significa cosa distinta á la que con ella quieren expresar los poquísimos revisteros que la emplean modernamente.

Floranes, D. Carlos F. de.—Caballero en plaza apadrinado por la grandeza de España en las funciones reales de toros de 25 de Enero de 1878, que cumplió pundonorosamente el deber que se impuso. Llevó traje morado y oro á la chamberga, pero birreta á lo Felipe III. En dichas fiestas ningún caballero fué premiado por quien debiera hacerlo; á este, sin embargo, no sabemos si por ese mérito, ó atendiendo á otras razones, se le concedió después el uso de uniforme de caballerizo de la Real Casa.

Flores, Andrés *(Barberillo)*.—Matador de toros en novilladas y banderillero en corridas de toros que trabaja con bastante aceptación, en plazas de Andalucía principalmente. Esperamos verle más de una vez para juzgarle.

Flores, D. Francisco.—Caballero en plaza en las diez fiestas de toros que en 1632 se celebraron en el Perú para solemnizar un fausto acontecimiento.

Flores, Francisco.—Natural de Málaga y picador de toros allá por los años de 1820 al 23. Si era tan buen torero como su hijo, que más tarde quiso probar fortuna en algunas novilladas, debió valer bien poco.

Flores, Manuel *(El Nengue)*.—Matador de toros en la Habana, de donde es natural, y á quien tributaron elogios los que le vieron trabajar hace siete años. Decían que era más valiente que entendido.

Flores, Antonio.—Reside en el Perú, trabaja poco, vale menos, según dicen, y sin embargo mata toros en las plazas de aquel país, si le llaman para ello.

Folgado, Ramón.—Fué uno de esos toreros que no llegan á adquirir nombre y que se acaban pronto. Picador en novilladas de mediados de este siglo.

Fonseca, Antonio José da.—Durante veintidos años, desde 1838 hasta el de 1860 en que murió, fué banderillero en Portugal, sin distinguirse en nada.

Fonseca, Luis Roberto da *(Antao)*.—Banderillero portugués, regularcito y nada más, que después de torear más de treinta años seguidos falleció en Lisboa en el año de 1862.

Fonseca, Roberto da.—No hay aficionado lisbonense que no conozca á este notable banderillero portugués, y que no se haya entusiasmado con su esmerado trabajo. La época de su mayor apogeo es anterior al año de 1874, sin que después

desmereciese en nada, no sólo pareando con gran facilidad, sino trasteando, lo cual es raro en Portugal. Después de trabajar en su país y en España con gran aceptación, se dedicó á ganadero en unión de su hermano

Fonseca, Vicente Roberto da.—No tenía menor mérito que el anterior estotro banderillero lusitano. Era bravo y atrevido; se estrenó á la edad de trece años en la plaza del Campo de Santa Ana, de Lisboa, en 1858, y concluyó de ejercer su oficio en 1894. Murió de enfermedad crónica el día 1.º de Junio de 1896.

Fonseca, Armando de.—Persona distinguida en Portugal por su fino trato, le ha dado por aficionarse á ser pegador, y lo es bastante bueno, por valor é inteligencia.

Font Ruda, D. José.—Natural de Barcelona, de treinta y cuatro años de edad, y de ellos, más de doce escribiendo con tino é inteligencia revistas de toros para los periodicos de Madrid y Málaga, *Boletín de Loterías y Toros* y *El Juanero*. Reside en Alicante, siendo consejero de la mejor de las Sociedades taurinas, el «Especta-Club», que acaba de disolverse, y representante de *El Imparcial Sevillano*, que inserta sus escritos, honrándose con ellos.

Fontánez, Salvador (*Habanero*).—Banderillero, que hace su aprendizaje en las plazas de Francia, poniendo rehiletes como puede y corriendo toros como sabe. Fáltanos conocer que es lo que sabe y puede.

Fontealba, Conde de (Alfredo Anjos).—Fué un aficionado práctico de los más notables no hace muchos años. Cuando fué á Portugal el rey de España D. Alfonso XII, este hidalgo dió, en su honor, una corrida en que él mismo tomó parte rejoneando con otros varios caballeros y lidiadores.

Fontela.—Toro de la ganadería de Veragua, divisa encarnada y blanca, berrendo en colorado, de muchas libras, duro y pegajoso, lidiado en Madrid el 29 de Septiembre de 1845; tomó veintitrés varas en regla y mató siete caballos, siendo noble en todos los lances de la lidia.

Fontela, Andrés.—Espada americano que ha lucido sus habilidades muy especialmente en las plazas de Méjico. No falta quien afirme que es nacido en España.

Fontela, Andrés.—Si hubiese sabido este chico aprender á matar toros como aprendió en poco tiempo á correrlos bien, hubiese sido un torero aceptable. Se quedó en matador sin alternativa y de poca aceptación. Es posible que éste y el anterior sean una misma persona; pero no nos atrevemos á afirmarlo.

Fontseré y Domenech, D. José.—Este distinguido arquitecto de la real Escuela de San Fernando fué el autor de los planos y el director de las obras de la gran plaza de toros de Barcelona, que empezó á construirse el jueves 22 de Mayo de 1834, y no en 1833, como aseguró don Francisco Bedoya en su *Historia del toreo*. La dió concluida en brevísimo plazo; tanto, que el 26 de Julio del mismo año se estrenó con toros navarros y las cuadrillas de Juan Hidalgo y Manuel Romero (*Carreto*), en que figuraban los acreditados picadores Sevilla, *Clavellino* y Anastasio Capón, y los banderilleros el *Pandito*, el *Galleguito*, el *Ratón* y Macías. Hubiera querido el arquitecto de que nos ocupamos construirla de fábrica; pero tuvo que contentarse con hacerla de madera toda ella, porque no le fué permitido de otro modo, en razón á estar situada dentro de la zona militar. La historia de este edificio va expresada en la voz Plazas y en su lugar correspondiente.

Forjas, Luis.—Fué un valiente mozo de forcado, aficionado al toreo. Murió en su patria (Portugal) en 1880.

Fraile.—Son varios los toreros que han tenido el apodo referido, sin que haya llegado á escribirse su verdadero nombre. En la imposibilidad, pues, de designar uno por uno, diremos en este sitio que los que más se distinguieron fueron: El Fraile de Pinto, El Fraile del Rastro, Silvestre Torres (*El Fraile*) y El Fraile de Santa Lucía. También José Fernández (*El Fraile*) fué uno de los mejores banderilleros que han pisado el redondel en el primer tercio de este siglo. De los dos primeros habla ya en su *Tauromaquia Pepe Illo*.

Franca, Salvador da.—Le hizo retirarse del toreo, hace ya dos años, un padecimiento que sufría este banderillero portugués, que al calificarle la afición de su país le dió la nota de bueno. Ha fallecido víctima de la tisis; perteneció á una familia ilustre de aquel país y nunca fué lidiador retribuido.

Francesillo, Cosme N. (*El*).—Picador varilarguero, del que no tenemos más noticias sino la de que trabajaba en Sevilla y otras poblaciones de Andalucía á mediados del siglo último.

Franco del Río, D. Juan (*Franqueza*).—De distinguida familia nació en Sevilla el 25 de Abril de 1867. Es un notabilísimo aficionado, amante del toreo verdad y enemigo declarado de los desplantes, saltos y monadas arlequinescas; escribe muy correctamente, con gran imparcialidad y co-

nocimiento, y sus revistas en muchos periódicos acreditados de Madrid y provincias son una muestra evidente de su inteligencia en el arte de torear. Está residiendo en Barcelona, donde se ha captado de cuantos le tratan generales simpatías por su caballerosidad y bondad de carácter.

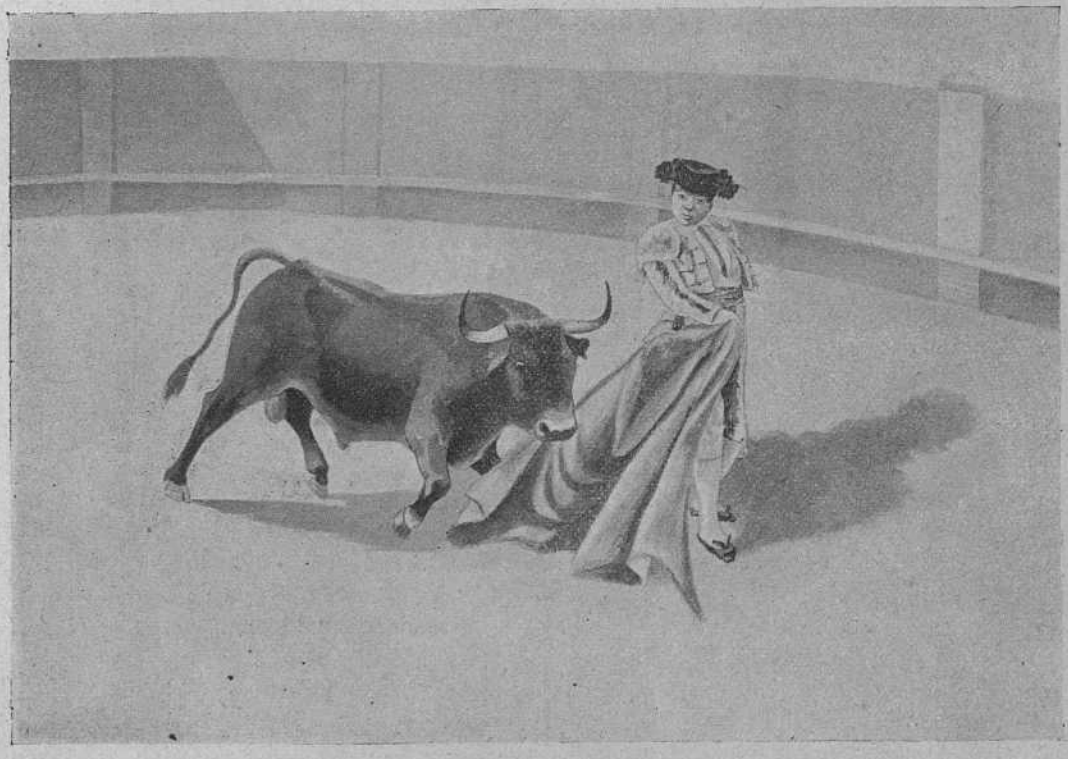
Franco.—Lo mismo que toro claro, sencillo y boyante. Puede hacerse con ellos toda clase de suertes.

Franch, Magín (*Minuto*).—Aventajado lidiador catalán, que nació en Lérida el 15 de Diciembre de 1867 y pereció ahogado el 6 de Agosto de 1890 en las playas de Barcelona, en cuya ciudad tenía grandes simpatías, porque en solos tres años de aprendizaje se le había visto adelantar rápidamente. En la última novillada que toreó en Barcelona, que fué la del 3 de Agosto de 1890, obtuvo una ruidosa ovación dando el quiebro de rodillas con arte y limpieza á un toro de cinco años.

Franca Serpa, Ayrés de.—Mucho promete como banderillero portugués este joven que empezó siendo mozo de forcado en 1882. Por de pronto á valiente no hay quien le gane.

Franquet, Pedro.—Torero catalán, que se atreve á matar toros en novilladas, sin entender lo necesario para ello. Sea como quiera, él sale del paso y se viste de moños.

Frente por detrás.—Esta suerte de capear, que más propiamente debe llamarse de espaldas, dicen que fué inventada por José Delgado *(Illo)*, y es de las más celebradas. Su ejecución es sencillísima, pues consiste en colocarse el torero de



SUERTE DE FRENTE POR DETRÁS. — MACÍAS

espaldas al toro, con el capote extendido por detrás, y cogido como es consiguiente con las manos echadas atrás también: parte el toro, llega á jurisdicción, se le carga la suerte, se mete en su terreno, y da el remate con una vuelta de espaldas, quedando armado para repetirla. Es, pues, ni más ni menos que la verónica de espaldas; pero como por esta colocación difícil y no acostumbrada pueden ocasionarse desgracias, aconseja el mismo autor que no se haga sino con reses claras y boyantes que conserven piernas. Han llamado algunos á ésta, suerte de espaldas y á la aragonesa; y sin pretender nosotros contradecir lo que se afirma por varios autores respecto á que la invención de esta suerte fuera de *Pepe Illo*, si diremos que Goya la pintó ejecutándola moros (lo cual supone mayor antigüedad), como puede verse en la lámina 6.ª de su preciosa colección tauromáquica.

Fresco.—Se dice del torero que con calma y tranquilidad ve acercársele los toros, esperándolos y saliéndose á tiempo del viaje que aquéllos traen. Es una gran cualidad para ser buen diestro.

Frontaura, D. Carlos.—Distinguido periodista, literato y hombre público, cuya sencillez moral se refleja en todos sus escritos. No es defensor de nuestro espectáculo, y no figuraría en este Diccionario si no atendiéramos á que es el autor de la preciosa zarzuela *En las astas del toro* en que no se ridiculiza la fiesta, sino á los que se llaman aficionados sin serlo.

Frutos, Remigio *(Ojitos)*.—Es un banderillero de lo mejorcito entre los de su categoría, y algunas veces le hemos visto matar en novilladas. Quisiéramos que se dejase de matar toros; porque para no ser notabilidad mejor está donde se halla.

Nació en la villa de Fuente el Saz, provincia de Madrid, el 2 de Septiembre de 1849, siendo hijo legítimo de Francisco Frutos y de Lorenza Merino, que á pesar de haberle hecho aprender el oficio de carpintero, no han podido conseguir sea otra cosa que lidiador de toros. Es muy pundonoroso y consecuente; hace años que torea á las órdenes de Angel Pastor y con él ha cosechado grandes aplausos en casi todas las plazas de España y en la de París, donde esa cuadrilla ha sido la más estimada, desde que se inauguró la gran plaza de la rue Pergolesse.

Frutos, Saturnino *(Ojitos)*.—Este lidiador, segundo de los tres hermanos de igual apellido y apodo, nació en Fuente el Saz del Jarama (Madrid) el 5 de Diciembre de 1855. Sus méritos nada de extraordinario tienen, pero sus servicios en el arte son muy apreciados. Empezó á torear por los pueblos hasta los años 1872-73 y 74: pasados éstos figuró, entre otras, en las cuadrillas de *Lagartija*, estoqueando además en algunas novilladas en el año 1877 hasta 1878: figuró en la cuadrilla de *Frascuelo*, sustituyendo á Victoriano Recatero *(Regaterín)*. Es ligero, trabajador y muy útil para llenar un hueco con lucimiento.

Frutos, Martín.—El tercer hermano de los llamados *Ojitos* y natural, como ellos, de Fuente el Saz. Es más corto de estatura que ellos, pero no de valentía.

Frutos, Faustino *(El Moreno)*.—Espada incipiente en novilladas, al que debe preguntársele si crée tan fácil matar toros como ejercer el oficio de tapicero ó andar en tratos y contratos. Ha ensayado sus buenas facultades en la plaza de Madrid el año de 1896 y debe haberse convencido de que no sirve para torear, porque, si es verdad lo que se ha dicho, se ha cortado la coleta.

Fuego, Francisco.—Tomó en Madrid la alternativa de picador en 1804 que le dieron los Puyanas y Cristóbal Ortiz.

Fuego (banderillas de).—Son iguales á las comunes, sólo que cerca del arpón ó pincho tienen un sencillo mecanismo con yesca, que al tropezar con unos pequeños cartuchos untados de pólvora y con petardos explosivos que están colocados á corta distancia, prende fuego á éstos y queman la piel del animal, asustándole además. Se usan únicamente para los toros que no entran á varas, ó mejor dicho, que no toman más que tres y también en sustitución de los perros de presa, suprimidos en todas las plazas de España hace tiempo.

Fuente, Marcos de la *(El Ginebrino)*.—Se viste de picador y monta los jacos que le dan y pica en novilladas los toros que salen por la puerta de los chiqueros. Piden algunos que todo eso lo haga mejor que lo hace, y no es mucho pedir; pero tampoco debe exigirse al que empieza, lo que al que acaba.

Fuentes, Manuel.—Picador de toros bastante regular, de mejor brazo derecho que mano izquierda. Era duro y bravo, y por esto en muchos puntos se apreciaba su trabajo. Tomó la alternativa en Sevilla el 8 de Enero de 1851 y creemos se halle definitivamente retirado del servicio activo.

Fuentes, Manuel *(Canuto)*.—Torero de escasos conocimientos, que no ha toreado en plazas de primer orden, pero sí en muchos pueblos de Andalucía, ya corriendo toros, ya pareando, ya estoqueando como Dios le ha dado á entender, antes de mediar el presente siglo. Fué padre de

---

Fuentes y Rodríguez, José *(Pipi)*.—Picador cordobés, hermano del espada conocido por *Bocanegra*. Toreó con regular aceptación desde el año de 1862 en adelante en las principales plazas de España. Murió en Sevilla el 10 de Abril de 1873, á consecuencia de la herida que en 5 del mismo, estando á caballo y fuera de suerte, le hizo el toro llamado *Corianito*, de la ganadería de Barrero, en las costillas falsas del lado derecho, despegándole una de ellas y llegando el cuerno al pulmón.

Fuentes, Manuel *(Bocanegra)*.—Es singular lo que respecto de este matador de toros ocurre, siempre que de su mérito se trata.

Al paso que algunos aficionados le colocan al nivel, ó poco menos, de Manuel Domínguez, otros le conceden, respecto á conocimientos ó inteligencia en el arte, tan escasos alcances, que bien pudiera decirse, sin exagerar, que le colocaban á la altura de uno de esos hombres adocenados que ni saben por dónde van, ni cuál es su puesto en la arena.

Ni unos ni otros están en lo cierto; y si dieran tregua á la pasión, observando atentamente qué es

lo que ha hecho algunas veces Manuel Fuentes, se convencerían de que en él había alguna de las cualidades ó requisitos indispensables que exige la profesión, por más que nosotros creamos que también le faltaba alguno de ellos.

Entra por mucho, para la celebridad de este lidiador, el entusiasmo con que sus paisanos le vieron aparecer como matador, precisamente en el mismo año en que murió *Pepete*, considerándole, digámoslo así, como heredero de sus glorias y continuador de la representación cordobesa en el arte taurino. Los sevillanos, por otro lado, tampoco podían recibir mal á un hombre que, sobre ser bravo en extremo, era además en cierto modo apadrinado por Domínguez, á cuyas órdenes había trabajado en clase de banderillero. Pero estas favorables disposiciones del público andaluz para con Manuel Fuentes, ¿le fueron de provecho ó le perjudicaron? No nos atreveríamos á contestar la pregunta rotundamente, ni en sentido afirmativo, ni negando en absoluto.

Es indudable que por el pronto le alzaron en el concepto público, y que su presentación en la arena hizo concebir esperanzas, que no diremos hayan sido defraudadas, pero sí que no se han realizado por completo. El aficionado veía en él un joven fuerte de grandes facultades, valiente hasta rayar en temerario, que había recibido buena educación taurina, con excelentes ejemplos que imitar, y era muy lógico creer que, dados estos antecedentes, *Bocanegra* había de ser buen torero y mejor espada; mas el inteligente observador advertía que faltaba al joven torero esa calma, esa serenidad que constituye la base de la seguridad en el toreo; que sus movimientos eran pausados, sí, como deben serlo los del espada en la mayoría de las suertes, pero no tan rápidos como algunas veces lo exige la índole del toro, la colocación del torero ó algún incidente inesperado.

Ello es que, á pesar de reconocerse en Manuel Fuentes un torero de cartel, ni consiguió que ningún pueblo le tuviese un año entero toreando, ni que de una temporada para otra se le ajustase por empresarios; y nosotros, que sabemos hasta dónde ha alcanzado siempre el mérito de *Bocanegra*, nos explicamos esta circunstancia, porque toda empresa se retrae mucho en ajustar un espada cuyas *cogidas* son más frecuentes en él que en otros, sin duda por efecto de temerario arrojo y excesivo pundonor.

Madrid, que da carta de suficiencia á los toreros, no se la dió á Manuel Fuentes en el grado que la recibió de sus paisanos; en Córdoba se le dió título de sobresaliente, en Sevilla de notable, y Madrid sólo le calificó de bueno. Quién ha sido más justo no queremos decirlo; pero conste que Sevilla y Madrid no han necesitado modificar su dictamen.

Pasemos ahora á dar á nuestros lectores noticias biográficas de este acreditado lidiador: Era más bien alto que bajo; sin llamarle grueso en demasía, podemos decir que era más corpulento que flaco, y en él se encontraba mejor la viril fealdad que la hermosura, sin que pudiera llamársele antipático. Nació en Córdoba en Marzo de 1837, un año antes de la desgraciada muerte del caballero matador de toros cordobés D. Rafael Pérez de Guzmán, siendo el mayor de los hijos de Manuel Fuentes conocido por el mote de *Canuto*. Desde muy pequeño, y en una cuadrilla de toreros infantiles, empezó á distinguirse por su atrevimiento, y más tarde, gracias á las lecciones de Antonio Luque *(El Camará)*, hizo pareja al notable banderillero Rodríguez *(Caniqui)*, en la cuadrilla de su paisano José Rodríguez *(Pepete)*. Antes de morir éste, pasó á formar parte *Bocanegra* de la cuadrilla de Manuel Domínguez, en la que, si no se distinguió pareando con gracia, se le vió siempre poner muchos y buenos pares de castigo, aplaudidos con frenético entusiasmo. Su nuevo maestro Do-

mínguez, cuya fama se había consolidado como matador; concedió al joven Fuentes la alternativa de espada en la plaza del Puerto de Santa María el día de la Natividad de la Virgen, 8 de Septiembre de 1862, y desde entonces ha sido varia la fortuna del lidiador de que nos ocupamos, si bien en un principio, como llevamos dicho, hizo concebir grandísimas esperanzas. *Recibía* toros, á imitación de su maestro, y esto ya era motivo de aplauso en una época en que casi se iba olvidando tan difícil y atrevida suerte; y si bien el manejo de muleta dejaba que desear, este era defecto que se presumió había de corregir con el tiempo. Por la falta de previsión antes indicada, recibió en 1863, toreando en la plaza de Sevilla, una grave herida al hacer un *quite* á su picador en la suerte de vara, y más adelante otra gravísima en un muslo el día 16 de Agosto al matar un toro en la plaza de Ciudad Real.

No se enfrió por eso la afición de *Bocanegra*, ni su valor decayó un instante, y en cuanto se repuso de su dolencia volvió á trabajar en casi todas las plazas de Andalucía, cuyas empresas buscaban al bravo matador que, si bravo había sido, bravo seguía y con crecientes deseos de agradar y complacer. En este particular nunca ha reparado en nada, con tal de que el público se mostrase con él contento y satisfecho, y eso que en 1864, si no nos es la memoria infiel, esta complacencia pudo costarle muy cara. Trabajaba en Cádiz con general aceptación y se presentó en la arena un toro de la famosa ganadería andaluza de Andrade, de muchos pies, *abanto* y receloso, que conforme fué tomando varas se creció en voluntad y en malicia, en términos de que á la media docena de garrochazos entraba desarmando y á los peones los perseguía sobre seguro y cortando terreno. Pidió la muchedumbre que *Bocanegra* pusiese banderillas á aquel toro, y en vez de esquivar el hacerlo, puesto que no tenía obligación de verificarlo, y con un toro de tanto *sentido* era seguro cuando menos deslucirse, tomó los palos y se fué al bicho, que *se quedó* en el centro de la suerte, enganchó á nuestro matador y le dió una cornada en el cuello que le interesó la arteria carótida y puso su vida en gravísimo peligro. Todo esto significa que reflexionaba poco, y corrobora cuanto llevamos dicho al principio.

Un hombre como Manuel Fuentes, cuya reputación no había de crecer más de lo que ya lo estaba no debió intentar nunca lucirse, ni por vanidad ni por exigencias ridículas.

Bocanegra fué el primero de los espadas que inauguraron, en 4 de Septiembre de 1874, la nueva y magnífica plaza de toros de Madrid. En cierta época, ya muy lejana, sus paisanos los cordobeses dividieron sus afecciones taurómacas entre *Bocanegra* y *Lagartijo*, llegando á éstos esa división en la práctica del toreo en términos de que, más que competencia, podría llamarse envidiosa emulación la que ambos sostuvieron. Esto duró poco en verdad, porque ambos diestros, siguiendo los nobles impulsos de paisanaje y compañerismo, renovaron su antigua y cordial amistad, desoyendo pérfidos consejos de gente mal avenida con la paz y hasta cariño que en el ruedo deben tenerse los toreros.

Murió en la plaza de Baeza (Jaen) el día del Corpus, 1889, en una corrida de novillos, en la que por toda cuadrilla estaban encargados de la lidia unos cuantos muchachos mal llamados «niños de Málaga,» cuyo espíritu se apocó ante el ganado grande y pasado de años. Hubo de sustituirse el ganado por becerros erales, pero alguno de los primitivos quedó, perteneciente á D. Agustín Hernández, que al presentarse en cuarto lugar sembró el pánico entre los adolescentes diestros. En esta situación y ante las manifestaciones del público, *Bocanegra* y Ramos (*El Melo*), su sobrino, después de conferenciar con la autoridad, bajaron al redondel á continuar la corrida, á fin de evitar un conflicto. El bicho, evitando pelea en principio, acudió luego á un picador, dándole un tumbo. Manuel acudió con oportunidad al quite, pero perseguido por la res entró en un burladero, y ya fuese porque éste se hallase lleno de gente ó porque el diestro no tuviese tiempo de penetrar más, el derrote del bicho alcanzó á *Bocanegra*, causándole una herida en la ingle derecha y contusión en el costado izquierdo, falleciendo en la enfermería de la plaza el siguiente día 21.

Fuentes, Antonio *(Hito)*.—Es un torero cordobés que mata toros en plazas de segundo orden, al frente de una cuadrilla de tercera; le hemos visto trabajar en clase de banderillero, y nos ha asustado, porque corpulencia tan desarrollada no puede tener la agilidad precisa para torear. Su hermano, el espada *Bocanegra*, era moreno, pelinegro y cejijunto, y por el contrario, *Hito* es blanco, rubio y de cara placentera; de modo que en nada se parecen, menos en lo valientes. Antonio ha dejado de torear hace ya tiempo, y había empezado antes de 1878, en que se presentó en Sevilla.

Fuentes, Juan.—Este picador procuraba cumplir bien, y casi siempre lo conseguía. Sin embargo, en Madrid no llegó á formarse un gran partido, y eso que era un buen jinete y duro para el trabajo. Perteneció á la cuadrilla de Domínguez y de otros primeros espadas; era natural del Puer-

to de Santa María, y falleció en Sevilla de enfermedad perniciosa el 8 de Octubre de 1877.

Fuentes, Francisco.—Hijo de Juan. Nació en el Puerto de Santa María y es un buen picador de toros, lo mismo que su hermano

---

Fuentes, Juan (*Menor*).—Que también es un torero á caballo, cuando quiere. Empezó en 1874 y es muy celebrado por su arte. Ambos hermanos trabajan menos de lo que debieran.

Fuentes y Zurita, Antonio.—Fué banderillero andaluz, de cuyos méritos puede decirse mucho por su aplicación y buen estilo. Es un chico, que sin desplantes ni aceleramientos, va donde otro vaya, y cuando ha tomado en sus manos los trastos de matar, casi ha demostrado más aptitud para ello que para las banderillas. Lucha naturalmente con la inexperiencia del que en tal ejercicio lleva poca práctica, porque si bien empezó en 1890 á matar toros en novilladas, no por eso dejó de ser banderillero con *Currito* y *Cara-ancha*

en corridas formales, conociendo que al lado de los maestros se aprende más en un día que sólo en un año. Sin embargo de eso y de las varias cornadas que ha recibido, su valor va en aumento y promete hacernos ver á su tiempo un buen matador de toros, porque maneja muy bien la muleta, es paradito y se va derecho á la suerte sin titubear. Allá veremos, que hemos llevado tantos chascos... Es natural de Sevilla, tiene veintiseis años de edad, y en 17 de Septiembre de 1893 tomó en Madrid la alternativa de manos de Fernando Gómez *(El Gallo)*.

Fuentes, Eusebio *(Manene)*.—Este *Manene* no debe ser de la familia de los Martínez de Córdoba, si atendemos á su apellido, á no ser que esté con ellos emparentada la de *Bocanegra*, lo cual no hemos podido averiguar. Dicen que es un banderillero regular que mata toros antes de tiempo; posible es, pero cuando le hemos visto estoquear hemos hallado en él un chico bien dispuesto, que no maneja mal la muleta, que se arranca bien, aunque precipitado. Y á pesar de todo eso, dudamos mucho que llegue á cuajarse para ocupar un buen puesto en la tauromaquia.

Fuertes, Nicolás *(El Pollo)*.—No nos equivocamos en la calificación que de este torero hicimos en la primera edición. Tan frío era en el redondel que á veces parecía serenidad lo que era indecisión. Esta causó su desgraciada muerte en la plaza de Madrid el día 15 de Agosto de 1880 á las cinco treinta y tres minutos de la tarde, puesto que habiendo tomado el toro, llamado *Valenciano*, de la ganadería de Palomino, una vara del picador Ortega, junto á la puerta figurada inmediata al tendido número 3, hizo el primer quite Gabriel López por estar más próximo, y el segundo Tomás Parrondo, reducidos ambos á dar la salida natural con el capote extendido. Fuertes, que desde más lejos acudió y se colocó tapando á la res dicha salida, dudó un instante sobre el terreno que debía tomar, y en este momento de vacilación, muchísimo más breve que lo que se tarda en relatarle, le cogió de lleno el toro clavándole el asta izquierda en el pecho, volteándole y siguiendo su carrera ó salida natural que, como hemos dicho muchas veces en nuestro libro, nunca debe estorbarse á la fiera. El desgraciado cayó de cabeza, intentó levantarse, pero sin conseguirlo, que no pudo levantarse más, arrojando sangre en abundancia por la herida. Atravesado el corazón por el cuerno, llegó Fuertes sin vida á la enfermería, donde se le administró la extremaunción poco menos

que á presencia de sus padres, espectadores de la cogida. Había nacido en Bañón, pueblo de poco más de cien vecinos, del partido de Montalbán, en la provincia de Teruel, en el año de 1851, y después de haber sido mozo de fonda y esquilador se hizo torero, trabajando con aceptación en varias plazas de España y en Montevideo. Su esposa doña Manuela Moreno, no se encontraba en Madrid el día de la catástrofe, pero vino á la corte con su hija y de Fuertes, de unos siete años de edad, el día 17 en que aquél fué enterrado en el cementerio de la Patriarcal, sepultura núm. 44 de la galeria 1.ª, recinto 3.º—A la conducción del cadáver asistieron más de 1.000 personas, y el duelo fué presido por Salvador Sánchez (*Frascuelo*), Gabriel López (*Mateito*), el caballero portugués José Bento d'Araujo y el empresario de plazas señor Arana.

Funciones Reales.—La suntuosidad, el lujoso aparato y la solemnidad con que se han celebrado siempre y en todas ocasiones las funciones reales de toros, merecen que de ellas se trate con algún detenimiento, aunque sentimos mucho que la índole de este libro no nos permita ser tan extensos como quisiéramos. Ninguno de los escritores que de tauromaquia se han ocupado, nos ha dado noticias detalladas de la forma en que en sus tiempos ú otros anteriores se ejecutasen; y es lástima que habiendo descrito alguno que se preció de *humanitario* los incidentes de los torneos y de los llamados juicios de Dios, no lo haya hecho de un espectáculo, por él acriminado, es verdad, pero que por lo menos es de tanto aparato como aquéllos, y de mayor y más tranquilo esparcimiento. Tampoco hemos visto en ninguna de las obras tauromacas escritas hasta el día, bien que todas se diferencian poco, una relación siquiera que explique el modo que tenían los antiguos de celebrar funciones tan magníficas y tan espléndidas, ni al menos la anotación cronológica de las épocas en que tuvieron lugar las más notables; pero nosotros, que consideramos un deber enterar á nuestros lectores de cuanto pueda contribuir al objeto que nos hemos propuesto, hemos buscado libros y revuelto papeles antiguos que pudiesen darnos luz sobre el asunto, y aunque nuestro empeño ha sido grande y nuestra voluntad mayor, si bien el resultado no ha correspondido á nuestros deseos, ha sido, sin embargo, suficiente para dar noticias y permenores que ninguna obra contiene. Debemos advertir que sólo haremos mención de las funciones reales propiamente dichas, ó sea de las celebradas en honor de algún rey ó príncipe nacional ó extranjero, y de ningún modo de las ejecutadas con cualquier otro motivo, lo cual tiene una explicación muy sencilla: sólo en las reales se observan ciertas ceremonias y etiqueta, y careciendo de esto las comunmente celebradas, sería repetir en este lugar lo dicho en otros varios del presente libro. Vamos, pues, á decir cuanto sabemos respecto del particular, guardando en la referencia el orden cronológico para mayor claridad.

Parece, y en esto no estamos muy seguros, aunque lo dice Moratín en sus muy justamente céle-

MORO GAZUL, FUÉ EL PRIMERO QUE ALANCEÓ TOROS.—GOYA

bres quintillas, que con motivo del nacimiento de Alimenón de Toledo, se celebró en Madrid, junto al muro de la Almudena, una fiesta de toros, dispuesta por el moro Aliatar, en que tomó parte el Cid Rodrigo Díaz de Vivar. Suponemos que ésta fuese la primera fiesta real de esta clase que se celebrase en España, lo cual debió ser á mediados del siglo undécimo, puesto que el Cid murió en 1098. Querer describir esta corrida sin acordarse de aquel célebre poeta, es imposible, y grande atrevimiento sólo el intentarlo.

A principios del siglo XII, ó sea en el año de 1107, se celebraron en la ciudad de Avila con gran pompa y ostentación funciones reales con motivo de las bodas de Velasco Muñoz con Sancha Díaz; y aunque pocos pormenores han llegado hasta nosotros, sabemos, sin embargo, que en las fiestas de toros lidiaron juntos moros y cristianos, y la crónica dice que el moro Jazmín Hiaya danzó con la infanta Doña Urraca.

Pocos años después, en el de 1124, hubo también fiestas reales de toros, en que tomaron parte muchos caballeros castellanos, con motivo de las bodas del rey D. Alonso VII con Doña Berenguela, hija del conde de Barcelona; y en el mismo siglo, en el año de 1144, día de San Juan, 24 de Junio, se celebraron en la ciudad de León grandes festejos y corridas de toros cuando casó Doña Urraca la Asturiana, hija de Alfonso VIII y de su dama Gontruda, con el rey de Navarra D. García VI. Ningún pormenor de ellas hemos hallado en parte alguna, más que «fueron tan brillantes como nunca se habían conocido,» ni tampoco noticias de si hubo funciones reales de toros en los dos siglos XIII y XIV; pero en el XV las hubo, y muy notables, en la ciudad de Medina del Campo, á 20 de Octubre de 1418, en ocasión de las bodas del rey D. Juan con Doña María de Aragón; en 1436 en la ciudad de Soria con motivo de la entrevista del rey D. Juan II con su hermana la reina de Aragón; en 1440 las dispuso en Bribiesca el conde de Haro para festejar á Doña Blanca, esposa del príncipe D. Enrique, y á su madre la reina de Navarra.

Cuando cincuenta años más tarde se celebraron las bodas de Doña Isabel de Aragón y Castilla, hija de los Reyes Católicos, con D. Alfonso, hijo primogénito del rey de Portugal D. Juan II, hubo en 18 de Abril de 1490, en la gran plaza de Sevilla, unas tan notables fiestas y corridas de toros, que llamaron la atención de muchas gentes que de lejos acudieron á presenciarlas. El rey mantuvo por sí una justa, y además, según dice el Padre Flórez, quebró muchas *varas;* palabras que nos hace creer que él mismo quebró lanzones, porque varas no se decía en las justas, sino cañas ó lanzas.

En el siguiente siglo XVI las hizo celebrar con regia ostentación el emperador Carlos V en el año 1526, matando él mismo un toro de una lanzada, y acompañándole en la lidia caballeros españoles y alemanes, en celebridad del nacimiento de su hijo D. Felipe, que veintinueve años después le sucedió en el trono de España. Cuando este casó con Doña Isabel de Valois, dispuso espléndidas fiestas de toros D. Iñigo de Mendoza, cuarto duque del Infantado, en la ciudad de Guadalajara, como principal suya, lo cual sucedió en fines de Enero de 1560. Diez años después, el mismo rey contrajo matrimonio con su cuarta mujer Doña Ana de Austria, y las fiestas que con este motivo se celebraron exceden á toda ponderación, especialmente en Segovia, donde costearon D. Francisco de Zúñiga, duque Béjar, y D. Gaspar de Zúñiga, hijo del conde de Miranda, arzobispo de Sevilla, unas soberbias corridas de toros, á 12 de Noviembre de 1570. No hemos podido averiguar si con este mismo motivo, y al trasladarse la corte á Madrid, habría, como es de presumir, corridas reales de toros; pero hubo tales fiestas, que entre ellas se menciona que el célebre arquitecto italiano Juan Bautista Antonelli hizo en el Prado de Madrid un estanque de más de quinientos pies de largo y ochenta de ancho para que navegaran galeras, y remedó además el puerto de Argel en aquel sitio. Es por lo tanto muy probable que no dejase Madrid en dicha ocasión de celebrar con toros y cañas tan alto suceso, pero repetimos que nada hemos encontrado que lo acredite.

Con motivo del natalicio de la princesa Ana María Mauricia—hija de Felipe III,—que después casó con el rey de Francia Luis XII, hubo en Barcelona grandes fiestas, y entre ellas una de toros el día 3 de Diciembre de 1601, que fué continuación de los torneos verificados el día anterior. En opinión de varios antiguos escritores, *ésta fué la primera corrida de toros celebrada en la ciudad Condal,* ó al menos la más antigua de que se tiene noticia. A dicha función asistieron el virey de Cataluña duque de Feria, los *concellers*, diputados y gran número de damas y caballeros. El primer toro, por manso fué desjarretado; el segundo, después de lancearlo murió á golpes de dagas y espadas por los *toreadores*, y retirados éstos, dieron paso al caballero D. Pedro Vila de Clascar, que montado á la jineta y armado de lanza corta, iba acompañado de cuatro pajes, con dos lanzas cada uno: antes de todos saludó reverentemente al duque de Feria, á los señores *concellers*, á los diputados y damas, y fuese á buscar al toro que acudió en seguida y dejándole llegar, el caballero le dió magistralmente un bote de lanza en el testuz, tan certero que le tiró patas arriba, y, por lo tanto, fué sólo una lanza la que utilizó. Saludó entre las

aclamaciones del pueblo y se retiró. Salió otro toro al que mató de igual modo otro caballero, cuyo nombre es ignorado; y después dieron suelta á dos á la vez, que no se sabe cómo serían lidiados. Para divertimiento del pueblo soltaron luego un toro con una *vestidura de cohetes*, á los que pegaron fuego, así como á las otras máquinas de las que el pobre animal venía rodeado: tan cruel espectáculo fué amenizado por timbales y trompetas, que estaban en la grada ó catafalco construído frente á la casa del General. Esta se hallaba situada en la plaza en que se efectuaban los torneos, exceptuando para la fiesta de toros la tienda y el palenque, que no podía utilizarse más que para los guerreros, en términos de que el duque de Feria se colocó en el balcón que ocupó los días anteriores para dirigir los torneos, pasando los diputados y *concellers* á las tribunas que para ellos se habían levantado. Según el perímetro que entonces tenía la plaza actual del Palacio donde se construyó el Circo, y á la disposición de los edificios que por entonces había en dicho lugar, puede calcularse que el espacio apropiado para la referida fiesta de toros—primera celebrada en Barcelona—se ajustaría á la mitad de la extensión que en la actualidad tiene dicha plaza, siendo el lugar de la fiesta el que ocupaba entre la casa del General y la sala de armas, al final de la Puerta del Mar.

En el mismo siglo XVII, el rey D. Felipe III renovó, y puede decirse que hizo construir de nuevo la Plaza Mayor de Madrid, y entonces se verificaron en la misma grandes fiestas de toros en su presencia con el carácter de reales, ó sea lidiando caballeros de la corte en honra del soberano, sin precio alguno, lo cual sucedió en el año de 1619.

Su hijo, D. Felipe IV, que sin duda por la afición y apoyo que prestó durante su reinado á las ciencias y á las artes fué apellidado el Grande, hizo celebrar fiestas reales en la Plaza Mayor de Madrid el día 21 de Agosto de 1623, con motivo de la venida á esta corte de Carlos Stuardo, príncipe de Gales. Para dar una idea á nuestros lectores de la brillantez y magnificencia de esta corrida real de toros, nos vamos á permitir describir algo de ella. Después de haberse construído en la plaza tablados y gradas de madera, de haberla arado, apisonado y regado convenientemente, y de haberla adornado con colgaduras y flores, se colocaron en sus puestos todos los personajes y convidados y la gente que compró localidades, que se alquilaban, y se hizo el despejo de la plaza por la guardia real española y alemana. Por la calle que daba frente á la Casa Panadería, que ocupaban los reyes y demás familia real, y que debía ser la calle Imperial, por el sitio en que próximamente está situada hoy la tercera Casa Consistorial, salió el cortejo del paseo en la forma siguiente: El trompeta mayor de la Real Casa, dieciseis alabarderos, sesenta clarines y trompetas con las armas reales en ellas, y veinticuatro alguaciles del bureo, ó sea de Palacio, que entonces tenía su juzgado y fuero especial; los caballerizos de campo, de gran gala, delante del caballo que había de montar el rey, si quería tomar parte en la lidia de toros ó en los juegos de cañas, que, como de costumbre, la precedían; los palafreneros, herradores, lacayos de gran librea y sesenta caballos, todos alazanes como el del rey, conducido cada uno por un lacayo, vestido éste de encarnado y amarillo con pasamanería de plata, y enjaezados aquéllos con jaeces blancos y negros, bozales de plata bruñida y tellices de terciopelo carmesí, todo con las armas reales. Seguían cuatro mozos llevando á hombros un banco de caoba y ébano para montar, cubierto de seda encarnada con bordados y fleco de oro; doce acémilas cargadas de haces de cañas, y los criados convenientes vestidos de lujo. La magnífica procesión de este cortejo no se componía sólo de lo expresado. Lo que llevamos dicho no es más que el relato de la gente que componía la primer cuadrilla, que era la del rey, continuando después otras, hasta el número de diez, que describiremos sucintamente hasta donde nos sea posible, tomando la referencia de un precioso artículo descriptivo que ha publicado el Sr. Monreal.—La segunda cuadrilla fué de la Villa, compuesta de cuatro trompeteros, veinticuatro caballos, otros tantos lacayos, con librea éstos y arreos aquéllos naranja y plata y el mayordomo de la Villa por caballerizo.—La tercera, de D. Duarte de Portugal, reino entonces perteneciente á España, y se componía de cuatro trompetas con paños bordados con las armas de ambos reinos, treinta y seis caballos con otros tantos lacayos, doce de respeto, veinte mozos á la turquesa y un caballerizo.—El duque del Infantado salió en cuarto lugar, primero de la grandeza española, con cuatro trompeteros en frisones blancos, cuarenta caballos morcillos, jaeces blancos y negros, otros tantos lacayos, y cuarenta y ocho más de respeto con el caballerizo. Enseña negra con pasamanos de plata, bordada el Ave María, arma de los Mendozas.—La quinta cuadrilla fué de D. Pedro de Toledo, cuyos cuatro trompeteros montaban caballos rucios con sayos dorados y con sus armas, treinta caballos de dicho pelo con gireles de tela de oro, bandas de lo mismo y adargas blancas, guiados por igual número de lacayos, dieciocho de respeto, y además el caballerizo.—El almirante de Castilla presentó después de la anterior la suya, con cuatro trompeteros, treinta y dos caballos conducidos por otros tantos lacayos, y adornados aquéllos, que eran castaños, con jaeces blancos y oro, y además doce

mozos de caballeriza.—En séptimo lugar salió la cuadrilla del conde de Monterey, que es el que más llamó la atención, componiéndola los cuatro trompeteros, cincuenta caballos castaños y cien lacayos, todos engalanados y vestidos ricamente con los distintivos blanco y oro.—La octava cuadrilla, compuesta de cuatro trompeteros, cuarenta y dos caballos, otros tantos lacayos, y diez de respeto, la presentó ataviada de verde y plata, el marqués de Castel-Rodrigo.—La novena, del duque de Sessa, con cuatro trompeteros, treinta y cuatro caballos rucios y cuarenta y dos lacayos, usó el color verdemar, vareteado de oro.—Y la última, del duque de Cea, con sus trompeteros de librea de azul y plata, bordada con perlas y granates, veinticuatro caballos con otros tantos criados, treinta de respeto, y el caballerizo de negro. Este brillante séquito, entre las aclamaciones de la multitud, saludos de las damas y acordes de las músicas, dió la vuelta ordenadamente á la plaza, y se retiró por la calle de Atocha.

En la misma Plaza Mayor de Madrid, cuyos balcones se alquilaban para estas fiestas á precios muy caros, por lo que desde 1620 se puso tasa á los mismos, señalando doce ducados á los primeros ó principales, ocho á los segundos, seis á los terceros y cuatro á los cuartos, costando los asientos de tendidos, construidos por industriales, tres reales de á ocho, que equivalen á treinta y seis reales de vellón; en dicha plaza, decimos, se celebraban frecuentemente fiestas de toros, sin que los habitantes de las casas que á la misma daban sus balcones pudiesen ocuparlos más que para ver el encierro y la corrida de por la mañana. La que se celebró en el año de 1631 tuvo para algunos desastroso fin, puesto que, según dice la historia, entre la algazara de los aplausos sonó la voz de «¡fuego! ¡fuego!», acudió la multitud á una casa que ardía, se hundió la escalera de la misma y perecieron veinticinco personas, quedando muchas más heridas.

En 1637 hubo también funciones reales de toros para celebrar la exaltación al trono imperial del cuñado del rey D. Felipe, el de Austria don Fernando III; y en las que para conmemorar la coronación de éste se verificaron en la plaza del Retiro, fueron convocados cuantos caballeros tenían fama de conocedores del toreo, y se presentaron á tomar parte en ellas diferentes personajes. Además, en Octubre de 1638, hubo otras muy suntuosas con motivo de la venida á España del duque de Módena y del nacimiento de la infanta doña María Teresa, más tarde reina de Francia. Fueron caballeros en plaza, apadrinados por el rey, que les suministró cuantos caballos necesitaron (preferíanse los castaños y rucios á los negros y alazanes), Bonifaz, Trejo, Barnavas y Bernardo de Guzmán, de quienes nos ocupamos en el sitio correspondiente, quedando todos en muy buen lugar y agasajados espléndidamente por el rey. Estas funciones las presenció el rey desde el balcón principal de la casa llamada de la Panadería, con la reina el conde-duque de Olivares y su fastuosa corte. Al lado izquierdo de la plaza, mirando desde el palco real (y en el sitio que hoy corresponde próximamente al paso que da á la calle de Zaragoza), presenciaba también las fiestas la célebre cómica María Calderón, llamada la Calderona, de quien tuvo el rey cuatro hijos, y la cual, como es de suponer, tenía á su alrededor su pequeña corte. En estas dos funciones reales ya formaron de espaldas al rey, pero debajo de su balcón y en ala, sobre la arena, la guardia tudesca con sus alabardas, y los alguaciles de corte á la jineta, con sus varas en la mano, á un lado y otro de aquéllos; mas no sabemos en cuál de las dos el conde de Villamediana, D. Juan de Társis, rejoneó un toro con notable destreza, y preciándose de habérsele ofrecido, ó brindado, como decimos hoy, á la reina, así como de otros escandalosos galanteos dirigidos á la misma, apareció una noche en una calle,

1804. — CABALLERO REJONEANDO

junto á las gradas de San Felipe, muerto á puñaladas. Merece especial mención el traje con que se presentó en la arena á rejonear el dicho conde de Villamediana, y nos vamos á permitir apuntarle: «Caballo tordo con rendaje y lazos de seda grana y oro; traje de terciopelo blanco con trencillas y pasamanos de oro y perlas, forros acuchillados, vueltas y faja de raso carmesí; calzón de punto, altos borceguíes, valona y puños de encaje; cruz de Santiago en rubíes, sombrero con cintillo de diamantes sujetando seis plumas». Dicho caballero, rejón en mano, «con la cuchilla de á palmo», se fué al toro paso á paso, parose frente á él, «el paje de la derecha con la capa le llama, embiste,

el jinete tuerce el brindón, pasa el toro, clávale Villamediana el rejón, aquél brama, vacila y desplómase en tierra muerto, y el caballero, con medio rejón en la mano, saluda al concurso, que le vitorea, y á los reyes, que le aplauden.» Así lo describe un gran literato en un precioso romance, del que no hemos podido resistir á la tentación de tomar algunos apuntes, tanto porque su mérito lo requiere, cuanto porque nos conviene hacer constar que el rejón tenía en aquella época cuchilla de á palmo, y que el caballero iba al toro paso á paso y le esperaba de frente.—Continuemos nuestro relato.

Para celebrar el natalicio del infante D. Felipe, se construyó en 1653 una gran plaza de madera en el Retiro, que costó más de un millón de reales; se desplegó un lujo fastuoso. Hubo seis caballeros de lo principal de la corte al frente de otras tantas cuadrillas, compuestas las cinco primeras de á cien lacayos cada una, y la última de solos cincuenta, todos con vistosas libreas á la turquesa y otras formas bizarras, y los caballeros con vistosos trajes de colores, valiosa pedrería y preciadas bandas; por cierto que el almirante de Castilla, por su poca destreza, al pasar cerca del jefe de la tercer cuadrilla, que lo era el conde de Cabra, clavó en la pierna de éste su rejón, causándole herida grave.

Después del año 1670, en Zaragoza se celebraron también funciones reales de toros en honor del príncipe D. Juan de Austria, cuando se rebeló contra la reina, que apoyaba al jesuita Nithard; y en 1673 las hubo, y muy fastuosas, en el casamiento del rey D. Carlos II con doña María de Borbón, habiendo rejoneado á caballo los grandes de España Camarasa y Rivadavia, y sobresalido entre todos el duque de Medina Sidonia, que mató dos toros de dos rejonazos. También tomó parte en esta corrida el conde de Konismarck, joven sueco, de quien dice un distinguido escritor que su poca fortuna ó escasa destreza púsole en trance de perder la vida, pues el toro le derribó, juntamente con el caballo, y debió su salvación á uno de los lacayos, que mató la fiera á estocadas.

Al casarse de nuevo en 1689 el mismo rey Carlos II con doña María Ana de Newburg, hubo también en la dicha plaza toros reales, que á poco tiempo dejaron hueco para las hogueras de la Inquisición. Parece que en 1701, cuando Felipe V entró en Madrid, de dieciséis años de edad, hubo algunas corridas de toros en los meses de Febrero á Abril, que no fueron tan buenas ó magníficas como las que se verificaron en 27 de Diciembre de 1714, cuando llegó doña Isabel de Farnesio, que casó con dicho rey. Tal vez la circunstancia de que las primeras se hacían á la conclusión de una guerra civil y la de que el pueblo de Madrid no era entonces muy adicto al nuevo rey, hiciese que aquéllas no tuviesen tanto atractivo como las últimas referidas, en que ya la opinión se había modificado notablemente.

Llegó el año de 1725, cuando la elevación por segunda vez al trono de España del rey D. Felipe V, por muerte de su hijo D. Luis, y hubo en la Plaza Mayor de Madrid funciones reales de toros, en que rejoneó y lidió á caballo magistralmente el hidalgo de Pinto D. Bernardino Canal, así como otros caballeros de la corte, concluyendo la función con desjarrete por la plebe á los últimos toros. Dícese que, de acuerdo con la autoridad y con conocimiento del rey, se colocaron en los medios de la plaza dos hombres embozados y tapados con sus anchos sombreros, que cuando las reses venían á ellos las sorteaban quebrando el cuerpo, sin desembozarse, y continuaban su fingida conversación tan luego como el animal acudía á otro punto; y hay quien supone que bajo aquellas capas se ocultaban personajes de alta clase, diestros en el arte de torear, que sin publicar sus nombres querían hacer ostentación de su habilidad.

En 1730 se celebraron corridas reales en Sevilla, y el rey Felipe V nombró á los caballeros en plaza que trabajaron en ellas caballerizos de campo de su real persona.

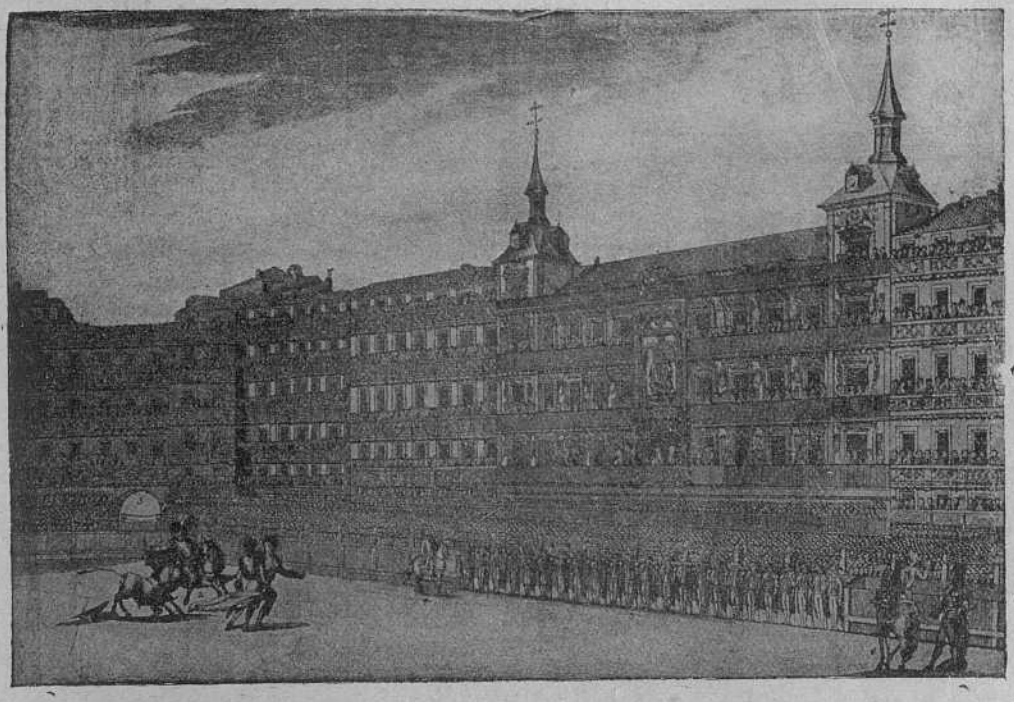
Ya fuese porque las funciones en la Plaza Mayor estorbasen al vecindario por estar situada en el centro de la población de Madrid, ó porque su coste fuese excesivo, ó por otras causas que ignoramos, el rey D. Fernando VI mandó en 1749 edificar á su costa una plaza de toros en las afueras de la Puerta de Alcalá, que se concluyó en 1754, y fué donada por aquél al Hospital general de esta corte, sustituyendo con grandísima ventaja á las que había habido en el Prado junto al palacio de Medinaceli, en la plaza de Antón Martín, en el soto de Luzón y en el camino de Alcalá. En esta nueva plaza, que es la derribada en 1874, se celebró la primera función real de toros en la jura y proclamación del rey D. Carlos III, en el mes de Diciembre de 1759; la segunda en el domingo de Pascua de 1765, en que se recargó el precio de entrada cuatro maravedises por persona, para beneficio del hospital de San Antonio Abad; la tercera, celebrada en el año referido, á 11 de Junio, para obsequiar al hermano del rey de Inglaterra, príncipe Meklemburgo-Strezlitz; otra en 3 de Septiembre del mismo año 1765, con motivo de los desposorios del príncipe de Asturias, luego rey Carlos IV, con María Luisa, y otra en 30 del siguiente Diciembre, con igual motivo de dicho casamiento, asistiendo los novios ya casados, haciendo el despejo de la plaza la compañía de alabarderos y saliendo á rejonear cuatro caballeros vestidos á

la antigua, de colores respectivamente verde, azul, encarnado y amarillo, con bordados y galones de oro y plata y seguidos de cien lacayos.

Más tarde, en el año 1789, volvió la Plaza Mayor á ser dispuesta para dar corridas de toros reales, con el fin de solemnizar la jura del príncipe de Asturias, luego Fernando VII, habiendo trabajado en quebrar rejoncillos cuatro caballeros y desplegádose un lujo y magnificencia inusitados. Fueron cuatro los días en que se celebraron corridas, el 18, 21, 24 y 28 de Septiembre, lidiándose en las dos primeras treinta y dos toros en cada día, si bien sólo por la tarde hubo caballeros rejoneadores. Las muchísimas disposiciones y bandos de buen gobierno que se tomaron por las autoridades, y en especial por los alcaldes de la real casa y corte y corregidor de Madrid, prueban por un lado la importancia que daban á las fiestas, y por otro la nimiedad á que se descendía en todos los actos públicos de aquella sumisa sociedad. Mientras los referidos alcaldes ordenaban en un bando que no bajase á la plaza ninguna persona, ni sacase armas, ni silbase, vocease *ni hiciese malas acciones*, ni fumase, ni encendiese yesca, ni cambiase de sitio, ni saliese por las puertas de los tendidos á la plaza, sino por las que comunicaban con los portales, y además prohibía se arrojasen *perros*, *gatos*, cáscaras, fruta, etc., el corregidor prevenía á los vecinos que no saliesen á la calle con palos ni bastones, porque podrían estorbar á la mucha gente; que evitasen aglomerarse en un punto determinado y se marchasen de él cuando se les ordenase. El mismo corregidor circuló á todos los dueños é inquilinos de las casas de la Plaza Mayor diferentes instrucciones impresas, en las que les obligaba á tener luz encendida de día y de noche en los portales y escaleras; que cuidasen y encendiesen en los balcones, á la misma hora que se iluminase la casa de la Panadería, las cazuelillas que de antemano se les habían entregado al efecto; y que cada uno en su habitación tuviese necesariamente un cubo con agua y una escoba al lado, para con ella apagar en seguida cualquier fuego que pudiera empezar. Prefijáronse para la segunda corrida real de toros (porque en la de Corte no se vendieron localidades) precios sujetos á una tarifa impresa, que por cierto, atendida la época, no eran baratos. Costaba un balcón principal, á la sombra, por la tarde, mil reales, setecientos sesenta un segundo, quinientos sesenta un tercero, cuatrocientos un cuarto y trescientos sesenta un quinto. Los tabloncillos y barreras cuarenta y ocho reales y los tendidos treinta y dos. Un asiento de barandilla de nicho ochenta reales, si era de primera, sesenta y cuatro de segunda y cincuenta y seis de tercera, y un nicho entero mil doscientos reales, cuyos precios al sol ó en las funciones de la mañana eran la mitad exactamente. No hubo por la tarde más espadas que Pedro Romero, Joaquín Rodríguez (*Costillares*), José Delgado (*Illo*) y Juan Conde, y los toros fueron primero castellanos, extremeños, riojanos, aragoneses ó navarros, manchegos y de Colmenar, cerrando plaza los de Madrid, todos de cuatro, cinco y seis años. Para la construcción de los tendidos de la plaza, y para formar el redondel se quitaron los cajones del mercado que en ella había, trasladándolos á la de la Cebada; y como era época de feria en Madrid, la cual se celebraba en esta última, se trasladó á las plazuelas inmediatas. No hubo en las corridas tercera y cuarta caballeros en plaza, y en la última se dividió ésta en dos, ejecutándose, entre otras suertes, la de saltar desde lo alto de una mesa, con grillos en los pies, por encima de un toro, el lidiador Alfonso Caro. Dejaron estas fiestas gran recuerdo entre todos los espectadores que de España y del extranjero acudieron á presenciarlas.

También en la misma plaza se hicieron las notabilísimas fiestas reales de toros, con igual ó mayor solemnidad que las ya relacionadas, que con la debida anticipación se dispusieron para celebrar la unión de D. Fernando de Borbón, príncipe de Asturias, con doña María Antonia, el día 20 de Julio de 1803, á que asistieron, como de costumbre, los reyes, real familia y altos dignatarios. En dicha fiesta salieron á quebrar rejoncillos á caballo cuatro caballeros, apadrinados por grandes de España, maestrantes, y premiados por el rey espléndidamente. Hubo después en la misma plaza grandes corridas de toros, con igual ceremonial, cuando se juró á la princesa doña María Isabel Luisa de Borbón, luego Isabel II, en el año de 1833; pero con tanta riqueza y gusto en los detalles, que bien merecen mencionarse. La plaza estaba magnífica, cerrada totalmente y con tendidos construídos al efecto en toda su extensión; de modo que quedó para la lid, ó sea el coso ó redondel, un espacio de ochenta y siete mil ochocientos veintidós pies, desempedrados y arados convenientemente. Hizo el Ayuntamiento, en una línea de cerca de ciento cuarenta pies que había de solares, construir de madera un edificio que en su exterior igualase á todos los demás de la plaza, y cerrar de igual modo la calle de Boteros, hoy de Felipe III, que entonces, lo mismo que la de la Sal y la de Zaragoza, estaban sin concluir. Todos los balcones hasta el piso tercero se colgaron con paño fino de grana y en su extremo galón y fleco de oro; en medio del paño de los balcones principales se veía una faja de tisú de oro de una tercia de ancho, y en el centro de esta faja una cinta azul cristina. En la barandilla de la azotea se colocó en toda su extensión una colgadura azul con

estrellas de plata, haciendo juego con la barrera del circo, que estaba pintada de azul y blanco. La casa de la Panadería fué adornada por cuenta de la casa real con un lujo sorprendente, formando

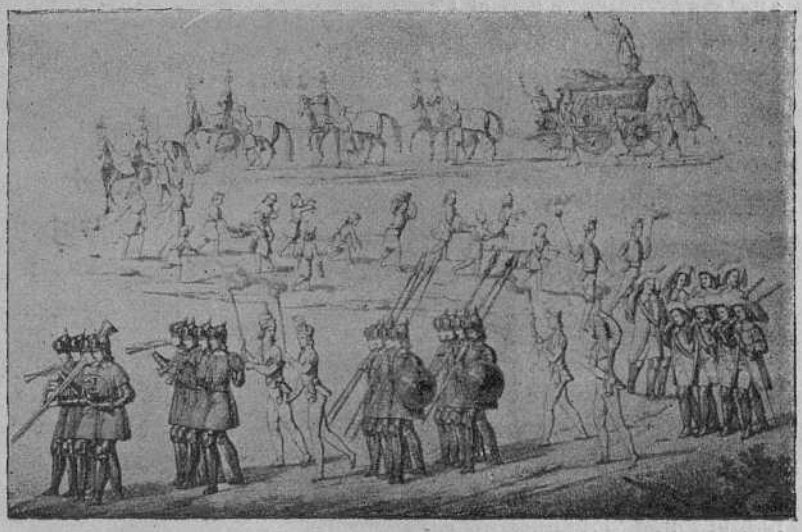


PLAZA MAYOR DE MADRID EN LAS FUNCIONES REALES DE 1803.—**Lámina de la época**

en el balcón principal un magnífico trono, con soberbias colgaduras de terciopelo encarnado bordadas de oro fino.

Dispuso el Ayuntamiento una mascarada, que tituló Real, y que, antes de recorrer las principales calles de la corte, formó cortejo, precediendo á los caballeros en plaza y á las cuadrillas de toreros y dando cierto esplendor á la fiesta antes de que ésta diese principio en realidad. He aquí cómo anunció la corporación municipal el *significado* de aquellas comparsas, que tan aplaudidas fueron en la entonces Real Plaza Mayor de Madrid en la corrida de corte celebrada en 22 de Junio de 1833. —«*Primera sección:* Abrirá la marcha una brillante música militar. Seguirá una comparsa de guerreros, vestidos y armados á la antigua, en representación de la constante lealtad del ejército español para con sus amados reyes, en cuya defensa está siempre dispuesto á verter la última gota de su sangre, y aludiendo también á las inmortales glorias de esta nación valerosa. Seguirá á los guerreros un grupo de genios coronados de flores y derramándolas en todas direcciones, con cuyo emblema se significan los blandos céfiros, los tiernos amores y las inocentes risas que circundan y embellecen la dorada cuna en que crece, reservada al trono de Recaredo y á colmar la ventura de sus súbditos, la adorada hija de Fernando y de Cristina. En un carro fulgente irá la Aurora, con el cabello suelto y una antorcha en la mano derecha, llevando á sus pies el Sueño y la Noche, representados por una y un joven vestidos alegóricamente. En derredor del carro irán las Horas y las Gracias, con los atributos que á unas y otras pertenecen.

Con esta alegoría se demuestra que la princesa, objeto de nuestro amor, es consuelo y esperanza del trono en que ha nacido y de los pueblos que un día bendecirán su imperio, así como la Aurora vivifica y embellece los campos que ilumina. En las imágenes del Sueño y de la Noche se representan la ignorancia, los recelos, los quiméricos designios, las ilusiones y los delitos que engendran es-



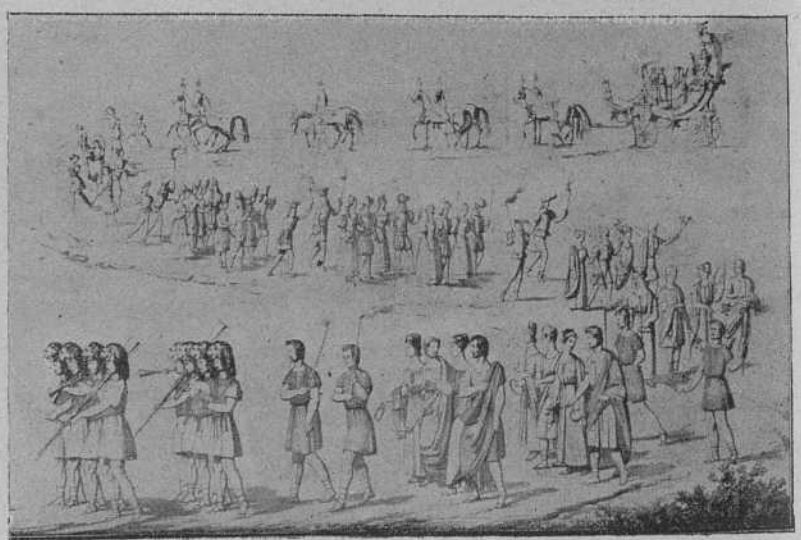
De la Memoria Oficial publicada por el Ayuntamiento.—1833

tas dos divinidades del Averno, cuyo influjo ha desaparecido como las tinieblas á vista de la luz, desde que plugo á la Providencia fecundar el lecho de Fernando, y, sobre todo, desde que el pueblo español ha visto felizmente la restablecida salud de su más amado rey y colmados los votos

De la Memoria Oficial publicada por el Ayuntamiento.—1833

de su tierna y solícita esposa. Las ninfas que rodean el carro son símbolo de las horas bienhadadas, que van á suceder á las no há mucho horas de amargura, y las gracias que en la tierna Isabel ha prodigado la Naturaleza.—*Segunda sección:* Precedidas de otra banda de música militar, caminando regocijadas, varias cuadrillas, compuestas de pastores, labradores, jardineros, marineros y artesanos, con sus correspondientes trajes y con los instrumentos de sus respectivos oficios. En seguida la Arquitectura, la Pintura y la Escultura, con sus atributos, y detrás de esta comitiva un suntuoso carro, en cuyo centro aparecerá Mercurio con el Caduceo, los talares, etc., Ceres coronada de espigas, con la hoz en la mano, y Flora ceñida de guirnaldas. Este cuadro alegórico denota la lisonjera perspectiva que ofrece á España la directa sucesión de unos reyes tan amantes de las artes consoladoras.

La comparsa de pastores y labradores bendice á Ceres como á diosa de la Agricultura, fuente inexhausta de la pública felicidad, presintiendo sus progresos en el fértil campo español, el fomento de nuestros ganados y la mejora de sus preciosas lanas; los jardineros, adorando á Flora, significan que una princesa en cuya frente resplandecen la hermosura, el candor y la pureza, debe ser tan grata á los españoles como era á los gentiles la divinidad de que en su creencia procedían los bienes de la prolífica y apacible primavera; los marineros y artesanos, precediendo al carro de *Mercurio*, dios de la Industria y del Comercio, se recrean con la plácida esperanza de la decidida protección, que, imitando á sus ínclitos padres, dispensara la jurada princesa á estos elementos de riqueza, y por último, la Pintura, la Escultura y la Arquitectura laureadas, manifiestan que su real munificencia producirá otra edad de oro para las bellas artes, hijas de la prosperidad y de la abundancia.—*Tercera sección:* A otra banda de música seguirán comparsas de romanos y sabinos, vestidos con la austera sencillez que distinguía á aquellos pueblos en el reinado de Rómulo y Tacio. Estas parejas, recordando la alianza más célebre que refieren las antiguas historias, aluden á la entrañable unión con que las provincias que componen la vasta Monarquía española rivalizan en amor y felicidad al gran Fernando, á la benéfica Cristina y á su regia prole; y recuerdan que si una Isabel, de gloriosa memoria, reunió bajo una sola corona los reinos de Castilla y Aragón, otra Isabel, digna de ser llamada nieta suya, logra estrechar tan halagüeños lazos aun antes de ceñir á sus sienes la corona. A continuación marchará otra lucida comparsa de españoles á la antigua y de americanos con su primi-



De la Memoria Oficial publicada por el Ayuntamiento.—1833

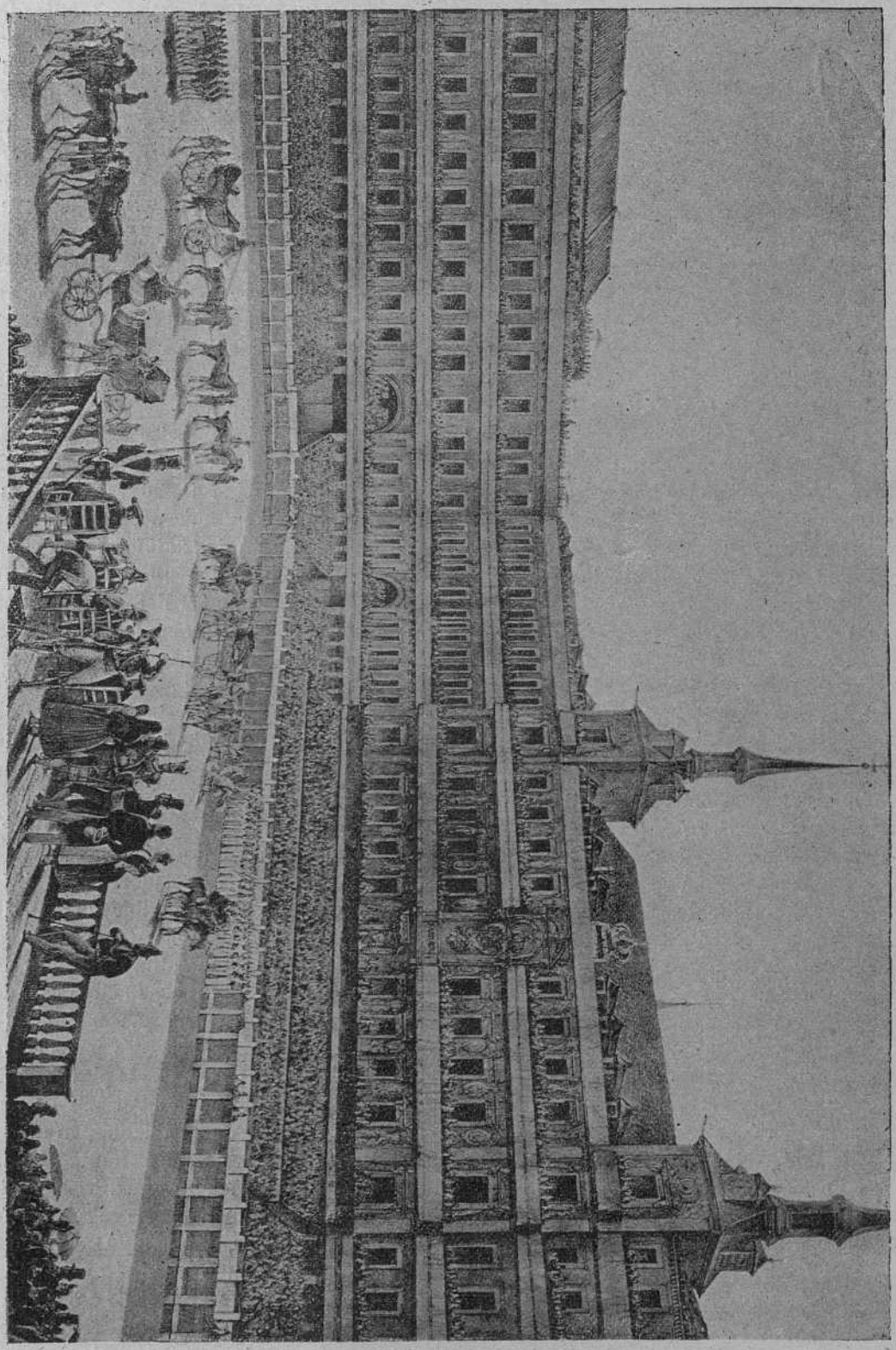
tivo traje, para demostrar que los benéficos rayos del nuevo astro que brilla en el solio español, no se limitan á un solo hemisferio. Las parejas de la primera comparsa llevarán báculo, con una cigüeña en su extremo, símbolo de la gratitud entre los gentiles, y asimismo navetas con incienso, y vasos para las libaciones, todo en demostración de agradecimiento al cielo, por haberse colmado los votos de la Monarquía. Las parejas de americanos y españoles llevarán mármoles, medallas y pergaminos, como monumentos que han de llevar hasta las más remotas generaciones el egregio nombre de Borbón, su grandeza y sus hechos esclarecidos. Seguirá una danza de genios y ninfas, y á continuación se verá el tercer carro, más bello y magnífico que los precedentes. Este carro será ocupado por cuatro matronas representando las virtudes cardinales, todas con sus correspondientes atributos. En la parte superior se verá, sentada, la estatua de la Concordia, teniendo á sus plantas dos leones, que sujetan cada uno un globo y llevando en sus manos un haz de varas semejante al de los lictores romanos, pero cuyos remates son cálices de varias flores. Le adornan á cada lado dos urnas de perfumes. El arranque de dos brillantes semicírculos con los colores del arco Iris sostiene el dosel, en cuya circunferencia se leerá, con caractéres dorados: «La Concordia hace la felicidad de los Estados». Rodearán la carroza cuatro figuras, que representarán el Honor español, nueva garantía de los derechos de Isabel, cimentados en las leyes y costumbres patrias; el Poder de esta Monarquía, respetado siempre por las naciones extranjeras; la Amistad, en señal de la que debe reinar entre los príncipes para bien de sus dominios respectivos, y la Abundancia, que sólo puede existir en el seno de la paz y de las virtudes. El sentido de esta alegoría no es dudoso. Los designios, nacidos de quiméricas ilusiones, y el temor de los males que intentaban producir, han desaparecido de todo punto al aspecto de una prenda de amor, dulce signo de paz y de alianza, bajo el cual, hundida para siempre en el abismo la feroz Discordia, obtendrá su antigua preponderancia y opulencia la gran familia española. Esta prenda de amor, este próspero signo de fraternal alianza, este presagio, en fin, de tantas venturas es la serenísima infanta *Doña María Isabel Luisa*, y al celebrar con públicos regocijos el fausto momento de la *Real Jura*, en que solemne y universalmente es reconocida y acatada como sucesora de *Fernando VII* y de *María Cristina de Borbón*, no podría menos de complacerse el leal Ayuntamiento de Madrid erigiendo un triunfo en honor de la *Concordia*».

A estas comparsas, que entraron lo mismo que las cuadrillas de lidiadores, por la puerta de la calle de Ciudad-Rodrigo, y después de marchar siempre por su derecha y dar vuelta más que completa al redondel, salieron por la puerta de la calle de Gerona, se las despidió de allí, para que fuesen á alegrar con su presencia las calles de la población, quedando sólo en la plaza la gente necesaria para las corridas, que resultaron espléndidas y lujosas, rejoneando con acierto los caballeros y portándose bien las cuadrillas de toreros. A pesar de que ya estaba iniciada la guerra civil en España y de la gran dificultad que ofrecían entonces las comunicaciones con la capital, de muchos puntos lejanos vinieron á Madrid infinitas personas, con el sólo objeto de presenciar unas fiestas tan extraordinarias. Raro fué el extranjero que, al volver á su país, no llevó una lámina, un retrato, una medalla ú otro objeto de los muchos que entonces se hicieron para perpetuar unas funciones tan originales y magníficas como las que se celebraron.

En las funciones reales celebradas en la misma Plaza Mayor el día 16 de Octubre de 1846 por las bodas de la reina Doña Isabel II y su hermana Doña Luisa Fernanda, se hicieron iguales obras de construcción de tendidos; las colgaduras de los pisos principal y tercero fueron de grana con galón y fleco de oro; las del segundo, amarillas con galones de plata, formando entre las tres los colores nacionales, y la barandilla de los terrados fué cubierta con tela azul galoneada de plata. Se aprovechó la forma de paralelógramo que tiene la plaza, y en cada uno de los cuatro ángulos, redondeados por la figura de medio punto que se dió á las barreras en dicho sitio, se colocó una excelente banda de música. Todos los tendidos, todos los balcones, y hasta los tejados, estaban materialmente llenos de espectadores; y es difícil, y para nosotros imposible, describir tan gran fiesta y pintarla con los vivos colores que su magnificencia exige. Luego que la familia real llegó y se colocó en el trono preparado al efecto en la casa de la Panadería, ricamente adornada, sonaron los timbales, entonaron preciosos acordes todas las músicas, y se abrieron las puertas de la plaza que daban á la calle de Ciudad-Rodrigo. Por allí entraron, en la última fiesta de que hablamos, en magníficas carrozas y vestidos de maestrantes, los duques de Medinaceli, Osuna, Abrantes y Alba, llevando á su lado y apadrinando á los caballeros Fernández, Varela, Cabañas, Romero y Osorio de la Torre; todos éstos luciendo preciosos y costosísimos trajes de terciopelo, bordados de oro en distintos colores y á la española antigua. A los lados de cada una de estas lujosas carrozas, tiradas por ocho soberbios caballos con penachos y guarniciones de gran gusto, marchaban doce lacayos y doce pajes, llevando éstos del diestro otros tantos caballos es-

cogidos y engalanados, con arreos elegantísimos; y luego una comparsa numerosa vestida á la española antigua ó á la chamberga ó flamenca, según el color del traje del caballero á quien seguían.

chaba, compuesto de doce espadas, diez y ocho picadores, más de cuarenta banderilleros, y otros tantos chulos con los tiros de mulas ricamente enjaezados. La perspectiva que tan brillante proce-

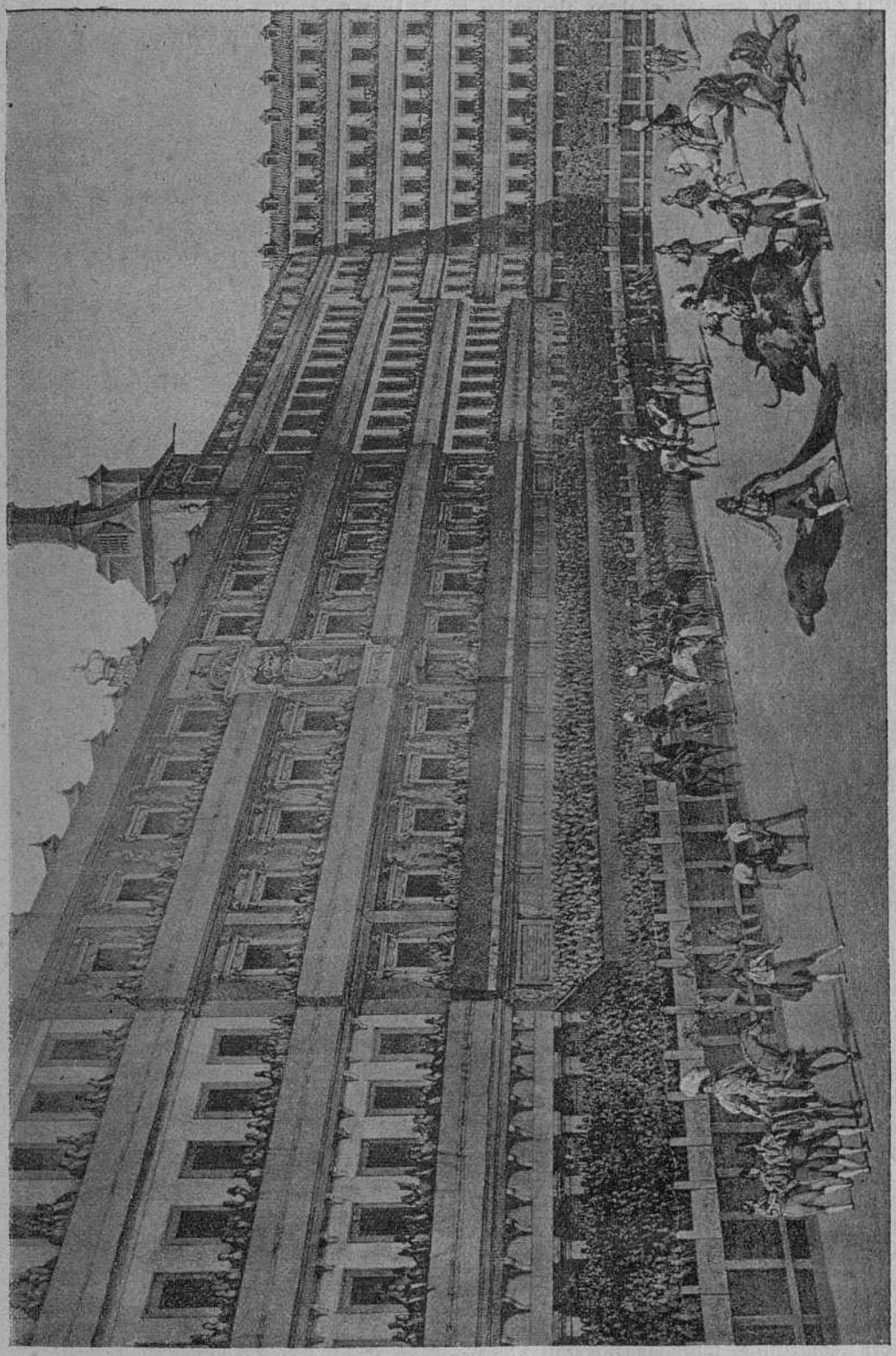


FUNCIONES REALES EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID. — 1833

A este inmenso cortejo, que no se componía de menos de trescientas cincuenta personas, hay que añadir el no menos lucido que tras de aquél marsión ofrecía por sus múltiples colores en plumas, rasos y terciopelos; el deslumbrante lujo de los padrinos en la soberbia pedrería que en sus pre-

seas ostentaban; el piafar de los caballos, los acordes de las músicas, los atronadores aplausos de más de cien mil espectadores, daban á la fiesta no sabemos qué de grande, de magnífico; y al

esto sin que se sienta arrebatado de sorpresa y admiración? ¿Ni quién podrá considerar á aquellos valientes paladines, en una palestra tan augusta, entre los gritos del susto y del aplauso, sin



FUNCIONES REALES EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID. — 1833

verlo, no podemos menos de exclamar (como Jovellanos al contemplar los torneos, y creemos que con más razón que él): «Quién se figurará todo

sentir alguna parte del entusiasmo y la palpitación que hervía en sus pechos, aguijados por los más poderosos incentivos del corazón humano?...»

Después de dar una vuelta completa al circo y de saludar á los reyes toda la comparsa, bajándose los caballeros y padrinos de las carrozas, se retiró la gente inútil para la lidia, quedando sólo tres caballeros montados y preparados para rejonear, los espadas y toreros necesarios, doce alguaciles de corte montados á caballo y formados en hilera frente al solio real, pero en los medios de la plaza, destinados á comunicar y llevar órdenes á los diferentes sitios de la misma, y además, formando valla debajo del trono (donde no había tendido ni barrera, sino un hueco á propósito), una compañía de alabarderos, sin más defensa que sus armas, formando una triple fila compacta. Se corrieron toros de todas las ganaderías de España por orden de antigüedad, y los toreros formaron cuatro grandes agrupaciones, á fin de uniformar sus ricos trajes. Los de la cuadrilla en que figuraba Juan Jiménez *(El Morenillo)* vistieron verde y plata; los de la de Montes, grana y plata; los de la en que estaba *Cúchares*, café y oro, y los de la del *Chiclanero*, azul y oro; por supuesto todos con sombrero tricornio como á principios de siglo, por no ser de etiqueta la montera andaluza. Luego que fueron rejoneados tres toros, se retiraron los caballeros y alguaciles, y continuó la lidia por las cuadrillas de toreros.

Réstanos sólo hacer la descripción de las funciones reales que en 25 y 26 de Enero de 1878 se verificaron en Madrid con motivo del casamiento del rey D. Alfonso XII con su malograda prima Doña Mercedes de Orleans y Borbón. Debemos por varias razones ser muy concisos. Dispúsolas y las costeó en totalidad el Ayuntamiento de Madrid, quien contra la opinión de la prensa y de los inteligentes, no quiso celebrarlas en la Plaza Mayor, quitándoles de este modo realce é importancia. Razones habrá tenido para ello, que ni nos incumbe apreciar, ni este libro es punto donde deben dilucidarse. La magnífica plaza construída en 1874 fué adornada con gusto y riqueza.

La combinación de escudos, gallardetes, banderolas y guirnaldas era de vistosísimo efecto, haciendo honor al encargado de la ornamentación, Sr. D. Emilio Ayuso, arquitecto y director que fué de las obras de construcción de aquel mismo circo, que para este fin con tanto gusto embelleció.

La plaza estaba adornada de esta manera:

Colgaduras con los colores nacionales en las gradas, sobrepuertas y andanadas.

En las entradas de los tendidos y sobre las puertas de alguaciles, caballos, arrastradero y meseta de toril, colgaduras moradas con franja de oro y escudos con las armas de Madrid.

Rodelas moriscas suspendidas de cordones con portas de colores brillantes, en armonía con el estilo general de la construcción de la plaza, entre trofeos de banderas nacionales, sobre los capiteles de las 120 columnas de las gradas.

En los intercolumnios de estas últimas, guardamalletas á fajas de colores azul y blanco.

Una colgadura de damasco encarnado con galón y fleco de oro en los antepechos de los palcos, y en los centros de cada uno de éstos y sobre la citada colgadura el escudo de la nación.

Los palcos del Ayuntamiento y de la Diputación tenían colgaduras de terciopelo con los escudos de las respectivas corporaciones.

Sobre los capiteles y calados de los arcos de las 118 arcadas que constituyen el piso de los palcos, estaban colocados los escudos de las 49 provincias, alternando con el de la villa de Madrid, sobre trofeos en cada una de las columnas.

Una serie de guirnaldas y colgantes de flores pendía de las claves de todos los arcos que coronan la plaza, formando pabellones. Gallardetes suspendidos de cordones rojos y colocados en la crestería de hierro que corona el interior de la plaza, terminaban la decoración de ésta.

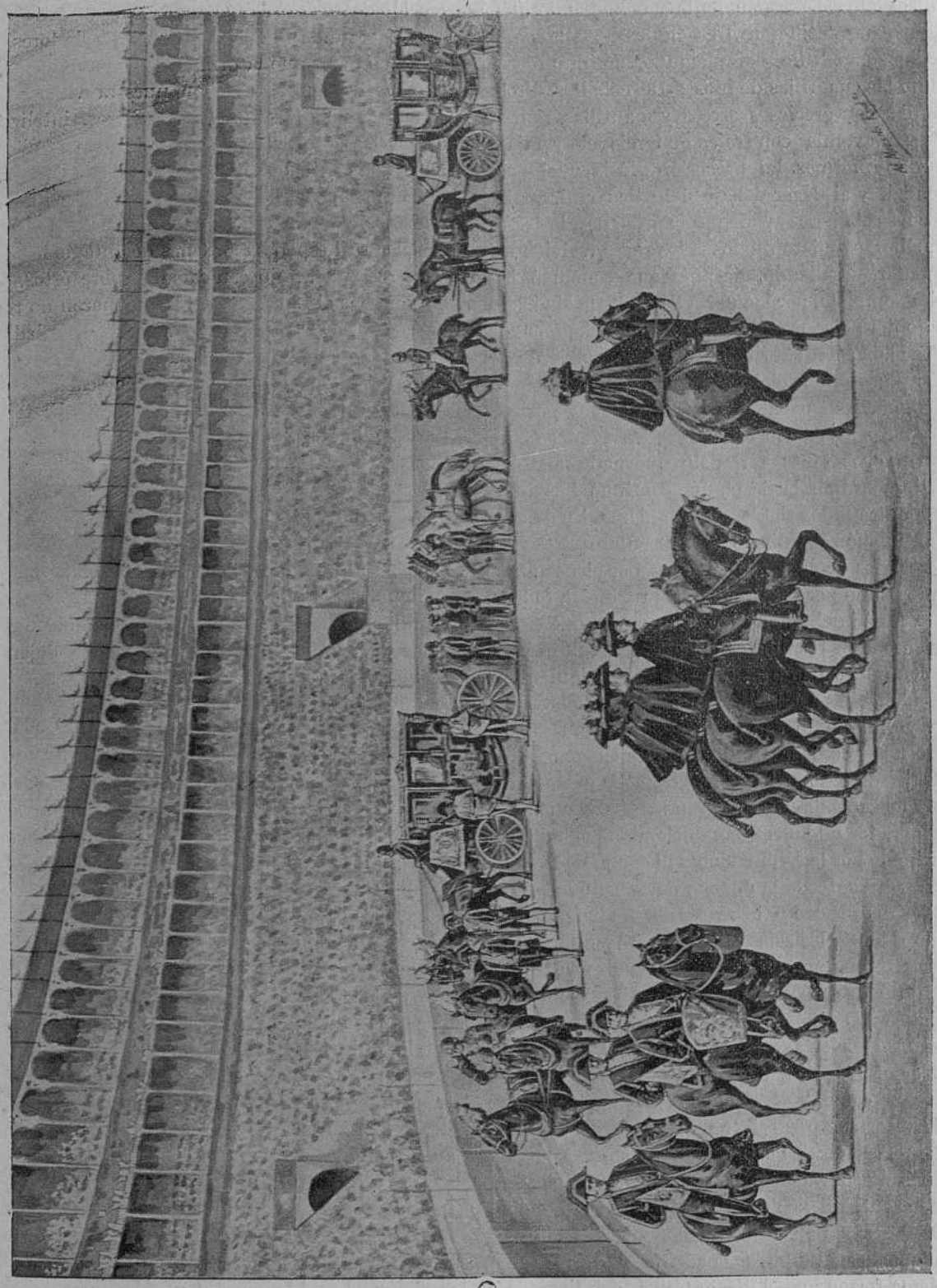
El palco real colgado de terciopelo carmesí y oro, y sobre dicha colgadura los escudos de las casas de Borbón y Orleans, enlazados entre sí y rodeados de guirnaldas de flores.

Cuatro grandes lanzas de torneo, descansando sobre los antepechos del palco, sostenían otras tantas rodelas, y pendiente de cordones de oro el estandarte de Castilla, terminando el conjunto con el escudo de la nación y trofeos rodeados de guirnaldas.

No ha habido, según costumbre antigua, corrida de prueba por la mañana y de gala por la tarde, sino una sola oficial en cada día, que principió á las doce de la mañana, concluyendo próximamente á las cuatro de la tarde. En la primera, en que el tiempo fué muy desapacible, después de colocarse en la arena debajo del palco real una compañía de alabarderos en triple fila á pie firme, y cuando las personas reales dieron para ello la señal, salió por la puerta llamada de caballos un magnífico cortejo por el orden siguiente: cinco alguaciles á caballo; los timbaleros y clarines de la casa real con uniformes de gala; carroza que conducía dos caballeros en plaza, tirada por cuatro soberbios caballos con jaeces y penachos encarnados y azules con hebillas doradas; á los estribos del carruaje marchaban á pie, como padrinos de campo, los toreros Salvador Sánchez *(Frascuelo)*, Manuel Hermosilla y Angel López *(Regatero)*; detrás dos pajes con rejoncillos, y luego cuatro más, vestidos con colores de los caballeros, que eran grana y oro el primero y grana y blanco el segundo, conduciendo del diestro cuatro caballos ensillados con monturas de raso de colores distin-

tos y pasamanería de oro y plata; otro coche de gran gala con caballos empenachados y ocho lacayos con libreas de la casa de los respectivos padrinos de la grandeza; gran carroza sobresaliente

charol negro y plata, penachos azules, blancos y grana, en que iban otros dos caballeros vestidos de azul y encarnado y de morado y blanco, marchando al estribo los espadas Cayetano Sanz, Gon-



FUNCIONES REALES EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRID EN 1878. — MORENO RODRÍGUEZ

con infinitos adornos y arabescos de plata en su caja, propiedad del duque de Santoña, tirada por cuatro poderosos caballos morcillos, guarnición de

zalo Mora, Angel Pastor y Francisco Sánchez; dos pajes con rejoncillos y cuatro con otros tantos caballos, que habían de montar para la lidia los ca-

balleros; coche de respeto, ocho caballos; coches de los padrinos, condes de Balazote y Superunda, con sus lacayos; y luego, formadas convenientemente y no en tropel, las cuadrillas de toreros, compuestas, con inclusión de los ya expresados, de diecisiete espadas, cuarenta y ocho banderilleros, cuatro puntilleros, tres chulos y veintisiete picadores á caballo, completando tan numeroso séquito las cuadrillas de mozos de caballos, tiros de mulas con preciosos arreos y mantillas, ramaleros y mayorales con trajes de terciopelo y fajas de seda uniformes. La procesión dió la vuelta al redondel, y al llegar debajo del palco real, apeáronse los caballeros y padrinos, y presentando éstos á aquéllos, saludaron todos á los reyes, volviendo á montar y saliendo, después que concluyó la vuelta completa, por la puerta llamada de Madrid, debajo del palco presidencial de aquel día, á cuyo fin los alabarderos abrieron filas, que volvieron á cerrar, quedando solos en la plaza los toreros y tres alguaciles á caballo. Salieron luego y pusieron rejones los cuatro caballeros, en tandas de á dos para otros tantos toros, sin que nada notable ocurriera en toda la fiesta, que continuó hasta lidiarse entre todos siete toros regulares. En la segunda función del día 26 se presentaron tres caballeros, dos de ellos apadrinados por el Ayuntamiento y uno por la diputación provincial, todos con trajes á la chamberga, color morado, que es el de la enseña de Castilla, con pasamanería de oro; y el orden del cortejo para el paseo fué el siguiente: cinco alguaciles á caballo; trompeteros y clarines del Ayuntamiento con uniformes de gran gala; cuatro maceros de la Diputación con sus magníficos trajes de terciopelo y oro; coche de gala, tirado por cuatro caballos con grandes arreos y penachos morados y blancos, conduciendo al caballero apadrinado por la Diputación y al conde de la Romera, presidente de la misma; pajes conduciendo caballos del diestro y lacayos á la Federica porteando rejones; los seis maceros del Ayuntamiento; carroza de gran lujo, tirada por cuatro caballos morcillos con guarniciones encarnadas, hebillaje de plata y penachos rojos y blancos, conduciendo al primer caballero del Municipio y á su padrino el concejal marqués de San Miguel Das Penas; pajes con caballos y rejoncillos; seis alguaciles, traje de corte, á pie; seis maceros más del Ayuntamiento; coche con cuatro caballos alazanes, guarniciones y penachos grana y blanco, con el segundo caballero en plaza y su padrino D. Ramón López Quiroga; pajes con caballos y rejones; otros seis alguaciles á pie, y las cuadrillas de toreros en la misma forma que el día anterior, con tiros de mulas, chulos y dependientes ya expresados. A la portezuela de cada uno de los coches iba un caballerizo del Municipio, elegantemente vestido, montando magnífico caballo, y á los estribos, como primeros peones de lidia, padrinos de campo del caballero de la Diputación, Salvador Sánchez; del primero del Ayuntamiento, Angel Pastor, y del segundo el antedicho Salvador, todos bajo la dirección del maestro Cayetano Sanz.

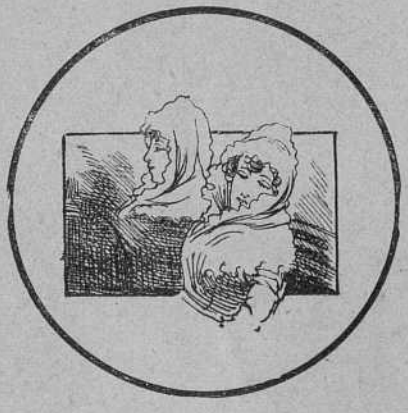
Esta segunda función, como fiesta de toros, no sólo fué mejor que la primera, sino mucho mejor que cuantas hemos visto en nuestra vida. Buen ganado, mucho valor en los caballeros, inteligencia en los toreros, y hasta día apacible y alegre. Merecen referirse algunas peripecias de la lidia, y lo haremos muy sucintamente. El tercer toro rejoneado acometió á uno de los alguaciles que bajo el palco real esperaba órdenes delante de los alabarderos, y le arrojó con caballo sobre éstos, que aunque por el momento se desordenaron no rompieron filas. El mismo toro alcanzó al caballero de la Diputación cuando iba á clavar un rejoncillo, le volteó y pisó, matándole el caballo y teniendo que retirarse á la enfermería. El tercer toro de lidia ordinaria acometió á los alabarderos, que le rechazaron pinchándole con las alabardas; arremetió de nuevo, abrió brecha, sufrió muchos lanzazos, rompiéronse bastantes alabardas, doblaronse otras, salieron los guardias con algunos uniformes rotos, pero ni ellos abandonaron su puesto de honor, ni el toro se mostraba dispuesto á salir de allí, sino le hubiese sacado coleándole el matador Felipe García. Por el relato que dejamos hecho, más que como noticia para hoy, como apuntes para lo venidero, se vendrá en conocimiento de que las corridas reales últimas han sido espléndidas, pero que han podido serlo más, con iguales ó menores gastos, á haberse celebrado en la Plaza Mayor; y que á los toreros, por falta de tiempo ó por economía, no se les ha regalado, como siempre, el traje, á que han tenido derecho, dándoles sólo el sombrero tricornio, llamado de medio queso, lo cual ha hecho que la confusión de trajes de muchos colores no haya guardado uniformidad por cuadrillas, y que al lado de un rico traje se viese otro viejo y descolorido. El Municipio se ha visto solo para dar estas funciones, contribuyendo únicamente la Diputación con presentar un caballero y la Grandeza cuatro, pero de mala manera, honrando muy poco á la última el hecho de no haber acompañado en la misma carroza á sus caballeros, dándoles el sitio preferente; bien es verdad que éstos nunca han sido menos premiados ni menos considerados que en la ocasión referida. Los de la Grandeza fueron los señores Arenal, Lafuente, Morales y Floranes; de la Diputación el Sr. Laguardia, y del Ayuntamiento los Sres. Larroca y González; y sin perjuicio de que de cada uno de ellos nos ocupamos en el lugar correspondiente, diremos que el Sr. Larroca

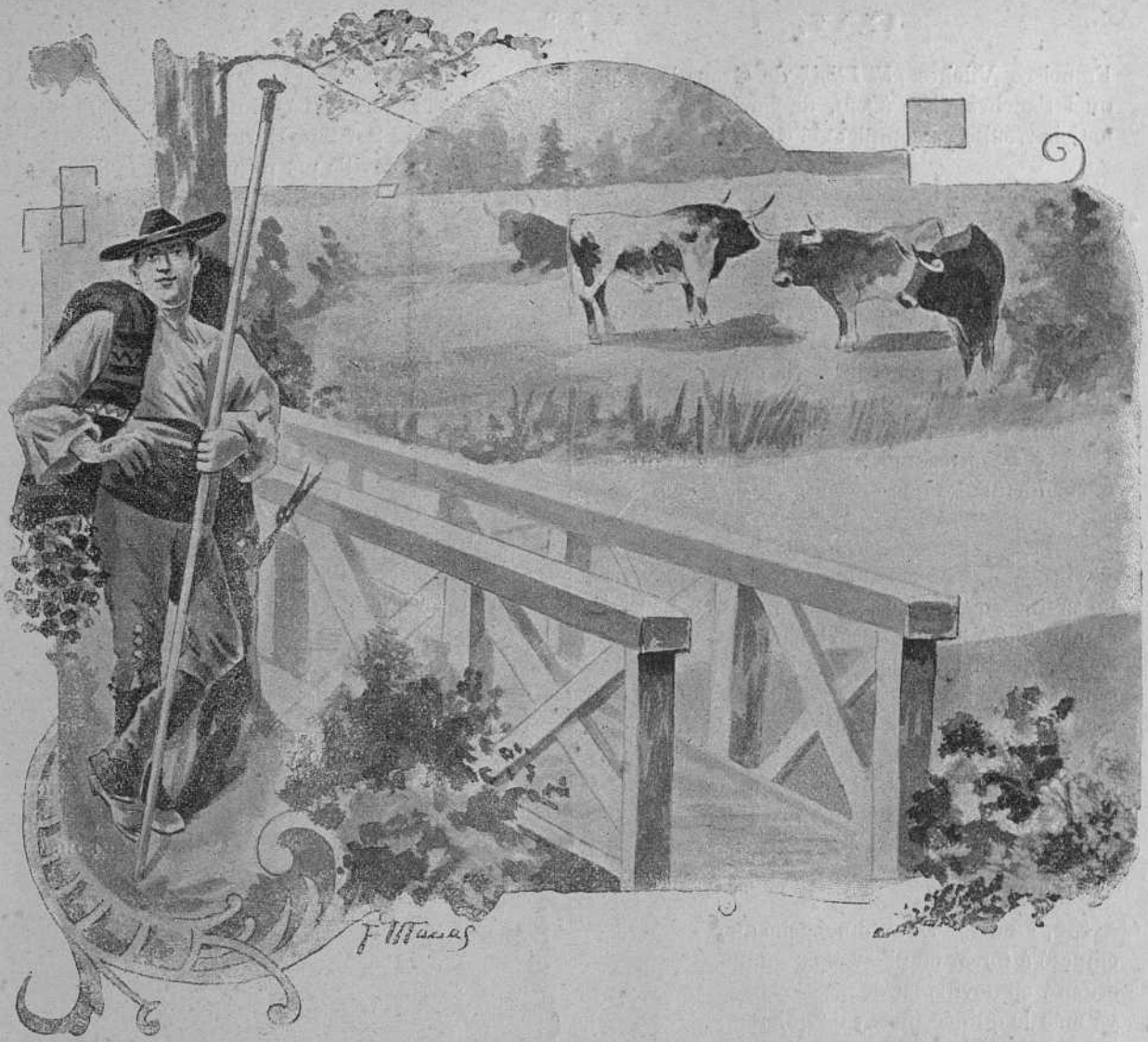
fué el que más rejones puso sin caer del caballo; siguióle en suerte el Sr. González, que mató un toro, degollándole de un rejonazo, y que milagrosamente salió ileso de una gran caída. Por primera vez se ha intentado en estas fiestas rejonear á caballo levantado, y la prueba ha sido fatal, como no puede menos de serlo. Rejoneáronse cuatro toros en la primer función, clavándoles entre todos los caballeros dieciocho rejones, y otros cuatro toros el segundo día, que llevaron veinte rejones.

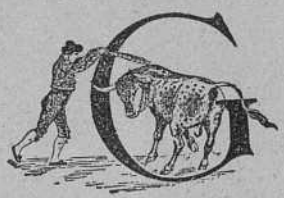
También se celebraron funciones reales en Madrid al verificarse el matrimonio del referido rey D. Alfonso XII con la actual reina regente doña Cristina de Hasburg, siendo menos suntuosas que las anteriores, y tomando parte en ellas menos cuadrillas de toreros, pero las más principales y mejores. Los adornos y decorado de la plaza fueron los mismos que se estrenaron en las fiestas de 1878, y rejonearon como caballeros en plaza D. Carlos Floranes, apadrinado por la Diputación provincial; D. Isidro Grané, por el Ayuntamiento, y los Sres. Vela y Posada por las dichas Corporaciones.

Concluimos aquí nuestra relación de las *Funciones reales* de toros celebradas en España, y de que tenemos noticia se hayan verificado con dicho carácter, aunque muchos más detalles podríamos dar acerca de estas corridas si la índole de nuestra publicación lo permitiera; el deber nuestro, sin embargo, que volvemos á repetir no es relatar para hoy, le consideramos completamente satisfecho. Pudiéramos también, de las corridas reales ejecutadas en este siglo, haber dado más detalles; pero el temor de aparecer pesados por un lado, y por otra parte la certidumbre que tenemos de que para satisfacer la curiosidad del lector basta lo dicho, nos hace concluir estas descripciones de un espectáculo tan grandioso y extraordinario, que, como función pública, no tiene igual en el mundo.

Furioso.—El toro abanto, el codicioso, el pegajoso, y se puede decir que todos los que en plazas son lidiados pueden ser calificados de furiosos, al menos durante su primer *estado*. La Academia, como voz de Blasón ó Heráldica, expresa que se dice del toro levantado en sus pies cuando está en la forma y situación de león rapante. ¡Vaya por la Heráldica! Cuando en la plaza se ve un toro en la actitud que dice la Academia, agarrado á las tablas, pugnando por saltarlas, no se le tiene por furioso, sino por cobarde.







Gabara, José.—Natural de Galicia. Fué picador aplaudido en 1791 y siguientes en la plaza de Madrid, aunque parezca que los habitantes de su país no son á propósito para lidiar toros.

Gacho.—A pesar de que el *Diccionario* de la lengua castellana dice: «El buey ó vaca que tienen uno de los cuernos ó ambos inclinados hacia abajo», consideramos más exacta nuestra definición de la palabra CORNIGACHO; sostenemos que no es gacho el toro que no tenga más que un asta baja.

Gaeta Alé, D. Manuel.—Autor de un cuadro sinóptico, del que habrán de servirse cuantos tengan curiosidad por saber la historia de la antigua plaza de Málaga, que su dueño, D. Antonio María Alvarez, mandó derribar en 1864. Comprende dicho cuadro, impreso en rica cartulina y con la vista fotográfica de la plaza y facsimil de unas monedas que con el busto de Alvarez sirvieron de entradas de sombra y de sol para el estreno en 1840, los hierros, divisas y nombres de espadas y picadores. A pesar de su buen desempeño en este trabajo, omitió una corrida que se verificó en 26 de Diciembre de 1855 con los espadas

Francisco Vilches *(El Lliyi)*, de Granada, y Manuel Sánchez *(El Pintor)*, de Sevilla, con cuya noticia resulta ya completo el cuadro.

Gagliardi, Juan.—Empezó á trabajar en Portugal como banderillero en 1881, y después ha tomado parte como caballero en varias funciones. Le consideran allí como un gran maestro de equitación, pero como torero ni á pie ni á caballo ha conseguido gran renombre. Si, como dicen, va á dedicarse á torear por oficio, debe estudiar lo que es el arte y tomar consejos de Tinoco, Bento, Oliveira y de otros maestros que saben lo que es, y las dificultades que presenta.

Gaiola.—Aunque este nombre, que es portugués, no se usa en España, parece oportuno hacer de él mención, á fin de que se tenga conocimiento de su significado, leyendo descripciones de corridas en aquella nación verificadas. Significa «chiquero ó toril» en castellano, y «jaula» en portugués; debemos añadir que en las voces de náutica ó marina españolas úsase también en el sentido de «jaula ó cárcel», y analogía tienen muy aproximada con aquellas otras.

Gaitor, León.—Es un muchacho que empezó á torear en plazas de segundo orden y en novilladas de pueblos hace ya más de quince años, y de quien no tenemos noticias posteriores. Poco ha hecho el pobre para adquirir nombre.

Galache, José Augusto.—Famoso pegador portugués, en quien el espectador dudaba si dar preferencia á su valor desmesurado ó á su conocimiento de las reses. Era portentoso verle hacer las pegas, tanto de frente como de espaldas con toda tranquilidad, esperando el momento de la humillación para encunarse sin sufrir el topetazo, y ocasión hubo en que roto un brazo continuó la pega hasta ver sujeto al toro. Hace tiempo se retiró y no sabemos si vive aún.

Galache, Antonio Augusto.—Hermano del anterior, pegador también, valiente y entendido, y retirado de la vida activa como aquél. Ambos fueron amadores notables y muy amigos del marqués de Castelho-Melhor.

Galán, Antonio.—Picador de regular aptitud, que hubiera lucido más si no le hubiese tocado la época de los Sevillas, Hormigos, Pintos y Trigos. Alternó en Sevilla por primera vez el 8 de Mayo de 1834.

Galcerán.—Este lidiador, cuyo nombre exacto no hemos podido comprobar, fué uno de los más renombrados que de plaza en plaza y de pueblo en pueblo iban toreando por los años de 1750 en adelante. Fué compañero de Apiñani, Esteller y *Martincho*.

Galea, Juan.—Natural de la isla de San Fernando y banderillero regularcito, trabajaba en la cuadrilla de Hermosilla hace más de dieciseis años. No le recordamos.

Galea y Jiménez, José.—Tiene buen crédito como banderillero. Es valiente sin temeridad, no estorba en el ruedo y sabe volver y colocar un toro á la muerte. No puede pedirse más, como no sea... alegría para hacer monadas, que tiene el buen gusto de no intentar. Nació en la ciudad de San

Fernando, Cádiz, el 30 de Junio de 1857, y aunque sus padres, Miguel y María, quisieron dedicarle á la venta de carnes, él optó por el oficio de torero, y á los dieciseis años capeaba por los pueblos, á los dieciocho ingresó en la cuadrilla del *Marinero*; fué luego con Hermosilla á América, y ahora figura en la cuadrilla de Mazzantini. No ha sido de los que han sufrido muchas cogidas, aunque sí algunas, y ha matado varios toros, si no con maestría, con arrojo y decisión, en diferentes plazas de España y Ultramar.

Galiano, Antonio.—Uno de los buenos picadores de vara larga que se conocieron en el último tercio del pasado siglo. Figuró en carteles con los Romeros y Costillares.

Galiano y Peña, D. Joaquín.—Tipo perfectó del sevillano espléndido y rumboso, ha sido empresario y padrino de varios toreros, como el desgraciado *Punteret*. Por su mediación, *Reverte* se abrió paso, llegando al puesto que hoy se le concede en justicia. Si no temiéramos pecar de indiscretos diríamos de qué manera á un célebre matador le favoreció en Sevilla, en abierta oposición de otro que, hijo del país y valiente como el que más, le disputaba sus triunfos. La popularidad de Galiano y su esplendidez ha aprovechado á muchos que han solicitado su concurso para aumentar su prestigio, y las fiestas de toros han ganado extraordinariamente con su iniciativa é inteligencia.

Galveias, D. Antonio.—Caballero portugués, farpeador de conciencia, que, sin grandes arranques de temerario valor, cumplía bien, demostrando serenidad en las suertes y conocimiento de las mismas y de la índole del ganado. Nació en 15 de Diciembre del año 1852, siendo sobrino del conde das Galveias. Toreó siempre en beneficio de los pobres é hizo su debut como rejoneador aficionado en la plaza de Salvaterra. Falleció jóven hace algunos años.

Gálvez, José.—Era granadino, que banderilleaba y nada más. Debió ser su época, si no la de primeros de este siglo, á fines del anterior sin que podamos precisarla.

Gálvez, Miguel.—Banderillero bastante bueno en el último tercio del siglo último, y luego matador de segunda línea, que trabajó mucho tiempo con Juan Romero, siendo bastante aceptado entonces, si hemos de juzgar por el nombre que adquirió.

Gallangos, Manuel.—Banderillero que pareó por primera vez en Madrid en 1887, sin que después sepamos qué ha sido de él.

Gallardo, Fernando.—Fué un valiente picador de toros, que empezó su carrera en la plaza de Sevilla al lado de *Poquito Pan* y otros en el año de 1825. No sabemos si sería pariente de

---

Gallardo, José.—Que en la misma plaza se estrenó el 6 de Septiembre de 1830, y de quién hay pocas noticias.

Gallardo, Juan.—Picador valiente hasta la temeridad. No permitía que torero alguno de á caballo llevase más palmas que él en la plaza. Vino á Madrid con Montes, y luego perteneció á la cuadrilla de José Redondo *(El Chiclanero)*, á quien quería con entusiasmo. Más de una vez hubo que reprimir sus ímpetus contra la fiera, á quien obligaba á embestir como nadie ha obligado; y era tan duro, que ni las caídas le arredraban ni el temor le imponía. Alternó dignamente con los notables Ledesma *(El Coriano)*, Romero *(El Habanero)*, Trigo, Sánchez y demás que componían en 1840 y tantos la mejor baraja de picadores que nosotros hemos conocido. A causa de una pendencia que tuvo con un sereno, fué muerto por éste de un sablazo, en la noche del 6 de Marzo de 1864. Ya estaba retirado del toreo.

Gallardo, Sebastián.—Hijo de Juan y picador también como él; pero menos bravo, menos duro y menos inteligente. Créese que murió en la Habana.

Gallardo, Manuel.—Nació en el Puerto de Santa María el día 7 de Septiembre de 1840, y como su padre Juan, se dedicó á picar toros con valor y entusiasmo, mereciendo mejor puesto que el que ha ocupado. Murió de enfermedad en Jerez de la Frontera el día 17 de Agosto de 1882. Algunos atribuyeron su prematura muerte á las consecuencias de un gran porrazo que le dió en la plaza de Valencia un toro del marqués del Saltillo el 18 de

Mayo del mismo año, aunque después trabajó en Cádiz alguna corrida. Empezó en Sevilla el 26 de Septiembre de 1868, y alternó en Madrid por primera vez el 21 de Julio de 1869.

Gallardo, José *(El Coquinero)*.—Mucho ha de hacer este muchacho para ser un buen banderillero. No basta querer, si no se estudia. A pesar de todo, trabaja con bastante aceptación, porque se ve en él buena voluntad.

Gallego, Juan.—Picador perteneciente á la cuadrilla de Agustín Aroca, que de todo tenía menos lo que dice su apellido. Lució á primeros del presente siglo y hemos oido decir que era un buen mozo. Desde Sevilla, donde se estrenó en 18 de Junio de 1802, vino á Madrid, donde fué la época de su apogeo después de 1808. Era natural de un pueblo de la provincia.

Gallego, Gil.—Allá por los años 1853 ó 54 trabajó en Madrid un picador de este nombre, que no dejó grandes simpatías ni recuerdos.

Galleo.—El modo de gallear un toro es muy semejante al de recortarle, y no porque sea más seguro es menos lucido. Consiste principalmente en irse al toro como para darle un recorte, pero con la capa puesta; colocado el diestro de espaldas, pero sesgado, al llegar al centro de la suerte abrir los brazos cogiendo aquélla y ensanchando, por consiguiente, el bulto, y al dar el toro la cabezada, ejecutar el quiebro de cuerpo con menos trabajo, menos ceñido y con menos exposición que en el recorte. Hay además muchos modos de gallear las reses, según la situación de éstas, clase del engaño, modo de dirigirle y concluirle y manera de empezarle. Es usado frecuentemente el de tener el torero la capa doblada sobre el brazo, y describiendo un semicírculo, marchar á encontrarse con el toro, al cual, más que el cuerpo, se le acerca el engaño, y rematando la suerte como en el recorte, al que se parece muchísimo, salir pausadamente, si el toro tiene pocas piernas ó no es de los que rematan. Otro galleo se hace con el capote en la mano del lado que ha de presentarse primero al toro; al llegar al centro se le acerca, humilla, cambia el torero su viaje tomando la salida, pasa el capote de una mano á otra, y el toro, humillado, pasa por detrás del torero, que, si es diestro en esta suerte, puede ejecutarla con un sombrero, pañuelo, montera, etc. También es un galleo muy lucido, que debe hacerse siempre que el torero se retrase para encontrar el centro de la suerte, ó cuando el toro viene muy levantado, el de arrojarle al hocico el capote en cuanto llegue á jurisdicción, quedándose con una punta en la mano, y al humillar el toro, pasarse por junto á

GALLEANDO AL TORO.— MACÍAS

la cabeza quebrando el cuerpo que ocupa su terreno, sucediendo entonces que, al tirar rápidamente del capote, el animal hocica á espaldas del diestro y sufre un destronque grandísimo. Es muy común llamar recortes á los galleos; pero aunque éstos se ejecuten como aquéllos, no lo son á cuerpo descubierto, sino con auxilio del capote.

CONCLUYENDO UN GALLEO.— L. FERRANT

Gallo, D. Alonso.—Es autor de unas *Advertencias para torear*, escritas hace más de doscientos años. No sabemos, aunque son de la misma época, si sería hermano de

---

Gallo, D. Gregorio.—Caballero de la orden de Santiago; famoso aficionado á lancear y acosar toros á caballo. Fué el inventor de la defensa llamada *espinillera*, que por él se llamó *gregoriana* y es hoy la parte inferior de la que se dice *mona*.

Gallo, Damián.—Matador de toros en el último tercio del siglo anterior, bastante aceptado en plazas de primer orden, especialmente en Andalucía.

Gallumbo ó Gayumbo.—En Andalucía y en alguna otra provincia de España se llama así una diversión, que consiste en amarrar ó atar á las astas de un novillo ó de una vaca una maroma, y dejando correr al animal por las plazas y calles del pueblo, tiran de la cuerda los que van agarrados á su extremo cuando ven que puede ocasionar alguna desgracia, y detienen el ímpetu de la res.

En Castilla se llaman toros de cuerda ó vacas enmaromadas, y como suelen correrlos de madrugada, les dicen «el toro del aguardiente». Tal vez, aludiendo á este licor, sea causa de que al buey enmaromado se le llame en algunos pueblos de la provincia de Guadalajara el *Baco*, donde le hacen correr el día de la fiesta principal de cada villa, que suele ser en casi todos el día 8 de Septiembre.

Gama, Felipe.—He aquí un hombre que, sin valer mucho, es de los que más han trabajado en Portugal poniendo banderillas, en clase de aficio-

GALLUMBO Ó TORO DEL AGUARDIENTE

nado. Hace mucho tiempo que no asiste á las plazas como actor; antes de ser empleado en el Tribunal de Justicia.

Gamito.—Primer becerro que rompió plaza en la que construyó la distinguida Sociedad tauromáquica fundada en Madrid, local llamado del Jardinillo, en el año 1850. Fué corrido en 26 de Enero de 1851, día de la inauguración; era negro, de más de tres años, de gran cuerna y excelente trapío, y le mató el inteligente aficionado D. José María López. Procedía de la ganadería de la Viuda de D. Vicente Bello, de Palacios Rubios, Salamanca y lució divisa blanca y escarolada. Su cabeza fué disecada, y creemos que después de disolverse la Sociedad, la regaló el Sr. López á la viuda ganadera.

Ganadería.—La que forma la junta y crianza de toros, bueyes y vacas que pastan en una ó más dehesas, al cuidado de mayorales, vaqueros y pastores. Se diferencia de la torada en que en ésta no hay más que toros que pasan de tres años. La ganadería más antigua es la que hoy tiene D. Pablo Valdés (Pedraja del Portillo, Valladolid), divisa encarnada. Según tradición, porque documentos no hay, data desde el siglo XV, época en la cual *dicen* que San Pedro Regalado se encontró un toro del Portillo en una senda, le mandó aquel Santo parar, y obedeciendo, se arrodilló. Se sabe que á mediados del siglo pasado (1760) se corrían como de cartel, y ya en 1749 se lidiaron al inaugurarse la plaza de Madrid, junto á la puerta de Alcalá, ó al menos en las primeras funciones que en ella se dieron. Aunque no falta autor que dice que los toros de D. José Gijón tienen la antigüedad del siglo XVII, lo cierto es que en cuantas Funciones Reales se han celebrado en España desde los Reyes Católicos acá, los toros de Pedraja del Portillo ó de pueblos inmediatos son los que rompen plaza, y esto demuestra que en Castilla no hay quien les dispute su prioridad. Decimos en Castilla, porque debemos advertir que el orden de salir los toros en Funciones Reales debe ser, primeramente uno de Castilla, después uno de Aragón, luego otro de Navarra, y en seguida uno de Andalucía, siempre que los haya disponibles, lo cual se ha procurado siempre, si bien cuando nadie ha reclamado, el orden referido se ha alterado, si no en cuanto al toro que rompe plaza, respecto de los demás. Acerca del origen de las principales castas de reses bravas, hemos dudado mucho antes de escribir este artículo, porque para poder facilitar á nuestros lectores una circunstanciada noticia acerca del origen, progresos y vicisitudes de cada una de las ganaderías que en España se han formado, crecido y muerto, habríamos de hacer un trabajo incompleto, forzosamente prolijo y minucioso, y como tal, sujeto á errores. Deseosos, sin embargo, de que nada falte en nuestra obra que pueda hacerla grata al aficionado, al lidiador, al ganadero y aun al curioso que al acaso la tome en sus manos, nos hemos decidido á dar á continuación, si no precisamente una historia detallada de cada una de las toradas cuyas reses se han presentado en plaza, una noticia exacta de la formación de las más célebres y acreditadas, para que desde luego se sepa la procedencia y la *sangre* que cada toro que se presente en plaza, traiga por la historia de su ganadería, que es la de su casta primitiva, con los cruzamientos que unas veces la necesidad y otras el capricho han introducido en ellas. No tenemos la pretensión de creer nuestro trabajo perfecto, pero sí de que sea el que comprenda mayor número de ganaderías que otro alguno de los publicados hasta el día.

He aquí fijado el origen de cada una de las principales castas de toros que han adquirido en más ó menos proporción, justo renombre en las lidias verificadas desde el siglo anterior.

CASTA GIJONA

D. José Gijón, vecino de Villarrubia de los Ojos de Guadiana, provincia de Ciudad Real, poseía en término de dicha villa, y en el siglo pasado, una antigua ganadería, que se conoció por la de la Real Casa, porque parece que en ella tuvo parte efectivamente el Real Patrimonio. De esta ganadería se derivaron sin mezcla alguna las siguientes:

La de *D. Diego Muñoz y Vera*, de Ciudad Real, que heredó

D. Alvaro Muñoz y Teruel, de la misma vecindad; luego

D. Diego Muñoz y Pereiro; después

D. Gaspar Muñoz, y más tarde

D. Agustín Salido, avecindado en la villa del Moral de Calatrava.

La de *D. Pedro Laso Rodríguez*, vecino de Colmenar Viejo, fué luego de

D. Manuel de Gaviria, marqués de Gaviria, conde de Buena Esperanza, vecino de Madrid.

La de *Doña María de la Paz Silva*, vecina de Madrid, siendo condesa de Salvatierra, fué mezclada con toros de Muñoz y Pereiro, es decir, del mismo origen, y creemos que pasó luego á poder del marqués de la Conquista.

D. Gil de Flores, vecino de Vianos, en la provincia de Albacete, formó su ganadería con toros gijones y vacas mansas, y á su fallecimiento se dividió entre sus muchos herederos, entre ellos:

D. Fructuoso Flores, hoy su viuda é hijos;

D. Higinio,

D. Agustín,
Doña Dolores,
D. Julián, y
D. Valentín Flores, así como D. Tomás Marín y Marín, vecino de Villanueva del Arzobispo.

La de *D. Mariano Hernán* (Chivato), vecino de Colmenar Viejo, en la provincia de Madrid, fué heredada de la que formó su padre

D. Juan Antonio Hernán, con vacas criadas en el referido su pueblo, bravas, y toros de Gijón. Ahora la posee

D. Máximo Hernán Rozalem, de dicha vecindad. ó sus herederos.

La de *D. Manuel Bañuelos*, de la misma villa, con vacas bravas y toros gijones. Actualmente pertenece á

D. Manuel y *D. Julián Bañuelos*, por mitad. No es aventurado decir que, en 1778, antes de Bañuelos, poseyó su ganadería, ó parte de ella,

D. Antonio Segura, vecino de Colmenar Viejo.

La de *D. Andrés de la Fontecilla*, vecino de Baeza, se compuso en el año 1814 de unas cuarenta vacas que compró á unos labradores de Santisteban del Puerto y de un toro que adquirió de don Gaspar Muñoz, con el cual cruzó aquel ganado. En el año de 1860 ó 61 hizo una tienta general y escrupulosísima, quedándole después un reducido número de vacas, á las que echó un becerro, que compró á D. Antonio Miura, y que dió magníficos resultados. Al fallecer el señor Fontecilla en 13 de Mayo de 1886, su testamentaría vendió casi todo el ganado á

D. Carlos Eizaguirre, vecino de San Sebastián; y, según nuestras noticias, también compró alguna parte

D. Jacinto Criado.

De las pocas vacas que quedaron de dicha ganadería al adquirirla los dos señores anteriores, se reservó

El marqués de Cullar de Baza, que fué albacea y legatario de su tío el señor Fontecilla, unas veinte vacas escogidas entre las que habían hecho mejor faena en las tientas, y para beneficiarlas compró á D. José Orozco un becerro de tres años, berrendo en negro, que le costó 2.592 pesetas, según así se dijo entonces, y tenemos motivos para creerlo. Este es el origen de la ganadería del marqués, habiéndo adquirido aquella

D Andrés García, vecino de Soria, que la posee en la actualidad.

D. Jacinto Trespalacios, vecino de Trujillo, poseía una gran parte de la ganadería que compró D. Juan Manuel Fernández al marqués de la Conquista, y la vendió en 1893, comprando en la misma fecha las vacas que tenía un célebre diestro, de una no menos célebre ganadería, que con otras que después ha tomado de la misma casta, ha formado una nueva vacada, de la cual no podrá correr toros hasta el año de 1898. Si no cambia hasta entonces de opinión, parece piensa usar

D. Jacinto Trespalacios

para esta nueva ganadería la divisa rosa y blanca; de todos modos, en esa que está formando no hay ya sangre gijona.

En 1797 formó en Moralzarzal, de la provincia de Madrid,

D. Julián de Fuentes una ganadería con vacas salamanquinas y toros gijones, que luego fué de

D. Juan José de Fuentes, vecino de dicho Moralzarzal, de quien la hubo

D. Vicente Martínez

D. Vicente Martínez, en 1852, desde cuya época se dedicó á cuidarla con esmero, obteniendo magníficos resultados, aun después de echar á algunas vacas un toro de Concha Sierra. Por defunción del Sr. Martínez pertenece hoy á sus herederos, que son muy inteligentes en la crianza y cuidado de las reses bravas.

D. Pedro Ferrer, vecino de Pina de Ebro, fundó también en los primeros años del presente siglo una ganadería con reses mansas; pero en el año de 1834 las cruzó con otras de Gaviria, casta gijona, con muy buen resultado, pasando después á poseerla

D. Cipriano Ferrer, nieto del D. Pedro.

También *D. José María Linares*, vecino de Cabra, en la provincia de Córdoba, formó una ganadería con reses gijonas y de Muñoz, y hoy la posee

D. Atanasio Linares, de la misma vecindad.

El marqués de la Conquista, vecino de Cáceres, fundó la suya con vacas gijonas y toros de Muñoz. Procedente de esta misma fundó una

D. Antero López, vecino de Colmenar Viejo, de quien la hubo

D. Donato Palomino, el cual la enajenó á

D. Antonio Fernández Heredia, vecino de Madrid, y éste á su vez á

D. Luis Mazzantini

D. Luis Mazzantini y Eguía, que la mejoró notablemente, mezclándola con toros de Benjumea, casta vazqueña, y vendiéndola después á

D. Ildefonso Gómez.

Y una porción de la de dicho marqués, fué vendida por éste á

D. Juan Manuel Fernández, vecino de Trujillo. Otra parte que vendió dicho marqués á

Francisco Arjona (Cúchares), ha servido para fundar la de

D. Carlos López Navarro, vecino de Colmenar Viejo, que hoy posee su viuda

Doña Carmen López.

La de *D. Saturnino Ginés*, vecino de San Agustín de Alcobendas, que heredó su viuda

Doña Gala Ortiz, y que ésta vendió á

D. Pedro Varela, vecino de Madrid, fué formada con toros de Gaviria y vacas de Colmenar Viejo.

Y la de *D. Rafael Barbero*, de Córdoba, se componía de vacas bravas de Muñoz y toros de Cabrera. Actualmente es propiedad de

D. Francisco Gallardo y Castro.

D. Manuel de Aleas, vecino de Colmenar Viejo, en este pueblo de la provincia de Madrid formó la suya con toros de Cabrera y vacas de Gijón y de Muñoz, y cuando en 1850 falleció dicho señor la heredaron

D. Manuel García Puente López

D. Manuel García Puente López y su esposa, y al morir ésta se dividió la vacada en dos porciones, una para el Sr. García Puente y su hijo don Francisco, y otra para sus hijas

D.ª Cármen y D.ª Manuela García Aleas, todos los cuales la cuidan con un esmero superior á todo elogio.

D. Leopoldo Maldonado, vecino de Salamanca, para establecer la que posee juntó vacas de Muñoz con toros de Gaviria.

D. Manuel de la Torre y Rauri, avecindado en Madrid, hizo un excelente cruce de vacas gijonas con toros de Colmenar Viejo. Sabido es que la vendió á D. Justo Hernández, que la refundió con la de Freire, haciendo de ambas una sola, de que hablaremos más adelante.

Y finalmente

El marqués viudo de Salas formó en Madrid la

suya con vacas que fueron de Ginés, compradas á D. Pedro Varela, y un toro de la ganadería de D. Antonio Miura, procedente que fué de la de los Gallardos, del Puerto de Santa María. Pasó después á poder de

D. Andrés Solís, vecino de Trujillo, que la vendió á los señores

Fernández y Navarro, de Madrid, que la han vendido á

D. Víctor Biencinto, de la misma vecindad.

CASTA DE LOS GALLARDOS DEL PUERTO

Esta antigua y no menos notable ganadería la formó *D. Marcelino Quirós* á mediados del siglo XVIII cruzando vacas bravas andaluzas con toros navarros escogidos, dándole un magnífico resultado, y vendiéndola entera á

Los Sres. Gallardo hermanos, vecinos del Puerto de Santa María; la conservaron y aumentaron, mejorándola por espacio de más de cuarenta años, y en el primer tercio del siglo la vendieron en distintas porciones á los señores

D. José Luis Albareda,

D. Pedro Echeverrigaray,

D. Gaspar Montero y

D. Domingo Varela.

Cada uno de estos señores la poseyó por más ó menos tiempo, siendo los dos primeros los que más cuidado pusieron en la cría de las reses. Sin embargo, el segundo, ó sea Echeverrigaray, vendió más pronto su parte á

D. Antonio Sanchez Bazo, de quien á su vez, y sin que pasaran muchos años, la hubo

D. Miguel Martínez Azpiltagá, que la vendió á

La Señora Viuda de Larraz é hijos, vecinos de Sanlúcar de Barrameda, quienes ya empezaron á hacer mezclas y cruces de castas andaluzas acreditadas con la que hasta entonces había permanecido pura. Dióles buen resultado y la vendieron al

Duque de San Lorenzo, que echó á las vacas sementales de la ganadería de D. Joaquín Barrero, de Jerez, y vendió una pequeña parte á

D. Juan González Nandín, de Sevilla, y otra gran porción á

D. José Bermúdez Reina, también vecino de Sevilla. Este mezcló la vacada con la de D. José María Benjumea, que tuvo su origen en la de Vázquez, de que más adelante hablaremos, y la vendió pronto á

D. Rafael Laffite y Castro, de quien la hubo

D. José Moreno Santa María, en parte; otra que vendió en el año de 1885 á

D. Carlos Conradi, y de que éste enajenó luego una porción á

D. Francisco Gallardo y á

D. Felipe de Pablo y Romero que es un ganadero muy entendido.

D. Felipe de Pablo y Romero

La otra parte de la primitiva vacada que, como va dicho adquirió Albareda, la vendió el mismo á

D. Juan Miura, que también adquirió una escasa parte de la que perteneció á Echeverrigaray; cruzó sus toros con vacas de Gil y Herrera prime-

D. Antonio Miura

ramente, y luego con otras derivadas de la casta de Cabrera, que compró á la viuda D.ª Jerónima Núñez de Prado. De aquí traen su orígen los toros que heredó

D. Antonio Miura, y de cuya ganadería, como va dicho en el lugar oportuno, fué el toro que dió base á la nueva torada del marqués de Salas, y á otras para mejorarlas. Por fallecimiento de D. Antonio la posee hoy su hermano

D. Eduardo Miura, vecino de Sevilla.

CASTA LLAMADA DE CABRERA

Allá por el último tercio del precedente siglo vivia en Utrera, provincia de Sevilla, un aficionado inteligente que consiguió formar una excelente ganadería, cuya fama fué cada vez en mayor aumento, y que se llamaba

D. José Cabrera, de quien la hubo

D. José Rafael Cabrera. Este señor y su familia la poseyeron por espacio de más de medio siglo, hasta que, como va dicho, fué vendida una parte á Miura, y otra parte, la más principal, á

D. Ramón Romero Balmaseda, que tuvo cuidado de no cruzarla, y la vendió en 1868 á

D. Rafael Laffite y Laffite, de Sevilla, de quien la hubo

D. Julio Laffite, el cual la vendió á

D. José María de la Cámara

D. José María de la Cámara, vecino de la referida ciudad y muy inteligente ganadero y aficionado.

D. Domingo Varela, vecino de Medina-Sidonia, es el que, por el contrario, mezcló las reses de Cabrera, que no sabemos de quién las adquirió, con otras de las vacadas de los Gallardos y Vistahermosa, y esta porción es la que, si no estamos equivocados, poseyó

D. Jerónimo Martínez Enrile, que casó con la viuda de Varela; ésta la vendió en 1878 á

D. Juan de Dios Romero, y éste á su vez á

D. Rafael González Nandín, que la enajenó después á

D. Carlos Conradi

D. Carlos Conradi, de Sevilla, que suponemos la ha unido á la que según hemos referido compró á D. Rafael Laffite, formando con ambas una sola de gran crédito.

También hay sangre de los toros de Cabrera en los de Miura y en los de

D. Pedro Alvarez Moya, vecino de Granada.

CASTA BRAVA DE ZAPATA

Los famosos toros de Zapata, llamados también de Espinosa y Zapata, proceden de una ganadería, que pasada la primera mitad del siglo último fundó con reses bravas salamanquinas

D.ª María Tomasa de Angulo y Espinosa, vecina de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz. A principios del siglo actual ya la poseían

D. Pedro y *D. Juan Zapata y Caro*, de quienes debió heredarla más adelante

D. Juan José Zapata y Bueno. Este señor, que dió gran incremento á la ganadería, falleció á mediados del presente siglo, y los testamentarios la vendieron en una pequeña parte á

D. Sebastián Barea, que la mezcló con reses de su propiedad, cuyo origen desconocemos, y que éste enajenó á

D. Ignacio Martín, que á su vez lo hizo á

D. Pedro Manjón, de Sanlúcar; y en una porción considerable á los

Sres. Romero, Guarro y *Bornio*, que además tenían yeguadas y ganados de otras clases, por lo cual sólo se cuidaron de conservar bien la torada, que vendieron pronto á

D Vicente Romero y García, vecino de Jerez de la Frontera, provincia de Cádiz, viniendo después á parar á

El conde de Patilla, que la atendió con esmero y solicitud hasta su fallecimiento, ocurrido el cual, ha sido comprada en número de 824 cabezas en el año de 1893 por

D. Estéban Hernández, vecino de Madrid, de quien hablaremos más adelante.

D. Pedro Moreno, de Arcos de la Frontera, tenía también una ganadería formada con reses de Zapata, mezcladas con las de Gallardo y Tavares, que luego ha venido á poder de

D. Juan Moreno, de la misma vecindad.

CASTA BRAVA DE VISTAHERMOSA

D. Pedro Luis de Ulloa, siendo conde de Vistahermosa y residiendo en la villa de Utrera, provincia de Sevilla, formó á últimos de 1770, poco más ó menos, una excelente ganadería de reses bravas que pudiera competir con la afamada de Cabrera, y al efecto escogió algunas de entre las que tenían los Sres. Rivas hermanos, labradores de Sevilla, que en un principio y sin duda por no haber tenido conocimiento, ó no haber observado la bravura de sus reses, no las tenían dedicadas á la lidia. Poseyó luego la vacada

D. Benito de Ulloa y

El conde de Vistahermosa la compró y mejoró considerablemente. Después de poseerla cerca de cincuenta años, falleció en 1823 y la vacada, célebre ya con el sobrenombre de los *toros Condesos*, fué dividida en porciones, llevando una muy principal

D. Juan Domínguez Ortiz, el Barbero de Utrera, que siguió esmerándose en su cuidado, hasta que por su fallecimiento la heredó su hija casada con

D. José Arias Saavedra que los dió gran celebridad y vinieron luego á parar á

D. Jerónimo Núñez de Prado, por cuyo fallecimiento los hubo

D. Ildefonso Núñez de Prado, rico propietario y labrador en Arcos de la Frontera, que elevó la ganadería á envidiable renombre, y luego su hermana

Doña Teresa Núñez de Prado, de quien la adquirió

D. Francisco Pacheco, marqués de Gandul, que á su vez vendió la mitad de ella á

D. Juan Vázquez, vecino de Sevilla, que en 4 de Febrero de 1893 vendió 365 cabezas al

Sr. Marqués de Villamarta

Marqués de Villamarta, vecino de Jerez de la Frontera, inteligente aficionado, que las hace pastar en la amplísima dehesa *Cantina*, sitio llamado «Hato del mayorazgo» y las hembras en la dehesa de *La Tapa*, no menos hermosa que la anterior, proponiéndose á fuerza de gastos y esmero que sus toros conserven la fama de los célebres *Condesos* y *Saavedras*.

Con toros de esta ganadería, comprados á don Juan Vázquez, y vacas del duque de Veragua, de Madrid, ha formado la suya

El marqués de los Castellones, de esta corte, donde la ha estrenado con buen éxito en 11 de Junio de 1896.

Sr. Marqués de los Castellones

Otra de las porciones vendidas al fallecimiento del conde, lo fué á

D. Salvador Varea y Moreno, vecino de Jerez de la Frontera, que hizo estrenar sus toros en Ronda en Mayo de 1874 y

D. Ignacio Martín, de Sevilla, que los dió á conocer en Madrid en 1881.

D. Pedro Lesaca, que la atendió con gran cuidado, y de éste la hubo su viuda

Doña Isabel Montemayor y luego

D. José Picavea Lesaca, de Sevilla, desde cuyas manos vino á parar á las de

El marqués del Saltillo, que actualmente disfruta su señora Viuda, con un crédito de primer orden.

Y otra porción importante la compró á los testamentarios ó herederos del citado conde,

D. Luis María Durán, vecino de Sevilla, que habiéndola disfrutado una veintena de años, falleció, y entonces la compró

El marqués de Sales, vecino de Sevilla, que deshizo su ganadería, no sin haber vendido antes las mejores vacas á

D. Anastasio Martín, vecino de Coria del Río, que las mezcló con toros de Suárez, de Giráldez, de Freire y de Durán, de la misma vecindad, y otros, procedentes de los Lesacas

Pero aunque, como va dicho, las principales porciones de la ganadería de Vistahermosa se repartieron en tres ganaderos, antes, y viviendo

Sr. Marqués del Saltillo

aquél, se formaron otras ramas de la misma.

D. Joaquín Giráldez, de Utrera,

D. Francisco P. Giráldez, por muerte del anterior y luego

D. Plácido Comesaña, de Sevilla, cuya vacada ahora poseen los

Sres. Arribas, hermanos, vecinos de Guillena en dicha provincia, y

D. Fernando Freire, de Alcalá del Río, han sido ganaderos cuyos nombres han ocupado siempre buen lugar en todas las plazas del reino. El último mezcló vacas de Vistahermosa con toros que, procedentes de los hermanos Rivas, eran, como va referido, de la misma sangre; y cuando falleció, quedó dueña de la ganadería su viuda

Doña Josefa García Montes de Oca y luego

Doña Dolores Zambrano, que vendió parte al mencionado Martín, de Coria del Río, y otra gran parte á

D. Justo Hernández, vecino de Madrid, que con gran conocimiento y fortuna los hizo cruzar con algunos toros de Torre y Rauri, de pura raza gijona, y á su fallecimiento vinieron á poder de

D. Antonio Hernández, de la misma vecindad, gran conocedor del cuidado y crianza que ha de darse al ganado.

Y dicho señor, al deshacer la vacada en 1889, vendió la mayor parte á

D. Faustino Udaeta, de Madrid.

La buena ganadería de Concha Sierra fué formada, ó mejor dicho, mejorada con toros de don José Picavea Lesaca, que compró

D. José Pérez de la Concha y Sierra, é hizo cruzar después con reses de la que fué de Comesaña,

D. Faustino Udaeta

originaria de igual casta. Ultimamente esta ganadería se ha dividido entre

Doña Celsa Fontfrede como heredera de su esposo D. José, y

D. Joaquín Pérez de la Concha

D. Joaquín Pérez de la Concha, vecino de Sevilla, que la cuida con esmero, y gran inteligencia sin reparar en gastos.

Hay también otra ganadería que procede de la de Vistahermosa, y que nosotros hubiéramos llamado de Rivas, que es á quien debe su origen, por más que el Conde la mejorase dándola renombre. Sea como quiera, y siguiendo nuestro relato, diremos que

D. Manuel Suárez, vecino de Coria del Río, que como hemos indicado, tenía en su ganadería, en el primer tercio del presente siglo, gran cantidad de sangre lesaqueña, falleció en 1850 y le heredaron

Doña Manuela Suárez, de quien los hubo

D. Anastasio Martín, de la misma vecindad de Coria del Río; y su hijo

D. Manuel Suárez, que en 10 de Marzo de 1864 vendió su parte á

Doña Dolores Monge, viuda de Muruve, vecina de Los Palacios, provincia de Sevilla, que los hizo cruzar con reses de Arias Saavedra, originarios de la que nos ocupa y comprados en 13 de Diciembre del dicho año Una buena parte la adquirió y cuida con gran celo

D. Eduardo Ibarra, vecino de Sevilla, y otra los hijos de aquella señora, por cuyo concepto la posee hoy

D. Joaquín Muruve, con la satisfacción de haber logrado un excelente resultado en bravura, nobleza, tipos y condiciones para la lidia. Son sus

D. Joaquín Muruve

toros de pinta negra ó cárdena obscura, y el aficionado que pasa por los términos de Utrera y Los Palacios, queda admirado al ver tan hermosa vacada en las dehesas de Alcaparrosa y Toruño, donde tienen corrales, plazas, chiqueros y cuanto es necesario para su encajonamiento, y además los grandes cerrados llamados Juan Gómez y Cabreja.

CASTA BRAVA LLAMADA VAZQUEÑA

La notable ganadería que formó con reses de Cabrera y Vistahermosa, á principios de este siglo D. Vicente Vázquez, tuvo origen en la que á mediados del anterior criaba su padre D. Gregorio. Viene siendo desde entonces una de las más famosas, sin decaer en lo más mínimo la bravura de los toros. Cuando en 1830 falleció el fundador *D. Vicente Vázquez*, su ganadería se partió en varias porciones: una la adquirió

El Real Patrimonio, que la mezcló con vacas de Gaviria, casta gijona, poniendo al frente al célebre picador de toros Sebastián Míguez, pero á los tres años fué vendida á los

Duques de Osuna y Veragua, de los cuales, á poco tiempo, pasó á poder de

D. Pedro Alcántara y Colón, duque de Veragua, que la elevó á una altura á que pocas llegan. De éste la heredó el actual

Sr. Duque de Veragua

Duque de Veragua, D. Cristóbal Colón, y ha hecho cruce, en una parte de ella, con algún toro de Miura, obteniendo buen resultado, y atendiendo á su cuidado con la inteligencia, adquirida desde niño en ese particular, que todos le reconocen.

D. Antonio Mera compró á Vázquez, en 1824, varias reses, que luego vendió con los aumentos consiguientes á

D. Juan Castrillón, y que éste poseyó desde el año de 1834 hasta el de 1862. En esta época enajenó gran parte á

D. Eduardo Shelly, vecino de Veger de la Frontera, que la vendió luego á

D. Rafael Surga, de la misma vecindad, y quedó con otra parte

D. Joaquín Castrillón. De esta última parte proceden las vacadas de

D. Sebastián Fina, de Sevilla, y la de

D. Ramón Larraz, vecino de Sanlúcar de Barrameda.

También *D. Diego Hidalgo Barquero*, conocido canónigo de Sevilla, al fallecer D. Vicente Vázquez, adquirió de su testamentaría dos toros berrendos en negro, de hermosa lámina, que destinó á sementales de unas vacas cuyo origen no consta. Con esta base formó una ganadería excelente, que vendió á principios de 1841 á

D. Joaquín J. Barrero, de Jerez de la Frontera, en cuyas manos no perdió ciertamente el ganado. Veinticinco años después la enajenó á

D. Juan López Cordero, de la misma vecindad, que sólo la disfrutó poco más de seis años, puesto que en Octubre de 1872 la compró

D. José Antonio Adalid, vecino de la Puebla, en la provincia de Sevilla. Este vendió después una gran parte á

D. José Orozco y García Ruiz, que la ha vendido al

Sr. Otaolaurruchi, que la disfruta actualmente.

D. Manuel Francisco Ziguri, antes de mediados del presente siglo, formó ganadería con reses procedentes de la vacada de D. Vicente J. Vázquez, y hoy la posee

D. Francisco Aranda, de Jerez de la Frontera.

D. José Torres Díez de la Cortina, de Sevilla, al disolverse la sociedad que tuvo con el Sr. Benjumea, se quedó con un número de crías y con ellas formó la ganadería que estrenó en Madrid el 1.º de Octubre de 1882, y que parece ha enajenado en 1896, no sabemos si en todo ó en parte.

D. Manuel Valladares y Ordóñez, vecino de Aracena, tiene una ganadería de la procedencia de los Benjumeas, que, como va dicho tienen sangre vazqueña.

También se formó con reses de la testamentaría de D. Vicente Vázquez una buena torada, que dirigió su dueño

D. Francisco Taviel de Andrade, vecino de Sevilla, y del origen de ella viene la ganadería de

D. Francisco Andrés Montalvo, vecino de La

Puebla, en la provincia de Salamanca, que separando una parte, que es la que hoy tiene

D. Patricio Montalvo, otra más numerosa la vendió al

Vizconde de Garci-Grande, de Alba de Tormes, de la misma provincia; teniendo igual origen la de

D. Vicente Cuadrillero, vecino de Rioseco (Valladolid), y la de

D. Pedro Manjón de Sanlúcar de Barrameda, que la vendió hace años á

D. Francisco Cruzado, vecino de Villarrasa, en la provincia de Huelva, y la de

D. Bartolomé Muñoz, de Sevilla, que formó con reses que le vendió la viuda de Varela, de Medina Sidonia.

D. Fernando de la Concha y Sierra, vecino de Sevilla, que formó empeño en mejorarla, y de quien hemos hablado al mencionar la casta de Vistahermosa. Y, finalmente, hay sangre vazqueña en la ganadería que fué de

D. José María Benjumea, vecino de Sevilla, y vendió en 1868 gran parte á

D. José Bermúdez Reina, de igual domicilio, quedándose con otra que tuvo aquél en sociedad con D. J. Torres Díez de la Cortina, y que hoy poseen los señores

D. Pablo y *D. Diego Benjumea*, en la del *Marqués de Castrojuanillos*, si no precisamente cuando éste la tenía en el primer tercio del presente siglo, sí cuando sus herederos la vendieron á

D. Francisco Roperuelos, vecino de Benavente, puesto que pastando su torada en terrenos próximos á la que tenían las reses del señor duque de Veragua, más de una vez se mezclaron, á pesar del cuidado de los vaqueros. Desde época posterior al año de 1845, poseía esta última ganadería

D. Fernando Gutiérrez, como marido de doña Josefa de Gago y Roperuelos, avecindados en dicha villa de Benavente, provincia de Zamora; pero en 1865 la vendió por mitad á

D. Teodoro Valle y *D. Galo Aizcorbe*.

Y en la de *D. Valentín Collantes*, de Sevilla, formada recientemente con vacas de Ziguri y toros de Gallardo.

CASTA ANDALUZA DE LOS ALVAREÑOS (1)

En el primer tercio del presente siglo fundó y formó con reses mansas y algunas bravas, por él escogidas, una ganadería en Paterna del Campo

D. Diego Alvarez, que en 1825 la vendió á

D. Francisco de Paula Aguirre, de quien la heredó su hijo político el

Marqués de Villavelviestre, vecino de Huevar, en la provincia de Sevilla.

CASTAS NAVARRAS

Una de las más antiguas ganaderías que existen hoy en España, es sin disputa alguna la que por el año 1750, poco más ó menos, formó en Navarra

D. Joaquín Zalduendo, con reses cuyo origen se ignora, y que al fallecimiento de dicho señor disfrutó su viuda

D.ª Juana Pascual, hasta que por herencia pasó á poder del hijo de ambos

D. Fausto Zalduendo Pascual, que á su vez la dejó á su viuda

D.ª María Eugenia de La Pedriza, hasta que pasó á su hijo

D. Fausto Segundo de Zalduendo, que habiendo fallecido después de casado con *D.ª Cecilia Montoya y Ortigosa*, dejó á esta señora, vecina de Ca-

Doña Cecilia Montoya y Ortigosa, viuda de Zalduendo

parroso, la ganadería de que nos ocupamos, y que lleva en una misma familia ciento treinta años, cada día con más crédito y renombre.

Hay otra ganadería antigua, pero no tanto como la anterior, que formó á fines del pasado siglo ó principios del presente

D. Felipe Pérez Laborda con reses escogidas de entre las mejores de Navarra, con exclusión de las de otras provincias. Cuando éste falleció quedó dueña de la ganadería su viuda, y á nombre de la misma se anunciaban toros de la

Sra. Viuda de Pérez Laborda por espacio de muchos años, hasta que, por fallecimiento de la misma, heredó la torada su hijo

D. Vicente Pérez Laborda, vecino de Tudela, de quien pasó una parte á

(1) En Madrid se han llamado siempre toros alvareños á los de D. Alvaro Muñoz, Ciudad Real, aun después de fallecido éste y sus herederos.

D. Joaquín del Val, y luego á la viuda

D.ª Ramona Saez, que desde el año de 1855 la posee, después de haberla cruzado con vacas de Carriquiri el mencionado Sr. Val. Dirige y gobierna esta ganadería, con mucho acierto, el inte-

D. Fernando Gota

ligente aficionado D. Fernando Gota. En un principio dicha vacada fué propiedad mancomunada del fundador Pérez de Laborda y de

D. Antonio Lizaso, hasta que éste falleció y se disolvió la Sociedad, que fué cuando recibió su hijo

D. Luis Lizaso, la parte que le correspondía, y que últimamente poseyó como dueño

D. Aniceto de Lizaso, y hoy

D. José de Lizaso

D. José de Lizaso, de aquella vecindad.

También es muy antigua en Navarra la ganadería llamada de Guendulain, que no ha tenido nunca nada que ver con el conde de dicho título. Según nuestras noticias, perteneció primeramente á

D. Francisco Javier Guendulain, vecino de Tudela, de quien ya se corrían toros en Madrid en 1778; más tarde á

D. Tadeo Guendulain, de la misma vecindad. Después, la casa de dicho apellido vendió hace cerca de cincuenta años la ganadería á

D. Nazario Carriquiri, vecino de Madrid, pero que la conservaba en Tudela, habiéndola cruzado con excelente éxito y á costa de grandes gastos, con toros de Lesaca, andaluces, de primer nombre, oriundos, como llevamos dicho, de los de Vistahermosa. Carriquiri la vendió al

Conde de Espoz y Mina, que hoy la posee.

Ha tenido fama de buena ganadería en Navarra la de

D. Miguel Poyales, vecino de Corella, que después pasó á D. Evaristo Echagüe, y luego á don Roque Alaiza, vecino de Tudela.

D. Raimundo Díaz, hoy su viuda é hijos, que la mezclaron con Miuras y se halla al cuidado esme-

D. Jorge Díaz

radísimo de D. Jorge Díaz, de la villa de Peralta, acreditándola cada día más.

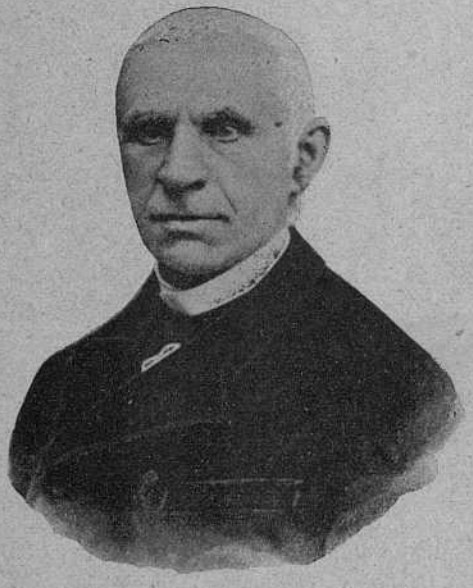
D. Pedro Galo Elorz, hoy sus herederos, que las cuidan con esmero, las tientan y hierran, hasta con el número correspondiente, para seguridad de los compradores. (Parece que está en vías de disolverse ó de ser enajenada).

CASTA DE CASTILLA LA NUEVA

Sin que haya noticia de que en su orígen tuviesen mezcla de reses de otra provincia ó región de España, se criaban en las cercas y prados de Sierra de Colmenar Viejo, á pocas leguas de Madrid, hace más de ochenta años, unos toros grandes, bastos y muy ligeros, que pertenecían á

D. José López Briceño, vecino de dicho pueblo. Con toros de este origen y con buena fortuna formó su ganadería

D. Elías Gómez, de la misma vecindad, habiéndola atendido mucho (especialmente en los últimos años de éste y después) su hijo



D. Félix Gómez

D. Félix Gómez, de la misma vecindad, que ha vendido una gran parte á

D.ª Antonia Breñosa, vecina de Córdoba, de quien la hubo *D. Rafael Barrionuevo*, hoy su viuda *D.ª María Josefa Fernández*, que parece la ha vendido á *D. Antonio Campos y López*, de Sevilla. Como antes del fallecimiento del D. Elías éste había cedido la ganadería á sus hijos, el dicho don Félix y D.ª Antonia, heredaron los hijos de ésta, D. José, D. Luis y D.ª Julia Gutiérrez y Gómez la parte perteneciente á su finada madre, y han vendido algunas reses á

D. Juan Bertólez, vecino de Guadalix, en la provincia de Madrid; y por fallecimiento de éste pasaron á poder de *D. Francisco Ramírez* y don *Baldomero Anguas*, vecinos de dicho pueblo.

D. Salvador Martínez, vecino de Cerceda, formó otra, que pasó luego á poder de

D. Antonio Sellés, de la misma vecindad.

D. Benjamín Arrabal, vecino de Avila, formó ganadería con reses oriundas de las de Gómez.

D.ª Paula García, viuda de Paredes, poseyó en Colmenar Viejo una ganadería, que al deshacerla vendió parte á

D. Mariano Peña, que á su vez la enajenó á

D. José Gómez Padín, vecino de Fuente el Saz de Jarama, que realmente es el que formó, con parte de aquellas reses, una nueva ganadería, que á poco tiempo vendió á

D. Gregorio Medrano, de Guadalajara, y éste á

D. Tiburcio Arroyo, de Madrid.

D. Miguel de la Morena fundó una hace más de cuarenta años en Colmenar, que heredó

D. Pedro de la Morena, presbítero, y que hoy posee

D. Manuel Montes, vecino de San Sebastián de los Reyes.

D. Julián Berrendero, vecino de San Agustín, fundó en Colmenar Viejo hace unos cincuenta años una ganadería que adquirió más tarde

D. Manuel de la Granja, á cuyo fallecimiento la hubo

D. Juan Manuel Martín, vecino de Alcobendas, de quien la heredó

D.ª Francisca Benito Ramos, hoy sus herederos.

También la ganadería de Hernán (*Chivato*) es antigua en Colmenar Viejo, y en su posesión se han sucedido

D. Juan Antonio Hernán.

D. Mariano Hernán y su viuda.

D. Antonio Hernán y

D. Máximo Hernán.

CASTA CASTELLANA VIEJA

Aunque dejemos para último lugar referir lo que sabemos acerca de la única ganadería que en Castilla la Vieja ha figurado y figura como de cartel, no es ciertamente porque sea la más moderna de las que en España se conocen, sino porque es una de las poquísimas que ni ha dado reses para formar otras toradas, ni las ha tomado de ellas para acrecentarse. Es la primera de cuantas se conocen en España, respecto de antigüedad, en términos de que por esto y *por ser de Castilla* tiene el derecho, que otros han llamado privilegio impropiamente, de romper plaza en las funciones reales. Hay quien da á la ganadería de que nos ocupamos hasta cuatro siglos de existencia, lo cual ponemos en duda; pero lo que se sabe de positivo es que en 1747 se corrían toros en Madrid de ella, como pertenecientes entonces á

D. Alonso Sanz, vecino de Pedraja del Portillo, en la provincia de Valladolid, de quien la heredó

Doña Gregoria Sanz, su hija, que casó con don

Toribio Valdés, á cuyo nombre se corrían en plazas, hasta que de éstos la heredó su hijo

D. Pablo Valdés, de la misma vecindad, que hoy la disfruta; y con vacas y novillos de ésta han formado la suya

D. Joaquín Mazpule, que fué vecino de Madrid; y su hijo don Juan Antonio la vendió á D. Esteban Hernández, que la está mejorando notablemente, y

D. Manuel Garrido de la Mata, vecino de Rioseco, mezclándola con reses de la ganadería de Colmenar Viejo, que fué de Aleas, y

D. Millán Presencio, vecino de Montemayor, Valladolid, que parece la ha vendido en todo, ó en parte á

D. Francisco Bocos.

No creemos ocioso advertir que de la dicha ganadería de *Mazpule*, que fué muy numerosa, compraron en distintas fechas diferentes porciones

D. Enrique Gutiérrez Salamanca, que apacentaba su ganadería en Talavera de la Reina, y que parece ha pasado á ser propiedad de

Los Sres. García Gómez y Oñoro, en 1893.

D. Rafael Molina

D. Esteban Hernández

D. Luis Bahía, cuya porción por él adquirida creemos ha concluído; y

D. Alejandro Arroyo, que la cuidaba en pastos de Miraflores de la Sierra, y que en Marzo de 1890 vendió en número de 285 cabezas á

D. Esteban Hernández, vecino de Madrid, que más tarde en 1892, compró á Mazpule todas las 337 cabezas que le restaban de su ganadería y que hasta entonces tuvo pastando en Fuentes (Salamanca) y en Chozas de la Sierra (Madrid). El señor Hernández, que es de los que quieren gastar, mejor que ahorrar, compró esas vacadas y, como antes va dicho, la que fué del conde de Patilla, con los hierros, divisas, señales y antigüedades y derechos que tenían adquiridos; pero ha creído oportuno variar la divisa blanca de la porción comprada á Arroyo, por la de los colores azul y verde, conservando en toda su antigüedad la blanca para la originaria de la porción Mazpule, y también la encarnada, celeste y blanca con toda su respectiva antigüedad para la de Patilla. Parece esta determinación provisional, pues aunque se han corrido toros de estas dos últimas ganaderías con el nombre de sus anteriores dueños, el

nuevo poseedor, sin renunciar á hacer valer el privilegio de tradición que adquirió para conservar el derecho de antigüedad, dudamos ponga en sus toros, sin distinción de ganaderías, la divisa blanca primitiva de la casta de Castilla la Vieja, antes bien usará como ya ha empezado á hacerlo la últimamente citada, señalándolos con el hierro H que va incluído en el lugar correspondiente. Hoy tienen las referidas ganaderías abundantísimos pastos en San Fernando, San Martín de la Vega y Ciempozuelos, de la provincia de Madrid, cuyos sotos son célebres por haberse criado en ellos los famosos toros de Gaviria y Torre Rauri, y están separadas convenientemente cada una de las tres vacadas.

D. Rafael Molina, formó en Córdoba, á fuerza de muchos gastos, una ganadería con vacas portuguesas y toros de Miura primeramente, y después con vacas y toros del duque de Veragua, sin haber logrado que adquiriesen la bravura apetetecida las reses lidiadas. Por esta razón y para mejorar la casta, quedándose con algunos toros, ha vendido las vacas al rico ganadero en Portugal Sr. Palha, y también al Sr. Trespalacios.

***

Además de las ganaderías *de origen* que dejamos expresadas, hay algunas que se forman y se deshacen frecuentemente, ya porque á los dueños no les da productos, en la proporción que creían, la crianza del ganado para las plazas, ya porque les tiene más cuenta enajenarle para los mataderos.

Las que con mejor éxito se dedican á criarle para la lidia, son ACTUALMENTE

La de *Doña Carlota Sánchez*, viuda de D. Ildefonso Tabernero y vecina de Terrones (Salamanca), que fué fundada á principios de este siglo por D. Andrés Sánchez Tabernero con vacas y moruchos que fué afinando, hasta que hizo mezcla de ellos el dicho D. Ildefonso, con algunas vacas de Gaviria que compró á Julián Casas, y sementales de la de López Navarro.

La de *D. Juan Manuel Sánchez*, de Terrones, criada y formada con reses del país.

La de *D. Cándido Altozano*, vecino de Miraflores de la Sierra, procedente de reses de Colmenar Viejo.

La de *D José Vicente Baillo*, vecino de Alcaraz, provincia de Albacete.

También se formó otra, en el pueblo de las Cabezas de San Juan por *D. Agustín Barranco* que hoy disfruta *D. Pedro Barranco*, á cuyo nombre se corren.

Otra poseen en Navarra *D. Camilo Beriain;* y otra

D. Alfonso Berrocal, vecino de Colmenar Viejo, así como

D. Ventura Castroverde otra en Alba de Tormes.

D. José Gallego, vecino de Santisteban del Puerto, destina sus reses á plazas de segundo y tercer orden.

D. Juan Antonio González Carrasco, de Miraflores de la Sierra, tiene una ganadería con reses de Colmenar Viejo.

D. Pedro Hernández Pinzón, de Santisteban del Puerto, también tiene toros para plazas de tercer orden.

D. Marcelino Jiménez, vecino de Guillena, es dueño de otra conocida en las plazas andaluzas.

D. Claudio López, vecino de Purullena, posee una torada que dice procede de una muy antigua de Sierra Nevada, de que no hay noticia.

D. Antonio López Plata, de Guillena, ha dado toros en estos últimos años á diferentes plazas.

D. Romualdo Márquez, vecino de Aracena, tiene ganadería de reses andaluzas de diferentes procedencias.

D. Lorenzo Abizanda, de Madrid, también ha dado toros para novilladas, no sabemos de qué procedencia.

D. Celestino Miguel, vecino de Egea de los Caballeros, ha formado otra hace pocos años.

D. Filiberto Mira, vecino de Olivenza, ha formado una buena ganadería con reses portuguesas, procedentes de la de D. Luis Feliciano Fragoso, de Alcasobas, y de las que fueron del marqués de la Conquista.

D. Casiano Olmos, vecino de Colmenar Viejo, ha formado otra con reses de distintas ganaderías.

D. Juan Painons, vecino de Tortosa, destina sus reses á las plazas limítrofes á su residencia.

D. Juan José Paz, vecino de Avila, tiene toros de lidia desde hace pocos años.

D. Manuel Paz, de Miraflores de la Sierra, es dueño también de una vacada.

El *Marqués de Puente Virgen*, vecino de Andújar, posee en las faldas de Sierra Morena una nueva ganadería.

D. Severo Murillo, de Egea de los Caballeros, formó una ganadería, que compró en 1864

D. Gregorio Ripamilán. Este señor fué asesinado por unos bandidos en 1882, y desde esta fecha la posee

D. Victoriano Ripamilán. Esta ganadería es muy afamada en Aragón.

D. Atanasio Rodríguez, vecino de Guadalix de la Sierra, ha formado con reses bravas de Colmenar Viejo, una torada que hasta ahora dedicaba á capitales de provincias y novilladas en Madrid, y que ha venido á ser propiedad de

D. Valentín Cortés, de la misma vecindad.

D. Miguel de la Sagra, vecino de las Navas de San Juan, fundó una ganadería, que hoy posee

D. Tomás Ruiz Tauste, de la misma vecindad.

D. Juan de Dios San Juan, vecino de Santisteban del Puerto, posee otra para plazas de tercer orden.

D. Eustaquio Segura, de Calahorra, es dueño de una antigua, que parece fundó un señor Bobadilla.

D. Enrique Ternero y Benjumea, vecino de Sevilla, tenía toros de lidia hace unos seis años, no sabemos de qué procedencia.

D. José Torres y Ramírez, de Sevilla, poseyó una torada que pasó á poder de

D. Manuel María Torres, de la misma vecindad,

D. Miguel de Torres, vecino de Colmenar Viejo, tiene otra ganadería para novilladas.

D. Clemente Zapata, vecino de Alfaro, también cría toros con el fin expresado.

D. José Ruiz Tabal, vecino de Sevilla, es dueño de otra.

***

A pesar de nuestras gestiones y gastos consiguientes, que se han estrellado ante la indolencia de los que más interés tienen en propagar su mercancía, no sabemos el origen de una ganadería que en Sevilla tenía

D. José Maestre, vecino de dicha ciudad, en el año de 1763, y que luego paró en

D. Antonio Maestre, de la misma vecindad, que en 1791 tenía el primer lugar en los carteles.

El marqués de Ruchena,

El de Vallehermoso, y

D. Francisco del Río y Riscos, todos de Sevilla, fueron dueños en la misma época de otras ganaderías cuyo origen es desconocido; y para que la confusión sea mayor, hay carteles de entonces en los que aparecen anunciadas reses *del Algarabejo*, sin más explicación ni mayor detalle. De nuestras investigaciones resulta que *el Algarabejo* era un extenso cortijo y dehesa del partido y término de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz. Tal vez por ser de bienes de propios ó comunales creyesen que bastaba anunciar así los toros de esa procedencia.

En la misma época de mediados ó más del siglo pasado eran ganaderos sevillanos:

D. Ramón Liberal.
D. Francisco Esquivel.
D. Fernando Ossorno.
Conde del Aguila.
Marqués de Medina.
D. Luis Ibarburu.
D. Manuel González.
D. Pedro Quevedo.
D. Antonio Franco.
D. José Velasco.
D. Francisco de Resinas.
D. Manuel Malaver.
D. Antonio Melgarejo.
D. José María Villegas.
D Agustín de Cuevas.
D. Francisco Domínguez.

Y en principios del presente siglo:

La condesa viuda de Montegín, de Jeréz de la Frontera.
D. Domingo Crespo, de Cádiz.
D. Juan Tabares Cabrera, ídem.
D. Baltasar Hidalgo, ídem.
Viuda de D. Francisco Amaya, ídem.
D. Antonio Machorra y Toledo, ídem.
D. José de Castro, Jerez del Marquesado.
D. Jacinto Castril, Cazorla (Jaén).
D. Juan de Pareja, Cádiz.
D. Rodrigo Godoyo, Jaen.
D. José María Prados, Tarifa.
D. Pedro de Torres, Jerez.
D. Jerónimo Alsazúa, Cádiz.
D. Francisco Larriva, Jerez de la Frontera.
D. Diego Tejero, ídem.
D. José María Amor, Puerto de Santa María.
PP. de Santo Domingo, Jerez de la Frontera.
D Francisco Romano, ídem.
D. José de Vargas, Cádiz.
D.ª Mercedes Espinosa, Puerto de Santa María.
D. Manuel de Bea, Jerez de la Frontera.
D. Joaquín Virues, ídem.
D.ª Dolores Gutiérrez, Cádiz.
D. Alejandro Aguado, Málaga.
D. Lorenzo de Luna, ídem.
D. Juan Salazar, ídem.
Sres. Santaella hermanos, ídem.

Y finalmente

D. Esteban Mellado, de Málaga, tuvo á principios de siglo, en la dehesa de Campanillas en dicha ciudad, una ganadería de corto número de cabezas.

El presbitero *D. Francisco de Sales Mendoza*, á fines del siglo anterior, tuvo una en Martos (Jaen).

De ninguna de estas ganaderías ha sido posible averiguar su origen; algunas tuvieron cierto renombre, pero no formaron por sí *castas* especiales que de unos en otros dueños hayan venido á crear vacada brava por más de tres ó cuatro lustros. O se compusieron de corto número de cabezas y por no atenderlas bien desaparecieron, ó las destinaron á los mataderos públicos; ello es que no existen ni han dejado fama. Alguna tuvieron los toros de los *PP. de la Cartuja*, de Jerez; pero realmente no eran sino producto del diezmo, por virtud del cual reunieron torada, la cual sería vendida probablemente al detall cuando se dispuso la exclaustración de las Ordenes religiosas en el año de 1835 y siguientes.

PORTUGAL

En la imposibilidad de referir detalladamente el origen de las castas con que se han formado las ganaderías de toros en el vecino reino, por ser tarea harto prolija, y como tal sujeta á errores en mayor grado que en las de España, relataremos los nombres de los principales dueños de vacadas portuguesas.

D. José Pereira Palha Blanco, formada primeramente con vacas del país y un toro de Miura, mejorada luego con un toro del duque de Veragua, y, por último, con vacas de la misma procedencia del duque compradas á Rafael Molina en 1893. Pastan en Campanhia das Lezirias (Villafranca de Xira).

D. Máximo da Silva Falcao, Pombalhino.
Carlos Augusto Marqués, Arinhaga.
Paulino da Cunha e Silva, Santarem.
José Rodríguez Vaz Monteiro, Carregado.
Marqués de Vagos, Aveiras de Baixo.
Manuel Duarte d'Oliveira, Riveira do Cartasco.
José de Paiva Magalhaes, Santarem.
Conde de Sobral, Almeirín.
Conde da Costa, Evora.
Faustino da Gama, Caldas de Rainha.
Robertos hermanos, Salvatierra de Magos.
Juan Vicente d'Almeida, Benavente.
Juan Antonio Fernández, Salvatierra de Magos.
Antonio José de Silva, ídem.
Antonio Ferreira Roquete, ídem.
Esteban Antonio d'Oliveira Junior, Pancas.
Juan Tomas Piteira, Canha.
Manuel Duarte Laranja, Coruche.
Conde de Magalhaes, Almeirín.
Vizconde d'Amoreiro da Torre, Monte Mor.
José María dos Santos, Pintal Novo.
Antonio da Costa Coelho, Samoza-Correia.
Duque de Palmella, Aceitao.
Duque de Cadabal, Muge.
Ildefonso da Cunha, Aiana.
D. José Joaquín Pedroso, Chamusca.
Juan Sabino, Benavente.
José Henrique Peleiro, Gollega.
Doña María Claro Monteiro Gómez, Coruche.
Antonio Feliciano Correia Branco, ídem.
Manuel dos Santos Correia Branco, ídem.
Vizconde de Coruche, ídem.
D. Guillermina Roza da Veiga, ídem.
Emilio Infante da Cámara, ídem.
D. Cayetano de Braganza, Lisboa.
D. Victoriano Froes, ídem.
Vizconde de Barzea, ídem.
Luis Patricio, Lisboa.
Francisco Lobao Rasquilha, ídem.
Compañía das Lezirias, ídem.
Antonio Sigueira, ídem.
José da Cunha, ídem.
Manuel Corvello Soares, Islas Terceras.
Juan Francisco Aurora, ídem.

***

Por último, designaremos los nombres de las vacadas que en las haciendas de América tienen mejor nombre para la lidia.

Atenco.—Cazadero.—San Diego de los Padres.—Cieneguilla. — Ramos. — Guatimapé.—Santa Ana la Presa.—Paranqueo.—Tulipam.—Ayala.—Bocas.—Cabezón.—Cruces.—Desierto.—Estancia de San Nicolás.—Freno.—Guaname.—Durango.—Hacienda de Bachimba.—Idem de la Concepción.—Idem de Trujillo.—Idem de las Cruces.—Jalpa.—La Sauceda.—Mezquita Gorda.—Maravillas.—Napalapan.—Ochoteco.—Palmarejo.—Piedras Negras.—Pliego y Carmona.—El Plan—Registro.—Santín.—Tepeyahualco.—Valapan.—Zacatecas.

***

Y como complemento del estudio anterior, indicaremos también las fechas en que han sido lidiadas por primera vez en Madrid las reses de cada una de las vacadas originarias de que hemos hecho mérito, y *que hoy existen*, pero advirtiendo, que aquellas fechas no dan por completo entera fe para acreditar antigüedad en razón á que han variado, algunos, las divisas, hierros y hasta su vecindad; otros han dividido sus vacadas en distintas porciones, que á su vez han sido origen de otras ganaderías; y otros han consentido que sus toros fuesen lidiados en segundo lugar de otros de creación más moderna. Verdad es que, mientras no aparezcan ó se acrediten dichos extremos, la antigüedad debiera ser, en Madrid, la de la primera presentación en su circo del ganado de cada vacada, pero tenemos la completa seguridad de que muchos ganaderos no consentirán se pospongan sus toros á otros de menos fama ó renombre, y de que sobre este punto nunca se pondrán de acuerdo, por cuya razón lo mejor, y lo que evita contiendas y dificultades enojosas, es disponer que, en cada corrida se lidien reses de una sola vacada, y esto á más de salvar inconvenientes, puede producir mejor resultado á la función en general.

GANADEROS Y SU VECINDAD	FECHA de su primera presentación en Madrid	OBSERVACIONES
Pablo Valdés.—*Raso del Portillo*.....	1749	Conserva su divisa y antigüedad.
Sres. de Guendulain.—*Pamplona*.....	1794	Perdió la divisa desde que la recrió D. Nazario Carriquiri.
Vicente Vázquez.—*Sevilla*...	1796	Desde que la adquirió el Duque de Veragua cambió la divisa. Esta debe ser su antigüedad, y sin embargo, siguen en puesto preferente á las demás.
Manuel Bañuelos.—*Colmenar Viejo*.....	1796	En 30 de Junio de 1856 cedieron su primacía á los manchegos de Muñoz; y en 1857 á los de Barquero y á los de Freire, y luego á otros.
Juan José Fuentes.—*Moralzarzal*.....	1797	Poseyéndola ya D. Vicente Martínez se han lidiado delante de los de Aleas; pero en 1857 detrás de los Freires, luego Hernández.
Manuel Aleas.—*Colmenar Viejo*.....	1797	También se han corrido toros de esta ganadería detrás de la de Muñoz.
Gil de Flores.—*Vianos*..	1815	Repartida entre sus nietos esta ganadería y adoptada distinta divisa para cada porción, ha perdido la antigüedad.
Joaquín Zalduendo.—*Caparroso*.....	1817	Siendo dueño de esta vacada D. Fausto Joaquín Zalduendo usó divisa amarilla y verde; y cuando lo fué doña Cecilia Ortigosa encarnada y azul. Perdieron, pues, antigüedad.
Sres. Lizaso.—*Tudela*..	1827	Lo mismo han hecho los Lizasos. Lo menos tres diferentes divisas les hemos conocido.
Elías Gómez.—*Colmenar Viejo*.....	1831	¿Por qué si tienen divisa marcando su antigüedad se lidiaron en 1.° de Octubre de 1854 después de los de Salido y en 1873 después de los Freires?
Fernando Freire.—*Sevilla*.....	1836	Esta es la antigüedad de la ganadería de Hernández, vendida á Udaeta, si esta no cambia de divisa.
Núñez de Prado.—*Sevilla*.....	1837	En 4 de Octubre de 1874 fueron lidiados después de los de D. Rafael Laffite.
Arribas, hermanos.—*Sevilla*.....	1840	Desde esa fecha no ha cambiado la divisa que usó D. Plácido Comesaña.
Francisco Aranda.—*Sevilla*	1842	Tiene la antigüedad de los toros de Seguri por usar igual divisa.
Pedro Galo Elorz.—*Peralta*	1844	Ha usado dos distintas divisas: la que le da antigüedad es la amarilla.
Anastasio Martín.—*Sevilla*.....	1844	También usó celeste y rosa y luego encarnada y verde.
Manuel Suárez.—*Coria del Río*.....	1844	Esta ganadería, con divisa rosa y blanca, pasó á ser de Muruve con divisa encarnada y negra.
Marqués del Saltillo.—*Sevilla*	1845	Por delante de esta vacada figuraron en carteles y se lidiaron en 1869 de Pérez de la Concha, Miura, Laffite y de Benjumea.
José María Benjumea.—*Sevilla*	1848	Conservan antigüedad con su divisa negra.
Antonio Miura.—*Sevilla*.....	1849	En 31 de Octubre de 1869 cedió su puesto á Pérez de la Concha y á Laffite, sin duda porque estas ganaderías usaron sus antiguas divisas. Ya en 1872 colocó detrás á Concha Sierra.

GANADEROS Y SU VECINDAD	FECHA de su primera presentación en Madrid	OBSERVACIONES
Joaquín Pérez de la Concha Sierra.—*Sevilla.*	1850	Han perdido antigüedad por el cambio de divisa desde esta fecha.
Rafael J. La Cunha.—*Portugal*.....	1852	
Fernando Tabernero.—*Salamanca*.....	1852	La estrenó con divisa blanca y amarilla, que luego cambió en 1860 por azul y blanca.
Ramón Zambrano.—*Alcalá del Río*.....	1854	No puede contar esta antigüedad porque usó divisa lila y pajiza y ahora es encarnada.
Ignacio Roquete.—*Portugal*.....	1854	
Agustín Salido.—*Moral de Calatrava*.....	1854	Procediendo de los de Muñoz y habiendo alterado la divisa, no es ya la de aquella antigüedad.
Esteban d'Oliveira.—*Portugal*.....	1855	
Carlos López Navarro.—*Colmenar Viejo*....	1850	Conserva su divisa encarnada y amarilla desde esa fecha en que cambió la que tenía Juan Manuel Fernández y el marqués de la Conquista.
José Pereira.—*Portugal*.....	1862	
Francisco Benito.—*Colmenar Viejo*.....	1865	
Andrés Fontecilla.—*Baeza*.....	1865	No ha cambiado la divisa azul celeste.
Raimundo Díaz.—*Navarra*.....	1865	La divisa que rige y da antigüedad en esta vacada es la amarilla y blanca.
Gregorio Ripamilán.—*Egea*..... ...	1865	Desde antes de esta fecha la distinguió su dueño, D. Severo Murillo, con divisa encarnada.
Agustín Flores.—*Peñascosa*.....	1865	Los presentó con divisa diferente á la de la vacada de D. Gil; por eso perdieron la antigüedad de ésta.
Atanasio Rodríguez.—*Guadalix*	1867	No siempre se han corrido con igual divisa.
Rafael Laffite.—*Sevilla*.....	1869	En Madrid, y en 1870, usó divisa blanca y negra, y en 1874 verde, blanca y encarnada, y antes blanca y negra. ¿A qué obedece esto? Tal vez á que este señor fué dueño á un tiempo de las vacadas de Benjumea y de Barbero de Córdoba.
José María Cámara.—*Sevilla*.....	1870	Sigue con la misma divisa que los Laffittes, blanca y negra.
Angel González Nandín.—*Sevilla*.....	1872	No sabemos en qué plaza se estrenaron. En la de Madrid han usado divisa encarnada y amarilla, y también celeste y blanca.
Juan Muruve.—*Sevilla*.....	1872	Conservando ésta sus colores encarnado y negro tiene más antigüedad que la anterior.
José Vicente Baillo.—*Albacete*.....	1873	
José Antonio Adalid.—*Sevilla*..... ...	1874	En 11 de Julio de 1875 fueron lidiados delante de los de Laffitte.
José Orozco.—*Sevilla*.....	1874	Sigue con la divisa de los toros de Adalid.
Marqués de Salas.—*Madrid*.....	1875	Los sucesivos poseedores de esta ganadería han contiuado siempre con la misma divisa.
Felipe Pablo Romero.—*Sevilla*	1875	Usan la última que puso á sus toros D. Rafael Laffite y Castro, de modo que en Madrid su antigüedad es de 1874.
Marqués de Villavilvestre.—*Sevilla*.....	1878	
Juan Manuel Fernández.—*Trujillo*.	1879	Debían de tener la antigüedad de los de la condesa de Salvatierra, de que proceden. Véase lo que antes decimos sobre división de esta ganadería. Ha usado diferentes divisas. La última, caña y blanca.

GANADEROS Y SU VECINDAD	FECHA de su primera presentación en Madrid	OBSERVACIONES
Juan A. Carrasco.—*Miraflores*	1880	Ha usado diferentes divisas. La última caña y blanca.
Carlos Conradi.—*Sevilla*	1881	Al adquirir de Laffitte y Castro esta vacada adoptó distinta divisa.
Ignacio Martín.—*Sevilla*	1881	
Vicente Cuadrillero.—*Rioseco*	1881	
Celsa Fontfrede.—*Sevilla*	1882	Por haber variado la divisa de los Concha-Sierra no tiene más antigüedad.
José Torres Cortina.—*Sevilla*	1882	Al estrenar su ganadería adoptó divisa distinta á la de su predecesor Benjumea.
Carlota Sánchez.—*Salamanca*	1882	
Jacinto Trespalacios.—*Trujillo*	1882	Parece que hoy la posee D. Felipe Rodríguez con igual divisa. No sabemos si este señor será como su antecesor, que variaba el hierro á menudo.
Condesa de Patilla.—*Madrid*	1883	Usó primeramente los colores azul y encarnado, y luego añadió á esa divisa el blanco.
José Palha Blanco.—*Portugal*	1883	
Rafael Surga.—*Sevilla*	1884	
Rafael Molina.—*Córdoba*	1884	
Eduardo Ibarra.—*Sevilla*	1885	No usa la divisa de la casta originaria.
Viuda de Barrionuevo.—*Córdoba*	1885	A los colores de orígen turquí y blanco añadió el color de rosa.
Enrique G. Salamanca.—*Madrid*	1886	Conservan la antigüedad de los toros de Mazpule por la divisa blanca, pero hay varias fracciones con igual derecho.
Juan Manuel Sánchez.—*Salamanca*	1886	Cambió la divisa celeste y encarnada por la blanca y negra, y perdió la antigüedad.
Juan Vázquez.—*Sevilla*	1887	Antes divisa morada y luego negra y oro viejo; perdió por esto aquella antigüedad.
Máximo Hernán.—*Colmenar Viejo*	1887	Siendo ésta una de las más antiguas ganaderías de Colmenar Viejo ha perdido su puesto por haber cambiado varias veces de divisa.
José Clemente Rivera.—*Sevilla*	1888	No nos consta la procedencia de esta vacada.
Francisco Gallardo.—*Sevilla*	1888	
Faustino Udaeta.—*Madrid*	1890	Puesto que no ha alterado la divisa de origen debe conservar la antigüedad de la ganadería de Freire.
Lorenzo Abizanda.—*Madrid*	1890	
Luis Mazzantini.—*Madrid*	1890	Debe conservar la antigüedad de origen, que es de Donato Palomino.
Esteban Hernández.—*Madrid*	1891	Aunque proceden de casta de los Mazpules perdió el resto de su vacada la antigüedad por cambio de divisa. La que rige es la del conde de Patilla.
José Moreno Santa María.—*Sevilla*	1891	
Manuel Arroyo.—*Madrid*	1891	Creemos proceden de Mazpule, pero perdió la divisa por haberla añadido el color verde.

Reconocemos cuán deficiente es nuestro trabajo relativo al origen y vicisitudes de ganaderías; pero es el más completo y extenso de cuantos hay publicados. Puede que éste sea base para que otros le amplíen más adelante, aunque nos permitimos dudarlo, porque no hay registros públicos como los de la propiedad y civil, en que consten los datos suficientes para formar genealogías, que, por otra parte, serían ridículos y de ninguna utilidad. Labor tan minuciosa y tan ingrata no es apreciada lo bastante por los que debieran estimarla, y mucho más si tuvieran en cuenta, como ya va apuntado, que su desidia y abandono á nadie puede perjudicar tanto como á ellos mismos. No se asombren, pues, si advierten alguna equivocación, y acháquensela á sí propios, perdonando el lector la que encontrare en gracia de nuestro buen deseo por complacerle.

Ganado.—Aunque la Academia da solamente este nombre á las bestias *mansas* de una misma especie que se apacientan y viven juntas, nosotros y muchísimos más, le aplicamos también á los toros *bravos*, apacentados juntos por más ó menos tiempo. Y si no, ¿cómo le hemos de llamar?

Ganar terreno.—Los toros que ganan terreno son los que embisten pisando el que está en la jurisdicción ó alcance del diestro, es decir, metiéndose por el sitio en que éste se halla colocado, ó por el en que ha marcado su salida en las suertes. Unos toros salen ya con esta inclinación desde los chiqueros, y, por consiguiente, se advierte que este es su modo natural de acometer, y otros han adquirido durante la lidia dicho resabio. Para aquéllos no se necesita tanto cuidado como para los últimos; pero son todos de tanta malicia como los de sentido, si no se les da la lidia que requieren, y que va explicada en cada una de las suertes.

Gandiaga, José *(Zaragata)*.—Figura como banderillero en cuadrillas de tercer orden, que torean en Francia. Le creemos español, pero no dan razón de su orígen en parte alguna.

Gandullo Villoslada, D. Luis.—Escritor entendido que colabora constantemente en varios periódicos taurinos de la corte con gran entusiasmo por nuestra fiesta nacional. Escribe con soltura, razonando sus afirmaciones y siempre con mesura y discreción. Desde muy corta edad se despertó en él la afición taurina, visitando, á hurtadillas de sus padres, el matadero de Córdoba, para ver lidiar reses bravas, y los cortijos inmediatos para ver torear novillejos; y después, lo mismo en dicha ciudad, que en Madrid, que en

cuantos pueblos ha residido, ha sido constante y asiduo concurrente á esas fiestas; que para Gandullo no hay espectáculo alguno que valga lo que una corrida de toros. Es un buen aficionado.

Nació en Córdoba el 29 de Septiembre de 1864; allí estudió el bachillerato, vino á Madrid en 1880 á prepararse para ingresar en la Academia de Infantería, pero le dieron un empleo público, en el cual, si no contento, vive resignado y muy querido de todos, por sus excelentes condiciones. Actualmente redacta con otros amigos una *Tauromaquia*, bajo la dirección técnica de un célebre matador de toros.

Gañido, Cipriano.—Es un banderillero sevillano de bastante experiencia, que tapa su boquete, sin haber nunca subido ni bajado mucho. Tiempo ha tenido para subir, pero no ha querido ó no ha podido cuando nada de él se sabe.

Garabato.—Toro negro, de pocas libras, bien armado, propio de D. Andrés Fontecilla, vecino de Jaen, divisa azul celeste, que en 25 de Marzo de 1865 luchó en la plaza de Madrid con el elefante *Pizarro*, á quien acometió seis veces sin resultado.

Garay, L. — Trabajó como picador en Madrid en 1863, y no dejó fama que deba referirse. Su nombre apareció en carteles con aquella inicial solamente.

Garcés, Francisco. — Entendido banderillero, diestro con el capote, que trabajó con José Delgado, y de peón de Joaquín Rodríguez, á fines del siglo último. Fué luego matador de toros, y en Madrid estuvo contratado con dichos espadas de tercero en 1790, lo cual supone desde luego mayor antigüedad en categoría que la de Herrera *(El Curro)*. En Sevilla mató por primera vez en 20 de Abril de 1793.

Garcés, Juan.—A fines del siglo anterior era uno de los lidiadores que más esperanzas hicieron concebir á los apasionados al arte. Por desgracia una cogida le imposibilitó de adelantar más en su profesión. No sabemos si era hermano del anterior.

García de Paredes, D. Diego.—Durante la guerra de Flandes, bajo el mando del Gran Capitán, hubo en Barletta grandes fiestas con motivo de los triunfos obtenidos por los españoles, y dice Máximo de Azzeglio, escritor italiano cuya autoridad no puede ser dudosa, que «Diego García de Paredes puso de manifiesto sus hercúleas fuerzas esperando cuerpo á cuerpo y á pie firme á un toro con astas desnudas, y con una espada de mandoble detuvo su carrera poniéndole en el testud la punta de aquélla». Dice también que, «dejándole luego libre en su carrera, empuñó el mandoble, y permitiendo al animal pasar sin tocarle, le descargó tan fuerte golpe en la cerviz, que le cortó la cabeza cercén á cercén, ó sea separándola del tronco». Dadas las hercúleas fuerzas de dicho gran soldado, que han sido tan celebradas en historias y romances, no nos extraña semejante acto de valor potente. Nació en Trujillo en 1466 y murió en 1530.

García, Ignacio.—Trabajaba en Madrid en las mojigangas de novillos allá por los años de 1770 á 1790, estoqueándolos algunas veces.

García, Francisco *(Perucho)*.—Era un matador valiente á fines del siglo anterior, que rayaba en temerario, sin que por desgracia tuviese los conocimientos necesarios para ejercer su arte. Así fué que en la tarde del 8 de Junio de 1801, á los veintitrés días de morir *Pepe Illo*, sufrió una horrorosa cogida en la plaza de Granada, donde murió á muy pocos instantes. Aunque sin ese mote, figura en carteles de 1778, alternando como matador con los Romeros.

Fué natural y vecino de Málaga. En varios carteles que posee el anticuario y aficionado inteligente de dicha ciudad, D. Aurelio Ramírez, aparece que alternaba con el famoso Bartolomé Jiménez y el no menos célebre Juan Conde, según consta en los anuncios para las corridas de 7 y 14 de Mayo de 1797, 22 y 25 de Julio de 1798, en la plaza que en Málaga existía junto al Convento del Carmen, sitio que hoy ocupa el matadero público y calle titulada Plaza de Toros vieja. Que *Perucho* debió ser hombre de temple especial lo prueba el dictado de famoso y esforzado que se le adjudica en carteles, pues á ser un mal principiante con el estoque y muleta, no hubiese tenido á sus órdenes diestros de á caballo tan notables como Laureano Ortega, Juan de Rueda y Francisco Rodríguez, y banderilleros como Ambrosio Recuenco *(El Tonelero)*, Bernardo Rodríguez, famoso cordobés y otros. En 1796 mataba *Perucho*, como otros célebres diestros, los cuatro primeros toros de la corrida, y así lo acredita otro cartel de la plaza de Málaga referente á la función efectuada en 26 de Julio del citado año.

Una lámina de incorrectísimo dibujo é igual grabado, que como documento curioso y raro posee el citado anticuario, demuestra el mérito singular del lidiador malagueño, que por su muerte mereció los honores de la estampa, y significa el hecho doloroso de su desgracia. Aparece *Perucho* en el acto de su cogida, y penetrándole el asta derecha del toro por las costillas superiores, cerca del sobaco derecho, sin soltar la espada, que ha introducido en la cruz del toro, casi hasta faltar poco para llegar á la guarnición del estoque, quedando el diestro de pie y encunado, y juzgándose por la actitud que más bien fuese en la suerte del volapié que en la de recibir. Al pie de esta lámina se halla la siguiente explicación, textualmente copiada con su ortografía antigua: «Desgracia Acaesida en la Plaza de la R.l Maestranza de Granada en la Mañana del 8 de Junio de 1801 á Francisco Garzia (Alias Perucho) recº d Málaga 1ª espada con el 3er toro, llamado Barbero, de la famoª Bacada d Dª Juan Josef Becquer, Vecino de Utrera. Murió á las 20 horas » Seguidamente dice: «Manl Jurado me hi.º en...» y pinta una granada con sus hojas.

Esta lámina, según manifiesta en la cabeza, se hallaba de venta en la cerería de D. Pablo Sáez.

García, D. Manuel.—En un libro que se dice en el *Arte de torear* de *Pepe Illo* titularse *Epítome de*

las recreaciones públicas, habla del origen de las fiestas de toros en España, en las páginas 226 y siguientes.

García, José.—Picador de toros que trabajaba á fines del siglo anterior en corridas de novillos, y no sabemos si después en las de toros de temporada de verano.

García, Juan.—Era un tipo especial, por su gracia como torero bufo. En Málaga le apodaban el *Tío Carrasquiña*, y le contrataban allá por los años de 1850 y después para las funciones con mojiganga. Hacía la pantomima del enfermo, se cubría el cuerpo con cebada en verde sin espigar y se colocaba haciendo el menor bulto en el centro de la plaza. Salía el novillo, veía el verde y se arrimaba á comer, en cuyo momento el *Tío Carrasquiña* dábale un susto y el bicho se espantaba. Murió en el pueblo de Torremolinos (á dos leguas de Málaga), en un día de capea, hace cerca de treinta años, por haberse metido huyendo en una calle sin salida, y allí le estropeó un toro, falleciendo á poco.

García, Gil.—Fué uno de los picadores de que más constantemente se valió el célebre *Costillares* para que trabajase en su compañía. Hombre de campo, sabía y practicaba.

García, Diego *(Colchoncillo).*—Las noticias que tenemos de este antiguo picador le colocan en un primer puesto del toreo. Sabemos por los carteles que en 1791 trabajó en Madrid con las cuadrillas del inolvidable Pedro Romero y de los hermanos de éste, y que su trabajo debía ser muy apreciado, porque en los años anteriores le tuvo ajustado por toda la temporada la Junta de Hospitales, siendo más antiguo que el renombrado Juan Luis de Amisas. En documentos de aquella época hemos leído que en una corrida había estado mejor García que Jiménez (Bartolomé), porque éste cayó en tierra á la décimacuarta vara que tomó el toro y en cuatro de éstas había perdido dos caballos, mientras que García sólo sacó herido uno por las ancas, que tuvo que cambiar en la caballeriza, sin desmontarse en la plaza. ¡Qué tiempos!

García, Ramón.—Notable banderillero, que se distinguió á principios del presente siglo. Trabajó mucho al lado de Antonio de los Santos, sucesor del célebre *Pepe Illo* en la cuadrilla de éste.

García, Francisco *(El Barbero).*—Cuando la ocupación de España por los cien mil hijos de San Luis, el año de 1823, se presentó por primera vez en la plaza de toros de Sevilla este picador, en 30 de Mayo, sin que en su profesión haya después descollado.

García, José *(La Liebre).*—Era notable este banderillero en el primer tercio de este siglo, y su nombre se cita hoy y lo será siempre como de los de más fama en el toreo después de sus contemporáneos Gregorio Jordán, José Calderón y Felipe Usa.

García, Martina.—Durante muchos años esta intrépida mujer ha matado novillos en la plaza de Madrid y otras varias con estoque y muleta, cuerpo á cuerpo, aunque sin arte de ninguna clase. La última vez que toreó fué en la plaza vieja de la Puerta de Alcalá el 16 de Agosto de 1874, víspera del día en que empezó el derribo de dicho edificio.

Nació en Ciempozuelos el 25 de Julio de 1814: quedó sin padres siendo muy niña, y á los diecinueve años de edad la dió por ser banderillera. Siguió recorriendo diferentes plazas de toda España y el día 27 de Julio de 1882 falleció en Madrid.

García, Manuel.—Era un picador de pocas condiciones, pero valiente y cumpliendo, por el año de 1860. Murió en Vitoria el 15 de Agosto de 1864, á consecuencia de la cornada que le infirió un toro llamado *Manchego*, de la ganadería de D. Raimundo Díaz, divisa encarnada y caña.

García, Diego *(Palique).*—A fines de 1841 trabajó este picador por primera vez en Sevilla. No recordamos haberle visto allí, ni en plaza alguna; pero según carteles que tenemos á la vista tomó parte ya en 1829 en unas corridas que se celebraron en el Puerto de Santa María, cuando se la declaró puerto franco.

García, Sebastián.—Arrogante figura, valiente hasta la temeridad se presentó en Lisboa como matador de toros procedente de España, en el año de 1823, y en breve tiempo conquistó las simpatías de la gente principal, hasta el punto de ser uno de los confidentes del Rey D. Miguel I á quien acompañó hasta la Quinta de Loma, cuando este monarca fué deportado. Con él vivió muchos años

en el destierro, hasta que de resultas de una cornada recibida toreando en un cerrado, falleció á mediados de este siglo.

García, D. Rafael.—Fué conocido por el nombre de Rafael Muñoz Salido, con el que figuró en carteles de algunas sociedades malagueñas en 1867 y después, poniendo banderillas y matando becerros. Esto le dió alientos, y en 1876 quiso vestir el traje de luces y en una novillada salió en Málaga á alternar con Manuel Díaz *(Lavi)* y Francisco Carvajal *(El Pollo)* pero esta determinación le fué del todo inútil; porque no pudo llenar su compromiso, y desde entonces se retiró absolutamente del toreo.

García, Lorenzo *(El Artillero).*—Uno de tantos picadores que han trabajado más en la plaza de Madrid que en las de provincias sin saber por qué. Era valiente y temerón allá por los años de 1850 al 1860, y muy protegido cuando sirvió en el ejército y después por cierto general que ocupó alto puesto en el Ministerio de la Guerra.

García, Francisco *(Saladito).*—Más que en Madrid, trabajó en varias plazas de provincias este novillero que tenía cierta maña para matar toros. Uno de éstos, hace unos cuantos años, le dió tan fuerte golpe en la espalda, que de resultas falleció en Alicante de donde era natural.

García, José *(El Platero).*—Natural de Cádiz; matador de toros que recibió lecciones de Antonio Ruiz *(El Sombrerero)*, y de quien hemos oído que, de ser hombre de más corazón, habría sido un buen espada. No podemos juzgar acerca de su mérito, porque no le vimos trabajar. Empezó á estoquear en 1814.

García y García, D. Manuel *(Hispaleto).*—También este afamado pintor de historia ha contribuído á popularizar la fiesta nacional con bellísimos cuadros en que ha retratado escenas taurinas con la verdad y gracia que tan buen artista sabe dar á todas sus creaciones. Su cuadro titulado «Salida de los toreros del parador de Borja en Torrelaguna» es notable, y por él y méritos anteriores fué premiado en 1871 con la cruz de María Victoria. Es hermano del malogrado D. Rafael, primero que usó el sobrenombre de *Hispaleto*. Nació en Sevilla y estudió en dicha ciudad, compartiendo las lecciones de la Escuela de Bellas Artes de Santa Isabel con las de su citado hermano. Estuvo pensionado en Roma por D. Ignacio Muñoz de Baena.

García y Sánchez Salvador, D. Ricardo.—Uno de los mejores aficionados teórico-prácticos que en la actualidad hay entre los que de toros entienden. Como escritor concienzudo é imparcial ha escrito revistas en *La Voz del Comercio*, de Santí Spíritus (isla de Cuba), allá por el año de 1875; en *El Tábano*, de Madrid, cinco años después; y luego en 1881 al 1882 fundó, redactó y fué propietario de un buen periódico taurino, titulado *Los Mengues*. Poco más adelante de esta época, publicó un bien escrito y mejor pensado folleto, *Consideraciones y preceptos sobre la suerte de*

recibir, que levantó polvareda entre la gente de coleta; y cuando por exigencias de su puesto oficial en el ejército español se trasladó á la Habana, según creemos, redactó allí el periódico taurino *El Tío Camama*. Su entusiasmo por la fiesta nacional, por la propaganda del arte taurómaco, lejos de amenguarse con la indolencia que parece prestar al individuo las excepcionales condiciones climatológicas de América, creció en aquel país donde trabajó con fruto hasta ver constituída una brillante sociedad, que tomó el nombre de «Unión recreativa,» de la que fué primer Presidente; y á García se debe, que esta sociedad trabajase con empeño, haciendo gastos de consideración, para exhumar del cementerio de la Habana los restos de Francisco Arjona *(Cúchares)*, obteniendo para ello poder en forma de la viuda de este famoso torero,

según hemos referido en la biografía del mismo. En la imposibilidad de extendernos todo lo que quisiéramos, en elogio de un aficionado tan inteligente como éste, nos limitaremos á decir que ha matado becerros, que pudieran llamarse toros *hechos*, puesto que ya no cumplirían cinco años, que aparece escritor elegante en cuantos trabajos literarios ha dado á luz, y que es tan excelente militar como distinguido caballero. Nació en Madrid el año de 1849, y desde 1892, se retiró del ejército, voluntariamente.

Su actividad y patriotismo le impelieron á formar en Madrid una junta de aficionados al toreo, en la que entraron ganaderos, toreros, escritores y aficionados de primera fila, con el fin de allegar recursos para la adquisición de un buque torpedero, con destino á Filipinas, cuando la agresión de los alemanes á las Carolinas. Trabajó con fe y entusiasmo, celebróse alguna corrida al objeto apetecido, pero pasados los momentos de efervescencia quedó en el olvido tan laudable pensamiento.

Como en García todo es corazón y nobleza, y entusiasmo por las glorias patrias ha trabajado con ahinco en pró de la creación de un monumento que perpetúe la memoria del gran poeta Zorrilla, formando parte de la junta directiva que componen delegados de las Academias, Ateneos, Universidades, Diputaciones, Cuerpo diplomático, militar, Casinos, etc., etc., y mucho más pudiéramos decir de tan notable aficionado, si lo permitiera la índole de un libro como el nuestro, consagrado exclusivamente á la tauromaquia.

García Ontiveros, D. Ignacio.—Autor de una preciosa descripción de las corridas reales que se verificaron en el año de 1834 al jurarse princesa de Asturias á doña Isabel II Fué poeta celebrado y persona dignísima, conocida en todos los círculos literarios de la corte, de donde era natural.

García, D. Nicolás.—Distinguido aficionado que en el año de 1851 dió á luz un folleto con noticias curiosas de sucesos notables ocurridos en las corridas de toros celebradas en la primera mitad del presente siglo.

García, María.—Matadora en novilladas que quiso competir con la célebre Martina en la plaza de Madrid el día 4 de Febrero de 1849, quedando mejor la Martina. Llamábanla la *Gitana cantarina* ó la *Civil*; vistió de torero y ganó catorce duros por estoquear malamente un becerro, más inocente que ella.

García Tejero, D. Alfonso.—Escritor público y poeta, que en variedad de metros ha cantado con entusiasmo la grandeza de nuestras fiestas de toros. En 1851 publicó un juguete literario-crítico-filosófico, titulado «Montes y *Pepe Illo*», que dedicó al espada Julián Casas, de quien insertó la biografía en el folleto.

García, Felipe.—A este torero hay que considerarle y juzgarle como á uno de los más generales en la práctica de todas las suertes de torear.

Él ha sido picador, banderillero y matador; y si bien en ninguno de los tres casos referidos ha llegado á conquistar un nombre de primera fama, lo cierto es que tampoco ha quedado en ellos en tan bajo lugar que, cuando menos en alguno, no se le haya calificado de notable.

Y es esto tanto más de extrañar y de aplaudir al mismo tiempo, cuanto que de nadie ha recibido lecciones para nada, y toreando, lo mismo á pie que á caballo, no ha hecho más que seguir los impulsos de su corazón.

Si esto demuestra en él grandísima afición y sobrado valor, significa también que si Felipe hubiese tenido á su lado algún maestro, hubiera llegado á donde pocos.

Es verdad que para ello hubiera tenido necesidad de reprimir sus ímpetus, observar más y parar los pies.

A caballo no se puede negar que caía muy bien, se tenía mejor que muchos buenos jinetes y ha salido por derecho á la suerte de picar con vara de detener.

Pero su defecto principal consistía en hacer salir al caballo de la suerte antes de tiempo, y esto daba lugar casi siempre á poder apretar poco con el brazo derecho y á ser acometido por las reses codiciosas en la salida, donde si el caballo no tenía buenas piernas, era indefectiblemente alcanzado.

Mucho corrigió esta falta, que no era hija de ignorancia, sino de la viveza de su carácter, que quería hacer las cosas antes de pensarlas, y ya en las últimas corridas en que tomó parte como picador se le vió más concienzudo y atinado.

Sólo en tres temporadas de novillos en Madrid trabajó como tal picador; por cierto que la última vez que salió á caballo fué en la tarde aciaga en que todos los aficionados de Madrid recuerdan que, mandado retirar un toro al corral de la plaza vieja, dió muerte al conocido mayoral Eleuterio en el callejón que conducía al corral mencionado.

Su transición de picador á espada fué tan brusca, tan repentina, que ni él pudo figurársela, puesto que fué hija de la casualidad y de su excesivo amor al arte.

Un día de novillada faltó á su palabra el torero

que debía dar muerte al toro de la mojiganga y el empresario se veía en gran apuro, porque los lidiadores ya conocidos no se querían rebajar y los principiantes no se atrevían.

Felipe se brindó y comprometió á despachar al cornúpeto, y lo hizo tan perfectamente y con una soltura tal, que parecía que siempre había tenido en sus manos los *trastos* de matar.

Claro es: como que á pie dirigía en el acto los movimientos á donde su idea los encaminaba, y á caballo no siempre obedecía éste á la mano del jinete con la rapidez y precisión necesarias.

La prueba para conocer si el valor y la serenidad del hombre á pie eran los mismos que había siempre tenido á caballo, estaba hecha y con buen éxito.

García cambió las espuelas por las zapatillas y dedicóse á lidiar á pie, con la esperanza y firme propósito de ser un matador adelantado.

Contratóse en la plaza de toros de Zaragoza en 1874 para matar en las novilladas, y tanto gustó al público aragonés por su arrojo, que durante ocho meses trabajó á satisfacción de todos, proporcionando buenas entradas á la empresa, y eso que á principios de aquel mismo año, en 6 de Abril, tuvo una cogida lidiando en Barcelona, de la que no estaba completamente curado cuando fué á Zaragoza.

Vino después á Madrid á matar los toros de puntas en las novilladas, y al año siguiente (1875) figuró como sobresaliente de espada en los carteles de temporada, banderilleando, sin embargo, los toros que le correspondían.

Debemos juzgarle antes como banderillero que como espada, y al verificarlo no podemos menos de elogiar su gran empeño en complacer al público, su actividad en los *quites*, su prodigiosa fuerza de rodillas y su valentía temeraria.

Pero duró poco como banderillero, y es lástima, porque sus condiciones antedichas le hubieran hecho figurar en pocos años al nivel de los mejores.

Como los deseos del joven torero eran los de llegar cuanto antes al término de su carrera, fué banderillero, como hemos dicho, mucho menos tiempo del que le hubiera convenido para perfeccionarse, y tomó la alternativa de matador en la plaza de la corte el día 15 de Octubre de 1876, que le dió el primer espada Manuel Carmona.

Fuerza es confesar que el muchacho procuró siempre complacer al público, que en él ha visto á uno de esos hombres que á nadie deben su carrera, y que lejos de haber perdido conocimientos en la profesión, los fué adquiriendo cada vez más, aplicándose.

Valor le sobraba y serenidad no le faltó.

Por acelerarse tuvo las cogidas de Madrid, Barcelona y Pamplona, la última de las cuales, ocurrida el día 10 de Julio de 1877, pudo costarle cara.

Nació Felipe en Jetafe, provincia de Madrid, en el año de 1840; era hijo de D. Antonio y doña Feliciana Benavente, á quien desde la muerte de su padre, acaecida en 1860, ha mantenido con el escaso jornal que ganaba en el oficio de carpintero, dentro de Madrid, adonde se trasladaron en dicha época, y después como encargado de la caballeriza de la plaza de toros hasta que se hizo picador.

Siendo ya espada de cartel contrajo matrimonio en esta corte el 28 de Septiembre de 1878, con la agraciada señora doña María Lúcas Sánchez.

Fué su fortuna varia toreando, y puede considerársele retirado de su profesión desde 1887; la última vez que estoqueó fué en Palencia el 3 de Septiembre de 1891, y eso sucedió por salvarse de un compromiso. Había tomado en arriendo aquella plaza para dar en ella, como empresario, algunas corridas de toros, y en la que se celebraba ese día fueron heridos los espadas contratados, y él, por evitar un conflicto, bajó al ruedo, y vestido de paisano mató y lidió con valentía.

Una grave enfermedad le llevó al sepulcro, falleciendo en Madrid el día 31 de Mayo de 1893, dejando á su esposa y seis hijos, el mayor de trece años, en la más triste situación. Gozaba universales simpatías.

García Villaverde, Vicente.—Torero de buenas facultades, que unas veces ponía banderillas y otras mataba toros, hasta que tomó puesto de espada, en el que por sus facultades pudo lucir si hubiera aprendido más. El hombre procuraba cumplir, sin embargo, porque tenía vergüenza, y era muy útil en plazas de segundo orden, ejerciendo de jefe de cuadrilla. Como habrán visto nuestros lectores en el sitio correspondiente, tomó la alternativa de espada en 1864, el día 13 de Junio; alternó luego en varias provincias, inauguró con otros la nueva plaza de Madrid, marchó á América, donde trabajó para desarrollar la afición al toreo, y su vida no ha estado exenta de disgustos ajenos al arte. Es natural de Ciempozuelos, provincia de Madrid, donde nació el 22 de Enero de 1834, y se despidió definitivamente del toreo en esta plaza el día 26 de Enero de 1896, matando dos toros de Veragua.

García Villaverde, Luis.—Hijo de Vicente y banderillero de buen porte y de no escaso mérito, pues llegaba bien casi siempre á la cabeza de los toros. Su capote era oportuno y jamás estorbaba. Falleció en el naufragio del vapor *Ceres*, que le conducía desde América á la madre patria. En el nuevo mundo trabajó á las órdenes de José Machío. Era natural de Madrid.

García, Magdalena.—Nada menos que á picar novillos, puesta á caballo y vestida de aldeana salió esta pudorosa niña, natural de Zaragoza, á la plaza de Madrid en 11 de Diciembre de 1836. Lástima de...

García, Manuela.—Paisana de la anterior, también pecadora, es decir, picadora de vara larga á caballo en 15 de Enero de 1837. Antes enviaban á ciertas mujeres á hilar á San Fernando.

García, Teresa.—Otra que tal. Andaluza de profesión y picadora de novillos por naturaleza, ó al revés, que es como debieron estar estas mozas que trabajaron en Madrid en la fecha que va expresada. Esta ya se había presentado en esta Plaza en 30 de Diciembre de 1832.

García Lecomte, D. Carlos.—Abogado y escribano de Cámara de la Audiencia territorial de Sevilla; mereció el aprecio de cuantos le trataban y se honraban con su amistad. En pró del arte hizo mucho, dando consejos y apadrinando toreros principales. Vivo arsenal de datos y con una memoria especialísima refería puntualmente sucesos pasados hacía mucho tiempo, pues conoció la Escuela de tauromaquia de Sevilla, y allí hizo amistad con el luego famoso *Curro Cúchares*, á quien profesó paternal cariño. Fué apoderado de varios diestros y sido Jurado para la adjudicación de premios á ganaderos. En 1895 ha fallecido á la edad de setenta años.

García de Soria, D. Mariano.—Autor de una extensa biografía del notable torero y matador de toros Antonio Carmona *(El Gordito)*, á quien llama el héroe del cambio.

García, Manuel *(Sastre)*.—Torero de invierno. Valiente sin inteligencia, atrevido sin arte, sale del paso porque es sereno y por aquello de *audaces fortuna...* ¿Qué ha sido de él? Se ha eclipsado hace lo menos dieciocho años.

García, Antonio *(Sastre chico)*.—Un picadorcito que empieza ahora con menos alientos de los que quisiéramos ver en él. Puede que se enmiende, y luego sea otra cosa.

García, Francisco *(Oruga)*.—Peón de lidia para trabajar en pueblos y plazas de segundo orden, muy aceptable allí porque brega mucho y pone sus pares regularmente, si la cosa se presenta bien. Se cansó el hombre de ser cola de león y quiso mejor ser cabeza de ratón; tomó los trastos de matar y se lanzó á las plazas de tercer orden, dándose maña para quedar bien y librar la pelleja, que ha sido agujereada más de una vez. Tiene prestigio y le aceptan como bueno en los cosos del Mediodía de Francia.

García, Miguel.—En cuadrillas de segundo orden figura como picador, y excusado es decir que pasa las penas del purgatorio en cada una de sus caídas, que no son pocas, al verse sin más amparo que el de la Providencia. Procure tenerse más á caballo y no terciarse en la suerte y nos agradecerá el consejo. Eso le recomendamos hace veinte años y no debe habernos oído, porque nadie sabe qué ha sido de él.

García Vargas, Juan Antonio *(El Terrible)*. —De este picador sólo sabemos por carteles que empezó á trabajar en Sevilla el 15 de Septiembre

de 1872. ¿A dónde fué á parar la significación de su apodo?

García, Federico *(El Valenciano)*.—Peón de lidia que pone banderillas con valor, aunque no con mucha inteligencia. Es moderno, ligero, valiente y tiene buenos deseos, con que él aprenderá lo que le falta, si no viene á interrumpirlo la desgracia.

García, José *(Rubito)*.—También aspira este muchacho á ser banderillero, y hace sus ensayos en novilladas, procurando agradar; y lo consigue la mayor parte de las veces por su aplicación y buenos deseos. Con que adelante sin pararse es lo que le aconsejamos.

García, Antonio.—Hay por la tierra baja un banderillero de este nombre, que dicen es bravo y poco torpe. No le hemos visto; pero suponemos que no será uno de igual nombre y apellido que en Madrid se le conoció por el *Macando*, hará treinta años, poco más ó menos, y que por cierto valía muy poco.

García, José *(Veneno)*.—Hay un picador que dicen se llama José Pacheco, y aparece en carteles con aquel otro apellido. Sea como quiera, él aunque cumple no será mucho más porque no vale cosa que digamos; y cuidado que lleva bastantes años en el arte, supliendo su buena voluntad á su deficiencia.

García, Marcelino.—Mata toros en novilladas por esos pueblos y lugares. No conoce el miedo. Salta y brinca sin reparo, y... debía repararse. Pasó su época, no llegó á donde pensó y los años se le echaron encima, reparando entonces que por falta de estudio aunque no de valor se había quedado atrás.

García del Arenal D. Ramón.—Caballero en plaza en las funciones reales celebradas en 25 de Enero de 1878 con motivo de la boda del rey don Alfonso XII. Oficial entonces de húsares del ejército, fué apadrinado por la grandeza de España y demostró gran valor y arrojo. El espada Manuel Hermosilla le asistió como padrino de campo, bajo la dirección del maestro Cayetano Sanz, y vistió á la usanza de Felipe III, con ropa encarnada y amarilla. Ni el Gobierno ni la casa real le dieron premio alguno, faltando á la costumbre tradicional.

García, Manuel *(El Espartero)*.—El día 25 de Enero de 1866 se celebró en la iglesia parroquial de San Marcos, de Sevilla, el bautizo de Manuel García y Cuesta, que había nacido el día 18 del mismo mes, de Josefa Cuesta y Joaquín García, quienes le dedicaron, después de estudiar las primeras letras, al oficio de espartero.

Como todos los toreros que, con más ó menos fortuna y con mejores ó peores condiciones, se han dedicado al arte de Montes, Manuel, faltando muchas veces á su obligación, acudía á tientas y capeas cuantas veces podía burlar la vigilancia de sus padres, hasta que en 1881 toreó ya en novilladas en pueblos de Andalucía.

Llamó desde luego la atención por su atrevimiento y la serenidad con que después de ser revolcado, y aun herido, se levantaba y volvía á colocar ante la cara de las reses.

Ningún matador, en ninguna época, se ha colocado tan cerca del testuz como el *Espartero*, á quien elogiaron tanto los periódicos sevillanos como se desprende del siguiente párrafo:

«Yo he visto colocarse en los terrenos que nadie pisa; apoderarse de una res con dos muletazos, debidos al castigo de su flámula; pasar más corto y derecho que nadie; comerle él al toro su terreno y acosarlo con la mano izquierda, hasta lograr que se arranque; tirarse más corto que ninguno, aunque sufre á veces embroques y no sale por el costillar y la cola.»

Tal afirmación sobre el modo de apreciar el trabajo del nuevo lidiador hizo que en Madrid se manifestase gran deseo de verle, y á instancias de muchos aficionados, le hizo venir la empresa de la plaza de toros de esta corte, para tomar parte en una corrida extraordinaria, que se verificó en la tarde del miércoles 14 de Octubre de 1885. Por cierto que antes de celebrarse ocurrieron algunas peripecias que conviene anotar.

Fijáronse los carteles anunciando la corrida con reses de doña Teresa Núñez de Prado, vecina de Arcos de la Frontera, dirigiendo la lidia el espada Fernando Gómez, que figuraba por primera vez en cartel de Madrid con la categoría de primer espada; ese anuncio fué anulado por otro en que se decía que, deseando la empresa el mayor lucimiento de la función, la retardaba hasta el jueves 15, á fin de que en ella tomase parte el espada Rafael Molina y como sobresaliente Rafael Guerra; pero á las pocas horas de publicar el segundo cartel se dió otro á luz diciendo que el valedero era el primitivo, porque García no podría estar en Madrid el día 15. Tomó, pues, la alternativa de matador el *Espartero*

en la plaza de Madrid, que es la que confiere únicamente la borla de doctor, de mano de Fernando Gómez, y demostró el valor y serenidad que de Sevilla trajo; pero con tal precipitación y aturdimiento, que dejó mucho que desear, en tales términos, que el autor de este libro hizo de él la siguiente calificación:

«No es bastante un día para juzgar el trabajo de un hombre. Sin embargo, nos atrevemos á afirmar que el *Espartero* no será matador de toros de los que dejen nombre, á no ser que por desgracia le deje como *Pepete*. Su valor no es hijo de la convicción de su inteligencia; su toreo no es seguro, más que cuando hay pies y agilidad, y eso no siempre; y en cuanto á tener aprendidas las reglas de Montes, no ha llegado aún á verlas. Esto no quita para que le concedamos que es de la madera de los toreros; pero si ha de conservar el *tronío* que ha traído de su tierra, ha de parar más é imitar buenos ejemplos, que viene muy viciado, y por el camino que trae no se va más que á la Necrópolis. Nos alegraremos tener que rectificar.»

No gustó, pues, en Madrid cuando su aparición el *Espartero*, concediéndole todos gran valor y nada más; entraba en el terreno de los toros sin necesidad y saliendo de él volteado casi siempre, de mala manera; era seguro que en seis corridas había de ser cogido más de seis veces; al herir lo hacía de *sorpresa*, sin esperar á una prudente colocacion, y arqueaba tanto el brazo derecho para herir que describía en el aire con la punta del estoque un medio círculo, con cuyo proce dimiento no había fijeza, ni podía haberla.

Tronaron violentamente contra la apreciación hecha en Madrid del mérito de García los periódicos sevillanos, llegando al extremo de entablar polémicas desagradables por lo irreflexivas. Siguió el *Espartero* admirando por su valor y recibiendo cornadas en las capitales de provincias, y como «la letra con sangre entra» fué aprendiendo el modo de librarse con el trapo de los hachazos de las reses.

Comprendió que una buena colocación ante las mismas es siempre conveniente, y poco á poco fué desterrando el vicio de arquear el brazo.

Retirado Salvador Sánchez *(Frascuelo)* de las lides taurómacas, donde tan alto elevó su nombre; falto de fuerzas *Lagartijo*, y alborotando al público con sus atrevimientos y desplantes el ya matador Rafael Guerra, fué contratado con buen acierto el matador Manuel García, que por tener un toreo de menos movimiento de piernas que el *Guerrita* había de convertirse en émulo del mismo. Así sucedió en efecto, y el público de Madrid al contemplar al *Espartero* vió en él ya otro torero muy distinto del que había primeramente conocido. Ya no se metía en terreno vedado; ya no se embarullaba enredándose en los cuernos; ya no arqueaba el brazo al herir, y ya, en fin, se vió que Manuel había adelantado mucho en el arte de torear. Para formarse, como se formó, gran partido en Madrid, han contribuído varias causas; una de ellas su valor y su modestia, otra sus visibles adelantos; pero como más principal, la necesidad que tiene mucha parte del público de crear antagonismos, porque no entiende la diversión en la fiesta de toros más que ensalzando frenéticamente á uno para vituperar á otro con escándalo. Como de perlas vino á favorecer á Manuel la desavenencia ocurrida entre *Lagartijo* y *Guerrita*, que vieron mal los partidarios del primero, hasta el punto de negar al último todo mérito é inteligencia. Los mismos, que sin tener en cuenta el trabajo del torero juzgan del hombre particular, considerándole más en este sentido, dieron sus simpatías á García, quitándoselas á Guerra en castigo del mal comportamiento de éste con *Lagartijo*. De esta manera acrecentó naturalmente García sus partidarios, que estaban conformes con sus contrarios en reconocer lo mucho que había ganado, hasta colocarse en un puesto de primera línea. Pero con la misma franqueza que confesaron los progresos rápidos de este joven matador de toros, decíanle que aun le faltaba mucho para llegar donde otros

llegaron, y con esto refutaban á los que le habían supuesto un fenómeno del siglo. Podría subir al puesto que ocupó Montes, que condiciones de aplicación y valor le sobraban, pero había de ir á él procurando no perder sino mejorar su modo de torear, y entonces sería *completo*.

Manejaba con grande habilidad la muleta, como medio de defensa, pero no para castigar las reses, y mucho menos para sacarlas de querencias peligrosas; daba buenas estocadas arrancando, pero escatimaba los volapiés, y nunca le hemos visto intentar la suprema suerte de recibir, sin ejecutar la cual no hay espada de mérito superior, aunque hemos leído y oído á testigo presencial que una vez en Lorca la ejecutó perfectamente.

Aprendiendo el arte á fin de corregir sus defectos, estudiándole con el empeño que demostró para elevarse en pocos años á gran altura, fué Manuel García (*El Espartero*), una de las mejores figuras del toreo moderno y de más sólida reputación.

Atendiendo á ésta, fué contratado para las corridas de temporada en Madrid del año 1894, advirtiéndose en las primeras que el muchacho demostraba menos afición, menos deseo de complacer que en años anteriores. Naturalmente, el entusiasmo fué también menor, y él que era bravo y pundonoroso, quiso volver por su honra y buen crédito, y en la tarde aciaga del 27 de Mayo se presentó en el ruedo desde el primer momento activo y animoso, y con menos calma de la que debiera. Lidiaban él, el *Zocato* y Fuentes seis toros de Miura, y el primero llamado *Perdigón*—que en la voz correspondiente va descrito,—se hizo de sentido desde el segundo tercio, cortando terreno y alargando el cuello, sin que estas circunstancias, muy dignas de tenerse en cuenta, las apreciara Manuel para dejar de arrimarse. Había oído aplausos en quites á picadores, los oyó también en los pases de muleta, que fueron doce, aunque no todos tan buenos y limpios como de costumbre, y se lanzó al volapié desde más distancia de la regular, y con solo estirar el cuello el toro se quedó con él en el preciso momento de recibir un pinchazo en hueso, lo enganchó por debajo del brazo derecho y le volteó á gran altura, cayendo en tierra con tremendo golpe y sobre el hombro izquierdo.

En opinión de muchos, Manuel debió retirarse á la enfermería, pero resistió la indicación que le hicieron sus compañeros en ese sentido, tomó la muleta y la arregló despacio, se fué al toro, le dió cinco pases, tres de ellos mejores que los anteriores y se armó á la muerte en cuanto vió al toro parado. Esta vez entró más en corto y por derecho, sin reflexionar que el toro, además de sus condiciones pésimas, había aprendido en el primer pinchazo, así que al recibir la estocada sacudió con ambas astas de derecha á izquierda dos fuertes varetazos en los lados superiores del pecho, que indudablemente le produjeron el colapso, lanzándole al frente como á unos cinco metros de distancia, hecho un ovillo, ó sea encogido, y en esa postura, acto continuo, lo embistió de nuevo, sin que la perdiese ni en los brazos de los que le recogieron, hasta que muy cerca de la puerta de la enfermería, al dar frente al tendido número 5, se estiró de pronto y puso rígido su cuerpo. El parte facultativo que el médico D. Marcelino Fuertes extendió decía que el diestro llegó á la enfermería en un estado de profundo colapso, que reconocido detenidamente resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica con hernia visceral, y una contusión en la región external y clavicular izquierda. Prestados los auxilios de la ciencia para el estado más alarmante, que era de colapso y reconocidos al cabo como ineficaces, se le administraron los últimos Sacramentos, falleciendo el herido á las cinco y cinco minutos de la tarde, y á los veinte de su ingreso en la enfermería.

Suscitóse entonces la cuestión entre los aficionados asistentes á la fatal corrida, de cómo y cuándo había sido herido el *Espartero*, sosteniendo unos que desde el primer porrazo se había producido en él el colapso, y por consiguiente, había matado al toro maquinalmente y con el suspiro en los labios, como suele decirse; otros, que recibió la herida en la región hipogástrica de abajo á arriba, é inclinada de dentro á fuera, interesando el paranquima del hígado y la vena porta, al mismo tiempo de dar al toro la gran estocada que hasta la cruz le introdujo: y otros afirmaron que fué herido ya en el suelo, cuando el bicho le acometió por última vez, cayendo muerto de la estocada á los pocos pasos. Nosotros desechamos en absoluto que el pobre torero se hallase en estado de colapso desde la primer cogida en que sufrió tan gran porrazo que le lastimó grandemente la clavícula (por la cual creemos debió retirarse) porque siendo el colapso «una especie de catalepsia en cuyo estado se paralizan todas las funciones de la vida y muy especialmente el corazón, no habiendo por lo tanto circulación de la sangre, función indispensable para vivir,» claro es que no hubiera podido levantarse, andar, arreglar la muleta, dar cinco pases á conciencia y mucho menos herir con fuerza y tan por derecho. Sin que desechemos en absoluto el segundo caso, aunque dudamos que el toro le hiriese en el vientre, porque vimos las astas en el pecho del diestro y á éste encunado un instante, y en seguida caer sin sentido y encogido, admitimos como más seguro, que la herida fué causada al meter el toro la cabeza cuando Manuel

cayó al suelo y en él fué perseguido, no pudiendo levantarle porque la gran estocada que tenía en lo alto le quitó la fuerza y ya el toro, herido de muerte pronta, cayó antes de medio minuto: es decir que en nuestra opinión, el colapso le produjeron los varetazos en el pecho al herir con el estoque, no antes ni después.

Como nosotros hemos defendido siempre que ajustándose estrictamente á las reglas de torear, no debe haber cogidas de toreros, queremos explicar que el *Espartero* faltó á ellas abiertamente: primero, por desconocer que la malicia del toro y sus facultades no le permitían irse á él, si no dándole de cerca gran salida con la muleta, lo cual no hizo ninguna de las dos veces en que fué cogido; segundo, porque después del volteo que sufrió, ya que no quiso retirarse, no era prudente repetir la suerte en el mismo sitio, y debió mandar correr el toro á otro tercio de la plaza; y tercero y más principal, porque, sin acordarse del terreno que pisaba, arrancó á herir contra querencia, que á su espalda había un caballo muerto, ante el cual había hecho parada el toro. A Manolo, que no entró además á herir á tiro rápido sino con relativa calma, le sucedió lo que al *Ecijano* en Madrid el 8 de Agosto de 1886 por igual causa, siendo herido en un muslo, y lo que á *Lagartijo* el mismo día en San Sebastián que fué cogido, volteado y corneado por matar contra querencia toros de algún sentido.

El valor, la vergüenza, el excesivo pundonor de Manuel García, le ocasionaron su desgracia: con más reflexión, con más conocimiento de las reglas de torear y desechando varios defectos, tal vez se hubiera evitado su desgracia, pero ¿quién sabe? El muchacho durante su carrera fué herido más de treinta veces y cogido más de ciento, y ya parecía familiarizado con la idea de que los toros no dan cornadas de muerte, «más da el hambre,» según su frase favorita. Sin embargo, se aseguró que en Córdoba la víspera de su muerte solicitó del empresario de Madrid D. Bartolomé Muñoz la rescisión de su contrato, ofreciéndole como indemnización diez mil reales, pero cedió á las observaciones de aquél, y al tomar el tren para venir á la corte dijo á su compañero Rafael Bejarano *(El Torerito)*: «Hombre, no sé que tengo: no quisiera ir para arriba, sino á mi casa; torear como pueda lo que me queda por ahí y retirarme del toreo.»

En toda España circuló la noticia del desgraciado fin de García, á las pocas horas de acaecido, y en todas partes el sentimiento fué unánime. Conducido su cadáver á la casa del picador de toros *Cantares* á las nueve de la noche del mismo día, fué embalsamado y expuesto al público, que en gran número hizo intransitables las calles contiguas á la de la Gorguera, invadió por espacio de dos días la casa del núm. 10, teniendo que formar cola en espera de más de seis horas para poder entrar por turno. Desde la muerte del *Chiclanero* no ha habido en Madrid manifestación de duelo más imponente; y todas las clases sociales acompañaron los restos de Manuel á la estación del Mediodía, desde donde fué llevado á Sevilla, que le recibió con muestras de profunda pena é inconsolable dolor. ¡Bien lo merecía el simpático y arrojado lidiador muerto en la flor de su vida!

García Núñez, Juan.—Banderillero de la cuadrilla de José Romero, que se estrenó en Madrid el año 1803. No hemos podido saber con certeza si es el mismo torero que

---

García Núñez, Juan *(El Quemado)*.—A principios del siglo mató toros en algunas plazas andaluzas; alternó en Sevilla con Antonio Ruiz *(El Sombrerero)* en 24 de Julio de 1814, y no tenemos noticia de que en Madrid se diese á conocer, al menos como espada.

García, Manuel *(El Jaro)*.—Buen puntillero que ha pertenecido á las cuadrillas de los mejores matadores de toros de estos tiempos. Es zurdo y tiene ese apodo por el color de su pelo. Nació en Madrid en 1851, y contra la voluntad de sus padres, Trinidad García y Teresa Quiralte, ingresó en el matadero de Madrid á los quince años de edad; allí permaneció empleado once años descabellando reses con singular acierto, hasta que en 1877 empezó á figurar en la cuadrilla de *Cara-ancha*; luego, en 1881, entró en la de Fernando Gómez *(El Gallo)*, con quien marchó á Montevideo, y después, en 12 de Mayo de 1887, en la del célebre *Frascuelo*. De ésta pasó en fines de 1889 á la de Mazzantini, fué con este otra vez á América, y de todos es muy estimado por su habilidad, modestia y buena conducta.

García, Ildefonso.—Dice un cartel de San Luis de Potosí que anunció para el día 7 de Julio del año 1839 una corrida de toros de aquel país, que este individuo jinetearía uno, y cuando éste se hallase reparando en su mayor fuerza, se le pasaría al pescuezo. No lo ponemos en duda, que la gente americana es capaz de tenerse montada en la punta de una lanza.

García, Manuel *(Garroche)*.—Novel banderillero, del que no puede formarse juicio sobre su mérito, atendida su poca práctica, ó, mejor dicho, aten-

diendo á las pocas veces que le hemos visto torear. Es guapo, bien puesto, valiente y parece humilde en su trato.

García, Manuel *(El Cerillero)*.—Picador de nueva entrada que empieza demostrando pocos deseos. La práctica le hará adquirir confianza, que si no... mejor es dejarlo.

García, Joaquín *(Santeret)*.—Banderillero valenciano de poco mérito y menos nombre. Falleció en Valencia de enfermedad natural el día 17 de Abril de 1895.

García, Severiano *(Almendrito)*.—Parécenos, y quisiéramos equivocarnos, que este *Almendrito* no llegará nunca á ser *Almendro*. Empieza á querer clavar pares en los toros de novilladas.

García Calabaza, Manuel.—Desde el año de 1837, en que empezó con aplauso á poner banderillas en la mayor parte de las plazas de Portugal, hasta el de 1852, en que se retiró por falta de salud, fué creciendo en inteligencia y considerado en aquel reino como un buen torero. Falleció el año 1877.

García, Manuel *(Chicharito)*.—En carteles de la Habana hemos visto el nombre de este banderillero hace diez años; pero nadie nos ha dado razón de él. ¿Será uno de ese nombre que en México tomó el apodo del *Torerito* y reside allí en Monterrey?

García, José *(La Vieja)*.—Sabe y ejecuta tanto y tan bien como otros que tienen más fama y no ha conseguido ésta, sin duda por su carácter ó por el poco apoyo que le hayan prestado sus compañeros. Parea regularmente y siempre está donde debe, sin estorbar. Sin embargo, es muy desigual y su voluntad no es muy constante.

García, Juan.—Picador de toros americano, de quien no tenemos otras noticias que la de haber visto su nombre en carteles de la plaza de Colón, en México, hace pocos años.

García, Antonio *(Morenito)*.—Era un banderillero aceptable, que se adelantaba casi siempre y entraba en la cabeza sin medir bien los terrenos, supliendo esa falta con su valor. Nació en Sevilla y perteneció sucesivamente á las cuadrillas del *Gordito*, el *Gallo* y *Espartero*. Murió en Lorca el 10 de Abril de 1893, á consecuencia de la cornada que sufrió en un muslo el día 1.º del mismo mes, al clavar un par de banderillas de fuego al primer toro de la ganadería de López Plata, lidiado en la expresada ciudad de Lorca.

García, Antonio *(El Zurdo)*.—No conocemos á este banderillero, tal vez porque sea muy moderno. Si no lo es, poco ha hecho para darse á conocer, porque un solo cartel es bien poco.

García, Joaquín *(Picalimas)*.—Mata toros en novilladas, es valiente, brega bien, pero se acelera demasiado; poco á poco ha ido aprendiendo, gracias á su afición, y aprendería lo mucho que aun le falta si estudiase, observando las buenas reglas del arte, y no se envaneciese como la mayoría de sus compañeros. Es natural de Aranjuez, Madrid, si nuestros informes son exactos; sufre cogidas sin cuento, no repara en nada y se atreve á todo. Dios le proteja.

García, José *(El Pollero)*.—Picador de toros en novilladas, que, si no da muestras de mejor torero que las dadas hasta ahora, puede que ganase más tirando de pluma que de garrocha.

García, Vicente *(El Chufero)*.—Torea más en Francia al lado de los landeses que en España. Es nuevo y valenciano.

García Rodríguez, José *(El Algabeño)*.—Cuando por primera vez se presentó este mozo en la plaza de Madrid el año 1895 á matar toros en novilladas no convenció á nadie de que pudiera llegar á ser torero. Era tal su torpeza que en todas partes estorbaba: su irresolución pudo costarle cara en muchas ocasiones, lo mismo que su defecto gravísimo de tapar el viaje natural de las reses, sin desdoblar el capote ó haciéndose con él un lío: y á pesar de tantas torpezas todos exclamaron á una voz, al ver cómo llegaba con la mano al morrillo de los toros, al introducir el estoque, entrando y saliendo limpio de la suerte: «ahí está un matador que trae mucho dinero en la punta del estoque.»

Con su grande afición y decidida voluntad mejoró en breve tiempo el manejo del capote y aun

el de la muleta, si no con entera sujeción á los preceptos del arte, con la suficiente frescura y oportunidad para librarse de los embroques: y como

su excelente modo de matar continuaba siendo tan legítimamente puro, el público que advirtió la diferencia que existe entre la verdad y la mistificación que tanto se ha generalizado, ensalzó al *Algabeño* hasta tal punto, que bastaba anunciar su nombre en los carteles para que el de «No hay billetes» se fijase en el despacho á la media hora de haber sido abierto, y las entradas en la plaza se contasen por llenos y la empresa por consiguiente hiciera un gran negocio. No había demostrado el joven García ser todavía un buen torero, ni mucho menos, pero la opinión general estaba tan pronunciada en su favor, que con gran beneplácito de muchas gentes tomó en Madrid la alternativa de manos de Fernando Gómez el día 22 de Septiembre de 1895. Fué, á nuestro parecer, prematura, pero alegaban los partidarios del *Algabeño*, que no entrando á matar nadie mejor que él, aun siendo mejores toreros, esta última cualidad la aprendería y adquiriría más sólidamente al lado de maestros en el arte que entre los lidiadores de novillos. No cuestionaremos acerca de eso, aunque sí diremos que más seguros son los pasos para subir una escalera subiendo uno á uno los peldaños de la misma que trepando de tres en tres, pero el público ha observado que no ha ido atrás en su profesión, y que ha adelantado algo de lo que de él había derecho á esperar, principalmente en la suerte de herir que es el fundamento de su incipiente fama; más puede hacer aunque ahora es muy jóven y la sangre le hierve en las venas.

Es muy bravo, muy sereno, ágil y de buena figura, y sería lástima se malograse joven tan simpático, que nació en la Algaba, provincia de Sevilla en 21 de Septiembre de 1875. Es hijo legítimo de José y de Ana, y le apadrinaron en la pila don José Sánchez y doña Consolación Rodríguez.

García Padilla, Angel.— Toreó por primera vez como banderillero en Villafranca de Portugal el año de 1891 y el 92. Allá por Andalucía, en

Aracena, empezó con gran *tronío* matando toros en novilladas. Hay que ir con tiento al apreciarle, que no basta ser valiente y atrevido; le hemos visto con algún arte, pero precipitado; ha demostrado

mucha vergüenza y facultades y se le ha visto también adelantar de día en día: parece de esa escuela que se conoce por la de la verdad; puede ser más de lo que es, y le conviene trabajar mucho, que con la práctica se hacen y perfeccionan los buenos matadores. Joven y simpático, humilde en su trato, tiene con esto y su gran afición al arte, adelantado mucho para conseguir un buen puesto. Nació en Triana el día 25 de Enero de 1872 y es hijo de Luis García Padilla y de Manuela de la Flor; de consiguiente debe llamarse á este muchacho Angel García de la Flor; pero conocido ya por los dos apellidos de su padre, así debe seguir titulándose en su profesión, por más que en otros actos use los que le corresponden. Fué aprendiz de carpintero á los doce años de edad, después de la primera enseñanza, y siempre buen hijo.

García, Arcadio (*Manchao chico*).—Moderno matador de toros en novilladas por esos pueblos y capitales de segundo orden y de los que debe procurar salir cuanto antes, que en ellos nada se aprende.

García Trigo, Luis.—Picador novillero muy nuevo y por lo tanto poco conocido. Ojala llegara á ser tan notable como los que llevaron su segundo apellido; ganaría honra y provecho.

García Francisco *(Morenillo).*—Ha empezado á poner banderillas hace poco tiempo: le falta bastante que aprender, y es necesario que mire más lo que es torear.

Gargantillo.—Pinta del toro que siendo de piel de color, obscura en el cuello y en la cabeza, tiene como rodeándole aquél una mancha blanca, formando collarín. Son muy raros los que se ven así en las plazas.

Garisuain Blanco, D. Mariano. — Director del periódico taurino publicado en Madrid en los años 1867 y 1868 con el título de *El Mengue*, que tanto dió que hablar cuando la famosa competencia del *Tato* y el *Gordito*. Usó siempre un lenguaje duro, audaz y violento, pero justo y de inteligencia, contra el toreo de adornos y filigranas, recortes, coleos, quiebros y todo lo que no fuera verdad pura, sin mistificaciones ni desplantes. Consiguió su objeto, que fué el de hacer entender al público la mácula de tal toreo; pero con la gente que hoy *se dice* aficionada, ¿qué hubiera alcanzado? el desprecio, cuando menos. Debe leerse la colección de *El Mengue* por todo el que tenga afición verdadera á aprender el arte de Montes, que enseña mucho y bueno.

Garolón, Emilio *(Marqués).*—Novillero que mataba toros hace unos cuantos años, y de cuyo mérito nadie ha podido informarnos por ignorar su paradero. Hay otro del mismo apellido figurando como picador también en novilladas, según hemos leído.

Garrido, Benito *(Villavieiosa).*—Era un banderillero que, aunque su figura no tenía garbo, cumplía bien y sabía lo que se hacía. No se dedicaba sólo á torear, sino también al comercio. Madrid era su residencia habitual y en ella tenía la representación del diestro Rafael Molina. Falleció en el mes de Mayo de 1883.

Garrido, Francisco.—Picador de toros que en el año 1778 iba á las órdenes de *Pepe Illo*. Se le supone hombre de valer.

Garrido, Antonio *(Aragonés).*—Cuando en el año de 1860 vimos trabajar en Madrid á este banderillero, venía con muchas pretensiones. Era regular con los palos, mediano con el capote, parado, y... nada más. Desde hace algunos años no hemos vuelto á saber de él, ni nos ha dado razón de su paradero ningún aficionado.

Garrido, Antonio *(El Toni).*—Parece que va aplicándose este novel banderillero y que tiene afición. Oiga los consejos de los maestros y procure aprovecharlos, que nadie ha de ganar en ello más que él y el arte.

Garrocha (por otro nombre vara de detener ó pica).—Es la que usan los picadores para detener y picar toros. La medida de su largo suele ser mayor en unas plazas que en otras, pero con inclusión del casquillo en que está la puya, no baja de cuatro varas; su grueso, de unas dos pulgadas de diámetro, ha de adaptarse bien á la mano del picador. La puya con el casquillo tiene de longitud dieciseis centímetros próximamente, ó sea seis ó siete el acero de tres filos, que es la puya, y nueve ó diez el cañon ó cilindro, dentro del cual entra á fuerza de martillo ó por medio de rosca el palo re-

dondo de la vara, que debe ser de haya, limado toscamente para que no se corra la mano. La puya es de tres filos, sacados con lima no muza; pero no vaciados y de menos de un dedo de base, en forma cónica y sujeta por el tope, que es un cordón que sirve para detener las estopas y no se corran hacia el palo, á fin de que no descubra más de unos once milímetros de púa, ó la que sea de reglamento en las plazas, que en esto no observan todas igual medida; y finalmente, el tope debe tener, con las cuerdas y estopas que le componen, la forma alimonada, como ya se usaba en principios de siglo. Así se reconoció hace veinticinco años en Madrid en una junta celebrada ante la primera autoridad de la provincia, con asistencia de ganaderos, toreros y distinguidos inteligentes, los cuales convinieron en que los topes más estrechos, ó sea más acabados en punta, no imposibilitaban bastante que la vara penetrase en el toro más de lo regular, y que los redondos, formando una pelota, hacían que rasgase frecuentemente la piel, perjudicando las condiciones de las reses.

Garrochistas.—Sin más objeto que el de acosar y derribar reses vacunas, hay en España, especialmente en Andalucía y en Madrid, sociedades de garrochistas en que figuran buenos y entendidos aficionados y ganaderos. La de Madrid se rige por un Reglamento y Estatutos que, con el título de Sociedad «El Campo», se imprimió en la casa de D. Juan Aguado, calle del Cid, número 4, en el año de 1875, y el traje que comunmente usan los garrochistas es el que describimos minuciosamente al final de la palabra «indumentaria». Parécenos que está disuelta dicha Sociedad.

Garrochón.—Antes de usar la vara de detener, y al mismo tiempo que el rejoncillo, usaron los caballeros para la lidia de toros el garrochón. He aquí como le describe Novelli: «Garrochón largo cabecea y desayuda para la puntería; no excederá de dos varas con el hierro; también dícese que el tamaño del garrochón ha de ser de la estatura del toreador, por la proporción que debe tener á él, que siendo de la regular, con poca diferencia, es la propia medida de dos varas; lo grueso se ha de consultar con el pulso, darle cuanto él permita, sin peligrar en perderle; porque en su resistencia, algunas veces le quebranta toda la fuerza del toro, y así, ni tan grueso que se condene por hazañería, ni tan delgado que se quiebre sin resistencia y se pase al toro. Hácese de pino muy seco, viejo y con nudos, que cuantos tenga dividirá en más trozos y el estallido será de mayor ruido. Antiguamente estilaban poner (1) en los garrochones fiador, que era una colonia que apoyaba la mano y pasaba por un taladro que había en lo alto de la manija de él, y otro en lo grueso del asta de la maceta y á los cabos de la cinta un nudo grueso; hoy no se estila ni se hace esto, pues basta con que las manijas vayan raspadas y enceradas. Los hierros de los garrochones de lancillas huecos y sin espiga no son tan seguros como los de hoja de oliva; han de ser muy vivos de punta, con sus espigas cuadradas, en buena proporción de largas, porque penetran bien la madera; las virolas ó casquillos han de ser delgados, con sus aletillas para que abracen la hoja; éstas se ponen después de envirolado el garrochón, para que abracen las aletillas, que de esta suerte quedan firmísimos. Unos y otros matan los toros si se les ponen por parte principal, y con ambos se está expuesto á sacar el toro el garrochón de la mano, según el movimiento se engendrare al ponerle; y para conseguir matar algún toro con más facilidad, se ponen las hojas atravesadas al dedo pulgar, que sienta en la muesca que se hace en la manija, y es de gran lucimiento cuando se logra el acierto; pero estos garrochones tienen facilidad de errarse, á lo que no están tan expuestos los que van al hilo con el referido dedo.»

Después de tan minuciosa descripción de lo que era en lo antiguo ese importante instrumento del toreo á caballo, nada debemos decir más que elogiar el rejoncillo y encomiar la vara de detener ó garrocha que ahora se usa, y con los cuales las suertes son más airosas y menos repugnantes para el espectador.

Gasch, Carlos *(Finito).*—No hay noticia de que haya pertenecido como banderillero á ninguna cuadrilla de nota.

Sin embargo, se dedica á matar toros en novilladas. Es fresco y sereno, maneja regularmente y nada más la muleta, hiere por derecho, pero le falta mucho que aprender, y debe hacerlo, que aptitud tiene para ello.

Gassín y Marín, D. Manuel.—Como buen aficionado empezó á escribir en *La Muleta*, de Sevilla, el año 1890, continuando en este periódico hasta la temporada de 1892, en que pasó á la de *El Loro*.

---

(1) Debe referirse al siglo XVII.

Escribe con suma corrección y gallardo estilo, aplicando á todos sus artículos elegante forma literaria. Si la energía es dote que acompaña á los pocos años, Gassín debe ser muy joven, porque llaman la atención el vigor y valentía que revelan sus muchos escritos, en casi toda la prensa taurina, en defensa de los buenos principios del arte de torear.

Gatillo.—La parte superior del pescuezo del toro, desde cerca de la cruz hasta cerca de la nuca. Por eso se llama bien engatillado al animal de cuello redondo y alto, grueso cerviguillo y que éste forme á la vista un arco.

Gavilanes.—Cada uno de los dos hierros que salen de la guarnición de la espada en la parte más próxima á la hoja y forman la cruz.—(Véase Estoque).

Gaviño, Bernardo.—Nació en Puerto Real, provincia de Cádiz, por los años de 1816 á 1818, sin que en España se diera á conocer como torero. En 1835 marchó á América, avecindose en México y se dedicó con afición y buen éxito al arte de torear, en el que hizo grandes progresos. Dicen que era ágil, sereno, buen mozo y bastante entendido para llegar, como llegó á ser el maestro de la gente de aquella tierra dedicada á las lides taurinas, y que ya como torero, ya como empresario, había hecho un capital de más de un millón de reales. Murió en 1886, á consecuencia de una herida que recibió en Teoxoco matando un toro de los del país, y pasan de cinco mil los que él estoqueó en su larga carrera.

Gaucho.— En la palabra Desjarretar, Enlazar, Jaripeo, Rodeo y alguna otra, hemos expresado quién es el hombre que en la República Argentina y otras de América lleva ese nombre actualmente. Añadiremos tan sólo que en su acepción primitiva, se llamaba así el hombre de color que llevaba vida errante y aventurera en aquellas dilatadas campiñas.

Gavira, Francisco.—Era sevillano, mataba novillos en 1847 y le creemos pariente del actual diestro del mismo apellido en segundo lugar, avecindado en Carmona, aunque no podemos asegurarlo.

Gaztambide y Garbayo, D. Joaquín.—Es el autor de la música de la popularísima zarzuela *En las astas del toro*, y esa circunstancia le da derecho á figurar en este libro. No puede olvidarse aquel *vito* de tan especial corte, ni música tan jugueto-na. Era hijo de D. José Gaztambide y de doña Pilar Garbayo; nació en Tudela, provincia de Navarra, en 7 de Febrero de 1822, y desde la edad de ocho años le dedicaron al divino arte, la madre y su tío D. Vicente (el padre había fallecido). Lo que en pró del arte hizo, se encargaron de pregonarlo todas las clases altas y bajas de la sociedad, gozando con los recuerdos constantes de tantas bellezas como dejó estampadas en más de cuarenta y cuatro zarzuelas de todos géneros, desde el más ligero y sencillo hasta el dramático en más alto grado. De regreso de México y la Habana murió en Madrid el 18 de Marzo de 1870, á las

ocho y cinco minutos de la mañana, dejando en el mundo artístico imperecederos recuerdos, y en el toreo un entusiasta admirador de sus magníficas glorias.

Un detalle curioso en la vida de este notable compositor musical y distinguido aficionado.

Cuando ocurrió en la Habana el fallecimiento del célebre matador de toros Francisco Arjona Herrera *(Curro Cúchares)*, en 1868, era empresario Gaztambide de la excelente compañía de zarzuela que actuaba en el gran teatro Tacón. La cuadrilla que allí capitaneó aquel diestro quedó sin amparo alguno, pues que ni siquiera una corrida pudo

celebrar; y en tal apuro, llevado el gran músico de sus nobles sentimientos y del amor á sus compatriotas, decidió dar á favor de los toreros un beneficio, con tan buen resultado, que con su importe pudieron volver todos á la madre patria, profundamente reconocidos al eminente maestro. Ni un peso dedujo por gastos, el que después tuvo que emigrar con su compañía á países más remotos en busca de la fortuna que en la Habana le quitó la revolución iniciada á las puertas del mismo teatro en aquella aciaga época de acontecimientos políticos.

Gazul.—Moro distinguido de la antigua corte del rey árabe de Sevilla por los años de 1050 á 1090, que era muy diestro en alancear toros, según dicen algunos escritores. Dichas fechas y otras que van citadas, prueban que antes del año de 1100 se corrían toros en España, destruyendo la aseveración de Cepeda, que así lo afirmó. Goya, en su famosa colección de láminas *La tauromaquia*, dice que Gazul fué el primero que alanceó toros, y le incluye en la estampa núm. 5.

Genares, Vicente.—Banderillero que empieza con valor, pero ignorando mucho. Si no estudia, como debiera haberlo hecho antes de lanzarse á la arena, ya sabe cual podrá ser su paradero.

Gentlis, Mademoiselle.—Joven francesa, *ecuyere* de profesión, llamada en París la Amazona fin de siglo, pequeña de cuerpo, valiente, nerviosa y morena, que al ver en su país rejonear toros cuando las famosas corridas de la «Rue Pergoleese» en 1890, quiso aprender ese ejercicio, y después de seis meses de educación que la dió el cavalheiro Tinoco, salió á la plaza, rejoneó bien y... puede que siga rejoneando.

Gijón.—Entre algunos aficionados de Madrid se llaman toros *gijones* á los que, sin atender á la procedencia de su ganadería, tienen la pinta colorada encendida, sin duda como recuerdo de la famosísima vacada de D. José Gijón, de Madrid, cuyos toros se lidiaban mucho antes de principios de este siglo, y de ellos procedían los Gavirias y Torre-Rauri, siendo casi todos del referido color ó pinta.

Gil, Francisco.—En un cartel del año 1763 figura este diestro como de á caballo y para matar con vara los toros, lo cual supone, ó bien que usaría lo que llaman varios autores «barillas» ó garrochones, ó la garrocha tendría extraordinaria puya de dos ó tres filos bien cortantes. Tomó parte en las fiestas que se celebraron en Sevilla, en la plaza de la Maestranza, en los días 30 de Abril y 2 de Mayo de aquel año, lidiándose catorce toros de acreditadas castas en cada corrida. En varias funciones formó base de la gente de á caballo, con las cuadrillas de los matadores Manuel Palomo y Antonio Albano.

Gil, D. Antonio.—Uno de los más entusiastas fundadores de la Sociedad taurómaca que en Madrid se estableció en el Jardinillo. Fué socio activo, adelantando cada vez más en el difícil arte de torear; y tanto se ilusionó, que se dedicó completamente á él. Marchó á Sevilla, y allí, en 25 de Mayo de 1854, en Cádiz y en los Puertos, Marchena y otros puntos, alternó como espada con Domínguez y con *Cúchares*, los Carmonas, el *Tato* y

M. R. Castellano

demás celebridades de la época, haciéndole un gran recibimiento aquel país y consiguiendo grandes aplausos. Vino á Madrid con Domínguez, toreó dos corridas, y después se retiró, dando gusto á su familia. En Andalucía le apellidaron desde luego D. Gil, sin duda por su fino porte y porque no vistió de corto, ó sea con chaqueta. Sus ajustes fueron tan buenos como los de los maestros; y si bien era pequeño de cuerpo, recibió toros grandes y mató en regla, según las cartas y periódicos de

Andalucía dijeron. En Madrid se le juzgó, en 1856, del siguiente modo: «Con más *fe* en el toreo que otros, ha sido la *esperanza* de muchos de sus amigos: sus contrarios le han tratado con poca *caridad*». Dedicado más tarde á negocios mercantiles se alejó completamente del toreo, y vivió mucho tiempo bien acomodado en una población de la provincia de Badajoz, olvidando á los que se llamaron sus amigos en Madrid, donde nació el dia 27 de Enero de 1823, siendo bautizado en la parroquia de San Andrés.

Pasaron los años: Gil, por complacer á sus padres, personas bien acomodadas y conocidas en la corte, se dedicó, según va dicho, al comercio y negocios, en que no fué muy afortunado. Viendo que el arte de torear va desfigurándose de tal manera que de lo antiguo y bueno hay poco, se decidió en 25 de Septiembre de 1881 (cuando rayaba en los sesenta años) á presentarse de nuevo en la plaza de la corte para probar que la estatura no es condición indispensable para recibir toros. Los que le correspondieron aquel día no tuvieron condiciones para la ejecución de esta suerte, á pesar de haber sido *citado* uno de ellos dos veces: quedó bien, acreditando sus conocimientos y gran valor, por lo cual fué muy aplaudido.

Hombre fino, cumplido caballero y de buena ilustración, ha desempeñado, después de retirado del toreo, algunos empleos públicos con probidad é inteligencia. Nosotros le oimos decir en 1855 estas ó parecidas palabras: «La mayor altura de un toro no debe ser obstáculo para dejar de matarle por derecho, aun siendo el espada de mediana estatura; compóngale bien la cabeza, pasándole muy en corto y lamiendo el suelo la muleta, y al arrancar ó esperarle, guíele despacio bajando el trapo, que el toro humilla cuanto se quiera, hasta clavar los cuernos en la arena.» Estas frases pintan al hombre corto de estatura, pero bravo y entendido.

Gil, Joaquín *(El Huevatero)*.—Matador de toros de segundo orden y con poca inteligencia. Tuvo la desgracia de sufrir en Zaragoza una horrorosa cogida que le causó la muerte en 1862.

Gil, Francisco.—Natural de Logroño. Se dedicó al comercio de géneros de algodón, y en Madrid tuvo un gran almacén hace algunos años. Después le hemos visto trabajar como picador de toros, á cuyo ejercicio no sabíamos tuviese afición tan grande. Falleció en el Hospital general de Madrid en Abril de 1878, á consecuencia de una tisis laríngea.

Gil Bahía, Santiago.—Picador de toros en novilladas, nuevo, muy nuevo. Quiera la suerte protegerle, quiera él aprender y quieran los toros respetarle, que todo eso y mas se necesita para ser buen picador.

Gil, Antonio *(El Grajo)*.—También éste es un picador novillero de reciente aparición en las plazas del reino.

Giner, Agustín *(Foco)*.—Novillero mata toros de escasa nombradía. Creemos que es catalán. ¿Dónde habrá hecho su aprendizaje?

Gindaleto.—Toro negro bragado, cornalón, de la ganadería de D. José Antonio Adalid, Sevilla, divisa encarnada, blanca y caña, que en la tarde del 15 de Abril de 1877 cogió al espada Salvador Sánchez *(Frascuelo)* en la plaza de Madrid, causándole gravísimas heridas al hacer un quite á un picador. Le mató muy mal Hermosilla. La Empresa de Madrid llamó á este toro *Lagartijo*, pero el ganadero notició que su verdadero nombre era el que indicamos.

Giráldez, José *(Paqueta)*.—Fué un buen banderillero, y desde 1869 en que tomó la alternativa, nada más que un mediano espada. El desgraciado sufría desde 1875, á temporadas, cierto extravío mental de que se curó perfectamente. En 1877 ha toreado mucho en las plazas de Andalucía, ha sido muy aplaudido y ha demostrado muchísimo más valor que prudencia, y todavía torea alguna vez. Es cuanto se puede pedir á un hombre que empezó á matar en Sevilla en 20 de Abril de 1862.

Girón.—Toro de la ganadería de D. Fernando Gutiérrez, vecino de Benavente, divisa azul. Mató en dicha ciudad al espada Agustín Perera el día 5 de Junio de 1870.—Llámase *girón* al toro que, siendo de un color toda su pinta, tiene una mancha blanca en el fondo principal del cuerpo, no tan grande ni acompañada de otras que pueda considerársе berrendo. No importa que dicha mancha esté unida al ancho listón de los aparejados, ni á la de los que se llaman bragados.

Gironés y Domenech, D. Andrés.—Escritor taurino, nacido en Alicante en 30 de Noviembre de 1853, de grandes conocimientos en el arte, de los cuales hace alarde en sus producciones, que

suscribe con el seudónimo *Cesante H.* Son de tal fuerza de lógica sus argumentos, que con razones aceptables no pueden ser combatidos, como que se apoya siempre en los buenos principios del toreo, y está reconocido, por lo tanto, por aficionado inteligentísimo. Sirvió en el ejército, y es auxiliar en las oficinas de Administración militar: escribe

de toros hace media docena de años y muchos periódicos «profesionales» se han honrado con su firma, porque como ha dicho un distinguido literato: «alaba con entusiasmo lo bueno, censura con acritud lo malo, y ni tiene ídolos ni conoce los odios.»

Gisbert, Francisca *(Reverta).*—El campo de operaciones de esta... torera es Arlés, Avignon, Nimes y otros puntos del mediodía de Francia, donde capea, banderillea, lleva porrazos, y no sabemos qué más, ni queremos verlo. Tiene apenas diecisiete años, es bonita, elegante y... cuanto puedan figurarse (en buen sentido) los lectores.

Goicoa, D. José.—Arquitecto que en 1876 dirigió la construcción de la plaza de toros de San Sebastián, capaz de contener cómodamente diez mil espectadores. Tiene muy buena distribución de localidades en los seis tendidos y seis gradas que comprende, así como en los palcos. La mitad de aquéllos, ó sean los marcados con los números 3, 4 y 5 son de sol, y los del 1, 2 y 6 de sombra: en este último se halla la puerta de Arrastradero, y entre el mismo y el número 1 la meseta del toril: precisamente encima de éste se encuentra el palco de la Presidencia, á la derecha el del Ayuntamiento, y á la izquierda los de la Diputación y de la Empresa, estando colocado á la espalda el gran corral que sirve para encerrar el ganado. Los tendidos tienen doce gradas ó escalones y el de asiento de barrera, y las gradas cubiertas cuatro, además de la delantera, y encima ciento once palcos, sin contar los cuatro antedichos, y una gran galería en el lado del sol, que es lo que en Madrid se llama andanada. La plaza, tanto interior como exteriormente, presenta un bonito y agradable punto de vista, y lo mismo en los planos que en la dirección ha demostrado el Sr. Goicoa excelentes dotes y aptitud para obras de mayor importancia.

Godoy.—Célebre caballero extremeño que en el siglo pasado lidiaba toros, sin otro interés que el de satisfacer su afición, según aseguran varios autores que no citan el nombre. Solamente uno dice que se llamaba D. Manuel, y que una vez, estando próximo á ser cogido por un toro, es fama que el peligro en que se vió ocasionó un desmayo á una de las más altas damas de la corte, cuyo nombre no se dice.

Golilla, Jerónimo.—Picador extremeño, bastante bueno, de la cuadrilla de Juan Acosta. Ejecutaba la suerte, según asegura un escritor de su país, á toda ley y mejor que otros que lograron un puesto distinguido, al que no pudo llegar, á pesar de haber trabajado y dádose á conocer en muchas plazas.

Gollete.—Se llama así la estocada baja dada en la tabla del cuello del toro, y que le mata en seguida, porque, entrándole en el pecho, le atraviesa los pulmones. No admitimos que deba darse más que á los toros que habiendo recibido ya otra ú otras, se tapan aplomados aculándose en las tablas, y ni salen con el engaño ni se echan al suelo. Por lo demás, puede suceder que contra la voluntad del diestro, el toro se salga del centro de la suerte en el momento de embestir, y la estocada que aquél quiso dar en lo alto salga baja; pero á fin de que esto no sirva de disculpa, como muchas veces sucede, diremos que no concedemos que así pueda acontecer más que cuando el espada mata un toro recibiendo, aguantando ó á la carrera, es decir, cuando le espera, pues entonces es posible, ya por marcar demasiada salida, ya por salirse el animal más de lo que el diestro quiere. En los volapiés y demás estocadas en que el torero arranca y no el

toro, si hay gollete es porque aquél, no éste, se ha salido en la mayor parte de las veces.

Gomarusa, D. Josef.—Autor de una obrita publicada en 1793 que tituló *Carta apologética de las funciones de toros*, con una canción al fin en obsequio del célebre Pedro Romero. Dedicada á los buenos españoles que estiman el mérito donde quiera que lo hallan.

Gómez, Juan.—Uno de los primeros toreros cordobeses que han pisado el redondel trabajando en cuadrilla organizada á mediados del siglo anterior. Así lo afirma un escritor moderno.

Gómez, D. Juan José.—Caballero en plaza, natural de Málaga, que fué presentado en las funciones reales de 1789 por el marqués de Cogolludo, y al cual sirvieron al estribo los espadas Juan Conde y Juan José de la Torre.

Gómez de Andrade, Francisco.—Picador de toros en el último tercio del siglo anterior, que alternó con el inolvidable Varo y el renombrado Ortega.

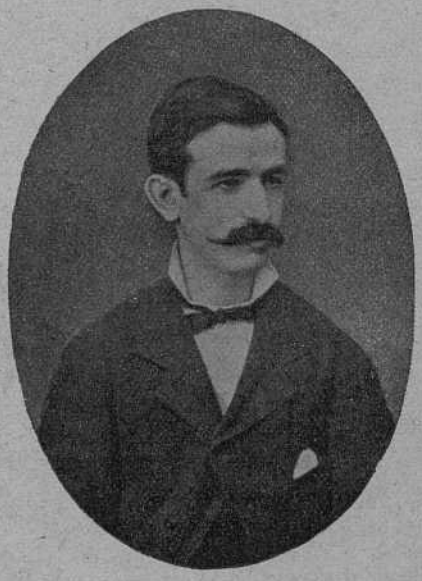
Gómez, Jenara.—Intrépida torera que mató alguna vez becerros en novilladas. Recordamos que era buena moza, muy morena, y que tuvo luego una taberna en Madrid en unión de un mozo de cuenta llamado Policarpo, á donde acudía mucha gente de pelo trenzado.

Gómez, Francisco (*El Barbero*).—Aunque este picador figura en carteles de buenas cuadrillas en el año de 1836, ni le hemos visto trabajar, ni encontrado detalles acerca de su mérito.

Gómez, Juan (*Gageta*).—Lo mismo nos sucede con este picador que empezó en Sevilla en 15 de Agosto de 1862.

Gómez, José (*Gallito*).—Buen banderillero que sabía su obligación y cumplía sin presunciones. Siguió la escuela sevillana, pero sin abusar de los quiebros y saltos que constituyen una parte muy esencial de aquélla. Perteneció á la cuadrilla de *Lagartijo* mucho tiempo, y cuando salió de ella, se retiró á Sevilla, donde falleció el día 18 de Abril de 1885.

Gómez Quintana, D. Isidro.—Nació en Loja, provincia de Granada, y antes de cumplir diez años de edad fué trasladado á Sevilla, donde fijó su residencia el autor de sus días. Desde muy joven mostró decidida afición al arte taurino, y viendo que en dicha ciudad, con ser cuna del toreo, no había un periódico especial que tratase las cuestiones á él anejas, fundó *El Toreo de Sevilla*, que luego tituló *El Toreo Sevillano*. Habiendo cedido la propiedad de éste en 1883, publicó al año



siguiente el *Noticiero Taurino*, y después empezó á firmar con el seudónimo *K. Ch. T.*, cambiando el último título por el de *El Loro*; ha sido, y es, corresponsal de varios periódicos y escrito mucho *de toros*, que no ha podido dar á luz por las dificultades materiales que ponen delante los editores á quien no tiene fortuna.

Su monomanía, que así puede llamarse, consiste en coleccionar documentos taurinos, visitar archivos y bibliotecas y obtener noticias, que guarda con grande empeño: hoy poseería un precioso archivo si un incendio, que devoró cuanto en su casa había en 1886 no le hubiese privado de aquel goce.

Gómez Quintana tiene hoy cuarenta y cuatro años y tanta afición como el primer día.

Gómez, Fernando (*Gallito chico*, ahora *El Gallo*).—Al reseñar en nuestra primera edición los más indispensables apuntes biográficos de este diestro, nos reservamos emitir juicio acerca de su mérito como espada, y ha llegado la ocasión de verificarlo, puesto que en Madrid ha trabajado constante y seguidamente más de cien corridas, número suficiente para juzgar á un lidiador. Fernando es torero, y de punta. Limpio siempre con el capote,

paradito, atrevido y viendo llegar como pocos; al trastear las reses, en la hora de la muerte se crece pasando, y siempre es aplaudido con justicia. Más desigual es hiriendo, atribuyéndolo unos á su escasa estatura y otros al cuarteo que hace al arrancar, que por cierto en la mayor parte de los casos no es tan exagerado como el de otros; por eso opinamos que no es su poca estatura ni el referido cuarteo—que algunas veces olvida entrando por derecho,—lo que motiva en él menos fortuna al herir, sino la alta inclinación que en el quiebro de muleta da á su mano izquierda al meter el brazo derecho, lo cual hace que las reses no humillen lo bastante para descubrirse, defecto que debía abandonar, convenciéndose de que guiando bien la muleta en el trance supremo, se obliga á hocicar en tierra al toro más encampanado que el redondel pise. Es Fernando muy celoso de su reputación y no le falta en el trato particular atención y urbanidad que le conquisten partidarios. De algún tiempo acá ha hecho que en los carteles no se le llame el *Gallito chico*, si no el *Gallo*, y en esto se ha perjudicado sin saberlo, porque mientras este último apodo nada significa, el de *Gallito*, según la Academia, denota ser «el que sobresale entre otros». Nació en Sevilla el 18 de Agosto de 1859 (creemos esta fecha equivocada), y en los primeros años de su juventud trabajó por los pueblos en capeas, no siempre con buena suerte; á la edad de veintidós años pudo torear como banderillero en la plaza de Sevilla, y más tarde en la de Madrid y otras; después de volver de América tomó alternativa en Sevilla de manos de *Bocanegra* en 1876, aunque ya había matado en 26 de Diciembre de 1873; pero en Madrid no la recibió hasta el 4 de Abril de 1880, en que se la dió *Currito*. Fernando Gómez ha suscitado la cuestión de si la antigüedad en la alternativa se considera tomada en cualquier plaza de primer orden y dada por espada de categoría adecuada, ó si es la plaza de Madrid la que establece ley en el particular, y tanto se ha hablado sobre ello, tanto han afirmado en declaraciones escritas los principales matadores en uno y otro sentido—aunque han sido los más los que han asegurado lo último—que la cuestión ha quedado sin resolver, porque no se presta á serlo. Si un espada no quiere matar detrás de otro, aunque no tenga razón, no matará, y si por el contrario le importa poco quedarse detrás cederá su puesto, pero trabajará. Nuestra opinión, sin embargo, es la de que Madrid fija más que ninguna otra plaza la antigüedad, siempre que antes no se haya re conocido en otra prioridad por los mismos contrincantes, y así lo ha reconocido Gómez, consintiendo maten delantede él toreros que en Madrid tomaron alternativa años después de que él la tomara en Sevilla. Pero en esto influye muchas veces la casualidad, las circunstancias especiales de un individuo y las recomendaciones; y aquella tradicional costumbre de respetar á Madrid y á las plazas de Maestranza como únicas que daban derechos, se observa por el que quiere y se olvida por el que no le conviene. — Sobre esto ya hemos dicho bastante en la voz ALTERNATIVA.

Fernando es una especialidad dando el cambio con el capote en medio de la plaza puesto en rodillas, arriesgadísima suerte que han intentado ejecutar muchos y no han podido hacer más que imitarla: clava banderillas con una precisión admirable y usa del capote con verdadero clasicismo. Es todo un maestro de la buena escuela, de lo que queda poco y se acabará pronto.

Gómez, Francisco.—Andaba por esos pueblos trabajando en novilladas un torero de este nombre, que suponemos no tiene nada que ver con los hermanos de dicho apellido que se conocen por los *Gallitos*. No ha conseguido hacerse notable, y de consiguiente, nadie habla de él hace bastantes años.

Gómez, José *(Canales).*—Véase Medina y Banegas, que son los verdaderos apellidos de este picador, á quien no sabemos por qué se le ha dado en carteles de todas partes el de Gómez, que no tiene.

Gómez, Francisco *(El Chiclanero).*—Espada muy conocido en Méjico, donde ha trabajado no hace muchos años. Dicen que es hijo de aquel país; pero otros aseguran que es de España.

Gómez, Cristóbal *(El Nene).*—Fué un industrial pescadero granadino, muy aficionado al toreo, que hacía sus perfiles en la prensa escribiendo con razones, que corregía y limaba el escritor y literato D. Emiliano Quintana. Era muy popular y ya no existe.

Gómez, Manuel *(Panadero).*—Banderillero sevillano que sirvió á las órdenes del desgraciado Manuel Fuentes *(Bocanegra)* hace bastantes años. Era natural de Sevilla, y sin que pueda decirse que era sobresaliente, cumplía bien y con aceptación. Desde entonces no sabemos cuál ha sido su destino.

Gómez, Manuel *(El Tiri).*—No debiéramos incluir en nuestro libro á este hombre, que ha tenido la paciencia de enseñar, desde que era añojo, á un toro de sangre valenciana (villa de Paterna) á obedecerle como puede hacerlo un perro, ó poco menos. Le mencionamos, sin embargo, para que no se echen de menos cosas que en las corridas de toros, ó más bien novilladas, se han presentado, como pudiera haberlo sido en un circo, y además porque en la plaza de Sevilla se dió á conocer, sin lograr éxito favorable, como picador en 11 de Noviembre de 1877.

Gómez de Lesaca, Juan.—Hijo de buena familia, abandonó los goces que proporciona una decente posición por dedicarse al toreo. Tomó los trastos de matar, llevó revolcones y cornadas y el valor no se amenguó. Sin que pueda decirse que es un gran matador de toros, su nombre puede figurar entre los que, como novilleros, ocuparon un buen lugar, y eso que no para lo que debe ni estudia lo que le conviene. Es natural de Sevilla, donde vino al mundo el 24 de Junio de 1867, é hijo del coronel de ejército D. Tomás Gómez de Lesaca y doña Dolores García; empezó, como casi todos los jóvenes de buena familia, toreando en becerradas de sociedades, hasta que aumentada su afición por el buen éxito, se anunció en Granada como matador, al lado de *Lagartijillo*, el 8 de Septiembre de 1888. Su fama se extendió por todas las provincias de España, y en ellas, con suerte

varia, pero siempre con valor, á pesar de sus cogidas, ha demostrado que vale y que puede ser algo más que otros que se han quedado en el montón anónimo. A ese fin debe dirigir sus esfuerzos, á no parar donde aquéllos y á justificar que la alternativa que tomó en la plaza de Madrid el día 2 de Junio de 1895, ni fué prematura, ni dada sin razón; pero, quisiéramos equivocarnos, nos parece que no pasará del punto á que llegó.

Gómez, Miguel *(Valdilecha).*—Matador de toros en novilladas, cuyos buenos deseos todos reconocen, pero cuyos adelantos no son visibles. O aprieta más estudiando, porque valor no le falta, ó se queda muy atrás en el arte. Conque á escoger.

Gómez, Jerónimo *(Currinche).* — Banderillero moderno, al que le falta práctica. Quiere y no es mal apañadito. Sabe entrar, pero se retrasa en la salida, y si no enmienda ese defecto puede costarle caro.

Gómez, José *(Silverio)*.—Este sevillano, que en su tierra no pudo crearse un nombre toreando, le adquirió hará una docena de años en la Habana matando toros. Era allí muy querido y considerado, y dicen que se portaba, si no como un maestro, al menos como un torero de regulares condiciones. De allí pasó á México.

Gómez, Antonio *(Boca-amarga)*.—Figura en carteles de la plaza de Regla de la Habana como picador de toros. Nadie en la Península nos ha dado razón de él, ni sabemos á dónde ha ido á parar después del año de 1884.

Gómez, Antonio *(El Horchatero)*.—Puntillero cuyo mérito no hemos podido apreciar. Pertenece á la cuadrilla de Reverte.

Gómez, Francisco *(El Cordobés)*.—Será una vergüenza para él, que este novel picador no siga el ejemplo de la gente de su tierra que más se ha distinguido á caballo, porque facultades no le faltan y tiene quien le enseñe.

Gómez, Justo.—Puntillero novel madrileño que todavía no se ha creado reputación.

González, José.—Picador de vara larga, bastante acreditado en Andalucía por los años de 1770, poco más ó menos, y compañero del célebre Juan de Amisas. En el año de 1770 ganaron él y su compañero Manuel Alonso, por picar cuarenta y ocho toros en cuatro corridas que se celebraron en Córdoba por mañana y tarde, *cinco* mil reales, *dos* caballos, manutención y vestido de casaquilla, sombrero y zapatos.

González, Sebastián Vicente.—A primeros de este siglo, y aun á fines del anterior, sonaba el nombre de este picador de toros al lado de los Alonsos y los Amisas.

González Juan.—Banderillero cordobés, hermano mayor del *Panchón*, que á fines del siglo anterior era de los más buscados en las cuadrillas.

González, Evaristo *(Almendro chico)*.—Hasta los gatos quieren zapatos. Mata toros en novilladas, con desahogo y valentía, pero con absoluta ignorancia, por no haberse sometido á hacer su aprendizaje en una cuadrilla formal. Harto hace con seguir los impulsos de su inteligencia, que va adquiriendo despacio con la práctica.

González, Francisco *(Panchón)*.—Nació en Córdoba este acreditado matador en el año de 1784, y á los doce años, en el de 1796, le llevó el gran Pedro Romero, por recomendación del vizconde de Sancho-Miranda, gran aficionado cordobés, á torear en la ciudad de Ronda; luego fué banderillero de José Romero hasta que éste se retiró del toreo, cuando su hermano Antonio murió en Granada en 5 de Mayo de 1802; continuó de banderillero en diferentes cuadrillas hasta el año de 1815, en que el espada sevillano Inclán le dió en Córdoba la alternativa de matador. Trabajó en Madrid por primera vez el 29 de Mayo de 1820 con Antonio Ruiz *(El Sombrerero)*, y luego, en los años de 1823 al 26, alternando con los mejores espadas de aquellos tiempos. En 1828, día 14 de Julio, estando matando el tercer toro de la tarde, fué embrocado de frente; pero aprovechando sus hercúleas fuerzas, apretó con sus manos el testuz del animal, y cuando éste dió el derrote, huyó el cuerpo con un quiebro, que le valió infinitos aplausos, y que Fernando VII le señalase después, de su bolsillo particular, una pensión vitalicia de cien ducados. En 1829 fué nombrado administrador de sales, y luego conductor de correos, de cuyo empleo fué declarado cesante en 1836, por lo cual volvió á trabajar en algunas plazas, pero no con la antigua aceptación, hasta que en 28 de Agosto de 1842 sufrió en Hinojosa una terrible cogida, de que por fin curó, aunque quedando su salud tan resentida, que falleció á los seis meses, ó sea el 8 de Marzo siguiente, en el pueblo que le vió nacer. Hablando de él un escritor notable, dice que «era un hombre dotado por la naturaleza de una estatura elevada, de un desarrollo muscular nada común, de unas fuerzas físicas envidiables, de una ligereza sin igual, de un corazón nacido para ver de cerca el peligro sin sobresaltarse, y de un carácter formal y pundonoroso.» Nosotros hemos oído decir que había en este torero más poder y fortuna que conocimiento de su arte.

González, Antonio *(El Confuso)*.—Perteneció á la cuadrilla del famoso *Curro Guillén*, de quien recibió lecciones; le patrocinó Juan León, y aunque en Andalucía no dejó de torear, no supo ó no quiso elevarse á la categoría de un buen espada. Creemos que no es la misma persona que el siguiente, porque confrontadas épocas tenía ya demasiada edad para alternar como matador por primera vez.

González, Antonio.—Espada que se presentó en Sevilla por primera vez el día de San Juan de 1842 y que en el toreo tampoco echó raices, ni adquirió crédito.

González, D. Mariano.—Uno de los caballeros que presentó el Ayuntamiento de Madrid para quebrar rejoncillos en las funciones reales de 1846, cuando las bodas de doña Isabel y doña Luisa Fernanda.

González, Joaquín *(El Madrileño.)*—Banderillero moderno que ha pasado á Méjico á hacer su aprendizaje. Veremos si vuelve con adelantos en su profesión.

González Manrique, D. Francisco.—Escritor público tan inteligente como modesto, que en muchas ocasiones, y desde el año 1850 en adelante, describió con castizo lenguaje y singular gracejo varias fiestas de toros, semblanzas, biografías, etc. Fué socio del Jardinillo, Sociedad tauromaca que existió en Madrid en 1850, de inolvidables recuerdos: partidario siempre del toreo verdad, fino y elegante, por lo cual fueron sus ídolos el *Chiclanero* y Cayetano. Murió en Madrid, de donde era natural, en 1867.

González, Manuel.—Era éste uno de esos picadores que, como reservas, son necesarios en todas las plazas para ayudar á los de tanda. Trabajó poco en Madrid, de donde era natural, y le protegió su tío Juan Pinto cuando se retiró del toreo. Alternó por primera vez en Madrid en 1831.

González, Manuel.— Un banderillero de este nombre figuraba á fines del siglo anterior en la cuadrilla de *Costillares*, compitiendo con el afamado Manuel Rodriguez Nona.

González, Basilio *(El Sastre).*—Hace años mataba este lidiador los toros de puntas en novilladas y en corridas de pueblos. Murió en Madrid en el Hospital de la Princesa el año 1864, pero de muerte natural.

González, Cosme.—Se distinguía este banderillero, entre los que empezaron cuando él, por su limpieza en el cuarteo, y lo bien que marcaba los tiempos, haciendo concebir esperanzas de que podría llegar adonde otros. Nació en Aranjuez, lo mismo que su hermano Antonio; su época ha pasado y ya no será más de lo que es hoy.

González, Antonio.—Dicen que es banderillero, y en carteles aparece como tal. Mejor que en éstos quisiéramos verle en el redondel para juzgarle, siquiera una media temporada, porque una ó dos corridas no son bastantes para apreciar el mérito con exactitud. Le hemos visto matar en novilladas algún día que otro, y se retiró á tiempo porque lo hacía muy mal. No sabemos si este torero es el que con ese nombre y apellido tomó en América el apodo de *Frasquito*, y falleció en México hace pocos años.

González, Pablo.—Hermano de los dos anteriores. Se ha dedicado á picador. Monta bien, pero se desmonta mejor, y esto no es bueno. Unase al jaco, y cuando caiga sepa caer. No ha hecho caso de este consejo y ha concluido por dejar el oficio. Obró cuerdamente.

González, D. Federico. — Apadrinado por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, fué caballero en plaza en la función real de toros de 26 de Enero de 1878. Demostró valor hasta la temeridad, remató un toro de un rejonazo, si bien degollándole, y fué gran lástima que por su impetuosidad fuese derribado del caballo en una ocasión, teniendo que tomar el olivo. Salvador Sánchez *(Frascuelo)* fué su padrino de campo. Traje morado y oro á la chamberga, época de Felipe IV. Falleció en Madrid á los diez meses de verificadas las corridas, sin haber obtenido del Gobierno ni del Municipio la más pequeña recompensa. Su entierro fué presidido por el concejal D. Ramón López Quiroga, que fué su padrino en aquellas fiestas, y el Ayuntamiento costeó los gastos de enfermedad y sepelio.

González, Francisco *(El Patatero).*—Ese afán, vicio, costumbre ó afición que domina en Madrid á ciertas clases de ser toreros para lucir el cuerpo por esas calles, ha llevado á este chico á querer ser banderillero, y ya ha conseguido presentarse en novilladas en la plaza de Madrid. No es cobarde, quiere, pero... ¿llegará?

González, Manuel.—Picador, natural de Utrera, que trabajaba medianamente allá por el año de 1830, con los Marchantes y otros caballistas de fama.

González, Manuel.—Otro picador de la época actual que pasa entre otros sin descollar por bueno ni por malo. Alternó en Madrid por primera vez en el año de 1890.

González, José *(Gonzalito)*.—Empieza ahora á correr toros y á poner banderillas. Tiene buenos deseos, pero ¡quién sabe si llegará á conseguir el fin que se propone, que es nada menos que ser un buen espada! La verdad es que de su madera salen, si van despacio y no lo quieren todo de pronto. El chico se atreve y aplica, midiendo bien los tiempos de entrar, llegar y salir, y con el capote brega bien, sin estorbar en el ruedo. Sólo le falta, mejor dicho, le sobra ese inmoderado uso que hace con la capa á dos manos para recortar y destroncar los toros; pero ya se ve, se ha criado en

una época en que se ensalza á los destroncadores y se aplauden sus fechorías, ¿qué tiene de particular que haga otro tanto?

González, Telesforo *(El Americano)*.—¿Es que ha estado en América, ó nació allí? No sabemos de él más que mata toros en novilladas desde hace poco tiempo, y *solo* completamente, es decir, sin que le acompañe el arte.

González, Francisco *(Faico)*.—Pasó de niño, y, hecho un hombre, se ha dedicado á matar toros en novilladas, con la soltura que una larga práctica en cuadrillas infantiles le ha dado con exceso. Dicho se está que, de tal orígen, es inutil pensar que ha de parar como debe y olvidar los continuados recortes y desplantes, que causan efecto aunque no tengan mérito, porque el aprendizaje á la edad de doce ó catorce años, más sirve para viciar que para aprender las reglas del arte. Hay que aprovechar la ausencia del miedo que ya se fué, para empezar á estudiar con conciencia,

olvidando resabios y corruptelas; y ya que la Naturaleza le ha adornado de buenas condiciones, utilícelas y será un matador que cubrirá un puesto regular. Por de pronto que olvide los cuarteos al arrancarse á herir.—Toreó en Madrid alternando con *Bejarano* en 3 de Marzo de 1894, sin formalidad de alternativa, en corrida fuera de abono y extraordinaria, de manera que solo el que quiera podrá reconocer su antigüedad, el que no, no está obligado en justicia.

González, Antonio *(Coriano)*.—Será de Coria este picador que empezó hace poco tiempo el oficio; pero si ha de llegar adonde llegó el que llevó su apodo, necesita apretarse la cintura, aprender mucho y tener un corazón tan grande como el de aquel buen torero.

González, Juan.—Nuevo banderillero, que no bien había empezado su carrera, falleció en Casti-

llejo, á consecuencia de una cornada, el 2 de Agosto de 1891.

González, Julia.—¿Pues no montaba á caballo esta niña de la Habana hace pocos años y quería picar becerros con vara larga? Y se hizo anunciar en carteles y salió al ruedo y... ni *se picó* ni *se corrió*.

González, Ramón.—Nació en Lisboa, pero es hijo de España. Sólo por oirle los apóstrofes y anatemas que en todas las corridas lanza contra los toreros en las plazas de Portugal, van las gentes á las corridas, porque las dice tan oportunamente y con tal gracia, que los toreros le tiemblan, viniendo á ser un *Chironi*, tipo que tuvimos en Madrid hace más de treinta años, para hacer entrar en caja á la torería. En 1890 se celebró allí una función á beneficio del caballero José Bento d'Araujo, y en ella se presentó González á picar de vara larga, á la española, demostrando valor y conocimiento de las reglas del toreo.

González, Enrique *(Loquillo)*.—No es tan loco que no sepa por dónde anda. Pone banderillas y corre toros, y quiere aprender. El tiempo puede allanar dificultades.

González, José *(Clavellino)*.—De este matador novillero, á quien no hemos visto torear, no se dice más sino que es muy valiente. Poco es para apodarse nada menos que *Clavellino*, que fué un gran picador.

González, Celso.—Torero mejicano que ha trabajado en la cuadrilla del renombrado matador de aquel país Ponciano Díaz.

González, Nicasio *(Talle alto)*.—No está calificado aún por la poca gente que en algunos pueblos le ha visto matar novillos. Es muy nuevo en el arte.

González, Manuel *(Recalcao)*.—Banderillero joven, aplicado, que no es ignorante y quiere trabajar, sin haber conseguido hasta ahora que en él se fije el público, ni los demás lidiadores. No hay peor cosa que pasar desapercibido, con que á estudiar y atreverse.

González, Francisco *(Chiquilí)*.—Banderillero de nueva creación que no se distingue por bueno ni por malo; verdad es que en poco tiempo de aprendizaje poco puede hacerse y tampoco puede juzgarle bien quien le ha visto una sola vez.

Gonzálves, Theodoro.—Es un banderillero portugués, de buena figura, que está demostrando grande afición, valentía y no escasos conocimientos. Cuartea muy bien y es de lo mejor que hay allí. Así se llega á lo alto; pero, ¿por qué no ampliar su arte con la práctica de otras suertes? Nació en Gollega el año de 1870.

Gonzálves, Carlos.—No sabemos si es pariente del anterior; pero sí que no llega á donde aquél, ni con mucho. Es poco conocido.

Gonzálves Peixinho, José.—Otro tanto decimos de este banderillero portugués, que parece nació en la bonita villa de Almada en 6 de Septiembre de 1863.

Gor ó Gox, Vicente.—Picador que tiene voluntad y trabaja en novilladas y como reserva. Después de las funciones reales de 1878, éste y otros compañeros han querido probar que pueden ponerse rejoncillos á los toros de puntas á caballo levantado, ó sea como lo hacen los portugueses á los embolados; pero él y los demás se habrán convencido, en primer lugar, de que los rejones así puestos no matan la res ni surten en ella más efecto que una banderilla, porque forzosamente tiene que entrar poco palo; y en segundo lugar, que con un toro bueno de cinco años y de casta, de cada tres veces, dos ha de ser enganchado el caballo, porque como la suerte no es otra que la de colocar banderillas al cuarteo, cuando esto se hace á pie es fácil cuadrar y quebrar; pero á caballo, por ligero que éste sea y diestro el jinete, no es posible siempre. En fin, con un toro de pocas facultades, pase, sobre todo si los jacos son amaestrados; pero con malos pencos...

Gordón, José *(Gordito)*.—Si se aplica, si olvida resabios aprendidos demasiado pronto, puede que sea algo este matador novillero, porque tiene valor, pero nada más hasta ahora. Nació en Córdoba el 17 de Octubre de 1868, y es hijo de José y de Paula Pino, que sólo pudieron hacerle estudiar hasta el tercer año del bachillerato. Parece que el chico se inclina más al toreo verdad que al

de mojiganga; pero el mal ejemplo hará tal vez que olvide lo bueno, y será lástima, porque va

adelantando con fe y entusiasmo.

Gorrete.—Toro de Miura lidiado en Málaga el día 31 de Agosto de 1887. Dió al picador *Badila* tan fuerte golpe contra las tablas, que le causó una gran conmoción; volteó dos veces al *Espartero*; hirió en un brazo á Juan Molina; dió un varetazo á *Lagartijo*; una cornada en una mano al *Torerito*; volteó al picador *Agujetas* y derribó á *Manene* y á Mazzantini.

Gorrón, Pedro.—Picador varilarguero de buen nombre, que era muy apreciado por su trabajo en el último tercio del siglo anterior. Fué compañero del notable Juan Díaz.

Govar D. Joaquín.—Caballero valenciano que rejoneó en las corridas reales celebradas en Madrid el 18 de Septiembre de 1789, cuando subió al trono el rey Carlos IV.

Goya y Lucientes D. Francisco.—Una de nuestras glorias nacionales en la pintura y el mejor aficionado á toros que hubo en su tiempo. Nació en Fuentes de Todo (1) en 1756, y abandonó su pueblo en 1774, á consecuencia de una reyerta en que murieron tres hombres, viniéndose á la corte, donde alternó desde luego con personas de valimiento, sin dejar por eso de estudiar los tipos de la gente del pueblo, que llegó á adorarle con entusiasmo. Parece que en Madrid también, y en el bullicioso barrio de Lavapiés, tuvo otra riña, en la que le causaron una herida, y cuando curó decidió marchar á Roma á perfeccionarse en su arte. Carecía de recursos para verificarlo y su altivez le impedía pedir apoyo á personajes que indudablemente hubieran tenido gran placer en dárselo; pero como su voluntad era tan potente y decidida, se unió á una cuadrilla de toreros que iba recorriendo diferentes pueblos, y con el producto que le dió el toreo llevó á efecto su proyectado y ansiado viaje. A su vuelta contrajo matrimonio con la hermana del notable pintor Bayeu; fué nombrado pintor ordinario de palacio; le distinguió mucho el favorito D. Manuel Godoy, después José Bonaparte, y últimamente el rey D. Fernando VII. Entre sus notables obras de arte, dejó publicadas seis láminas de corridas antiguas, y otra no menos preciosa colección de treinta y tres láminas grabadas al agua fuerte, que se denomina *La Tauromaquia*, y que son una verdadera historia

animada de los lances del toreo desde los primitivos tiempos en que se conoció dicha afición. Decir que la colocación de las reses y toreros ó lidiadores en ellas indicados está exactamente arreglada á la verdad que el arte exige, parece completamente inútil y superfluo, tratándose de un genio

(1) No hemos encontrado este pueblo en el nomenclator moderno.

en la pintura y de un artista práctico en la lidia, que ejecutaba y veía ejecutar muy de cerca las suertes que fielmente representaba. Enfermo de la vista y falto del oído, cuyo defecto siempre tuvo, falleció en país extranjero en el año de 1828, dejando un nombre de imperecedero recuerdo.

Graca, Vizconde da.—Como gran aficionado en el vecino reino de Portugal, empezó á poner banderillas con soltura en 1861; poco después rejoneó á caballo perfectamente; manejó bien el capote, sabiendo lo que hacía, y veía llegar los toros como pocos, en términos de que ha dado con facilidad el famoso cambio en rodillas. Dueño de una gran fortuna se ha retirado á disfrutarla en calma, hace ya tiempo.

Grada.—«La que hay en los teatros y en las plazas de toros á los lados ó debajo de los aposentos.» Esto dice la Academia, y nosotros que no estamos conformes con dicha definición, porque ya no se conocen los palcos por aposentos en las plazas de toros y no hemos conocido en los teatros ninguna localidad con el nombre de grada, decimos refiriéndonos sólo á las plazas de toros, que es «la localidad cubierta y situada en la parte superior del tendido, haya ó no palcos encima: las de igual forma al lado de éstos llámanse andanadas, ó palcos por asientos.»

Granda, Domingo *(El Francés).*—Este picador lo ha sido por el continuo trato que tuvo con los toreros. Tomaba el oficio y lo dejaba cuando lo tenía por conveniente, y eso que sabía que el público de Madrid gustaba de verle en el redondel. Era bravo hasta la temeridad, y duro como el que más. Así le teníamos calificado antes de que ocurriera su fallecimiento en la corte en 29 de Julio de 1878, á consecuencia de una greve enfermedad, durante la cual, y después al acto de su entierro, un crecido número de aficionados y todos los toreros que había en Madrid demostraron al que fué su paisano y notable picador las universales simpatías que por su trabajo y voluntad había sabido captarse desde el año de 1866, en que por primera vez se presentó en esta capital alternando en corridas formales.

Grande, D. Manuel.—Hombre simpático era este aficionado sevillano. Trabajó diversas veces en la plaza improvisada en el picadero de San Vicente de la ciudad de Sevilla, adquiriendo conocimientos de tantos y tan buenos toreros como allí ha habido. Hallándose de guarnición en Málaga en 1864 el regimiento del Rey, del cual era alférez abanderado, formó con D. Ignacio Junquitu y Galwey y otros la sociedad taurómaca denominada «La Primitiva» cuando surgió otra llamada «La Verdad.» Grande era muy ágil y su toreo estaba basado principalmente en esta cualidad, capeaba, ponía rehiletes y mataba, llevándose al público de calle. Buen aficionado práctico y mejor teórico, habla y discute admirablemente.

Hoy es teniente coronel y reside en Sevilla, donde está muy apreciado. Es cuñado del buen banderillero Manuel Antolín Manzano y de los hermanos de éste Salvador y José, á quienes hizo toreros con sus consejos y teorías.

Grané, D. Isidro.—Fué caballero en plaza en las corridas llamadas reales, verificadas en Madrid el año de 1880 cuando las segundas bodas del rey D. Alfonso XII. Tomó afición con ese motivo á la lidia de reses bravas, y de la noche á la mañana practicó el arte en becerradas, tientas y capeas de

pueblo, en términos de que se ha hecho un matador de toros en novilladas, bastante regular, pero muy atropellado, y por consiguiente, poco reflexivo. Nació en Madrid el 4 de Abril de 1859. Contrajo matrimonio en 7 de Septiembre de 1881 con la señorita doña Micaela Camacho y Sierra, hija del acomodado maestro de obras del mismo apellido. Grané es un joven modesto, simpático y de excelentes condiciones morales.

Granja, Francisco *(Carita)*.—Novillero, jefe de cuadrilla, más conocido en pueblos de tercer orden y en algunas plazas de Francia, que en las principales de España. Nada se sabe acerca de su mérito y demás condiciones.

Greco, Serafín.—Su familiaridad, si así puede decirse, con los toros siendo mozo de corrales en la plaza de Barcelona, le hizo tomar afición al arte de torear, y después de algunos ensayos, marchó á la América y allí figuraba ya con cierto nombre como banderillero en la cuadrilla de Tomás Parrondo. Al volver éste á España parece que le ha acompañado Greco.

Gregoriana.—La armadura de hierro que cubre la pierna derecha del picador, debajo del calzón de ante, para librarse de las cornadas. Llámase así porque fué inventada por el célebre caballero aficionado D. Gregorio Gallo, quien la dió el nombre de *espinillera*, lo cual nos hace creer que en un principio cubriría sólo la parte inferior de la primera, y aumentada después á la salvaguardia de toda, es la que hoy llaman *mona* nuestros picadores.

Greñudo.—Véase Meleno.

Grosso, D. Manuel.—Este distinguido poeta es, sin duda, uno de los mejores aficionados andaluces y de cuantos se dedican á escribir revistas de toros en aquella comarca.

Prueban ambas cosas las excelentes revistas que de las corridas de Cádiz y los Puertos ha publicado en *La Dinastía*, diario de Cádiz, con el seudónimo *Cosquillas*.

Guarino, Bartolomé. — Matador de novillos donde le llaman, que no es en muchas plazas. Se maneja con soltura y valor y lo demás lo pone la Providencia.

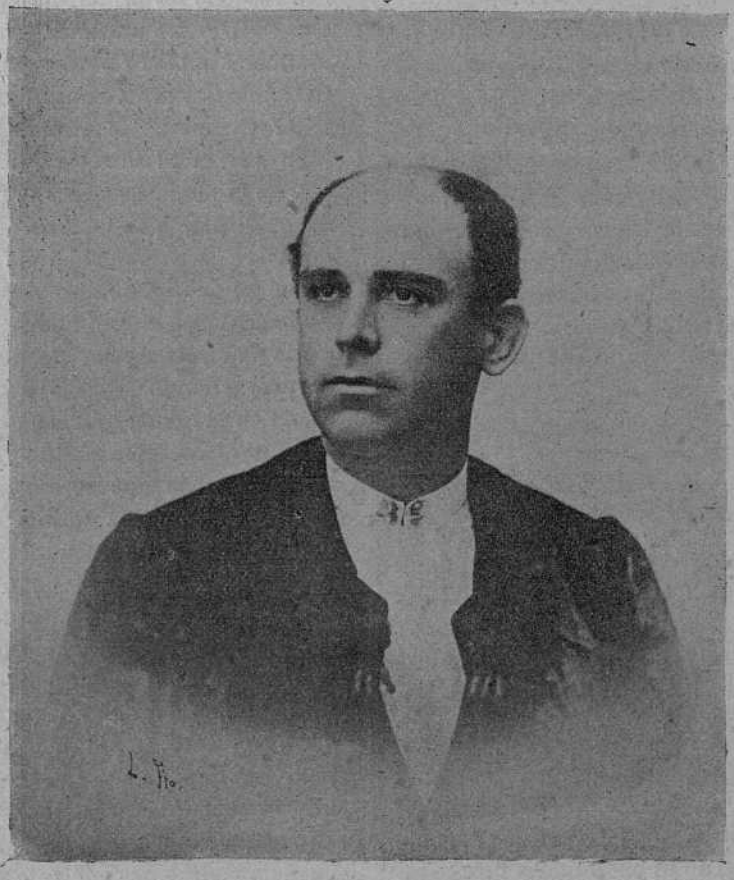
Guareño.—Toro de la ganadería de D. José Antonio Adalid, divisa encarnada, blanca y caña, buen trapío, negro listón, que en Jerez, el 15 de Agosto de 1857, tomó veintisiete varas, mató doce caballos, y murió desangrado entre éstos, honrando su casta.

Guedes Coello, Miguel.—Ni puede decirse que es malo, ni tampoco que es bueno este mozo de forcado portugués, á quien la afición le ha llevado más allá de lo que le conviene.

Guerra, Rafael *(Guerrita)*.—Nació en la ciudad de Córdoba el 6 de Marzo de 1862, y fué bautizado el día 8 en la iglesia de Santa María de Aguas Santas, asistiendo al acto como testigo el desgraciado matador de toros José Rodríguez *(Pepete)*.

Su genio inquieto era muy apropósito para la lidia de reses bravas, así que, desde bien pequeño, burlaba la vigilancia de sus padres para asistir al matadero, donde con otros, se metía á sortear las vacas y bueyes que estaban destinados al consumo público. No tenía aún catorce años cuando, persistiendo en su afición, ingresó en la cuadrilla de niños cordobeses que dirigía Francisco Rodríguez (*Caniqui*), ya retirado del servicio activo, y en ella recorrió las principales plazas de Andalucía. En 1881 entró á formar parte de la cuadrilla de Manuel Fuentes (*Bocanegra*), toreando en Granada, Linares y otros puntos; y habiéndole visto trabajar en Bilbao el entendido Fernando Gómez (*El Gallo*) el 14 de Agosto de 1882, comprendió lo que de él podía sacarse y le ofreció un puesto en su cuadrilla, que Guerra aceptó, y en su consecuencia pisó el redondel de Madrid por primera vez el 24 de Septiembre del mismo año, poniendo banderillas al toro llamado *Picado*, de la ganadería de D. Anastasio Martín. Entonces *Guerrita* empezó «dando guerra» á cuantos banderilleros había en la arena, muchos de los cuales habíanse dormido sobre sus laureles, y demostró valor, buena vista y más que serenidad, irreflexión. Luego atemperó algo esta última cualidad y ganó mucho como peón de lidia, incansable, si bien con el defecto de no pararse y de meterse en todo á tontas y á locas. Como la gratitud no ha sido siempre la virtud que más ha adornado á la gente de coleta, *Guerrita* hizo lo que otros muchos, olvidó á Fernando, que le dió á conocer, y se fué con *Lagartijo* en 1885. ¿Qué sucedió, qué razones hubo para esa despedida? ¿Tan malas eran las lecciones que recibía, que precisaba sustituirlas por otras? ¿No saltaba á la vista que tal ejemplo de inconsecuencia podría más adelante repetirse? Ello es que con asombro de los aficionados ingresó entre la gente de *Lagartijo*, aliviando á éste de mucho trabajo y de los muchos cuidados y atenciones que exige el cargo de primer espada; y que pasados un par de años, en la tarde del 29 de Septiembre de 1887, tomó en Madrid la alternativa de matador de toros de manos de Rafael Molina, estoqueando el toro llamado *Arrecío*, de la ganadería de Gallardo, demostrando siempre grandes deseos, facultades prodigiosas y recursos abundantes. Siguió nuestro hombre cosechando aplausos en todas las plazas de España en que se presentó; la fortuna, que había empezado á sonreirle, se le declaró abiertamente, y dueño ya de un caudal más que regular, pensó en... lo que piensan á su edad

los hombres y las mujeres. Contrajo matrimonio en Córdoba con la preciosa joven doña Dolores Sánchez, hija de D. José y de doña Dolores Molina, y excusado es decir que la ceremonia se verificó con gran solemnidad y lujo en presencia de personas de todas clases, y con la concurrencia de mucha gente aristocrática y distinguida el día 17 de Enero de 1889, á las ocho de la noche, siendo padrinos D. Juan Aguilar y Martel y doña Tránsito Guerra, y testigos D. Julio Aumente, Miguel Almendro y Rafael Rodríguez *(Mojino)*, y bendiciendo esta unión el joven sacerdote don Antonio J. Bravo



Todo marchaba á pedir de boca en la carrera profesional de *Guerrita*, salvas algunas cogidas de poca consideración, aumentando de día en día sus prosélitos, entre los que se señalaban muy especialmente los numerosos amigos de *Lagartijo*, que no escaseaban sus plácemes encomiásticos, como si considerasen una sola persona, una sola entidad, á los dos matadores, que tan unidos aparecían. Los gritos de ¡viva Córdoba! dirigíanse á uno y otro del mismo modo, de tal manera que tributados á *Lagartijo* repercutían en *Guerrita*, y dirigidos á éste aceptábalos aquél como propios. Por eso aquella voz, nunca oida en Madrid hasta que Guerra empezó á brillar, y se extendió luego á todos los banderilleros cordobeses, fué dada al país que tales toreros producía, no á determinado individuo, llegando los periódicos amigos hasta el punto de designar á *Guerrita*, dándole el nombre de Rafael II, como heredero inmediato del gran califa Rafael I. Pero esta dinastía, como todas las que no se asientan sobre firme, fué harto deleznable y pasajera; encargáronse de destruirla los mismos que la establecieron, y el califa, el príncipe y los demás individuos de la familia, salieron por donde pudieron, formaron distintos bandos é hiciéronse cruda guerra, perjudicándose *Lagartijo* con no tener á su devoción hombre que tanto le ayudaba en sus faenas, y no saliendo mejor librado *Guerrita*, á quien los partidarios de aquél no se contentaron con desdeñarle, si que también le zahirieron y criticaron. Los mismos que habían aplaudido años antes la conducta del muchacho para con Fernando Gómez, los que no vieron entonces ingratitud de ninguna clase, quejáronse después de la inconsecuencia, sin reparar en la propia, y en la plaza de Madrid las glorias de *Guerrita* se quisieron olvidar y se le escatimaron los aplausos, tributándoselos á todos menos á él. Aquellos que despreciaron las censuras que desde el primer día venían haciéndole otros para que mejorase las suertes parando, cayeron luego en la cuenta de que eran muy atinadas para derrumbarle; y gracias á las portentosas facultades del muchacho, á su inquebrantable voluntad, al mérito de algunas suertes por él practicadas, sostuvo su puesto en la temporada de 1891, con aplauso del público imparcial, que no veía en su modo de trabajar diferencia alguna con el que usó en años anteriores. A pulso tuvo que sacar los aplausos y á pulso los consiguió, pero formó resolución de no contratarse en Madrid para 1892, sin duda para dar tiempo á que las pasiones se calmasen, ó suponiendo que se le había de echar de menos.

Un paréntesis para anotar una singular coincidencia. Sabido es, y en Madrid no se olvidará nunca á los que lo vieron, que cuando el 27 de Octubre de 1867 tomó la alternativa de matador de toros, el entonces inquieto, luego admirable y

y siempre valiente Salvador Sánchez *(Frascuelo)*, el primer toro á quien dió la muerte, le enganchó y le derribó, sin causarle lesión alguna; pues bien, otro tanto le sucedió á *Guerrita*, también con su primer toro, que le cogió y derribó, salvándose de una cornada por milagro.

Continuó Rafael toreando con gran aceptación en las provincias españolas y en Portugal; las pasiones fuéronse calmando, y ya los lagartijistas no extremaban contra Guerra las manifestaciones de su animadversión. Díjose que esto obedecía á que los dos Rafaeles habían hecho las paces en sus rencillas particulares, pero no era lógico suponer que á todo el público trascendiesen ni le importasen asuntos personales que para nada se rozaban con el arte del toreo; no era esa, pues, la causa de la reconciliación á que muchos se inclinaron en pró de *Guerrita*, si no el trabajo brillante de éste, que les arrancaba los aplausos, como antes hemos dicho, *á pulso*, y mayor y *muy principalmente*, á que algunos escritores que le habían desdeñado «volvieran la casaca», y empezaran a enaltecerle más y mejor que en sus más aplaudidos tiempos. Se arrepintieron de su mal proceder anterior, é hicieron bien, que á los arrepentidos quiere Dios.

Volvió el diestro á la plaza de Madrid en 1894 entre las aclamaciones de sus partidarios y el aprecio de los imparciales, toreando con fortuna en las primeras corridas de la primera temporada.

Ocurrió el 27 de Mayo de 1894 en la plaza de Madrid el fatal accidente de la muerte de Manuel García *(El Espartero)*; antes de quince días se retiraba definitivamente del toreo *Currito* Arjona, de cuarenta y nueve años de edad; antes de los cuarenta días anunció Guerra, á la edad de treinta y dos años, su resolución de abandonar el teatro de sus triunfos, precisamente cuando mayores y más unánimes eran éstos. ¿A qué obedecieron esas determinaciones? En el primero pueden tenerse en cuenta sus años y su natural indolencia; en el segundo no cabe otra explicación que la de haber oído, con amoroso cariño, la voz de su familia que constantemente le gritaba anunciándole sus temores de que tuviese un fin desastroso como el del pobre Manuel.

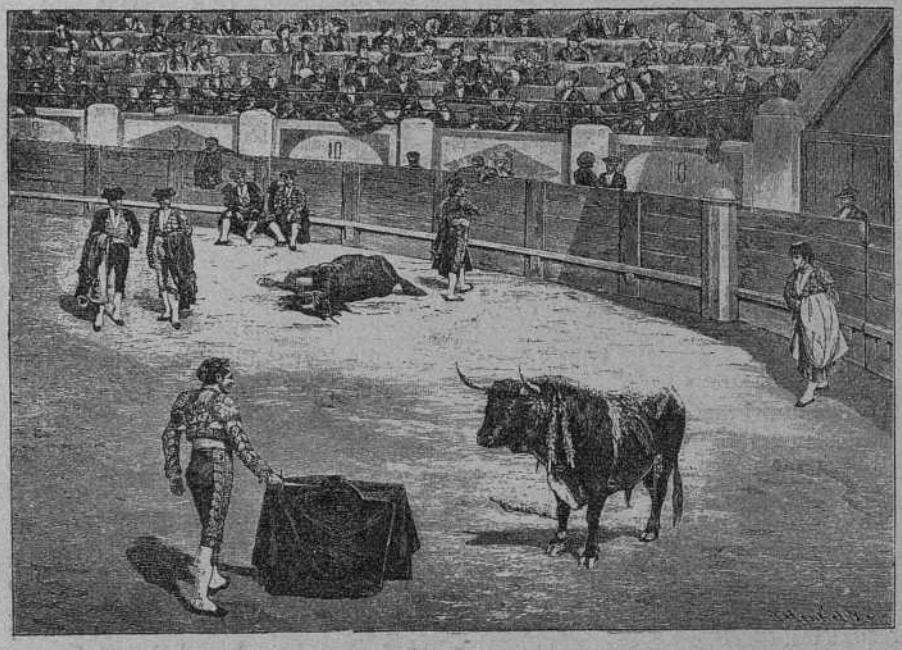
Era de oir el clamoreo de ciertos aficionados cuando entonces decían:

Joven, en la plenitud de sus facultades, prefería los goces del hogar doméstico al estruendo de las aclamaciones; las comodidades de una vida sedentaria, á la gloria que la fama había de concederle en su arte. En éste, queriendo ir adelante, hubiera llegado antes de cuatro años á ser una celebridad tan grande como las de Montes y el *Chiclanero*, y por su gusto iba á quedar en la historia por bajo de *Curro Cúchares*, que era un maestro; porque á Guerra, que practicaba ya casi todas las suertes del toreo, faltábale perfeccionarlas y aprender otras, como las navarras, el galleo y algunas más, que para él hubieran sido fáciles, dada su afición al jugueteo con las reses, que es en lo que más descolló. Había llegado al pie del último tramo que conduce al templo de la inmortalidad, y á poco esfuerzo podía atreverse á subir los últimos escalones; el arte perdía con él un buen paladín, que, cuando menos, podía sospecharse era ingrato á los que tanto le levantaron, suponiéndole más ansioso de eterno renombre que del becerro de oro y de la vida descansada, puesto que en cuanto aseguró una buena fortuna se le acabaron los entusiasmos.

Estos y otros más agrios comentarios hicieron los aficionados de todos los partidos, inclusos los de sus más adictos, al tener noticia del telegrama que dirigió Guerra á *El Imparcial*, confirmando la verdad del anuncio de su retirada del toreo; pero el hombre, pensándolo mejor, ó accediendo á ruegos tal vez de personas influyentes, volvió á torear, no en Madrid, sino en provincias; por cierto que preguntándole en Salamanca cuándo toreaba en la corte, contestó sin reflexionar: «en Madrid que toree San Isidro». Quiso desvirtuar en un comunicado esa despreciativa frase, pero no lo consiguió, porque la verdad, aunque traten de ocultarla, brilla siempre, triunfando de la mentira. Quejáronse de esto y de otros malos comportamientos posteriores los aficionados de la capital de España, que son á quienes debe *Guerrita* su fama y renombre; salieron, no á defenderle, sino á ofender á los que como ellos no pensaban, unos cuantos amigos belicosos é irreflexivos, entabláronse polémicas agrias, rompiéronse amistades; lo que para unos era malo y digno de censura, aplaudíanlo á rabiar los otros; y todo sin saber por qué, sin fundamento racional, que hubiera podido buscar el diestro dos años antes, cuando le negaban sus aplausos sus nuevos secuaces; pero no precisamente en la época en que más se le prodigaron. Tal vez con esos extremos han querido borrar las huellas de errores anteriores, ó han creído que gritando, *bombeando* y haciendo aspavientos se difundía más extensamente la fama del lidiador. Sea como quiera, al espectador que paga su dinero por ver las fiestas de toros deben tenerle sin cuidado esos *tiquis miquis* de fuera de la plaza y atenerse únicamente al valor y mérito que demuestren dentro del redondel los lidiadores. De los defectos, vicios ó virtudes que éstos puedan tener como particulares, hay que hacer abstracción al juzgarlos, si no se mezclan directamente con lo que al toreo pertenece.

Dicen que es desagradecido, informal, avaro, soberbio y no sabemos cuántas cosas más, que no nos importan, aunque de ser ciertas estaría en su

lugar la frase de: «En *Guerrita*, el hombre mata al torero», que leímos no sabemos dónde, há más de un año; que no quiere torear en Madrid porque se le exige, como á todos, que se estreche más con los toros y no sean éstos de corta edad y sin armadura y otra porción de cargos, á los cuales no hay mejor contestación, para convencer á cualquiera de lo injustos que son sus panegiristas, que la de decir que en Madrid nunca se le ha silbado por ninguna de esas causas, que, después, de todo, no significan exigencias impertinentes; y todavía añaden, sin reflexionarlo bien sus allegadizos, que, teniendo, como tiene, un caudal de dos millones de pesetas, no debe exponerse á cogidas, pudiendo salir del paso muy bien, sin afinar tanto las suertes. Bien dicen que un amigo oficioso hace más daño que un enemigo; aunque quiera suponerse que *Guerrita*, con sus veleidades, haya dado pretexto á la crítica, hay que rebajar mucho de cuanto contra él y en pro suyo se ha dicho, dice y se dirá, si es que el que le juzgue quiere ser imparcial y exento de toda pasión.



He aquí su semblanza, mírela bien la gente aficionada:

Obsérvele atentamente cuando le vea pisar el redondel y encontrará en él un hombre bien formado, más bien alto que bajo, airoso, aunque no elegante ni presumido, y que demuestra al andar, con segura planta, su firmeza y potente musculatura; repare que no cesa de trabajar y capea y hace quites, flamea el capote y corre los toros y los pára y colea, si es preciso, si no siempre con arte, con gracia; advierta que con los palos en la mano todos los terrenos son buenos para él, en todos se halla bien, y por arrancar un aplauso se pasará ante la cara de la res sin clavarlos, faltando á las prescripciones taurinas, pero produciendo *efectos*; atienda el buen aficionado que rara vez se va al toro con la muleta cuadrada con la cadera izquierda, sino abierta y con la derecha, dando, por lo general, buenos y completos pases; que se apodera con inteligencia de los toros, apartándolos de las querencias y de los tableros á fuerza de manejar, para este fin, admirablemente el trapo; que mata arrancando con demasiada presteza, sin liar la muleta y tapando con ella la cara del animal, por cuyo motivo sale de la suerte apartándose él, en vez de separar al toro guiándole con la muleta; que descabella bien y cumple superabundantemente su obligación, por más que como director de lidia deje mucho que desear.

Ese es Rafael Guerra, juzgado con imparcialidad y buena fe.

Ni merece que sus partidarios le llamen á cada paso gran fenómeno, monstruo colosal y otras zarandajas por el estilo de que usan y abusan los que tienen más amor á la persona que al arte del toreo, ni es acreedor tampoco á que un día y otro sus contrarios digan con menosprecio, que no ha olvidado la brega que se aprende en las cuadrillas de niños de torear «fuera de cacho», que arranca á herir de sopetón ó por sorpresa casi siempre, y que alguna vez que intentó la suerte de recibir lo hizo de una manera lamentable.

Si unos y otros dieran oídos á la razón, si pudieran prescindir de afecciones personales y de ri-

díciulas comparaciones, habrían de conformarse con el retrato que dejamos hecho, reconociendo que, lejos de adelantar, desde que murió el desgraciado Manuel García *(El Espartero)* se ha estacionado y hecho un alto en su carrera, sin el cual Dios sabe hasta dónde hubiera subido.

No ha llegado. ¿Es porque sus amigos le han ofuscado el entendimiento hasta el punto de hacerle creer que en su persona se ha encarnado el *summum* de la perfección? O ¿es porque está, en su fuero interno, cerciorado de que su ánimo no le permite ir más allá?

Por lo demás, este buen torero tiene genialidades que se compaginan mal con el que vive del favor del público, y de ello ha dado pruebas evidentes. No puede negarse, y el que tal haga será capaz de negar también que *Guerrita* es un hombre de intachable conducta, amante esposo y cariñosísimo padre.

Negar uno solo de ambos extremos, es faltar á la imparcialidad que debe tener todo hombre como juez de sus acciones.

Guerra, Antonio.—Banderillero cordobés, atrevido y con facultades. Como la mayor parte de los

de aquella tierra bulle sin cesar y no siempre está oportuno; parea regularmente y adelanta con ánimo resuelto. Es hermano de *Guerrita*, que le incorporó á su cuadrilla hace tres años: se le ve formal, deseando agradar y aprender, y lo conseguirá que de buena casta viene.

Guerra, Jerónimo.—Picador de poco nombre, natural de Madrid, donde lucía sus bien escasas habilidades á principios de siglo á las órdenes de Juan León.

Guerra, Leandro.—Es un buen puntillero, que aspira á poner banderillas, y las clava, pero sin arte. Si se aplica, puede ser algo como inteligente, más que como práctico. Nació en Madrid el 13 de Marzo de 1846, viviendo sus padres en el barrio de las Vistillas, que está muy próximo al de Toledo, y después de la primera enseñanza se dedicó al oficio de matarife, al lado de su padre. A los dieciocho años empezó en la plaza de Madrid á torear, y siguió haciéndolo media docena de años, hasta que en 1870 se casó y dejó de verificarlo; pero ajustado en 1875 por la empresa de Madrid, ha sido puntillero y banderillero, sirviendo últimamente en la cuadrilla del matador de toros Francisco Arjona Reyes *(Currito)*. Es decente en su trato y consecuente con sus amigos. No se le ve ya en las lides taurinas.

Guerrero, Enrique.—Picador, natural de Jerez de la Frontera, á quien el espada Juan Conde ocupaba para torear á su lado alternando en provincias. Acerca de su mérito no hay otras noticias sino que en carteles le llamaban valiente y arrojado, y figuró en primera línea allá por los años de 1796 y 1797.

Guerrero, José *(Zoca)*.—Este *Zoca* vale menos que el otro *Zoca*, llamado Eugenio López, y eso que, como decimos en el lugar correspondiente, este último no es un banderillero de primer orden, aunque sí muy aceptable. José también va adelantado, aunque más despacio de lo que le conviene.

Guerrero y Román, Antonio *(Guerrerito)*.—Es un aventajado matador de novillos que realmente su aprendizaje le hizo en el Brasil, donde toreó en 1893, después de obtener la licencia absoluta en el ejército. Desde 1895 ha toreado en diversas plazas andaluzas con bastante aceptación,

y en Madrid ha demostrado que es valiente, sereno y aplicado, aunque le falta mucho que apren-

der. Nació en el barrio de San Bernardo de Sevilla el 7 de Octubre de 1871.

Guijarro, Gabriel *(Gallo).*—Si entendiera tanto como deseos tiene, podría esperarse de él un buen banderillero, dentro de algún tiempo.

Guillén, Ramón *(El Diablo).*—Era un regular puntillero que, cuando hacía falta, metía un capote y cogía los palos, á fin de completar una cuadrilla. No debía pararse ahí, pero le sorprendió la muerte en el mes de Abril de 1894 habitando en Madrid.

Guindaleta.—Véase CINTERO.

Guisado, Antonio *(Berrinche).*—Buen picador, de inteligencia en las condiciones de las reses y en la lidia que cada una requería. Trabajó alrededor de 1840, y los verdaderos aficionados estimaban en mucho su mérito, aunque algunos dicen le faltaba brazo. No tenía nada de particular esa circunstancia porque llevaba en esa época más de dieciseis años de ejercicio, puesto que en 28 de Octubre de 1824 empezó en Sevilla, alternando con Antoñín.

Gutiérrez, D. Juan José.—Caballero en plaza natural de Málaga, que trabajó en las célebres corridas reales de 1789 cuando la competencia de Pedro Romero y *Pepe Illo*. Le apadrinó en el coso el primero de dichos diestros.

Gutiérrez, José.—Banderillero cordobés que lució allá por los últimos años del pasado siglo, con buena fama.

Gutiérrez, Juan *(El Montañés).*—Natural de Madrid y notable picador de toros por los años de 1836 en adelante. No era bonito á caballo, pero se tenía muy bien y sabía echarse los toros por delante como pocos lo han verificado. Había aquello del pasito atrás... que enseñó Antonio Sánchez. Duró pocos años para el arte, y no debe confundírsele con Juan Montañés, aunque en el mismo año, que debió ser el referido ó lo más el siguiente, empezaron su carrera.

Gutiérrez, Juan.—Trabajaba en clase de banderillero hace treinta y cinco años con la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz. No echó raíces en el toreo.

Gutiérrez, Francisco *(El Chuchi).*—Era un picador de primera tanda, brusco, y en muchas ocasiones mal intencionado con las reses. Sabía castigar, y era pundonoroso y bravo sin afectación: mientras estuvo en el pleno uso de sus facultades, fué buscado por los buenos espadas, que comprendían bien lo conveniente que es que un toro vaya con la cabeza arreglada para la muerte. No era bonito, pero sí de buena estatura, buen cuerpo y mejor brazo derecho que izquierdo. Siempre al lado de *Frascuelo*, por quien sentía atracción irresistible, convertida en cariñosa admiración; dejó de trabajar cuando su famoso jefe de cuadrilla se retiró, en 1890. Había empezado antes de 1871.

Gutiérrez, Manuel *(Melones).*—No es este picador notabilidad en su profesión, pero llena su

hueco según le da Dios á entender. Es bravo y duro, y cuando quiere ó se le proporciona, no descompone el cuadro con mejor pareja. Tiene poca alegría, que á tener más, con la decisión que á veces toma los toros, arrancaría muchas palmas. Alternó en Sevilla por primera vez en 27 de Mayo de 1880, si no estamos equivocados, pero ya era conocido en otras plazas.

Gutiérrez, Sebastián.—En 1763 trabajó en Sevilla como picador de toros de vara larga el día 2 Mayo, según consta de un cartel rarísimo que posee el ilustrado doctor Thebussem. En otros no menos raros del 30 de Abril del mismo año, que posee el inteligente aficionado anticuario de Málaga D. Aurelio Ramírez Bernal, consta que este picador mató toros con garrocha. Debía ser esta con hierro largo cortante y punzante como el garrochón, porque si no...

Gutiérrez, Manuel.—Hubo un picador de este nombre que trabajó en Sevilla por primera vez en 22 de Febrero de 1830.

Gutiérrez y Márquez, Fernando *(El Niño)*. —Más que como torero debiera considerársele como aficionado, puesto que ha trabajado poco y ya no es joven. Nació en Sevilla el 3 de Enero de 1841, siendo hijo de D. Fernando, empleado que fué en aquella Diputación provincial, y de doña Carmen; tomó parte en algunas novilladas y sentó plaza con otros tres hermanos en el regimiento infantería de León, cuando se hizo la guerra de Africa, luchando por España. Al obtener su licencia fué empleado en ferrocarriles, y en una corrida que á beneficio de la Asociación de socorros mutuos de los mismos se verificó el 5 de Agosto de 1868, trabajó con buen éxito, recobrando su antigua afición y ejercitándose en el arte; toreó varias veces en la plaza de los Campos Elíseos, abandonando su empleo, hasta que el 12 de Septiembre de 1869 fué gravemente herido en Valdepeñas por un toro de Maldonado, llamado *Bocanegra*. Nombrado administrador de la ambulancia de Correos de Sevilla á Cádiz, dejó á los diecisiete meses el nuevo destino y trabajó en Sevilla el año 1871 con el *Barrero* y el *Gallito chico*, y cortándose de nuevo la coleta, obtuvo el cargo de inspector de contabilidad de una empresa de ferrocarriles, que sirvió más de doce años. De nuevo abrazó la profesión de torero, y en una novillada celebrada en Madrid el 23 de Marzo de 1884 ha trabajado como espada, mereciendo de un acreditado periódico taurino la siguiente calificación: «El nuevo espada es valiente, se acerca y se le conoce que ha visto torear bien y como ya no se torea; pero no consigue practicar lo que ha visto y lo que sabe quizá.» Es de buena estatura y bien parecido.

A lo dicho hay que añadir que hace lo menos diez años se ha eclipsado su figura. ¿Estará desempeñando algún nuevo empleo? Todo pudiera ser.

Guzmán, Manuel.—Trabajó en Madrid por primera vez en 1799 á las órdenes de *Pepe Illo*. Dicen que fué un buen picador, émulo de Sebastián Rueda.

Guzmán, Manuel.—Banderillero sevillano muy notable, que á invitación de su compañero Bustamente picó novillos en Sevilla en 1845.

La costumbre de *cambiar los papeles*, en algunas corridas, los picadores con los banderilleros y los espadas con aquéllos, viene de muy antiguo y serán muy pocos los que de ella no hayan usado.

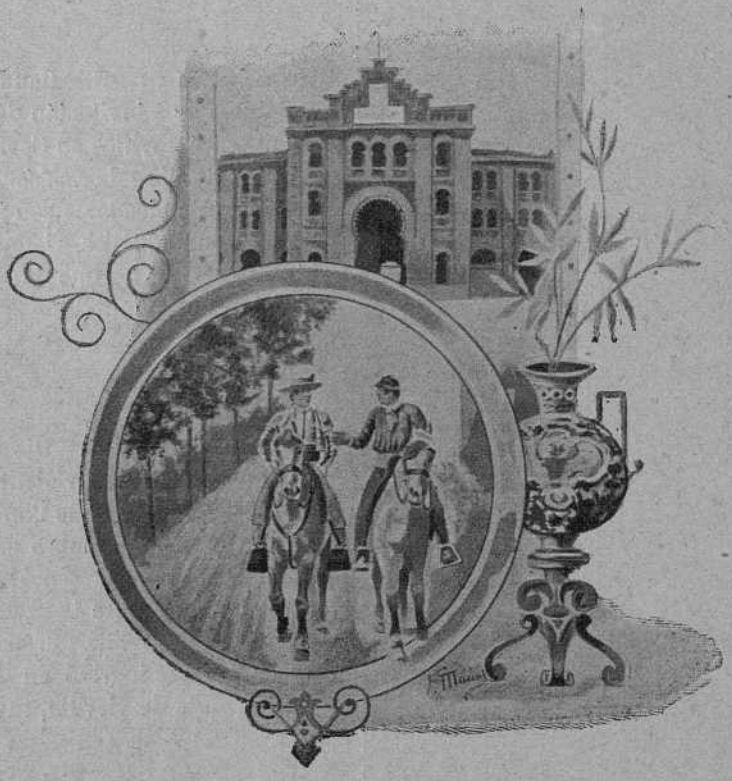
Tal vez este individuo sea el mismo que el siguiente.

Guzmán, Manuel.—Discípulo de Juan León. Era un banderillero valiente y muy estimado del público. Fachendoso le llamaban las manolas, porque dicen que el hombre era preciadito de su persona. Cuando se presentó en la plaza de Sevilla el 12 de Noviembre 1848, era ya tarde, ó mejor dicho, había desperdiciado sus mejores tiempos, porque desde que ingresó en 1831 en la Escuela de tauromaquia de Sevilla, tuvo poca práctica en el arte.

Guzmán, D. Antonio Bernardo de.—Noble de la corte de Felipe IV, muy diestro en la lidia de toros á caballo, y amigo del renombrado don Gaspar de Bonifaz.

Guzmán Paluchi, D. Antonio.—Distinguido letrado, autor de una preciosa composición poética leída ante la tumba del malogrado José Redondo *(El Chiclanero)*, é inteligente aficionado de la Sociedad taurómaca del Jardinillo de Madrid. Pasó á la isla de Cuba á desempeñar un cargo importante en la magistratura, y falleció hace algunos años.

Guzmao Correia Aronca, Frederico.—¿Saben nuestros lectores quién es el portugués que ha habido de este nombre? Pues nada menos que el ministro de la Corona de su país desde 1870 á 1871. Había trabajado como mozo de forcado varias veces, con buen éxito y valor, y abandonó el toreo para dedicarse á la política, en la cual se estrellan pocos, y mucho menos el que tiene gran talento, una inteligencia poco común y decidida perseverancia como á él sucede. Es un polemista de primer orden y un abogado de los mejores de aquel país.



Haba, Manuel de la *(Zurito)*.—Es un picador en novi llaдas, que bien merece serlo en corridas de toros con alternativa. Tiene voluntad, monta bien, va derecho y castiga, si no con gran fuerza, en el sitio debido. Será lástima que se eche atrás y que no aprenda mejor el modo de librar á los caballos.

Hachazo.—El golpe que da ó tira el toro con las astas sobre el bulto ú objeto que tiene cerca. Diferénciase de la embestida, en que ésta es cuando baja la res la cabeza, y aquél cuando la levanta; y de la cornada, en que para ésta es preciso herir. Diferénciase también del varetazo, en que éste es cuando da en el cuerpo del hombre, y aquél cuando da en cualquier otra cosa.

Harapinegro.—En muchos puntos de Andalucía equivale esta voz á la de Aldinegro. Esta expresa más extensamente lo que es un toro de esa pinta.

Hardales, Marqués de.—Dice un notable escritor moderno, que este personaje fué uno de los caballeros que más se distinguieron en Salamanca corriendo y lidiando toros, aunque no cita época. Hemos consultado antecedentes y no hemos hallado documento alguno que indique fechas.

Hartar *los toros de capa* llama la *Tauromaquia* de Montes al acto de llevarlos muy empapados en el engaño, sin quitarles éste hasta que hayan humillado bien y estén fuera del terreno jurisdiccional del lidiador.

Haro, Antonio *(Malagueño).*—Espada novillero de poco nombre y de pocos recursos, según dicen; pero que sale del paso mejor que otros conocidos en el arte. Es moderno, y hasta que se dé á luz en plazas de alguna importancia, no puede juzgársele.

Henriques, Jaime.—Fué un gran pegador portugués desde el año 1875, que unía á su valor grandes conocimientos, en tales términos, que, aunque no trabaja, es uno de los *inteligentes* que asisten á la corrida para asesorar á la autoridad. Nunca fué torero retribuído.

Henriques Teixeira, Joaquín.—Se dió á conocer en 1879 como un buen mozo de forcado portugués, y conservó el nombre hasta que se retiró. También fué mozo de curro, todo en pocas corridas y siempre como buen aficionado.

Heredia, Francisco.—No hay de él más noticia que la de haberse presentado á picar toros en Sevilla el 15 de Agosto de 1877. Ni siquiera se ha dicho si lo hizo bien ó mal.

Heredia, Patricio.—Tampoco de este picador se sabe más que picaba toros en Andalucía en 1872. Sería uno de tantos como empiezan y no acaban... porque no continúan.

Heredia, Manuel *(Blanquito).*—Picador en novilladas, que necesita *querer* más, si ha de conseguir buen nombre en el toreo. Ya que es valiente, ponga su valor de manifiesto más á menudo y demuestre los adelantos que hace en el oficio, donde se necesitan buenos diestros.

Hermosilla, Manuel.—«Ninguno es profeta en su patria,» dice un refrán castellano que, como todos, encierra un gran fondo de verdad.

Manuel Hermosilla, que en los primeros años de su vida torera trabajó cuanto pudo por adelantar, no veía satisfechos sus deseos tan pronto como su impaciencia lo exigía, y acordándose de aquel adagio, determinó alejarse de España en busca de mejor suerte. Parecíanle estrechos los límites que el mar señala á la hermosa Península ibérica para ejercitarse en las faenas de un arte que, por ser peligroso, ofrecía para él mayor encanto y atractivo; y recordando que en otra parte del mundo existe ancho campo donde se *hierran*, *acosan*, *derriban*, *enlazan* y se matan toros, ya en montes ó llanuras, ya en plazas cerradas, determinó atravesar los mares y trasladarse á aquel punto del globo, con cuyo extenso paisaje, usos y costumbres tanto había gozado antes de conocerle, cuando acerca de él escuchó referencias á los que le habían visitado.

Acababa de cumplir veinte años cuando se le presentó ocasión de satisfacer sus deseos. Personas inteligentes que le habían visto desarrollar su afición al toreo en cuantos tentaderos pudo y se le concedió tomar parte, le animaron en su idea, y en su consecuencia el 30 de Abril de 1867 se embarcó en la Península con rumbo á la Habana. Es decir, que tenía entonces Manuel Hermosilla veinte años y tres meses, puesto que nació en Sanlúcar de Barrameda, importante población de la provincia de Cádiz, el día 1.º de Enero de 1847. Allí fué á la ventura, sin recomendaciones, sin conocer siquiera á ninguno de los toreros que en aquel país se encontraban. Pero ¿hay algo que arredre á un mozo de veinte años y del temple de Hermosilla? Como Dios le dió á entender, y con los altos y bajos que la fortuna le preparó, se dió á conocer durante dos años como banderillero en las plazas de la Habana, Regla, Cienfuegos y Matanzas, y en las cuadrillas de los espadas que existían en aquella Antilla. Era lo principal que le conocieran, que sonara su nombre, y prescindiendo del precio de sus ajustes, prefirió ganar poco trabajando mucho, á ganar mucho trabajando poco. Cuerdo y acertado era este modo de proceder, porque los hombres que tienen una profesión que han de ejercer en público, deben procurar por todos modos que no se les eche en olvido.

Llegó á la Habana por entonces el conocido matador de toros José Ponce, y vió trabajar á Hermosilla. Observó en él un hombre valiente, de gran poder, de mayores deseos y de grandes disposiciones, y le propuso contrato como segundo espada para Méjico: aceptó Manuel, y en dicho puesto trabajó, adelantando mucho en su arte,

doce funciones de toros que se verificaron en la plaza de Veracruz.

Ponce regresó á España: Hermosilla, cuya aceptación fué cada vez más en aumento, se contrató como primer espada, poniéndose al frente de una cuadrilla, que reformó con algunos toreros del país. Las plazas de aquella república, Puebla, Orizaba, Jalapa y Córdoba, fueron testimonio de sus continuados triunfos.

Pero la lidia en plaza cerrada á estilo de España no completaba, digámoslo así, su educación artística. Encontrábase cohibido en cierto modo, al presenciar las animadas y atrevidas faenas de campo que allí se ejecutan.

Los toros salvajes que allí se crían, la vida especial del *gaucho*, las numerosísimas piaras de ganados que existen en aquellos casi vírgenes bosques, la magnificencia, en fin, de cuanto allí hay, impresionaron de tal modo la imaginación del joven Hermosilla, que con grande entusiasmo y hasta con pasión se dedicó muy pronto á hacer con los toros cuantas suertes á pie y á caballo estaban en uso en aquel suelo excepcional. Bien pronto se distinguió por su valor y arrojo, y más que nada por su conocimiento de la índole de las reses. Tanto llegó á familiarizarse con las suertes de *enlazar* y *derribar* fieras salvajes, que era la admiración de los *gauchos* y gente del país acostumbrada á esta clase de ejercicios desde su infancia. Su amor propio estaba satisfecho; pero por lo mismo, la envidia andaba muy cerca de él. Algunos toreros de aquel país ocasionáronle más de un disgusto. Si éste se hubiese motivado por asuntos puramente del arte taurino, en que la gente *brava* de aquellas repúblicas quería suscitar rivalidades, Hermosilla las hubiera despreciado, porque en aquel terreno sabía y ejecutaba más que todos ellos: pero hablaba mal, se ultrajaba y vilipendiaba á la nación que le había visto nacer, y Hermosilla hizo allí... lo que correspondía á un buen español. Dejó bien puesto el nombre de España en más de una ocasión. Expuso su vida, perdió mucho en su hacienda. ¿Y qué?—decía él.—¿No hubiera sido vergonzoso oir insultar á España y estar indifente un español? Si cien veces me sucediera, otras tantas haría lo mismo, y como yo todos los nacidos en el punto del globo donde hay más valor, más dignidad y más patriotismo.

Regresó á la Habana después de despedirse por medio de la prensa del público de Veracruz, dándole gracias por las muchas muestras de simpatía que de él había recibido, y á su llegada á la Isla de Cuba se encontró con que los acontecimientos políticos que empezaron en el año de 1868 impedían se verificasen corridas de toros.

Su afán de trabajar le condujo de nuevo al Callao de Lima, donde le contrataron para diez funciones, como matador, con las cuadrillas de color que había en el país. Contratados también por la Empresa los conocidos espadas Julián Casas *(El Salamanquino)* y Gonzalo Mora, alternó con ellos las diez funciones con grande aceptación.

Aquel clima especial, y el poco cuidado que los jóvenes tienen siempre de su salud, hicieron que ésta se resintiera en tales términos, que por efecto del reuma articular que fuertemente le atacó, tuvo que renunciar á torear otras diez funciones para que estaba ajustado. Sin embargo, algo mejorado, aunque todavía enfermo, tomó parte con dichos matadores en las dos últimas corridas á instancias de muchos amigos y aficionados limeños, de quienes se despidió Hermosilla para regresar á España. Aconsejáronle los médicos de aquella apartada región que para curarse de la enfermedad que le molestaba, volviese al suelo español, y en su consecuencia regresó á su casa de Sanlúcar de Barrameda el 8 de Junio de 1873, encaminándose en seguida al afamado establecimiento de baños de Archena, con cuyas aguas mejoró un tanto su quebrantada salud. A su patria había llegado el eco de los aplausos recibidos en América, y la ciudad del Puerto de Santa María fué la primera de España en que tomó Hermosilla la alternativa de manos del entendido matador Manuel Domínguez en el mismo año de 1873.

Como la fama de nuestro hombre sonaba aún

en América, le buscó la Empresa de la plaza de toros de Montevideo, le hizo excelentes proposiciones de ajuste, las aceptó, y se embarcó para dicho punto en Octubre del referido año. Si mucho gustó Hermosilla en las dos primeras épocas en que trabajó en América, mucho más gustó esta tercera, recogiendo laureles y provecho, que trajo á España en Abril de 1874. Llegó el 12 de Junio de este año, y se presentó en la plaza de Madrid, alternando por primera vez con *Lagartijo* y *Frascuelo*. Examinado el trabajo que entonces hizo, no se consideró por los inteligentes á Hermosilla como á un maestro; pero todos vieron en él grandes facultades y cierta serenidad en el peligro, lo que le valió ser escriturado para torear la segunda temporada, durante la cual se portó bien, demostrando valor, muy especialmente en una grave cogida que tuvo el 18 de Septiembre, cuando, atravesado el muslo derecho por una cornada, se retiró por su pie á la enfermería. Barcelona, Cádiz, Santander, Jerez y otras muchas poblaciones importantes quisieron conocer el mérito del novel espada, y en sus plazas trabajó y todos hicieron justicia á sus buenos deseos.

Todavía Montevideo llamó nuevamente á su circo á su más querido lidiador, y consiguió de él que fuese á tomar parte en doce corridas de toros. Inútil es decir que cada vez que á aquel remoto país volvía Manuel Hermosilla, ganaba más en fama y en dinero: las Empresas le pagaban más que bien, y de los numerosos amigos y partidarios que le ensalzaban recibió muchos y valiosos regalos en distintas ocasiones, que él agradeció como debía. Hizo, pues, Hermosilla un capital, que si bien no era suficiente para vivir sin trabajar, era bastante, sin embargo, para esperar buenos ajustes, y allí se los hacían muy halagüeños. Era querido y apreciado en aquel país por gentes de diversas condiciones. Personas respetables le distinguían con su amistad, y los obsequios que constantemente recibía, y las atenciones que le prodigaban, le convencían de que era verdadero el cariño que todas las clases le manifestaban.

Pero cuando se tiene todo esto, y mucho más cuando de ello se carece, falta todavía algo á los que viven lejos del suelo que les vió nacer. Recuerdan sus primeras afecciones á sus padres y hermanos, á aquellas personas con quienes se criaron, al arroyuelo á cuyo lado jugaban siendo niños, á la casa que les cobijó, al árbol que les daba sombra y hasta el aire que les acariciaba dulcemente, y quieren volver á verlos, á gozarse con ellos, y á morir á su lado si es preciso. ¡Porque morir solo y lejos es tan triste!...

Hermosilla, pues, pensó como piensan casi siempre todos los hombres de todos los países. Ni aun voluntariamente quieren la emigración. Regresó á España, cuyas costas saludó con indescriptible alegría, más perfeccionado en su arte, con mayor entusiasmo, si es posible, que cuando marchó á aquel remoto clima, y más fuerte, robusto y bien plantado. Porque Hermosilla es buena figura y bien parecido: lo que se llama un buen mozo, dicho sea sin adularle; y para que se vea que estamos muy lejos de esto, expondremos, que ya es hora, nuestro juicio imparcial acerca de su mérito, y con él concluiremos la presente biografía.

Hermosilla es trabajador y pundonoroso: se presenta bien en la suerte de matar; pero su muleta no es de castigo ni mucho menos. A los toros sencillos los prepara bien á la muerte; su mano izquierda carece de recursos para los recelosos y mucho más para los de sentido: en cambio hiere como debe herirse; no de golpe rápido, sino marcando despacio y rectamente la introducción del estoque; de manera que se ve y aprecia el modo de entrar en la suerte y salir de ella.

Nosotros le aconsejamos hace ya bastantes años que mejorase la muleta, procurando cuadrarse, cambiarse cuando fuera necesario y dar *pases* completos: que venciese la impaciencia de su genialidad en ocasiones, teniendo calma y reflexión: que estudiase la índole de las reses; y que, apartándose de la general costumbre que domina á todos los matadores, se parase y *recibiese* toros, para lo cual tiene unas facultades asombrosas.

No quiso, ó no pudo hacer lo que le indicábamos: ha ido pasando el tiempo sin desmerecer gran cosa, pero sin adelantar nada; la gente nueva se le ha puesto delante, y ya no es posible que rebase la línea hasta donde llegó.

Hernán Pérez, Juan Antonio.—Fué un picador bastante aceptable á principios de este siglo, que trabajó con el célebre Juan Amisas en las cuadrillas de Santos y de Aroca.

Hernández, Julián.—A fines del siglo pasado intentó ser picador este madrileño, trabajando en novilladas; pero valía poco, y poco fué sin duda alguna, porque no hemos leído que alternase con picadores de fama.

Hernández, Francisco *(El Bolero)*.—Fué uno de los más sobresalientes banderilleros que hubo en Madrid á principios de este siglo, después de la muerte de *Pepe Illo*. Luego se hizo matador, y aunque no figure como uno de los primeros en el arte, estaba muy aceptado por entonces, gracias á su buena figura y popularidad.

Hernández, José *(El Americano).*—Un banderillero de quien no puede decirse ni que es bueno ni que es malo. Cumple cuando le viene el santo de cara, si no... espera mejor ocasión.

Hernández, Bartolomé.—Novillero que anda recorriendo esos pueblos de Dios, matando toros del diablo, con fortuna hasta ahora; bien es verdad que no es antiguo en el oficio, y que en éste la práctica es la que todo lo hace.

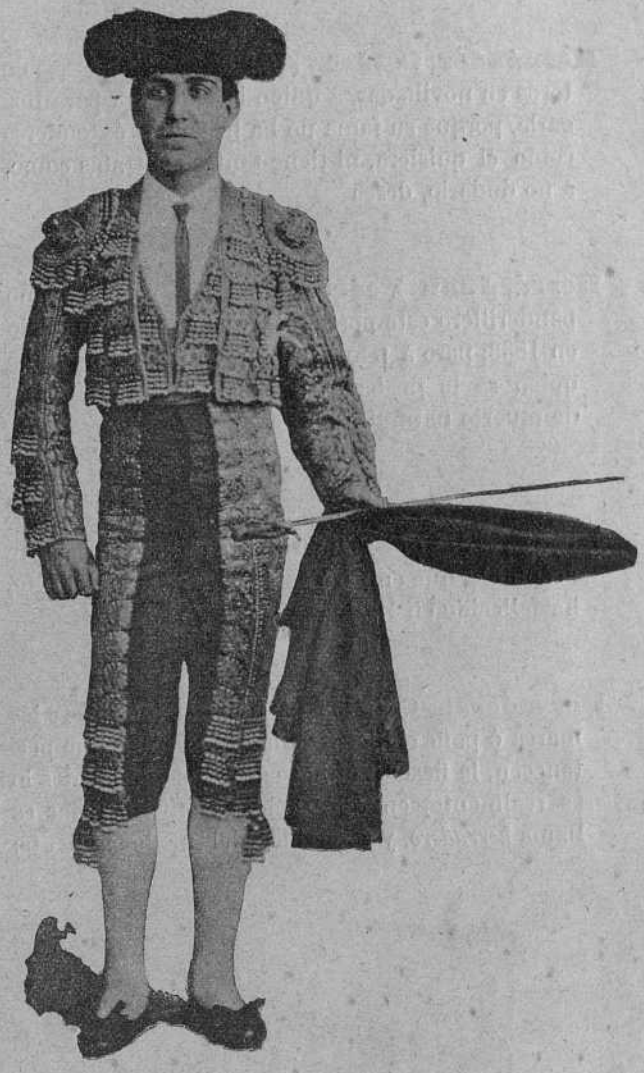
Hernández, Felipe.—Con decir que es jinete mejicano, está hecha su apología. Mejor que picar, pone banderillas á los toros montado á caballo, á estilo de aquel país.

Hernández, Francisco.—Pocas noticias hay de este banderillero. Hace tres ó cuatro años trabajaba en las plazas de América á las órdenes del espada Leopoldo Camaleño, de quien nos ocuparemos en el apéndice.

Hernández, José *(Parrao).*—Este picador, padre de José y Joaquín, empezó á trabajar con buenos deseos hace más de treinta años, y no es mal picador, aunque mejor quisieran sus amigos que lo fuera, pero no pasará adelante; tiene ya para eso muchos años, pues nació en Sevilla el 18 de Noviembre de 1840, de Joaquina Moyano y de José Fernández. Fué discípulo del célebre Francisco Sevilla, de quien ha conservado la excelente manera de ir á los toros; ha figurado en las principales cuadrillas de los mejores matadores de toros, desde Manuel Domínguez hasta Reverte, y es un hombre formal y digno de aprecio.

Hernández, José *(Parraito).*—Novillero que empezó al mismo tiempo que el infortunado Manuel García *(El Espartero)*, y que, como éste, murió en su oficio, trabajando en una corrida celebrada en el pueblo del Castillo de los Guardas, en San Lucar la mayor, de la provincia de Sevilla.

Hernández, Joaquín *(Parrao).*—Espada novillero, que hacía sus excursiones generalmente por la región andaluza, sin que hasta ahora haya salido del gran montón. Es de grandes facultades, buenos deseos y pocas pretensiones, que de haber tenido las de otros que sin conocerse salieron de él para volver donde estaban, hubiera avanzado más; pero ha hecho bien; aplíquese, que ya sabemos todos que no merece estar olvidado, porque es suelto con los toros, es bravo, se coloca bien, arranca mejor, y olvidando resabios provincianos, podrá llegar á ser algo. Fáltale, como á otros, un



buen maestro. Nació en Sevilla el 7 de Abril de 1873.

Hernández, Antonio *(Santos).*—En 11 de Agosto de 1867 picó de vara larga en Sevilla por primera vez. Luego, no sabemos si ha trabajado en otras plazas.

Hernández, Gonzalo.—Es un picador muy moderno, que está haciendo su aprendizaje con voluntad y afición. Es prematuro cualquier juicio que de él ahora se forme.

Hernández, José *(Calvillo).*—Matador de novillos, del que sólo podemos decir que la única vez que toreó en la plaza de Madrid (20 de Agosto

de 1886) dió gran desazón al público, que le pagó con silbidos, vista su insuficiencia para el arte. Desde la citada fecha no hemos vuelto á oir su nombre, y nos damos la enhorabuena, y á él también si se ha retirado á buen vivir.

Hernández, Cesáreo *(Españolito)*.—Matador de toros en novilladas, á quien hay que ver para juzgarle, porque su fama no ha llegado á extenderse como él quisiera, ni tiene tantas contratas como, á no dudarlo, desea.

Herrá, Juan Pedro.—No valió mucho como banderillero este portugués, que empezó su oficio en 1833; pero á temerario atrevimiento, no hubo quien se le pusiera por delante. Murió en 1858 de muerte natural.

Herrá, Pedro.—Banderillero portugués bastante aceptable, que empezó en 1834. Retirado del arte, ha fallecido en 1864.

Herradero.—Cuando á los becerros jóvenes se les marca ó pone el hierro de la ganadería á que pertenecen, la fiesta (porque entre los aficionados lo es realmente) en que dicho acto tiene lugar se llama *herradero*, y se verifica del modo siguiente: El dueño de la ganadería invita á los diestros, aficionados y amigos á presenciar aquella operación, obsequiándolos espléndidamente los días en que se verifica Conducidos los becerros, después de separados de sus madres, desde el campo á un corral cerrado, que tiene comunicación con otro, se hace salir á éste á uno de los animalitos, que, como no suele exceder de año y medio, se presenta corretón y buscando á la madre generalmente. Los convidados, que están en el corral, buscan guarida como pueden; ó si son más animosos, capean ó intentan capear al becerro, que, cansado de correr y rendido, es sujetado y derribado en tierra por los mozos de ganado, en cuya situación le aplican al cuarto trasero, derecho por lo común, el hierro candente que tiene la marca de la ganadería; y además en muchas el que tiene el número que en la misma le corresponde. Mientras esta operación, el ganadero inscribe en el libro destinado al efecto el nombre que se da ó han dado al torete los vaqueros, ó el mismo dueño, el del toro y vaca padres, su pinta y demás circunstancias convenientes; y luego que las orejas y punta de la cola le han sido cortadas, y sobre las quemaduras se le ha aplicado barro, le sueltan para que se marche y éntre otro, con quien se repite el mismo acto. Como, según hemos referido, no suelen tener los becerros al imponérseles el hierro año y medio, sino tres ó cuatro meses menos, es muy fácil derribarlos y marcarlos. Pero en América, donde, aunque no mucho, son mayores, cuesta más trabajo, y la operación se hace en el campo. Al efec-

MARCANDO EL HIERRO.— MACÍAS

to, muchos jinetes van por varios puntos rodeando al ganado, estrechándolo á fuerza de vueltas, y en esta disposición, los enlazadores, que son hombres que llevan unos lazos de cuerda, con los cuales, á manera de guindaleta, sujetan á los terneros por los cuernos ó cabeza, y los gauchos, que también llevan cuerdas, en cuyos extremos hay aseguradas grandes bolas de hierro, y que, jugadas con la destreza con que ellos lo hacen, sujetan las patas de las reses y las hacen caer para apoderarse de ellas, se meten entre el ganado á caballo y separan á los becerros y terneros de sus padres, quedando, digámoslo así, dentro de un anillo que forman los jinetes pagados, los de los convidados, deudos y amigos del dueño, y los de las señoras, que tambien asisten á aquella diversión. Cuando el dueño da la voz y el capataz lo ordena, aquéllos empiezan á derribar reses enlazándolas, y entonces otros hombres, peones de la hacienda, sacan del fuego el hierro llamado *pial*, y con él marcan indistintamente en un flanco ú otro del animal las letras ó cifra del dueño, hasta que, conseguido esto, se le desata, y huye á reunirse con los demás animales de quienes antes fué separado. Debe advertirse que allí no es tan bravo el ganado como en España.

Herradura.—Las estocadas que pasan lo que los toreros llaman herradura, producen inmediatamente la muerte del toro. Se conoce que la espada corta la herradura, en que entra oblicua, un poco baja y en el pecho; el toro se detiene, y sin arrojar sangre por la herida ni por la boca, cae á poco tiempo sin necesitar puntilla. A veces se ve la boca del toro bañada en sangre; pero no la arroja á borbotones como en el golletazo.

Herráiz, Pablo.—Banderillero en quien vimos siempre verdadera sangre torera. No ha habido quien le aventaje en poner pares al sesgo, y ha hecho en la plaza lo que un buen torero puede ejecutar. De mucho sirvieron sus lecciones á todos los diestros que de él se aconsejaron. Figuró en las cuadrillas de *Cúchares*, Cayetano y otros principales matadores en un preferente lugar; conocía mucho las reses, y cuando escasearon sus facultades no hubiera podido torear si no hubiese tenido tanta inteligencia.

Celoso en el cumplimiento de su obligación, alguna vez se excedió, y en todas ocasiones disputó las palmas á cuantos banderilleros de renombre se han presentado en el redondel, hasta el extremo de que en la época primera en que el célebre *Gordito* vino á Madrid á ejecutar el *quiebro* poniendo pares, *Pablito*, que así le llamaban los aficionados, hizo anunciar á la empresa en los carteles que él también le daría; y efectivamente, ejecutó la suerte ceñidísimo y con los piés metidos en un sombrero, sin ensayo previo con novillos ni en otra forma.

Esto se verificó en el año 1861. Luego, cuando *Frascuelo* tomó la alternativa, entró en la cuadrilla de éste, dándola el tono de la escuela seria y valiente que siempre conservó, y ejecutando á los

cincuenta y cinco años de edad la misma faena que á los veinticinco, con las ventajas de la experiencia, que le hicieron un gran torero.

Nació en Madrid el 16 de Abril de 1830 y murió el 7 de Enero de 1885, de grave enfermedad, siendo la conducción de su cadáver al cementerio una gran manifestación de duelo de cuantos le conocían y apreciaban su mérito y honradez.

Herrera, Juan.—Era uno de los mejores toreros, como peón de lidia, que á fines del siglo anterior trabajaron en la cuadrilla de *Costillares*, Como matador de toros no descolló gran cosa, é ignoramos si era pariente del abuelo ó del padre del célebre *Curro Guillén*, que tenía el mismo apellido.

Herrera, Francisco.—Abuelo del famoso *Curro Guillén*. Fué un matador de toros que en Sevilla, pueblo que le vió nacer, y en otras muchas plazas de España, tenía grande aceptación por su arrojo. La época de su apogeo fué desde 1760 al 70, sin embargo de que después trabajó también en la plaza de Madrid antes del reinado de Carlos IV, y aun creemos que en las funciones celebradas

cuando la jura de este rey, pero siempre detrás de Pedro Romero, *Costillares*, *Pepe Illo* y Juan Conde.

Herrera Guillén, Francisco.—Notable matador de toros á fines del siglo anterior, que alternó en varias plazas con el famoso Pedro Romero y con los hermanos de éste. Hijo del estoqueador de toros sevillano Francisco Herrera, casó con una hija de Juan Miguel Rodríguez, torero de buen nombre, y tío del famoso *Costillares*, y de ella tuvo al renombrado *Curro Guillén*, gloria de la escuela ó estilo sevillano. Hasta el 9 de Mayo de 1802 no trabajó en Sevilla.

Herrera Rodríguez, Francisco *(Curro Guillén)*.—De nadie puede decirse con más razón que de este torero, que le viene de abolengo el ejercer la profesión que tantos lauros le proporcionó durante su vida, y que le causó la muerte prematuramente. Fué hijo del acreditado Francisco Herrera Guillén *(Curro)*, estoqueador á principios de este siglo y fines del anterior: nieto de Francisco Herrera, notable matador de toros que precedió á Pedro Romero; y fué su madre Patrocinio Rodríguez, hija de Juan Miguel Rodríguez, tío del famoso *Costillares*, y hermana de los banderilleros Cosme y José María; de modo que por ambas líneas, paterna y materna, le venía de casta ser torero.

Nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 13 de Octubre 1775, y no en 1778, como ha dicho equivocadamente algún autor. Desde los primeros años de su vida se distinguió por su afición; y siendo muy joven, demostró ser bravo con las reses y tener especiales condiciones para la lidia. Tanto en el campo, como en las plazas ó cotos cerrados, intentaba la ejecución de cuantas suertes había visto, lo mismo á pie que á caballo, y al practicarlas felizmente, aprendía á conocer el instinto y resabios de las reses; cosa utilísima de que no se cuidan los toreros todo lo que debieran. Así es que, al presentarse en las plazas como jefe de cuadrilla, su fama se extendió tanto, que era buscado con empeño, por lo mucho que animaban su toreo y su destreza; contribuyendo también á ello, además de sus recursos en la lidia, su gallarda figura, su lujoso vestir, su rumboso porte y su serenidad en los trances más apurados. Todo esto hacía que el público demostrase por Herrera Rodríguez grandes simpatías, con lo cual llevaba ya mucho adelantado para dominar á la masa general de espectadores que, impresionable siempre, siguen comunmente los primeros impulsos del corazón en todos los actos de la lidia taurina, sin pararse á reflexionar hasta dónde llega el mérito de una suerte practicada con general aplauso. ¡Cuántas veces el público ha sido injusto con determinados diestros que, á pesar de haber hecho cosas muy buenas lidiando, eran para aquél antipáticos! ¡Y cuántas otras se han aplaudido á rabiar suertes de poco mérito medianamente ejecutadas, porque las había practicado el hombre cuyas acciones, cuyos gestos ó movimientos le habían colocado en el puesto de niño mimado por los aficionados! Y no es que en esto sea injusto completamente el público, no; es que las simpatías se adquieren inconscientemente, y se trasmiten del mismo modo. Una acción generosa, un rasgo notable en momentos determinados, son bastantes para empezar á conseguir que el público se interese por el que intenta agradarle. Y precisamente esto era lo que le sucedía á Herrera.

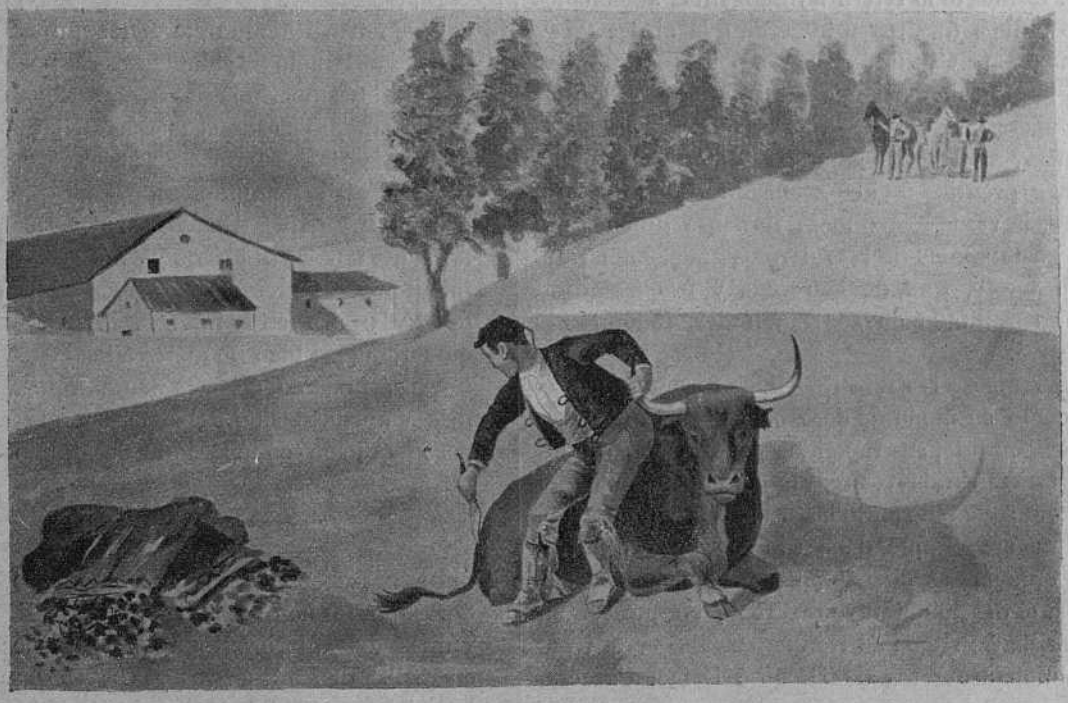
Trajo á la arena el prestigio que le dieran sus antepasados, y hasta conservó el mote de *Curro Guillén*, sin llamarse Guillén, como no fuese en cuarto lugar de apellidos; sacó partido de su graciosa figura, se esmeró siempre en complacer al público, y de este modo le fué muy fácil lograr simpatías justísimas y adquirir excelente fama, que conservó hasta el fin de su vida. Añádase á esto los mil cuentos, anécdotas y sucesos que se atribuían á nuestro *Curro*, y se comprenderá hasta qué punto era forzoso pesasen en la balanza pública los sentimientos de entusiasmo por el mismo.

Decíase que nadie en el campo había podido *enlazar* un toro, y que *Curro* lo había conseguido en breve tiempo; que para *derribar* era el primero, y que no había quien le aventajase con el capote en la mano. Hasta llegó á decirse con visos de mucha verdad, y así está escrito por un distinguido autor, que por consecuencia de una apuesta salió *Curro* en cierta ocasión al campo con el intento de vencer á un toro picado, al que no había habido medio de conseguir se uniese á la torada de que procedía. Ni á pie ni á caballo, ni con vacas ni cabestros, pudo conducírsele á la dehesa en que debía pastar: mató un caballo, hirió algunos cabestros y puso en peligro la vida de los mayorales, quedando siempre en el sitio á que había tomado tan pertinaz querencia. Llegose á él *Curro Guillén*, extendió la capa y acometió el bicho. Pausadas *verónicas*, rápidas *navarras* y soberbios cambios cansaron de tal modo al resabiado animal, que antes de un cuarto de hora había caído en tierra. Y entonces el bravo Herrera sentose sobre el anca de la res, sacó la navaja y cortó la cola y alguna otra parte del toro, para llevarlo, como testimonio de su valor, á sus compañeros de apuesta.

Necesariamente su nombre había de correr de

pueblo en pueblo, y por la Andalucía con más razón, siendo allí nacido, y siendo allí el teatro de sus hazañas. En el resto de la Península no podía entonces lucir sus conocimientos, porque la guerra que España sostenía con Francia imposibilitaba la lidia en muchas plazas, y en Madrid, como él decía, había muchos afrancesados con quienes no podía bar el estoque murió al primer intento de descabello; y desde aquel instante Madrid dió carta de naturaleza al simpático espada.

Pero como la condición humana siempre quiere el más allá, y en materia de toros cada uno tiene su opinión particular, difícil de contradecir y mucho menos de convencer, no se tardó en que-



UNA HAZAÑA DE «CURRO GUILLÉN». — MACÍAS

transigir. Marchó, por lo tanto, á Portugal, llevando, entre otros, como primer banderillero, al que luego fué buen espada, Juan Jiménez *(El Morenillo)*. Allí recogió por más de dos años grandes cosechas de aplausos y dinero, y su gallarda figura especiales favores de altas damas portuguesas. Concluyó la guerra, y con la paz vino el ánimo de los españoles á gozarse y recrearse con sus corridas de toros.

Era el año de 1815, en que Fernando VII acababa de revocar una órden que en el año anterior había dado suspendiendo las corridas de toros. Renacían en Madrid las aficiones que antes habían estado sujetas, y como río desbordado marchaba todo el vecindario á la puerta de Alcalá, unos para entrar en la plaza de toros á ver la corrida, y otros á ver á un famoso torero que por primera vez iba á pisar el ruedo de la capital de España. Desde el momento en que se presentó en la plaza cautivó el corazón de las damas; y claro es que, conseguido éste, el hombre no puede resistir los ímpetus del suyo, que casi siempre con el de ellas va. Mató el buen *Curro* sus toros de una sola estocada, menos uno que sin prorer suscitar competencias, poniendo enfrente de *Curro Guillén* al acreditado maestro Jerónimo José Cándido.

Los círculos taurómacos altos y bajos, es decir, los de la gente de alto copete, de elevada alcurnia, y los del pueblo de Lavapiés y Maravillas, se estremecieron de placer cuando en el año de 1816 supieron que en el primer redondel del mundo iban á torear juntos y en competencia Francisco Herrera Rodríguez *(Curro Guillén)*, que contaba cuarenta años de edad, y el maestro Jerónimo José Cándido, que ya tenía cerca de cincuenta y seis, y hacía tiempo que no toreaba por sus dolores reumáticos.

Ninguno de los espadas que entonces vivían se hubiera atrevido á tanto. Es verdad que tampoco ninguno de ellos había llegado á ser tanto como *Curro Guillén;* al menos, nadie había conseguido como él las palmas y demostraciones de simpatía que los públicos español y portugués le dispensaron en todas ocasiones. Cuestionaban los aficionados acerca del mérito de uno y otro, y como sucede siempre, los viejos suponían en lo antiguo lo mejor, y la gente joven defendía lo moderno.

Alegaban aquéllos que Cándido estaba enfermo, en el ocaso de su vida, y sin unos banderilleros tan de punta como Juan Jiménez *(El Morenillo)* y Juan León, que auxiliaban á *Curro*. Y los partidarios de éste decían que como él no había habido otro torero, y menos otro matador de toros, desde Pedro Romero en adelante.

Llegó la temporada, y hubo contento para todos. Hemos oído referir á inteligentes aficionados que ambos diestros estuvieron á la altura de su reputación. Cándido, sorprendiendo al público con la perfecta ejecución de las suertes según las reglas escritas; *Curro Guillén*, con sus infinitos juguetes y arriesgados lances; y aunque los inteligentes prefiriesen el concienzudo trabajo del primero, la verdad es que la inmensa muchedumbre gustaba más de las salerosas gracias del rumboso torero, que de la serena y fría exactitud del quebrantado en sus facultades, renombrado maestro.

La fama de Herrera Rodríguez fué en aumento, así como su modo de descabellar toros sin haberlos estoqueado; sus repetidos *galleos* y sus ceñidos *recortes* eran cada vez más aplaudidos; de manera que era solicitado en todas las plazas con empeño, porque era el que daba dinero á las Empresas, proporcionando buenas entradas. Llegó por desdicha el día 20 de Mayo de 1820, en que con su cuadrilla trabajaba en Ronda.

Lidiábanse toros de D. José Rafael Cabrera, que, como decimos en otro lugar, eran entonces de los más acreditados, y el público rondeño, entusiasta por la escuela ó modo de torear del gran Pedro Romero, que siempre le ha calificado de *toreo verdad*, mostró desde el primer momento, según dice un autor, cierta manifestación de desagrado contra los toreros sevillanos. Al frente, digámoslo así, del núcleo de intransigentes rondeños, se hallaba un tal Manfredi, que en voz alta, y cuando pasaba de muleta á un toro el espada *Guillén*, le dijo en son de burla: «¿Y es usted el rey de los toreros?» Estas imprudentes palabras alteraron el ánimo de nuestro gran hombre, que no estaba acostumbrado á oir censuras, sino aplausos. Puesto ya el toro para la muerte, gritó la gente de Manfredi: «¿A que no lo *recibe* usted?» Y entonces, sin atender *Curro* más que á su amor propio, olvidándose que no era su especialidad la de *recibir* toros, y sin la calma que da la conciencia de lo que se hace sabiendo, citó al toro para *recibirle*, acudió el animal, y enganchó con una tremenda cornada por el muslo derecho al desgraciado Herrera, que á pocos pasos cayó sufriendo nueva embestida y cornada, y siendo conducido á la enfermería por el contratista de caballos Francisco Caamaño. De nada sirvió que el bravo Juan León, su banderillero entonces, se arrojara materialmente con temerario empeño sobre los cuernos del toro para salvar á su jefe. La cornada recibida por éste en el vacío derecho era de muerte instantánea, y los espectadores creyeron por un momento, al ver colgado á León de la otra asta (pues el toro tuvo suspendidos á un tiempo á *Curro* y á León), que éste también había sido víctima de su excesivo valor y acendrado cariño.

En toda España y en el vecino reino de Portugal fué tan sentida la muerte del simpático *Curro*, que como circuló rápidamente, se puso en duda por infinitos apasionados, que escribieron, deseosos de saber lo cierto, al pueblo donde ocurrió la catástrofe. Por desgracia, ésta fué como hemos dicho, y así lo comunicaron los que presenciaron hecho tan terrible. Doliéronse los españoles de la falta de tan gran torero, y expresaron su sentimiento en romances y estampas, que profusamente circularon. Bien lo merecía la memoria del lidiador, que, si bien no marcó adelantos en suertes nuevas, practicó perfectamente aquéllas á que más se ajustaba su inteligencia, y que animó no poco la afición en época de decaimiento para la misma.

Herrera, Antonio *(El Cano)*.—Uno de los picadores de más nombre á principios del siglo actual y fines del anterior. Figura en carteles con las cuadrillas de los Romeros y *Costillares*, y todavía trabajaba en 1818, hasta que en la quinta corrida celebrada en 1819 murió desnucado en la plaza de Madrid.

Herrera, Antonio *(Añillo)*.—Banderillero que aprendió mucho al lado de Carmona *(El Gordito)*.

Hace pocos años tenía el defecto de entregar demasiado el costado al meter los brazos, retrasando la salida; pero desde que en Barcelona, el 24 de Junio de 1874, tuvo una herida, que le causó al cogerle el toro *Pontonero*, de Carriquiri, cuadra mejor y es más rápido en sus movimientos. Así se aprende. *Añillo* pasó en Andalucía por ser uno de los mejores banderilleros que pisaban la arena en su época, que ha durado hasta hace pocos años que se ha eclipsado. Tal vez se halle en América, refugio de los preteridos.

Herrera, Francisco.—En Febrero de 1859 trabajó como picador en la plaza de Sevilla; pero no ha querido que sepamos de él más.

Herrera, José.—Desde 7 de Julio de 1878, en que se estrenó picando toros, no ha sonado su

nombre para nada. No recordamos haberle visto en la plaza de Madrid.

Hervás, Alfonso.—Picador madrileño de poco mérito, que tomaba parte en novilladas á fines de 1789, después de las funciones reales que entonces se celebraron.

Hidalgo, Juan.—En el primer tercio del presente siglo era conocido este torero como jefe de cuadrilla. No llegó á adquirir gran fama, á pesar de tener buena gente de á pie y de á caballo; pero trabajó bastante en plazas de Andalucía, llevando á su lado como banderillero al luego célebre Francisco Montes.

Hidalgo fué natural de la isla de San Fernando y tuvo nombre de valiente. En 12 de Mayo del año de 1828 se estrenó en la plaza de Sevilla.

Hidalgo, Francisco *(Quico).*—Por los años de 1836 al 46 trabajaba como picador allá en la tierra baja; pero ni su nombre sonó como gran capacidad, ni creemos llegó á Madrid.

Hidalgo, Antonio.—Torero andaluz de los de estos tiempos. Pone sus pares de rehiletes bastante bien y brega mucho. Hay deseos y buena voluntad, lo demás lo hará el tiempo y la aplicación, si el mozo no se echa atrás como otros; que mucho nos tememos haya sido así, cuando ha dejado pasar una veintena de años sin conseguir que su nombre resuene como de primera fila. Por ligero que vaya, no nos parece que ha de subir.

Hidalgo Cosmes, Ramón *(Chiclanero).*—Mataba toros en las plazas de América, sin pena ni gloria, y hoy vive retirado en México, pasando vida tranquila, sin glorias ni penas.

Hierro, Bernardo.—Banderillero que á fuerza de años ha adquirido un buen nombre entre los de su clase. Valiente y atrevido se dió á conocer hace más de veinte años adelantando más cada

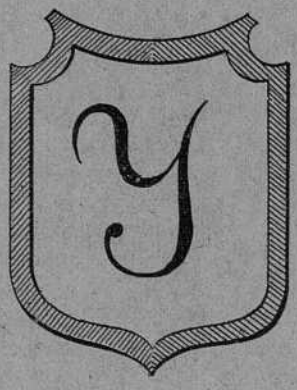
día, y hoy, si no es de los mejores que practican, es al menos uno de los más entendidos, y sus consejos deben aprovecharse.

Hierros.—La marca á fuego que se pone á los toros, generalmente en el anca derecha, después de haber sido tentados á la edad conveniente. En la imposibilidad absoluta que hay de recoger datos completos acerca de las marcas ó hierros que han usado tantas ganaderías como ha habido en España, y que en su gran mayoría han desaparecido, hemos procurado reunir los de las principales hoy existentes ó desechas hace poco tiempo, valiéndonos de datos auténticos; si bien *advirtiendo* que nuestra relación no podrá ser completa y totalmente exacta, porque los mismos á quienes interesa son tan indolentes, que, aun pidiéndoselas, no han contestado facilitando noticia alguna.

Son, pues los hierros usados por los más conocidos ganaderos que hay y ha habido en España, para marcar sus reses bravas, los siguientes:

Albacete

PEÑASCOSA

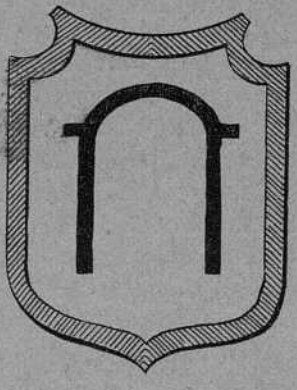


D. Higinio Flores

PEÑASCOSA

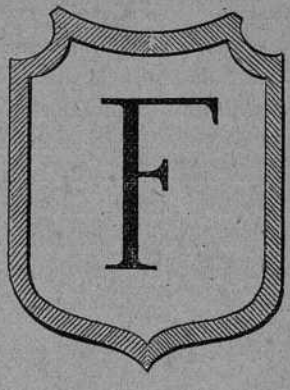
D. Sabino Flores

VIANOS



D. Fructuoso Flores

PEÑASCOSA



D. Agustín Flores

Ávila

CAPITAL

D. Benjamín Arrabal

Cáceres

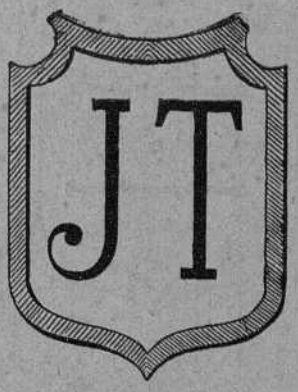
TRUJILLO

D. Juan Manuel Fernández

TRUJILLO

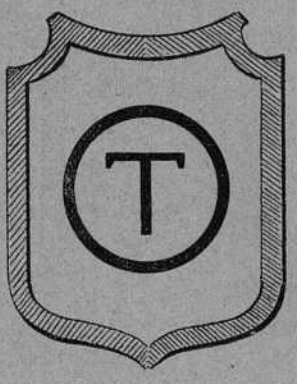
D. Jacinto Trespalacios

TRUJILLO



D. Jacinto Trespalacios

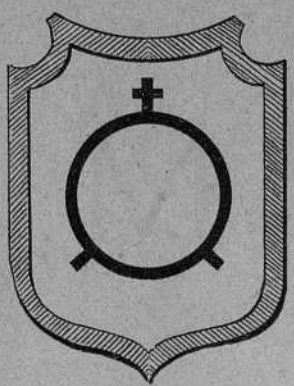
TRUJILLO



D. Jacinto Trespalacios

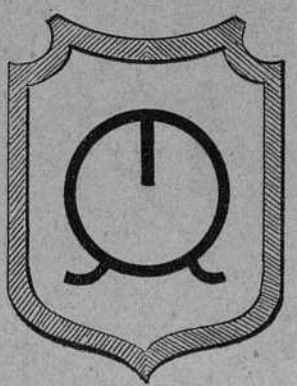
Cádiz

ARCOS DE LA FRONTERA



D. Ildefonso Nuñez de Prado

ARCOS DE LA FRONTERA

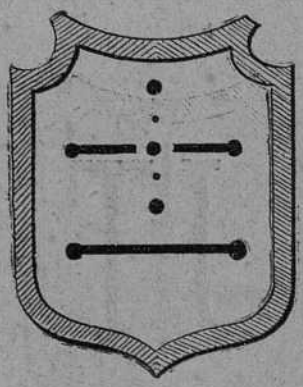


D. Pedro Moreno Rodriguez

JEREZ DE LA FRONTERA

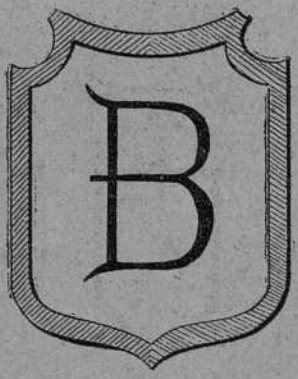
D. Vicente Romero y García

VEJER DE LA FRONTERA



D. Eduardo Shelly

MEDINA SIDONIA

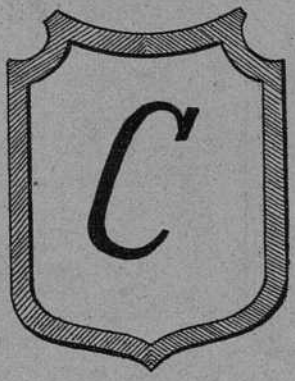


Sra. Viuda de Varela

JEREZ DE LA FRONTERA

D. Francisco Aranda, antes Ziguri

VEJER DE LA FRONTERA



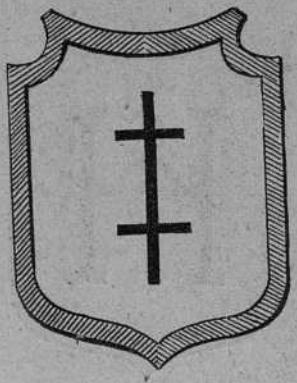
D. Joaquín Castrillón

VEJER DE LA FRONTERA

D. Rafael Surga

Ciudad Real

CAPITAL

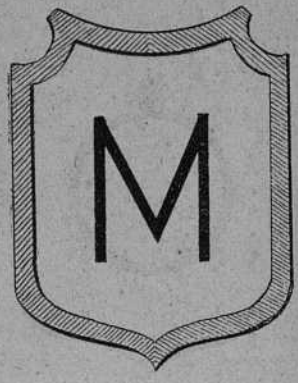


D. Gaspar Muñoz

CAPITAL

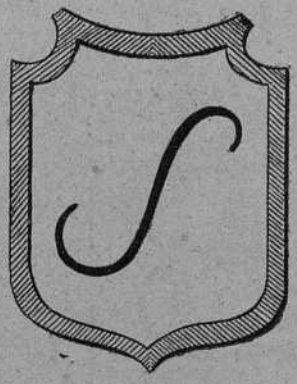
D. José Maldonado

CAPITAL



D. Alvaro Muñoz

MORAL DE CALATRAVA

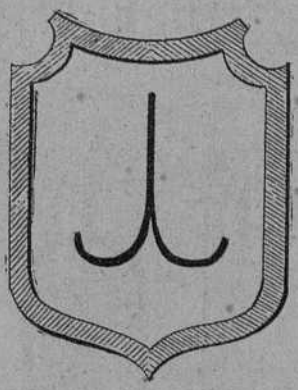


D. Agustín Salido

VILLARRUBIA DE LOS OJOS

D. José Gijón

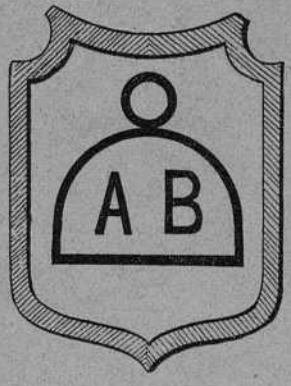
VILLARRUBIA DE LOS OJOS



Aguila y Bolaños

Córdoba

CAPITAL

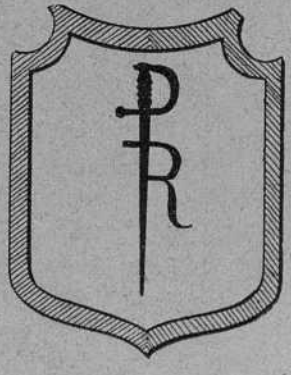


Doña Antonia Breñosa

CAPITAL

Viuda de Barrionuevo

CAPITAL



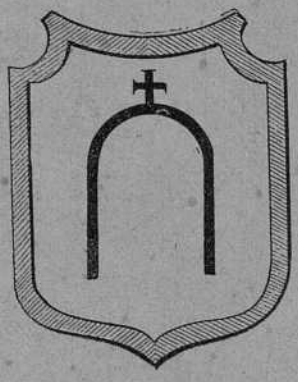
D. Rafael Molina

CABRA

D. José María Linares

Guadalajara

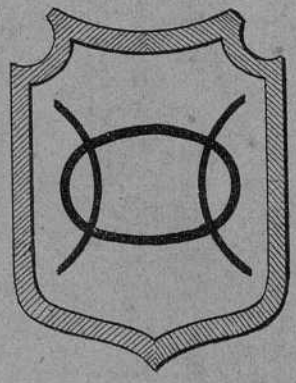
CAPITAL



D. Manuel Montes

Huelva

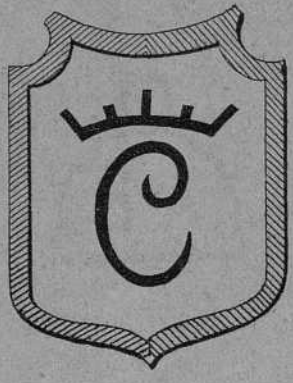
ARACENA



D. Manuel Valladares

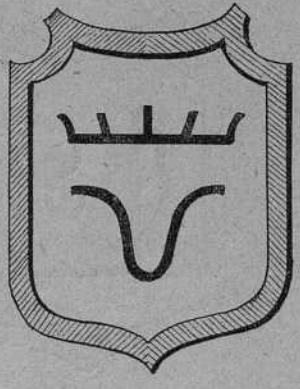
Jaén

UBEDA



Marqués de Cullar de Baza

BAEZA



Marqués de Villamarta

BAEZA

D. Andrés Fontecilla

Madrid

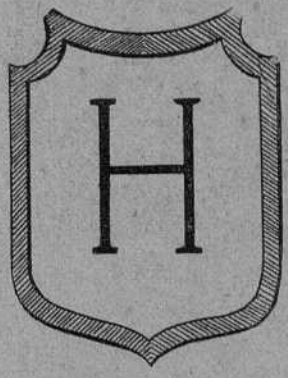
CAPITAL

Marqués de Gaviria

CAPITAL

Duques de Osuna y Veragua

CAPITAL



D. Esteban Hernández

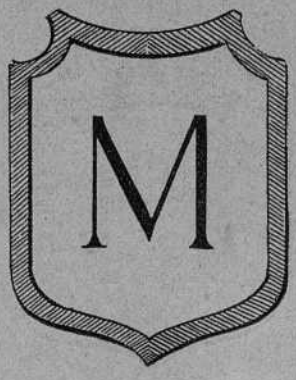
CAPITAL

D. Luis Mazzantini

CAPITAL

D. Gonzalo Carrasco

CAPITAL

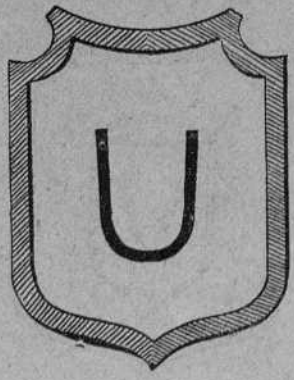


D. Gregorio Medrano

CAPITAL

D. Antonio Fernández Heredia

CAPITAL



D Faustino Udaeta

CAPITAL

D. Alejandro Arroyo

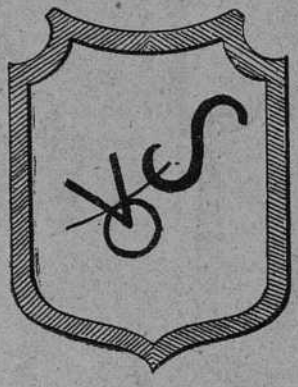
MIRAFLORES

D. Juan Carrasco

COLMENAR VIEJO

Viuda de D. Raimundo Díaz

CAPITAL

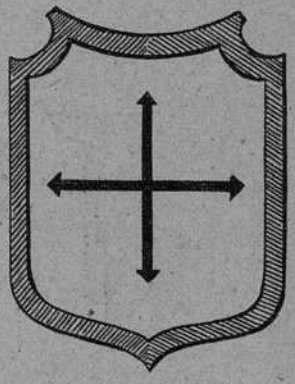


D. Enrique Gutiérrez Salamanca

FUENTE EL SAZ

D. José Gómez

LOZOYUELA

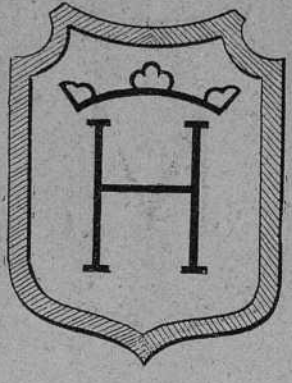


D. Alfonso Martínez

CAPITAL

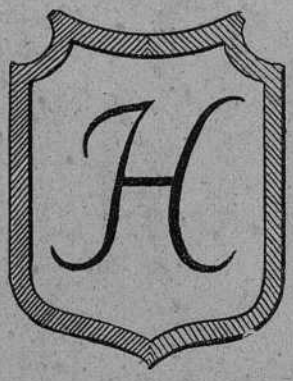
Duque de Veragua

CAPITAL



Condesa de Salvatierra

CAPITAL

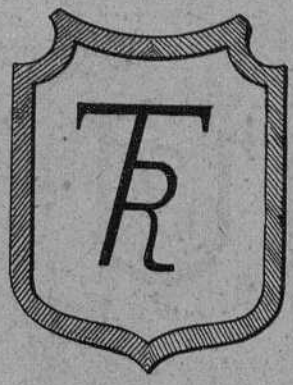


D. Justo Hernández

CAPITAL

D. Antonio Hernández

CAPITAL



D. Manuel de la Torre y Rauri

CAPITAL

D. Joaquín Mazpule

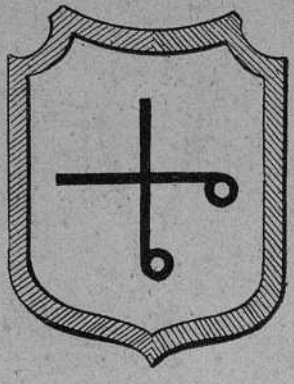
GUADALIX DE LA SIERRA

D. Juan Bertolez

CAPITAL

Marqués de Salas

COLMENAR VIEJO



D. José López Briceño

COLMENAR VIEJO

D. Felix Gómez

MORALZARZAL

D. Juan José Fuentes

COLMENAR VIEJO

D. Vicente Martínez

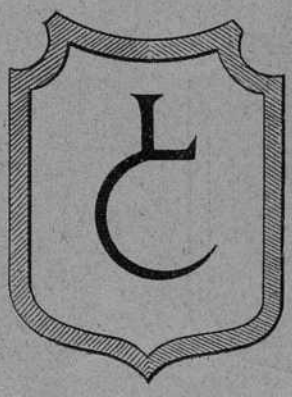
COLMENAR VIEJO

D. Manuel y D. Julián Bañuelos

COLMENAR VIEJO

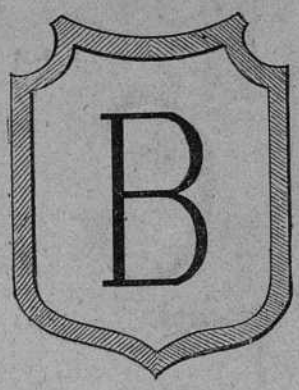
D. Manuel Aleas y herederos

COLMENAR VIEJO



D. Cárlos López Navarro

COLMENAR VIEJO

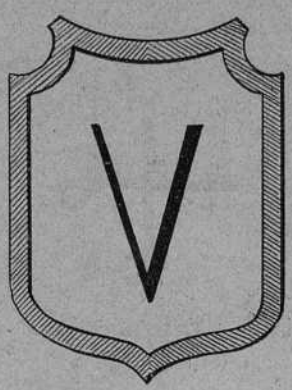


D. Mariano García Téllez

COLMENAR VIEJO

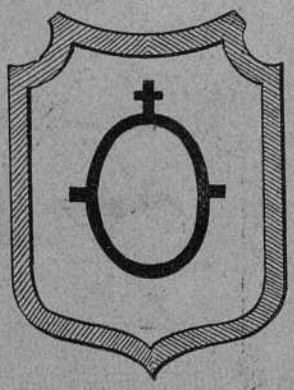
D. Mariano Rozalem

COLMENAR VIEJO



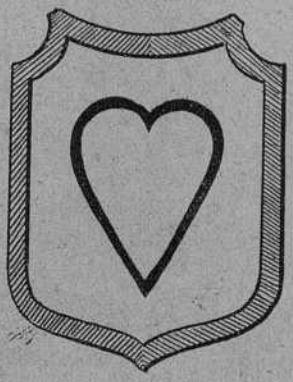
D. Francisco Paredes

COLMENAR VIEJO



D. Eugenio Paredes

COLMENAR VIEJO

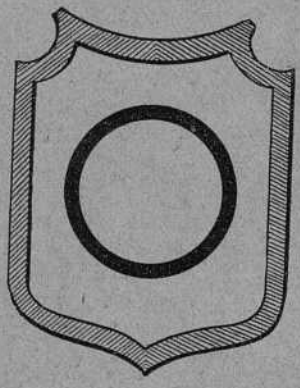


D. Lucas Pinto

COLMENAR VIEJO

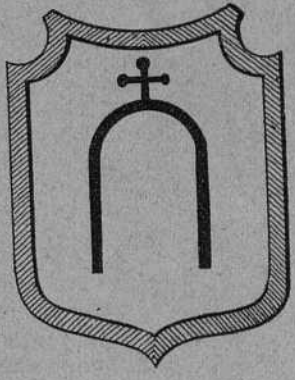
D. Justo García Rubio

COLMENAR VIEJO



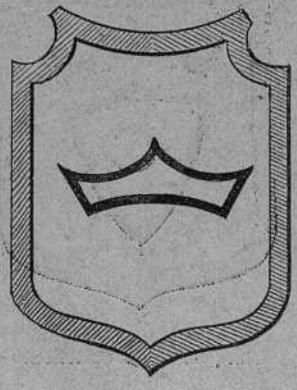
D. Mariano Hernán

COLMENAR VIEJO



D. Pedro de la Morena

COLMENAR VIEJO



D. Antero López

CADALSO

D. Román Abad

CHOZAS DE LA SIERRA

D. Donato Palomino

COLMENAR VIEJO

Sres. Gutiérrez y Gómez

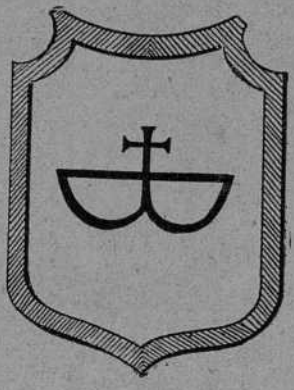
COLMENAR VIEJO

Viuda de Paredes

COLMENAR VIEJO

García Rubio y Paredes

GUADALIX DE LA SIERRA



D. Atanasio Rodríguez

COLMENAR VIEJO

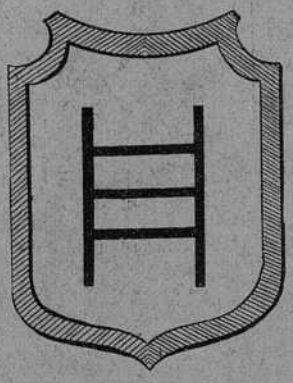
Herederos de doña Francisca Benito

CAPITAL

Marqués de los Castellones

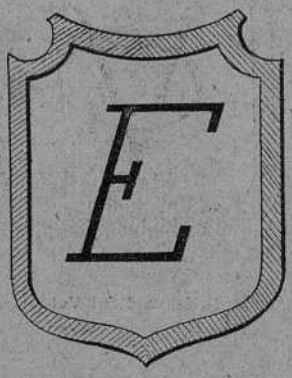
Navarra

CAPITAL



D. Cosme de la Escalera

PERALTA



D. Pedro Galo Elorz

CAPARROSO

Doña Cecilia Montoya, viuda de Zalduendo

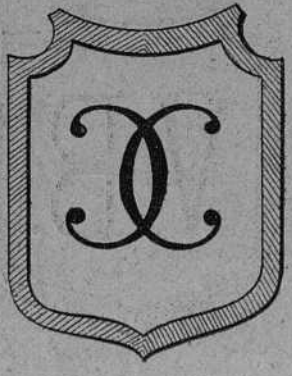
PERALTA (FUNES)

D. Raimundo Díaz

CORELLA

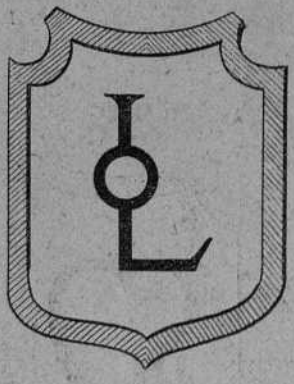
D. Miguel Poyales

TUDELA



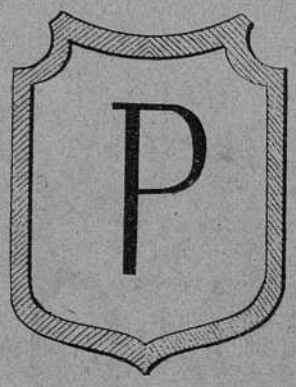
D. Nazario Carriquiri

TUDELA



D. Antonio de Lizaso

TUDELA

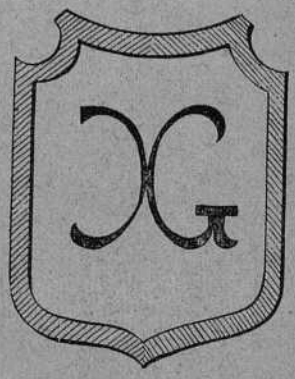


D. Vicente Pérez Laborda

TUDELA

D. Manuel del Val

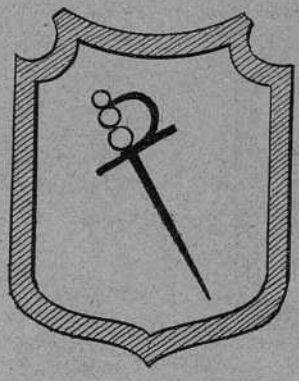
TUDELA



D. Francisco Guendulain

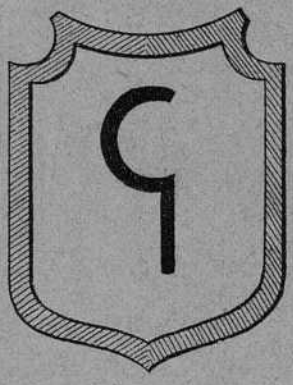
Salamanca

CAPITAL



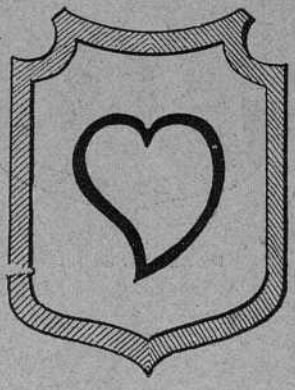
D. Julián Casas

CAPITAL



D. José Garín

CAPITAL



D. Millán Presencio

ALBA DE TORMES

D. Ventura Castroverde

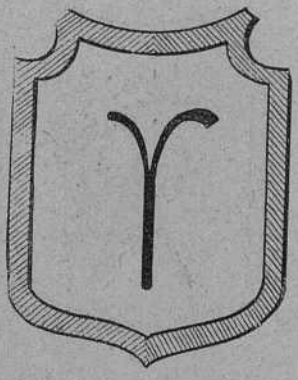
ALBA DE TORMES

Vizconde de Garci-Grande

SANTIAGO DE LA PUEBLA

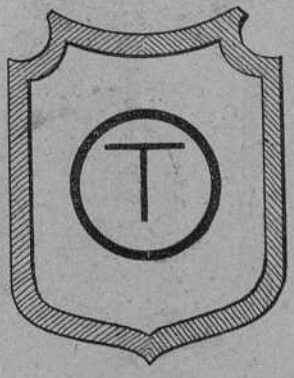
D. Francisco Andrés Montalvo

TERRONES



Doña Carlota Sánchez

TERRONES



D. J. Sánchez Tabernero

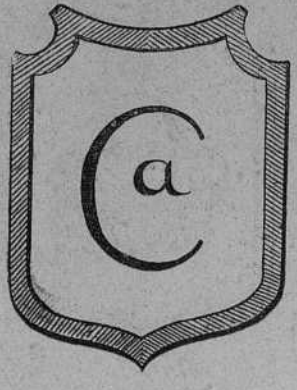
Segovia

BERNARDO

D. Mateo Escorial

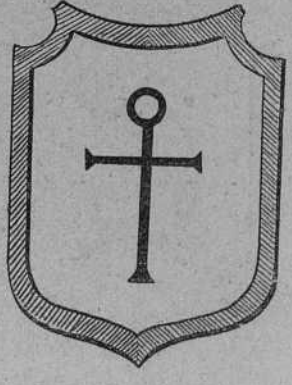
Sevilla

CAPITAL



D. Joaquín Pérez de la Concha

CAPITAL

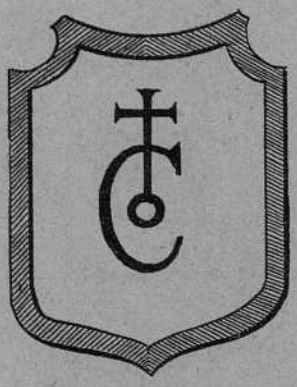


D. Manuel María Torres

CAPITAL

D. Eduardo Ibarra

CAPITAL



D. Vicente Vázquez

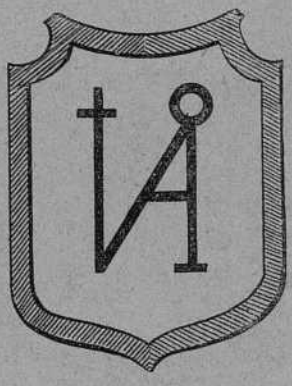
CAPITAL

Marqués del Gandul

CAPITAL

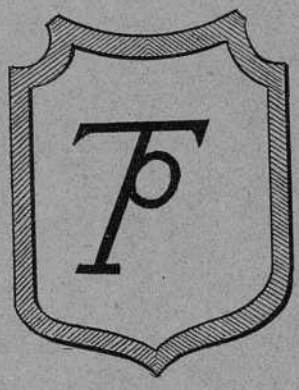
D. Luis Gil

CAPITAL



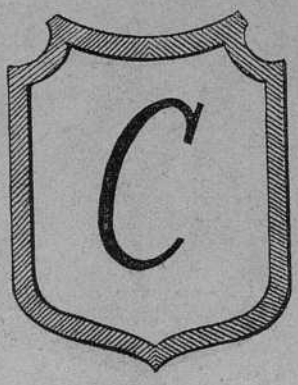
Conde de Vistahermosa

CAPITAL



J. Torres Díez de la Cortina

CAPITAL

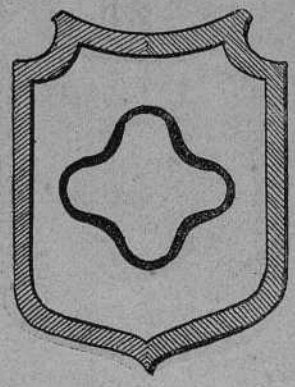


D. Joaquín Castrillón

CAPITAL

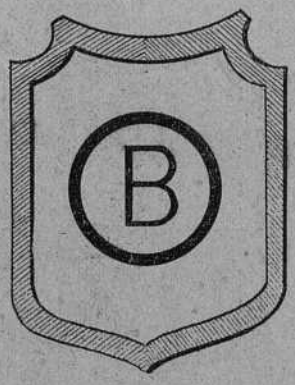
D. Angel González Nandín

CAPITAL



D. Felipe de Pablo Romero

CAPITAL



Pablo Romero á los Benjumeas

CAPITAL

D. Diego Hidalgo Barquero

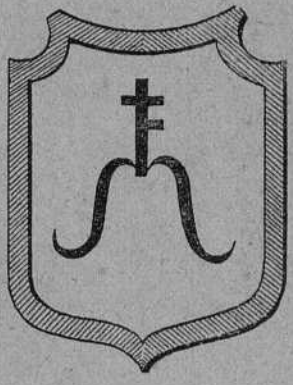
CAPITAL

D. Pablo y D. Diego Benjumea

CAPITAL

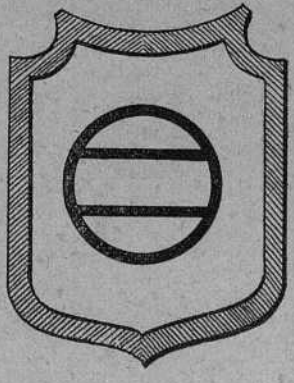
D. Antonio Miura

CAPITAL



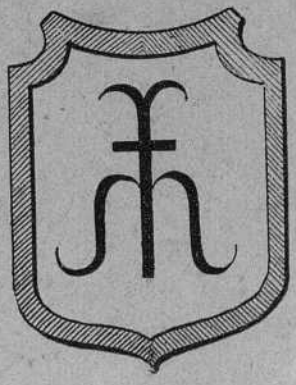
D. Joaquín Muruve

CAPITAL



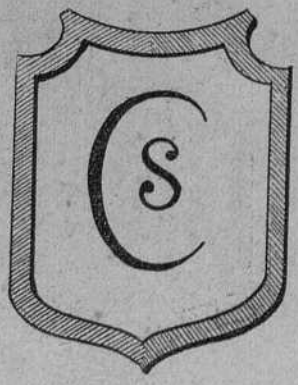
Marquesa viuda del Saltillo

CORIA DEL RÍO



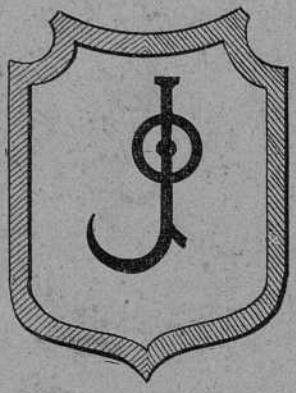
D. Anastasio Martín

CAPITAL



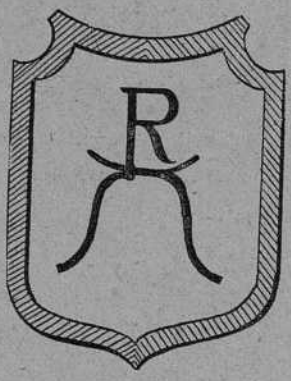
Doña Celsa Fontfrede

CAPITAL



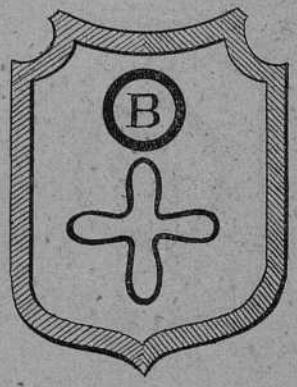
D. Jose Orozco

SEVILLA



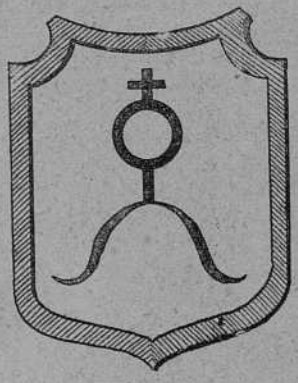
D. Antonio Rodriguez

CAPITAL



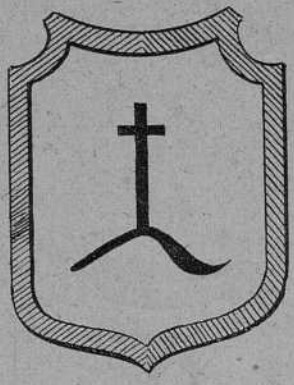
D. Francisco Gallardo y Castro

GUILLENA



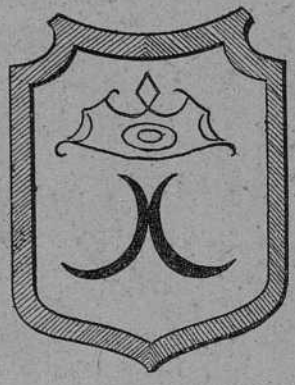
Sres. Arribas hermanos

DOS HERMANAS



D. Agustín Parda

HUEVAR



Marqués de Villavelviestro

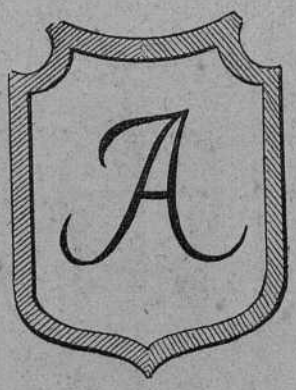
ALCALÁ DEL RÍO

D. Manuel Freire

ALCALÁ DEL RÍO

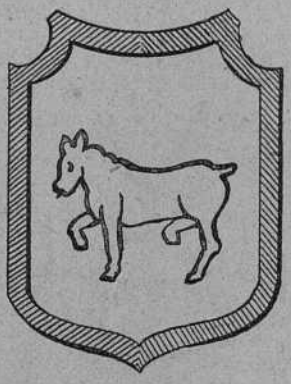
D. Fernando Freire

LA PUEBLA



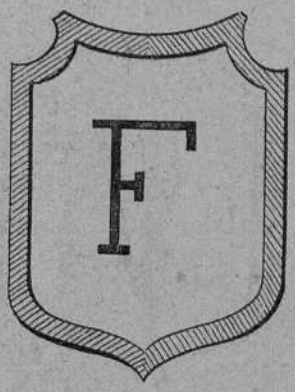
D. José Antonio Adalid

UTRERA



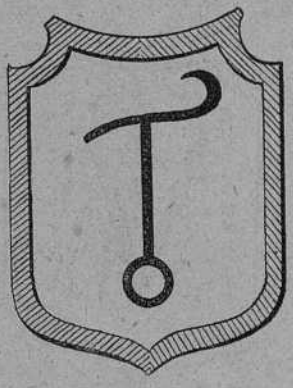
D. José Cabrera

UTRERA



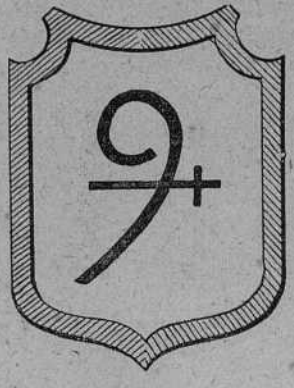
Marqués de Carrión

UTRERA



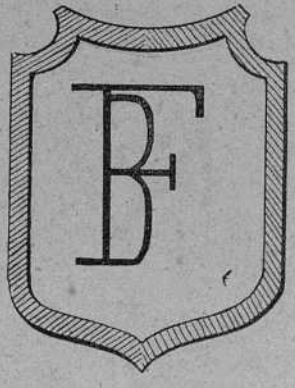
D. Benito Ulloa

CAPITAL



D. Francisco Taviel de Andrade

UTRERA



D Juan Becquer

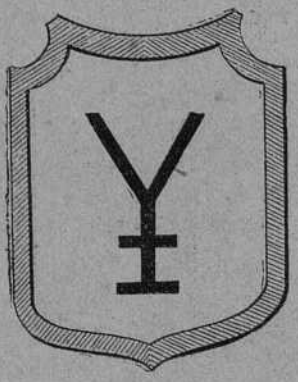
MEDINA SIDONIA

D Bartolomé Muñoz

CAPITAL

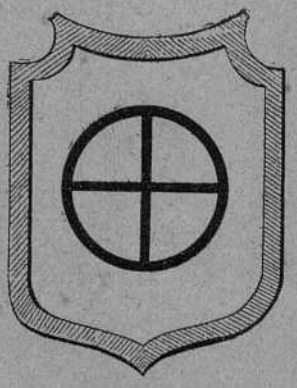
D. Valentín Collantes

UTRERA



D. José Arias Saavedra

UTRERA



Zambrano hermanos

Valladolid

PEDRAJA DEL PORTILLO

D. Pablo Valdés

Zamora

CAPITAL

D. Fernando Gutiérrez

CAPITAL

D. Juan Núñez

CAPITAL

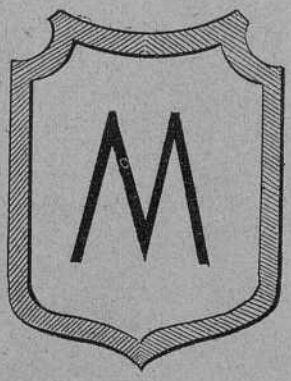
Conde de Patilla

Zaragoza

CAPITAL

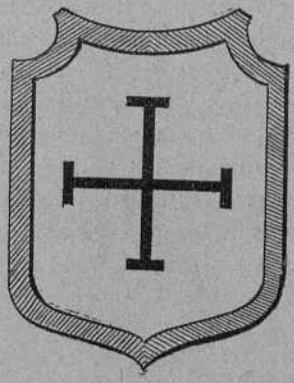
Doña Ramona Sáez, viuda de Gota

EGEA DE LOS CABALLEROS



Severo Murillo (Ripamilán)

PINA DE EBRO

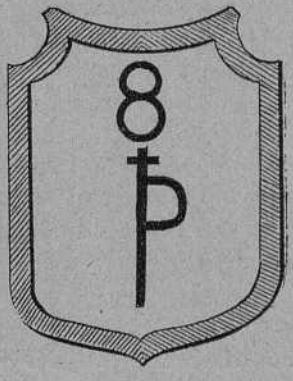


D. Gregorio Ferrer

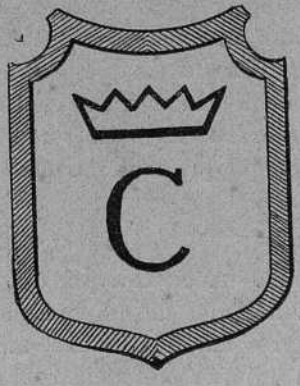
Existen y han existido algunas ganaderías cuyos dueños no se han cuidado de expresar su vecindad en los carteles pero que en las reses han usado hierros. De estos, como más notables recordamos los siguientes:

Portugal

VILLAFRANCA DE XIRA



D. José Palha Blanco



Marqués de Comillas

D. Victoriano Fernández Giro

D. Ramón Sierra

En algunos carteles aparecerán tal vez anunciados toros de ganaderías aquí no expresadas. Téngase presente que muchas veces proceden de desecho y los ganaderos de las de casta no quieren, y hacen bien, desacreditar la suya, por lo cual consienten se anuncien como de la pertenencia del comprador; otras veces son reses criadas para el abasto de los mataderos, que la codicia da como bravas; otras son de ganaderías que empiezan á formarse con restos de las extinguidas, y pocas, muy pocas, es posible hayamos olvidado, lo cual no tiene nada de extraño por las dificultades que hemos tenido que vencer para poder facilitar á nuestros lectores doble número de marcas de las que se han dado en los libros escritos hasta ahora sobre el particular.

Hijón, D. Juan. — Vecino de Manzanilla, de quien dice el Sr. Espinosa y Quesada, con referencia á *El Arte del Toreo* de D. José de Daza, que á la edad de más de ochenta años derribaba en el campo reses bravas. ¿Será éste el *Juanijón* de que habla *Pepe Illo* y que picaba toros á caballo sobre un hombre?

Hijosa, Bartolomé *(El Habanero).*—Mataba toros alternando con Juan Hidalgo en 1822. De su mérito no hay noticias.

Hijosa, Alfonso.—Picador de vara larga, á quien dió la alternativa en la plaza de Madrid el conocido Zapata el año de 1813. Los que le vieron no le concedieron mérito.

Hiráldez Acosta, D. Enrique.— Era un entendido aficionado y escritor público; fundador en Madrid (1874) de un acreditado periódico taurómaco.

Hita, Ginés de.—Este notable escritor, en su *Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes*, hace una descripción bellísima de una corrida de toros en la plaza de Bibarambla de Granada, en tiempos de reyes moros, y en que se lució el malique Alabez mancornando un toro bravo. Tiene tal pureza de lenguaje el trozo á que nos referimos, que se cita como un modelo de escogida literatura.

Homen, Antonio Luis.— Hay que aplicarse más en las banderillas y tener más confianza si ha de llegar á ser banderillero este mozo, que empieza ahora el oficio.

Hondo.—El toro que, siendo de libras, tiene las patas en proporción á su corpulencia, y altos el cerviguillo y cuarto trasero. Presentan hermosa lámina los de este trapío, siempre que no sean barrigones.

Hormigo, Francisco.— Era notabilidad como picador, aunque en nuestro concepto valía menos que su hermano Andres. Toreaba ya en el año de 1824 en la época de Juan, el *Pelón*, y alternando con él.

Hormigo, Andrés.—Buen jinete y acreditado picador, que lució por los años de 1833 al 38, y mucho después en la plaza de Madrid y en otras varias, al lado del célebre Antonio Sánchez *(Poquito pan)*, de quien no desmereció gran cosa. Era pundonoroso y trabajaba con celo, por lo cual era simpático al público, de quien deseaba oir aplausos.

Hormigón.—El toro cuyas astas en sus extremos ó puntas se encuentran poco agudas ó redondeadas, en menos proporción que las de los llamados mogones. Siempre los toros hormigones lo son a consecuencia de una especie de enfermedad ó padecimiento que les corroe en parte la delgada lámina que concluye en sus astas formando los pitones.

Hosco.—Véase negro «Mulato.»

Huertas, Antonio.—Trabajó como banderillero en alguna ocasión con la cuadrilla del *Tato;* pero no se marcaron mucho sus adelantos en el arte de torear.

Huerto, Victoriano del.—Hasta ahora no ha picado temporada entera, y por lo mismo no es fácil apreciar su trabajo. También es de los atrasaditos en el oficio, es decir, de los que hace algún tiempo trabajan y no llegan á ser de tanda en cuadrillas de primer orden. Es posible que haya abandonado el oficio, porque nadie habla de él desde diez años acá.

Huertos, D. Rafael.—Aficionado práctico que, con aplauso, y en unión del último marqués de Villaseca, lidió becerros en Madrid hace más de treinta años, y en Aranjuez á presencia de la reina doña Isabel II, en una función á que asistió toda la grandeza y aristocracia que residía en Madrid. Fué empleado público.

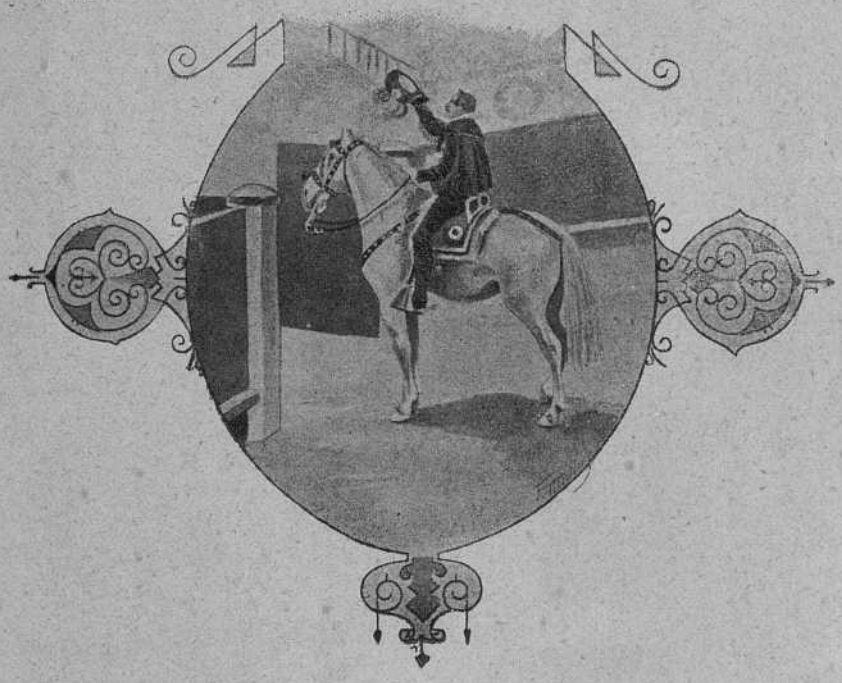
Huesos (tomar los).—Dícese del espada cuando al dar la estocada pincha en los altos sin introducir el estoque. Generalmente sucede así cuando va bien dirigida la estocada, no atravesándose el diestro, sino perfilado; pero suele suceder que casi siempre no penetra la espada, porque el toro está cerrado de agujas, lo cual consiste en que está abierto de manos, ó sea separadas una de otra más de lo regular, y también en que el torero, cuarteando mucho, pinche atravesándose.

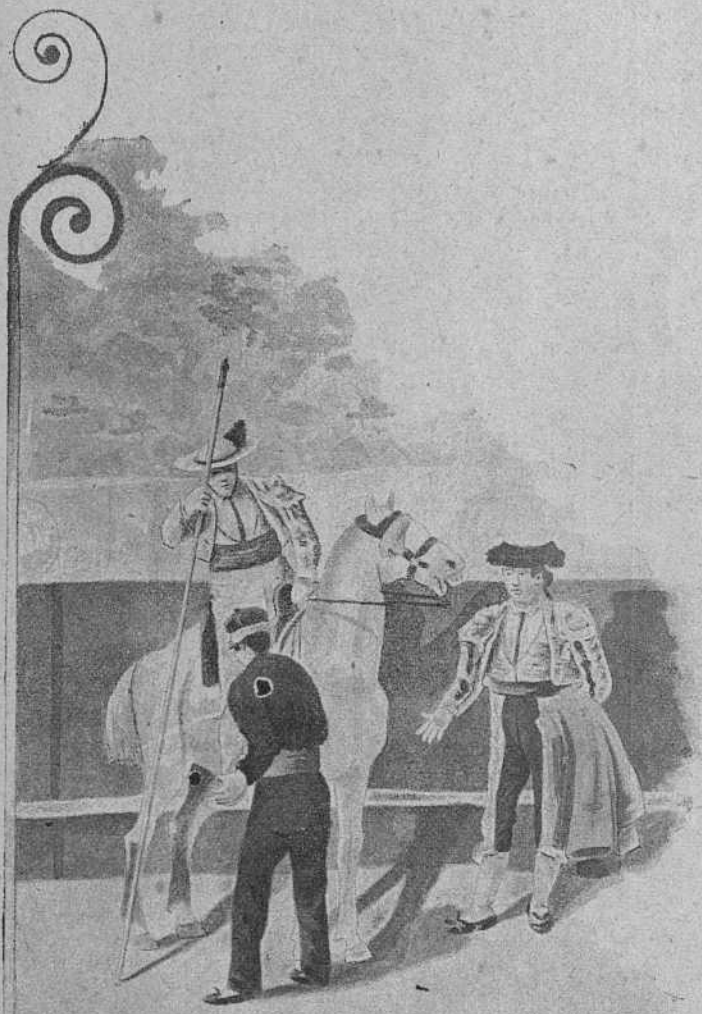
Huelva, Rafael.—En 1876 se estrenó este mozo como picador, y en Sevilla dijo «vuelvo», y no se le ha vuelto á ver. Al menos á nuestra noticia no ha llegado su segunda presentación en otra plaza de importancia.

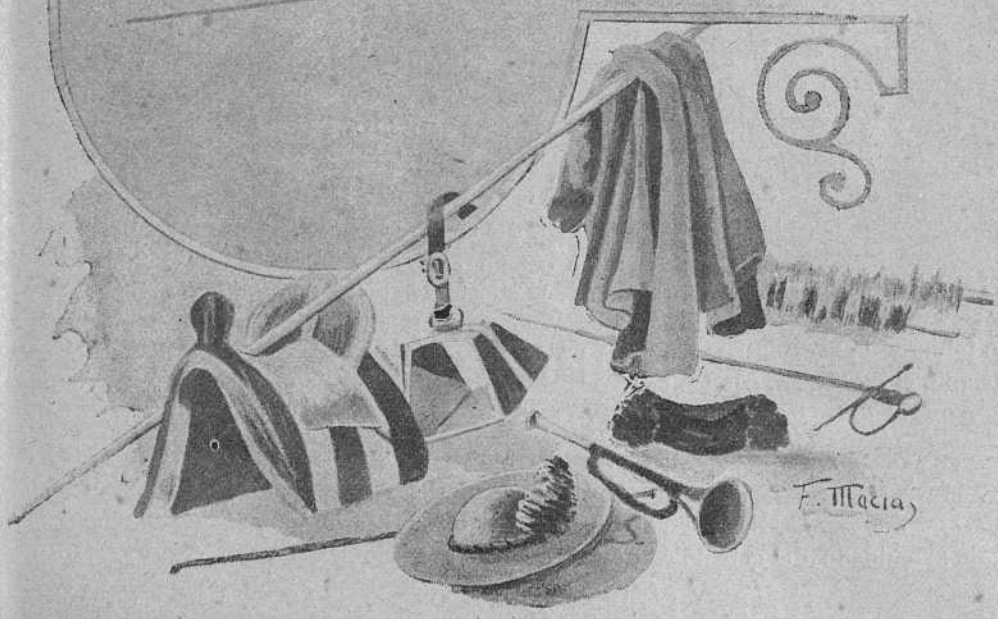
Huído.—El toro que busca la salida sin hacer caso de bulto ni engaño. Generalmente los toros blandos al hierro, en cuanto se les castiga con la garrocha, vuelven la cara y concluyen por huirse; pero alguna vez, toro que ha salido del chiquero huyendo, se ha crecido y ha acometido con codicia, especialmente si en el primer encontrón con un picador éste ha marrado el puyazo, y aquél, sin castigo, ha podido cebarse en el caballo. Empapándole mucho, consintiéndole, puede sujetársele y hacer que acuda á las suertes en que no encuentra castigo.

Humillar.—Cuando el toro baja el testuz para engendrar la cabezada, para partir ó escarbar, ó bien cuando, herido por el estoque, se coloca así no tapándose. No debe hacerse con él suerte alguna hasta que levante el testuz.

Hurtado, Juan.—No debía ser muy mal picador cuando á principios de siglo alternaba con buenos compañeros en las plazas de más nombre. En la de Sevilla trabajó en 1802 con Manzano y Escobar.







Ibáñez y González, D. Antonio.— Concienzudo escritor taurino que perteneció y pertenece á la redacción del acreditado periódico *El Toreo*, de Madrid. Se ha distinguido por su imparcialidad, su clara dicción y correcto lenguaje.

Nació en Murcia el 6 de Diciembre de 1850 del matrimonio de D. Antonio Ibáñez Peralta con doña Francisca González del Oro. Estudió hasta el 1870 la carrera de filosofía y letras, y por sus convicciones republicanas fué presidente de Club y abanderado de voluntarios, siguiendo las tendencias políticas de D. Emilio Castelar, hasta que este eminente orador se alejó algún tanto

de las contiendas de los partidos; prestó grandes servicios en obras de caridad y ha dirigido varios periódicos taurinos y formado parte de las redacciones de otros políticos y literarios.

Su entusiasmo por la afición taurina no la ha probado solamente desde su asiento de barrera con los lápices y cuartillas en la mano, sino que, con general aplauso, ha cambiado dichos útiles por el

estoque, para en corridas de beneficencia, en su país, matar algunas reses, llevando á la arena sus conocimientos, que ha probado sobradamente redactando el Reglamento para las corridas de toros que rige en la plaza de Murcia.

Aparte de otros méritos literarios, Ibáñez es un aficionado teórico-práctico de gran valía, serio y de relevantes condiciones sociales.

Idiáñez, Manuel *(Malagón).*—Era un torero cordobés que en el primer tercio del presente siglo se buscaba la vida trabajando en plazas de segundo orden como banderillero.

Idiáñez, Francisco *(Chanito).*—Hermano de Manuel, natural también de Córdoba, y banderillero de novilladas en la misma época. No sabemos cuál de los dos sería mejor en su profesión.

Iglesia, Antonio de la.—Matador de toros en novilladas, cuando lo eran *Pucheta, Don Gil,* el *Regatero* y otros que luego tomaron la alternativa de espadas, lo cual no consiguió el tal Iglesia, por su poca aptitud para el toreo. No todas las iglesias son catedrales.

Iglesias, José García *(El Morondo).*—Natural de Salamanca, y dedicado al cuidado del ganado desde joven, era entendido picando toros. Trabajaba con buena voluntad, aunque no con gran fortuna, y ha tomado parte en las fiestas reales del año 1878, desde cuya época no ha vuelto á vérsele en plaza alguna.

Iglesias, Arturo.—Hace más de ocho años pareaba regularmente, allá en plazas de Andalucía; pero desde entonces no hemos vuelto á saber su paradero.

Iglesias, D. Eduardo.—Industrial honrado y trabajador constante; llevado de su afición á las fiestas de toros, ha resucitado con enérgica iniciativa el antiguo y muerto ya periódico *El Enano,* dándole nueva y exhuberante vida, á fuerza de cuidados y dispendios. Supo escoger para redactarle gente muy entendida en las lides tauromacas y ha dado á la publicación un interés y una importancia extraordinarias, consiguiendo del público un favor inusitado. Sin una gran voluntad, sin un marcado empeño en elevar el arte del toreo hasta donde le corresponde de justicia, no se alcanza, como ha alcanzado Iglesias, un éxito tan grande como merecido. Su entusiasmo ante las hazañas de los buenos toreros le sugirió la idea de celebrarlas en letras de molde, y á fe que no puede estar quejosa la gente de coleta del cariñoso trato que la presta el periódico que, cual otro Fénix, renació de sus cenizas.

Inard, Rosa.—Por cinco duros *hacía* de labradora en una pantomima de novillada, y por igual cantidad, y luego por menos, era banderillera «á cuerpo descubierto» esta muchacha aragonesa de la cuadrilla de la Martina García.

Inclán, José María.—Este banderillero, luego espada, procuró cumplir siempre bien y con bastante conciencia. Si no lo logró, culpa no fué suya, pues «el hombre propone y Dios dispone». Le distinguió bastante Juan León en el primer tercio del presente siglo, haciendo se presentase por primera vez en Madrid en 9 de Octubre de 1815 y tomar la alternativa en 28 de Septiembre de 1818. Había nacido en Sevilla, donde se dió á conocer en 1.º de Marzo de 1813.

Indumentaria.—Nunca han sido tan lujosos los trajes usados por los lidiadores como los modernos ahora en boga. En lo antiguo los caballeros que llevaban garrochones, debían gastar, según

1700.—TIPO DE CABALLERO CON GARROCHÓN.—MACÍAS

dice Novelli, sombrero con plumas de colores, bien ajustado á la cabeza, pero no apretado: vestido negro á la castellana, de golilla, recogido, ajustado y nada embarazoso: las faldillas del ajustador cogidas de la pretina de los calzones, y aquél y estos de ante, de cuerpo y suave: la capa, preciso adorno del traje de la golilla corta, descubriendo el cuerpo, asegurada con dos botones á los hombros de la ropilla. Las espinilleras debían ser de hoja de hierro templado, ligeras, fuertes y bien unidas á la pierna y los botines blancos encima: zapatos de suela blanca y que la carnaza esté afuera, porque se traba y ase más bien á la folera del vestido: guantes blancos anchos, que muchos estregaban las palmas de ellos con polvos de resina para asegurar mejor el garrochón, y que no debían quitarse mientras estuvieran en la plaza.

Desde que el toreo se regularizó, no cabe la menor duda de que todos los que en la lucha tomaban parte, tanto á pie como á caballo, gastaban traje á propósito para ella, que el tiempo y el gusto moderno han ido modificando. Las Maestranzas vistieron por su cuenta á los lidiadores que trabajaban en corridas por ellas dispuestas, regalándoles las principales prendas del traje, que consistía en chaquetilla de grana para los picadores, y justillos para los peones auxiliares. El célebre Romero, y luego los demás espadas de su tiempo, usaron calzón y coleto de ante, largo y ajustado, atacado aquél por la espalda con trencilla, y el segundo á los costados con botones y ojales en su parte alta y baja, cinturón ancho de cuero con grande hebilla delante, mangas de terciopelo muy acolchadas, medias blancas y zapatos con hebilla.

Después, ya en tiempo posterior á *Pepe Illo*, hemos visto que usaban calzón corto, chupilla y chaquetilla de un color, que con raras excepciones, era negro ó muy obscuro, con alamares ó guarnición de seda negra, sombrero de tres picos, y para el paseo capote con mangas muy semejante á un gabán ancho.

Más tarde, el famoso *Curro Guillén*, *Sentimientos* y otros, trocaron aquella sencilla vestimenta por más adornados trajes bordados de oro y plata sobre seda de colores, y sustituyeron la trenza de pelo, la cofia y la peineta, con la reducida coleta y modesta moña que hoy se usa.

Es, pues, hoy el traje del torero de á pie compuesto de chaquetilla corta y airosa, recamada de oro y plata ó bor-

1750.—TIPO DE TORERO

dada de pasamanería sobre buena tela de seda de color, chaleco de tisú de plata ú oro y calzón corto, que en lenguaje bajo llaman *taleguilla*, de punto de seda, igual en color á la chaqueta, y bordado á los costados como la misma. Un ceñidor ó faja de gró, raso, crespón ó faya, de distinto color, rodea su cintura, á la cual baja desde el cuello estrecha pañoleta semejante á la faja, y completa el todo graciosa montera andaluza con madroños y cairel, toda negra, llevando al aire la pantorrilla, que cubre fina media de seda blanca con viso rosado ó azulado, y sujeto el pie con zapatilla negra de piel de cabra sin tacones. Los toreros de á caballo, ó sean picadores, usan de medio cuerpo abajo calzón y botín de ante fuerte, que cubre la mona ó armadura de hierro, y de cintura arriba chaleco de tisú de oro ó plata y chaquetilla como la de los de á pie, pero de terciopelo, bordada y abierta por el centro hasta media espalda y por bajo de los brazos, para ser ó estar suficientemente suelto en sus movimientos. Llevan coleta y moña, faja y pañoleta como los de á pie, y cubre su cabeza el sombrero redondo de castor que llaman castoreño. Se nos olvidaba decir que además de grandes espuelas, usa el picador zapatos muy gruesos con triples suelas, que á pesar de su espesor, más de una vez han sido taladradas por el asta del toro. El sombrero de tres picos, llamado de *medio queso*, en la gente de á pie no desapareció hasta 1834, conservándose, sin embargo, como de etiqueta para las funciones reales.

1790.—TIPOS DE TOREROS Á CABALLO Y Á PIE.—F. NOSERET

Para calle han usado los picadores y aun algunos le usan, un traje compuesto de sombrero calañés, chaqueta corta de terciopelo, chaleco escotado, calzón corto de punto, marsellés al brazo, botines con erretes y ceñidor ó faja de rica seda de colores. El conjunto es airoso y elegante.

Antes los picadores para las faenas del campo usaban traje muy parecido al que ahora llevan á dicho fin los garrochistas, y

1840.—TIPO DE TORERO.—TIRADO.

1880.—TIPO DE TORERO.—*De fotografía*

está compuesto de las siguientes prendas: *Torta* ó sombrero Carmona, de fieltro fuerte, forrado exteriormente de terciopelo negro, más ancho de alas y

1890.—TIPO DE PICADOR EN TRAJE DE CALLE.—*De fotografía*

chato que el llamado calañés; tiene barbuquejo de cinta para sujetarle bajo la barba y cordón de goma para igual fin por detrás, y se estima como el mejor modelo de sombrero, porque su forma y dureza pueden evitar los palos que suelen recibirse en la cabeza al marcharse la garrocha en la despedida del puyazo. *Zajonas* ó delanteras llaman á unas perneras de cuero curtido que cubren la parte anterior de las piernas y vientre del jinete, y que se sujetan con una correa á la cintura y otras trabillas también de cuero á la rodilla y muslos: resguardan mucho del frío y de la lluvia y alguna vez de puntazos. Estas zajonas cada día las usan menos los garrochistas. El *calzón* es de punto con trampa, abrochado en las rodillas por botones de plata, además del cordón de seda negro con borlas que ata por la extremidad inferior, precisamente donde empiezan los *botines* de cuero abiertos por los costados á la parte de afuera. Son blancos los que tienen color de avellana y otros negros, y sirven muy principalmente, además de la gracia que dan al traje, para salvar el calzón del sudor del caballo. *Chupa*, nombre de la chaqueta corta de paño fino, casi siempre adornada con bordado de trencillas de seda y botones de plata ú oro: no se abrocha, y los garrochistas para salvar este inconveniente atan un pañuelo de seda, cuyo nudo viene delante. Como prenda de abrigo, usan el *marsellés*, pero en todo tiempo se lleva, si á pie en el brazo, si á caballo en la perilla de la silla, puesto que es el complemento del traje de moños: va adornado ahora en las coderas y extremos de terciopelo negro y antiguamente de colores, con tres ó más broches grandes de plata para abotonarle al pecho; y finalmente, usan *faja* de seda de colo-

1890.—TIPO DE GARROCHISTA (D. Antonio Fernández Heredia *De fotografía*

res y *espuelas* de las llamadas jerezanas, vaqueras, de cuello de pichón, y de cinco puntas que es la de mejor castigo que se conoce.

Infantas, D. Antonio de las.—Caballero particular que en unión del duque de Fernandina, del marques de Almazán y de otros de la primera nobleza, rejoneó toros en la plaza Mayor de Madrid en el año de 1663.

Infante, D. Fernando.—Caballero malagueño que en fiestas reales celebradas en la ciudad de su residencia, el 16 de Septiembre de 1686, rejoneó

toros en la plaza pública, ó de Cuatro calles (hoy de la Constitución).

Infante, Juan *(El Grajo)*.—Natural de Málaga, donde nació en 1862, siendo hijo de Pedro y de Francisca Laure. Cuando pasó de la infancia, pero desde muy pronto, le dedicaron á la carretería, ó sea al cuidado de carros para conducir encargos, y luego á mozo de caballos, hasta que habiendo

toreado como picador por primera vez en 1883, se dedicó de lleno al arte de los Corchados y Marchantes, y ha trabajado desde entonces con casi todos los novilleros espadas, y en algunas provincias con matadores de primer orden y categoría.

Es hombre modesto, robusto y amigo de cumplir con su obligación. Se tiene muy bien á caballo, al que va unido como debe; entiende lo que es el toreo, y sobre todo la suerte de picar, y no le falta más que un buen padrino, para que haciéndole trabajar con los más sobresalientes le proporcione adquirir el conocimiento completo de muchos detalles del arte de torear.

Infante y Palacios, D. Santiago.—Escritor público que con gran calor defendió en la prensa, tanto en prosa como en verso, las buenas cualidades del espada Julián Casas *(El Salamanquino)*, y las corridas de toros. Es autor de algunas obras literarias, y hace ya muchos años marchó á América, regresando de allí en 1892.

Infante, Manuel.—Picador de toros voluntario, jinete bastante bueno y de regulares condiciones personales; ha ido adelantando desde que le vimos por primera vez en Madrid hace ya seis ó siete años. Más debiera trabajar de lo que trabaja, porque aunque no es de lo superior en el arte tampoco es despreciable.

Infante y Coito, José *(Charpa)*.—Con que sepa hacer y haga este picador la mitad de lo que hizo su tío Joaquín Coito, el verdadero *Charpa*, nos damos por contentos. Hay sobrenombres que á mucho obligan, y ese es uno de ellos.

Infante da Cámara, Nuno.—Vive aún en Portugal, retirado del toreo, este buen aficionado y rejoneador de toros á caballo, mozo de curro y forcado. Es hermano del ganadero portugués

---

Infante da Cámara, Emilio.—Excelente mozo de forcado, retirado ya del toreo. Es hoy uno de los primeros ganaderos de reses bravas, que son consideradas como de las mejores para la lidia portuguesa. Pasta su ganadería en el pueblo llamado «Valle de Figueira.»

Inteligente.—Así como en España hay un presidente, que ya proceda de la clase de concejales ó de la de gobernadores, está al frente del espectáculo para atender á todo lo que generalmente ignora, en Portugal, donde en realidad no es preciso tan en absoluto como aquí conocimiento exacto de los incidentes de la lidia, tienen un *Inteligente* que dirige toda la corrida y está contratado al efecto como si fuera un artista. Corre á su cargo mandar el cambio de las suertes y hacer *pegar* á los toros que estime, por su estado, á propósito para que los forcados lo verifiquen.

Intención.—El instinto dañino que descubren algunos animales, á diferencia de lo que en otros se observa generalmente; y así se dice «toro de in-

tención.» En el redondel se llama de sentido al que demuestra esa intención.

Iradier, D. Sebastián.—Notable músico español que floreció hace unos cincuenta años. Sus canciones andaluzas eran el encanto de los salones de la corte, y las tituladas *El Torero*, *Los toros de Madrid* y *Los toros del Puerto* han sido y son tan populares, que á pesar del mucho tiempo transcurrido, todavía se oyen con tanto gusto como *Las Caleseras*, del mismo autor. Fué un acontecimiento en Madrid oir cantar la *Jota del Chiclanero*, de su composición, en el año de 1845, al célebre bajo de ópera Ronconi, al tenor Belart, á las grandes cantantes Bossio y Didier y á otros artistas líricos notables.

Iriarte, D. Tomás.—Célebre poeta español, que nació en el puerto de Santa Cruz, de la villa de Orotava, en la isla de Tenerife, el día 18 de Septiembre de 1850. Escribió una bonita descripción de una función de toros en Madrid; falleció de la gota el 17 de Septiembre de 1891, y fué enterrado en la parroquia de San Juan.

Irles Rossio, D. Pedro.—Antiguo é ilustrado periodista alicantino, excelente crítico de teatros, que consiguió llamar la atención con sus preciosas revistas de toros, escritas con gracia y sal. Hace tiempo que dejó de escribirlas, y todavía las recuerdan con placer los aficionados de Alicante, á quienes les toca obligarle á que las prosiga.

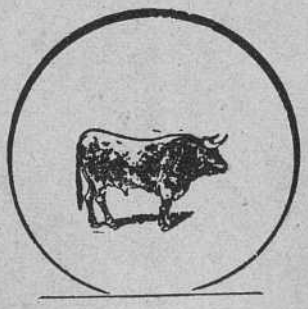
Irse por carne.—Se dice cuando por ceñirse demasiado el toro, al colocarse en la suerte de matar, le entra la espada por el lado izquierdo sin profundizar, ó solamente pinchándole, sin consumar la suerte ni dar verdaderamente estocada, á la cual llaman los toreros, como al principio decimos. Es, en una palabra, meter el estoque poco más adentro que entre cuero y carne, pero en igual dirección.

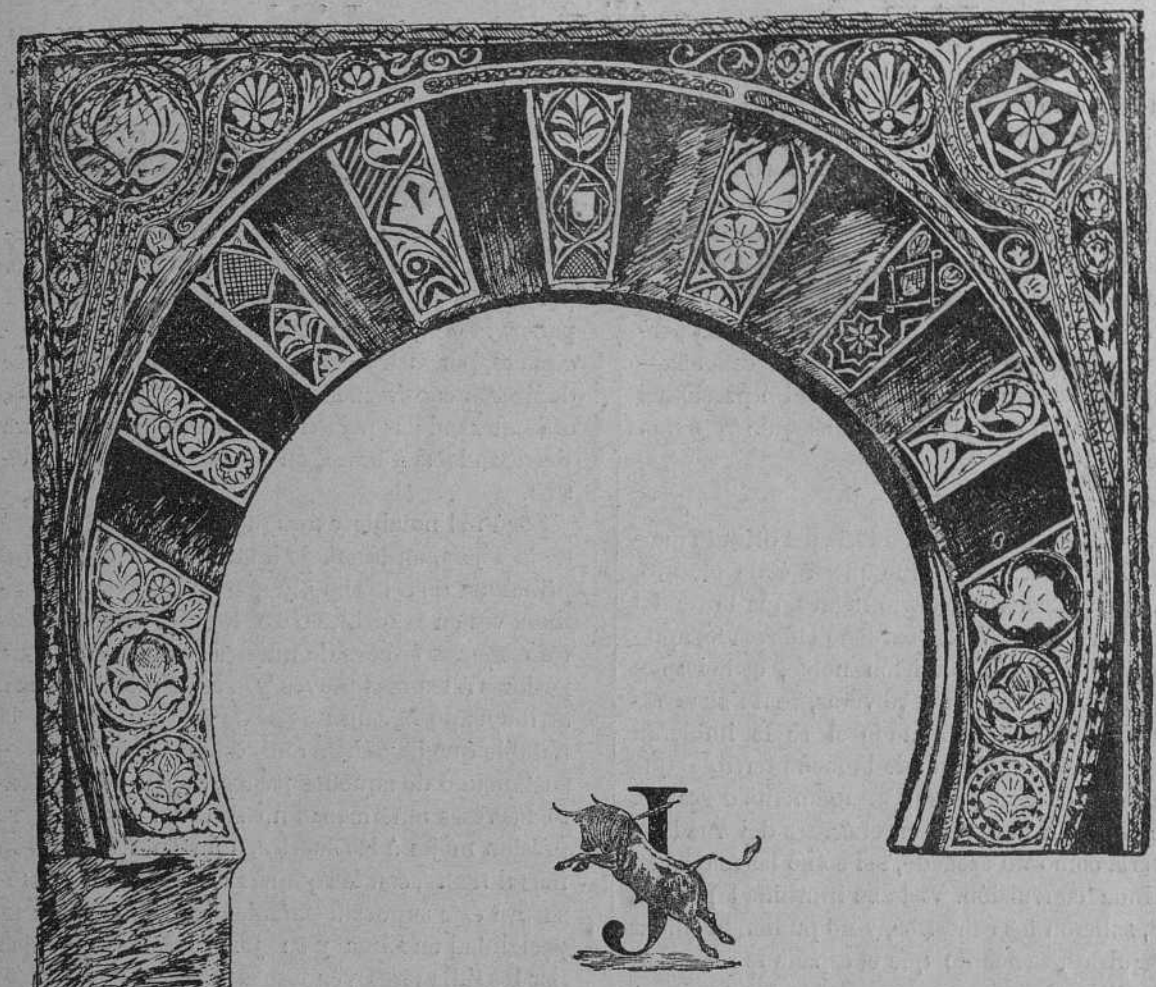
Isasi, Cecilio *(El Alavés).* — Cumple lo mejor que puede matando toros en novilladas por los pueblos. No lleva en el oficio un año ni dos, que ya sabe donde le aprieta el zapato. Es muchacho formal y simpático.

Ituarte, Antonio.—Fué á principios de siglo un banderillero aplaudido por su arrojo. Se le conocía con el apodo de *El Zapaterillo de Deva*, y en Madrid trabajó antes del año de 1819.

Iturbe, Cayetano *(El Vizcaino).*—Fué á ejercer de banderillero en la Habana, aun no hace diez años, y adquirió cierta fama de inteligente en aquel país, del que no creemos haya vuelto á España; al menos nadie da razón de su paradero.

Izquierdo, Manuel *(Morenito).*—Por si eran pocos acaba de darse á luz otro morenito, que dicen parea bien y es fresco ante los toros. No le hemos visto.





Jabonero.— El toro cuya piel, aunque blanca, es sucia y tira á un color amarillento, no tan limpio como el del caballo que se llama perlino. Es la gradación ó color medio entre el ENSABANAO y el BARROSO; pero téngase en cuenta que no hay que confundirle con el ALBAHÍO, siempre más limpio y pajizo que el jabonero.

Jacintho, José.—Pegador portugués y uno de los primeros garrochistas que hay en el vecino reino de Portugal. Es notable en las faenas del campo y ha sido muy aplaudido, considerándole como amador no retribuido, en Coruche, donde hay tanta afición, y en otros pueblos portugueses.

Jaen, Manuel *(El Morito).*—Mataba novillos hace diez años, allá por la tierra de María Santísima. No hemos podido saber si lo hacía bien ó mal, porque desde entonces no se ha dejado ver, ni nadie nos ha dado noticia de su paradero.

Jalma.—En América, como en España, se da ese nombre á la albarda ó albardón que se pone á las bestias de carga. Pues bien; en aquel remoto país, cuando

un diestro se ha distinguido mucho suelen el día de su beneficio regalarle un toro del país, *enjalmado* lujosamente con pretal y atarre, de estilo berberisco, salpicado con soles y monedas de plata, y con bordados y flecos de seda, como se adornan algunas mulas catalanas y caballos de contrabandistas. El mayor ó menor prestigio que en el país tenga el padrino del torero—porque hay que advertir que éste tiene que buscar siempre una persona que le favorezca allí durante su estancia—influye poderosamente en la bondad ó precio del toro y valor del aparejo. Es un obsequio que van desterrando.

Jaquetón.—Toro de la ganadería del difunto marqués viudo de Salas, vecino que fué de Madrid, lidiado en la corte en cuarto lugar en la tarde del 24 de Abril de 1887. Era cárdeno chorreado, apretado de cuerna, de condición noble, codicioso y de gran poder. Tomó nueve varas, mató siete caballos, y más hubiera matado si se le hubieran puesto delante. Fatigado de la faena terrible que sostuvo en la lidia, pues ni un momento descansó, se le vió bajar la cabeza en el centro del ruedo y moverla como un azogado, así como las manos en continua convulsión. Vista su inutilidad para la lidia, salieron los cabestros, y no pudiendo andar ni seguirlos, se acordó que el espada le rematase, haciéndolo Francisco Arjona Reyes de un descabello al tercer intento. Cuando fué arrastrado, todos los concurrentes aplaudieron las hazañas de tan bravo animal, que, reconocido después en el desolladero por el distinguido profesor de veterinaria D. Simón Sánchez, resultó tener roto un pulmón; de modo que murió *reventado*, como caballo en larga carrera.

Jarameño.—Aunque esta voz parece aplicable á cuanto del Jarama se derive, sólo se entiende al usarla que se refiere á los toros que se crían en las riberas del Jarama, celebrados por su bravura y ligereza. Así lo afirma, con razón, la Academia, y en ese sentido la han usado autoridades literarias antiguas y modernas.

Jaramillo, Manuel.—Fué uno de los banderilleros que pusieron los últimos pares de rehiletes al toro que mató al desgraciado *Pepe Illo* en el año de 1801. Pasó despues de esto á formar parte de la cuadrilla que organizó su compañero Antonio de los Santos cuando éste se hizo espada, y tuvo fama de bravo y entendido.

Jaripeo.—En este nombre genérico van comprendidas, y con el se conocen, todas las suertes de toreo que en México practican, con singular maestría, los hombres que allí se dedican al referido arte. De modo que puede tomarse como equivalente á «Lidia Taurina.»

Tuvo ésta origen en América cuando allá fueron los españoles, que aprovecharon las circunstancias de ser muy abundante, grande y bravo, por lo salvaje, el ganado vacuno que se cría en el país, y la de que los naturales del mismo, por necesidad, por distracción y por alarde de valor se dedicaron con frecuencia á cazar reses vacunas, ora enlazándolas para desjarretarlas después, ora derribándolas á brazo, en lo cual eran muy diestros.

Según el notable y antiguo aficionado don José de la Tijera, en la preciosa obrita que escribió á principios de este siglo, y que ha impreso por primera vez en Madrid, en 1894, el Sr. Carmena, los toros menos feroces de nuestra Península son superiores á los más bravos y fuertes de América, atribuyendo la causa física de esta variedad á la notable que hay entre ambos climas y á lo menos sustancioso de aquellos pastos, y, por consiguiente, las reses americanas no son tan ligeras y se prestan mejor á las suertes, que en España son más difíciles, con las que se revuelven con presteza. En este supuesto—añade dicho autor—con especialidad en Lima y su jurisdicción, se matan por los lidiadores yéndose á cuerpo descubierto de frente á los toros, al tiempo que les embisten, dando unos pasos cortos adelante, pero muy pausados, largos y oblicuos á derecha é izquierda, en términos de que en cada uno de estos movimientos separan el cuerpo lo necesario de la línea recta al toro, para que al llegar al torero pueda éste rehurtar el cuerpo á su izquierda y darle en la nuca con el cuchillo ó puñal que al efecto lleva en la mano derecha. Esta operación la repiten cuando al primer golpe no se dejan el toro á sus pies, hasta que llegan á conseguirlo. Para este género de suerte es indispensable una extraordinaria serenidad de espíritu y singular tino, no sólo á fin de acertar el golpe en una tan contingente, pequeña y determinada parte como se requiere para que muera el toro, si también á efecto de que el penúltimo de dichos pasos ó compases se mida en disposición que corresponda á la derecha haciendo el oportuno quiebro ó engaño con todo el cuerpo tan en el centro, que pueda el lidiador salir de él y quedar libre con dar el último paso á la izquierda y al mismo tiempo descargar el golpe con el puñal.

Hace más de treinta años (1) que un limeño se presentó en la Plaza de Cádiz á ejecutar la referi-

(1) Debió ser este suceso próximamente hacia el año de 1770. De él hemos hablado en la voz CÁNDIDO.

da suerte, y habiéndole cogido y estropeado el toro al hacerla, tomó inmediatamente Joseph Cándido el puñal y á la segunda salida dió muerte á la fiera, sin embargo de que hasta entonces no tuvo aún noticia de la explicada suerte. ¡Tal era, pues, la habilidad de este famoso lidiador!

Las demás suertes que hacen á pie los naturales de las mencionadas provincias son tan sin arte, primor y mérito, que la menos mala consiste en juntarse en comparsa ó pelotón, á la manera que lo ejecutaba la rusticidad de algunos mozos de España, para lo que llaman suiza, que era realmente matar los toros con una especie de chuzos, con que hiriéndolos principalmente por los cuartos delanteros, todos á un tiempo con desordenada furia, después los desjarretan y atraviesan con las espadas por todas partes. Suelen también ponerles con una mano arpones (que están hechos á manera de banderillas), pero con torpeza y desaire, y con el propio emprenden diferentes mojigangas y juguetes ridículos, en lo que por lo general únicamente les arrollan y atropellan los toros, por razón de ser de las cualidades manifestadas.

Es incontrovertible que en las citadas provincias de la América se ven los mejores jinetes que hay en el orbe descubierto. Entre las muchas pruebas que tienen dadas de su singular pericia á caballo, hacen continuamente en los campos y plazas las que en parte han ejecutado hace muchos años en algunas de las nuestras. Estas son las de enlazar (1) los toros por las astas, ó el pie ó mano que se proponen, con una guindaleta reboleándola y tirándola desde el caballo, aunque éste y el toro vayan en el más veloz escape.

También los encuerdan ó enmaroman formando un lazo de toda la guindaleta, que llevan arrastrando por el suelo, á excepción de sus extremos, que el uno va sujeto á la cincha, ó cola del caballo, y el otro cogido por el jinete con la mano derecha, cuyo respectivo brazo le extiende recto atrás haciendo con la parte de la guindaleta que puede elevar como un arco proporcionado, para que sobradamente pueda meter el toro la cabeza; inmediatamente que lo verifica llama para sí toda la guindaleta, á esfuerzos de un tirón, situándola en términos que no puede desenredarse el toro de ella ni huir más que lo que permite el largo de la referida, en el ínterin corre y se aprieta el lazo. Para echarlo en los términos explicados, va el diestro corriendo con su caballo á el lado izquierdo del toro, hasta dejarle un poco atrás, y entonces vuelve el caballo á la derecha, midiendo las distancias en términos que pase el toro con la proximidad oportuna por las caderas del caballo para que se entre por el lazo.

Tanto en este caso como en el último explicado, inmediatamente se apea el diestro para derribar al toro, á cuyo fin, ó le mete la cola por entre las piernas, ó la pasa de un hijar á otro por debajo de la barriga, y suspendiendo un poco los cuartos traseros y tirando de aquélla por un lado, le cae al opuesto, con la mira de atarle de pies y manos, ó matarlo si le acomoda.

Igualmente los derriban de un bandazo con la guindaleta, para lo que la dejan en banda, sin más diligencia que la de aproximar el caballo al toro, el que partiendo entonces con precipitación al diestro, que le insulta y escapa; como que el caballo se halla inmóvil y preparado para resistir el

JARIPEO. — A CAZA DE RESES BRAVAS. — MACÍAS.

(1) Véanse las voces ENLAZAR, MANGANEO y PEALEO.

tirón del toro, al verificarlo da éste media vuelta con todo el cuerpo sobre la cabeza y se queda panza arriba, y el caballo siempre tirando para que no pueda levantarse.

En el Perú se enmaroman igualmente, llevando el lazo hecho, abierto y sujeto con un ligero palo de cuatro varas de largo, cuya maniobra también está en uso en Andalucía. En alguna otra provincia derriban los toros desde el caballo, por el estilo que en España (1).

Además de las mencionadas habilidades, hacen en las reiteradas provincias la de montar los toros con mucho denuedo, prontitud y agilidad, para lo que los enlazan en la disposición primeramente expuesta, y luego los tesan hasta enfrontilarlos con el palo que á dicho intento, y el de ponerles la silla, se fija en medio de la plaza.

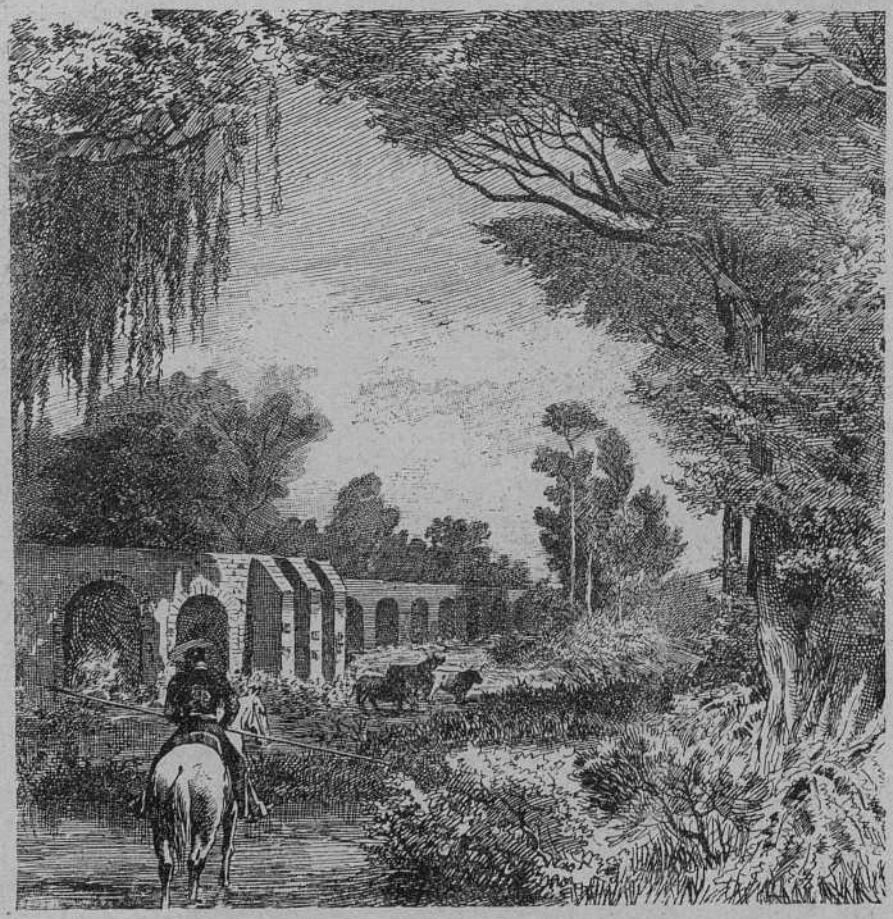
En Lima y Buenos Aires particularmente, cogen los toros ligándoles los pies con las tres proporcionadas bolas que, corriendo á caballo, rebolean y les tiran, las que van sujetas en otros tantos ramales (los dos como de á vara de largo y el restante más corto), los cuales salen de la respectiva guindaleta en forma como de triángulo. Esta va atada por la punta opuesta á la cincha ó cola del caballo, á el que tienen admirablemente enseñado á burlar al toro por medio de un corto recorte cuando le embiste, y tanto en estos casos como en los que acabamos de explicar (que se halla sin jinete), á estar siempre tirando del toro por medio de dicha guindaleta, y, por consiguiente, queda éste á disposición del diestro, luego que se apea, para poder degollarle ó hacer la maniobra que guste.

Es igualmente digna de los mayores elogios la destreza con que sortean con la capa á los toros desde el caballo (2), tanto por el gran lucimiento con que eligen las situaciones más proporcionadas al intento, cuanto por lo difícil que es para su logro perfeccionar el manejo de los caballos.

(1) Página 227.
(2) Página 169.

También usan, montados en éstos, del rejón, el que ponen de dos maneras: la una situando el caballo algo atravesado á la izquierda, de modo que la cabeza del toro se dirija al estribo derecho, con el fin de salir adelante con el caballo, luego que el toro se ceba en el rejón: y la otra, ocupando éste y aquél una línea recta, con el objeto de que sin salir de ella reciba el toro el rejón, con el que generalmente muere al primero que le clavan (1). En este género de suerte no se da salida al caballo, ni hace con el otro movimiento que llamarle un poco á la izquierda, á la manera que si se intentara hacer una media pirueta tan rendida sobre los pies, que casi diese con los corbejones en el suelo, en cuya posición permanece el caballo los momentos que tarda el toro en ser despojo del valor y destreza del jinete, si sale bien el lance. Este es uno de los más vistosos y lucidos que puede emprenderse con un caballo maestro, mandado con todas las reglas. En estos últimos años

(1) Estos rejones deben ser, no de la forma de hoja de peral que tienen las *muertes* de los españoles, si no de la de lanza larga y pesada, de que conserva algún ejemplar el autor de este libro.



PARADA DE TOROS EN CHAPULTEPEC.—I. I.

(fines del siglo anterior) se han ido introduciendo el estoque, banderillas y varas por algunos españoles europeos, al modo que lo practican en nuestras plazas, lo que ya se va haciendo común en las de México, Lima, Cartagena y Habana: aunque en estas suelen picar los criollos á caballo, sin pararle, según generalmente lo ejecutan nuestros conocedores ó mayorales y muchos aficionados, particularmente en los campos de Andalucía.

Así explicó aquel inteligente aficionado en los primeros años del siglo que toca al fin, lo que es el toreo americano. En el día se diferencia poco ó nada del que en España se verifica; bien es verdad que más torean allí diestros que llevan contratados ó van desde nuestra Península á probar fortuna, que naturales de aquel apartado país, aunque no faltan algunos de éstos bastante adelantados en el arte de *Pepe Illo*.

Pero hay que tener presente para todo esto que nada hay comparable al goce que siente el *gaucho* y los que no lo son al perseguir, acosar, lazar y montar una res brava, que en vertiginosa carrera, atravesando inmensas llanuras, rebrincando, bufando y saltando cerros y ríos, la rinde por el cansancio, y jadeante se para y entrega mansa y aburrida al sufrido y valiente jinete, que la dominó y venció.

Tienen ya los americanos, especialmente los de México, sitios á propósito que han escogido para dar descanso á las reses y repararse de sus fatigas. Tal vez el mejor sea el que á tres cuartos de legua de la capital ostenta, con sin rival hermosura, el frondoso bosque de Chapultepec, en que brilla, al pie de la montaña, una inmensa superficie plateada, que es la profunda y maravillosa alberca que por encima del sólido y grandioso acueducto envía sus aguas á la gran ciudad. Es uno de los más hermosos sitios del mundo, con una exhuberante vegetación y con una infinidad de arroyuelos que embalsaman el ambiente.

Jaulones.—Lo mismo que TORILES, aunque muchos aficionados hacen la distinción, no desacertada, de llamar toriles solamente á los chiqueros, es decir, al corto espacio que ocupa el toro más inmediato al redondel; y los jaulones son los sitios que preceden al toril, especie de corralillos con puertas laterales para dar entrada y salida á las reses antes de que sean enchiqueradas.

Jimena, Antonio.—En las sociedades taurinas malagueñas fué un buen banderillero, y hasta probó matar becerros y no acertó. Era sastre, y de aquel país emigró á Lima, donde se hizo torero retribuido, sin que se haya sabido más de él.

Jiménez, D. Ernesto.—Entendido aficionado que bajo el pseudónimo de *Arsenio* ha escrito un excelente folleto titulado *Apuntes sobre el arte de torear*, varios artículos notables en defensa de las verdaderas reglas taurómacas, y un curiosísimo trabajo sobre las ganaderías de España. Es natural de Madrid, y uno de los pocos que al hablar de toros *sabe* lo que dice y lo que escribe, y en las tientas y becerradas *pisa* donde debe hacerlo un diestro de corazón é inteligencia.

Verdadera autoridad en la materia, por tal se le reconoce, aunque su carácter jovial y decidor, como buen hijo de Madrid, haga que, en muchas ocasiones, se tome á broma lo que asegura con

formalidad. Buen amigo y cumplido caballero; es de un trato amenísimo: admírase en él una suficiencia especial y una aptitud general para entender en toda clase de asuntos por variados y antitéticos que sean. Fácil versificador, prosista de mucha naturalidad y sencillez en la dicción y en la frase, ni hace alarde de sus aventajadas dotes, ni llega siquiera á sospechar el grado que alcanzan en la conciencia de los entendidos.

La claridad, valentía y buena crítica que empleó en la redacción de *El Enano* contribuyeron mucho á levantar la afición á nuestra fiesta favorita, y á ensanchar los límites del periodismo taurino, hasta entonces harto circunscripto á determinadas localidades.

Jiménez, Francisco.—De este picador no tenemos más noticia que la de que trabajó con *Paco*

de Oro en la Habana hace ocho años, y que los carteles le anunciaban como natural de Sanlúcar de Barrameda.

Jiménez, José *(Pancho)*.—Banderillero andaluz que conocieron los que vieron torear en sus buenos tiempos al *Tato* y al *Gordito*, á cuyas cuadrillas perteneció. Murió de larga enfermedad en Cádiz el día 22 de Agosto de 1888 á los cincuenta y cinco años de edad.

Jiménez, Rafael *(El Simpático)*.—Un banderillero natural de Sevilla, que cumple muy bien y justifica su apodo, sin tener pretensiones. Pertenece á la cuadrilla del espada Leopoldo Camaleño y Obregón, que actúa en América con gran éxito. Acerca de tal matador hablaremos en el apéndice, porque han llegado tarde á nuestro poder los datos pedidos para incluirle en la letra correspondiente, con la extensión debida.

Jiménez Aranda, D. José.—Natural de Sevilla, donde aprendió el arte de la pintura con notable aprovechamiento. Goza de una excelente reputación en el arte, y por su cuadro «Un lance en la plaza de toros,» que presentó en la Exposición nacional de 1871, obtuvo una medalla de tercera clase, fuera de reglamento; y «Una cogida en los toros,» que llevó á la Exposición de París en 1880, fué muy celebrada por la correción del dibujo y brillante colorido. Es comendador de la orden de Isabel la Católica.

Jiménez, Pedro.—De Jerez de la Frontera y diestro de á caballo que se ofrecía á las empresas en 1816 en calidad de sobresaliente. No se sabe si luego pasó á mayor categoría ó si se obscureció por completo.

Jiménez, José.—A fines del siglo último forma ba este afamado banderillero parte de la cuadrilla de Joaquín Rodríguez *(Costillares)*. En 5 de Octubre de 1799 actuó como espada en la plaza de Sevilla.

Jiménez, Manuel.— Excelente picador de la cuadrilla de Pedro Romero, á quien debió la vida en más de una ocasión, y especialmente en la corrida celebrada en Madrid el 17 de Julio de 1789. En el siguiente año de 1790 figuró el primero en carteles con la cuadrilla de Joaquín Rodríguez *(Costillares)*, lo cual no es raro, porque en aquella época se ajustaban los picadores por sí, y sin dependencia de torero alguno, y por lo tanto lo mismo figuraban en una cuadrilla que en otra. Trabajó por primera vez en Sevilla el 9 de Diciembre de 1782.

Jiménez, Juan.—No tenemos de este torero más noticias que la de que fué picador en la cuadrilla de *Pepe Illo*, según dice un autor competente, y que alternó por primera vez en Sevilla el 16 de Octubre de 1784.

Jiménez, Bartolomé.—Picador de mérito sobresaliente que en fines del siglo anterior trabajaba con la cuadrilla de *Pepe Illo* y otras de primer orden. No deja de llamar la atención la semejanza de su nombre con el de

---

Jiménez, Bartolomé.—Notable peón y banderillero que recibió lecciones de Pedro Romero, en cuya cuadrilla trabajó. Después de la muerte de *Pepe Illo* hubo temporadas en que actuó como primer espada en la plaza de Madrid. ¿Sería picador antes y luego matador, y por consiguiente una sola persona? Hay que advertir que ya en 16 de Mayo de 1795 había matado toros en la plaza de Sevilla.

Jiménez, Agustín.—Ejercía en algunas plazas y ocasiones de sobresaliente de picador, es decir, de reserva ó de «entra y sale», como ahora se dice. Cuando su nombre está obscurecido poco valdría. Fué su época anterior al año 1820.

Jiménez, Juan *(El Morenillo)*.—Hay á veces coincidencias raras en la vida de dos personas, que hacen semejantes la mayor parte de sus actos.

Como si procedieran de un mismo sér, los hechos del *Sombrerero* y el *Morenillo*, en cuanto al toreo, son tan iguales, existe en ellos tal semejanza, que parecen gemelos. Los dos nacieron en Sevilla: asegúrase que ambos vinieron al mundo en 1783, por más que un autor, con cuya opinión estamos conformes, haya fijado el año 1794 al nacimiento de Jiménez: uno y otro se conocieron y fueron compañeros en el matadero de Sevilla: Los dos fueron banderilleros del famoso *Curro Guillén*: En el año 1809 tomaron respectivamente la alternativa de matadores, según se asegura, aunque lo dudamos. Si el uno fué torero de escuela clásica

también lo fué el otro; y como directores de cuadrilla, poco tenían que echarse en cara.

¿Pueden darse más coincidencias? Pues hasta el carácter altivo de Ruiz era lo mismo que el de Jiménez, y la dignidad en éste, semejante á la que en aquél tenía aposento.

Perdonen nuestros lectores si nos hemos metido en comparaciones antes de hacerles conocer al matador de toros cuyos apuntos biográficos son los siguientes:

Ya hemos dicho que nació en Sevilla en 1794. Dedicado al oficio de zapatero, atendía más á las faenas del matadero de dicha ciudad, que á las de la obligación del arte de obra prima; en términos de que á los doce años de edad se distinguía por su arrojo con las reses y su prodigiosa ligereza. Era entonces, como lo fué siempre, sereno de espíritu, duro de corazón, delgado de cuerpo y de una elasticidad muscular envidiable. El color de su tez hizo que le llamaran *el Morenillo*. El famoso y entonces notable matador de toros, conocido por el *Curro Guillén*, le ofreció puesto en su cuadrilla en cuanto le vió hecho un mozo, y por su buen comportamiento le protegió evidentemente, tanto que en la ciudad de Jerez de los Caballeros alternó Jiménez por primera vez con su maestro, que quedó sumamente complacido del esmerado trabajo y afortunado éxito de su discípulo.

Hemos referido, cuando de Herrera Rodríguez nos hemos ocupado, que este matador, en la época de la guerra de la Independencia, marchó á torear al vecino reino de Portugal, donde tan buena acogida se le dispensó. Allí fué con él Juan Jiménez, y allí hizo suertes tan arriesgadas, demostrando extremada serenidad y temerario valor, que cautivó la atención de los más valientes portugueses; pero era poco espacio para lucir sus facultades el de las plazas de Portugal, y el *Morenillo*, después de unos años, regresó á su patria, aunque á disgusto y contra el deseo de su maestro.

Desde 1813, en que realizó su regreso á España, trabajó en algunas plazas de segundo órden, hasta que en 1815 ingresó como banderillero en la cuadrilla del célebre Jerónimo José Cándido. Nunca pudo Juan Jiménez tomar mejor determinación que esta. Al lado de tan distinguido maestro aprendió tanto, que bien puede decirse se perfeccionó en el arte, dentro del cual no le consideraba Cándido como banderillero solamente, sino como matador, y varias veces le hizo trabajar de media espada, consiguiendo de él grandes adelantos, especialmente en la suerte suprema de *recibir* toros.

Volvió de nuevo Jiménez á recobrar su puesto de *espada* de cartel, alternando desde el año de 1818 con Francisco Hernández *(El Bolero)*, que le confirmó en su cargo en cuantas plazas fué ajustado. El trabajo del *Morenillo* era tenido en mucho por los verdaderos inteligentes, que reconocían en él felicísimas disposiciones para el toreo de buena escuela, y su fama, por lo tanto, fué extendiéndose cada vez más por toda la Península. Los par tidarios del *Bolero* hicieron que éste se indispusiera con el *Morenillo*, porque al primero no se le tributaban los aplausos que al último. Rompieron, pues, sus amistades, y cada cual giró por su lado.

Esto era en 1819. Entonces fué cuando Jiménez declaró solemnemente que delante de él no consentiría nunca de primeros espadas más que á sus maestros Francisco Herrera, *(Curro Guillén)* y Jerónimo José Cándido, y cumplió esto siempre tan puntualmente, que aun cuando, años después, Montes hizo que otros le cedieran la antigüedad, y se colocó á la cabeza de ellos, no pudo conseguirlo del *Morenillo*, que siempre fué primer jefe de la lidia, en términos de que en Madrid, en el año de 1836, llegó á anunciarse en los carteles la siguiente advertencia:

«En virtud de un convenio hecho entre los espadas, se ha establecido que en todas las corridas de seis toros mate dos Montes, y los cuatro restantes los otros tres, quedando en cada función uno sin matar; en consecuencia, los seis toros de este día serán estoqueados por Jiménez, Montes y Santos, quedando sin hacerlo Miranda. Las cuadrillas de banderilleros trabajarán á las órdenes de los cuatro espadas.»

Por resultado de esta conducta, que nosotros, lejos de criticar, elogiamos, porque demuestra dignidad el no permitir que los más modernos se antepongan á los antiguos, los ajustes de Jiménez fueron escaseando. Bien es verdad que ya su edad no le permitía más que cumplir con su obligación, sin bregar demasiado, y que habían aparecido diestros tan notables como Móntes y Yust, Redondo y Arjona, que en la cumbre de su poder y facultades tenían precisamente que dejar atrás á cuantos habían pisado hasta entonces el redondel.

Sin embargo, trabajó todavía en 1852 y 53, y aun le vimos en Madrid una corrida en 1854, sereno y bravo como en sus buenos tiempos, pero vencido por los años. Tenía la grandísima ventaja de ser ambidextro, y en Madrid le vimos matar *á volapié* un toro cobarde y aplomado, usando la mano izquierda con facilidad, por haber sido imposible sacar de las tablas al bicho, y menos colocarle á derechas. Fué primer jefe de la primera cuadrilla de toreros en las funciones reales de toros celebradas en Madrid en 1846 con motivo del doble casamiento de la reina doña Isabel II y su hermana Doña Luisa Fernanda, distinguiéndose

en plaza por los trajes verde y plata que vistieron todos los que componían aquélla, y matando en el puesto que le correspondía, que no cedió tampoco en esta ocasión, á pesar del ejemplo de algún otro, que cedió el suyo á matadores más modernos.

Retirado por sus años, de la profesión en que tanto se distinguió, ejerció la industria de vendedor de pan para mantenerse con el escaso producto que le proporcionaba, hasta que falleció en Madrid de un ataque cerebral el día 29 de Octubre de 1859, á las siete y cinco minutos de la mañana. Su cadáver fué sepultado en el cementerio de la Sacramental de San Martín, al que le condujeron, acompañado de la mayor parte de los toreros que en Madrid se encontraban y quisieron pagar este tributo de consideración al que fué tan aventajado compañero.

Diremos, en conclusión, que en cuanto á sus condiciones personales, Juan Jiménez *(El Morenillo)* fué siempre decente en su trato, algo reservado y muy altivo. Como torero, siempre valiente, de buena escuela, sin hacer mojigangas, parado y ceñido, gustándole mucho ejecutar la suerte de *recibir*.

¡Por fortuna no murió en un hospital como el *Sombrerero!*

Jiménez, José *(El Granadino)*.—A mediados del presente siglo lidió en algunas plazas de Andalucía un matador de toros de dicho nombre, que no se distinguió mucho en su profesión. No sabemos si será pariente de

---

Jiménez, Juan José *(El Granadino.)*—Banderillero andaluz, de excelentes condiciones, que en algun tiempo formó parte de la cuadrilla de Montes. Era bravo, garboso y entendido. En 17 de Octubre de 1852 sufrió una cogida toreando en Barcelona, que puso en gravísimo peligro su vida. Sanó, y después trabajó pocos años.

Jiménez, José.—Picaba toros y cubría puesto de supernumerario ó sobresaliente en 1796. Era natural de Jerez de la Frontera. Si despues hizo más no ha llegado á nuestra noticia.

Jiménez, Manuel *(El Cano)*.—En todas ocasiones debe sentirse, y se siente efectivamente, la desgracia que á cualquiera de nuestros semejantes ocurra; y el sentimiento crece cuanta mayor sea la afección que á las personas tengamos, bien porque pertenezcan á nuestra familia, porque las tratemos con amistad íntima, ó porque, ejerciendo públicamente una profesión, se hayan adquirido reputación y simpatías. En este último caso, al que ha tenido la suerte de captárselas, le consideramos y apreciamos de una manera especial, como cosa nuestra, como persona que no queremos pertenezca á otra nación, á otro pueblo distinto. Tenemos celos y á veces envidia de que se nos dispute la pertenencia de aquel sér, en cierto modo privilegiado, á quien queremos por lo que vale en su arte ó carrera, no precisamente por sus prendas personales ó sociales.

Es decir, que queremos, consideramos y ensalzamos al *artista*. Si éste llega á apoderarse de las simpatías de un pueblo, y en el mismo sitio en que se las ha adquirido sufre una terrible desgracia, los individuos que componen aquel pueblo sienten con extremada pena el suceso, no sólo porque les prive de admirar en lo sucesivo el mérito de aquel artista, sino por lo que hemos dicho: porque le tiene considerado como suyo, como de su pertenencia.

En este caso se encontró el inteligente matador de toros Manuel Jiménez, á quien se conoció por el *Cano*, el cual, andando el tiempo, y sin la cogida que le ocasionó tan pronto la muerte, hubiera sido indudablemente una gloria del toreo. Era hombre formal y serio en el redondel, atento á su obligación, y que no buscaba aplausos á cambio de sonrisas ó golpes de efecto. No se acomodaba á ello su carácter. Más de una vez observaría que otros compañeros suyos, de mucho menos valer, eran aplaudidos por el público después de dar una patadita al toro al finalizar cualquier suerte, ó de limpiarle la baba con el pañuelo; pero también observaría que aquel compañero á los dos minutos era silbado por el mismo público que le había aplaudido antes, ya porque ejecutase mal una suerte, ó porque estorbase á otro el hacerla bien.

Jiménez no quería conquistar palmas á trueque de monadas ni pantomimas. Cifraba su porvenir en el esmerado trabajo que le correspondía practicar, primero como banderillero, luego como espada, haciéndole á conciencia, poniendo de su parte cuanto sabía y procurando aprender de los maestros. Tenía que ser, por lo tanto, sólida su reputación, como lo fué en efecto.

En el año de 1845, de felices recuerdos para los aficionados de Madrid, es cuando vimos por primera vez en el redondel á Manuel Jiménez. Vino de banderillero del célebre José Redondo, y bueno debió ser su trabajo con el capote y los rehiletes, cuando hizo un papel brillante al lado de hombres tan notables como *Capita*, el *Galleguito*, Jordán y Muñiz, si bien es verdad que al lado de aquellos hombres como compañeros, y al de León, *Cúcha-*

rés y Redondo como maestros, cualquiera aprende si tiene facultades y voluntad.

Ninguno de aquellos ganó su distinguido puesto en el arte con mojigangas ni cosa parecida, y su nombre durará tanto como el toreo. Desde entonces datan las simpatías que en todas partes, con todos los públicos, y especialmente el de la corte, se adquirió Jiménez *(El Cano)*.

En los círculos taurómacos se le señaló desde luego como una esperanza del arte, tanto más, cuanto que siempre se le vió observador y obediente. Al ocuparse de él un distinguido aficionado en semblanzas escritas en 1846, le juzgó diciendo: «Pelicano, con buena figura, muchas facultades y sabiendo. Pocas pinturas y á la verdad. Buen capote, buen banderillero, buenos *pinrés*, de casta conocida; aprendió la buena escuela y la ejercita con gracia y afición.» No pueden decirse más verdades en menos palabras.

Al matar algunos toros de gracia como sobresaliente en plazas de primer orden, y otros alternando en plazas de menos importancia, se le vió seguir la escuela de su jefe José Redondo *(El Chiclanero)*, intentando, siempre que podía, *recibir* las reses; porque no sabiendo ejecutar esta suerte, claro es que no hay torero completo. Su fama fué en aumento, y la empresa de Madrid le contrató en 1852 como tercer espada para matar alternando con Francisco Arjona *(Cúchares)* y José Redondo *(El Chiclanero)*.

¡Ojalá no hubiese venido á la corte!

Jiménez, pundonoroso como el que más, procuró no desdecir mucho de sus compañeros, aplicándose y haciendo esfuerzos de inteligencia y facultades. Eran necesarios, si había de quedar bien y con honra. Trabajaba con dos titanes en el arte y era muy fácil quedar deslucido, ó cuando menos pasar como ignorado, y esto no lo sufría un valiente que aspiraba á ser concienzudo matador de toros de primera nota.

Llegó, para desgracia suya y del arte, el día 12 de Julio de dicho año 1852. Debían matar tres toros el *Chiclanero*, tres el *Cano* y dos el sobresaliente de espada. Aquel lo hizo como quien era. Jiménez *(El Cano)* mató el primero suyo de un excelente *volapié*. Animado por los aplausos quiso hacer más luego con el quinto toro de la corrida, llamado *Pavito*, de la ganadería de Veragua, el cual, después de ser *trasteado* con inteligencia, y cuando el espada, armándose para darle muerte, se cerró demasiado para la estocada *recibiendo*, enganchó al *Cano* por el muslo derecho y le arrojó al suelo. «En medio de este desgraciado azar—dice el único periódico taurino que entonces se publicaba—manifestó un valor extraordinario, agarrándose á las manos de la fiera, la cual lo hubiera destrozado completamente, si el *Chiclanero* no se le hubiese colgado de la cola, logrando así apartarla y distraerla.»

Retirado á la enfermería, y de allí al Hospital general, sala distinguida de toreros, se atendió con sumo cuidado á su curación, que no se desesperó de obtener en un principio; pero á consecuencia de haberse roto él mismo los vendajes en un momento de delirio, falleció en la calle del León, número 23, cuarto segundo, á donde le trasladaron á su instancia, siendo enterrado en la sepultura número 34, galería segunda izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés, de Madrid, el día 24 de Julio de 1852, con gran acompañamiento de aficionados y toreros.

Había nacido en Chiclana en 1814.

Jiménez, Antonio.—Picador de segundo orden que ocupó varias veces el *Tato* al torear en provincias por los años de 1855 á 1860.

Jiménez, Juan *(El Ecijano)*.—Matador de toros que tomó la alternativa en Madrid el día 22 de Mayo de 1890, de mano de Rafael Guerra. Habíase distinguido como novillero desde el año de 1885 en que por primera vez estoqueó en Sevilla, y en 1887 pasó á Montevideo de donde trajo buen

nombre, volviendo á Méjico en 1888. Aunque desgarbado, por razón de su alta estatura, es desenvuelto, no le falta valor y torea con serenidad y buenos deseos, demostrando humildad y pundo-

nor. Es hijo de Andrés Jiménez y Francisca Ripoll, y nació en Écija en 1858. Parece que un ganadero andaluz le tuvo al cuidado de sus reses algunos años antes de que se dedicara al toreo, al que ha llegado donde está, sin que de ese sitio avance un paso.

Jiménez, José *(Panadero).*—Figura como banderillero hace algún tiempo, y sin embargo no es fácil decir mucho acerca de su mérito. Sería necesario que hubiese trabajado más frecuentemente; que los toreros no se forman en dos ó cuatro corridas al año, pero como hace más de veinte que empezó, el oficio es seguro que ya no ha de formarse.

Jiménez, Francisco *(Rebujina).*— Matador de toros que no ha tomado alternativa, y que en Andalucía llegó, en pocos años, á adquirir nombre de valiente. Tampoco se le niegan en las repúblicas de América, donde trabaja, ni nosotros le ponemos en duda, pero quisiéramos que al valor acompañase el arte.

Jiménez, Salvador.—En 1878 actuaba como espada novillero en poblaciones secundarias. ¿Y luego?

Jiménez, Andrés.—Natural de Jerez de la Frontera y picador de toros en 1824 en la cuadrilla de Juan Hidalgo. Tenía en Madrid buen crédito.

Jiménez, Bartolomé *(Murcia).*—Un banderillero que ya es matador de toros en novilladas. Es

valiente, no se va mal al terreno del enemigo y sale de él con soltura: siguiendo así, con menos precipitación, y mirando más al arte que al atrevimiento, del cual abusa con descaro; puede llegar á la fama que conquistaron sus tocayos de nombre y apellido. Nació en Jumilla, provincia de Murcia, el año de 1867, y dejó la garlopa por los estoques.

Reconocida, como lo está por todos, su valentía, no se comprende la incertidumbre que muestra en muchos casos ante la fiera, dudando unas veces, si ha de *pasarla* por alto ó por bajo, con la derecha ó con la izquierda, y otras si ha de entrar ó no á dar la estocada Más calma y más reflexión es lo que necesita este muchacho para no ser atropellado.

Jiménez, Antonio *(Jumillo).*—Figura en cuadrillas que torean en las plazas de toros francesas, actuando como de banderillero. Suponemos sea hermano del anterior y el mismo que con el nombre de

---

Jiménez, Maximiliano *(Jumillanito).*—Salta, brinca de cabeza á rabo, al trascuerno, con la garrocha, sin ella, pone banderillas con la boca y comete otros excesos, sistema francés, donde ha actuado varios años.

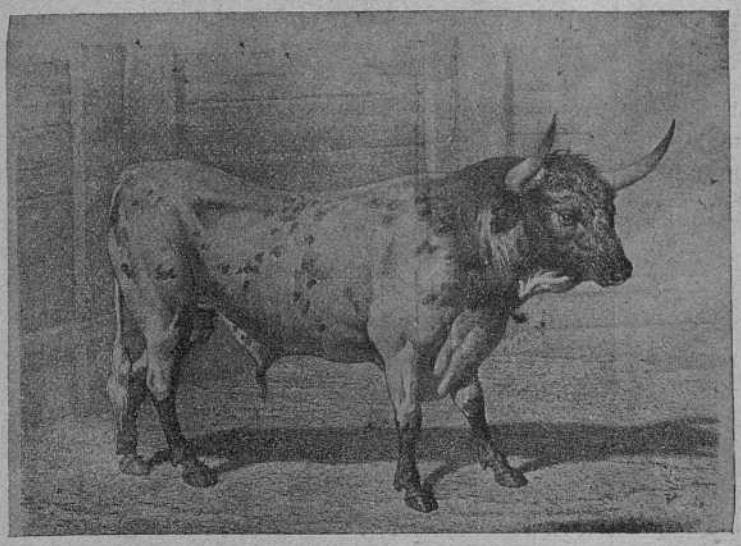
Jimeno, José *(El Poncho).*—Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni bueno ni malo. Cuando le vimos hace más de veinticinco años no nos disgustó pareando por ambos lados, pero ni de allí pasó, ni aquí llegó.

Jimeno, Manuel. — Banderillero de regulares condiciones para la lidia, que no se ha distinguido en ella lo suficiente para llamar la atención, y que ya no se distinguirá, porque han pasado más de veinte años desde que empezó.

Jimeno, Luis.—Es matador novillero de poco nombre, y hasta ahora, el principal campo de sus operaciones ha sido la provincia de Valencia, donde es sabido se trabaja poco.

Jocinero.—Nombre del toro que mató á José Rodríguez *(Pepete)* en la Plaza de Madrid, en la tarde del Domingo 20 de Abril de 1862, cuya desgracia describimos minuciosamente en la reseña biográfica de este espada. Era el animal de la ganadería de D. Antonio Miura, vecino de Sevilla, con divisa verde y negra, berrendo en negro, pero dominando

la pinta blanca, duro y de recargue. La piel y cabeza del toro, y algunas prendas del traje de



«JOCINERO», DE MIURA. — E. JULIÁ

Pepete, las tenía en su museo el señor D. José Carmona Jiménez.

Jordán, Gregorio.—Uno de los mejores banderilleros que se han conocido, y que con más aceptación han trabajado en la primer Plaza de España. Lo menos cuarenta años ha estado recibiendo aplausos merecidos, porque no había toros á quienes él dejase de poner pares de todos modos, y sin pasarse, y eso que su gran corpulencia no le permitía correr como á otros; pero su inteligencia suplía esa falta con ventaja. Era tío del matador de toros Antonio del Río.

Jordán, Gregorio.—No sabemos si este picador es hijo del célebre banderillero de dicho nombre. Lo que sí aseguramos es que ni á pié ni á caballo vale tanto que su nombre pase como el de aquél á la posteridad. Es trabajador, y nada más.

Jordán, Luis. — Banderillero moderno que en Madrid se estrenó en 1886, con regular éxito. Luego ha sonado poco su nombre en el toreo.

Jordán, Luis *(El Valenciano).* — Corre toros, capea, salta con la garrocha y de todos modos; pone banderillas á pié y sentado en la silla, cuarteando y quebrando, mata y da la puntilla. ¿Se puede pedir más? Sí: que siquiera alguna de dichas suertes la hiciera bien. No bastan los buenos deseos, que le sobran; hay que estudiar un poco, y la prueba de que teníamos razón cuando esto le decíamos hace diecinueve años, es que desde entonces cada vez ha ido á menos su nombre, y pocos se acuerdan de él.

Jorge, Sebastián *(Chano).*—Natural de San Benito de la Calzada. Fué portero de la Fábrica Real de Tabacos de San Pedro de Sevilla, y al mismo tiempo era torero que capeaba y daba el cachete á mediados del siglo anterior.

Luego ya en 1775 fué espada de segunda con el famoso *Pepe Illo*, ó por lo menos uno de esos mismos nombre y apellido.

Jorge, Juan.—Espada de cierta categoría que en el último tercio del siglo anterior trabajaba en plazas importantes. Dicen que era hermano del anterior, pero no nos consta particular ni oficialmente.

Jorge, Eusebio *(El Maestro).*—Vamos, que aceptar ese apodo un hombre que empieza con él, á poner banderillas en el Puerto de Santa María el año de 1880, y no procura siquiera ser un buen discípulo, es el colmo de la poca aprensión.

Jover, D. Joaquín.—Caballero de Valencia presentado por el marqués de Cogolludo para rejonear en las fiestas reales celebradas en Madrid en 1789. Fué asistido al estribo por los espadas Joaquín Rodríguez *(Costillares)* y Francisco Herrera *(El Curro)*.

Juanijón.—Mozo valiente y esforzado, de quien dice Moratín que picaba á los toros á caballo sobre otro hombre. Suponemos nosotros que este último usaría muleta ó capote para echarse al toro fuera, y que sería tan bravo ó más que Juanijón. No sabemos donde hemos leído que era natural de Huesca. ¿Será éste D. Juan Hijón que va en el lugar correspondiente?

Juan José. N. *(El Paragüero).*—Un picador de toros allá en Montevideo, de donde era natural, que estaba muy reputado hace veinticinco años, como gran jinete y entendido en el arte.

Juareño.—En una corrida celebrada en Jérez el día 15 de Agosto de 1857, muere en la plaza desangrado y entre los 12 caballos que había muerto, este valiente toro de la ganadería de Adalid.

Juárez, Francisco *(Paqueta)*.—Matador de toros en novilladas, á quien le falta mucho que aprender, si ha de ser algo. Es natural de Olivenza, pero residió muchos años en Badajoz donde tiene gran-

des simpatías. Con las banderillas vale más que con el estoque; es valiente y pundonoroso pero no será más de lo que es, al contrario, ya le toca ir hácia abajo, porque poco á poco han de faltarle facultades y estas son muy precisas en ese oficio.

Juliá y Carrere, D. Luis.—Los bonitos cuadros, retratos de toros célebres que este inteligente pintor expone constantemente en Madrid, llaman siempre la atención de los aficionados por la exactitud con que están hechos; pero más ha de sorprender seguramente al que los examine, por gran artista que sea, saber que Juliá no ha aprendido dibujo, más que con la intención del que examina atentamente obras de mérito, ni mucho menos ha asistido al estudio de ningún maestro y, sin embargo, pinta toros con la verdad y perfección que todos reconocen, habiendo llegado á ser en el particular una especialidad. El jurado de bellas artes, en más de una ocasión, ha admitido para las Exposiciones oficiales los cuadros de Juliá, y en ellas han figurado dignamente. Sus colecciones se han pagado y pagan á buen precio por españoles y extranjeros, y raro es el aficionado que no posee algún retrato de toro célebre pintado por

Juliá. Entusiasta por las corridas de toros, y fija en su pensamiento la idea de ellos, empezó por entretenimiento en 1863 á bosquejar malamente tan hermosa fiera, continuó alentado por algún amigo á pintarla al óleo, y ha concluído siendo desde 1871 un excelente pintor en su género, sin él mismo saberlo. Es modestísimo é inteligente aficionado al arte de *Pepe Illo*, como pocos en Madrid, donde nació el 17 de Octubre de 1839. Un cuadro que presentó en la Exposición de 1876 fué adquirido por el Gobierno y remitido al Museo de Murcia, donde se conserva; y en la galería de Santa María figura *Una torada*, de este pintor.

Juliano, Marcos.—Dice un autor que fué banderillero. de Juan León. Sentimos no tener más noticias de este torero, y eso que preguntamos con empeño á aficionados de aquella época. Nadie le recuerda.

Junquitu y Galwey, D. Ignacio.—Si hubiéramos de incluir en esta obra los nombres de todos los aficionados al toreo, aunque hayan sido teórico prácticos, no concluiría nunca nuestra tarea y el libro se haría interminable; así que, como ya se habrá observado, únicamente hacemos mención de los más notables, á quienes el arte debe algo por la propaganda que hicieron en su favor. Una de estas marcadas excepciones, es la del gran aficionado malagueño que llevó el nombre arriba

expresado. *Curro Cúchares* le vió torear en distintas ocasiones que fué á Málaga, y con aquella espontaneidad que le caracterizaba, no pudo menos que decirle: —«Este señorito es un torero, y si quisiera dejarse el pelo comería con los toros.»—Junquitu—sus amigos todos le llamaban siempre Ignacio—tenía una figura torera especial, su rostro alegre, guapo, con patilla de *boca de hacha*, á estilo de los antiguos espadas, pelo rizado, estatura proporcionada, buena presencia y sabiendo llevar la ropa de majo que usaba cuando salía á matar, era lo que se llama un tipo bien *plantao*, pero natural y sin pizca de afectaciones ni de presumir.

Aficionado en su juventud á la gimnasia había adquirido fuerza y agilidad, y con estos elementos, su valor y clara inteligencia, habíase asimilado todo lo bueno que había visto ejecutar á los buenos diestros. Capeaba á la verónica admirablemente, sus navarras eran una especialidad, porque no cabía *consentir* más ni *castigar* en una cuarta de terreno, siéndole tan fácil hacer caer de hocico á los novillos que el tercer lance no lo resistían. De costado, de frente por detrás, galleando con la capa sobre los hombros, cuarteando para quitar moñas, en quites, todo lo que es variedad con la capa lo hacía de un modo inmejorable y con gracia al par. Coleaba con oportunidad y precisión, y todavía se recuerda con entusiasmo un quite en dicha forma, terminado apoyando el codo izquierdo sobre el cuarto trasero de un bravo utrero de Benjumea, y guardando unos instantes la postura, cual si descansara, cruzando la pierna izquierda sobre un alto sitial.

Le eran conocidos todos los modos de poner banderillas, pasar de muleta y estoquear; *recibía*, daba volapiés y con las reses intencionadas empleaba la estocada de recurso que prescribe el arte, procurando el bajonazo á mete y saca para abreviar, sonriéndose siempre, porque la característica suya era el demostrar que pisaba terreno conocido y que á sabiendas iba á divertirse.

Su toreo, pues, era de habilidad, conocimiento y de mucha intención, pero sentado, parando y de brazos.

El fué el alma y vida de la antigua sociedad taurómaca de aficionados, que por los años de 1850 á 56 daba sus corridas en la plaza de don Antonio María Alvarez, y él quien al ver derribada ésta en 1864 formó con otros la sociedad que en el Circo de la Victoria dió tan brillantes espectáculos desde esta última fecha á 1870 en que, definitivamente, y por dar gusto á su familia, dejó de torear. Sin él no se hubiesen lanzado á la lidia una porción de jóvenes á quienes instruía con su práctica y consejos, hasta el punto de que se mataron reses de las nombradas ganaderías de Taviel de Andrade, Miura, Sigurí, Anastasio Martín, Benjumea, Bermúdez, Barbero y otras.

Desempeñó por largos años diferentes cargos públicos en la Administración de Hacienda y del Ayuntamiento, siendo muy apreciado de todos cuantos le trataron, y falleció en 13 de Julio de 1874, de una afección cardiaca, que complicada con otra nerviosa le hizo maniaco ó demente. Sus numerosos amigos sintieron mucho esta desgracia, pues Junquitu murió joven aún; tenía cuarenta y tres años.

Jurados.—Aunque no está muy generalizada la costumbre de elegir entre personas competentes algunas que decidan sin apelación, en las corridas de toros, cuál ganado ha sobresalido más en la lidia comparado con otro, ó qué diestro ha obtenido ventajas sobre sus compañeros en la ejecución de las suertes, es, sin embargo, muy oportuno explicar las condiciones que deben tenerse presentes para decidir con justicia las cuestiones tan complejas que hay que estudiar en un asunto que es más difícil y de más importancia de lo que parece á primera vista; que hay ocasiones en que se brilla más valiendo menos, y no deben apreciarse las cosas por las apariencias y exterioridades. El buen inteligente ya sabe á qué atenerse, pero no siempre pueden componerse los tribunales de jurado, de entendidos, ni lo son todos los que lo parecen, y tampoco es posible, en casos determinados, dejar de doblegarse á influencias de superioridad, ó de afecciones particulares.

Prescindiendo de todo, deben los jurados, en primer término, fijarse en cuál es la cuestión que á su juicio se somete.

¿Es la de señalar entre dos ó más ganaderías, cuál de ellas es la que se ha distinguido como mejor y más brava durante la lidia? Pues entonces, *debe atender* con cuidado á que se le presenten igual número de reses de cada vacada, sin admitir como sobreros ó fuera de concurso otros toros, porque el juego, bueno ó malo, que pueden dar estos últimos ha de acrecentar ó disminuir la impresión ya formada respecto de los otros, pues aunque se resista el ánimo á hacer apreciación sobre ello, no puede olvidar la paridad de la casta, y las manifestaciones del público, en pro ó en contra. *Debe atender* á la edad, trapío y condiciones que cada uno de los bichos tenga y ostente, calculando que el toro de cinco ó más años podrá ser más duro, más pegajoso y de más sentido que el cuatreño; que éste tomará tal vez más varas pero con menos codicia, y que resistirá más recortes sin fatigarse, que aquel otro. Por consiguiente, preferirá al toro bravo, duro y seco, que haga la primer faena en un tercio de la plaza, aunque sea algo

tardo en acometer, mejor que al voluntario claro y ligero, que sin faltarle bravura, ó teniendo tanta como aquel, no recarga la suerte y sale de ella sin codicia. Seis puyazos en aquel, valen más que diez en este. *Atenderá también* el jurado á la clase de lidia que se dé á los toros, y en esto estriba, casi siempre, el mejor lucimiento de ellos—que si los picadores no se colocan en suerte á ley, ante la cabeza del uno, y en cambio buscan y se adelantan ante la de otro, forzosamente, en igualdad de bravura, acudirá más veces el buscado, que aquel de quien se huye; y si rajan ó dejan clavada la garrocha, si pinchan siempre en el mismo agujero, particularmente si es bajo, el toro á quien tal suceda, será mejor cuando á pesar de eso acuda á los caballos un par de veces, que el que acometa muchas más sufriendo menos castigo. Luego *ha de atenderse*, para tomarlo en cuenta, si antes de ponerle banderillas ha sido capoteado á diestro y siniestro para prepararle á ellas haciéndole repararse y desparramar la vista, porque con ese sistema nuevo, y con las salidas falsas, se quita nobleza á las reses enseñándolas la defensa, y cuando van á la muerte dificultan al espada, si no es muy diestro ni trastea solo, ahormarle la cabeza y hacerle acudir sin malicia; de modo que á un toro á quien se le haya aburrido capoteándole y pasándose, será tenido por mejor que otro con quien no se haya hecho nada de eso, si va noble y bravo á la muerte. Y por último *se atenderá*, para darle preferencia, al toro grande sobre el pequeño, al gordo mejor que al flaco, al de buenas armas que al que las tenga cortas ó largas, y en fin á todas las demás cualidades que constituyen un buen trapío. No es decir esto que no haya habido toros feos, bastos y mal armados cuyo nombre recuerden los fastos de la tauromaquia como celebridades; pero son raros ejemplares que no constituyen casta.

Puede también ser la cuestión sometida al juicio del jurado esta otra. ¿Qué corrida ha resultado más agradable ante los ojos de la multitud, de las dos ó más que se hayan celebrado con toros de distintas vacadas? En este caso hay que prescindir algún tanto del arte y amoldarse á las circunstancias que han llevado al toreo á un terreno donde nunca quisiéramos verle. Se tendrá presente, que más entretiene al vulgo el toro que mata más caballos, aunque los picadores marren ó no aprieten, que el que castigado en regla y salvado el jaco por el jinete con arte cause menos víctimas: que el populacho prefiere los desplantes y recortes y coleos, á las largas, navarras y galleos: que también le alegran las saliditas falsas en los banderilleros, si se hacen con monada y coquetería; y que le entusiasman las caricias al testuz y la rodilla en tierra, y los puñaditos de arena. Y si al matar, el toro obedece á los pases de molinete ó de barredera siempre por tierra y sin ver al matador que la va perdiendo encorvado, los vitores empiezan, auméntanse con ver tirar atrás la montera, y llegan al colmo si la estocada va puesta en la cruz aunque haya venido de largo, cuarteando, ó sin ver el bicho al diestro. Cuide bien el jurado de apreciar todo esto, no tenga en cuenta para nada el arte escrito por los grandes maestros, y por más que observe que los toros que á tales juegos se prestan son de menos de cinco años, muy cortitos de cuerna y sencillos en demasía, declare solemnemente que ha sido mejor la corrida en que haya habido mayor derroche de jugueteo y menos aplicación del arte; y en la que se hayan portado noblemente los toritos terciados, de poco respeto [y mochos, que esta clase de bichos han hecho la reputación de algunos toreros.

Por último podrá ser sometida á la deliberación del jurado: ¿Qué picador, banderillero, ó espada ha trabajado mejor en una ó más corridas? Y en este caso la contestación la tiene en todas y cada una de las reglas del arte de torear. Quien mejor las observe, aquél que más se ajuste á sus preceptos, aquél se llevará el voto del inteligente, que siempre mirará que el mayor mérito, está en razón directa del mayor peligro: que entenderse con toros de sentido, de poder, de edad, de buena armadura y bravos, es más difícil que habérselas con cuatreños claritos; y que en esto y en todo, debe procurar la imparcialidad más estricta, olvidándose de sus más queridas afecciones.

Jurisdicción.—Es el sitio que marca el torero al toro para que llegue y entre en él, á fin de consumar la suerte proyectada en el centro de los terrenos de diestro y toro.

K

Kilberg, Juan Carlos.—Un amador forcado de los más entendidos y valientes que hay en Portugal. Dice de él, cuando le menciona en su libro *Perfiles taurinos* el buen escritor de aquel reino Egidio d'Almeida, que la famosa Isla Tercera es la que proporcionalmente aporta mayor número de aficionados, tanto teóricos como prácticos, acreditando esta afirmación el buen número de excelentes cavalleiros, banderilleros y forcados que han hecho su presentación en las antiguas plazas de San Sebastián y de Barreiro, y en las actuales de San Juan y Espíritu Santo.

Kilos.—Del mismo modo que hasta hace poco tiempo se decía al toro grande y bien criado que era de *libras*, dícese ahora que es de *kilos*, suprimiendo por abreviatura la continuación de la palabra que es *gramos*, pues sabido es que aquella voz sólo tiene uso como prefijo de vocablos com-

puestos con la significación de mil. Otros dicen en vez de libras ó de kilos las palabras de gran romana, expresando en esta como en aquellas, el peso del animal.

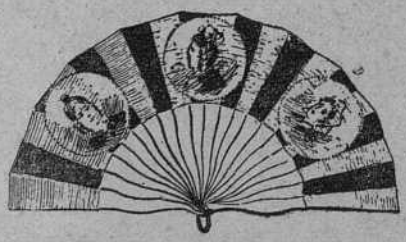
Kiosko.—Abusando algunos revisteros de corridas de toros del verdadero lenguaje castellano, han llamado de ese modo al toril ó chiquero que ocupa el toro antes de salir á la plaza, sin tener en cuenta que ese departamento, aunque reducido, no es como el kiosko, que para llamarle así, ha de ser, si bien pequeño de capacidad, de forma redonda ú ovalada, como los que vemos en parajes públicos para la venta ó despacho de mercancías, mientras aquél es cuadrilongo y recibe la luz zenital, una vez cerrado.

Kobloski, Petra.—Con ese nombre se hizo anunciar como jefe de cuadrilla de mal... torear una desdichada que ofreció matar novillos en Tarragona el día 5 de Octubre de 1884. El primer bicho la cogió, volteó y contusionó, lo mismo que á sus compañeras: y como acabó la fiesta en tres minutos, el público pidió la devolución del precio de los billetes, arrojando al ruedo piedras, asientos, botellas y cuantos proyectiles tuvo á mano, teniendo que intervenir la guardia civil con cuatro compañías del regimiento de Almansa para desalojar la plaza, cuyos desperfectos importaron más de veinte mil pesetas. El empresario y las toreras fueron presos, sin duda para evitar atropellos: pero de esos desmanes y de cuantos á estos se parecen, cúlpese á sí misma la autoridad que firma los carteles autorizando fiestas que, por su mala organización, no pueden dar otro resultado.

Konismark.—Noble natural de Suecia que, en honor de los reyes españoles Carlos II y su esposa Luisa de Orleans, intentó tomar parte en las funciones reales de toros que en Enero de 1680 se celebraron en la Plaza Mayor de Madrid. Decimos que lo intentó, porque tan luego como se puso delante del toro, éste le derribó, matándole el caballo, y lo hubiera pasado mal sin el auxilio de uno de los peones, que con su espada mató al toro á tajos, pinchazos y cuchilladas. Mejor le hubiera estado *hacerse el sueco*, pues así se convencería de que para torear bien, es preciso ser español, y además aprender el arte que, como todos, tiene sus reglas fijas y no sabiéndolas ni estudiándolas es imposible ejercerle.

Kreibig, Frederico.—Muchos deseos, no realizados, tuvo en 1864 este joven portugués, de aquella época, para ser banderillero de toros, pero una cosa es querer y otra poder. Lo intentó con empeño, no lo dejó por falta de valor, sino que el hombre no encontró el secreto del arte y se retiró convencido de ello. Este apellido no es lusitano, aunque allí nació el buen amador que referimos, ó al menos está emparentado con una familia portuguesa.

Kruz, Carlos.—Ha sido un buen jinete y buen rejoneador en Portugal, como aficionado no retribuído. Hace bastantes años que no trabaja; su apellido indica que su origen no es lusitano, pero sabemos que es cuñado del Conde de Burnay y también Director de la Compañía de los ferrocarriles (tranvías) de Lisboa.



Lacio Fernández, Manuel.—Ha trabajado por afición en algunas corridas de toros celebradas en Portugal, que es su país, pero sus buenos deseos no han llegado á ser realidades.

Laborda, Ramón *(El Chato).*—Novillero que corre toros, los pone banderillas, los pica y los rejonea; es decir que por saber de todo, según él cree, á todo se atreve. ¡Ah! y da también el salto de la garrocha.

Desde que dejó de torear á caballo y se limitó á trabajar á pié, adelantó rapidamente y se ha hecho un buen banderillero, de mucha utilidad en el redondel. Ha intentado matar toros y para esto ha resultado muy deficiente, por lo que ha vuelto á tomar los palos, que no debe dejar en mucho tiempo, al menos hasta que se le enfríe algo la sangre, que la tiene muy caliente como buen aragonés. Mientras no haya calma y reflexión es inútil el atrevimiento; y si al fin éste le emplease úni-

camente con las fieras, menos mal; pero quiere tambien que los hombres se coloquen al hablar

de él en lugar de ellas, para que no ejecuten más movimientos que los que les indique, y eso no puede ser; harto hacen en ocuparse en su insignificancia como artista, que unas veces acierta y otras yerra.

Si la gente que le rodea puede, aunque sea con esfuerzos, hacérselo comprender, ganará mucho el hombre en todos conceptos.

Labradío, Conde do.—Tomó parte este hidalgo en algunas corridas, hace ya muchos años, allá en Portugal, como pegador ó mozo de forcado, siempre en calidad de aficionado. Ya no torea.

Labrador, José *(Garrucho).*—Se ha dado á conocer tan poco este picador de toros que escasas son las noticias que de él tenemos. Solo podemos decir que comenzó su carrera hace ya cerca de veinte años y no se ha distinguido.

Lafoes, Duque de.—Hubo en Portugal un antiguo y noble hidalgo con ese título, de quien se conservan gratos recuerdos por sus especiales dotes para torear á caballo.

Lafuente, D. Antonio de.—Caballero en plaza en las funciones reales de toros que se verificaron en Madrid el 25 de Enero de 1878. Apadrinado por la grandeza, este valiente oficial de húsares cumplió perfectamente su cometido, denotando ser buen jinete. Salvador Sánchez *(Frascuelo)*, fué su padrino de campo. Ningún premio ni distinción ha obtenido por su arrojo. Usó traje á la antigua, azul, y forros blancos con galones de plata, elegantísimo.

Lagares, Manuel.—Banderillero andaluz, valiente, y que cumplía bien en lo general. Antes de serlo perfecto, se metió á matar toros; pero el hombre conociéndose, volvió á ser banderillero, y lo era muy aceptable. El 10 de Mayo de 1877 tuvo en Madrid tan terrible cogida, que puso en gravísimo peligro su existencia; quiso dar el salto de la garrocha, le dió bien y cayó mal. El toro se volvió, y le enganchó y volteó, causándole graves heridas, de que fué curado en poco más de dos meses. Desde esta fecha se captó las simpatías del pueblo madrileño El infeliz, en un momento de enajenación mental, se suicidó en Sevilla el día del Corpus, 20 de Junio de 1878, á las cinco de la tarde, viéndose sin pertenecer á cuadrilla fija y después de haber probado su aptitud como matador en una corrida celebrada en Sevilla el 12 de Agosto del antedicho año 1877.

Lagartijo.—Véase GINDALETO.

Lago, José María.—Los aficionados portugueses tenían esperanzas de que había de adelantar mucho este joven caballero rejoneador, que empezó en 1889.—Trabajó en varias plazas de aquel Reino, pero fuese porque no diese gusto al público, ó porque se haya cansado, se retiró del toreo; no sabemos si definitivamente. Creemos que no ha menguado en él la afición, que es muy entendido teóricamente y que posee medios de que otros no disponen para alcanzar en sus faenas buen éxito, pero también creemos que ha de ganar más en su comercio de carnes que toreando.

Laguardia, D. José de.—Oficial de la escolta real que, apadrinado por la excelentísima Diputación Provincial de Madrid, fué caballero en plaza

en la corrida real de toros celebrada el 26 de Enero de 1878. Acreditó su valor en cuantos rejones puso, pero tuvo la desgracia de ser alcanzado por el tercer toro de la tarde, y matándole el caballo, causó al jinete varias contusiones de alguna gravedad, pisoteándole. La corporación que le apadrinó le hizo conducir á su casa-palacio, y atendido por médicos de gran fama, permaneció allí más de quince días, visitado por numerosos amigos y personajes principales, siendo objeto de las mayores muestras de simpatía. Salvador Sánchez *(Frascuelo)* fué su padrino de campo. Tampoco obtuvo premio ni distinción alguna, como siempre la obtuvieron los antiguos caballeros en plaza, que haciendo menos en su mayoría que los de ahora, y no siendo mejor su alcurnia, eran espléndidamente agasajados con honores y empleos de confianza. No será fácil, si ocurre otra vez, encontrar caballeros, propiamente tales, que quiebren lancillas por faustos sucesos.

Lallana, Marcos *(Recuenco)*.—Lo mismo mata novillos, que pone banderillas, que corre toros, según se le proporciona. De algún modo ha de darse á conocer y el chico no lo deja por falta de voluntad. ¡Cuántos como este llegarían á ser algo con una buena dirección!

Lamera, N.—No hemos encontrado el nombre de este picador, que alternó en Madrid en 1786, con los Chamorros y Carmona. Tampoco hay noticias acerca de su mérito y circunstancias.

Lameyer y Berenguer, D. Francisco.—Aunque este gran pintor y dibujante, amigo de Alenza, cuyo estilo siguió, no tuviese más méritos que el de haber ilustrado las escenas andaluzas de Estébanez Calderón *(El Solitario)*, bien merece, por eso sólo ser incluído en nuestro libro.

Murió en Madrid el 3 de Junio de 1877.

Lami, José *(El Francés)*.—Suena como matador en algunos carteles de plazas andaluzas; pero su nombre no ha tenido eco duradero después de mediados de este siglo, en que empezó su carrera. Tal vez haya dejado de existir.

Lances.—Se llaman los diferentes incidentes que ofrece la lidia, pero en el tecnicismo especial de los aficionados, esta palabra queda limitada á significar suerte de capa ó muleta, aunque más propiamente sólo de capa.

Lanceta, Juan.—De este picador no tenemos más antecedentes sino que perteneció á la cuadrilla del espada sevillano Juan Lucas Blanco, y que tomó la alternativa en Sevilla el 31 de Marzo de 1861. Era natural del Puerto de Santa María, donde falleció hace pocos años.

Lanzada.—(Véase ALANCEAR.)

Lanuza, D. Fernando.—La verdad y la sal con que escribe revistas de toros en la *Correspondencia de España*, no estorban al laconismo forzoso que se ve obligado á observar, por exigencias periodísticas, en muchas ocasiones. Severo en sus juicios, ajústase siempre á la más estricta imparcialidad, y si algún defecto tiene es el de ser alguna vez demasiado benévolo con los toreros, empresarios, presidentes, etc., sin duda por seguir la corriente

marcada á aquella publicación ó por natural bondad de carácter. No pueden negársele las cualidades de justo y entendido en todo lo que se relaciona con las lidias taurinas.

Nació en 1869; estudió Derecho, y antes de terminar esta carrera, marchó á París, donde al lado de un hermano, practicó el comercio en una casa de banca, hasta que en 1888 volvió á España pensando siempre en nuestras fiestas de toros, á las cuales rinde verdadero culto.

Lapa, Antonio.—Es muy regular mozo de forcado, que está llamado á serlo mejor si no ceja

en su valentía. También ha ejercido de mozo de curro, siempre como amador y en corridas benéficas. Es natural de Salvaterra de Magos, que lo mismo que Coruche, son en Portugal pueblos de grandes aficiones al toreo.

Lara, D. Joaquín de.—Discreto y entendido escritor taurino que, bajo el anagrama de *Quinraaladejo,* firmó notables revistas de toros en el folletín del *Comercio de Cádiz,* en los años de 1846 y 1847, casi todas en fácil verso.

Lara, D. Manrique de.—Uno de los caballeros de la fugaz corte de Luis I, y luego de Felipe V, que más fama tenía en aquella época para alancear y rejonear toros.

Lara, Vicente.—Como la nota saliente del toreo ha sido siempre, para ciertas gentes, la demostración del valor audaz y atrevido, este picador, puesto en hombros de Cristóbal Díaz y otras veces llevando á éste clavaba rejones á novillos embolados, en la Plaza de Madrid, á fines del último siglo. Vino á comprobar la afirmación de Daza y *Pepe Illo,* de que el célebre Juanijón picaba toros en hombros de otro individuo, tan valiente ó más que él.

Lara, Manuel.—Banderillero sevillano que por primera vez se presentó en Madrid en las funciones reales de 1803, en la cuadrilla de Agustín Aroca. Hízose luego matador en novilladas y de ahí no pasó.

Creemos que era hermano de

Lara, Juan.—Que también trabajó como banderillero en dichas corridas.

Lara, José *(Chicorro).*—Si la biografía no es más que la historia de la vida de una persona, las de los toreros tienen que parecerse mucho forzosamente. Y este parecido tiene que ser mayor, comparado entre los que, por fortuna, han logrado sobresalir entre los demás. La mayor parte han empezado muy jóvenes el oficio; en todos ha sido el móvil la afición, y ¡cuál de ellos será el que no haya tenido glorias y contratiempos, lauros y sinsabores!

Como nuestros lectores habrán observado antes de ahora, parécenos que la biografía no debe limitarse á relatar la vida de la persona de quien se hable, y por eso hemos hecho en todas las que preceden los comentarios y apreciaciones que marcan típicamente, si así puede decirse, las cualidades esenciales del torero para que le conozcan aunque no le vean, para que aprecien su trabajo sin presenciarle, y, en una palabra, para que observen la diferencia que existe entre tantos lidiadores. Así podrá decir el sobresaliente mérito del que *recibió* toros ó del que se distinguió en el *volapié,* y apreciar la inteligencia del que descolló por sus conocimientos como torero en general, ó del que en determinada suerte no temió á rival alguno. Esto sentado, vamos á ocuparnos de un torero generalmente apreciado, simpático y de especiales condiciones.

José Lara y Jiménez nació en la ciudad de Algeciras el día 19 de Marzo de 1839. Sus padres José y Josefa se trasladaron desde dicha ciudad á la de Jerez de la Frontera á los pocos meses; de modo que antes de que aquél cumpliese un año, ya residía en su nueva vecindad: no eran muy sobrados de fortuna, aunque sí muy honrados; y necesitando dedicar pronto á cualquier profesión á su pequeño hijo para que les ayudase á mantener sus obligaciones con el producto de su trabajo, aplicáronle á las faenas del matadero, y allí aprendió á sortear las reses y á familiarizarse con sus impetuosas y terribles acometidas. Veíasele sereno, ágil y bravo: de ello hacía alarde entre los mozos de su edad, y entonces ninguno le aventajaba. Con estas condiciones y sus grandísimas facultades aspiró á ser torero, y lo fué. Su aprendizaje le tenía hecho: faltábale sitio en que perfeccionarse, maestro que le dirigiese, y ambas cosas encontró, si no tan de primera clase como él hubiera necesitado, suficientes al menos para ejercitarse en la lidia de plaza. Manuel Díaz *(Lavi)* fué su primer maestro, y Lima, capital de importancia en la República del Perú, la primera plaza de toros en que sentó su planta como torero, porque en novilladas sólo había tomado parte en dos funciones en Jerez y el Puerto, y en otra de la Isla de San Fernando. Tenía *Chicorro* (apodo que le dieron en el matadero de Jerez de la Frontera) á la sazón veinte años; y tanto gustó su trabajo como banderillero en aquella plaza, que á la sexta corrida de las en que tomó parte alternó allí como matador con su maestro, cediendo ambos á las exigencias del público. De tal modo le distinguió éste, que le hizo permanecer en Lima cuatro años, siendo cada vez más aplaudido, y al cabo de dicho tiempo pasó á la Habana á matar en dos corridas de toros. Si mucho le apreciaron en Lima, no lo fué menos en Puerto Príncipe (Isla de Cuba), donde se dió el raro caso de matar consecutivamente hasta en veintinueve corridas de toros.

En 1865 regresó á España, y esta es la época en que *Chicorro* demostró que no quería ser un torero de fortuna solamente, sino de conocimientos, y desde muy joven ha sido firme y constante en sus propósitos, y rara vez ha torcido el camino que primero emprendió: fijo en la idea de ser torero, hizo siempre cuanto pudo por adquirir nombre, esmerando su trabajo y atreviéndose á intentar suertes difíciles en que pocos brillan. Más de una vez le ha costado graves heridas ó fuertes contusiones el afán de ejecutar lo que en su conciencia ha creído debía hacer para agradar al público, sin reflexionar que no todos los toros son iguales ni todos los públicos tampoco, y que á unos y á otros hay que darles lo que pidan, pero quitándoles lo que buenamente se pueda. A la fama del torero, bueno es que acompañe la conservación del individuo.

En 1866 entró á formar parte de la cuadrilla de Antonio Carmona *(El Gordito)*, en la que permaneció tres años, adelantando tanto, que su maestro siempre tuvo á *Chicorro* como uno de sus más privilegiados discípulos. Y así era en efecto. Vió á los toreros de primera nota en su tiempo poner banderillas *al quiebro*, y las puso tan bien como otro cualquiera; usaron otros rehiletes de á cuarta, y él los adoptó en seguida; saltaron al *trascuerno* y con la garrocha, y saltó y lo hizo como pocos.

Ha llegado el caso de que se diga con verdad que *Chicorro* es una especialidad dando el salto de la garrocha, y, justo es confesarlo, en su tiempo nadie le ha aventajado en dicha suerte, y áun nos atrevemos á decir que ninguno ha llegado adonde él; tal era la precisión matemática que tenía para arrancar en línea recta al toro, verle llegar, parar en firme, clavar la garrocha, elevarse y caer. No retrasaba un instante ninguno de dichos actos; tampoco los adelantaba; en una palabra, era exactísimo y perfecto en la ejecución.

Vió, pues, colmados sus deseos en cuanto á adquirir nombre torero, porque realmente le tiene y distinguido, que si no en todas las suertes hace lo que otros, tampoco éstos ejecutan las que él; y en cuanto al mérito de ellas, es cuestión de apreciación; cada uno le considera como le parece, y no pocas veces entra muy en cuenta la pasión, el cariño y otras circunstancias.

Atendiendo Antonio Carmona á las especiales cualidades de *Chicorro* y á los muchos conocimientos que á su lado había adquirido, le dió la alternativa de matador el 24 de Septiembre de 1868 en la plaza de Barcelona. Después ya se ha gobernado sólo por casi todas las plazas de España, toreando con gran aceptación, y confirmando su alternativa en la plaza de Madrid el día 11 de Julio de 1869. Por cierto que se presentó como pocos acostumbran. Hizo anunciar en el cartel que se presentaba sin pretensiones de ninguna clase, animado del deseo de agradar y confiando en la indulgencia del público, que tantas pruebas de aprecio le tenía dadas: rara modestia no muy común en estos tiempos.

Considerado *Chicorro* como matador de toros, se encuentra en ocasiones á tal altura, que puede tenérsele como de primera talla: en otras, por desgracia, hasta le vemos huído, aunque sucede muy pocas veces. ¿En qué consiste semejante desigualdad? Seguros estamos de que ni él mismo sabe explicarla. No es que las diversas condiciones de los toros, sus resabios ó inclinaciones le turben ó aceleren unas veces más que otras para practicar las suertes, no; es que la preocupación influye poderosamente en ciertas razas, en determinados caracteres, y hace que los individuos que á las mismas pertenecen, sin darse cuenta de ello, sin apreciar tampoco la influencia á que están supeditados, obren en semejantes casos bajo la presión fatídica que su imaginación alberga. Cuando sobre la voluntad del hombre hay otra cosa que la anonada y casi la extingue por completo, inútiles son censuras, advertencias ni reprensiones.

Chicorro, que es altivo, pundonoroso y valiente, arrostra temerariamente el peligro, y, como no puede menos, en estos casos el resultado es fatal. Tres graves heridas sufridas matando toros en Lima, varias recibidas en la Península, un tremendo *varetazo* que en Sevilla le dió un toro desde el vientre al cuello, y la muy grave contusión que en el costado derecho le ocasionó en Córdoba un toro de Miura, son, aparte de otras muchas cogidas, testimonio triste, pero elocuente, de la verdad de nuestras apreciaciones.

Antes que sufrir, por huir en determinadas ocasiones, una cogida inevitable, vale más no intentar la ejecución de una suerte que forzosamente ha de ser deslucida, si arraigada la preocupación en el hombre no puede vencerse y dominarla.

En un buen medio está la virtud.

Chicorro, como hombre particular, es atento y complaciente. Ha sido siempre muy buen hijo, y excelente hermano. Débenle cuidadosas atenciones todos los individuos de su familia, con la cual nunca ha escaseado gastos, y es lástima que el transcurso del tiempo haya causado en *Chicorro* la enevitable retirada del toreo, que, bien á su pesar, realizará muy pronto, si ya no la ha realizado.

Lara, Eugenio.—Este banderillero, que al poco tiempo de aprendizaje llamaba la atención por su serenidad y buen modo de cambiarse, parece que era hermano de *Chicorro* y prometía seguir las huellas de éste: pero no sabemos qué le pasó,

que se quedó en flor há ya más de quince años. Falleció en Sevilla en Febrero de 1894.

Lara, Luis.—Fué un regular banderillero que alguna vez mató en novilladas toros de algún respeto. Fué padre de

---

Lara, Manuel *(El Jerezano).*—No sólo tiene ese sobrenombre este matador de toros en novilladas, si no que también le apodaban *El Gato*, no sabemos por qué. Poco podemos decir acerca de su mérito; alguna vez le hemos visto trabajar demostrándonos valor y también alguna inteligencia

en el arte. Empezó á darse á conocer en Sevilla el 15 de Agosto de 1890. Es sobrino del espada José Lara, y continúa sin ir atrás ni adelante recorriendo plazas, generalmente andaluzas, con varia fortuna. Nuestra opinión es la de que no será más de lo que es; un torero y matador de toros, algo mejor que muchos que tienen alternativa.

Lara, Agustín *(Colón).*—Mata novillos como sabe y puede. ¡Ojala digamos pronto que puede y sabe!

Largas.—Llámanse salidas largas las que, merced al capote ó muleta, se hacen dar al toro al despedirle de la suerte de vara ó de los pases que son preparación á la muerte. Son preferibles á las cortas en todo caso, y especialmente en el primero; y consisten en empapar al toro, y en dirección recta sacarle de la suerte con el capote extendido á lo largo, ó sea cogiéndole de una punta. Nadie ha aventajado en esta lucida suerte á Cayetano Sanz, y después que éste á Rafael Molina.

Larios, Manuel *(Azuquita).*—Natural de Huelva, mata toros en novilladas, según parece. Es muy nuevo.

Laroza, Francisco.—El teatro de sus hazañas, hasta ahora, es el ruedo francés, en cuyas plazas trabaja con alguna frecuencia. Creemos sea español.

Larroca y González *(D. Eugenio de).*—Caballero en plaza en las corridas reales de toros celebradas en Madrid en 26 de Enero de 1878 con motivo del casamiento del rey Don Alfonso XII. Fué nombrado en primer lugar por el Ayuntamiento, y apadrinado por el señor marqués de San Miguel Das Peñas en nombre del Municipio, y es el caballero que más se distinguió entre todos los que se presentaron en el coso en las tardes del 25 y 26 de dicho mes. Clavó mayor número de rejoncillos que los demás, todos en el morrillo, ninguno bajo ni trasero, la mayor parte de ellos á pié quieto, ó sea al estribo, que es como la suerte está escrita, y algunos á caballo levantado, como los portugueses hacen con toros embolados. Demostró ser gran jinete y sereno, y además del valor que todos reconocieron en él desde que pisó la arena, se vió que en la lidia fué el de más inteligencia y más arte. No cayó ni una vez del caballo, ni tuvo que desmontarse en plaza, cosa que en la antigua usanza se tenía muy presente por los caballeros, en cuyo desdoro cedía dicha circunstancia, reparable únicamente por el empeño de á pié. La Corte y los altos dignatarios del Estado le felicitaron con entusiasmo durante muchos días, hubo convites en su obsequio, y sin embargo... sus aspiraciones á la distinción con que siempre premió la casa real á los caballeros de su clase, se quedaron sin satisfacer. Es natural de Fuente el Sanz, provincia de Madrid hijo de D. José y de Doña Carmen, nacido antes del año 1840, casado y con hijos, por cuya honra y bienestar futuro quiso tomar parte en las fiestas como caballero. Lo es

cumplido desde su nacimiento, y en Puerto-Rico, Habana, Barcelona y otros puntos, ha dejado buen nombre en casas de Banca y principales, donde,

antes de ser Jefe de Hacienda pública y después, ha prestado especialísimos servicios. Fué su padrino al estribo Angel Pastor, que se portó admirablemente, y á la cabecera el maestro Cayetano Sanz. Usó traje á la chamberga, época de Felipe IV, morado y oro.

Larrosa, Francisco.—Como no haya adelantado este muchacho más de lo que era hace seis años, en que ponía mal banderillas y bregaba peor, valiérale más dejar el oficio.

Lasa, Juan *(Lasita)*.—Hemos oído hablar de este banderillero moderno con tal variedad de opiniones y tan distintas unas de otras, que consideramos prudente suspender todo juicio acerca de él hasta que le veamos, ó por lo menos se extienda más su nombre por el mundo.

Laserna, D. José.—Periodista de buen nombre, de razón clara y de lógica irrebatible. Escribe con notable corrección y tiene amplios conocimientos, no siendo el que menos el de la tauromaquia: así es, que con el pseudónimo de *Aficiones* le conocen cuantos de toros se ocupan, por sus brillantes revistas de las corridas que en la corte se celebran.

Laso, D. Francisco.—Caballero rejoneador de toros en la plaza del Retiro de Madrid en 1665. Fué acompañado del Duque de Abrantes y otros de la grandeza del Reino.

La Tijera, José de.—Poeta que en el año de 1801 compuso unas décimas con motivo de la muerte del desgraciado José Delgado *(Illo)*, ocurrida en 11 de Mayo de aquel año. Suponemos fuese un rico aficionado andaluz de este nombre, que recomendó á Pedro Romero admitiese en su cuadrilla al luego maestro Jerónimo José Cándido. El distinguido aficionado señor Carmona conservaba en su museo varios autógrafos del Sr. La Tijera, y el Sr. Pérez de Guzmán conservaba también del mismo muy curiosos documentos, que se habrán esparcido al fallecimiento de ambos entre personas que tal vez no hayan sabido apreciarlos. Fué La Tijera un entendido taurófilo que mostró sus muchos conocimientos en su famoso manuscrito que tituló *Las fiestas de toros*, y que ha hecho imprimir por primera vez el Sr. Carmena en 1894, así como en la notable carta que, describiendo la trágica muerte de *Pepe Illo*, escribió en 13 de Mayo de 1801, y se publicó impresa en Barcelona en aquel mismo año.

Latorre y Orrantia, D. Alejandro.—Autor de las primeras semblanzas de toreros de su época, que con notable acierto dió á luz en el año de 1846. Fué apoderado de Francisco Montes, y uno de los más inteligentes aficionados, de quien vamos á ocuparnos detenidamente, aunque no tanto como debiéramos, dada la índole de nuestro libro. Nació en Madrid, y antes de cumplir quince años marchó á América, en cuyo punto del continente, lo mismo que en la mayor parte de las capitales de Europa que visitó como hombre de negocios dedicado al comercio, adquirió ese trato social fino y distinguido, que hizo se captara en todas ocasiones las simpatías y aprecio de altos personajes y de gentes de humilde condición. Sirviendo al Estado como contador del Tribunal de Cuentas del Reino, fué encargado de los poderes del

célebre Montes, á quien protegió decididamente, y valió de mucho para sus ajustes y relaciones. Una prueba de esto es, que hace cincuenta años próximamente, cuando el dinero valía la mitad que ahora, firmó un contrato de seis corridas, que habían de verificarse en Alicante en los meses de Julio y Agosto, y en los días *que eligiese Montes,* por la cantidad de cuarenta y tres mil quinientos reales cada tres funciones, y abono de gastos de estancia para él, un segundo espada, cuatro banderilleros, dos picadores y un reserva; y en el año 1842 le contrató para cinco corridas en Bilbao, por cinco mil duros, manutención y abono de viaje para él y su cuadrilla, á condición de pagarle, aunque se inutilizase en la primer corrida. Mientras vivió D. Alejandro Latorre, no había en Madrid aficionado alguno que no le oyese hablar del arte con verdadera inteligencia; y el antiguo café de Los Dos Amigos, el de la primitiva Iberia, la relojería del buen aficionado D. Juan Plaza, donde se reunía lo mejor de los admiradores de la tauromaquia, dan testimonio de nuestro aserto, lo mismo que las plazas de lidia de becerros de Carabanchel y del Jardinillo, de que fué socio constante. Escribió, como hemos dicho, notabilísimas semblanzas de toreros contemporáneos, habló del arte de Montes en varios periódicos, suministró datos para la historia de Bedoya, y formó parte de la Junta de inteligentes que hacia el año de 1850 se nombró para unas famosas corridas de competencia. Sin que pueda decirse que formó museo, llegó á reunir en su casa varios objetos tauromacos de importancia y estimación, cuyo valor necesariamente crece con el transcurso del tiempo. Entre papeles y datos preciosos, conserva su hijo, el también aficionado D. Alejandro Latorre, objetos tauromacos, raros porque no son comunes, y de valía por las personas á quienes pertenecieron, habiéndonos llamado más que otros la atención unos estoques del *Chiclanero,* sobre cuya propiedad siguió pleito el señor Latorre y Orrantia con la familia y herederos de aquél, ganándole dicho señor, que con el testimonio del fallo ha conseguido tener el mejor título de autenticidad que pudiera apetecer; la espada y una media de las que llevaba Montes en la fatal tarde del 21 de Junio de 1850, y un precioso busto del gran torero, de que no se hicieron más que tres ejemplares: uno que quedó en poder de la viuda de Montes, y que no sabemos dónde habrá ido á parar; otro que conservaba el señor duque de Veragua, y que parece rompió uno de sus criados, y el que con tanto esmero guarda, como todos los demás objetos coleccionados por su buen padre, el Sr. Latorre. Hombres que, sin ser toreros, hayan enaltecido tanto el arte como el de que nos ocupamos, ha habido muy pocos; puesto que su propaganda en los salones aristocráticos que frecuentaba, en los casinos y en toda clase de centros, fué activa, entusiasta é incesante: de los que tuvimos el gusto de conocerle, quedamos ya en muy escaso número: gente nueva nos reemplaza; el tiempo dirá si ésta tiene, como tuvimos nosotros, entusiasmo, ó si sólo quiere ver toros por pasatiempo.

Laureano, Juan.—Desde 1873, ó desde 1874 torea en Portugal en clase de banderillero. No es de los que más han gustado en su patria, y tal vez por esa razón trabaja más en las plazas de segundo orden de aquel reino.

Nació en 1855 en Povoa de Santa Fria, siendo hijo del honrado comerciante Francisco Laureano. Contra los deseos de éste se dedicó al arte de torear, presentándose como banderillero en la plaza de Villafranca, y toreando después muchas corridas; pero por cansancio, ó por otras causas, se dedicó de nuevo al comercio como su padre, si bien por cuenta propia, realizando considerables beneficios. Los vió perdidos por su entusiasmo por la fiesta de toros; pues habiéndose hecho empresario de la plaza de Sacaven se arruinó, y volvio al toreo, trabajando con voluntad allí y en las plazas de España fronterizas con su país.

Es hombre honrado y formal en sus asuntos.

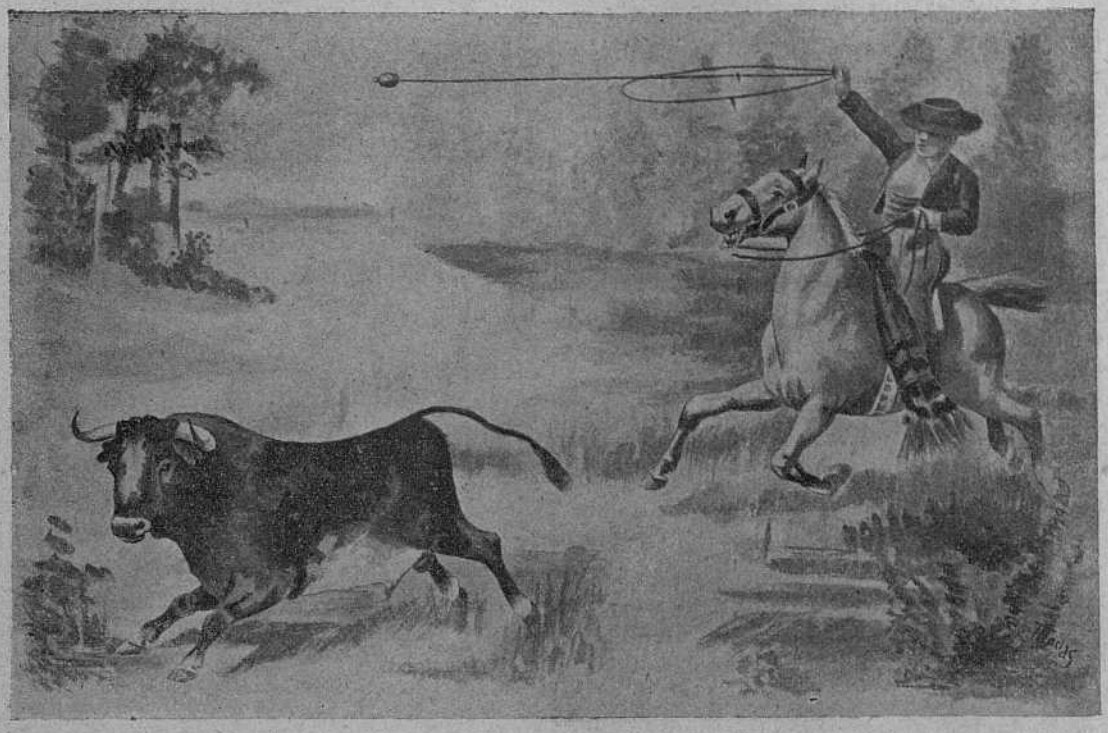
Laxman, Carlos.—Para ser un buen caballero farpeador se necesita hacer algo más de lo que este portugués ejecuta, con buena voluntad, pero...

Ya se ve, no es torero retribuído y sí un joven caballero aficionado, hijo del cónsul de Rusia, en Lisboa, y en este concepto nada puede pedirse.

Lazar.—El lazo no es ni más ni menos que una cuerda delgada de gran fortaleza y algunos metros de longitud. Llámanla tambien cintero. Tal y como le hemos visto, el jinete lleva en su mano derecha arrollado el lazo al empezar la persecución del toro, y mientras calcula las distancias el diestro, formando sobre su cabeza un molinete, va desarrollando el lazo, hasta la medida deseada, para arrojarle al nacimiento de las astas. Una vez conseguido esto, que practican con facilidad los mexicanos, el jinete sigue corriendo al par que el toro, algo distanciado y adelantado, de modo que parece lleva el hombre á la fiera á su voluntad. No hay que confundir este lazo ó cintero de una sola bola, con el que usan los gauchos y otros ca-

zadores en América para el manganeo y pealeo. (Véanse estas palabras y la de JARIPEO.)

Madrid, de donde se ausentó al poco tiempo de empezar á ser torero.



LAZANDO Á LA AMERICANA. — **MACÍAS**

Lazo.—Lo mismo que CINTERO.

Leal, Cayetano *(Pepe-Hillo).*—Creemos que este muchacho es natural de Pinto, en la provincia de

En América tomó el apodo referido, y le estiman en mucho, á juzgar por las referencias de los periódicos que de allí vienen. Es muy valiente, mata toros como el mejor novillero en algunas ocasiones, y hace faenas superiores, si á ello se presta el ganado fácilmente. A juzgar por lo que en Madrid le hemos visto hacer, le falta mucho para acreditar que cuando le apodaron *Pepe-Illo* no hubo exageraciones, sin que por esto sea decir que no tenga buenas cualidades para alcanzar un puesto regular en el toreo.

Leal, Luis.—Banderillero que trabajó en México y otros puntos de América hace unos cuantos años, en la cuadrilla de su hermano Cayetano. Ha intentado en España matar toros, pero aun le falta mucho para ser torero de estoques. Siga banderilleando, ya que tan buena maña se da, y le irá mejor.

Leal, Eduardo.—También á este, que es hermano de los anteriores, fáltale mucho que aprender. No basta para el oficio ser valiente. Dedíquese á estudiar lo que hacen los más acreditados, reflexione y será algo, que *madera* tiene para ello.

Leal, Francisco.—¿Quién le tentaría para ser caballero rejoneador á este portugués? En su pecado lleva la penitencia, porque trabaja pocas veces, y eso en provincias de tercer orden, porque en Lisboa nadie le conoce. Parece que también ha estado contratado como mozo de forcado.

Leao de la Torre de Faria, Luis.—Valdría mucho este amador portugués, si supiera tanto como afición tiene. Ha sido rejoneador á caballo, y alguna vez mozo de forcado, pero no banderillero y no ha demostrado grande inteligencia, aunque sí mucha voluntad.

Lecea, Salvador *(Macareno)*.—Pone banderillas, capea, corre, salta y quiere matar toros Si todo lo hiciera bien, ¿para qué más fortuna?

Ledesma, D. Mariano.—Rejonea á estilo portugués, bastante bien. Pica toros á la española medianamente; y maneja mejor la mano izquierda que la derecha. Sin embargo ha mejorado mucho de pocos años acá, y hoy puede presentarse donde cualquier otro, sin temor de quedar desairado. No sólo en la mayor parte de las poblaciones importantes de España sino del extranjero, donde ha farpeado á la portuguesa, ha obtenido aplausos sin cuento, á pesar de haberlo verificado en unión de los célebres Tinoco y Bento d'Araujo, maestros verdaderos en esa suerte del arte, nacida y propagada en el reino lusitano, más que en parte alguna.

Lechuga, D. Juan Eugenio.—En las fiestas reales celebradas en Madrid en 1833, cuando la jura de la princesa de Asturias, rejoneó como caballero en plaza. No sabemos si sería presentado por la grandeza, aunque nos inclinamos á la afirmativa, puesto que en la lista de los que designó el Ayuntamiento no aparece dicho nombre.

Legorburu, D. Simón.—Fué nombrado caballerizo de campo del rey D. Felipe V por haber rejoneado toros en 1730 en la plaza de Sevilla en presencia de dicho monarca.

Leguregui, José *(El Pamplonés)*.—Uno de los mejores matadores de toros que se conocían á mediados del siglo pasado. En 1754, con Esteller y Martínez, estrenó por la mañana la plaza de Madrid que ha sido derribada en 1874. Dicen que era muy amigo de *Martincho*, y valiente como éste, aunque no tan arrojado.

Lemos, Antonio.—Fué un picador andaluz que más de una vez trabajó en la cuadrilla de *Cúchares* después de 1860. Ya en 1854 formó parte de la de Antonio Gil en Marchena, y demostró cualidades excelentes como jinete entendido. Era natural de Alcalá de Guadaira, y estuvo trabajando constantemente más de 25 años: en 27 de Septiembre de 1840 se había estrenado en la plaza de Sevilla.

Lemos Bettencourt, Juan.—Buen jinete portugués, que por afición ha ensayado rejonear ó farpear en alguna fiesta de beneficio con regular éxito.

Lencastre, D. Manuel *(Louza)*.—Es un distinguido hidalgo portugués que por pura afición ha hecho en público diferentes *pegas* con gran acierto y con la soltura de un forcado experimentado y valiente.

León, Juan de *(El Nubiense* .—En su libro *Descriptio Africæ* relaciona el modo con que los naturales de aquella región se divertían en correr toros, enmaromarlos, lancearlos, burlarlos y derribarlos. Llamáronle otros *El Africano*, pues aunque nació en Granada, pasó en Africa su juventud. Viajó mucho, abrazó en Roma la religión católica, y luego adjuró de ella.

León, Fernando.—Fué un matador de toros, jefe de cuadrilla, bastante acreditado, que trabajaba por los años de 1755 en adelante. Las hazañas de Martín Barcáiztegui y el arte demostrado por los Romeros, obscurecieron algo la fama de este matador entendido, que en otras circunstancias hubiera llegado hasta nosotros, puesto que algo valdría su mérito cuando era de los que más plazas recorrían.

León, Juan *(Leoncillo)*.—Al hacer mención de este notable matador sevillano, dudamos cómo hacerlo en nuestro libro, porque precisamente nos sucede lo mismo que al señor Velázquez cuando en su gran obra habló de *Leoncillo*. Queriendo ser imparciales, tememos que los aficionados nos supongan apasionados, pues «las pasiones favorables ó adversas son tan imperiosas y arrebatadas en este género de aficiones, que, una vez fuera del

camino de la neutralidad crítica, suele notarse que las personas más competentes desbarran en la materia mucho más que las imperitas y profanas.» Haremos, sin embargo, cuanto podamos para decir la verdad, sin atender á personales simpatías; y si no lo logramos, no es porque no queramos ser verídicos, sino porque no acertemos á explicarnos.

En 2 de Septiempre de 1788 nació en Sevilla Juan León y López, hijo de Antonio y de María Josefa, que le dedicaron al oficio de sombrerero que aquél tuvo, y á los veintidos años de edad ya era oficial aprobado por el gremio. Por este tiempo se dedicó á lidiar toros con varios toreros de segundo y aun de tercer orden, figurando también al lado de *Curro Guillén* como banderillero, y así siguió hasta que en clase de sobresaliente de espada mató dos toros en Madrid el año de 1816, no alternando, como dice un autor, sino en el concepto que antes hemos dicho de sobresaliente de los célebres Jerónimo José Cándido, *Curro Guillén* y Antonio Ruiz (*El Sombrerero*). Desde entonces *Leoncillo* fué siguiendo á todas partes á *Curro Guillén*, que se declaró su decidido protector, vistas las especiales condiciones del protegido.

Ocurrió en 1820 con su maestro el desgraciado lance que Ronda presenció, y allí demostró Juan León su bravura, y muy principalmente sus nobles y generosas inclinaciones. Quiso evitar la cogida de su jefe cuando ya era tarde, cuando ya el toro le había colgado del cuerno derecho, y con la vehemencia del que á cualquier trance quiere conseguirlo, se arrojó materialmente sobre la fiera, que también le enganchó á él con el cuerno izquierdo por bajo de un brazo. El maestro y el discípulo fueron arrojados á buena distancia. Aquél quedó inerte en el redondel. El último, sin lesión notable, pero con profundo sentimiento y honda pena.

Entonces reflexionó acerca de su posición como torero, conoció lo que valía, y de cuanto era capaz. Su carácter le aconsejó no depender de otro, y efectivamente, decidió gobernarse por sí y crearse reputación propia. Fácil le fué conseguirlo. Hombre de entendimiento práctico, comprendió que por mucho que él supiese y pudiese hacer, para conquistarse un nombre tenía que ir por sus pasos contados, y tomó otro camino. Siguiendo sin duda sus naturales inclinaciones, se alistó en dicho año en la milicia nacional de caballería, campeando entonces hasta el año de 1823 en cuantas plazas quiso, puesto que los demás lidiadores de aquella época eran y estaban señalados como afiliados al bando absolutista, con muy raras excepciones. Cuando menos,—debió decirse,—contaré siempre con las simpatías de un gran partido político, y á poco que yo en mi profesión me esfuerce, he de conseguir más aplausos y mejor acogida que otros. Esto podía tener el inconveniente de que si bien por el pronto le favorecía, y sobre todo le daba á conocer y distinguirse, que es lo que quiere toda persona que vive del favor del público, también podía perjudicarle si la política cambiaba, y así sucedió, que pronto vió los efectos de su conducta. El día de San Antonio, 13 de Junio de 1824, toreaba en Sevilla con el realista Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), que exagerado hasta más no poder en sus ideas políticas, quiso de ellas hacer alarde, estrenando para aquella corrrida un magnífico traje *blanco* bordado de oro. León lo supo, y para demostrar que él no era blanco, sino *negro*, tuvo el valor, que valor se necesita y en gran dosis, de vestirse un traje de este último color, sucediendo lo que no podía menos de acontecer, que las turbas del populacho, compuestas probablemente de los mismos individuos que un año antes le vitoreaban, quisieron matarle, y le persiguieron hasta su casa *por pícaro negro*, salvándole únicamente su serenidad y el auxilio de pocos pero buenos amigos.

El objeto que pudiera proponerse León en 1820, ya estaba conseguido: se había dado mucho á conocer, había demostrado ser valiente y bravo dentro y fuera de los cosos, y que toreando, considerada la época en que lo hacía, pocos se le ponían delante; y todas estas circunstancias influyeron poderosamente para que, aun en la época del absolutismo, tuviese ajustes y trabajase en la plaza de Madrid á despecho y contra las intrigas de los realistas. A no haber aparecido en 1833 en esta corte el genio de la tauromaquia, Francisco Montes, difícilmente se hubiera destronado de su primer puesto á *Leoncillo*, como le llamaban aquí las gentes; porque si alguno de los espadas de entonces sabía más que él, podía ó se atrevía menos, y León tenía grandes recursos, que nadie como él sabía aprovechar.

Volvió á Madrid, en 1837, luego en 1839, y finalmente en 1845, de primer espada, con los notables *Cúchares*, su discípulo querido, y el *Chiclanero*, que á su vez lo era de Montes; y la verdad es que, á pesar de sus años y del entusiasmo que aquellos dos competidores producían en el espectador, el bravo León no hizo mal papel.

Un inteligentísimo aficionado escribió de él una ligera semblanza, en que estampó las siguientes palabras: «Veterano de provecho, torero aprovechado, no pierde ripio, y el que se descuida, se encuentra con él de sopetón». En lo cual aludía á mañas que para matar usaba en las ocasiones de compromiso, salvando la persona, pero sabiendo. Medio por nosotros siempre combatido, y reprobado como ajeno á la dignidad de un buen matador, y que, sin embargo, reconocemos su utilidad

en contados y peligrosos lances. Casi, casi en determinados días en que le salieron toros de respeto y *sentido* aplaudimos su modo de *aprovechar*, haciéndonos cargo de que ya tenía cincuenta y siete años de edad, y que por lo tanto las piernas no correspondían á la firmeza del levantado corazón de *Leoncillo*.

Al año siguiente, ó sea en el de 1846, celebráronse en Madrid las magníficas corridas que con motivo de las bodas de la reina Doña Isabel ordenó en la plaza Mayor el Ayuntamiento de Madrid, á cuyo frente se hallaba el inteligente aficionado y ganadero duque de Veragua, D. Pedro Colón. En ellas trabajó Juan León como espada; pero no estuvo á la altura que le correspondía por su antigüedad en la alternativa, y por su fama. Cierto es que en los carteles figuró después de Juan Jiménez *(El Morenillo)*, que ya contaba sesenta y tres años de edad: pero también lo es que ni uno ni otro pudieron hacer más que cumplir, gracias á su valor y conocimientos. No podía ser otra cosa, estando en la arena á su lado el gran maestro Montes, el inteligente *Cúchares*, y el nunca bien ponderado *Chiclanero*, astros esplendentes del toreo que estaban en el zenit de su carrera.

Volvió Juan León á Sevilla, concluídas que fueron aquellas funciones reales, con el propósito de retirarse del toreo, y desde 1847 lo estuvo realmente, hasta que en 1850 se presentó de nuevo en la plaza de Sevilla. Alentado con el buen éxito de esta nueva campaña, se ajustó al siguiente año, 1851 para torear en Aranjuez, en donde tuvo una tremenda cogida, aunque relativamente con suerte: por cierto que para que pudiera torear, se colocaron diferentes burladeros, puesto que su edad no le permitía saltar la barrera. ¡Tenía sesenta y dos años!

No es este sitio ni lugar oportuno, ni queremos ni está en nuestro carácter descender al terreno de las comparaciones; pero nos ocurre una pregunta. Si León hubiese sido torero de esos que hay que todo lo fían á sus pies, ¿hubiera toreado á aquella edad, firme, sereno y plantado ante la fiera con entera confianza en sus manos?

Juan León murió en Utrera el 5 de Octubre de 1854, en la casa de su antiguo amigo el bravo picador Juan Pinto.

Fué, como hemos dicho, entendido en los lances de la lidia hasta un grado superior. Capeaba con mucha calma y desenvoltura, pero no mejor que Montes, con perdón de un escritor antes citado; daba magníficos cambios en la cabeza, y mejor que tardar en la muerte de los toros, prefería *aprovechar* y aun esperarlos á la carrera, viniendo *empapados* en un capote.

Era muy hombre de su palabra, tenía gran partido entre la gente baja, cantadores, bebedores y demás de esta calaña, con quienes se gastó un dineral, y era de carácter fuerte, de grande tenacidad, y muy pagado de su opinión, sin doblegarse nunca á nadie. Sin haber sido una lumbrera en el arte taurino supo en él llamar la atención lo bastante para figurar dignamente al lado y al frente de grandes toreros, sin desmerecer notablemente, y su nombre ha de ser siempre citado como muy especial en bravura y serenidad dentro y fuera del redondel.

León, Manuel *(Lolo)*.—Era un banderillero sevillano que perteneció á la cuadrilla del espada Manuel García *(El Espartero)* y que murió en fines del año 1889 ó á principios del 1890. No tenía excepcionales condiciones de torero, pero ocupaba bien su puesto, distinguiéndose como peón de brega más que con los palos.

León, Juan *(El Mestizo)*.—Banderillero andaluz que mataba toros, sin ser lidiador que haya adquirido nombre. ¡Cuántos hay como este, que se quedan sin ser espadas ni peones por querer abarcarlo todo! Probó en Sevilla á ser espada el 11 de Agosto de 1878, lo hizo mal, se fué á América y falleció en Venezuela.

León, Manuel *(Cirilo)*.—Picador sevillano de poco nombre y de buenas condiciones, según nos han dicho. Alguna le faltará cuando no se habla de él, á pesar de llevar ejerciendo más de dieciséis años.

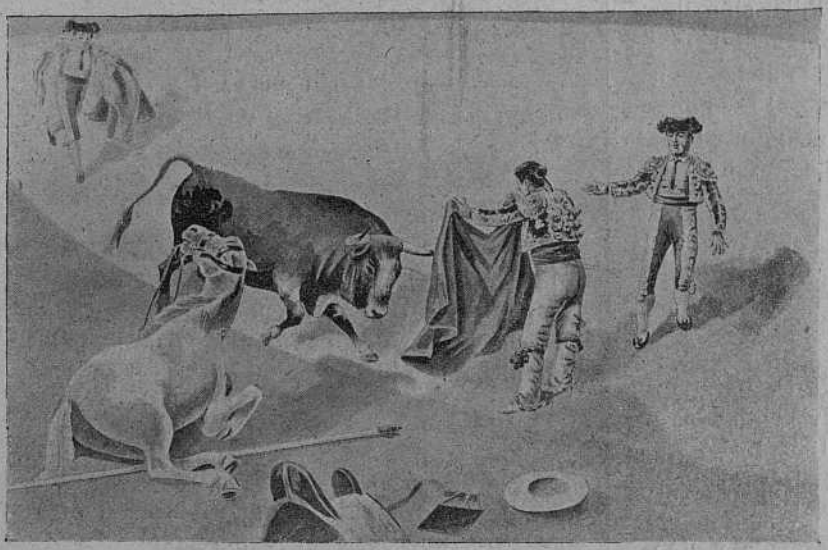
León, Juan *(Gaceta)*.—Picador en novilladas, que en Madrid no ha alternado en temporada de toros. Voluntario y de corazón, se quedó sólo con esas dos cualidades, y está casi retirado del toreo activo, aunque no ha perdido la afición.

Leonard, Joaquín *(Morenito)*.—Uno de tantos banderilleros que empiezan queriendo y no sabiendo, ni en teoría, lo que son corridas ó lidias de toros. Si no tiene un percance, ya aprenderá, que voluntad le sobra.

Lerma, Felipe de.—Picador de vara larga de los más afamados en el siglo anterior, que toreó muchas veces en la cuadrilla del célebre *Costillares*.

Lerma ó **Ledesma, Manuel** *(El Coriano)*.—Joven, valiente, buen jinete y forzudo, reunió todas las condiciones necesarias para ser, como fué, un

buen picador. Aunque hombre de campo, no era tan ordinaria su apostura que careciese de gracia; al contrario, tenía un aire tan garboso y un genio tan alegre, que cautivaba la atención del público. Manejaba la capa tan bien como el caballo y la garrocha, y más de una vez le hemos visto con el incómodo traje del picador dar verónicas y navarras que hubieran envidiado muchos matadores.



EL «CORIANO» DESPUÉS DE UNA CAÍDA. — MACÍAS

Sostuvo, por los años de 1846 al 51, una notable competencia con su compañero Juan Gallardo, en que no llevó la peor parte. Era natural de Coria y fué buen padre de familia. En los carteles aparecía el primer apellido que va expresado, pero era el suyo verdadero, según más de una vez le oímos decir, el de Ledesma; por cierto que habiéndole indicado la conveniencia de que se rectificase la equivocación, se opuso á ello, porque decía que el público le conocía ya de un modo, y tal vez cambiando el apellido podrían suponer que era otro, necesitando crearse nueva fama.

Levantado.—El toro ligero, corretón, que aun cuando haga por todos los objetos, lo verifica sin fijarse ni detenerse con ninguno. Siendo este el primer *estado* del toro al salir de los chiqueros, es muy general que pase pronto de él al segundo en cuanto se le castigue.—La actitud en que el picador coloca al caballo cuando quiere picar á caballo levantado; suerte difícil que practicaron el célebre Corchado y Juan López, y de la que nos ocupamos en su lugar.

Liar.—Es el acto de envolver el matador la muleta alrededor del palo de la misma, lo cual verifica cuando, después de haber pasado al toro, y cuadrado éste se dispone á darle la estocada. Debe liar de modo que el vuelo del trapo resulte vuelto, al final del palo, por la parte más cercana á la cara del toro. Ahora han dado los espadas en la manía de liar muy poco, dando una sóla vuelta al trapo, sin duda porque de este modo les es más fácil desembarazarse si la res se les viene encima; pero debieran tener presente que, en primer lugar, no debe *liarse* sino para el momento de arrancar ó esperar, estando ya el toro preparado y colocado para la muerte, y en segundo, que, liada poco la muleta, si bien cubren más su cuerpo, también llaman más á él á las reses. ¡Qué difícil sería, *liando* poco, *recibir* bien los toros! En cambio, ¡qué fácil es, *arrancando*, taparlos con la muleta mal liada para que no vean al espada, aunque este tenga que huir el cuerpo cuarteando en vez de dar salida al toro con el quiebro de muleta.

Libras.—Se llama toro de libras, ó de romana al que, como la palabra indica, es corpulento y de carnes proporcionadas á su tamaño. Ahora también se usa la voz de Kilos, pero no suena tan acorde al oído decir toro de pocos kilos, como de muchas libras.

Libre de cacho.—Cuando el banderillero ó el espada ejecutan sus respectivas suertes poniendo banderillas ó dando la estocada después que el toro ha pasado la cabeza de la jurisdicción de aquéllos, y por consiguiente, ha de dar la cabezada más adelante, se dice que verifican dicha suerte libre de cacho, que significa libre de cogida. Es criticable este modo de torear, porque si bien favorece al torero, le hace faltar á todas las reglas del arte, y es de poco lucimiento la mayor parte de las veces.

Librero, Rafael.—Ha trabajado en Andalucía con alguna aceptación como banderillero, en diferentes cuadrillas. Dicen que pareaba bien, pero atropelladamente; es decir, que sabía mejor meter los brazos que medir los tiempos. Epoca de mediados de este siglo.

Licón, Román *(Mazzantinito)*.—No es este torero solo el que lleva ese apodo, pero él le usa en América, en cuyas plazas le consideran buen banderillero.

Lidia.—Con relación á nuestras fiestas de toros, no es ni significa más que el acto de jugarlos en plaza cerrada, que es lo que constituye la celebración de las corridas con arreglo al arte, no como las capeas de pueblo, que en ellas no hay lidia, sino desorden, carreras y desgracias. Se diferencia de esas y de las luchas, en que, además de lo dicho, no hay precepto ni uso á que atemperarse, al paso que en la lidia rigen y deben observarse puntualmente las reglas y advertencias que dictaron los maestros.

Lidiador.—Véase Torero.

Liebro.—Toro de la ganadería de D. Manuel Bañuelos, vecino de Moralzarzal, divisa morada, que en la tarde del 23 de Marzo de 1865 luchó en la Plaza de toros de Madrid con el elefante *Pizarro*, sin poder herir á éste á causa de la dureza de su piel. Era retinto obscuro, bien armado y de pocas libras.

Ligereza.—Una de las primeras cualidades que ha de tener el torero; pero no la ligereza ó vivacidad del atolondrado, sino la de la fuerza ó seguridad en los movimientos, con perfecto conocimiento de los que ejecuta.

Ligero.—El deseo de que en nuestra obra se encuentre todo lo que á toros se refiera, nos hace incluir al llamado como va dicho, que no era de plaza, sino que fué enseñado á obedecer en muchas cosas por Manuel Gómez *(El Tiri)*, que le compró en Paterna, de casta desconocida, y le exhibió en las plazas, como podría hacerlo en un circo, há ya más de veinte años.

Ligero.—Toro de la ganadería navarra de Zalduendo, retinto obscuro, bien armado, lidiado en la plaza de Pamplona el día 8 de Julio de 1858 en sexto lugar. Mató ocho caballos, y, á petición del público, fué indultado y vuelto á la dehesa, donde curó de las heridas que había recibido. Después fué corrido otra vez en la plaza de Barcelona, cuando ya contaba siete años, y aunque apareció con poco poder, fué muy noble y voluntario, demostrando buena sangre.

Lima, Francisco.—Uno de los más entusiastas partidarios del arte de torear en el vecino reino de Portugal. Gran amigo del célebre banderillero José Joaquín Peixinho; fundó, en memoria de este, y en unión de otros, la «Sociedad Cooperativa y Caja de Pensiones Tauromáquica Portuguesa» que siempre fué el sueño dorado de aquel torero. ¡Qué falta hace en España una institución semejante!

Liga, Ramón de la.—Banderillero que trabajó en la plaza de Madrid en 1786 y siguientes, en unión del célebre *Nonilla*, y á las órdenes de *Costillares*.

Lillo, Lorenzo *(El Pinche)*.—Picador de novillos que empieza dando tumbos y pinchando mal. Serenándose un poco y aprendiendo un mucho, puede que sea algo, porque tiene para ello buenas condiciones y buena voluntad.

Lima, José Antonio de.—Banderillero en 1860 y caballero farpeador después; hasta que murió en 1875, no consiguió gran renombre, ni como torero de á pie ni á caballo.

Linuesa, José *(El Carpintero)*.—Va para banderillero, según dicen sus amigos: bueno será que si ha de llegar vaya despacio, y sin los apresuramientos con que empieza.

Lisboa, Antonio.—Mozo de forcado desde 1881, está acreditado de valiente y de utilísimo compañero en las *pegas*. Es muy conocedor de las condiciones del ganado.

Trabajó en muchas plazas de Portugal y entre ellas en la de Campo de Santa Ana, siempre como aficionado, y en corridas de beneficencia, contando cada una de sus presentaciones por otros tantos éxitos satisfactorios. Hoy ya no trabaja y es hermano de

---

Lisboa, Francisco.—Conócesele en Portugal por *Lisboa chico* y es muy popular entre los aficionados. Torea como forcado y como banderillero, agradando siempre su esmerado trabajo.

Lisboa Perdigao, Francisco.—Valiente pegador portugués que empezó por pura afición en 1889. No sabemos de él sino que se presentó ga-

llardamente, haciendo entrever al público de lo que era capaz en el arriesgado ejercicio de forcado, y también en el de banderillero. Luego no ha ido tan adelante como se esperaba. Ha toreado en muchas plazas.

Nació en 11 de Abril de 1869, siendo hijo del Sr. Soarez Ferreira Lisboa y de la Sra. D.ª Amelia Julia Perdigao.

Listón.—El toro que tiene la piel que cubre la espina dorsal de distinto color al del resto de la misma, pero entendiéndose que no ha de ser el ancho de la lista mayor que el de unos seis centímetros, que ha de ser la lista más clara, y que no ha de estar cortado ó interrumpido desde el nacimiento de las astas al de la cola.

Liza.—La plaza de toros, ó sea el lugar preparado y dispuesto para el combate, la lidia, torneo ú otros ejercicios de este género. No es muy usada esta voz en lenguaje taurino.

Lizarre, D. Juan José.—Escribió un largo romance en el año de 1771, con motivo de la desgraciada muerte del famoso matador José Cándido, natural de Chiclana, ocurrida en el Puerto de Santa María el 23 de Junio de dicho año. Rarísimo es el ejemplar que se encuentra de dichos versos, en que minuciosamente se describe el triste suceso.

Lizcano, D. Angel.—Nació en Alcázar de San Juan en 24 de Noviembre de 1846, y estudió en la Escuela Superior de Pintura. Hizo un precioso cuadro que tituló «Una corrida de toros» para el marqués de Selva-Alegre: presentó en la exposición de 1871 otro, que tituló «Una suerte de vara en la Plaza de Madrid», y en la de 1878 «La cogida de un diestro», cuadro de grandes dimensiones que obtuvo medalla de tercera clase. Con sus cuadros y sus dibujos ha propagado, como el que más, la afición á nuestras corridas de toros.

Loaisa, D. Domingo.—Uno de los diez caballeros que rejonearon toros en la ciudad del Perú, cuando celebró el nacimiento del príncipe español D. Baltasar.

Lobato, Gervasio.—Notabilísimo escritor portugués, de brillante imaginación y de acalorada fantasía. Ha bosquejado en publicaciones tauromáquicas de aquel vecino reino hechos y figuras principales del arte, con una inteligencia, un acierto y una precisión que envidiamos. Fué autor de muchas comedias, entre ellas *O commisario de policía*, que contó más de trescientas representaciones, y que, de seguro, no hay nadie en Portugal que haya dejado de verla. Falleció en 1895, y su muerte fué muy sentida por todos los hombres de letras y por los buenos aficionados al toreo.

Lobato, Francisco.—En México llama la atención un banderillero de este nombre que dicen promete mucho. Si es ó no español, si vale ó no, eso es lo que ignoramos.

Lobo de Castelho Branco, Antonio Annibal.—Si todos los mozos de forcado portugueses fuesen tan bravos y valientes como este distinguido aficionado, pocas censuras podrían dirigirse á los que á tan arriesgado oficio se dedican en aquel país. Empezó en 1874, y su ánimo no ha decaído ni por un momento.

Lobo, Fernando *(Lobito).*—Es un banderillero atrevidito que no desconoce en absoluto el arte y casi siempre cumple bien, pero no es tanto como le han hecho creer, y milagro será que no le ande dando vueltas en su cabeza la idea de hacerse matador antes de tiempo, porque ya en algunos pueblos ha ensayado la suerte. Creemos que es sevillano.

Lobo, Antonio *(Lobito chico).*—Hermano del anterior y como él de esa parte de niños atrevidos y descarados con los toros, que atienden más á los

desplantes y monadas que á la solidez de conocimientos en las reglas del arte. Víctima de su auda-

cia y también de su excesivo pundonor, falleció en la plaza de San Fernando (Cádiz) el día 16 de Julio de 1893, á consecuencia de las heridas que media hora antes le causó el cuarto toro de la corrida llamado *Rosadito*. Había salido el chico con los palos muy animoso, y después de una salida falsa los clavó malamente en las costillas y el público le silbó sin consideración alguna: resentido en su amor propio dirigiose de nuevo al toro y cuadró sin clavar, quedándose parado en la cabeza; en cuyo momento fué enganchado con el cuerno derecho y pasado al izquierdo, arrojado al suelo, corneado otra vez y conmocionado terriblemente. Se vió en la enfermería, donde se le administró la extremaunción, que tenía dos grandes heridas en la ingle izquierda penetrando en el vientre, un varetazo en el pecho y equimosis en la sien derecha. ¡Lástima de muchacho!

Lobo d'Almeida Mello de Castro d'Avillez, D. José.—Hijo de D. José d'Avillez, de quien hemos hablado en el lugar correspondiente. Ha rejoneado, mejor dicho, farpeado algunas veces, y como amador, en Portugal, donde empezó en 1890. A juzgar por lo que ejecuta promete ser tan diestro como su padre, pero hasta ahora no ha llegado á donde llegó aquél, ni con mucho.

Ha obtenido y disfruta el título de Conde das Galveas.

Lobo de Moura, Juan.—Tanto siendo forcado como mozo de curro, ha hecho este aficionado portugués en su país algunas *pegas* que han merecido el aplauso de los espectadores.

Lobo da Silveira, D. Manuel *(Alvito)*.—Fué en sus tiempos un gran pegador portugués, que ha dejado nombre en aquel país, donde falleció hace bastantes años.

Lobo da Silveira, D. Luis *(Alvito)*.— Pocos hombres de forcado ha tenido Portugal más bravos, más temerarios y más inteligentes. En 1848, y después, *pegaba* toros de puntas con singular destreza, y trabajó en muhas corridas hasta que se retiró con ánimo de volver, como buen *amador*, á tomar parte en las fiestas benéficas en que se considerase útil su aptitud.

Fué el primero á quien cupo la suerte de obtener una moña de lujo como recompensa ó aplauso de su trabajo, costumbre introducida en aquel país de medio siglo acá, poco más ó menos.

Locen, D. Babil.—Contemporáneo de Alcalde y Ponce de León, y, como ellos, diestro de mucha aceptación por su habilidad en el toreo de reses navarras. Era natural de Pamplona.

Loja, Gregorio.—Torero de poco nombre, que en corridas de novillos, allá por el año 1858, sufrió el día 14 de Noviembre una terrible cogida en Valencia en cuyo hospital falleció el día 21.

Loma y Santos, D. Eduardo de la.—Distinguido hombre público, abogado y periodista, conocido entre los revisteros de toros por *Don Exito*. Es notable la sencillez y gracia de dicción, la intención maliciosa de sus conceptos, y sobre todo, el conocimiento de las suertes del toreo y su imparcialidad al describirlas. Ha desempeñado en épocas difíciles cargos políticos de gran importancia, obteniendo con justicia la Gran cruz de Isabel la Católica. Se retiró de la palestra taurina hace algunos años, sin que hayan olvidado su memoria los escritores de entonces que le consideraban y consideran como merece.

Loma y Milego, D. José de la.—De tal palo tal astilla. Hijo del anterior, puede decirse que de él ha heredado el genio y la gracia para escribir, y

cuando lo hace de toros, su claro entendimiento le suministra caudal bastante para salir airoso de cualquier empeño en que, juzgando sin pasión, haya podido molestar á los intransigentes. Joven aún, abogado estudioso y de una dialéctica clásica é irrebatible, ha conseguido en poco tiempo hacer

notable el seudónimo de *Don Modesto* con que firma en el acreditado periódico *El Liberal*, las revistas de las corridas que en Madrid se celebran, y lo conseguirá más, si observa estricta imparcialidad y no se declara hombre de partido, que entonces...

Lomas, Conde de las.—Ha sido de los mejores aficionados que en Sevilla han fomentado el arte del toreo en este siglo, y se ha distinguido toreando como buen práctico y teórico.

Lombardo.—Así se llama la pinta del toro que, siendo negra, se inclina un poco á mate sin formar manchas especiales ó separadas, teniendo además el lomo ó parte de él de color castaño obscuro.

Lomipardo.—Es una pinta de toro muy parecida á la del aldinegro, y, como el nombre indica, ha de ser pardo el lomo de la res, pero más obscuro que éste el resto de su piel. No debe confundirse con el lombardo.

Lomitendido.—Poca explicación necesita esta palabra para entender que así llaman al toro de forma señalada en todo su cuarto trasero corno recta, seguida, y sin marcar mucho la parte alta del nacimiento de la cola, ni lo hondo de los ijares. Hay pocos toros así, y á juzgar por las láminas antiguas, menos había hace setenta años, puesto que los pintaban hondos de lomos y altos de ancas y serviz.

López, Juan.—Aunque este célebre picador no tuviese en la tauromaquia un nombre distinguido, bastaría para dársele, con justicia, el hecho de haberse dirigido, en la funesta tarde del 11 de Mayo de 1801, á librar á *Pepe-Illo* de las astas del toro que le dió muerte, saliendo contra éste á ponerle una vara á caballo llevantado. Era natural de Guadajocillo, según dice un antiguo autor; pueblo que no sabemos donde se halla ni hemos podido averiguarlo, por lo cual suponemos que en dicho nombre existe equivocación. El célebre Laureano Ortega le había dado, en la plaza de Sevilla, la alternativa el 20 de Abril de 1793.

López, Manuel *(Peseta)*.—Desde el 6 de Octubre de 1818 en que se estrenó en Sevilla, recorrió casi todas las plazas de España, picando toros, con bastante aceptación.

López, Manuel.—Ignoramos si este picador era hermano del célebre Juan de la cuadrilla de *Pepe-Illo*. Nuestras investigaciones han sido infructuosas, habiendo averiguado únicamente que fueron contemporáneos, y que éste como aquél trabajaron en la plaza de Madrid. Tal vez sea el conocido por *Porelas*, natural de Córdoba, é hijo de Manuel que picaba y mataba toros en aquella época, ó sea á fines del siglo anterior. *Porelas* trabajó en el presente.

López, Manuel.—Natural de Tocina, en la provincia de Sevilla. Fué jefe de una cuadrilla de banderilleros, con la que daba corridas en varios puntos de Andalucía; y por ser vecino de Córdoba y entendido en su arte, era el organizador de las que en esta última ciudad se celebraban casi siempre de orden del Ayuntamiento. En muchas ocasiones picaba á caballo de vara larga, y mientras los peones ponían banderillas, se quitaba la ropa de picar, tomaba los trastos de matar, y estoqueaba los seis ó más toros que se lidiaban. Esto acontecía hace más de cien años: ahora no hay quien lo haga, y realmente no hay para qué.

López, Diego, *(Matusa).*—Era un rejoneador á caballo que ejercía su profesión en el último tercio del siglo anterior. Suponemos que también picaría con vara de detener; pero no podemos afirmar otra cosa que la antedicha.

López Jofre, D. Ricardo.—Natural de Cullar de Baza, residente en Granada, donde es muy conocido y apreciado. Periodista, abogado y farmacéutico á más de otros títulos científicos y literarios, se hizo aficionado al toreo y redactó bastantes trabajos, adoptando el seudónimo de *Dirarco.* Ha sido empresario varias veces en Antequera, Granada, Málaga y Sevilla, en las que nunca ganó, y dejó tales negocios. Es un buen aficionado que con la palabra lleva tras sí al auditorio, porque habla académicamente.

López Ortega, Diego.—Excelente jinete que á fines del siglo último se contrataba en plazas para quebrar rejones y poner banderillas á caballo.

López, Angel *(Regatero).*—Ha sido uno de los banderilleros de punta á quien nadie se le ha puesto por delante. Discípulo del célebre *Capita,* con un valor á toda prueba y con grandes facultades tenía que ser, como lo ha sido, un gran torero; y si con los palos fué sobresaliente, en la brega también se distinguió, estando siempre oportuno. Excitado, en nuestro concepto, por alguno á quien

él hacía sombra, quiso ser espada, y lo fué, sin llegar más que á regular; pero celoso de su nombre, no ha querido nunca empañar su fama, volviendo á su primitivo estado de banderillero, en el que pocos de su tiempo le han igualado y ninguno le ha excedido. Es natural de Madrid, nació en 17 de Julio de 1825, en la casa calle de San Dimas, núm. 9, siendo hijo de Alejandro y Felipa, y nieto de Juan López Regatero y María Nicolasa, y Juan Díez é Isabel Rincón. Fué bautizado en la parroquia de San Martín con los nombres de Angel Justo, y en su primera juventud aprendió el oficio de ebanista, que abandonó á los veinte años de edad ó poco menos. Es muy popular en Madrid, y su excelente conducta, como particular, hace que sus compañías más frecuentes sean las de gente elevada por su cuna y por su posición social. Tomó la alternativa de espada de manos de Cayetano Sanz, el 11 de Julio de 1858. Su intrepidez le llevó un día á arriesgarse á subir en Madrid en un globo aerostático con el Capitán Mayet, que murió desgraciadamente, y su ascensión la verificó sin sentir flaqueza de ánimo y con admirable serenidad.

López, María.—Esta desdichada se atrevió á poner banderillas á cuerpo descubierto á un novillo con puntas, á principios del año 1839. Se necesita para tal cosa no tener nada que perder,—taurinamente hablando.

López, Gregorio.—Regular banderillero, mediano aprendiz de matador, se veía en él por los años 1855 y siguientes que, aunque las lecciones recibidas eran de gran maestro, le faltaba corazón delante de los toros.

López, Rafael.—Cubría su puesto sin desdecir mucho de los excelentes picadores que se conocían á mediados del presente siglo. En 1852 trabajó en Sevilla.

López, Tomás.—Pocos años después que el anterior se dió á conocer este picador de toros, de medianas condiciones.

López, Juana.—Picadora de novillos, sin arte ni conocimiento. Trabajó en la última corrida de novillos que se celebró en la plaza vieja de Madrid derribada el 16 de Agosto de 1874.

López, Nicolás *(El niño de Málaga).*—Banderillero que hace doce años parecía que se iba á tragar á toda la torería de su época, y se quedó en nada. Hemos procurado informarnos de su residencia ó paradero, y nada hemos logrado.

López Ramírez, D. José.—¿Por qué todos los que tienen la honra de tratar á este buen aficionado á las lidias de toros, le conocen por Padilla? No lo sabemos, pero sí que al leer sus escritos acerca de toros en el acreditado periódico sevillano *El arte andaluz*, de que es dignísimo corresponsal desde Madrid, cualquiera dice sin leer la firma «esa revista es de Padilla»; tal es el sello especial que imprime á sus artículos, en que resplandece siempre un espíritu de justicia y valentía que merece ser imitado.

Firme en sus convicciones, da siempre oídos á la razón, pero muy fuertes han de ser las que se le expongan para que las acepte después de meditarlas y pesarlas detenidamente, que es hombre que reflexiona y no se deja llevar de primeras impresiones.

Nació en Sevilla el 13 de Enero de 1870, y es muy aficionado á coleccionar documento taurinos.

López, Manuel *(El Sastre)*.—No es lo mismo picar toros que picar paño, ni manejar la garrocha que la aguja. Mucho hace la afición, y para algunas personas es un axioma de que «el que quiere, puede». ¡Pero el ser picador de toros tiene tantas quiebras! No es cobarde.

López, Ricardo *(Fierabrás)*.—Uno de tantos toreros que se llaman espadas porque matan toros. Era natural y vecino de Sevilla, donde nació en 1847, y apareció muerto de una estocada en el pulmón izquierdo, en Madrid, calle de Alcalá, junto al Prado, en la madrugada del 1.º de Septiembre del año de 1875.

López, Mateo.—Uno de los banderilleros que teóricamente sabían más; y aunque en la práctica no quedaba mal, no igualaba. Julián Casas, que tenía el mismo defecto, le tuvo en su cuadrilla muchos años. Murió en la plaza de Vitoria el 23 de Agosto de 1867, á consecuencia de la herida que en la yugular le hizo el toro quinto de la corrida, perteneciente á la ganadería navarra de D. Nazario Carriquiri, que usa divisa verde y encarnada. Era ahijado de la Emperatriz de los franceses, Eugenia, cuando estando soltera, viviendo en Madrid, se la conocía por el título de condesita de Teba.

López, Gabriel *(Mateito)*.—Nació en Madrid el día 16 de Septiembre de 1853; es hijo del banderillero Mateo y de doña Teresa Portal, maestra de labores de la Fábrica de tabacos de esta corte, y fué apadrinado en la pila del bautismo por el conocido aficionado D. Gabriel Lusía. Contra los deseos de sus padres, quiso ser torero, y lo fué después de algunos ensayos, que desde la edad de diez años empezó á poner en ejecución, figurando en las cuadrillas de niños toreros que dirigieron Gonzalo Mora y luego Vicente Ortega, en la cual ocupó el primer puesto de matador. Mozo ya, y acongojado con la desgraciada suerte de su padre, oyó las súplicas de su madre, dejó de torear, y se dedicó al oficio de impresor: pero la afición le llevaba á las plazas de toros, y no pudiendo resistir sus inclinaciones se dedicó resueltamente á ser torero teniendo la suerte de matar con gran aplauso en la

novillada del 4 de Noviembre de 1877. No le favoreció lo mismo en Vitoria, plaza en que murió su padre, pues al estoquear un toro llamado *Carcelero*, que era el nombre que también tenía el que causó aquella desgracia, fué enganchado por el muslo y volteado, pero satisfizo su deseo de lidiar en aquella plaza, demostrando que ni el recuerdo de su padre, ni el nombre del bicho que le mató, enfriaban su ardor taurómaco. Ha dado muchas pruebas de valor, y de no escasos conocimientos en España y en América, tanto poniendo banderillas como estoqueando; es de los de buena escuela, parado y formal; torea de brazos con elegancia, y se coloca donde debe; pero se ofusca en el momento en que ve que un toro se le pone mal y le da que hacer, y ya no es el hombre que de ordinario conoce el público. La sangre madrileña que por sus venas corre, le hace soberbio con el bicho y pierde los estribos, desluciendo trabajos anteriores de verdadero mérito, y también le hace tan altivo, que algunos favores y beneficios ha perdido, por

suponer sin fundamento que no se le atendía en primer término.

Tomó la alternativa en Madrid el 14 de Mayo de 1885, de manos del desgraciado Manuel Fuentes *(Bocanegra)*, precisamente en el mismo día en que la tomaba en Sevilla el espada Manuel Ortega *(El Marinero)*. Suscitose, como siempre, la cuestión de antigüedad, y hasta había quien contaba la hora y minutos en que cada uno dió principio á estoquear su primer toro, para sacar la consecuencia de la prioridad; tarea vana, pues dígase lo que se quiera, todos los toreros de todas partes, si se exceptúan unos cuantos cuyos hechos están en contradicción con sus palabras, han respetado como únicamente válida, la de Madrid. Conociéndolo así Ortega, confirmó en ella su alternativa que también le dió Fuentes *(Bocanegra)*, quedando en su lugar correspondiente *Mateito*. Después, en Extremadura, cedió la preferencia á Guerra en 1896, y harto ya de verse pospuesto á otros que valen menos, ha roto por todo é ingresado como banderillero con Bonarillo, con cuya adquisición ha ganado este mucho; pero, según se ha dicho, está dispuesto á actuar de matador donde quiera se le llame.

López, Ramón.—Natural de Madrid, hermano de *Mateito*, é hijo del desgraciado Mateo, que murió en Vitoria. Es un banderillero que sabe lo que hace, sin pretensiones de ninguna clase; ha propagado las fiestas de toros en las plazas de América, y es muy querido por su delicado comportamiento y excelentes condiciones de honradez é inteligencia. Trabajó en Madrid por primera vez el 16 de Noviembre de 1879, á beneficio de las provincias de Murcia, Alicante y Almería, y casi vive retirado de la vida activa, dedicado á una industria comercial. Es honrado y formal.

López, Santos *(Pulguita)*.—Natural de Madrid, toreó en esta corte por vez primera el 8 de Diciembre de 1877, en la plaza de los Campos Elíseos. Como banderillero en la Plaza de Madrid figuró en las corridas reales de 1878, y á partir de esta fecha, formó parte de las cuadrillas de Machío, Hermosilla y Angel Pastor. Cuando tomó la alternativa Mazzantini, se lo llevó á su lado. La muerte de Pablo Herraiz dejó vacante un puesto entre la gente de *Frascuelo*, y *Pulguita* sustituyó al célebre banderillero. Siempre ha ocupado su plaza á satisfacción del público, y eso que, dados los actuales tiempos, es difícil agradar sino se bulle mucho, se salta y brinca, recorta y alardea de fingido valor. Es sereno y muy fino pareando, pero es frío y más entendido de lo que á primera vista parece, y por eso sabe nadar y guardar la ropa. Ha estoqueado algunos toros bastante bien, pero no está preparado para ello, ni creemos sean sus intencio-

nes las de hacerse matador de toros, aunque facultades tiene sobradas. Pertenece hoy á la cuadrilla del aventajado espada Antonio Reverte Jiménez.

López de Sáa, D. Leopoldo.—La prueba de que no es una despreciable vulgaridad la de ocuparse

detenidamente en estudiar el origen, las vicisitudes, los adelantos y los mil accidentes que ofrecen como ningún otro espectáculo nuestras corridas de toros, la tenemos en que hombres de tanto talento é ilustración como el Sr. López de Sáa, no se desdeñan en comentar con excelente criterio, cuanto con ellas se relaciona. El ha puesto al servicio de las mismas su elevada inteligencia, y por convicción las concede el puesto que tienen y deben tener entre todos los espectáculos públicos, de modo que puede decirse que al ser aficionado no ha obrado por el efecto que le hayan producido impresiones pasajeras, sino por ser amante de la verdad sin ficción y de lo grande por sí mismo.

Es hombre de letras muy distinguido, y entre otros trabajos taurinos, se notan los rasgos de su pluma en el libro titulado *Tauromaquia de Guerrita*, que escribe en colaboración, y en las preciosas revistas que publica el acreditado periódico *El Resumen*.

López Martínez, D. Miguel.—Ilustrado miembro del Consejo Superior de Agricultura de Espa-Ha defendido con su voto particular ante dicha corporación las corridas de toros, oponiéndose abiertamente á la supresión de las mismas con tal fuerza de lógica, que es imposible que persona liberal y desapasionada pueda rebatir siquiera las atinadas observaciones, las convincentes razones y la justísima verdad que su informe encierra acerca de dicho particular.

López, Manuel *(Carretera)*.—Es un muchacho muy útil para peón y banderillero en cuadrillas de segundo orden, porque la práctica le ha enseñado cual es el gusto de cada pueblo, y procura complacer, pero se quedará donde está, y si no al tiempo.

López, Manuel *(El Sombrerero)*.—No le hemos visto trabajar, ni encontrado quien de él nos facilite antecedentes. Picaba toros en el año de 1877, no sabemos si bien ó mal.

López Calvo, D. Manuel.—Entusiasta aficionado á nuestras lides taurinas, que escribió en prosa y verso con singular gracejo y verdad. En las piezas dramáticas que escribió y se han representado en teatros de la corte, siempre hace alusión á las corridas de toros, de que era, como hemos dicho, ardiente partidario. Falleció en Madrid el día 10 de Noviembre de 1890.

López de Mendonza, Ernesto Julio.—Sus paisanos los portugueses tienen, según dicen, grande impaciencia por ver toros de la ganadería que está formando con esmero en su país, este distin-

guido amador banderillero y también mozo de forcado que lidió por última vez en 15 de Mayo de 1892.

López, Gerardo *(Gorrión)*.—Picador de toros en las plazas de América, según carteles modernos. Allí sabrán si es bueno ó malo.

López, Manuel.—En Portugal hay pocos que trabajen, como él, en tantas corridas, en su clase de mozo de forcado, prueba evidente de que mucho vale, pero no hay que olvidar que sólo toma parte en funciones no retribuídas.

López, Manuel *(Relatores)*.—Era un banderillero regular, y nada más. Corría los toros y ponía sus pares algo acelerado; con buenos deseos, intentó mucho, y sin embargo no adelantó y se quedó en puntillero. Es padre de

---

López, Julio *(Relatores)*.—Banderillero de poca nombradía, que con el tiempo podrá adquirirla si se aplica y tiene afición al arte, que si no...

López, Carlos *(El Manchado).* — Banderillero americano de la cuadrilla de Ponciano Díaz, que ha tomado el mote del español Tomás Parrondo, no sabemos si por igual causa que éste, ó por deferencia al mismo. Sin ser el hombre un diestro de primer orden, dicen los que le han visto que no se da mala maña para clavar los palos.

López, José *(Melilla).*—Picador nuevo, á quien no falta valor, aunque le falten otras condiciones. Aseguran los que le han visto, que es modesto y observador del trabajo de los maestros. Así se aprende.

López, Tomás.—Banderillero que no se ha dado á conocer en muchas plazas principales, y eso que ya ejercía el oficio hace seis años, y ponía banderillas en silla, al decir de los carteles.

López Mejía, Juan Antonio.—Banderillero regular que no deja sus intentos de matar toros; puede adelantar y perfeccionarse, y si abandona los palos, y para, y aprende lo mucho que le falta, será matador. Todo no puede hacerse á un tiempo. Nació en Madrid el 14 de Enero de 1873, siendo bautizado en la parroquia de San Millán. Sus padres D. Juan López Atienza y D.ª Andrea Mejía consiguieron colocarle á los quince años de edad de dependiente del matadero, y allí se adiestró y perdió el miedo á las reses, hasta que en el año de 1889 estoqueó por primera vez un novillo en la plaza de Alcalá de Henares, tomando definitivamente la profesión de torero, á que tiene decidida afición.

López, Anastasio *(El Niño del Guarda).* — En muchos pueblos de Andalucía ha ejercido y sigue ejerciendo el cargo de matador en novilladas. Sólo una vez le hemos visto y, por lo tanto, no podemos juzgarle, que es poco tiempo para hacer justas apreciaciones: pero antójasenos que, hoy por hoy, necesita mucho estudio para aprender lo que le falta, y tener menos pretensiones, que sientan mal siempre, y más en los principiantes.

López da Silva, José Joaquín.—Caballero farpeador portugués, que desde 1890 no ha demostrado otra cosa que buenos deseos, pero eso no es suficiente, aunque se crea bastante para el que, como él, sólo trabaja alguna vez por afición y sin estipendio.

López, Rafael *(Paloma).*—No empieza mal este chico. Tiene afición; no sabe pero quiere aprender, y entra á parear con desahogo. Fáltale medir mejor los tiempos y saber para qué sirve el capote, que un buen banderillero debe ser también un buen peón.

López y López, Antonio *(El Granadino).*—Le vimos una vez y ójala no le hubiéramos visto. Le anunciaron para matar en una novillada, y se presentó en la plaza vestido de torero; pero demostró que de tal, no tenía más que el traje. El hombre confesó su miedo y no mató, ni lo intentó siquiera.

López, Pedro *(Arito).*—Banderillero nacido en América, tiene como teatros de sus habilidades en el arte de Montes, las plazas de toros mexicanas, con preferencia á otras de aquellos remotos países. Nada sabemos acerca de su mérito.

López, Miguel. *(Gorito).*—Mataba novillos hace veinte años, subido en zancos y en las mojigangas de las plazas que al efecto le contrataban; porque el hombre no servía para otra cosa; á pie lidiaba peor aún que su compañero *Jetafe*, mozo que corría también más en zancos que á pie, y sabía de toreo tanto como Sancho Panza.

López, Mariano *(Bocacha).*—Aspira á ser picador de toros. En las novilladas se ha presentado voluntarioso, y parece que es buen jinete.

López Bardazo, Jacinto.—Quiere ser torero y ha empezado á ensayarse en plazas andaluzas de segundo orden, este joven perteneciente á una distinguida familia del Puerto de Santa María. ¿Seguirá?

Lopini, Rosina.—Como italiana, y en unión de Rosina Paguini y de Eugenio Lopini, fueron anunciados en Madrid en el invierno de 1870, para picar á la española, poner banderillas, y matar el Eugenio un novillo subido en zancos. Tanto tenían ellos de extranjeros como Lain Calvo de torero.

Lorenzo, Tomás.—Dicen que es banderillero porque ha trabajado alguna vez en la plaza del puente de Vallecas. Por eso negamos precisamente que

lo sea, porque desde hace más de ocho años en que aquello sucedió, ya era tiempo de haberse acreditado.

Losa, Antonio *(Tabitas)*.—Picador sin alternativa que quiere lucirse y no lo consigue, á pesar de su buena voluntad. Se tiene bien á caballo, pero le sucede lo que á todos los que empiezan, que si se cuidan de la mano derecha olvidan la izquierda, y si de ésta se acuerdan, aquélla les estorba. Así lleva mucho tiempo, y no se le ha visto prosperar.

Losada, D. Cecilio Díaz de.—Si no tuviera este notable arquitecto un nombre envidiable entre sus compañeros, bastaría para habérsele conquistado la magnífica concepción que ha desarrollado en los planos de la preciosa plaza que había de construirse en Granada, pensamiento que empezó Alvarez Moya con brío, y concluyó de mal modo. Siendo más conocido por el segundo apellido que por el primero, le hemos incluído en esta letra, siguiendo igual plan del que con otros venimos adoptando.

Losada, Antonio *(El Nene)*.—Reside en Alicante desde hace unos cuantos años, y toma parte como banderillero, y aun como espada, con otros novilleros, en cuantas corridas se le proporcionan en dicha provincia y sus limitrofes. Nació en Málaga el 19 de Junio de 1864, y empezó á torear á los diecinueve años de edad. Es muy compuestito, y cumple muy bien sin pretensiones.

Losada, D. Angel.—Actual Marqués de los Castellones, Senador del Reino y conocido ganadero cordobés. Fué en sus mocedades notable aficionado que con la capa, rehiletes, muleta y estoque se hacía aplaudir. En Córdoba fomentó grandemente la afición, y todavía se recuerdan aquellos tiempos en que hacía alarde de sus conocimientos prácticos en el arte.

Losada Turrientes, D. José.—En Badajoz ha adquirido buen crédito de escritor distinguido, con sus artículos publicados en la prensa local, acerca de las corridas de toros. Posee documentos muy útiles al aficionado, y ha sido corresponsal de algunos periódicos madrileños.

Loulé, Duque de.—Harto conocido es el nombre de este distinguido político portugués, que llegó á ser allí nada menos que jefe del partido liberal, cuyo puesto conservó hasta su fallecimiento, ocurrido hace algunos años; pero estamos seguros de que muchos ignorarán, que diferentes veces se presentó en las plazas de Portugal, desde el año de 1848 en adelante, á desempeñar un puesto de mozo de forcado, y también á rejonear como caballero, obteniendo siempre muchos aplausos por su valentía. Parece inútil advertir, que nunca fué torero retribuído, sino distinguido *amador*.

Loureiro, Francisco.—Portugués, como su apellido indica. Era un excelente banderillero, que con la misma facilidad quebraba, recortaba y cuarteaba. Agil y ligero, se atrevía á dar el salto de la garrocha con gran confianza, y siempre estaba dispuesto á complacer al público lusitano, ante el cual trabajaba concienzudamente. Ha fallecido yendo al Brasil, de una fiebre amarilla que le acometió en Campos, en 1880.

Lovera.—A mediados del siglo pasado figuraba entre las diferentes cuadrillas que podríamos llamar ambulantes, este torero de tanto renombre como Apiñani, Galcerán, y otros que se distinguieron por su bravura. No hemos encontrado su nombre en los papeles que hemos consultado á ese fin, ni sabemos si solo fué banderillero ó llegó á ser estoqueador de toros.

Lozano, Diego.—Picador de vara larga, contemporáneo de *Costillares*, en cuya cuadrilla trabajó más de una vez. Dicen era corpulento y de gran fuerza, que castigaba mucho y bien, pero que no correspondía la mano izquierda en ligereza á la fortaleza de la derecha. En la plaza de la Real Maestranza, de Sevilla, se estrenó el día 26 de Octubre de 1782.

Lozano, Ceferino.—Uno de los picadores de segunda fila que más lucieron en Madrid por los años de 1852 y siguientes. Se retiró y se dedicó al comercio de vinos.

Lozano y Enriquez, Antonio.—Notabilísimo escritor taurino y acérrimo aficionado, nacido en Ciudad Real el 17 de Octubre de 1854, donde estudió el bachillerato, ingresando después en la Academia de infantería de Madrid. Obtuvo el empleo de alférez en Enero de 1874, pasando inmediatamente al ejército del Norte, y haciendo la campaña contra los carlistas. Es capitán de la es-

cala de reserva, y establecido en Alicante hace doce ó catorce años, empezó á trabajar en el periodismo.

Fundó en unión de otros *La Revista de Espectáculos*, que dos años más tarde se convirtió en *La Revista*, de la que hoy es único propietario, y que publica con gran aceptación en Alicante, y se lee con gusto en todas partes. Ha colaborado además en *La Tarde*, *La muleta* y *El chiquero*, de Zaragoza, *El Toreo cómico*, del que fué corresponsal, y *La muleta*, de Sevilla, del que lo sigue siendo.

El anagrama *O'Lanzo*, con que firma sus revistas y artículos, es conocido en todos los círculos taurinos.

Su extremada afición le ha llevado á tomar parte como espada en considerable número de becerradas, sin que haya tenido que lamentar ningún contratiempo. Reservándose ya de este ejercicio activo, le sustituye todos los años con una verdadera peregrinación por Valencia, Murcia y la Mancha, presenciando gran número de corridas por esas comarcas durante el verano.

Formó parte de la espléndida sociedad «Especta-Club», y su carácter franco y cariñoso, es valiosísimo complemento de sus indiscutibles méritos como periodista, y aficionado inteligente.

Lozano, Antonio *(El Sonaor)*.—Ha brotado en Andalucía en estos últimos meses, un joven de ese nombre que dicen estoquea toros con fortuna y habilidad. Falta verlo para creerlo.

Lucas Blanco, Manuel.—Este desgraciado espada es la prueba más evidente de que nuestra opinión está en lo firme cuando ha dicho, al hablar de otros diestros, que es muy expuesto para ellos, y puede costarles muy caro, afiliarse en público á un partido político determinado, y hacer en él demostraciones exageradas que hagan marcarse al individuo y ponerse en relieve. Si Manuel Lucas Blanco no hubiese sido partidario del rey absoluto, ó al menos no hubiese hecho de ello público alarde ingresando de voluntario realista en los escuadrones de caballería, es casi indudable que su vida no hubiera concluído en un patíbulo; porque aunque la ley determinase que al homicida se le aplicase la pena de muerte, es muy seguro, que de no haber mediado entonces la pasión política, Lucas hubiera sido indultado, toda vez que la muerte que causó en la noche del 18 de Octubre de 1837 al miliciano nacional de Madrid Manuel Crespo de los Reyes, saliendo de una tienda de andaluces de la calle de Fuencarral, donde bebieron juntos, convienen los contemporáneos en que fué casual y sin intención, y previa provocación del lesionado. Gran parte de la milicia mostró contra aquel infeliz su indignación, siendo peligroso hablar la más ligera palabra en su favor, en términos de que su letrado defensor, para evitar disgustos, asistió á informar en la vista de causa vestido de uniforme de miliciano; y sólo algunos compañeros del desgraciado, especialmente Juan León y el célebre Montes, se atrevieron á hacer gestiones en su favor, pero inútiles, pues que el pobre fué ejecutado en el día 9 de Noviembre del mismo año. Hemos hablado de este diestro sólo en lo relativo á su desgracia, porque no podemos recordarle sin que en primer lugar se nos venga á la memoria su desastroso fin. Pero pasemos á hablar del torero. Era de una estatura regular, bien formado, serio y de pocas y mal dichas palabras: valiente y arrojado hasta la temeridad, en lo cual tenía cierto orgullo; ni las heridas que los toros le causaran, ni mucho menos ningún otro lance personal, amenguaban su fiereza, que de este modo debía llamarse la que en muchos momentos demostraba. Así, que llegó á conquistarse el nombre del *guapo Lucas*, diciendo Juan León que no había conocido hombre más duro. No empezó de muy joven, y cuando lo hizo, fué como tantos otros de ahora, que unas veces son espadas, matando toros en los pueblos, y otras banderilleros de segundo orden en cuadrillas formales. En 1813 fué banderillero de Antonio Ruiz *(El Sombrerero)*, seis años después servía de media espada con el *Panchón*, y en 1821 figuró en este concepto en la plaza de Madrid, donde estaban de primeros el *Bolero* y León, habiendo alternado con éste y Parra ya en 1829, y antes en Sevilla con el último, en 30 de Mayo de 1823. La práctica le hizo aprender algo, porque las explicaciones teóricas eran inútiles para su limitada inteligencia; y si

bien no se encontraba en él al lidiador ligero y al diestro que ejecuta con limpieza diferentes suertes, se hallaba al matador que paraba los pies, y con sereno aplomo, economizando pases, daba grandes y seguras estocadas. Desde aquel año trabajó muchos en Madrid, alternando con los mejores matadores que se conocían entonces.

Lucas Blanco, Juan.—Hijo del desgraciado Manuel, natural de Sevilla, buen mozo, de airoso continente y *cantaor* notable. Fué un matador de toros de aquellos que Andalucía se propone levantar, aunque no valga en el arte lo que otros de menor apoyo y protección. Las simpatías que por la desgracia de su padre debió conquistar, hicieron que los principales maestros le apadrinasen y alentasen á la lidia, de la cual, en los corrales del matadero, adonde había asistido desde muy pequeño y á despecho de su padre, se separó por la vergüenza que le causaba alternar con otros. El que más le protegió fué Juan Yust, que le hizo su banderillero, le tuvo en su casa como á un hijo, y en 1840 le hizo ya figurar como media espada en varias plazas; pero muerto su maestro en 1842, y aprovechando Lucas el valimiento que tenía con aficionados de influencia en Andalucía, se hizo cargo de la cuadrilla de aquél, y se presentó en 15 de Agosto de 1843 en la plaza de Sevilla, causando el mayor entusiasmo entre sus paisanos verle esperar y recibir los toros á pié firme. Su fama subió tanto en tan poco tiempo, que sus contratas crecieron, sus triunfos se contaban por funciones, y los maestros que entónces había eran menos aplaudidos que él en las plazas en que alternaban, porque los inteligentes veían *verdad* en su toreo, y no falsedad y mañas que otros buscaban para lucirse. Creyose generalmente que Lucas iba á ser tan gran torero, especialmente matando, que dejaría atras á los más nombrados; sólo Redondo *(El Chiclanero)* opinó de distinto modo, diciendo sin reserva que el día que aquél se viese frente á toros revoltosos y de sentido, podría tener grave disgusto y quitar las ilusiones á sus admiradores. Muchos creyeron que esto lo decía Redondo envidioso de la celebridad de Lucas; pero lo cierto es que éste no sabía del arte mas que pararse, recibir ó aguantar toros que se le vinieran bien, y nada más. Su muleta, aunque limpia y fina, le servía de muy poco. Si él arrancaba ó se iba al toro, cuarteaba tanto y lo hacía con tal desconfianza, que concluía casi siempre mal la suerte; y si el toro se defendía ó no humillaba, no tenía recursos para componerle la cabeza. En 1846 se ajustó en Madrid, y el *tronío* que de Sevilla traía era tan grande, que los verdaderos inteligentes creyeron que entre Redondo y Lucas podría regenerarse el toreo, viendo recibir toros á los dos lidiadores que, separándose de los malos resabios de otros aplaudidos diestros que echaron á perder la buena escuela, tanto prometían en su arte. Por desgracia no fué así: Redondo había acertado. Fuese que al pobre Lúcas le impresionase fatídicamente el redondel donde su padre tanto había pisado, fuese que los toros que lidió en tres corridas no se le presentasen bien para su suerte especial y única, ó fuese que en Madrid no se forma partido en una temporada un diestro si no hace cosas muy buenas, la verdad es que despues de haber sido herido gravemente en la tercer corrida en que se presentó, tuvo que volverse humillado á Sevilla, sin haber podido siquiera recibir un toro. Como solo Madrid ha dado siempre carta de verdadero diestro al que lo ha sido, y Lucas no la obtuvo, su decadencia se marcó tan rápidamente, que desde entonces pudo decirse que ya no fué torero, ni pudo levantar su fama ni aun en su tierra, recibiendo en cuantos puntos quiso torear tremendas cornadas, sendos revolcones y multiplicados puntazos y varetazos. Para mayor mal, le dió por entregarse completamente al uso de bebidas alcohólicas, llegando el caso de presentarse en plaza ebrio y embotados sus sentidos; y arrastrando una mísera existencia, falleció en el año 1867 en el Hospital General de Sevilla, á los cuarenta y cuatro años de edad, de una enfermedad aguda. No sabemos si vive su mujer que fué la viuda de Juan Yust.

Lucena, Carmen *(La Garbancera).*—Esta *señorita* se presentó en varias plazas de España y Portugal á matar becerros, anunciándose «en competencia con *La Fragosa* por su infatigable voluntad y destreza en el arte de Montes y *Pepe Illo* y para complacer á sus muchos favorecedores.» No la hemos visto ni nos ha hecho falta ni el arte tampoco necesita diestras sino diestros.

Luceño, D. Tomás.— Distinguido autor dramático, de los de buena cepa, correcto, castizo y muy conocedor de los efectos teatrales. Sus producciones, que son muchas, tienen siempre frescura, gracia y donaire, y una de las en que hizo gala de su talento fué la titulada *Fiesta Nacional*, alusiva á las corridas de toros, que escribió con D. Javier de Burgos hace ya catorce años.

Lucero.—El toro que, siendo de color oscuro su cabeza, tiene tambien una mancha blanca en el testuz. Puede suceder que un jabonero, por ejemplo, tenga esa mancha negra en el mismo sitio, pero entonces le llaman *Estrellado*.

Luis, Diego.—Buen banderillero, natural de Córdoba, y que aseguran lució mucho en fines del siglo XVIII.

Luis, José.—Muy fugaz fué la vida torera de este banderillero portugués, que se estrenó en la plaza de Campo de Santa Ana en 1846, y conociendo que no servía para banderillero dejó el oficio, y murió en 1863.

Lumbrero.—Toro de Veragua, retinto albardado, de mucho peso, buen mozo y bien armado, corrido en primer lugar en la plaza de Aranjuez el 31 de Mayo de 1891, dió tan gran porrazo al picador Manuel Calderón, que conmocionado fué llevado á la enfermería y antes de las doce horas falleció. En el resto de la lidia fué un buen toro.

Luminoso.—Toro de la ganadería de D. Manuel García Puente y López, vecino de Colmenar Viejo, que en 11 de Octubre de 1870, al ser conducido con los cabestros á los corrales de la plaza vieja de Madrid, se entró en la villa, recorrió varias calles, volteó á un panadero y á un carretero en la calle de la Libertad, y en la de Alcalá le recogieron los bueyes con los vaqueros y le llevaron á la dehesa, después de mil trabajos.

Luna, Jerónimo.—En el último tercio del siglo pasado formaba parte de la cuadrilla de *Costillares* como peon ó banderillero. Fué de un mérito sobresaliente.

Luna, Diego.—Este picador se presentó en Madrid á trabajar por primera vez el jueves 1.º de Julio de 1830, precedido de buen nombre; mas con tan mala fortuna, que el quinto toro de Gaviria, en una vara, le arrojó con el caballo de tal manera, que perdido el sentido, le retiraron á la enfermería y falleció á los pocos dias. Había tomado la alternativa en Sevilla el 30 de Mayo de 1823.

Luna, Alonso.—Este picador moderno, á quien se vió trabajar en Sevilla en 1878, se ha eclipsado hace algunos años y nadie nos da razón de él ni de su mérito.

Luna, D. Adolfo.—Sus revistas taurinas en el periódico *El País* son leídas, comentadas y apreciadas en mucho por los inteligentes aficionados. Esta es la mejor patente de bondad que puede obtener un escritor.

Aficionado entusiasta á la fiesta nacional, atiende con singular cuidado á todos los lances de la lidia, y al reseñarlos y dar cuenta de ellos, lo verifica con tal claridad, que parece al lector estarlas viendo. No hay esfuerzo de imaginación en el relato, que acostumbrado á escribir de más arduos asuntos, nada hay para él penoso, y mucho menos lo que pueda relacionarse con las corridas de toros por las que, como va dicho, tiene especial predilección. Tal vez al ensalzarlas, exagere las grandes hazañas que sus infinitas peripecias proporcionan á los diestros que las ejecutan, pero ¡es tan perdonable esa espontánea manifestación del entusiasmo!

Excesivamente modesto y discreto, se aparta del trato social mas de lo que debe un hombre de talento, á quien hay que estimar en mucho, precisamente porque no busca exhibiciones que ahora tanto se estilan.

Luque, Antonio *(El Camará).*—Torero cordobés, de regular figura, que perteneció á la cuadrilla de Francisco González *(El Panchón)*, de quien recibió lecciones, y el cual tambien le dió la alternativa como espada el año 1835. No tuvo mal método de toreo; se presentaba bien, pero se descomponía tan pronto, que el público creyó siempre que era falta de valor lo que le dominaba; así que nunca llegó á ser un espada de nombre, ni mucho menos. Dicen que era buen teórico, y que oyeron con gusto sus lecciones y consejos los toreros *Pepete*, *Bocanegra*, *Riñones* y otros que, como su hijo Antonio, conocido por el *Cúchares de Córdoba*, aprovecharon poco. Fué hijo de Alonso Luque y de Victoria González, hermana de Francisco *(El Panchón)*, y viuda de Bernado Rodríguez, de quién tuvo al también torero notable Rafael Rodríguez *(Meloja)*. Nació junto á la torre de Malmuerta, en el arrabal de casas que allí hay formando parte de la ciudad de Córdoba, el dia 3 de Julio de 1814, y fué bautizado en la iglesia de Santa Marina. Siempre, desde la edad de diez y seis años, y aun antes, en que empezó á torear por los pueblos más inmediatos al de su nacimiento, demostró cierta altivez, y por lo tanto, poca sumisión para depender de otro: le gustaba más ser cabeza de ratón que cola de león; pero esto, en nuestro concepto, le perjudicó no poco para sus adelantos. Claro es, no sujetándose á observar reglas ni prescripciones fundadas en la experiencia, era preciso seguir sus instintos para la práctica de las suertes, y al ejecutarlas, veíasele perplejo é indeciso, porque no tuvo presente que para seguir inclinaciones propias, ó se

necesita ser un genio, ó adoptarlas, despues de muchas tentativas y ensayos en largos años de práctica. Era pundonoroso; alternó con espadas notables en diferentes plazas, desde 1836 en adelante, pero especialmente desde 9 de Junio de 1844 hasta 1850, época de su mayor apogeo, y murió pobre en el pueblo que le vió nacer, á los cuarenta y cinco años de edad, el día 11 de Octubre de 1859.

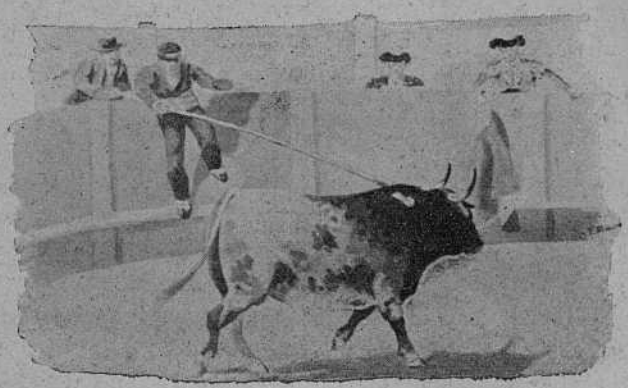
Luque, Antonio *(El Cúchares cordobés)*.—Hijo del matador de toros de igual nombre, recibió de él lecciones desde muy temprano, y las aprovechó tanto, que en sus primeros años creyeron los cordobeses que aquel muchacho iba á ser una notabilidad, llegando hasta el extremo de darle el mote de *Cúchares*, como si quisieran que un día llegase á ser lo que éste. Desgraciadamente no sucedió así. Luque, que algunas veces entraba bien y por derecho al arrancar, no se cuidaba generalmente de preparar los toros á la muerte, no estudiaba la índole ó condiciones de éstos, y cuando uno se le tapaba ó se defendía, perdía completamente el conocimiento, y pasaba fatigas muy grandes. No pasó de lo que llaman *media cuchara* ni en España ni en América, adonde fué á torear con buen partido, perjudicándole no poco para dar estocadas, el defecto de ser muy corto de brazos. Tomó la alternativa en Madrid el 20 de Julio de 1862.

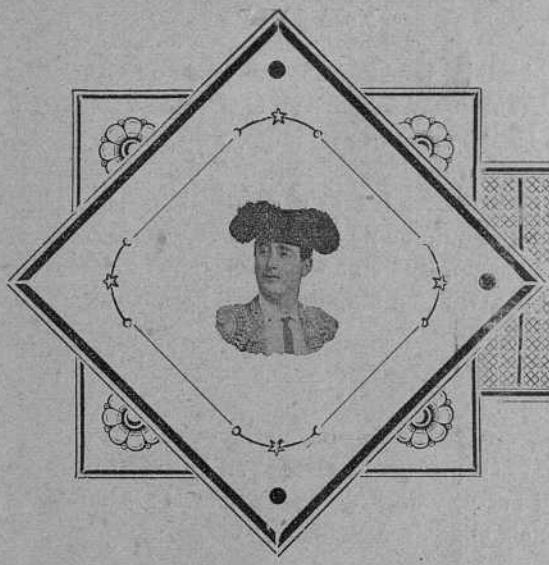
Luque, Luis.—No sabemos si este picador es de la familia de los espadas que llevan su apellido, el *Camará* y *Cucharitos*, de Córdoba. Tampoco sabemos cual fué su mérito, pero sí que en compañía de Carlos Puerto se embarcó para Montevideo en 1836, con la cuadrilla que organizó y dirigió el matador de toros Manuel Domínguez.

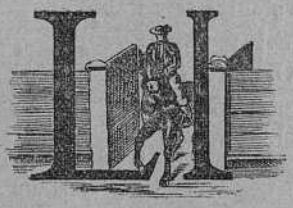
Luque, Rafael.—Banderillero cordobés, joven, atrevido y no falto de gracia. Será algo si tiene presente que de su tierra y de su nombre han salido buenos toreros, y que su apellido le obliga; y será nada, si en vez de querer no quiere distinguirse, como hasta ahora ha hecho. Opinamos por lo último.

Luque Arcas, Manuel.—Este desgraciado picador vino á Madrid á trabajar en 1880, formando parte de la cuadrilla de Francisco Arjona Reyes. En la corrida del domingo 9 de Mayo, el sexto toro, de Núñez de Prado, llamado *Agachaito*, negro, bragado, corniapretado, pequeño y ligero, que tomó once varas con coraje, derribó á Luque, matándole el caballo, y en la caída se lastimó con la perilla de la silla en el vientre y en una hernia de que venía padeciendo, si bien no dió importancia al golpe, en términos de que volvió montado á su casa. En cuanto llegó á ella se acostó para no levantarse más, pues á las cincuenta y seis horas, ó sea el miércoles 12, á las dos de la mañana, falleció en su habitación, calle de la Gorguera, y por la tarde fué conducido al cementerio de la Patriarcal. Era casado, de treinta y dos años, vecino de Sevilla, y con tres hijos.

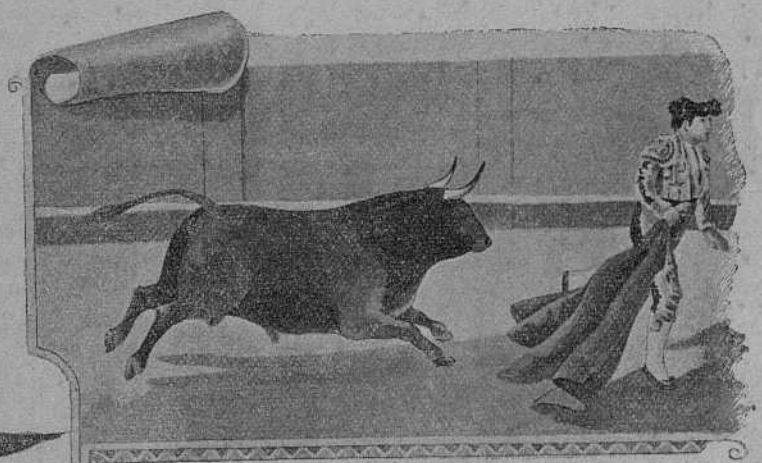
Luzón, D. Francisco.—En 1639 rejoneaba toros con singular destreza. Creemos fué hijo de don Francisco de Luzón, natural de Ronda, que como militar se distinguió mucho en las guerras de Flandes, y escribió un famoso libro sobre el arte y modo de formar los escuadrones.







Llamada.—La que hace el torero á la res para que acuda á la suerte que con él intenta hacer, bien alegrándole á alguna distancia, bien pisándole su terreno en corto, como sucede en las banderillas á media vuelta. Lo es también la que hace el picador al toro, moviendo las riendas del caballo, arrojándole el sombrero, ó alzando el brazo derecho para obligarle á entrar á la suerte.



Llavero, José.—Picador andaluz de quien no tenemos otras noticias sino que trabajó varias veces con espadas de segundo órden. Nos inclinamos á creer que su nombre está equivocado, debiendo ser el de

---

Llavero, Antonio.—Que tomó la alternativa en Sevilla el 8 de Junio de 1851 y fué pariente próximo de

Llavero, Antonio.—Picador que en Madrid, á fines de la temporada de 1877, tomó alternativa. Este no se distinguió mucho, y falleció en 16 de Julio de 1882 de muerte natural.

Llavero.—Toro de la ganadería del excelentísimo señor don Nazario Carriquiri, lidiado en la plaza de toros de Zaragoza durante las fiestas del Pilar del año 1860 (14 de Octubre), que mereció, á petición del público, ser retirado al corral sin darle muerte, por haber tomado en regla el asombroso número de cincuenta y tres puyazos sin volver la cara.

Hoy pertenece dicha ganadería al Sr. Conde de Espoz y Mina, como va dicho en otro lugar.

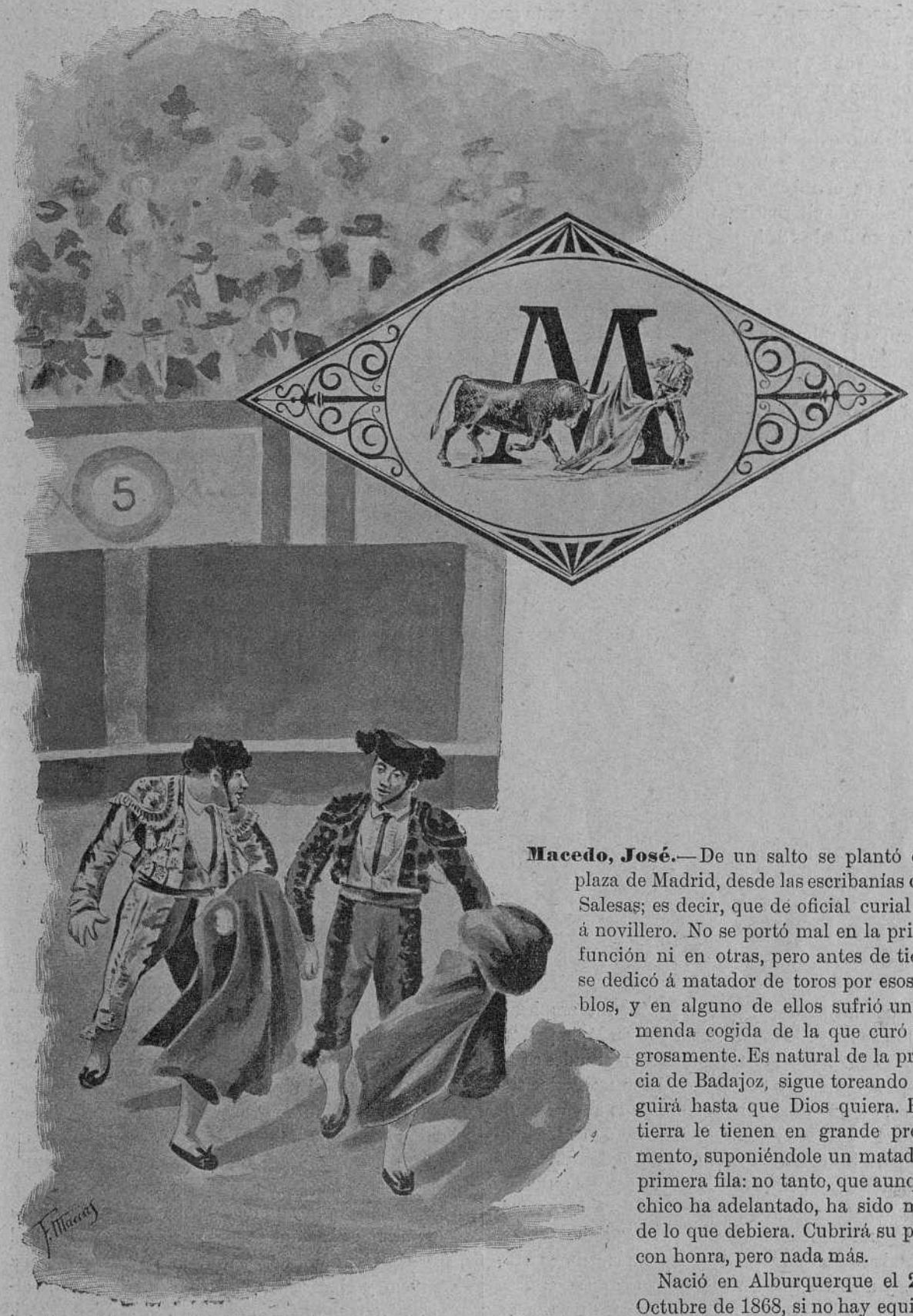
Lledó, Claudio *(Plomito)*.—Hay que andar más deprisa si se ha de llegar á ocupar buen puesto. Abandonándose y no tomando las cosas con calor, no se va á ninguna parte. Puesto que valentía sobra, estudie y aplíquese. Hijo de Manuel y Eustaquia, nació en Badajoz en 30 de Octubre de 1864, fué zapatero, y luego soldado, matando posteriormenle novillos en algunos pueblos desde 1888 en adelante.

Llegar.—Se dice que un toro *llega* cuando siempre alcanza al caballo, dándole cornada á la primera embestida. Consiste unas veces en que son de poder y duros, y muchas en el poco castigo, en que se les deja arrancar de largo, y en que no se sabe librar el caballo, por olvidarse de las reglas del arte. Los toros bravos y duros al castigo, llegan siempre aunque no tengan poder, y la habilidad del picador está en apretar fuerte y alzar el caballo para que, en todo caso, sea herido de cinchas atrás.

Llorens, Rafael.—Banderillero valenciano, bastante aceptable que trabajó en la cuadrilla de Angel Pastor y otros de buena nota. Falleció en Valencia el 25 de Agosto de 1893, á consecuencia de maligna enfermedad.

Llorente y Fernández, D. Félix.—Autor de un bien escrito folleto publicado en 1878, que ha titulado *Defensa del toreo*, y que tiene buen estilo y convincente razonamiento.

Llover, Juana.—A mandar llover hubiéramos enviado á esta muchacha catalana, que se hizo anunciar como banderillera en una cuadrilla de... mujeres, para lidiar becerros en la Habana no ha muchos años.



Macedo, José.—De un salto se plantó en la plaza de Madrid, desde las escribanías de las Salesas; es decir, que de oficial curial pasó á novillero. No se portó mal en la primera función ni en otras, pero antes de tiempo se dedicó á matador de toros por esos pueblos, y en alguno de ellos sufrió una tremenda cogida de la que curó milagrosamente. Es natural de la provincia de Badajoz, sigue toreando y seguirá hasta que Dios quiera. En su tierra le tienen en grande predicamento, suponiéndole un matador de primera fila: no tanto, que aunque el chico ha adelantado, ha sido menos de lo que debiera. Cubrirá su puesto con honra, pero nada más.

Nació en Alburquerque el 22 de Octubre de 1868, si no hay equivocación en la fecha. Es hijo de D. Anacleto y Doña Martina Morales: sirvió voluntariamente en el ejército en clase de sargento; obtuvo el grado de bachiller, y en 1887 tomó algunas nociones del arte que ejerce en la plaza del Puente de Vallecas. Las muchas y graves cogidas que ha tenido, no le han quitado la afición ni los buenos deseos de agradar.

Macías, Manuel.—Matador de segunda nota que en algunas plazas andaluzas trabajó por los años de 1845 al 50, poco más ó menos. No se hizo notable por su trabajo. Parécenos que es el mismo matador que en 1836 acompañó en clase de segundo á Montevideo al espada Manuel Domínguez, y que era entonces conocido por el apodo del *Cherrime*. Si es el mismo, ya era en esta última fecha matador de alternativa, natural de San Fernando y torero desde 1824.

Macías, D. Francisco.—Hay pocos hombres dedicados al dibujo, menos pretenciosos que Macías, demostrando con su humildad y asidua aplicación que puede adquirirse un buen nombre en cualquier arte, con el trabajo y el empeño en adelantar mejorando. No contento con dibujar asuntos

de poca importancia, que es por donde empiezan todos, se ha dedicado á trazar con su lápiz preciosas figuras y escenas taurómacas en grandes carteles para corridas de toros, dándolos un realce singular, capaz por sí sólo de llamar la atención de todos los que los vean. Su imaginación es inagotable para idear *asuntos:* comprende á las primeras indicaciones la explicación del deseo de quien le hace un encargo, y trasládale al papel con fidelidad; y más diríamos de este modestísimo artista, si no hablasen por nosotros los variadísimos cuadros y adornos que en esta obra aparecen con su firma y en los que se notan adelantos de día en día, sin que sobre el mérito de los mismos digamos una palabra, porque no nos compete elogiarlos. Nació en Cádiz, y desde niño fué discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes é Instituto, viendo premiada su aplicación en distintas ocasiones. Acreditó su buen gusto y suficiencia en trabajos litográficos que publicó la famosa litografía alemana de aquella capital, y pareciéndole estrecha para sus aspiraciones, vínose á Madrid, diose á conocer, y casas muy principales ocúpanle en trabajos importantes.

Su ciega afición á las corridas de toros, que heredó de su buen padre, le hace entusiasmarse al bosquejar una suerte de toreo, un cartel artístico de gran tamaño, un retrato de torero, etc., y su modestia corre parejas con su entusiasmo, que aprecian en cuanto vale todos los que le conocen.

Machado Canario, Luis.—Banderillero portugués de cierto renombre en su país, que aceptan con gusto á su lado los diestros españoles que lidian en las plazas de aquel reino, porque ni descompone cuadro ni estorba en el ruedo. No tiene presunción y sí mucha voluntad y buenos deseos de agradar.

Machío, Jacinto.—Matador andaluz de segundo orden, discípulo de Domínguez, valiente como éste, pero con poco arte y menos seguridad en la suerte. Nació en Sevilla, barrio de San Bernardo, el año de 1838, aficionándose desde muy pequeño á torear, y tomando parte en novilladas con Agustín Perera y el llamado *Manquito de Triana*. Fué después banderillero bravo y duro en la cuadrilla de Manuel Domínguez, que le dió la alternativa en Cádiz en 1865; trabajó luego en casi todas las plazas de España y ha sido muy estimado por su formalidad y buen trato.

Machío, José.—Hermano de Jacinto, y como él, matador de toros. Pasó en el año de 1868 á la Habana con *Cúchares* en clase de segundo espada, y desde su regreso ha trabajado con aceptación en la mayor parte de las plazas de su país (Andalucía) y en las del resto de España. No sabía mucho, pero tenía voluntad y condiciones. Nació en Sevilla el día 8 de Febrero de 1842, dedicándose en sus primeros años al oficio de labrador en propiedades suyas; pero al cumplir veinte años quiso torear con su hermano Jacinto, y tuvo la suerte de aprender bastante con los aplaudidos Manuel Domínguez, Manuel Carmona y el *Nili*. Vino á Madrid, y el maestro Cayetano Sanz le dió la alternativa como espada el día 10 de Julio de 1870, y todos los madrileños recuerdan las gravísimas cogidas que en su circo tuvo el 23 de Junio de 1872 y el 17 de Mayo de 1874, que por cierto no amenguaron el bravo arrojo de Machío, acredita-

do en todas partes. Después de una excursión á la Habana y á México, en 1886, vivía retirado del toreo en su casa de Sevilla, y en ella ha fallecido, de una afección al estómago, el día 4 de Mayo de 1891.

Machío, Manuel.— Banderillero de facultades, que castiga con los palos y cumple como bravo. Se confía demasiado, y esto no puede hacerse con todos los toros ni de ello debe abusarse; que para confiarse en alguna ocasión es necesario conocer mucho la índole de la res, observando sus condiciones, lo cual no se aprende en pocos años; y hay torero que aun viviendo mucho no lo llega á saber nunca. Hace algún tiempo que no suena su nombre en los círculos taurinos y no sabemos qué habrá sido de él.

Machío Trigo, José.—Con esos dos apellidos puede irse á cualquier parte. Bueno es que los tenga presentes ese muchacho, que empieza ahora á matar toros en novilladas; que tiene facultades y está obligado á estudiar y ser valiente, con serenidad y juicio.

Necesita un padrino y un maestro.

Macho, Antonia.— Otra desgraciada que hace unos cuantos años se quiso dedicar á torear en plaza cerrada, y se anunciaba como espada, natural de Cádiz. Macho había de llamarse...

Machorro.—Toro de la ganadería de Durán, negro, buen mozo y bien armado, lidiado en la Plaza de Jerez de la Frontera el día 24 de Junio de 1851. Mató tres caballos, tomando con voluntad treinta y tres varas y le pusieron un par de banderillas nada más, porque la Presidencia, á petición del público, le perdonó la vida y mandó retirarle al corral; pero como el toro, á pesar de haber salido en su busca los cabestros, no quiso seguirlos y tampoco fué posible enlazarle, aunque se intentó, fué revocado el indulto y murió á manos de Gaspar Díaz, hermano de *Lavi*, á quien muchos llamaban *Gasparón*, sin duda por su elevada estatura.

Madrazo, D. José.—Nació en Santander el 22 de Abril de 1781, y murió en Madrid en 8 de Mayo de 1859. Fué director del Museo Nacional de Pinturas, que por él fué creado, y casi todos sus cuadros, que son notables, están dedicados á perpetuar hechos gloriosos de nuestra historia y asuntos puramente españoles. Cuando la litografía se introdujo en España, se puso al frente del magnífico establecimiento que á costa del real patrimonio se montó en Madrid, y de él salieron las preciosas láminas de las fiestas reales de 1833.

La vida de este insigne pintor fué muy accidentada, como toda la época en que vivió. Para perfeccionar sus estudios y protegido por el Ministro Cevallos, pasó á París y Roma; fué discípulo del célebre David, y en 1808, desatendido por el Gobierno francés, pobre y prisionero en el castillo de Sant Angelo, por negarse á reconocer al monarca intruso, esperó el final de la guerra de la Independencia, y á su regreso á España fué nombrado profesor de la Academia de San Fernando, académico de mérito y pintor de Cámara, y más tarde director del Museo y Caballero de la orden de Carlos III. A pesar de todo, no faltó quien dijese que fué un pintor mediano, amanerado y falto de inspiración.

Madrigado.—Al toro que ha padreado se le da este nombre en muchas partes, en nuestro concepto con exacta aplicación.

Madrileño.—Toro berrendo en negro y bien armado, de la ganadería de D. Luis Mazzantini, lidiado en la Plaza de Toros de Barcelona el 15 de Julio de 1894. Ganó el diploma de primer premio, lidiándose en competencia con reses de Miura y Benjumea. Hizo una excelente faena en varas. *Gallito* le quebró en rodillas. Guerra y Mazzantini le torearon á la limón. Le banderillearon *Gallo*, Mazzantini y Guerra, y le mató Fernando Gómez de un volapié precedido de una clásica y superior faena de muleta. La cabeza del toro, artísticamente disecada, fué regalada por el ganadero al antiguo aficionado de esta corte D. Francisco Javier Mínguez.

Maestrich, Clotilde.—No sabemos si es portuguesa esta rejoneadora que en el vecino reino toma parte á caballo en las corridas de toros. Suponemos se haya retirado de la arena, porque hace más de dos años no hemos vuelto á oir su nombre. Dicen que es notabilidad montando como los hombres y que también es valiente.

Aprendió equitación con su padre el profesor Mr. Hulff, recorriendo con él diferentes circos de Europa, y viéndola trabajar en el Real Coliseo de Lisboa el distinguido cabalheiro José Bento d'Araujo, la incitó al estudio del arte de torear, que aprendió brevemente, y desde 7 de Julio de 1890, en que allí se presentó por primera vez á rejonear, la consideran los portugueses como una verdadera artista.

Maestro.—El diestro de reconocida capacidad é inteligencia, cuya opinión respetan, tanto los demás lidiadores, como las personas inteligentes extrañas á la práctica del toreo. El cuerno que más usa el toro para herir, llámanle en algunas provincias el maestro.

Magdalena, Angela.—No hay noticia de que esta Magdalena haya sido de las arrepentidas. Se sabe que á cuerpo limpio, mejor dicho, al descubierto, y vestida de majo, puso banderillas á un novillo sin embolar, antes de 1840, en la Plaza de Madrid.

Maguel, Antonio.—Que no pone mal los pares de banderillas, que no corre mal los toros, que no estorba en el redondel, y sin embargo, hace todo tan friamente que en él no se fija el público, y muchos que valen menos, lucen más.

Magüeto.—Hay muchas provincias en España, cuyos habitantes dan este nombre á los novillos, especialmente á los mansos.

Maia, Juan.—Si buen torero fué capeando y pasando de muleta, no lo fué menos banderilleando, desde el año 1826, en que empezó á trabajar en las plazas y cerrados de su país (Portugal) hasta que murió en 1853.

Dejó buen nombre en todo el reino lusitano.

Mainete.—Toro retinto oscuro, aldinegro, divisa verde y encarnada, como perteneciente á la ganadería de Carriquiri. Luchó el 25 de Marzo de 1865 en la plaza de Madrid con el elefante *Pizarro,* acometiendo á éste con valentía, pero sin poder acercarse por el estorbo que con la trompa y los colmillos le oponía aquél.

Majarón, Juan Manuel.—Fué uno de los más aventajados discípulos de la célebre escuela de Sevilla, aunque su fama posterior no llegó á las esperanzas que hizo concebir cuando era alumno de aquélla. Puede decirse que en el toreo no dejó nombre. Uno de tantos.

Malaver, José *(El Mellado).*—Es un banderillero andaluz, y desahogadito. Se atreve á matar algunos toros, y aunque no se advierten en él grandes conocimientos, hay algo de arte y muchos deseos de agradar. Quisiéramos que no tomase el estoque y ganaría en ello, porque es de los que cumplen, pero no sobresalen. Ya no hará muchos milagros, que ha pasado su juventud y cada vez, cuando eso sucede, se puede menos.

Maldonado, Frederico.—Desde que en 1876 se dedicó al toreo en Portugal, su país, ha ido adelantando, en términos de que hoy se le considera ya como un buen aficionado. Verdad es que nunca fué torero retribuído.

Maligno, Francisco.—Acreditado banderillero que con José Delgado y otros notables peones se distinguió en los últimos años del siglo pasado, pero anteriores á los en que Delgado actuaba de matador.

Maligno, Jerónimo.—Era uno de los mejores banderilleros que componían la afamada cuadrilla dirigida por el célebre Joaquín Rodríguez, *(Costillares)* en el siglo anterior. Fué hermano del no menos reputado Francisco.

Malique-Alvarez.—Caballero moro de Toledo muy diestro en alancear toros, según dicen algunos autores, pero de quien hay poquísimas noticias. Ginés de Hita habla de él en su *Historia de zegríes y abencerrajes,* refiriendo fué á Granada á unas fiestas de toros y cañas, en las que consiguió mancornar ó embarbar á un toro.

Malo, N.—No recordamos el nombre de este picador que trabajó por primera vez en Madrid en 1847, pero si que era poco aceptado por el público. Hay nombres que obligan.

Mamella.—Es una especie de campanilla que forma en la papada del toro el corte que en ésta hacen los vaqueros cuando es la res muy joven. La antigua y acreditadísima ganadería de D. Alvaro Muñoz y Teruel, de Ciudad Real, que últimamente pertenecía á D. Agustín Salido, y de quien se corrían toros en los primeros años de este siglo; la de Castilla llamada del Pinganillo, y alguna otra, muy pocas, se distinguían por dicha señal, no muy común en las demás castas, en que, sus dueños, cuando la yerra, se limitan á cortar las orejas en diferentes formas para distinguir las reses y quitarlas fealdad.

Mamouse, Mouisot.—Famoso torero *(écarteur)* de las corridas landesas. Nació en la Bastide d'Ar-

magnac en 1839 y ya en 1857 obtuvo el primer premio en una corrida celebrada en Aire, trabajando entonces en diferentes plazas de Francia y también á las órdenes del torero español Egaña en Pamplona en 1861, donde fué muy aplaudido lo mismo que en Portugal. Si no ha muerto, debe estar ya retirado del servicio activo.

Mancornar.—Esta suerte, que no hemos visto nunca ejecutar en las plazas, ni aun á los famosos pegadores portugueses, se practica con bastante frecuencia en el campo, y muy particularmente en tierra de Salamanca, donde los vaqueros tienen especial disposición para ella. Se colocan frente al animal, citándole como cuando se le llama á la

MODO DE MANCORNAR EN EL CAMPO. — **MACÍAS**

suerte de banderillas, le dejan llegar, hacen un rápido cuarteo, colocándose al costado derecho de la res, sobre cuyo brazuelo hacen fuerte empuje, al mismo tiempo que han cogido el cuerno derecho con la mano derecha, y con la izquierda han agarrado el cuerno izquierdo por encima del morrillo y á poco tiempo de bregar consiguen derribar la res. Si ésta es de algún poder, suelen antes capearla hasta cansarla y conseguir pierda fuerza en las piernas. Causa tal daño á las reses el apretarlas los cuernos en dirección de fuera á dentro como si se quisieran juntar sus puntas, que es seguro rendir á la más brava, si se consigue no perder de la mano ningún pitón. Si tal sucede, el muy experto, sin soltar el cuerno que tenga agarrado, debe al momento introducir los dedos de la mano suelta en la nariz del animal, apretar fuertemente ayudando al movimiento del cuerpo y de seguro le rinde.

Manchego.—Toro de la ganadería de D. Raimundo Díaz, vecino de Funes, que antes perteneció al señor Jiménez de Tejada, divisa encarnada y caña. Era grande, cornalón, de muchos piés y negro mulato, y mató al picador Manuel García el 15 de Agosto de 1864 en la plaza de toros de Vitoria.

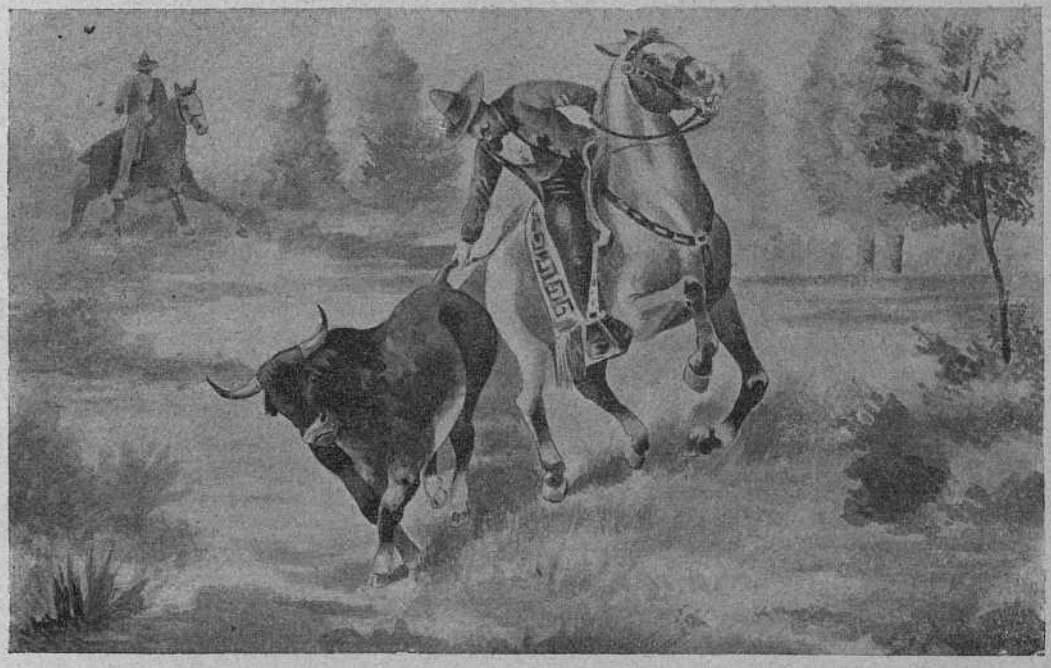
Manchino, Ascanio.—Es el primer empresario de toros de que tenemos noticia. En 27 de Enero de 1612 obtuvo privilegio por tres vidas, que le fué concedido por Felipe III, para disfrutar el derecho de la renta de los corros de toros de la ciudad de Valencia. Falleció tres años después; y su mujer, doña Mariana Bermúdez, que heredó el privilegio según testamento que aquél otorgó en Madrid á 26 de Abril de 1615, ante Pablo Bullón, abierto solemnemente por el alcalde Juan de Aguilera en presencia del escribano Juan del Campillo, le vendió en 5 de Julio de 1622 por escritura ante Juan de Ortega, y por sólo las dos vidas que restaban, al canciller mayor y registrador del Consejo Real de Indias D. Felipe de Salas por la cantidad de doscientos veinticuatro mil maravedises; pero á los cinco días este buen canciller vendió el privilegio en doscientos noventa y nueve mil doscientos maravedises á D. Martín de la Bayren, contador del

marqués de Tavera, virey y capitán general del reino de Valencia, según escritura de 11 de Julio de 1622, en Madrid, ante Mateo Rodríguez León, en la que el comprador designó á Antonio Bañuls como el de última vida, para que hasta después de su muerte no feneciese el privilegio.

Manganeo.—El acto de arrojar la mangana, que es una cuerda de lazar, precisamente á la cabeza de las reses, á sus cuernos ó á las dos manos, que de ese modo quedan sujetas sin poder dar paso; puesto que lo mismo que en el pealeo las patas resultan atadas. Es operación que hacen á caballo y

Manganote, Joaquín.—Aunque nació en Algeciras, es vecino de Málaga hace más de treinta años. Ha sido banderillero y espada y en ninguna de las dos clases ha pasado de mediano, por su toreo basto y falta de inteligencia. Ya no torea y hace bien, que pesan mucho cincuenta años.

Manini, D. Joaquín (hijo.)—Escribe de toros y se le vé adelantar en inteligencia del arte. Ocúpase mas de los detalles de la fiesta, que estudia atentamente, que del modo de apreciar las suertes y de su ejecución más ó menos acertada. Aficionados jóvenes como él, hacen falta para,



MANGANEO.—DERRIBANDO A LA MANO. — MACÍAS

con gran precisión los americanos, especialmente los de México, con toros de todas edades. Entra tambien en las suertes del manganeo la de derribar un toro á toda carrera, persiguiéndole á caballo, y al emparejarse con él, torciendo el jaco un poco de lado para evitar un hachazo imprevisto y para facilitar la operacion, que consiste en agarrar el hombre con la mano derecha la cola del toro y tirando fuertemente de costado hacerle perder tierra y caer. Ha de cuidar el ginete del caballo más que del toro, porque en el acto de tirar del toro, es fácil venir al suelo, por efecto de las fuerzas encontradas en que uno y otro giran; en tal caso debe el jinete soltar el toro y continuar rápidamente su carrera con inclinación á la izquierda para procurar, formando semicírculo, colocarse de nuevo á la zaga del ganado.

poco á poco, ir reemplazando á los viejos; con que á mirar bien, para ver mejor.

Manique, D. Antonio.—Aficionado de los más notables en Portugal con banderillas y como forcado. Tomó parte en muchas corridas, con gran aceptación, y en una celebrada en 1864 en la plaza de Campo de Santa Ana, *pegó* sin descanso siete toros uno tras otro. Murió hace algunos años y fué hermano de

---

Manique, D. Diego.—En 1865 y á los catorce años de edad empezó á torear en plaza pública, como mozo de forcado, y así siguió hasta 1886 en que se presentó en su país (Portugal) con las ban-

derillas en la mano, ejecutando de un modo y otro verdaderas temeridades. Hoy está retirado del toreo.

Manique, D. Rafael.—Hace algunos años se retiró del toreo este banderillero portugués que empezó en 1870. Eran los cambios y quiebros su especialidad.

Los Maniques pertenecen á una de las mejores familias de Portugal y por eso tienen el título de *Don*. Nunca han trabajado por dinero.

Manrique, D. Pedro.—Cuando nació el príncipe D. Baltasar de Austria, se verificaron en el Perú fiestas reales de toros, y en ellas fué Caballeen plaza. Debieron verificarse en 1733, año más ó menos.

Manso.—En el ganado vacuno, todo el de instinto pacífico y dócil que se destina al trabajo y al matadero. Se llaman tambien mansos los bueyes que sirven para conducir y guiar á los toros bravos.—Véase CABESTRO.

Mantilla, D. Sebastián.—Caballero en plaza en las fiestas reales que se celebraron en la Plaza Mayor de Madrid el año de 1803, con motivo del matrimonio del luego rey Fernando VII con la entonces princesa María Antonia. Le apadrinó el duque de Osuna.

Manuel, Lorenzo *(Lorencillo)*.—Maestro de José Cándido en el primer tercio del pasado siglo. Fué un matador sevillano de buen nombre en su tiempo, á quien se atribuye la invención del salto sobre el testuz, que tan bien ejecutó su discípulo. No es posible averiguar cuál de los dos le inventó ni le ejecutó más veces.

Manuel, D. Diego *(Atalaya)*.—Regular lidiador portugués, que hace mucho tiempo no trabaja. Dicen que era muy ágil y valiente, pero con poca gracia, á no ser en las faenas de campo, en que era muy diestro. Hijo del conde de Atalaya, nunca cobró sueldo alguno.

Manuel de Noronha, D. Duarte *(Atalaya)*.—Dejó hace años la afición á ser banderillero, y eso que fué de los buenos en Portugal; ya se ve, el tiempo pasa, y no en balde, los entusiasmos se apagan y la voluntad es menos vehemente. Es como el anterior y siguiente, hijo del conde de Atalaya, y siempre trabajó de balde.

Manuel, D. Fernando *(Atalaya)*.—Considerándole como aficionado podía pasar; como banderillero no fué más que regular, y cuando sus paisanos los portugueses lo dicen hay que creerlos. Es noble, como sus hermanos antes referidos.

Manuel, D. José *(Fancos)*.—Notable rejoneador portugués en los años 1856 y posteriores, en que su afición le hizo presentarse en muchas plazas de su país. Sus distinguidos modales y finas cortesías le captaban desde luego las simpatías del público, y después su trabajo hacía confirmar aquella favorable predi-posición. Fué hermano del conde de Atalaya.

Manzano, Bartolomé.—Fué uno de los picadores que, sin desmerecer en nada, trabajó á primeros de siglo con Ortiz, Corchado y otros de buen nombre. Principió en Sevilla, alternando en 9 de Mayo de 1802.

Manzano, Juan *(El Nili)*.—Este banderillero trabajaba con alguna aceptación en las plazas de Andalucía, y sin duda, estimulado por los aplausos, se dedicó á espada. No ha pasado de ser una medianía. Otro tanto ha sucedido á su hermano José. En 1858 trabajó en Sevilla, ocupando mejor puesto que Manuel Carmona, con quien alternó.

Maqueda, Duque de.—A mediados del siglo XVII era famoso jinete y rejoneador de toros, muy celebrado por el gran poeta D. Francisco de Quevedo.

Maragato.—Toro de la ganadería de D. Luis María Durán, vecino de Sevilla, con divisa verde y negra; su pinta, retinto claro, ojo de perdiz, bien armado y bravo. Dió muerte de una tremenda cornada en la espalda al banderillero José Fernández *(Bocanegra)* en la tarde del 3 de Mayo de 1852, en la plaza de Madrid, frente al tendido núm. 3, cuando aquel desgraciado trató de incorporarse del suelo, adonde había caído á impulsos del encontrón que tuvo con el animal al clavarle un par de banderillas. Había tomado *Maragato* catorce varas, matando dos caballos; recibió luego cinco pares de banderillas, entre ellas las que *Bocanegra* le puso, y lo mató Juan de Dios Domínguez de cinco estocadas.

Maraver, José.—No se distinguió en su arte este picador, que por primera vez se presentó en Sevilla en 11 de Octubre de 1839. Nos induce á creerlo así, además de las referencias que de él se nos han hecho, la circunstancia de no haber sonado su nombre en el mundo de la tauromaquia.

Marcar la suerte.—Es en los picadores poner la vara sin apretar la puya; en los banderilleros, señalar el punto en que deben poner los palos sin engancharlos; y en los espadas, fijar el sitio en que deben clavar el estoque. Es común en Portugal y en otros puntos del extranjero marcar las suertes de matar en vez de hacerlas, como el arte manda.

Marcelo, Juan.—A fines del siglo pasado lució en la cuadrilla que dirigía el célebre *Costillares* un picador de vara larga y de dicho nombre, muy apreciado del público desde su juventud. Ya en 1766 tenía fama de muy bueno, trabajando con el espada Manuel Palomo.

Marchante, Domingo.—Buen picador, que trabajó muchas veces al lado de Pedro Romero, desde que en Madrid se presentó por primera vez en 1789.

Marchante, Juan.—No sabemos si sería este picador hermano de Domingo. Trabajó al mismo tiempo que él en las célebres funciones reales de 1789, alternando en Madrid por primera vez con los Jiménez y Revilla.

Marchante, Cristóbal. — Hombre de campo, duro y bravo, ha sido de los picadores que mejor nombre han dejado como entendidos; y Pedro Romero, que hacía de él particular distinción, le recomendó á Madrid, donde alternó por primera vez en 9 de Junio de 1834. Natural de Medina Sidonia, habíase ya estrenado en Sevilla el día 26 de Mayo de 1831.

Marchena, Juan *(Clavellino).*—Uno de los picadores más queridos del público de Madrid en los años anteriores á 1835. Cuando se retiró, fué colocado de mayoral de la renombrada yeguada perteneciente al excelentísimo señor duque de Osuna, y en ella demostró lo mucho que entendía de la crianza de reses.

Marfeli, Eduardo *(El Gaditano).*— Aunque por el mote parece español, no sabemos si realmente nació en nuestra Península. Actúa como banderillero en México; ha sufrido varias cogidas, especialmente en la plaza de Cuernavaca, donde en el mes de Septiembre de 1896 tuvo una tan grave que puso en gran peligro su existencia.

María, Antonio *(Caralinda).*— Uno de los más bravos pegadores que existen en el reino lusitano. Por efecto de su bravura perdió un ojo, á consecuencia de una cornada, salvando milagrosamente la vida. En nada ha entiviado su arrojo esa desgracia.

Marie, Jean.—Uno de los mejores saltadores de las cuadrillas de toreadores franceses. Ligero y atrevido, salva con facilidad, en la carrera del toro, desde el testuz á la cola, efectuando la suerte varias veces en una misma función. No sabe hacer más, pero eso lo hace bien.

Marín, Cristóbal.—Figuraba entre los primeros y más acreditados picadores en los últimos años del siglo pasado. De su mérito nada dicen las revistas de aquella época.

Marina, Celedonia.—Una banderillera de novillos que fué, en la cuadrilla de la Martina García, muy aceptada hace cincuenta años ó más. Era estúpidamente brava, sin inteligencia alguna y sin... pizca de aprensión.

Marino, Antonio.— En las plazas americanas trabajaba este picador con mucha aceptación, por los años de 1868 al 70. Montevideo, en la Plaza de la Unión, le hizo ovaciones muy frecuentes.

Mariscal, Manuel.—En 26 de Mayo de 1831, mató en una corrida que se verificó en Sevilla. Poco duró su nombre, y cuantas investigaciones hemos hecho para saber algo de él, han sido inútiles.

Marismeño.—Toro de la ganadería de Doña Dolores Monje, viuda de Muruve, divisa encarnada y negra, que el 21 de Mayo de 1864 tomó en la plaza de Ronda, al ser lidiado en quinto lugar, el extraordinario número de cincuenta y una varas, matando cuatro caballos, causando su bravura tal entusiasmo, que el público pidió, y así se hizo, que la cabeza de tan hermoso animal fuese paseada en triunfo por el redondel, tocando la música y resonando largo rato los aplausos.

Marqués, Salvador.—Notable escritor lusitano, fundador del mejor periódico taurino que hemos conocido. Galano en la forma, intencionado en el fondo, describe como pocos, y sus críticas son siempre acertadas.

Es hijo de Antonio Marqués da Silva, propietario y agricultor, y de Doña Ana Effigenia da Silva; nació en 1844 en Alhandra, linda villa de Ribatejo, llamada por el célebre escritor portugués Garret «Alhandra á toureira», por el entusiasmo que allí siempre hubo por las diversiones taurinas, lo mismo que en todos los pueblos cercanos del Ribatejo, viviendo en aquel medio hasta los doce años en que salió de allí, para seguir los estudios de medicina, y asistiendo desde muy joven á muchas corridas, lo cual hizo que muy temprano se aficionase á nuestra querida fiesta, que aun hoy considera su principal diversión.

Durante los estudios en Lisboa, no faltaba nunca á las corridas de la antigua Plaza del Campo de

Santa Ana, y en las vacaciones jamás faltó á las corridas, tientas ó herraderos que hubiera en Ribatejo.

Por muerte de sus padres tuvo que abandonar los estudios, estando ya en el tercer año de la Escuela médica de Lisboa, volviendo hacia Alhandra á tomar cuenta de su casa, en donde estuvo durante siete años.

Reconociendo que la afición lejos de acabar crecía en su espíritu, leyó cuantos tratados, libros y publicaciones pudo obtener relativos al toreo, que desde entonces consideró como un arte completo y levantado, que marca la supremacía é inteligencia del hombre, enfrente de la bravura instintiva de las fieras.

Por aquella época desempeñó el cargo de corresponsal de los *Anales Tauromachicos*, periódico taurino que se publicó en Lisboa en 1870, é impulsado por su gran afición al toreo, escribió la notable comedia de costumbres *Os Campinos*, que le valió grandes ovaciones, y en la que muchas escenas se refieren á corridas de toros. El extraordinario éxito que alcanzó la mencionada obra, fué debido al amor con que Salvador Marqués estudió aquellos tipos tan característicos como pintorescos, que son en nuestro medio como una reminiscencia de la raza árabe.

Por este tiempo, Marqués volvió á Lisboa, en donde fijó su residencia, y fundó el periódico taurino *O Toureiro*, ilustrado con retratos, que fué uno de los periódicos de más importancia en materias taurinas, y que debió su desaparición, años después, á las muchas ocupaciones del Sr. Marqués, dedicado en aquel entonces á la vida teatral.

A petición del ilustre cronista Teixeira de Vasconcellos para escribir las revistas del *O Jornal da Norte*, lo hizo así, publicando reseñas taurinas, colaborando más tarde en los periódicos *Correio de Manha*, de Lisboa, y en las revistas taurinas, *Bandarilha*, *Cuchares*, *Trincheira* y otras, entrando últimamente como redactor en *Sol e Sombra*.

Ha publicado muchos y buenos artículos en varias publicaciones no taurinas, y ha formado parte de varios jurados en la Plaza de toros del Campo de Santa Ana, trabajando mucho en pro de la afición. Es, en resumen, un verdadero é inteligente aficionado, que une á su modestia gran valer y extraordinario entusiasmo. Lástima es que sea un tanto indolente. Por último, el Sr. Marqués es también autor de una obra sacra, titulada *Santa Quiteria*, en que acreditó una vez más ser notable escritor dramático, y superior hombre de letras.

Marques de Carvalho, Antonio.—Pudiera ser mejor rejoneador á caballo, y entonces puede que hubiera trabajado más porque le llamarían en más plazas. Así lo dicen en Portugal los aficionados al toreo. Ni en el Brasil tuvo aceptación. Está ya poco menos que retirado por falta de salud.

Marqueti, José.—Fué un muchacho que de mozo de caballos pasó á picador, y su modestia y buen comportamiento hicieron que le protegiesen matadores y empresarios, á quienes en todas ocasiones dejó bien, cumpliendo como bueno. Era de los más antiguos que tomaron parte en las funciones reales de 1878, como que *Curro* Calderon le presentó para alternar en tanda en la plaza de Madrid en Octubre de 1859. Falleció en la corte el domingo 5 de Enero de 1879, á los cuarenta y ocho años de edad.

Marrajo.—Algunos llaman así á los toros de sentido; pero no conoce ese término la tauromaquia,

aunque se use alguna vez convencionalmente. La Academia dice que se aplica al toro que no arremete sino á golpe seguro.

Marrar.—Es cuando el torero, contra su voluntad, no ejecuta la suerte que ha intentado, como si el picador no coge al toro con la puya, el banderillero no claya los palos, y el espada no pincha con el estoque; porque creyendo que lo ejecutan, meten los brazos, hacen fuerza, y dan en el aire. Es feo y criticable en todo lidiador, pues significa que no ve llegar fresco los toros.

Marreca, Alfredo.—A los doce años de edad empezó á ser mozo de forcado en Portugal, conquistándose grandes aplausos por su valor é inteligencia. Desde 1870 en que eso aconteció, continuó por mucho tiempo trabajando con gran aceptación, y después se presentó á rejonear á caballo, con tan buen éxito que hoy se le considera allí como uno de los mejores sucesores en equitacion del célebre Mourisca, tanto en las plazas como en el campo, por su bravura y destreza. Siempre trabajó sin retribución. Joven aún, pues no tiene cuarenta años, de viril energía, y carácter amable, se ha captado las simpatías de cuantos le han visto. Está formando ganadería; y sus paisanos se hallan impacientes por ver la primera corrida de sus toros, creyendo firmemente que han de dar ruido, por el esmero y cuidado que con ella emplea.

Marrero, José *(Cheché de la Habana.)*—El campo de operaciones de este novillero, no es el de la Península sino el de Ultramar. Hasta ahora en México es donde ha sido más celebrado. Dicen que es natural de la Habana.

Marro.—Hemos dudado mucho antes de dar cabida en nuestro *Diccionario* á dicha voz; pero la definición que de ella da la Academia de la Lengua, ha hecho que no titubeemos en verificarlo, por más que en el toreo tal vez no se haya usado nunca. Explícala dicha docta corporación diciendo: «el regate ó ladeo del cuerpo que se hace para no ser cogido y burlar al que persigue» y si atendemos bien á cada una de las palabras que contiene comprenderemos que es y puede ser lance enteramente distinto, no ya del cambio sino también del quiebro, pues aunque en este es forzoso ladear el cuerpo para hacerle, requiere que el lidiador le busque, le provoque, al paso que en el marro no es preciso más para ejecutarle que *huír el cuerpo burlando al que persigue* y esto lo verifica muchas veces el torero que, casi encunado y cogido, arrójase al suelo ladeando el cuerpo: y hace que el toro, perdiéndole de vista, *marre* el golpe y pase sin verle: ó que en otras ocasiones, en vez de tirarse al suelo, salga por un lado del toro como en el recorte, pero invirtiendo los términos de este, es decir, dando la espalda en vez del frente á la cabeza de la res. (Véase Regate.)

Marronazo.—El acto de dar el picador un puyazo en el aire ó en el suelo, marrando, y por consiguiente no dando en el toro, bien porque éste se haya escupido de la suerte, ó porque haya desarmado al diestro, ó porque éste no vea claro en aquel momento, lo cual es censurable.

Martí, Honorato.—Fué un banderillero que empezaba bien y que tuvo la desgracia de sufrir una cogida en una novillada que se celebró en Valencia el día 23 de Mayo de 1883, al saltar la barrera, perseguido por un toro del Marqués del Saltillo, que le arrojó contra la talanquera. Creyose en un principio que no era grave la herida que le causó en la cabeza, á más de la fractura de un dedo y otras contusiones, pero á los pocos días (el 4 de Junio) falleció en el Hospital.

Martín de Aravaca, Francisco.—En 17 de Octubre de 1774 salió á quebrar rejones en la plaza de Madrid, que estaba á cargo de la Real Junta de Hospitales.

No hemos leído nada acerca de su mérito.

Martín, Andrés.—Picador de vara larga, que trabajaba á fines del último siglo, alternando con Francisco Gómez, Ignacio Núñez y otros acreditados en las cuadrillas de los Romeros.

Martín, Juan *(El Pelón).*—Antiguo picador de toros, que en 9 de Mayo de 1734 toreó en Ontígola (Aranjuez) á presencia del Rey Felipe V que le señaló una pensión de 200 ducados anuales por los días de su vida. Cerca de un siglo después apareció

Martín, Juan *(El Pelón).*—Fué un picador buen mozo y de gran plaza que trabajó hasta 1835, poco más ó menos, con las cuadrillas de Juan León y otras. Contemporáneo de Juan Pinto, los Hormigos y *Clavellino* (Marchena), alternó con ellos en

muchas ocasiones con aplauso del público, que veía en él un hombre deseoso siempre de complacer, y que sabía. Toreó en Sevilla por primera vez el 27 de Diciembre de 1824 y estuvo mucho tiempo avecindado en Madrid.

Martín, Juan (hijo) *(El Pelón)*.—Natural de Jerez de la Frontera, aunque avecindado en Madrid. Fué un picador de buena escuela, pero de pocas facultades. Murió en la plaza de Huesca el día 10 de Agosto de 1862, á consecuencia de una cornada que le dió el toro quinto de la corrida, llamado *Caimán*, del cual hacemos mención en el lugar correspondiente.

Martín, Manuel.—Hijo del célebre Juan Martín *(El Pelón)* y hermano del que de este nombre murió desgraciadamente en la plaza de Huesca. Ha sido un picador de mejor apariencia que facultades. Le creíamos retirado del toreo hace tiempo, pero le hemos visto tomar parte en las corridas reales de toros de 1878, aunque luego no ha vuelto á trabajar. Buena figura, buenos deseos y presumiendo, con razón, de buen mozo.

Martín Jaén, Juan.—En 5 de Enero de 1840 toreó en la plaza de Sevilla este picador, del cual no tenemos más noticias.

Martín Serrano, Jerónimo *(Pajarito)*.—Picador de poco nombre en los primeros años del presente siglo. Hemos oído que uno de ese mote, formó parte en el escuadrón de picadores que tanto se distinguió en la batalla de Bailén, pero no podemos precisar si era este individuo.

Martín, Jerónimo.—Banderillero de poco mérito que trabajó en provincias hace más de treinta años. Dicen que á consecuencia de una cogida grave que sufrió en la plaza de Vitoria, el día de San Pedro de 1861, se retiró definitivamente del toreo.

Martín, Alonso.—Banderillero que en 1822 dependía del matador de toros Francisco del Pozo. Sólo se sabe que fué natural de Ronda.

Martín, Francisco *(El Calero)*.—Torero sevillano que á mediados del presente siglo formó parte de una cuadrilla á cuyo frente figuraba Antonio Carmona *(El Gordito)* cuando éste no llegaba á la edad de once años. Se conoce que cuando el hombre tuvo edad para reflexionar, se dedicó á otro oficio de menos quiebras.

Martín, Juan *(La Santera)*.—Este espada, nacido en Sevilla el 10 de Octubre de 1810, no emprendió, como otros, la profesión de torero por el lucro que pudiera resultarle de ella, puesto que, hijo de D. Manuel y D.ª Gertrudis Palusa, acomodados labradores, tenía caudal suficiente para darse buena vida y alternar en lujo y ostentación con los más pudientes del barrio de San Bernardo, donde vivía. La decidida afición que allí hay á lidiar reses bravas se propagó, como no podía menos, á Martín, que el año de 1830 se presentó como alumno en la escuela de tauromaquia de Sevilla, y compañero de Montes con amistad íntima, por razón de simpatías entre jóvenes de mejor educación que otros de los asistentes, recibió lecciones de Pedro Romero, y luego toreó en algunas plazas sin estipendio de ninguna clase, ó repartiendo entre la cuadrilla el que á él pertenecía. A pocos años vino á menos la fortuna de su casa, y se incorporó sucesivamente á varias cuadrillas, hasta que en 27 de Septiembre de 1840 le dió Juan León la alternativa en Sevilla. Cuando trabajó en Madrid, allá por el año de 1844, gustó bastante por su toreo fino y reposado, su bonita figura y distinguidos modales; era muy seguro con la muleta y en las suertes de capa, y no tanto en las estocadas. Se retiró definitivamente del toreo en 1866; tenía un hijo que fué banderillero, y una hija casada con Francisco Arjona Reyes. Falleció en 1884.

Martín, José.—Hijo del expresado matador conocido por *La Santera*. Era un banderillero modesto y pundonoroso, que trabajaba con buena voluntad y bastante inteligencia. Quiso ser espada, y en 7 de Julio de 1878 tomó en Sevilla la alternativa. ¿Y qué consiguió con ello? Trabajar cada día menos, hacer que su nombre se olvide y dar razón á los que le dijimos entonces que mirase bien lo que hacía.

Martín, Manuel.—Parece que de este nombre ha habido un banderillero en las cuadrillas que organizaba para determinadas plazas el célebre *Cúchares*. No le recordamos.

Martín, Francisco *(El Corneta)*.—Alto, desgarbado, valiente, sin arte, nunca pasó de un *media*

cuchara, aceptable en plazas de segundo orden. Mataba toros, porque milagrosamente éstos no le mataron á él. Su época ha sido á mediados del presente siglo, su duración fué corta y es posible que después de retirarse del toreo, há más de treinta años, haya fallecido ignorado.

Martín, Manuel *(Castañitas)*. — Este picador, yerno de Zapata, fué uno de los que más aceptación tuvieron en Madrid por los años de 1844 en adelante, figurando en la cuadrilla de Francisco Arjona (*Cúchares*). Trigo y *Castañitas* trabajaban solos una corrida de toros, sin cansarse de sus poderosos esfuerzos y economizando muchos caballos. Creemos que Martín era hijo de Madrid, ó al menos aquí estuvo avecindado muchos años en el barrio de la calle de Toledo.

Martín, José.—Sin más nociones de su arte que el valor, se lanzó á matar toros en plazas de segundo y tercer orden, hará cerca de cuarenta años. Era natural de Navalcarnero, provincia de Madrid, y en Sevilla se presentó el 7 de Noviembre de 1852, tomado el apodo de *El Madrileño*. Su vida torera fué muy corta.

Martín, Cirilo.—Picador de buenas condiciones, recibido con aceptación en todas las plazas. Va derecho y castiga bien cuando quiere; ha figurado en las principales cuadrillas de matadores de nota y es hermano del espada Valentín. No necesita elogios anticipados, qué él los adquiere universales en cuanto se le ve trabajar, y es verdaderamente raro que un hombre que tanto vale esté desatendido hasta cierto punto, cuando aun puede dar lecciones de toreo, puesto que no es tan viejo.

Martín, Ventura *(El Salamanquino)*.—Trabajó como picador con su paisano el espada Julián Casas, sin haber llegado á ser una notabilidad. Por esto, sin duda, su vida torera fué muy corta.

Martín, D. Juan.—Así con su *don* y todo aparece como matador de novillos, en un cartel anunciador de corrida celebrada en la plaza de Barcelona en el año de 1851. No debe confundírsele con Juan Martín *(La Santera)* porque éste era ya espada de alternativa y como tal trabajó en aquella plaza en 24 de Octubre del mismo año. ¿Quién sería el tal D. Juan?

Martín, Valentín.—Banderillero que empezó en las cuadrillas de segundo orden, y luego, en 1877, á figurar en una de las primeras con gran aceptación y haciendo concebir esperanzas. Es compuesto, buena figura y simpático; hijo de Juan y de Facunda Lorenzo, vecinos de Torrelaguna, donde nació Valentín el 14 de Febrero de 1854. Antes de cumplir catorce años, y habiéndo venido á Madrid á aprender el oficio de carpintero, fué colocado en los talleres del ferro-carril del Mediodía: pero en vez de ser todo lo aplicado que debiera, se aficionó mucho más al toreo, y raro era el día de novillada en que no volvía á casa con algunas señales de grandes revolcones, diciendo á su buena hermana

mayor, en cuya casa vivía, que los compañeros del taller le maltrataban. Así se fué perfeccionando, viendo á unos malos y á otros buenos toreros trabajar en pueblos y aldeas de malas condiciones, y formando él parte de ya mejores cuadrillas para capitales de provincia y poblaciones de primer orden, hasta que, como hemos dicho, ingresó en una que tuvo los mejores banderilleros de Madrid. Casó en 16 de Octubre de 1876 con Doña Lorenza Martínez, y siempre se ha distinguido Valentín por su excelente comportamiento con su familia y amigos. Tomó la alternativa de matador en la plaza de Madrid en 14 de Octubre de 1883 de manos de Arjona Reyes *(Currito)* y si bien en él no se ha visto un espada de altos vuelos, es muy aceptable como segundo y no hay razón para postergarle.

La plaza de Madrid que admite toreros de otras partes *á prueba,* no debía desdeñar á los hijos de su provincia ya experimentados como buenos, y superiores á la mayor parte de aquellos; pero ya se ve, Valentín se ha hecho apático, no es de los que se mueven solicitando, y desde la brillante campaña que hizo en la plaza de toros de París, durante la última exposición, pocas son las corridas en que ha tomado parte.

Martín, Antonio *(Bronce).*—Empieza á picar toros y no empieza mal, si se tiene en cuenta que monta caballos que no tienen de tales más que el nombre. Está pagando el noviciado; si le vence y no se encoge, puede ser un picador bueno. Falta hace, que hay pocos.

Martín, José *(Taravilla)* —Pocos apodos podrían venir mejor á este muchacho que el que se puso ó le pusieron. Corre, y corre con el capote, corre y corre con los palos y no se para nunca. El caso es, que no es torpe, ni cobarde, pero... hasta quiere matar toros. Párate, que tú vales, tienes conocimiento de lo que son las reses y la lidia que requieren, pero no tienes calma y las condiciones de tu carácter se amoldan más á ser banderillero que matador.

Martín, Manuel *(Madroñal).*—Sólo en Andalucía, y especialmente en Sevilla, es donde suena el nombre de este banderillero, que ejerce más de matador de toros en novilladas. No debe ser gran notabilidad, puesto que de allí no pasa.

Martín Pino, José.—Picador de toros de regulares condiciones á lo que parece hasta ahora, que es nuevo y le falta acreditarse. Más decisión quisiéramos en él para ir á la suerte, porque si ahora no se atreve ¿á cuándo aguarda?

Martín, Manuel *(Peluso).*—Banderillero en cuadrillas de poco nombre. Es muy moderno, trabaja poco, y si no tiene quien le ayude no medrará mucho.

Martínez, Antón.—Uno de los diestros que con Esteller y el *Pamplonés* inauguraron la Plaza de Toros de Madrid que Fernando VI regaló al Hospital general en 1754. Ya en 1747 trabajó también en la Plaza de Valencia con grande aceptación.

Martínez, D. Luis.—En carteles de Barcelona correspondientes al año de 1851, figura con el *don* referido como matador de novillos, ofreciendo los anuncios la particular circunstancia de que, mientras á los espadas y picadores se les tuvo la atención de concederles dicho título distinguido, no se hizo lo mismo con los banderilleros. ¿Y quién era ese D. Luis?

Martínez, D. Francisco.—Con el tratamiento mencionado le anunciaron los carteles de Barcelona para picar en aquella plaza novillos en las corridas celebradas en 1851. Según noticias, en una de éstas fué herido gravemente, y no sabemos si por consecuencia de su desgracia se retiraría del toreo, porque desde entonces su nombre no se ha citado entre la gente activa del arte.

Martínez Orduña, A.—Al ocuparse el escritor cordobés señor Pérez de Guzmán de este compatriota suyo, citándole como peón en corridas celebradas en Córdoba en 1749, no expresa el nombre de aquél más que por medio de la inicial indicada.

Martínez, Nicolás.—Banderillero en la cuadrilla de *Costillares* á fines del último siglo, cuando ya no pertenecían á ella Delgado, Valdivieso y otros. Fué luego matador de toros que adquirió muy poca reputación.

Martínez, Mariano.—Banderillero aventajado de la cuadrilla del *Curro Guillén,* que era especialidad en los quites á los picadores.

Martínez, Juan *(El Ratón).*—Fué un banderillero notable por su agilidad é intrepidez. Perteneció, como Jordán y *Capa,* á la excelente cuadrilla de Montes, y sabido es que este célebre matador al que no cumplía le despedía. Nació en la Isla de San Fernando el año 1805, trabajó con la cuadrilla de Juan Hidalgo, luego con la del *Sombrerero,* y finalmente con la de Montes. Murió en Cádiz el 22 de Abril de 1876, de muerte natural, en su avanzada edad. Había estoqueado algún toro en varias plazas de España, y en la de Sevilla probó fortuna en 24 de Julio de 1845, sin conseguir ser aplaudido. No es lo mismo matar que poner banderillas.

Martínez Asensio, Juan.—Aunque hay coincidencia en el nombre y primer apellido, y ade-

más fuese natural de la Isla de San Fernando (Cádiz) como lo fué el famoso banderillero apodado *El Ratón*, creemos que eran distintos sujetos.

Martínez Asensio figuraba de media espada en carteles del año de 1822 y tenía fama de ser un notabilísimo banderillero. Si es el mismo á quien se llamó *El Ratón*, ¿porqué se omitía en los carteles este apodo? Además, de que á los diecisiete años que por entonces tenía Asensio, no es de creer que ya fuese una notabilidad. Apuntamos la duda y nuestra opinión sobre ella, por si hay alguien más afortunado que las aclare.

Martínez de La Hera, D. Leandro.—En las fiestas reales celebradas en Madrid para solemnizar la jura de la princesa de Asturias Doña Isabel, en el año de 1833, á 22 de Junio, quiso poner rejoncillos como caballero en plaza suplente, y tuvo la desgracia de ser derribado del caballo y herido en un muslo, de bastante gravedad. Creemos fué apadrinado por la grandeza de España, fundándonos en que no lo fué por el Ayuntamiento.

Martínez Rueda, D. Manuel.—Autor de un folleto publicado en 1831 y que tituló *Elogio de las corridas de toros*, en el cual se ocupó con razones convincentes, en ponderar sus ventajas y combatir las desventajas que al espectáculo nacional atribuyen sus adversarios.

Martínez, Juan de Dios (*Riñones*).—Picador de la cuadrilla del desgraciado *Pepete*, y como él, natural de la ciudad de Córdoba. Era aplicadito, pero le sucedía lo que á muchos, que saben subir al caballo y no saben caer, siendo tan importante lo uno como lo otro. Murió en el año de 1864, á consecuencia de una tremenda caída que sufrió en la Plaza de toros del Puerto de Santa María.

Martínez, Andrés (*Quico*).—Este matador, natural de Cádiz, trabajó en algunas plazas andaluzas á mediados del presente siglo. Los que le vieron no le concedieron conocimientos suficientes para el toreo, sobre todo estoqueando reses.

Martínez, Ignacio (*Propinas*).—Uno de tantos banderilleros de los del montón que *Cúchares* recogía en cualquier parte, cuando formaba cuadrillas extraordinarias para torear en plazas en que, según los ajustes, tenía precisión de aumentar el personal de la suya.

Martínez, Francisco (*Maimón*).—Fué compañero del célebre *Lagartijo* poniendo banderillas cuando eran los dos unos chiquillos. ¡Como que no tenían doce años de edad! Luego el uno subió muy alto, y el otro no pasó del umbral de la cátedra del toreo.

Martínez, Manuel (*Agujetas*).—Hombre de gran valor, mucho coraje y buena voluntad; aprendió lo suficiente para tenerse á caballo, unirse á él, y picar donde y como se debe. Va derecho á la suerte, y tomó en Madrid la alternativa de picador el día 21 de Octubre de 1877. Desde entonces ha figurado siempre en cuadrillas de primer orden, adquiriéndose grandes simpatías y buena fama. No es fino, ni corpulento, y á tener más estatura, abarcaría mejor al caballo que maneja con acierto casi siempre.

¿En qué consistirá que de cuantos toreros de á pie y de á caballo formaron parte, como Manuel, de la cuadrilla de *Frascuelo*, ni uno tan sólo ha habido que no sea ó haya sido valiente en alto grado?

Martínez Galindo, José.—Nació en Madrid, parroquia de San Andres, el 20 de Noviembre de 1856, siendo hijo de Manuel y de Florentina, quienes le hicieron estudiar hasta segundo año de filosofía; pero él mostró más afición al toreo que á los libros, y desde el año de 1875, en que ensayó sus facultades en la plaza de toretes de los Campos Elíseos de Madrid, ha matado con varia fortuna en novilladas de diferentes poblaciones, y de sobresaliente y media espada en la corte. Ha podido ser más de lo que es, si hubiese sido más

tiempo banderillero en buenas cuadrillas, y se hubiese sujetado á seguir el toreo por sus pasos contados. Ese afán de subir las escaleras corriendo, hace que muchas veces se pierda un pie y haya tropezones. Es buen mozo, con facultades, y muy amante de su familia; no ha tomado la alternativa de matador de toros, pero cumple bien en su clase, con seriedad y valor.

Martínez, Manuel.—El célebre *Coriano* se estrenó en Sevilla el mismo día que este picador, que fué el 13 de Abril de 1846. Aquél llegó á tomar un nombre envidiable; éste no pudo conseguirlo, y marchó por otro lado con poca fortuna.

Martínez, Fernando.—Picador de toros que tomó la alternativa en Madrid, en 12 de Octubre de 1882, mostrándose muy alegre y atrevido. Desde entonces las alegrías y los atrevimientos han ido enfriándose y tememos no vuelvan á entrar en calor.

Martínez, Eusebio.—Era un banderillero que pudo llegar á espada porque tenía facultades, afición y valor no le faltaba. Ha figurado en las principales cuadrillas de los maestros, y es conocido en Madrid por *El Litógrafo*, por haber ejercido esa profesión con aprovechamiento. Se ha parado en un punto del toreo, del que no debe salir, y sí olvidar el estoque y la muleta. No se le ve hace lo menos cinco años.

Martínez Redondo, D. Manuel.—Director artístico del *Toreo Cómico*, que con sus intencionados dibujos llama la atención de los aficionados y de los que no lo quieren ser, por su desgracia. Sus magníficos retratos, en gran tamaño, de *Lagartijo Frascuelo*, el *Gallo* y Ponciano, son verdaderas obras de arte de hermoso dibujo y perfecto parecido, y además de esas, otras muchas que ha trazado su afinado lápiz. Nació en Madrid el 1.° de Enero de 1866, y á los 14 años quedó huérfano de padre y madre, teniendo que vivir y mantener á sus expensas á otro hermano menor. Inútil es decir cuánto trabajaría en tan corta edad para conseguir «salir del día»; pero su aplicación y voluntad vencieron todos los obstáculos; y ya laborando en el acreditado periódico *La Guirnalda*, que dirigió su maestro D. Joaquín Magistris, ya en la Escuela de Artes y Oficios, cuyo profesor Múgica tanto le distinguió otorgándole diplomas y premios en metálico, ya dibujando en muchos y distintos periódicos, ha alcanzado, con su nombre de buen dibujante, un honradísimo modo de vivir. ¡Lástima grande que habiendo empezado el estudio de la pintura, tuviera que abandonarle por dedicarse á trabajos artísticos, que si bien más modestos, eran para él de resultados metálicos más inmediatos! Son innumerables los trabajos que ha hecho en todos géneros, y aunque notable en la caricatura, lo es mucho más en asuntos serios, y sobre todo, en los de asuntos taurinos. Alguna vez, muy pocas, porque le falta tiempo para atender á sus principales obligaciones, ha hecho pequeños trabajos en pintura y escultura que han merecido el elogio de personas entendidas. Es demasiado modesto.

Martínez, Manuel *(Manene).*—Notable banderillero cordobés, en cuya capital nació el año de 1862. Era uno de esos muchachos aprovechados en su arte, que pareaba bien, sin hacer grandes desplantes ni alardes de maestría. El día 25 de Diciembre de 1888 lidió en una corrida de toros celebrada en Córdoba por los toreros del país, y en uno de esos jugueteos que constituyen la esencia del estilo de sus paisanos, fué enganchado por el muslo y región glútea derechos, de tal manera, que la muerte le sobrevino el Viernes 28 á las doce de la noche.

Con razón sintieron esta desgracia cuantos le conocían, porque *Manene*, cuya hombría de bien y formalidad eran notorias, fué un buen banderillero, muy prudente, muy entendido y de gran aceptación.

Martínez, Rafael *(Manene chico).*—Hermano del anterior, cordobés de nacimiento, aplicadito y de buenas hechuras, está haciéndose un banderillero aceptable. Que aprenda en su hermano á no intentar jugueteos y monadas fuera de arte, aténgase á las reglas de éste y nos agradecerá el consejo. ¡Ah! Y que no intente tomar en sus manos los trastos de matar, que ahí puede estrellarse.

Martínez, José *(El Tremendo).*—Matador de novillos que, siendo mozo, marchó al frente de una cuadrilla de niños sevillanos, que se adiestraban en el toreo. Después se dedicó á estoquear, viéndose en él más valor que arte. Nació en Linares en 1870.

Martínez, Ginés *(Confitero).*—Pocos conocimientos, mucha valentía y no escasa desgracia, tiene este novel matador de toros en novilladas. Sentiríamos equivocarnos, pero ni este ni el anterior llegarán á llamar la atención por su mérito.

Cumplirán con valor en los puntos que toreen, porque son muy pundonorosos y... nada más.

Martínez, Antonio *(El Sastre)*.—Cualquiera en su lugar hubiera continuado su primitivo oficio, pero á él le ha parecido mejor ser banderillero. El tiempo dirá si es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer: por de pronto, el nuevo oficio tiene más quiebras.

Martínez, Julio *(Templaito)*.—Mata toros en novilladas, no sabemos cómo; y quisiéramos saberlo para ver si rectificábamos la pobre opinión que, basada únicamente en referencias, tenemos formada acerca de su mérito.

Martínez, Tomás.—Uno de esos toreros de invierno que recorren los pueblos poniendo banderillas, si pueden, y si no corriendo y reventándose. Lo peor será que no pase de ahí.

Martínez, Rafael *(Cerrajilla)*.—Pone banderillas con demasiado atrevimiento; corre sin cesar y sin reflexión; ¿podrá pararse? ó ¿le harán parar los toros? Cuando ha intentado matar lo ha hecho bastante mal. Es cordobés, desahogadito y aplicado.

Martínez, José *(Pito)*.—Nació en Madrid el 15 de Agosto de 1861. Desde muy jóven se dedicó á torear y es ya un banderillero de buen nombre, activo, tal vez en demasía, y de excelentes condiciones morales, que no están en relación con las físicas puesto que es delgado, enjuto y corto de estatura. Es bravo é inteligente, ganará cada día más en el aprecio del público por su bondad, atrevimiento y modestia, y quedará siempre querido, aunque no rebase la línea á que ha llegado, que no la rebasará.

Martínez, Cándido *(El Mancheguito)*.—Uno de los mejorcitos matadores de toros en novilladas que pisan hoy el redondel. Es formal, poco saltarín y muy pundonoroso; es oportuno en los quites sin acelerarse en hacer desplantes, no maneja la muleta con tanta limpieza como fuera de desear y hiere bien y por derecho. De modo que, sin ser una notabilidad, cumple perfectamente y es muy aceptable su trabajo. Nació en Albacete el día 1.º de Febrero de 1868 y es hijo de Baltasar y de Juana Pingarrón: hizo su aprendizaje en el matadero de dicha ciudad desde la edad de trece años, y, aunque ha sufrido varias cogidas, alguna de consideración, no han mermado su valor ni su afición. Ha matado alternando con espadas de

primera y luego con otros de segunda, comprobando con esa conducta que no tiene presunción alguna, ni alega derechos no adquiridos en forma, ni quiere ser juzgado más que por su mérito. Esa conducta le enaltece.

Martínez, Francisco. *(Estanquero)*.—Cuando los niños sevillanos, de cuya cuadrilla forma parte como jefe, no pueden matar los novillos que les presentan, él se encarga de verificarlo, y lo ejecuta, si no con arte, con decisión y arrojo. ¿Haría otro tanto con toros de cinco años?

Martínez, Braulio *(Morenito)*.—Novillero andaluz que torea en plazas de segundo orden al frente de cuadrillas de tercera categoría. Así no se llega á ninguna parte.

Martins, Manuel.—Este famoso pegador portugués nació en Thomar el año de 1845, y es hijo de Antonio y de Rosa María. Es más conocido por el

nombre de Manuel de Botequin, á consecuencia de haber servido de mozo en el botiquín de las enfermerías de las plazas portuguesas. Dice de él un escritor de aquel reino, que era un forcado valiente, que se colocaba bien enfrente del toro, le esperaba con valor, y *se echaba* perfectamente cuando el animal humillaba. Falleció hace pocos años.

Martins, Luis.—Hace tiempo dejó de torear este buen aficionado rejoneador portugués, que debía ser muy aceptable cuando tanto toreó en diferentes plazas, según noticias que á nosotros han llegado, en los buenos tiempos del célebre marqués de Castelho Melhor. Es de familia noble y tomó parte en las fiestas unas veces como *Neto* y otras como caballero.

Martins Riveiro da Silva, José *(José Aceitero).*—Ha sido en Portugal excelente mozo de forcado, buen rejoneador á caballo, y últimamente se ha dedicado á banderillero. Dadas su inteligencia y valentía, acreditadas desde que empezó su oficio en 1875, no debe dudarse de que llegará á donde otros han llegado, pero en lo que más se distingue es con la capa, preparando bien los toros para las *pegas*.

Martos Jiménez, D. Juan.—Notable escritor, orador distinguido, abogado y hombre político de cierta significación, fué el primer redactor que tuvo el acreditado periódico taurino de Madrid titulado *La Lidia* y en el cual hizo gala de su fecunda y ardiente imaginación hasta el punto de creérsele entendido en tauromaquia, cuando realmente no lo era. Murió en 2 de Agosto de 1891.

Mascarenhas, D. José María *(Fronteira).*—Valiente caballero lusitano que há tiempo dejó de torear. Dejó buena fama, y el motivo de darle aquel sobrenombre es por ser sobrino del Marqués de Fronteira y por su nobleza. Siempre toreó como caballero en funciones de beneficencia, pero gratis, según costumbre de todos los nobles é hidalgos de Portugal.

Masenga, Santiago.—Alternó como picador por primera vez en Madrid en 1867. No le recordamos bien, y después de esa fecha se obscureció completamente.

Matea.—No sólo ha de hacerse mención de los toros célebres en los fastos del toreo, sino que mereciéndolo alguna vaca, debe citarse siquiera sea por excepción. En la ganadería navarra de la señora viuda de Gota, vecina de Tudela, hay una hembra brava y de sentido que la corren en capeas y goza de triste popularidad en toda la comarca por sus hazañas, pues nunca deja de alcanzar y voltear, cuando menos á uno ó más incautos de los que salen al ruedo, habiendo llegado su mención á ser explotada por empresarios, y hasta por algún artista cómico que llevó su nombre á la escena para indicar el terror y el espanto.

Son las vacas bravas, en su inmensa mayoría, imposibles de lidiar por su mucho sentido y otras malas condiciones.

Matadero.—Los locales destinados en las principales poblaciones á la muerte de ganado vacuno para el consumo público son, generalmente, los en que ensayan sus facultades todos los principiantes en tauromaquia, y esto se comprende desde luego al considerar que en ninguna parte como allí, puede el aspirante á torero disponer de ganado, aunque sea manso y sin condiciones, y de local cerrado. Sevilla, Madrid, Córdoba y otros pueblos importantes han visto salir hombres notables en el arte, de sus respectivos mataderos y el del primer punto, como va dicho en el lugar corresponte, fué la cuna de la célebre escuela de tauromaquia fundada en 1830.

Mateo Castaño, Juan.—Excelente picador que lució mucho en el primer tercio del presente siglo, cuando tan buenos diestros de á caballo ocupaban el redondel de Madrid. Era valiente y tenía un brazo de hierro.

Mateo, Antonio *(Patón).*—Sabría matar toros si fuera torero; mas para ello necesitaría aprender y aplicarse, estudiando, de lo poco que hay, lo menos malo. Esa opinión formamos de él hace ya diez y ocho años, y desde entonces, ¿á dónde ha ido á parar? Pues, á México, en cuyas plazas viene figurando como banderillero.

Mayo Cruz, Pedro *(El Montijano).*—Nació en el Montijo el año de 1860 y murió en Alicante el 24 de Diciembre de 1894 víctima de una tuberculosis pulmonar. Se crió en Badajoz y dejó el oficio de zapatero por la afición al arte de Montes que se inició en él, desde muy pequeño: trabajó banderilleando en cuadrillas de segunda nota.

Mayoral.—Es el encargado del cuidado de una ganadería, que en representación del dueño de la

misma tiene á sus órdenes á los vaqueros, pastores y demás mozos de campo. Con la vigilancia del amo y la inteligencia de un buen mayoral, gana mucho una vacada, sobre todo si no se escatima el gasto. (Véase CONOCEDOR.)

Mazada, Antonio.—No sabemos por qué este caballero rejoneador no consiguió gran renombre en su país, porque desde 1862 en que se presentó al público, demostró excelentes condiciones y nunca dejó de ser un valiente. Murió en 1867, á consecuencia de una cornada que le dió un toro lidiándole en la plaza de Nazareth (Portugal).

Mazas y Orbegozo, D. Joaquín.—Falleció en Bilbao el 23 de Marzo de 1890 víctima de penosa enfermedad, y era conocido como revistero de toros del acreditado periódico *El Globo* con el pseudónimo de *El Alguacil*. La pluma de Mazas era correctísima; su gracia culta y espontánea, la forma variada y amena, y la crítica mesurada. Estaba desempeñando últimamente el cargo de cronista y archivero del señorío de Vizcaya. Era un muchacho joven y muy buen compañero.

Mazzantini y Eguía, Luis.—Es más difícil de lo que á primera vista parece, escribir la biografía taurina de un hombre que tiene tanto de lidiador como de persona distinguida. Parece que no se hermanan bien la profesión del torero con las exigencias de la sociedad, que á pesar de los tiempos democráticos que corremos, ve todavía en aquéllos al vagabundo, al matón y al hombre que desprecia su vida por un mísero salario. Mazzantini, criado en buenos pañales, ha armonizado ambos extremos, abriendo ancho campo á todas las condiciones sociales y resucitando la época en que, lejos de tener á mengua los caballeros presentarse en los circos taurinos, hacían en ellos gala y ostentación de su valor é inteligencia.

Sin remontarnos á siglos pasados, en el presente pisó el redondel, dejando su carrera militar y no acordándose para nada de los pergaminos de su noble estirpe, el matador de toros D. Rafael Pérez de Guzmán. Mazzantini, que nació en Elgoibar el día 10 de Octubre de 1856, del matrimonio de don José y de doña Bonifacia, tampoco tuvo en cuenta su origen, como diremos más adelante.

Cuando apenas le sombreaba el bozo, servía ya el cargo de secretario particular del caballero Marchino, Jefe de las Caballerizas reales en tiempo del rey D. Amadeo; de allí salió á desempeñar el empleo de factor telegrafista en las Compañías de ferrocarriles del Mediodía y de Ciudad Real á Badajoz, pasando más tarde, en clase de Jefe, á la estación de Santa Olalla, en la línea de Cáceres.

No era en este cargo tan buen empleado como debiera: abandonábale por ir á torear en todas las capeas de los pueblos inmediatos; veníase á Madrid con igual fin á las becerradas de los Campos Elíseos, y rara vez perdía una corrida de toros de nuestra gran plaza, fingiéndose para el servicio de su empleo unas veces enfermo y otras dejando en su lugar á gente subalterna. De tal modo cansó á la Compañía del ferrocarril su comportamiento, que llamado por el Jefe superior de dicha línea D. José Echegaray, y reconvenido fuertemente, contestó que sus inclinaciones le llevaban á torear mejor que al desempeño de su modesto empleo, que nunca le había de proporcionar el bienestar que él ansiaba.

Dejó su destino, y encontrose, como suele decirse, sin oficio ni beneficio. Hubiera querido ser actor cantante, pero no teniendo aptitud para ello decidiose resueltamente á continuar y emprender con más vigor la profesión de lidiador de toros.

No quería empezar por echar un capote ni clavar un par de banderillas, que eso tiene el mismo peligro que el de matar toros, tárdase en adelantar y la utilidad es corta; así, que ensayó sus fuerzas á presencia de varios inteligentes aficionados en la ciudad de Talavera de la Reina, donde mató dos toros de cinco años á satisfacción del público, y luego en Madrid en alguna becerrada de las que anualmente celebraba la Sociedad de socorros de los empleados de ferrocarriles.

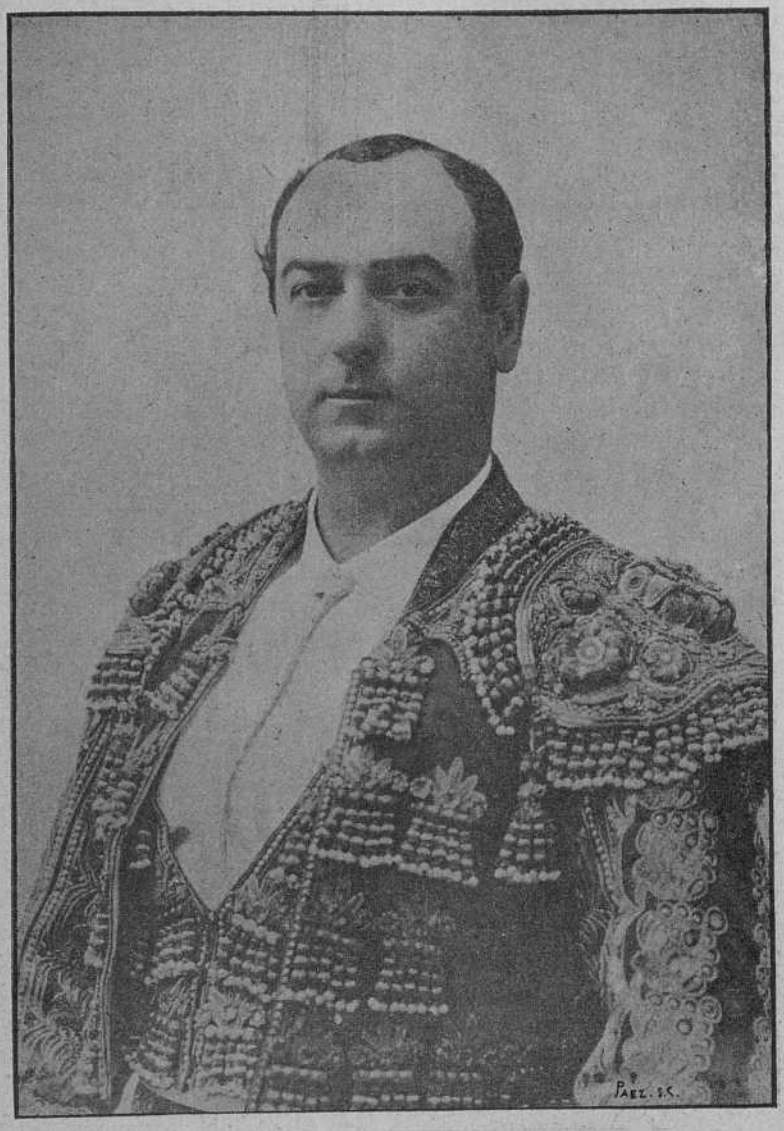
Cuando por primera vez se presentó en Madrid en una corrida de novillos verificada el día 5 de Diciembre de 1880, demostró excepcionales condiciones para el cargo de matador, marchándose, después de trabajar en Francia, á la ciudad de Montevideo, en América, en 1882.

Vuelto á España obtuvo la alternativa de matador de toros de cartel, que le dió el célebre Salvador Sánchez *(Frascuelo)* en Sevilla el 13 de Abril de 1884; y de tal modo se portó entonces, que obtuvo muchas corridas en diferentes plazas, alternando con el desgraciado *Bocanegra*, con el *Gordito*, *Curro*, Hermosilla, *Cara ancha*, *Lagartija* y otros.

Madrid quería ver si ese entusiasmo que había despertado en toda Andalucía el joven Luis era legítimo, y consiguió que el 29 de Mayo de dicho año 84 le confirmase en su alternativa el espada cordobés Rafael Molina *(Lagartijo)*, admirando todo el pueblo de la corte su arrogante figura, su valor y el asombroso éxito en sus estocadas.

Inútil es decir, que á partir de aquella fecha llovieron las contratas y disputabánsele los empresarios de todo el reino, por la certeza que tenían de obtener pingües ganancias al solo anuncio de su nombre en los carteles.

Ganó mucho dinero; con él volvió á América y trajo mucho más, y como la idea de mejorar en posición es innata en todos los hombres, y mucho más en los del temple de Mazzantini, compró una vacada de toros bravos á D. Antonio Fernández Heredia (que la había adquirido de D. Donato Palomino, dueño del toro que mató á Nicolás Fuertes, *El Pollo),* y además tomó parte en la Empresa de la plaza de Madrid, invirtiendo en ello gruesas sumas.

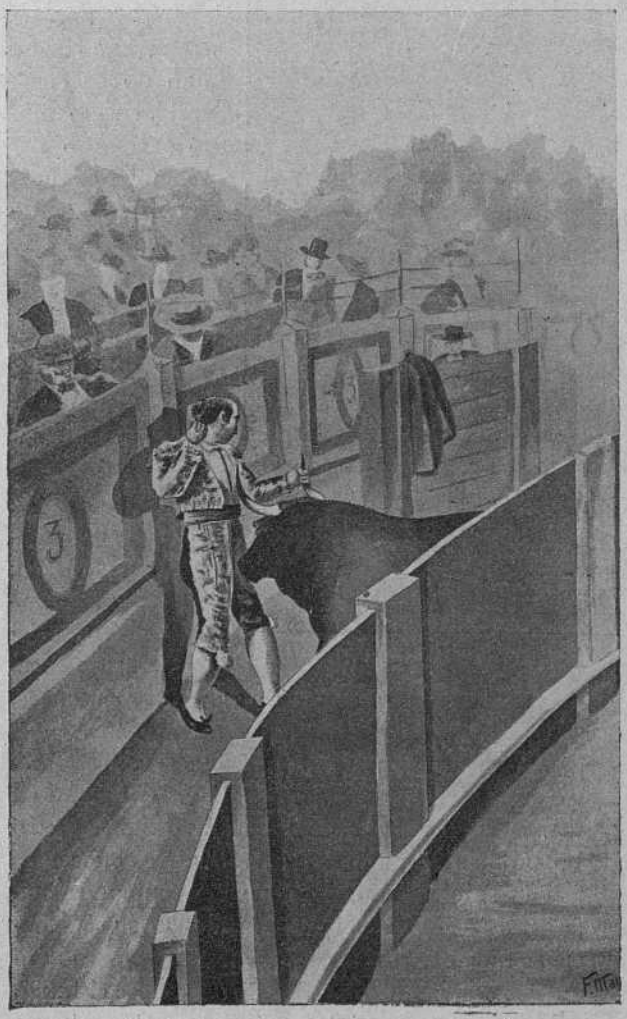


Este fué un error que le costó caro. Es absolutamente imposible que el público en general prescinda del derecho que tiene, ó cree tener, á exigir de las Empresas los mejores toros y los mejores toreros; así es que, aun satisfecho este último punto con la presentación de espadas tan acreditados como *Lagartijo, Frascuelo* y el mismo Mazzantini era de rigor que las demostraciones de desagrado al ver un toro cobarde ó manso fuesen á parar á los oídos del torero-empresario, y por lo mismo, su prestigio se amenguaba y sus intereses se resentían. Hay en el pueblo un no sé qué, una predisposición á apasionarse en pro ó en contra de una persona por hechos ajenos á la profesión que ejerza, de la cual casi siempre hace un uso violento. En las plazas de toros hemos visto ensalzar al *Sombrerero* los realistas y denigrar á Juan León por liberal, y á los amigos de éste ahuyentar á aquél del redondel en cuanto triunfaron sus ideales, y todo sin tener en cuenta para nada el mérito de las suertes que cada uno ejecutaba.

Limitada nuestra misión á narrar los hechos taurinos y aptitudes que para el arte hayan demostrado los lidiadores, para nada tenemos en cuenta su vida particular, ni sus costumbres, vicios ó virtudes, en cuanto no afecten á su práctica en el redondel; pero, volvemos á decirlo, esta conducta no es posible sea observada por la gran masa del pueblo, al que le impresionan tanto aquellas condiciones como las que ve en el modo de torear. Vieron las gentes en un principio un hombre valeroso que, despreciando añejas preocupaciones, se lanzaba á matar toros por afición y por mejorar de fortuna, y le aplaudieron y ensalzaron, dándole ánimo y estimulándole á continuar el camino emprendido; vieron luego que había salido del nivel ordinario, que su fortuna crecía, que no se encerraba en el círculo estrecho del redondel para ganar dinero, sino que lo adquirido lo invertía en especulaciones y negocios ajenos al arte, y observaron, finalmente, que su trato era cortés y fino y su lujo competía con el de cualquier potentado; que sus relaciones las buscaba entre gente encopetada y cantantes de *primo cartello,* y entonces, aquellos que en un principio celebraban su elegancia, sus finas maneras y hasta sus conocimientos en los idiomas francés é italiano, criticaron en todos sus detalles aquellas manifestaciones y atribuyéronlas á vanidad y soberbia. No conocemos tan á fondo al diestro de que nos ocupamos, que podamos decir si en el fuero interno de su conciencia se ha alojado alguna vez el orgullo, pero aunque así sea, ¿á qué mortal no le desvanece el humo del incienso constantemente quemado ante su

persona? ¿Quién es el que no se muestra satisfecho al verse encumbrado por su propio esfuerzo?

Mazzantini goza en hacerse popular, pero entiéndase bien, no busca sus amistades entre el populacho, y aunque él dijese lo contrario, podríamos rebatir su aserto poniéndole de manifiesto su conducta. En ello hará bien ó mal ¿qué nos importa? Trabaje bien dentro del redondel, que su comportamiento fuera de allí á nadie debe preocupar sino á su familia. El hombre es para nosotros como otro cualquiera, al torero es á quien buscamos para apreciar su trabajo en lo que valga. Cuando él ha logrado hacerse aplaudir en los últimos años, más que en los primeros á pesar del paréntesis que en su vida torera empezó á iniciarse durante su desgraciada empresa, es prueba de que no es una vulgaridad en el toreo, puesto que ha sostenido su puesto, alternando con otros hombres de gran prestigio y reputación. Reconócenle todos *valor* y no olvidan aquella celebre hazaña que realizó con un toro de D. Anastasio Martín en la plaza de Madrid el día 12 de Octubre de 1890, cuando al saltar tras él la barrera, quedó encunado contra las tablas del tendido y forcejeando con sus fuerzas hercúleas agarrado á las astas, desvió al toro con gran serenidad golpeándole en los ojos y salió del embroque libre cual otro *Panchón* á quien un hecho parecido le valió una pension del rey Fernando VII. Su *ligereza* es admirable dada su excepcional corpulencia y no es de los que tienen menos *conocimiento* de su profesión, ni del ganado que lidia.



VALENTÍA DE MAZZANTINI — MACÍAS

Pero ha llegado el momento de juzgarle con arreglo al arte que es el punto á que más atención debe prestarse.

No maneja el capote con soltura, ni gracia, sirviéndole unicamente de poderoso auxiliar para hacer quites oportunos y arriesgados, con tan valiente arrojo como los hacía el inolvidable *Frascuelo*, que nadie ha repetido desde que aquél se retiró de la arena; clava de frente las banderillas y al cuarteo perfectamente midiendo bien los tiempos, pero débelo á sus fuerzas de piernas y elevada estatura en muchos casos; maneja la muleta sin considerarla en toda su importancia, aunque siempre la utiliza con gran golpe de vista, en oportuna defensa; pára menos de lo que hay derecho á esperar de él, por más que últimamente ha dado pases á pié quieto, de mérito indisputable, y en cuanto á matar, lo hace comunmente arrancando ó á volapié, pero, ¡de qué manera! Colócase en línea recta con el testuz del toro, ármase con elegancia y lía con soltura, formando una figura que nos recuerda la de Pedro Romero pintada por Juan de la Cruz Cano, arráncase rápidamente y consuma el volapié de tan magistral manera que no pudo soñarlo su inventor.

Esto en la mayor parte de los casos.

Pero nada más. No hay que pedirle que *reciba toros*, que esa admirable suerte la han olvidado todos los modernos toreros.

Hemos dicho lo malo y lo bueno que tiene este diestro, que es el mejor director de plaza que hay actualmente. Por el relato imparcial que hemos hecho, se entenderá que le consideramos como uno de los más sobresalientes que pisan la arena, y que no tenemos á él ni á nadie como toreros completos si no reciben toros.

¡Qué condiciones tan asombrosas se perderán para el arte si Mazzantini llega á retirarse del toreo sin ejecutar la suprema suerte!

No tiene disculpa si piensa que grandes hombres, como *Cúchares, Lagartijo* y otros modernos, no han recibido ni reciben toros, porque los que rendimos culto al arte en toda su pureza, diríamos á Mazzantini cuando consumara esa suerte: todos los defectos que con ruda franqueza hemos indicado, quedan borrados de nuestra mente; eres mejor matador de toros que aquellos maestros, y puedes dar lecciones de tauromaquia como el mismo Francisco Montes.

Pero ese día no llegará, á pesar del excesivo pundonor de Mazzantini. Si los demás ganan tantas palmas como yo, sin hacer eso, dirá, ¿á qué me he de exponer á un percance? ¿Por qué he de arriesgar mi reputación haciendo ensayos en suerte casi olvidada que á nadie se exige? Los que ahoran reparan en mí lo que no advierten en otros, ¿qué dirán si al esperar á un toro me fuese á un lado, ó cruzase al animal por darle demasiada salida, como le ocurría á Montes?...

No es este libro un curso de tauromaquia; si lo fuera, mucho podríamos contestar al primer matador de toros de la plaza de Madrid, y á los que antes y después de él formen y piensen del mismo modo.

Mazzantini, Tomás.—Buen banderillero, buen peon de lidia y excelente compañero en el ruedo Hay veces en que se confía demasiado, y abusa de su fuerza de piernas, y otras en que, sin necesidad, recorta á las reses por solo seguir esa costumbre moderna que tanto perjudica al ganado. Es hermano de Luis, con quien hizo en las repúblicas americanas muy buenas campañas. Intentó en alguna ocasión ser espada y ha matado algunos

toros con varia fortuna, pero habiéndole roto una pierna un caballo que le arrojó de la silla, estando en México, quedó resentido de ella, por lo cual, y más que nada atendiendo á los consejos de su hermano, ha renunciado á estoquear—en cuya suerte hubiera sido de los del monton anónimo—y ha resuelto ser un banderillero de primera, como lo es realmente.

Mazo ó Maso, Leon.—¿Hizo bien este picador al dejar pronto el oficio? Si había de continuar terciándose siempre en todas las suertes y con todos los toros, la respuesta es afirmativa. Murió en Madrid en 1869, y había empezado ocho ó diez años antes.

Mazorca.—Llama así la gente del campo á la especie de rodete ó círculo que se forma en la parte inferior del cuerno del toro cuando se le cae, á la edad de tres años, la delgada lámina que tapa sus astas.

Meano.—El toro que tiene blanca la piel que cubre todo el balano. No hay que confundirle con el bragado, pues son cosas enteramente distintas.

Medarde, D. Mariano.—Arquitecto, vecino de Madrid, bajo cuyos planos y dirección se ha construido en poquísimo tiempo la bonita plaza de Calatayud, estrenada en 8 de Septiembre de 1877. Es discípulo de la Escuela Superior de Arquitectura; tiene su título desde 1869 y goza de excelente reputación.

Medel, D. Ramón.—Escribió en 1851 una circunstanciada reseña de las corridas de toros celebradas en Madrid el año 1850 con multitud de datos y observaciones, que le acreditaron de buen aficionado.

Fué actor y autor dramático, arqueólogo, pintor heráldico, escritor didáctico en asuntos teatrales y verdadero artista; falleció en Madrid el día 9 de Abril de 1877.

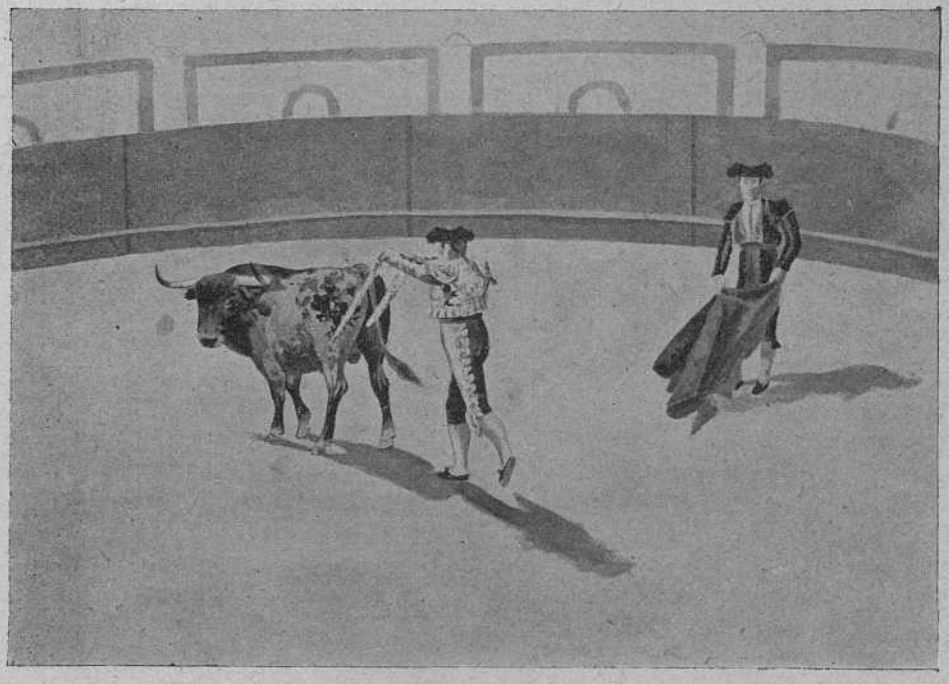
Medel, Juan *(Lobo.)*—Matador de toros en novilladas, valiente y de regulares condiciones. En Huelva, de donde es natural, le quieren y ensalzan, esperando mucho de él.

Ya veremos si se equivocan sus paisanos.

Media espada.—El torero que no habiendo aún tomado la alternativa está encargado de dar muerte al último ó á los dos últimos toros de la corrida, y así debe anunciarse en el cartel. Suele ser un banderillero aventajado que aspira á ser matador, alternando con los espadas en su día. Es voz que ha ido desterrándose poco á poco, usándose ahora en los carteles la de *sobresaliente*, que impone iguales obligaciones.

Medialuna.—Toro de la ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Coria del Rio, divisa encarnada y verde, que en el Puerto de Santa María, en la tarde del 24 de Junio de 1852, despues de matar siete caballos, dió una gran cornada al muy notable picador de toros Carlos Puerto, ocasionándole la muerte.—Se llama tambien medialuna al instrumento cortante que tiene esta forma y va colocado en el extremo de un palo largo como la vara de detener, sirviendo para cortar los corvejones á los toros que no han podido ser muertos por los espadas. Este instrumento ya no se usa en las plazas más que para presentarle al público en los casos en que el espada no ha podido dar muerte al toro; y la señal que se hace para exhibir la medialuna sirve al mismo tiempo para ordenar que los cabestros salgan de los corrales y retiren á ellos al animal lidiado. Hasta la exhibición de la medialuna en el indicado caso, se ha desterrado ya de nuestros circos. No queda más que para desjarretar en los mataderos.

Media vuelta.—Para poner banderillas á media vuelta ha de ir el diestro por detrás del toro, llamarle del lado por el que se quiera que se vuelva, y cuando lo verifique, cuadrarse con él en aquel momento y meterle los brazos. A los toros sencillos ó claros se les debe hacer esta suerte en corto, y generalmente á todos, procurando llamarlos por los terrenos naturales, es decir, la res al de fuera, y el diestro al de las tablas. Conviene que todas las reses tengan pocos piés para esta suerte, y eso que es la más sencilla y segura, y que á los torós tuertos se les llame siempre del lado por el cual ven. Sucede muchas veces que los toros huídos no atienden ni se paran, á pesar de llamarlos, y que siguen su viaje; entonces el diestro inteligente debe seguir tras él, pero al lado por el que intente parear, guardando una distancia como de dos varas ó más, llamarle con una voz, y cuando se vuelva, aprovechar el momento, cuadrarse con él, y clavar los palos; lo cual es bastante lucido.—La estocada á media vuelta se ejecuta del mismo modo; pero á ella debe sólo acudir el matador cuando no encuentre otro medio, porque es muy reprobada la traidora manera de darla.



BANDERILLAS Á LA MEDIA VUELTA. — MACÍAS

Médicis, D. Pedro.—Hermano del duque de Florencia. Muy aficionado á correr y lidiar toros, usó de los primeros la garrocha ó vara de detener, y sostuvo competencias con varios caballeros españoles en plazas ó cosos cerrados.

Medina, Antonio *(Palmeres)*.—Picador de novillos, con poco entusiasmo y absoluta carencia de conocimientos. Si piensa dedicarse al oficio, hay que tener más voluntad, principalmente para aprender lo que se ignora.

Medina-Sidonia, Duque de.—Consumado jinete que en el año de 1673, con motivo de las bo-

das del rey D. Carlos II, mató dos toros de dos rejonazos. Se atribuye al mismo el dicho de que las verdaderas cinchas de un caballo deben ser las piernas del jinete.

Medina, Rafael.—Fué banderillero en la cuadrilla de Juan Hidalgo, y vecino de la isla de San Fernando, á final del primer tercio del presente siglo.

Medina y Banegas, José María (conocido por *Canales*).—Picador de cartel á quien no faltaba voluntad, poder, ni intención; agradaba al público, alguna vez mucho menos de lo que debiera, porque aunque sabía su obligación, no era bullidor ni hacía lo que otros para conquistar palmas, lo cual es de ensalzar; pero al mismo tiempo se empeñaba en ocasiones en no querer lo que el público exigía, y esto, cuando no está justificado, es digno de censura. Se puede decir que se ha criado entre reses bravas, porque él ha sido cabestrero, después gran aficionado á picar, y buen jinete. La primera vez que toreó fué en Jaén, donde le dieron doscientos reales por picar en una becerrada

en el año de 1866; dos años más tarde le vimos en Madrid, como de reserva, con las cuadrillas de *Cúchares* y el *Tato*, y en 2 de Junio de 1869 *Currito* autorizó su alternativa en Algeciras. Esta fué confirmada en la plaza de Madrid en 1874, habiendo trabajado antes y después con cuadrillas de primer orden, como lo son las del *Gordito*, *Bocanegra* y *Cara-ancha*. Nació en el Puerto de Santa María el 18 de Febrero de 1842, siendo hijo de Manuel Medina y de Lutgarda Banegas; por consiguiente, no se explica por qué en los carteles se le titula Gómez sin serlo, y sin tener él interés en ocultar los verdaderos apellidos. Creemos que vive aún, si bien retirado del toreo, donde tan justos lauros adquirió.

Medios.—Se llaman así los terrenos más próximos é inmediatos al centro del redondel, donde pocas veces se ejecutan las suertes. Cuando el toro se coloca en este sitio, y tomando querencia á él no acude á los cites, se dice que está «emplazado». Los saltos de la garrocha y al trascuerno deben darse en los medios ó muy cerca de ellos, porque el viaje que el toro lleve pueda continuarle con sobra de terreno.

Medorio, Francisco.—Picador de toros americano, que alterna en las plazas de México, Puebla y otras, con toreros bien acreditados. Seguramente será un gran jinete, de lo demás nada podemos decir.

Medrano, Mariano.—Fué un antiguo chulo de la plaza de Madrid, que alargaba banderillas en las corridas de toros á los banderilleros, y dirigía las mojigangas en las novilladas. Reemplazó en esto al conocido *Antoñeja*, y á él le ha reemplazado su hijo Pepe *(El Chato)*, que quiso ser torero y no se da para ello buena maña. Mariano murió en Madrid el 6 de Julio de 1891.

Era muy apreciado por los empresarios á quienes sirvió, y también los aficionados le mostraron más de una vez sus simpatías desde los tendidos y barreras. Los jóvenes principiantes, que así titulan á los que con novillos ensayan sus condiciones toreras, le obedecían y tomaban de él lecciones cuya explicación era de oir por lo pintoresca.

Medrano, Eligio.—Natural de Sanlúcar de Barrameda, pequeño de cuerpo y de estatura; pareaba y mataba reses en 1864 y después, sin que lograse llamar la atención por bueno. Creemos que fué á América en busca de contratas que aquí le faltaban. En aquella época se ganaba allí más dinero que hoy, porque ya son tantos los que allí acuden..

Mejía, Manuel (*Bienvenida*).—Es un banderillero de regulares condiciones, muy aceptado en Andalucía, y trabajador. Aunque en él nada hemos advertido de mérito sobresaliente, tampoco, en honor de la verdad, le hemos visto deslucirse. Desde que ha entrado á formar parte de la cuadrilla de Antonio Carmona ha adelantado muchísimo, y los pares que clava, al mismo tiempo que finos y opor

tunos, son de castigo. Esto sucedía hace diecinueve años; después, como todo pasa en este mundo y en

toda profesión, el que no mira adelante, atrás se queda; Mejía se quedó.

Mejorar el terreno es cuando el lidiador, por cualquier circunstancia ó acto anterior, se encuentra colocado en el terreno de dentro, ó al menos demasiado encerrado ó cerca de las tablas, y con el fin de evitar una cogida ó de ejecutar bien una suerte, sale del sitio en que se halla, ya usando del capote ó muleta, cambiándoles, ya á favor de algún quiebro, hasta que se coloca en el sitio oportuno.

Melcón, D. Juan Francisco.—Escribió en 1738 unas muy notables reglas para torear á caballo, comprendiéndolas en una carta que tituló *Satisfactoria del público y defensa de la inocencia* y en que pone de ropa de pascua á muchos caballeros conocidos en aquella época, que no sabían ni se atrevían á torear, fingiendo valentías de que no estaban adornados.

Meleno.—Llaman así al toro que en su testuz, y cayendo sobre su frente, tiene una melena ó gran mechón de que carecen los demás. Parece excusado decir que esto sucede lo mismo con toros de una pinta que de otra, aunque suele ser más común en los de pinta oscura, como negros, cárdenos ó retintos.

Melchor.—Según hemos leído en diferentes partes, en tiempo del famoso *Lorencillo* hubo un torero de dicho nombre ó apellido, que parece era muy intrépido. Nada hemos podido comprobar; pero nos inclinamos á creer que era Melchor Conde, distinguidísimo en aquella época como banderillero, y aun como matador.

Melgarejo, D. Tomás de—Rejoneó toros con el conde de Cabra y los Almirantes de Castilla y Aragón, en el año de 1663 á presencia del rey D. Felipe IV, en la Plaza Mayor de Madrid.

Melgarejo, D. Juan.—Caballero en plaza, natural de Málaga, que rejoneó toros en las fiestas reales que en la Plaza de las Cuatro Calles de dicha ciudad se celebraron en 6 de Agosto de 1683.

Mélida, D. Enrique.—Notable pintor de historia, natural de Madrid y discípulo de D. José Méndez. No hemos de relacionar las muchas obras que le han dado envidiable renombre, pero si recordaremos que es el afortunado autor del cuadro «Picador herido llevado á la enfermería», que presentó en la exposición de 1871, del famoso «Se aguó la fiesta», que en 1876 obtuvo medalla de segunda clase y fué adquirido por el gobierno para el Museo nacional, y «La lección de toreo», siendo además autor de la preciosa colección de láminas y dibujos que ilustraron los *Episodios nacionales* del señor Pérez Galdós.

Mélida, D. Arturo.—Hermano de D. Enrique, notable pintor, dibujante y excelente arquitecto. Es un especialísimo decorador de obras de importancia y restaurador de monumentos de la antigüedad, con tal acierto, que parece trasladado á ella, sin distinción de épocas ni lugares. Le incluímos en nuestro libro por ser autor de preciosos dibujos taurinos y de la artística orla de unos carteles que hizo para la corrida de Beneficencia de Madrid en 1893.

Méliz, Blas *(Blayé ó Minuto).*—Uno de los mejores banderilleros que se han conocido como inteligente y bravo, y á quien distinguía mucho su jefe de cuadrilla *Cúchares*. A consecuencia de haberle caído sobre el talón de un pié, en una corrida de toros celebrada en Segovia, un estoque que le cortó un tendón, se temió no pudiese ya torear más; pero curado, volvió al redondel, aunque cojo, sin desmerecer nada de su buena fama anterior. A con-

secuencia de una congestión pulmonar, falleció en Madrid á la edad de treinta y siete años, diez meses y diez días, el Sábado 1.º de Marzo de 1856, á las ocho y cuarto de la noche.

Mellado, Agustín.—Figuró como banderillero de Bartolomé Jiménez y como nuevo en la plaza de Madrid en las corridas reales de 1803.

Mello, Antonio.—En 1815 trabajaba regularmente este banderillero portugués, que continuó hasta 1843 en que falleció. Muchos ha habido peores.

Méndez, Vicente *(El Pescadero).*—Buena figura, aunque demasiado grueso, y regular banderillero. Quiso matar, y en las veces que lo ha intentado, no pasó de mediano, así que, conociéndose, prefirió continuar siendo banderillero muy aceptable á matador adocenado. Creemos que es natural de

Madrid. Marchó á Lisboa con Carmona *(El Gordito)* y allí se quedó trabajando con aceptación, estando hoy casi retirado del ejercicio activo. Tiene allí una escuela de tauromaquia en donde los alumnos hacen su aprendizaje con toros de madera, que para ese fin tienen movimiento.

Méndez, Federico *(El Guantero).*—Quiere ser picador, y se ensaya en novilladas de pueblos ó capitales de segundo orden. No le hemos visto trabajar ni nos han informado como trabaja, si es que sigue picando, que hace más de diez años que nadie habla de él. Hace más de quince vimos en un cartel de Sevilla el nombre de un Federico Menéndez *(El Guantero)*, como matador, pero tampoco se ha vuelto á saber nada de éste.

Mendívil, Domingo.—Este veterano matador de toros, natural y vecino de Burgos, de familia distinguida, era muy aceptable para plazas de segundo orden. En el año de 1856 se publicó el siguiente juicio de él en Madrid: «Regularmente apuesto y valiente. Plántase ante la fiera con grandes deseos y decidida voluntad. Más que por falta de serenidad, por un vicio que sentimos no corrija, no tiene el suficiente aplomo, y corre y bulle sobradamente y más de lo que fuera menester. Es torero recomendable en ciertos casos». Desde aquella época no volvió á torear. En las últimas funciones reales ha figurado perdiendo categoría ó antigüedad, y á consecuencia de una enfermedad crónica falleció en Burgos el día 9 de Agosto de 1881 á la edad de sesenta y tres años.

Meneses, D. Juan de.—Hace ya muchos años que no trabaja este valiente portugués que empezó á torear como aficionado en el año de 1858 y se hizo en poco tiempo un gran lidiador á caballo, hasta el punto de que más de una vez trabajó sobre un jaco en pelo y sin más freno que una cuerda. De arrogante figura, fino en su trato y cumplido caballero.

Mendoza y Toledo, D. Pedro.—Fué uno de los Caballeros en plaza que más se distinguieron en la ciudad del Perú, en las fiestas celebradas en el año 1632 cuando nació el Príncipe D. Baltasar Carlos de Austria.

Mendoza, Antonio.—Banderillero sevillano que trabajaba en la cuadrilla del desgraciado Francisco García *(Perucho)* y de cuyo mérito no hacen mención los apuntes consultados.

Mendoza, D. José María *(Loulé).*—En 1855 llamó la atención en Portugal, por su valentía rejoneando, por su figura arrogante y su inteligencia taurina. Murió ha ya bastantes años.

Mendoza, José María.—Fué un gran conocedor de la lidia taurina desde que en 1827 se dedicó en Portugal al toreo en clase de banderillero, adelantando cada vez más. A imitación de nuestro *Lavi* y complaciendo al público ignorante, usaba de ciertos desplantes y payasadas cuando los toros no se prestaban á las suertes y conseguía grandes aplausos. Gramática parda cuyas reglas no se enseñan, pero que muchos ejercitan en diversos tonos. Murió en 1866.

Mendoza, Manuel.—Mata toros en México y otras plazas de América, pero se ejercita más en clavar banderillas, y en ambas cosas dicen que es flojito.

Mengine, José *(Gavira chico).*—Muy bullicioso, muy atolondrado pero muy valiente. Eso no basta: lo primero es saber el terreno que se pisa, lo que se trae entre manos y con qué clase de bichos se ha de entender.

Mengs, D. Antonio Rafael.—Nació en Ansig, ciudad de Bohemia, en el año de 1728, siendo hijo de Ismael, pintor en esmalte. Pusiéronle por nombre Antonio y Rafael, en conmemoración de los dos grandes pintores Antonio Corregio y Rafael Sancio de Urbino. Discípulo de su padre en los primeros años, pasó luego en compañía de éste á Roma, donde estudió en los mejores modelos de la antigüedad. Cuando empezó á inventar y componer, fué su primera obra un cuadro al óleo de la Sacra Familia, habiéndole servido, para modelo de la Virgen, Margarita Guazzi, la doncella más hermosa y honesta de Roma, de la que se prendó en tales términos, que se casó con ella el año de 1749, contando solo ventiuno de edad. El rey Carlos III, á quién conoció en Italia, cuando lo era de Nápoles, le nombró después en España su pintor de Cámara con el sueldo anual de dos mil doblones, casa y coche, y la Academia de San Fernando le eligió director honorario por el año 1763 ó 64. No probándole el clima de Madrid, enfermó, y poseído de una grande melancolía, pidió al rey permiso para residir en Roma, lo que le concedió, señalándole una pensión de tres mil ducados para él y tres mil para sus hijas. En Roma perdió á su esposa, y este golpe, la crudeza de aquel invierno y su quebrantada salud, le condujeron al sepulcro á fines de Junio de 1779, siendo enterrado en la parroquia de San Miguel, en dicha ciudad. Mengs fue el pintor de más reputación en Europa que hubo en su época; pintó al óleo y al fresco, hizo muchos dibujos, estudios previos de sus obras, que hoy son muy apreciados. En los retratos fué una especialidad por lo parecidos y correctos, habiendo hécho, entre otros muchos, el suyo propio para su íntimo amigo D. Bernardo Iriarte, el de la marquesa de Llano, el de Campomanes y los de la duquesa de Arcos, de la de Medinaceli, varios de la familia real que existen en el Museo del Prado, y uno magnífico del célebre matador de toros Joaquín Rodríguez *(Costillares)*, de medio cuerpo, tamaño natural, que es el mejor que se conoce; pero que no sabemos donde se halla. En el palacio de Madrid, en San Isidro el Real y en el palacio de Aranjuez, en el Escorial, en la Granja y en la Colegiata de Castrojeriz, se admiran obras suyas de gran mérito por su composición y dibujo, sin contar las que existen en Roma en el Vaticano, en los PP. Celestinos, en la galería del cardenal Albani, y otras que sería largo enumerar.

Mezo, Tomás.—Mata toros en novilladas sin arte, pero con valor, considerándolo como ensayo para aprender el oficio. Mejor hubiera sido que empezase el aprendizaje por el principio, y no de matador á las primeras de cambio. Mala dirección lleva para ascender.

Mercado, Carlos.—En una función celebrada en Sevilla el día de San Pedro, del año 1860, picó toros, pero después no le hemos visto figurar en carteles, ni nos han dado razón de él.

Mercadilla, Antonio.—Ha matado toros en las plazas mexicanas. ¿Cómo? No lo sabemos. ¿Cuándo? Hace pocos años. ¿Era muy diestro? Nos encogemos de hombros.

Mercier, D. Angel.—Periodista gaditano y buen aficionado, que en el *Diario Mercantil*, de Málaga, hacía revistas de corridas de toros con marcada modestia. ¡Cuánta les falta á otros!

Merino, Rodrigo.—Picador que tomó la alternativa en Madrid en 1802; únicas noticias que tenemos de él.

Merimée, Próspero.—Notable escritor francés cuya época más brillante fué la del primer tercio del presente siglo y que murió en Cannes, poco después de la caida del imperio de Napoleón III. A pesar de su nacionalidad escribió de algunas costumbres de España con bastante conocimiento é imparcialmente y en unas preciosas cartas fecha-

das en Madrid á 25 de Octubre de 1830 y Junio de 1842 estampa los siguientes párrafos, dignos por su sinceridad y gallardía, de que los incluyamos en nuestra obra. Habla de la defensa de las corridas de toros en España y de las razones que hay para justificarlas y añade por su cuenta: «El argumento que no se atreve nadie á hacer valer, y que sin embargo, no tendría vuelta de hoja, es que, cruel ó no, este espectáculo es tan interesante, tan atractivo y produce emociones tan poderosas que no se puede renunciar á él, cuando se ha resistido el efecto de la primera corrida á que se asiste. Los extranjeros que no entran en el circo por primera vez, si no con cierto horror y únicamente al objeto de cumplir concienzudamente con sus deberes de viajero, los extranjeros, digo, se apasionan pronto por las corridas de toros, tanto como los mismos españoles.» Refiere después su asistencia primera á una corrida y dice ingenuamente: «Ninguna tragedia en el mundo me había interesado hasta tal punto. Durante mi permanencia en España no he faltado á una sola corrida, y, lo confieso con rubor, prefiero los combates á muerte á los que se reducen á lidiar toros embolados.» Y más adelante añade: «El salario bastante crecido de esa gente, no es el único móvil que les haga abrazar ese peligroso oficio. La gloria, los aplausos, les hace desafiar la muerte. ¡Es tan dulce triunfar ante cinco ó seis mil personas!»

Añadiríamos otros muchos detalles si la extensión de nuestro libro no lo impidiera: nos contentamos con los copiados para justificar la mención que de tan afamado escritor hacemos, siquiera porque su recto juicio, su talento y su sinceridad le apartaron de la senda que siguen los extranjeros que, sin conocernos, critican nuestras costumbres.

Merino, Dionisio *(El Ciudadano)*.—Banderillero de buenas proporciones y presencia, que ponía sus pares regularmente y tapaba su boquete. Hace más de dieciocho años marchó á América, con buen ajuste; sabemos que allí ha toreado bastante, é ignoramos si piensa ó no volver á su patria, ó si ha fallecido.

Merino, Enrique *(El Sordo)*.—Es andaluz y por lo mismo en Andalucía tiene hasta ahora su principal campo de operaciones; en ese país se hará un torerito, si se aplica, que empezó banderilleando bien y adelanta poco. En México es muy estimado.

Mesía de la Cerda, D. Pedro.—Escribió en el año de 1653 una relación de las fiestas eclesiásticas y seculares, que la muy noble y siempre leal ciudad de Córdoba hizo á su ángel custodio San Rafael en el de 1651; y dice en ella que la de toros se verificó el sábado 3 de Junio, lidiándose dieciocho; tres de ellos por la mañana y siendo caballeros toreadores D. Juan de Cárdenas y Angulo, D. Diego de Guzmán y Cárdenas, que recibió una herida de consideración, y D. Felipe de Saavedra, D. Antonio de las Infantas, D. Alonso Cárcamo y Haro, D. Alonso de Hoces y D. Gonzalo de Córdoba y Aguilar que se portaron con singular bizarría con el rejón y la espada.

Mesquita, Manuel José.—Si hubiese tenido tanto valor como inteligencia, pocos hubieran aventajado á este rejoneador portugués. En 1852 se presentó á trabajar á caballo, y todos reconocieron en él, desde entonces, mucha inteligencia en el arte de torear y en el de la equitación, en que fué sobresaliente. Murió en 1880.

Mesquita, Juan Paulo de.—Viendo que como caballero rejoneador no adelantaba gran cosa, á los pocos años de su presentación en las plazas de Portugal (1867) dejó el arte, y hoy se dedica á ser maestro de conductores de coches. Digna de aplauso es su determinación.

Meterse con los toros.—En los picadores se entiende cuando castigan en corto, colocándose bien para la suerte; en los banderilleros, también es cuando entran en el terreno del toro y le clavan los palos, al tiempo de humillar, con más proximidad que otros al cuerpo de la res; en los matadores, al meterse bien en el centro de la suerte, ciñéndose mucho lo mismo con la muleta que al dar la estocada. También se dice del lidiador que capea en corto y muy ceñido.

Meza, José María.—Picador de toros que viene figurando en carteles de las plazas de México. Ni de su mérito ni de su naturaleza podemos dar noticia exacta, aunque nos inclinamos á creer que es americano.

Miguel, Juan.—Matador de toros á mediados del pasado siglo, en que alternaba con todos los de su época, en lugar de preferencia la mayor parte de las veces. En 22 de Abril de 1763, trabajó en Sevilla por delante de Manuel Palomo y de *Costillares*.

Míguez, Sebastián.—Ha sido uno de los picadores de toros más notables que hubo en el primer tercio del presente siglo. Hombre de campo, corpulento, bravo y duro, gran jinete y muy conocedor del ganado, mereció por estas circunstancias que el rey Fernando VII le confiase el cargo de mayoral en jefe de la parte de ganadería de que quedó dueño cuando murió D. Vicente Vázquez, de Sevilla, en Febrero de 1830. Había tomado en Madrid la alternativa, que le dieron Luis Corchado y Antonio Herrera en la tarde del 10 de Abril de 1815, y continuando siempre su trabajo con aceptación, después de servir de mayoral en la ganadería de Veragua, vino á serlo por espacio de cuatro años á las órdenes de la Junta de Hospitales de Madrid, cuando ésta despidió á Alfonso Hijosa. En el año de 1843, si no recordamos mal, había encerrada en el corral chico de la plaza vieja una corrida de toros de Gaviria, y al hacerse por la mañana el apartado, pasaron todos menos uno al corral grande. Míguez excitó con una castigadera á pasar al otro corral á tan receloso bicho, y éste, revolviéndose rápidamente, alcanzó al desventurado mayoral, le derribó, recogió y tiró por alto, pasándose entonces donde estaban los bueyes, sin duda asustado por los gritos de los que presenciamos la catástrofe. Tenía el infeliz Sebastián una horrible cornada en la nalga derecha, además del gran golpe que recibió al ser volteado; y aunque descerrajándose el botiquín le curó un cirujano que estaba presente, el desgraciado murió á las cuarenta y ocho horas en su casa, junto á las carnicerías de la plaza, con gran sentimiento de los verdaderos aficionados.

Míguez, Francisco.—Hijo ó sobrino del célebre Sebastián. Fué valiente hasta la temeridad, y se puede decir con un antiguo aficionado «que en su pequeño cuerpo todo lo que había era veneno». Toreó por los años 1850 en adelante, y tenemos entendido que murió en 1856 en las jornadas de Julio. Parece que otro hijo de Sebastián se halla establecido en Barcelona, siendo veterinario.

Milagroso.—Toro de la ganadería de D. Manuel García Puente López (antes *Aleas*), vecino de Colmenar Viejo, divisa encarnada y amarilla, retinto, listón, bragado y bien armado. En la corrida real del 26 de Enero de 1878 acometió á los alabarderos, que á pesar de haber roto en él varias alabardas, no pudieron hacerle retroceder, antes bien, insistiendo en su arremetida una y otra vez, logró arrinconarlos, rompiendo las ropas de algunos, pero sin conseguir enganchar á nadie. Si el matador Felipe García no colea al bicho, no sabemos por quién hubiera quedado la lucha.

Mileto.—Toro de la ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Sevilla, negro, astifino y bien armado, que fué lidiado en la plaza de dicha ciudad el día 7 de Junio de 1858. Asistía á la función la emperatriz Eugenia, y hallábase en un palco el torero Antonio Carmona, *(El Gordito)*, vestido de levita. El público pidió que pareara, y tal fué el empeño, que salió al redondel, colocando al toro un par de banderillas al quiebro, tan ceñido que perdió en él uno de los faldones de la levita. La emperatriz, á quien había brindado la suerte, le regaló un bolsillo que contenía ocho onzas de oro.

El toro fué bravo, de poder y se creció al castigo tomando ventiseis varas de los picadores Francisco y Antonio Calderón, y Lerma *(El Coriano)*, dándoles grandes porrazos y matando ocho caballos. Le dió muerte Manuel Domínguez, de una sola estocada recibiendo, hundiendo el estoque hasta los gavilanes. La cabeza de tan hermoso animal fué disecada, y se la regaló *El Gordito* al notable aficionado D. Juan Bol, que la conserva con otras y con mil objetos taurinos en su escogido museo taurómaco.

Millán, D. Pascual.—Escritor notable por su erudición y vigoroso estilo; es intencionado como pocos y da los golpes secos y seguros á aquellos contra quienes los dirige. Vehemente en sus apasionamientos, los defiende con tesón y habilidad ya sean políticos, religiosos, taurinos ó de cual-

quier otro género, en la prensa, en el libro y en sus particulares conversaciones, pareciendo en todo más bien un convencido que un creyente. Aparte de sus trabajos en la prensa periódica, y en sus

preciosas novelas *Corazón y Brazo*, *Menudencias*, *Fuerza mayor* y *González Perez y Compañía* ha publicado libros de tauromaquia que por sí solos forman la reputación de un hombre estudioso, que profundiza con talento la materia en la cual se ocupa. *Los toros en Madrid*, *La escuela de tauromaquia de Sevilla*, *Los Novillos* y *Tipos que fueron* han demostrado bien, que sabe mucho de la historia del arte de torear, como antes había acreditado en la prensa con el seudónimo *Varetazos* conocer perfectamente los secretos y maulerías de los toreros. Ha sido acérrimo defensor y entusiasta partidario de Rafael Molina *(Lagartijo)*, *y sin embargo* tiene en la primera de dichas obras párrafos tan notables como estos:

«Por eso el matador que sólo, sin la ayuda de sus peones, va á habérselas con el bruto y entabla la lucha frente á frente, oponiendo á la pujanza el arte, á la furia la habilidad, á la acometida la destreza, será siempre aplaudido, á poca suerte que tenga al herir, porque ahí está lo grandioso, lo noble, lo varonil de la fiesta. Matar un toro llevando al lado una turba de banderilleros que lo recortan, lo vuelven, lo distraen, lo cansan, es indigno de un matador serio: constituye una especie de asesinato, no revela la varonil entereza, el arrojado esfuerzo, el noble arranque peculiar de nuestras lides.»

¡Qué hermosas frases, y qué preceptos tan puros! ¡qué pocos matadores los han observado! De estos últimos tiempos no ha habido mas que *uno*—que por cierto no ha sido *Lagartijo*—y esa sinceridad poco común, pone á las claras que Millán tiene en todo y para todo, la justicia por norma, la verdad por enseña.

Sus revistas en los periódicos *El Manifiesto* (de que fué redactor fundador con Picatoste y Ginar de la Rosa), *El Porvenir*, que sustituyó á aquél, y por último *El País*, que reemplazó á los dos, valen tanto como sus artículos políticos ó literarios, y como crítico musical ha rayado á gran altura, sobre todo en un estudio de *El Falstaff*, que firmó con el seudónimo de *Allegro* y que fué muy celebrado.

Nació en Sigüenza hará poco más de cuarenta años, pero como esto fué debido á pura casualidad, y antes de transcurrir un mes le trasladaron á Calatayud, de donde es toda su familia paterna, de este punto era el ama que le crió y allí pasó sus primeros años, por aragonés se tiene, aragonés se cree y por paisano le reconoce la gente de aquél país. Muerto su padre, hízole estudiar su buena madre hasta el bachillerato, algo de música y también dibujo; emprendió luego la carrera de ciencias, pero en la precisión de obtener prontos resultados metálicos, se dedicó á la militar ingresando con el número uno en la Academia de Administración del Ejército, saliendo á oficial en 1869, y obteniendo colocación en las oficinas del ramo, bien á disgusto suyo, porque se convenció de que en ellas reina más la rutina que los conocimientos adquiridos en los centros de enseñanza. Fué luego destinado al Ejército de operaciones del Norte, regresó de allí por el fallecimiento de su madre, contrajo más tarde, en 1875, matrimonio, y se retiró del ejército, porque siendo él y toda la familia de su mujer liberales avanzados, no quiso reconocer el estado de cosas que trajo la sublevación de Sagunto. Estas ideas le han llevado varias veces á la emigración, pero Millan está cada día más firme en sus creencias, como buen aragonés. En su trato se revela al perfecto caballero y al hombre de distinguidos modales y fina educación.

Millán, José *(Currinche)*.—Marchó á torear á las regiones americanas, y hace más de siete años que nadie sabe de él. Era natural de Cádiz.

Ministro.—Véase Alguacil.

Mínguez, D. Federico.—Natural de Madrid é hijo de los Sres. D. Francisco Javier, antiguo aficionado, y Doña Dorotea Cubero. Está viendo toros desde la edad infantil, y escribiendo hace muchos años revistas y apreciaciones exactas é imparciales con el pseudónimo de *El tío Capa* colaborando al efecto en todos los periódicos taurinos de la corte, en la *Correspondencia de España* y en *El Globo*. Su bondadosa inclinación le llevó á publicar un buen artículo abogando por la creacción de

un montepío de toreros, que á pesar de haber apadrinado con calor toda la prensa, se estrelló contra la incuria y abandono de aquellos á quienes más interesaba. Partidario de la buena escuela, del arte verdad, ha sido apoderado de algunos lidiadores de primera fila. Tanto vale en el concepto de aficionado taurómaco, como en el de autor dramático, pues ha tenido la fortuna de que cuantas piezas cómicas ha dado á la escena han sido aplaudidas, obteniendo siempre buen éxito, franco y lisonjero.

Escribe con soltura, sin amaneramientos y sin abusar de las figuras retóricas. Llama las cosas por su verdadero nombre, convence sin disputar y sabe dar interés á sus relatos. Cuando habla de toros lo verifica exento de toda pasión, sin debilidades para ensalzar, ni dureza para ejercer la crítica, que deja casi siempre reducida á las menores dimensiones, y tal vez sea esta una de las causas principales á que obedezcan las grandes simpatías que ha adquirido entre todas las clases de la sociedad y muy especialmente entre los lidiadores, por más que él no les oculta que es partidario de la antigua y buena escuela, con preferencia al moderno estilo de los adornos y pantomimas. Como buen madrileño sacrifica con frecuencia sus intereses á los ajenos, es tal vez demasiado espansivo, y sus amigos lo son de verdad y constantes, porque él es consecuente y no olvida á unos por tomar otros, como se ve hoy, por desgracia, en que todo lo moderno es lo que priva.

Es caballero cumplido, muy amable, franco, decidor, joven y... buen mozo, aunque ya no cumplirá los cuarenta años.

Miranda, D. Juan de.—Rejoneó toros en 1865 en la plaza del Retiro en presencia de la corte del rey D. Felipe IV.

Miranda, Juan.—En 1811 toreó en Madrid por primera vez, como banderillero. Ignoramos si fué padre de

---

Miranda, Juan.—Hermano de Roque. Banderillero y matador de toros que no llegó á hacer grandes progresos. Fué su época posterior á la del último, y creemos dejó de torear mucho antes que éste.

Miranda, Roque *(Rigores).*—Hé aquí un hombre que en todas las acciones de su vida no tuvo más norte ni le guió otro interés que el de hacerse simpático al público y obtener sus favores, esforzándose en el cumplimiento de su obligación. Dentro y fuera de las plazas, como hombre y como torero, Roque Miranda era de aquellos seres que pueden llamarse afortunados porque á todos los que les tratan inspiran simpatías. Hombres que tienen un *no se qué* que á ellos nos atrae, como lleva el imán tras de sí al hierro endurecido y al rayo de la tempestad. Y cuidado que Miranda, ni era gracioso en su conversación, ni arrogante en su figura, ni como torero un genio. Era, ni más ni menos, un hombre como otro cualquiera. Pero afable, de rostro animado, complaciente hasta el extremo y de ese trato especial, fino, que sin estudio tienen los madrileños. *Sic* que dicen los franceses, *sal* los andaluces, y *aquel* los nacidos en la corte. Miranda, pues, tenía un *aquel* tan marcado, que llamaba la atención.

Nació en Madrid el año de 1799. Fué hijo de Antonio y de Isabel Conde, y hermano de Juan y de Fermín; el primero de estos, banderillero de escasa reputación, y el segundo, menos aficionado al arte de *Pepe Illo* que sus hermanos. El célebre maestro Jerónimo José Cándido tuvo en su cuadrilla á Roque Miranda en clase de banderillero antes de que cumpliese diez y seis años; y tales fueron los adelantos que en él observó y tales las exigencias de los aficionados, que, cediendo á las instancias de estos, le llevó poco después á diferentes plazas como sobresaliente de espada.

En 28 de Agosto de 1817 mató en Madrid un becerro en una función ecuestre dispuesta para celebrar el feliz parto de la reina Doña Isabel de Braganza. Y en 1820 trabajó también en Madrid de media espada.

Pero habiendo sido elegido sargento de la milicia nacional de caballería de Madrid, se retiró del toreo por un exceso de respeto á la institución á que voluntariamente se había afiliado. No le parecía decoroso que un hombre que había de alternar y aun mandar en la milicia á compañeros de mejor posición social y elevada jerarquía que la suya, se expusiese algún día á sufrir tal vez los insultos del pueblo bajo. Y esto no lo hacía por dar realce, ni mucho menos, á su personalidad, sino al cuerpo popular que le eligió sargento. Grado en la milicia nacional el más inmediato, el que tiene más contacto con los individuos de todas clases que forman las compañías, y que por lo mismo, es tan de confianza de los jefes como de los individuos.

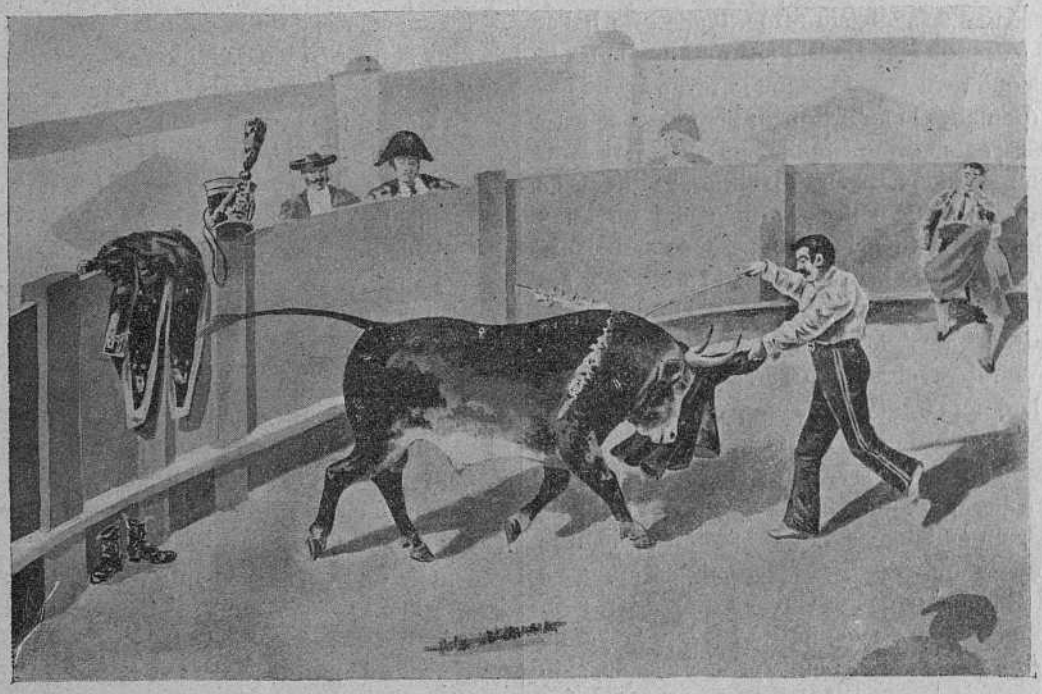
Sin embargo de su decidido empeño, hubo una ocasión en que, contra su voluntad, toreó en Sevilla. Y precisamente vestido de uniforme de miliciano, para que de este modo quedase más desairado en su propósito.

En el año de 1822, época en la cual saben nuestros lectores que desde Madrid marcharon á Cádiz muchos milicianos nacionales á defender las instituciones liberales de la injusta agresión que in-

tentaban y realizaron los cien mil hijos de San Luis, encontrábase Miranda en Sevilla presenciando una corrida de toros. En cuanto el público se enteró de su estancia en el circo, pidió unánimemente que bajase á la arena á lidiar un toro, por sólo el gusto de verle. Resistiose Miranda cuanto pudo, quiso abandonar su sitio de espectador, y se lo impidieron con ruegos; y cuando manifestó á un dependiente de la autoridad presidencial que él no bajaba al redondel por no poner en evidencia su honroso uniforme, fué tal la insistencia del público, que accedió por fin, suplicado por el presidente, para evitar un conflicto. Pisó la arena, tomó en la mano banderillas, clavó dos pares

triste circunstancia vino á aumentar su renombre.

Su hermano Fermín murió peleando heróicamente en el arco de la calle de la Amargura la noche del 7 de Julio de 1822, contra los guardias insurreccionados. Era granadero del segundo batallón de la Milicia Nacional, al que tocó cubrir aquel puesto, y sabido es cómo le defendieron los milicianos. El valiente Fermín era, como Roque, natural de Madrid, soltero, maestro de música y de treinta y tres años de edad; y por su muerte, el Ayuntamiento de esta heróica villa señaló á su madre una pensión, trasmisible á la hermana de aquél, joven de veintiocho años, á la que, en otro caso, se le darían veinte mil reales como ayuda de dote.



ROQUE MIRANDA EN SEVILLA. — MACÍAS

en menos tiempo del que se tarda en decirlo, y con la muleta en la izquierda, dió dos *pases* naturales, quedándose el toro en suerte, y arrancando á él, le mató de un acertadísimo *volapié*. Caer el toro al suelo y no encontrarse ya en él Roque Miranda, fué todo uno. Los aplausos y demostraciones de entusiasmo eran ruidosos; y en vez de recibirlos en el redondel, los recibió desde su asiento, para tener el menos tiempo posible su uniforme en el sitio en que no creía debía estar. Desde entonces no volvió á torear en mucho tiempo.

En los primeros meses del año de 1823, en que los franceses quitaron la Constitución y restablecieron el poder absoluto en España, Miranda se ocultó, por evitar persecuciones de los *blancos*. Se había marcado mucho como liberal; y por si esto era poco, respecto de su mera personalidad, una

De modo que Roque era muy tildado como liberal, según hemos dicho; pero al poco tiempo pudo presentarse sin temor en los sitios públicos. Los *blancos* que apaleaban á los *negros*, ó no se atrevieron con Roque Miranda, ó las simpatías que tenía como torero valieron más que el deseo de ejercitar con él, como con otros de su color político, aquellas bárbaras venganzas que han dejado nombre amargo en la historia de nuestras discordias civiles.

Recorrió algunos pueblos de segundo orden toreando, y aunque muchos aficionados de Madrid le dijeron se presentase al rey pidiéndole levantase la prohibición que sobre él pesaba para no torear en la corte, nunca accedió á ello. Se conformó con que sus amigos ó su familia lo solicitasen, pero él siempre se negó á ver en Palacio á Fernan-

do VII. Por fin pudieron conseguir de este rey una cédula, fecha 7 de Octubre de 1828, por la que se encargaba á las autoridades y Junta de Hospitales, permitiesen trabajar en la plaza de esta corte á Roque Miranda; y el día 13 se presentó, en compañía de *los Sombrereros*, Antonio y Luis, y de Manuel Parra, que le cedieron sus toros con gran contentamiento del pueblo madrileño.

Cuando en 1833 se presentó en Madrid Francisco Montes, corrió la voz entre la gente del pueblo bajo de que era realista; y como ya en dicha fecha los partidarios del absolutismo no podían levantar el grito contra los *negros* con la misma osadía que años anteriores, porque empezaba á marcarse en el horizonte político una línea extensa de tinte liberal, se temió por algunos que Montes fuese mal acogido, sin razón. Podía esto haber sucedido, porque en Madrid siempre hubo más liberales que realistas, y porque la revancha de pasados desmanes lo autorizaban; pero los buenos y honrados, como dijo Miranda, no debían tolerar que, aun siendo ciertas las hablillas, se juzgase á un hombre como político y no como torero: y arrojando su influencia en el peso de la balanza política, se ofreció llevar á su lado á Montes, seguro de protegerle con su prestigio, sin que nadie se le atreviera. Y lo consiguió. Conducta noble que no hubiera observado si la envidia, como á otros, le dominara. Por fortuna para el arte, Montes gustó muchísimo, y las primeras impresiones de agrado en su favor se convirtieron en simpatías al saber que nunca había vestido el traje de realista: sin embargo, agradecido Montes, siempre contó en el número de sus verdaderos amigos á Roque Miranda, y con él volvió á presentarse en el coso madrileño en el año de 1838, pero ya no venía como antes Miranda de primer espada, sino de segundo. Además de haber engruesado mucho, y por consiguiente perdido facultades, si algún aficionado le reconvino por haber cedido á Montes su antigüedad en alternativa, contestó con sinceridad: vale más que cuantos toreros he conocido; y á él y á otro que valga más que yo, es mi deber cederles el puesto. Modestia exagerada, desposeída de orgullo, que le hizo, en 1842, ceder también su antigüedad al notable Juan Yust. Antes de esta última fecha, en 1840, el Ayuntamiento de Madrid nombró á Miranda administrador de la Casa-matadero, destino que abandonó por volver al arte, á que siempre tuvo afición. Por cierto que en sus amigos políticos, y más que en nadie en su apreciable familia, causó grave disgusto su determinación. Al criticarle y hacerle cargos de por qué abandonaba una posición cómoda y decente por las eventualidades de la lidia, precisamente en la epoca de su vida en que más torpe se encontraba en sus movimientos, contestaba con su afición al toreo, y se condolía de haber tenido en su vida torera tantos paréntesis en que no trabajó y que retrasaron sus adelantos en el arte. Esto último era verdad. A Miranda le faltaron práctica y maestros. Como hemos dicho, en 1842 se ajustó en la plaza de Madrid. En la tarde del 6 de Junio del mismo, estando colocado para *arrancar* á un toro de Veragua, le insultaron con una bocina desde un palco, que ocupaba con otros cierto coronel entonces, y luego general célebre en la Historia, y Miranda, que, si no grandes conocimientos, tenía valor y mucha vergüenza, se tiró tan *cerrado* y sin salida, que sufrió una cornada en un muslo que le imposibilitó volver á trabajar. A los ocho meses, ó sea el 14 de Febrero de 1843, falleció en Madrid, si no precisamente de la herida, á consecuencias de ella y de un mal crónico. Fué muy simpático y agradable para con todos, ligero y alegre en sus primeros tiempos, y algo grueso ya en el último tercio de su vida.

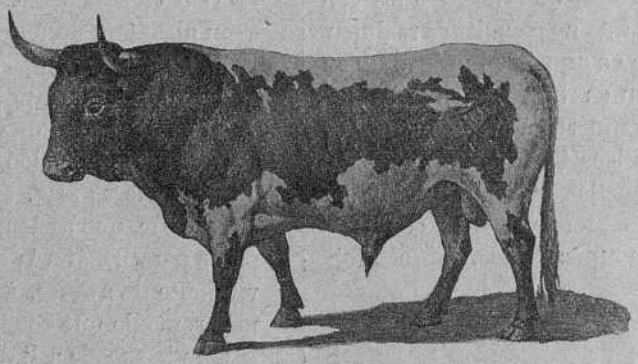
Aunque no tenemos de ello completa seguridad, creemos nació habitando sus padres un cuarto entresuelo de la casa llamada *del Pastor*, sita en la calle de Segovia. Hay la evidencia, al menos, de que allí vivió muchos de sus primeros años. Era grande su influencia entre los liberales artesanos é industriales de aquellos barrios, hasta el punto de buscársele con recomendaciones importantísimas para casos especiales.

Nunca abusó de esta preponderancia. Si bien como torero no fué una notabilidad, lo fué, sin embargo, en los *volapiés*, que pocos de su época daban tan hondos y por derecho; y á haber sido constantemente torero, sin las interrupciones que en el ejercicio tuvo, es indudable que habría adelantado más.

Antes de terminar, defenderemos á Miranda de la censura que le dirige un apreciable escritor por haber picado dos novillos que su hermano Juan debía matar en 25 de Diciembre de 1830. Estamos conformes en que no es propio de un matador de nota hacer en público cierto papel que siempre cede en descrédito suyo; pero no se nos podrá negar que otros muchos han ejecutado suertes á caballo siendo matadores, y otros picadores han estoqueado toros á pie. Y eso que algunos han sido diestros de alto renombre y de primer rango, y n militaba en su favor la circunstancia de dar á conocer á un hermano que quería aprender el arte: hay ciertas cosas en la vida de los hombres públicos á que no debe darse toda la importancia que á primera vista aparece. Actores trágicos de los que más han honrado la escena española han desempeñado, en ocasiones determinadas, papeles secundarios en sainetes y tonadillas, y no por eso han desmerecido su fama ni su reputación. No hay que ir en estas pequeñeces á la exageración, que al que

vive del favor del público no puede juzgársele en sus actos, como á un diplomático que puede poner en ridículo á la nación que represente, ó á un sacerdote en el ejercicio de sus funciones. *Suum cuique.*

Miranda.—Toro de la ganadería del duque de Veragua, vecino de Madrid, que fue el último que se lidió en la plaza vieja, situada á la izquierda de la puerta de Alcalá, y que se ha derribado en el año de 1874. Era el animal berrendo en negro, tuerto, botinero, bien armado y de regular condición. Le picaron Joaquín Chico y Carlos Belver, le pusieron banderillas Diego Fernández y Mariano Tornero, y le mató malamente José Giráldez *(Jaqueta).*



«MIRANDA», ÚLTIMO TORO LIDIADO EN LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — JULIÁ

Miranda, Antonio *(Pipo).*—No es aún conocido en muchas plazas este banderillero, de quien poco puede decirse. Allá en Sevilla se presentó como tantos otros, hace lo menos siete años, demostró valor y serenidad y después, su nombre no sonó por parte alguna, sin duda porque fué á las provincias de Ultramar á las órdenes de Diego Prieto. Ha vuelto á torear en España en 1894 y no se advierten en él grandes adelantos.

Mitjana, D. Rafael.—Notable arquitecto que hizo los planos y dirigió la construcción de la plaza de toros que en 1840 se edificó en Málaga en lo que fué huerta del convento de San Francisco. Se consideraba como la mejor de España, hasta que se edificó la de Valencia. Tuvo en un principio tendidos de madera, y en 1851 se pusieron de piedra-cantillo; cabían más de diez mil personas, y tenía, como la actual, un paseo alrededor de la parte alta de los tendidos, que allí se llama terradillo y en otras partes rellano. Fué destruída por su dueño D. Antonio María Alvarez en 1864.

Mocho.—No es toro de lidia el que por faltarle las astas, sea cual fuere la causa, se le llama y es mocho.

Mogon de Ello, Carlos.—Sigue como empezó en 1887 rejoneando toros en Portugal, sin visibles adelantos, y ya era tiempo de progresar, que si ahí se queda no es bastante.

Mogón.—El toro que tiene rota, y por lo tanto roma, cualquiera de las dos puntas de las astas, ó las dos á la vez. No es toro de plaza, sino para corrida de novillos, ó á lo más como sobrante ó de gracia. Dice la Academia que se llama así á la res á quien le falta un asta ó que la tiene gacha ó caída.

No estamos conformes con semejante definición, y á la nuestra nos atenemos.

Mohino.—Llámase negro mohino al toro cuya pinta es como la de azabache, incluso el hocico.

Mojar.—Los revisteros usan esta voz en sentido figurado, al significar que un picador ha pinchado con la puya al toro, es decir, ha puesto vara. Es palabra que sólo convencionalmente puede admitirse.

Mojiganga.—Es una pantomima ridícula que suele verificarse en las corridas de novillos por los aficionados que toman parte en ellas, y que concluyen por lo común, con la salida de un novillo que

pone en dispersión á la cuadrilla. La más antigua que se conoce es nada menos que del siglo XI, en cuyos tiempos, y en varias plazas de diferentes pueblos, se acostumbraba soltar un cerdo dentro del coso, en que de antemano se hallaban dos hombres con los ojos vendados y armados de palos, dando vueltas y caminando á ciegas en busca del cerdo; cuando topaba con él cualquiera de ellos y llegaba á pegarle, se le adjudicaba en premio. Ahora se hace una cosa parecida con una becerra, que además de llevar su cencerrillo al cuello, le ponèn una bolsa en el testuz con cierta cantidad en metálico, que sirve de premio al mozo que con los ojos vendados se agarra al animal y le sujeta, causando risa los golpes que llevan antes de conseguirlo, y los encontrones que tienen unos con otros. Pero como se ve, esto no constituye realmente fiesta de toros, y sólo en aquellas mojigangas en que los lidiadores pican en burros, ponen banderillas en cestos y dan muerte á las reses, ya sea con estoque ó con la chispa fulminante, hay alguna semejanza con aquellas funciones. De todos modos, en las corridas de toros formales con lidiadores de alternativa, nunca se celebran mojigangas.

Molina, Antonio.—Gran picador de toros con vara larga, en fines del siglo anterior, perteneciente á las cuadrillas de *Costillares* y *Pepe Illo*.

Molina, Diego *(Chamorro)*.—Natural de La Alga ba, provincia de Sevilla. Fué picador en la cuadrilla de *Pepe Illo* en fines del siglo pasado. Bravo y buen jinete, era siempre muy aplaudido, y no lo fué menos

---

Molina, Juan *(Chamorro)*.—Su hermano, que con garrocha delgada detenía materialmente el ímpetu de los toros, echándoselos por delante. En 1790 estuvieron contratados en Madrid.

Molina, Pablo.—En 1822 y en la cuadrilla del matador de toros Juan Hidalgo, figuraba con el alias del *Habanero* éste picador gaditano, que consiguió buena fama.

Molina, Manuel.—Ha sido un torero cordobés de poco nombre y menos pretensiones. Se le ha conocido en pocas plazas. La gente de su tierra, siguiendo en su afición á poner motes, distinguió á Molina desde muy jóven con el apodo de *Niño de Dios*. Su gloria es la de haber sido padre del famoso

Molina, Rafael *(Lagartijo)*.—Aunque la pasión ó la envidia nieguen suficiencia á determinadas personalidades para ocupar el puesto á que han llegado, hay que convenir forzosamente en que sólo *el que vale* puede sobresalir entre los demás para conseguir aquél. Podrá muchas veces subir más de lo regular en un arte, en una ciencia, en la milicia, en política, el que no valga tanto como otro; pero alguna circunstancia faltará á éste que poseerá aquél en alto grado. Tendrá uno modestia exagerada y el otro audacia y atrevimiento; tal vez adornen al primero mayores virtudes que al segundo; pero éste habrá tenido la fortuna de ponerlas de relieve, mientras que las del otro serán completamente ignoradas. De todos modos es indudable que sin verdadero mérito no es posible colocarse á gran altura. Si alguna vez el ignorante, por atrevido, ha escalado dicha posición, ¡qué pronto ha descendido de ella! ¡Y de qué manera! Nadie ha vuelto á acordarse de él más que para burlarse de su ridícula pretensión. Pero al que, llegando á la altura, se le ve firme en aquel terreno, que en él se sostiene, que asciende más y solo le faltan pocos pasos para llegar á la cúspide, sin perder su movimiento de avance, á ese, siendo justos, no hay más remedio que concederle *que vale*.

Esto le sucede á Rafael Molina en el toreo.

Se ha colocado en uno de los primeros puestos, y en él se ha mantenido con planta segura; si no ha llegado á la cúspide es porque á esta llegan poquísimos en un arte tan difícil y arriesgado. Con su trabajo, con su inteligencia, con su buena voluntad, ha pisado á uno de los más altos escalones. Es verdad que en él se ha parado; pero esto puede atribuirse á diferentes causas. Puede ser una la de no haber creido él en aquella cúspide torero alguno á quien envidiar ó disputar el puesto; puede también que viendo á su mismo nivel á algunos, aunque pocos compañeros, haya pensado lucir mejor entre ellos, aun sin sobresalir, que entre otros de menos importancia; y es tambien muy posible que conozca que, de no haber subido antes los pocos escalones que le faltan para ascender al pináculo, ya le sería muy difícil y trabajoso conseguirlo. Un hombre que lleva toreando cuarenta años, ha de estar forzosamente más cansado que el que lleve diez. Sabrá más aquél porque la experiencia ha de haberle enseñado mucho, pero practicará menos que el joven.

Más adelante apreciaremos su mérito, como imparcialmente nos parece. Para unos pecaremos de más y para otros de menos. Quite cada uno lo que le disguste y añada lo que mejor le parezca para su uso especial, que para el del público habrá que pasar sin remedio por nuestra apreciación.

Empecemos, pues, la biografía de este afamado diestro.

Rafael Molina, á quien desde muy pequeño dieron sus paisanos el apodo de *Lagartijo*, nació el día 27 de Noviembre de 1841. Córdoba, la de los recuerdos árabes, le vió nacer, crecer y desarrollarse, como que allí vivían sus padres Manuel Molina, conocido por el mote de *El Niño de Dios*, y María Sánchez, hermana de un torilero á quien llamaban *Poleo*, los cuales contrajeron matrimonio en 1840. Dedicado dicho Manuel al oficio de banderillero por los pueblos y ciudades donde encontraba ajustes, no podía estar en su casa tan frecuentemente como hubiera querido, y esta fué la razón de desatender la educación de su hijo Rafael, que antes de ser mozo sabía más de toros que de letras. En cuantas ocasiones pudo, tomó parte en lidias de novillos, vacas y becerros, en el campo, en el matadero y en las plazas; y esto siendo niño aún, muy niño: tanto es así, que antes de cumplir nueve años de edad, ya trabajó como banderillero de cartel en una novillada que en Córdoba se verificó en el mes de Septiembre de 1852, dispuesta por el Ayuntamiento de aquella ciudad con motivo de la feria y para un objeto beneficioso al pueblo. Volvió á trabajar en la misma plaza el segundo día de Pascua de Navidad de dicho año, y desde entonces, con la cuadrilla á

cuyo frente como espada figuraba Antonio Luque, recorrió muchas plazas de la Mancha y Andalucía, recogiendo gran cosecha de aplausos y poco caudal metálico, pero mucho de práctica y conocimientos de tauromaquia.

Era Rafael entonces pequeño de estatura, casi el más pequeño que todos los de igual edad, muy compuestito, muy ligero y atrevido, y por lo tanto muy simpático. A su ligereza, á su viveza ratonil, debe el llamarse *Lagartijo*. Se movía tanto,

esquivaba con tal celeridad los *derrotes* y rehuía tan fácilmente el *encunarse* cuando iba alcanzado, que solo á un bicho como la lagartija podía comparársele en determinadas ocasiones.

El 8 de Septiembre de 1859 fué el primer día en que tomó parte como banderillero en corrida formal de toros celebrada en Córdoba, y desde esta fecha empieza realmente á considerársele como torero; pero no hay que perder de vista que llevaba ya más de ocho años de ensayos. Más tarde tuvo Rafael la suerte de formar parte de la cuadrilla de José Carmona, luego de la de Manuel Carmona, y finalmente de la de Antonio Carmona *(El Gordito)*, que, como dice un entendido escritor, habían llamado la atención en todas partes con el estrépito de su fama. Trabajó mucho con ellos, tanto en España como en Portugal, y puede decirse que desde esta época (1862) perfeccionó su trabajo, le dió carácter. Su anterior modo de torear, ligero y atolondrado, fué corregido por el de los Carmonas, particularmente el de Antonio, movido, inquieto, pero seguro y vistoso: la oportunidad en los *quites* á los picadores, el cambio ó *quiebro* poniendo banderillas, y el parear en corto y andando, le dieron crédito y reputación. En menos de dos años se hizo torero de primera nota, en términos de que apenas repuesto de una grave herida que en Agosto de dicho año le causó un toro en la plaza de Cáceres al ponerle banderillas, se le contrató para matar cuatro toros en la plaza de Bujalance, pueblo de importancia en la provincia de Córdoba. Esta fué la primera vez que tomó en sus manos el estoque, según nuestras noticias. Siguió en la cuadrilla del *Gordito;* trabajó en Madrid cuando éste estuvo contratado en 1863, y sus adelantos fueron marcándose ostensiblemente, hasta el punto de que en el siguiente de 1864 fué parte integrante de dicha cuadrilla para todo el año, puesto que en el anterior sólo ocupó plaza de agregado por estar completa. Fué, pues, banderillero de número, si así es más fácil entendernos.

Trabajó mucho, aprendió más de los notables Muñiz y *Cuco*, de quienes no pudo ser rival, á pesar de lo que dice el señor Pérez de Guzmán, porque para llegar al primero le faltaba entonces mucho á *Lagartijo*, y para acercarse al segundo hubiera tenido que saber más *cuquerías*, y en la brega se le vió oportuno y eficaz. Mató con varia fortuna algunos toros que le fueron cedidos, y cuando acababa de estoquear á uno de Miura en la plaza de Madrid el 3 de Julio del último año citado, muy á satisfacción del público, ocurrió una desgracia que pudo tener fatales consecuencias. Estaba el muchacho contento y *fuera de sí*, recibiendo los plácemes, vítores y aplausos de la multitud, porque había acertado á matar á aquel toro de una soberbia estocada, cuando se abrió la puerta del toril, que dió salida á un toro de Concha Sierra. Partió éste, sin hacer caso de caballos ni de capas, en recta dirección á *Lagartijo*, y éste, á quien el triunfo anteriormente obtenido le tenía envalentonado, adelantose á los *medios*, sin reflexionar que no tenía ya tiempo para hacer el *recorte* que intentó, y fué enganchado por un muslo, herido y volteado.

Ni este lance, ni el que vamos á referir en seguida, los hubiéramos detallado, sino condujeran á manifestar el modo con que la Providencia condujo á *Lagartijo* á ser tan pronto espada afamado; y porque nos parece cansado y monótono ir relatando uno por uno todos los lances y sucesos en que cada torero tomó parte, dando sabor de efemérides á lo que son biografías y juicio crítico del mérito del lidiador. Remitimos á nuestros constantes lectores á lo que diremos en la biografía de Antonio Sánchez *(El Tato)* cuando su célebre competencia en Cádiz con el *Gordito;* de consiguiente, no hemos de reproducirlo aquí, más que por evitar repeticiones, por apartar recuerdos que disgustan. Retirado en el primer toro de la arena el simpático Sánchez, quedó solo para matar los doce bichos anunciados Antonio Carmona *(El Gordito)*, y para aliviarse de trabajo además de complacer á los gaditanos, que con empeño lo pedían, cedió algunos toros á *Lagartijo*, que estuvo fresco, bravo y acertado. Lo mismo sucedió en Bilbao, Valencia y otros puntos donde aquel año toreó.

Lagartijo empezaba á cimentar su reputación como espada; como banderillero, la tenía sólida y bien sentada. Por fin en Ubeda mató alternando con el *Gordito* en fines de Septiembre de 1865, y en el mes siguiente tomó la alternativa en Madrid. Su fama fué en aumento como no podía menos; pero no faltaron toreros entonces más afamados que considerasen á Rafael como lidiador mucho más inferior á ellos, y esto sin duda motivó desavenencias sensibles entre él, *Bocanegra*, *Cúchares* y algún otro ¿Tenían estos fundamento para quejarse de Rafael? No lo sabemos: ignoramos las causas que produjeron aquellas excisiones, y no podemos juzgar. El carácter de Rafael, según lo que en él se observa á primera vista, es indolente, reservado y poco comunicativo; pero en la lidia se le advierte siempre el deseo de sobresalir. Efecto de su apatía, más general de lo que en muchos casos conviene, *deja hacer* cuando no hay quién le dispute sus laureles, y á veces sobre ellos duerme: y por el contrario, si teme que otro le lleve ó quite los aplausos, hace todo género de esfuerzos para conservarlos y aun para arrancárselos á quien los tiene.

Aquellos acreditados espadas, célebres ya por su mérito y antigüedad, ¿confundirían la emulación de Rafael con la envidia de otros?

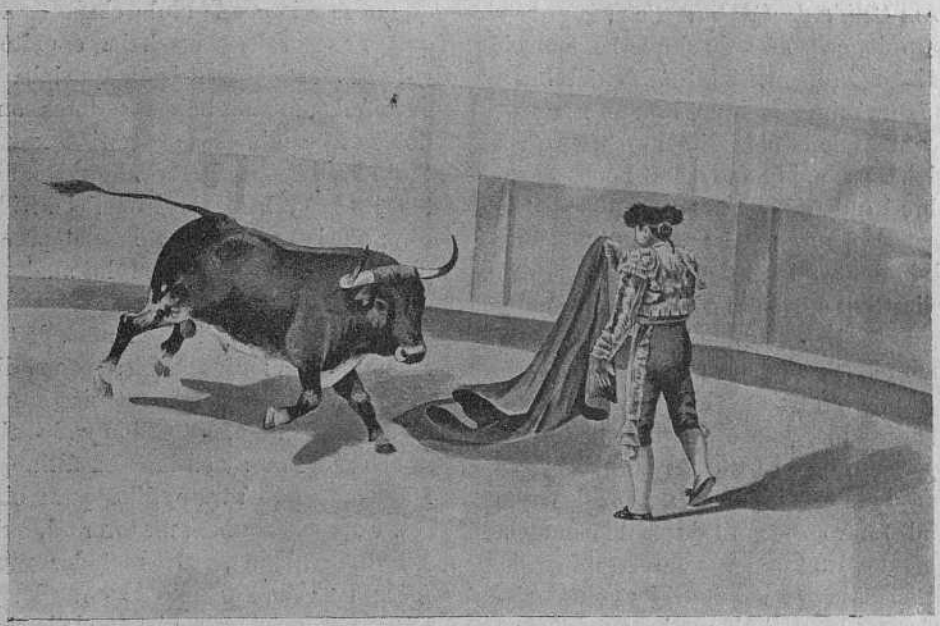
Nuestro juicio crítico ha de reducirse á mucho menos de lo que quisiéramos, y aun así y todo, estamos seguros de que alguien encontrará algo que sobre; porque no le guste. ¡Es tan difícil hacerse querer al que dice la verdad! Rafael Molina, fué en sus principios un torero confiado; *vió llegar* los toros como pocos, y los *consintió* como nadie.

No se olvidarán en mucho tiempo sus famosas *largas*, modelo de clásica escuela.

ello tuvieren, vamos á insertar la leyenda grabada en la hoja del estoque que por última vez empuñó el desgraciado *Tato*, y que regaló á Rafael Molina por haber estado á su lado en lance tan supremo, y rematado la res con la misma arma.

No sabemos quien redactó las pretenciosas frases que contiene pero sí que su tenor es el siguiente:

«Si como dicen los filósofos, la gratitud es el



UNA «LARGA» POR «LAGARTIJO». — **MACÍAS**

Su muleta no era todo lo buena que debiera y la fué mejorando cada vez más, hasta el punto de que dió *pases* de defensa y de castigo á la perfección, si bien abusando de esos llamados *pases cambiados* y ayudados, ridículo remedo de los de pecho, que algunos necios aplauden. A veces se encorbó *al pasar;* algunas, para disimular su arranque de largo, dió un paso atrás como para tomar carrera, y esto es feo. Y por último ni aprendió, ni siquiera intentó nunca aprender á *recibir* toros; suerte principal del toreo, que, por no ejecutarla él y algunos otros matadores, es posible se olvide antes de mucho. El torero que hoy la ejecute bien, será *el primero de todos;* que no es torero perfecto el que la ignore.

La opinión general le coloca hoy entre los primeros y más reputados matadores, y en esto no hace el mundo más que justicia, porque Rafael valía mucho, conocía las reses y se arrojaba al *volapie* como pocos, en sus épocas de auge. Cuando decía «quiero», se le podía ver; pero ¡si quisiera siempre!

.....

Para concluir, y con el objeto de que aquellas personas que creyeron hallar antagonismos entre el *Tato* y *Lagartijo* desvanezcan la idea que sobre

tributo de las almas nobles, acepta, querido *Lagartijo*, este presente; consérvale como sagrado depósito en gracia á que simboliza el recuerdo de mis glorias, y es á la vez el testigo mudo de mi desgracia: con él maté el último toro llamado *Peregrino*, de D. Vicente Martínez, cuarto de la corrida verificada el 7 de Junio de 1869, en cuyo acto recibí la herida que me ha producido la amputación de la pierna derecha. Ante los designios de la Providencia nada puede la voluntad de los hombres: solo le resta el conformarse á tu afectísimo amigo—*Antonio Sánchez* (Tato).»

Los años pasan y hacen mella en la fatigosa vida de los toreros más que en parte alguna, que no es oficio para viejos; así que excitado *Lagartijo*, por los que bien le querían, para que se retirase del toreo, antes de sufrir desengaños tristes que le deshiciesen sus laureles, como alguna vez le sucedió en provincias y aun en Madrid, resolvió apartarse de la arena y fijó para ello la fecha del año 1893, despidiéndose sucesivamente de las plazas de Zaragoza, Bilbao, Barcelona, Valencia y Madrid en los días 7, 11, 21 y 28 de Mayo y 1.º de Junio á cuyo fin tomó por su cuenta en arrenda-

miento dichos circos. La suerte le favoreció en Barcelona y Valencia, no así en Zaragoza, Bilbao y Madrid en donde el desastre fué espantoso. Esos amigos oficiosos, que hacen más daño que el peor enemigo, venían acostumbrándole á la lidia de toretes, y no de toros, para que *se confiara*, y le prepararon, especialmente en la corte, unos chivos mansos, con los que nada hizo, ni intentó hacer el famoso *Lagartijo*, á quien en son de elogio, había bautizado el chispeante *Sobaquillo* con el pomposo título de *Gran Califa de Córdoba*. Pena grande y disgusto profundo, causó á todo el que ha conocido y apreciado el indisputable mérito del buen torero, la saña unánime de aquel inmenso pueblo que, dentro y fuera de la plaza, insultaba, apostrofaba é injuriaba, pasando á mayores demostraciones, al hombre á quien durante tantos años había ensalzado hasta las nubes: tristeza é indignación, verle escondido dentro de un carruaje, escoltado por la Guardia Civil á caballo con sable en mano, para librarle de las iras del populacho ruín y vil, que bien pudo tener en cuenta los gratos placeres que por espacio de tantos años le había proporcionado. No hay disculpa, y nosotros queremos dejarlo consignado para que conste en la historia, la que alegaban de la exorbitancia de precios que produjeron al torero diez mil duros de ganancia líquida, aparte de otro tanto á la empresa: la asistencia á la despedida era voluntaria y voluntariamente satisfizo cada cual el precio exigido; de consiguiente en esto no había engaño. ¿Creyó encontrarle en la apatía, en la indiferencia, hasta en el olvido de lo mucho que á Madrid debía Rafael Molina? Cúlpese á sí mismo ese pueblo, que nunca admite términos medios, para ensalzar ó deprimir á sus ídolos. *Lagartijo* lo fué del pueblo de Madrid y concluyó como concluyen siempre los ídolos populares. No hemos conocido matador de toros que haya sido aplaudido tan constantemente, pero al mismo tiempo ninguno hubo de *mérito más discutido*, y esto no dejó de quitarle importancia dentro de los severos principios de la tauromaquia. Cuando vivían Romero y *Costillares* y cuando sostenían su famosa competencia *Cúchares* y Redondo, los partidarios de unos y otros, alegaban *razones* en pró de su respectiva apreciación, ó en contra de la de sus émulos, y los eclécticos, ó aquellos á quienes importaban poco las personalidades y mucho el arte, juzgaban imparcialmente y sin apasionamiento: pero en los modernos tiempos tratándose de este torero y de algún otro, sus partidarios se cerraban á la banda y no admitían razonamiento alguno. Quisieron hacerle indiscutible y hasta inviolable y sagrado, y el resultado de esa conducta ha sido el que no podía menos de ser. Tratar de *Lagartijo* diciendo cualquiera que le faltaba *voluntad*, era duramente censurado, precisamente por los mismos que confesaban que él trabajaba *cuando quería*: declaración que implicaba asentimiento á aquella aseveración. Criticarle el cuarteo al entrar á herir y su famoso paso atrás, era pecado grave, que no se quería oir y se disculpaba con su garbosa persona: conceder que su hermano Juan, el gran destroncador de las reses, se las entregaba rendidas y sin facultades para que impunemente entrase á matarlas, no era lícito á nadie que de buen lagartijista se preciase; y el que negase la cualidad de elegante al diestro, por que se encorvaba y agachaba, era alto de hombros y de cabeza siempre baja, quedaba desde luego excomulgado para hablar de toros con sus adoradores. En cambio sus contrarios exageraron tanto, tanto los defectos de Rafael, que en algunos puntos llegaron hasta la injusticia. Ni lo uno, ni lo otro: que la razón fría en la cual procuramos inspirarnos dirá siempre en los anales de la tauromaquia que

Lagartigo en sus treinta años de toreo ha recorrido las siguientes etapas: en sus diez primeros, guapo, valiente y con entusiasmos: en los diez segundos, parado, entendido y algo tibio con cierta clase de toros: y en los diez últimos, reservado, frío y apelando á tranquillos para obtener aplausos. Fué, en resumen, un torero de primer orden, sin duda alguna, y un matador muy aceptable más por el buen manejo de su muleta, que del estoque, porque al clavar éste no lo hacía en rectitud.

Veía mucho y apreciaba bien.

Molina, Manuel.—«Hermano del espada Rafael conocido por *Lagartijo*. Es un banderillero hasta ahora mediano y nada más. Quiere ser matador, y si supiera tanto como facultades tiene para poderlo ser, habría de distinguirse mucho».

Esto decíamos en nuestra edición anterior; ahora sólo añadiremos que el día 11 de Julio de 1880 tomó la alternativa de matador de toros de manos de su hermano Rafael confirmando de este modo la que le había dado antes en Murcia el 5 de Septiembre de 1879. No es de lo más distinguido en su arte y creemos se haya retirado del toreo aunque no lo sabemos á punto fijo.

Molina Sánchez, Juan.—Natural de Córdoba, hermano de Rafael *(Lagartijo)*. Joven y con facultades, adelantó mucho para ser un buen torero. Pone sus banderillas regularmente, y nada más; no atrasa, pero ya no progresará más con los palos. No sabemos si por ser zurdo, ó por otra causa, se ha limitado á desempeñar el papel de banderillero, en lo cual ha hecho bien, porque para matador no sirve. Se necesita parar y él no para. En cambio hay que verle como peón de brega, en la que

siempre sabe lo que hace, y lo hace bien para el provecho particular de aquél á quien ayuda. A fuerza de capotazos en seco, y de vueltas conti-

nuas, recortes con el capote á dos manos, y enmarañadas idas y venidas, marea, rinde y destronca al toro de más poder que en el Jarama se críe. Para los matadores que no se atreven á esperar los toros, si no irse á elllos, es provechosa tal conducta, pero el arte con esto pierde mucho.

Nació en Córdoba el 2 de Enero de 1852; ya de joven estuvo tres años al lado de *Bocanegra*, y desde 1872 hasta que su hermano se retiró, siempre al lado de éste ayudándole eficazmente. Después ha ingresado en la cuadrilla de Mazzantini, y más tarde en la de *Guerrita*.

Molina, Francisco.—Hermano de los anteriores. Se viste de moños porque ellos se visten, y como no sirve para torero, se ha quedado en puntillero, y eso... medianito, por lo cual se retiró con sus ganancias.

Molina, Felipe *(Telillas)*.—¡Vaya si se pica el hombre cuando otro compañero quiere ponérsele por delante! Eso demuestra pundonor y es digno de aplauso, pero este picador debe procurárselos por su buen trabajo y voluntad. Por de pronto le recomendamos se coloque y vaya á la suerte por derecho, como ha empezado á hacer con buen éxito: que continúe uniéndose al caballo y no caiga en el vicio que otros tienen de desmontarse antes de tiempo, y piense que presentándose modesto y sufrido ante el público se adquieren muchas simpatías que son la base de la buena fama.

Molina, Agustín.—Poco hemos de decir de este picador, porque pocas veces le hemos visto. Las referencias que de él nos han hecho le favorecen bastante, y no desdicen del buen juicio que de él habíamos formado. Tenemos entendido que sus verdaderos nombre y apellidos son los de José Arana Molina, y así le hubiéramos incluído en la letra correspondiente si no fuese porque hace muy poco tiempo que ha dado á conocer esa circunstancia, y porque en la torería Agustín Molina

se ha llamado y seguirá llamándosele, atendiendo á carteles y periódicos, y á una costumbre continuada que ya es difícil destruir.

Moliné y Roca, D. Miguel.—Escritor distinguido, y aficionado como pocos al arte de torear y cuanto con él se relaciona. Fué fundador del excelente periódico taurino *La Pica*, de Barcelona, donde reside desde sus primeros años, y en cuyo Instituto practicó sus estudios, dedicándose más tarde al comercio, y estableciendo allí uno magnífico, sin olvidar por eso sus aficiones literarias. Incansable en el estudio, y siendo redactor de varios periódicos, ha colaborado antes y después en casi todos los que de toros hay y ha habido, señalándose sus revistas como muy originales y desapasionadas, y demostrando siempre en todos sus escritos, conocimiento acabado de la materia que trata. Su *Paremiografía taurina*, precioso libro que publicó ha pocos años, acredítale de muy inteligente y de gran aficionado, no menos que diferentes artículos que con sobrada erudición y galana frase, insertaron *La Nación*, el *Diario mercantil* y el *Diario del comercio*, de Barcelona, del que es ilustrado redac-

tor. Nació en Guissona, provincia de Lérida, el 15 de Mayo de 1857.

Molinero.—Toro de la ganadería de Ripamilán, lidiado en Barcelona el 14 de Abril de 1895, saltó al tendido debajo de la Presidencia, y sin causar milagrosamente más desgracias que algunas contusiones, fué mancornado por el novillero Vicente Ferrer y otros espectadores, sujetándole por la cola el espada Fuentes. En tal situación, un cabo de la guardia civil le disparó un tiro de fusil, que atravesando la cabeza de la res alcanzó al encargado de la puerta de arrastre, fracturándole dos costillas, é interesándole el pulmón. No murió dicho empleado, pero tardó mucho en sanar.

Mona.—La armadura de hierro que usan los picadores en las piernas bajo el calzón de ante para librarse de las cornadas. Trae su origen de la «Espinillera» ó Gregoriana, que inventó el caballero D. Gregorio Gallo; pero ésta era sólo hasta la rodilla, y la *mona* cubre toda la pierna.

Monave, Antonio *(El Mañero)*.—Cumplía bien y con deseos de agradar. Si no hubiese tenido tantos

intervalos sin trabajo constante, se hubiera hecho un buen banderillero. Ha tenido su época en que no desdecía de los aventajados notablemente, y siempre ha sido dócil á las insinuaciones de los maestros.

Se ha retirado hace algunos años del servicio activo, muy estimado de sus compañeros por su gran formalidad y excelentes condiciones de carácter.

Mondéjar.—Hubo un marqués de este título, anterior al reinado de Felipe V, que tenía fama de buen jinete y mejor rejoneador de toros.

Mondéjar, Juan Antonio *(Juaneca)*.—Excelente jinete y buen picador, de los que saben conquistarse las palmas cuando quieren. Tipo de torero como los de otros tiempos, sus conocimientos y sus facultades le colocaban en situación de haber figurado fijamente al lado de espadas de primer orden; pero las genialidades de su carácter le enajenaron esta conveniencia. Sometido á un procedimiento de justicia, á consecuencia de una muerte violenta causada á un sujeto que estaba al lado de *Juaneca*, fué encarcelado y en la prisión falleció en 1890, dejando dicho que no podía soportar se le considerase como un asesino cuando nada había tenido que ver en aquel suceso. Fué su época desde 1860 en adelante.

Monge, Antonio.—Picador de regular nombre que trabajó en Madrid, después de la muerte de *Pepe Illo*, en la cuadrilla de José Romero. Dicen que era natural de Cádiz.

Monge, José.—Espada conocido en los últimos años del primer tercio del presente siglo, especialmente en Andalucía, donde tenía bastante aceptación como segundo. En la corrida que se celebró en Sevilla en 5 de Abril de 1831 fué muy aplaudido y festejado, pero luego... Hay que advertir que fué uno de los primeros discípulos de la escuela de tauromaquia de Sevilla.

Monge, Juan.—Espada gaditano de escasos recursos que trabajó con aceptación en el primer tercio del presente siglo, y que todavía en 13 de Junio de 1841 mató en una corrida de toros verificada en Sevilla.

Monge, Antonio *(El Negrito)*.—Discípulo de la escuela de tauromaquia de Sevilla, fué un matador de segunda línea, la cual no pudo rebasar sin embargo de sus buenos deseos. Como banderille-

ro en su época era de los más notables, llegando á hacerse célebre por sus cuarteos tan ceñidos y parados. Tal vez por ser buen banderillero no fué buen espada.

Monge, Tomás *(El Pata).*—Aunque malagueño, está emparentado con los Ortegas, Díaz, Jiménez y Monges, de Cádiz, y ha sido torero matador de novillos tan mediano como su estatura, demasiado pequeña. Ya es pelicano y le tienen olvidado.

Monleón, D. Sebastián.—La construcción de la plaza de toros de Valencia se debe á los planos y acertadísima dirección de este arquitecto, que siendo vocal de la Junta de Beneficencia tomó á su cargo tan colosal obra, primera de la época en aquella capital, sin cobrar honorarios ni emolumentos de ninguna clase, que generosamente cedió al Hospital, que es á quien aquella pertenece. Aunque durante su construcción se dieron algunas corridas de toros, la primera en 1851, dirigida por el *Chiclanero*, que dejó una ganancia líquida de cerca de cinco mil duros, la plaza no estuvo completamente concluída y pintada hasta fines de 1860.

Este notable arquitecto falleció en Valencia en el mes de Agosto de 1878.

Monos sabios.—De muy antiguo vienen conociéndose en el redondel unos mozos de caballos ó de cuadra, que están dedicados á la asistencia de los picadores, ayudándoles á montar ó levantarse cuando caen, y á poner y quitar los atalajes á los jacos. Hasta hace unos cuarenta y tantos años, presentábanse en el ruedo mal vestidos y desaliñados, y hasta sucios; pero el entendido empresario que fué de la plaza de Madrid, D. Justo Hernández, los uniformó del mismo modo que hoy lo están, con corta diferencia, y desde estonces adquirieron ese nombre con que hoy se les distingue, el cual se debe á la siguiente coincidencia:

Por el año 1847 vino á Madrid un extranjero con una cuadrilla de monos que exhibió en un teatrito llamado de Cervantes, sito en la calle de Alcalá, esquina á la calle del Barquillo, en la misma casa en que hoy está el teatro de Apolo; y aquel industrial tenía de tal modo amaestrada su *troupe* en hacer diferentes habilidades, que el público aceptó de buen grado el nombre de monos sabios que su amo les dió. Aparte de la señorita Batavia y el mono Cocinero, los demás vestían trajes encarnados, y como el uniforme que se hizo llevar á los mozos de caballos en la Plaza de toros era de igual color, y como los muchachos, á excepción de *Salerito* y *Gobernaor* eran feos en su mayoría, la gente de buen humor que ocupaba el tendido número 5, les llamó desde entonces monos sabios, y con ese apodo se quedaron y continuarán. Entre los Fabeiracs, los Montemar y los Alzamoras, sonó primeramente ese mote, que en un sólo día quedó impuesto para mucho tiempo.

Los monos sabios—así los llamaremos para entendernos bien—han prestado siempre en el ruedo, y fuera de él, utilísimos servicios. Han preparado convenientemente los jacos para la lidia desde la prueba, ya corriéndolos ó arrendándolos á voluntad de los picadores, hasta su presentación en la plaza. En los momentos de la lidia no se han contentado ni satisfecho con evitar que los toros pudieran herir fuera de suerte á los jacos, para lo cual son habilísimos, apartándoles del peligro, sino que á riesgo de su vida muchas veces, han sido los verdaderos salvadores de los jinetes, ayudándoles poderosamente antes, y al mismo tiempo que los capotes de los espadas. Su trabajo es rudo, constante, y exige que además de la valentía, demuestren ser infatigables, y tener conocimientos de las condiciones de los toros, de sus diferentes *estados* durante la lidia, de las facultades

ESPERANDO AL PICADOR. — MACÍAS

y resabios de los jacos, y de las distintas situaciones que en el redondel ocupan, para colocar oportunamente á los picadores fuera del alcance de un toro que vaya suelto en sentido contrario al de la suerte, y para no cometer una torpeza acudiendo tarde á levantar al caballo que, herido ó no, puede continuar siendo útil en la faena.

Fuera de la plaza, su misión queda reducida á ir á buscar con el caballo á los picadores en sus respectivos domicilios, volver con ellos á la plaza el día de la corrida, y si acaso, á cansar por medio de fatigoso ejercicio algún caballo antes de empezar la función. De la clase han salido algunos toreros buenos y valientes, que van citados en lugar oportuno.

Monsolín, José *(Pasero).*—Novillero que corre, pone banderillas, y alguna vez clava estoques, sin saber correr, ponerlas, ni clavarlos. El aprenderá si no sufre algún percance, que voluntad le sobra, y valor también.

Montalbán, D. Luis.—Reside hace más de veinte años en Badajoz, donde de treinta leguas á la redonda, no hay nadie que no le conozca y aprecie en lo mucho que vale como aficionado teórico-práctico. Ha sido, y es, el alma de todas las novi-

lladas y becerradas que en aquella capital se celebran, y ha matado reses con valor é inteligencia, asistiendo también á tientas y herraderos, donde brega con gran conocimiento.

Llevado de su afición, y sólo por satisfacerla, ha tomado en arrendamiento la plaza de aquella ciudad, y en ella ha dado tan excelentes corridas en cuanto á ganado y personal, como no se habían visto hacía ya mucho tiempo.

Es redactor del excelente periódico *La Región extremeña;* de carácter franco, amable, y tan cumplido caballero, que no hay quien con él hable una vez, que no quede encantado de su exquisito trato. Así se explican las simpatías que tiene en España y Portugal.

Montáñez, Juan.—En 25 de Mayo de 1837 se presentó en Sevilla á picar toros. ¿Cómo quedó? No nos lo han dicho, ni hemos averiguado qué fué de él después.

Montaño, Antonio *(El Fraile).*—Allá por los años de 1831 al 32 en adelante, trabajaba este banderillero andaluz con bastante aceptación. Fué notable discípulo de Jerónimo José Cándido en la escuela de tauromaquia de Sevilla, y habíale dado á conocer en esa ciudad, matando algún toro, en 21 de Abril de 1829, Luis Rodríguez *(El Sombrerero).* Después, como matador no fué conocido ni por sus hechos ni por su nombre.

Monte, Eugenio.—Moderno picador de toros, que aun no tiene alternativa. Quiere, pero sabe poco de toreo; le conviene aplicarse y trabajar mucho, puesto que hay en él buena voluntad, no sea que se quede donde otros.

Monteiro, Rodrigo María.—Monta á caballo, rejonea toros, pero tienen su trabajo en muy poco los portugueses, sus paisanos. Sin embargo, ha trabajado con aceptación en las plazas de San Juan de Isla Tercera, en la de San Miguel y en la de Ponta Delgada. Es hermano de José María Casimiro Monteiro.

Monteiro, Augusto María.—Banderillero portugués que empezó en 1878 y ha estado más de diez años sin llegar á ser más que una medianía. Falleció tísico en su casa de Lisboa el 3 de Septiembre de 1895, dejando fama de hombre formal y modesto.

Monteiro, José María Casimiro.—Buen torero lusitano, de excelentes conocimiento y práctica, muy querido de los aficionados de Lisboa. Hace tiempo que se retiró del toreo. Nació en 8 de Abril de 1853; debutó como cavalheiro en 1868 en una corrida de aficionados celebrada en la plaza de Campo de Santa Ana, é hizo después su estreno

como torero en la misma plaza en el año de 1872. Es hermano de

---

Monteiro, Antonio.—Caballero farpeador portugués. Montaba bien; pero en lo general tomaba mal las suertes de frente, siendo inmejorable en las de costado. Nació en 13 de Junio de 1850; se estrenó en la plaza de Aldeagallega en 1870; y toreó mucho en la de Campo de Santa Ana y otras. Era valiente y falleció hace bastantes años. Es hermano de

---

Monteiro Grillo, José.—Por efecto de su gran afición fué mozo de forcado en Portugal, donde murió.

Montero, Manuel *(El Habanero).*—Aunque el *alias* le da como nacido en la capital de la Isla de Cuba, era natural de Sevilla y fué matador de toros que, según el cartel de 1830, alternaba con los espadas García *(El Platero)* y Francisco Ezpeleta, ocupando el tercer lugar. Acerca de su mérito nada sabemos.

Montero, Manuel *(El legítimo Habanero).*—Un cartel del año de 1827 anunció á este matador como una notabilidad estoqueando con la mano izquierda (suerte no conocida en el arte de torear), como dice textualmente. Era de Rota en la provincia de Cádiz y mataba detrás de Manuel Lucas Blanco. No sabemos si era el mismo diestro que antes va dicho como nos inclinamos á creer, sin más datos que los de ser de iguales nombre, apellido y mote, que estoqueaba en 1830 y pasaba por sevillano.

Montero, Joaquín.—Sevillano y picador en 1851. Ignoramos si fué ó no pariente del anterior, ni si era malo ó bueno.

Montemar, D. Francisco de Paula, (marqués de Montemar).—Antiguo aficionado al arte taurino, escritor público, hizo en el año de 1862 en el periódico *Las Novedades*, de que era director, una notabilísima defensa de nuestras corridas de toros en contra de sus detractores. Cuando jóven, fué aficionado al toreo y mató bastante bien algún becerro.

Dedícose de lleno á la política, conspiró para derrocar la situación anterior á Septiembre de 1868, triunfó su partido, y fué nombrado Embajador de España en Italia, donde trabajó extraordinariamente cerca de aquella corte para conseguir la venida á España del luego rey D. Amadeo. Cuando éste abandonó nuestra nación siguió Montemar la ruta marcada por Ruiz Zorrilla y permaneció retirado en su casa hasta que falleció hace próximamente unos cinco años.

Paco Montemar, que así le llamábamos los de su edad, era hermano de Carlos, médico que en la Habana asistió á la exhumación de los restos del célebre *Cúchares*.

Montes, Pedro *(Compadre.)*—Banderillero de poco nombre que toreó en Madrid, de donde era natural, en el año de 1842. Más tarde perteneció á la cuadrilla de Gonzalo Mora.

Montes, Francisco *(Paquiro.)*—Al hablar de este hombre extraordinario, de este coloso del arte, de este privilegiado entendimiento taurómaco, sentimos cierto temor de no saber explicarnos con claridad al describirle; porque Montes era muy grande en su arte, un genio; y tan gigante diestro merece que otras plumas mejores que la nuestra se ocupen de él, como ya se han ocupado notables escritores, distinguidos artistas y eminentes profesores de bellas artes. Haremos, sin embargo, cuanto podamos para dar una idea de lo que fué, ciñéndonos al plan que nos hemos propuesto en nuestra obra, y á lo que la índole de la misma exige.

Nació Montes en Chiclana el 13 de Enero de 1805 (1), y su padre, empleado y administrador de los bienes de un título, procuró dar á aquél una buena educación, que á lo mejor fué suspendida por la cesantía de su cargo y consiguiente falta de recursos. Entonces tuvo precisión de dedicarle al oficio de albañil, que siguió Montes constantemente hasta el fallecimiento de su buen padre, á pesar de que hacía tiempo se había encariñado con la idea de ser torero.

Aprovechando ocasiones, se ejercitaba en lances á pié y á caballo con reses bravas en el matadero y en el campo; trabajó como peón y banderillero con *El Platero*, *El Monge* y Ezpeleta y especialmente con el matador Juan Hidalgo y en 1830 figuró como sobresaliente de espada. Hay también quien asegura, y en San Sebastián de Guipúzcoa es voz muy autorizada, que Montes mató allí con Juan León una corrida de toros en el año de 1828 á presencia de Fernando VII con motivo de la colocación de la primera piedra en la casa Consistorial. Sin negarlo en absoluto lo ponemos en duda, porque si ya era espada ¿á qué dos años

---

(1) Velázquez y Sicilia dicen equivodadamente 1804: Bedoya no cita fecha.

después se matriculaba en la escuela para ganar seis reales diarios?

Jerónimo José Cándido, le alcanzó una plaza de alumno, pensionada con seis reales diarios, en la Escuela de tauromaquia de Sevilla. Le tomó bajo su protección y le recomendó mucho en 1830 al gran maestro director Pedro Romero, quien al hablar tres años después de las circunstancias de su discípulo, ya conocido en público, decía: «Como diestro primero puse en él todo mi conato por mi obligación, y por advertir en él carecía de miedo y estaba adornado de mucho vigor en las piernas y brazos; lo que me hizo concebir sería singular en su ejercicio á pocas lecciones que le diese, y tal como se ha verificado.» El pronóstico del gran maestro se había cumplido. A fines de 1831 toreó de espada ya Francisco Montes, y tal cundió su fama en poco tiempo, que despues de trabajar en Aranjuez en 1832, al año siguiente, 1833, fué ajustado para alternar en Madrid, primera plaza en España, con los hermanos Ruiz.

Es imposible describir el entusiasmo que producía en todos los públicos ver trabajar como nunca se había visto, tan cerca de los toros y con tanta seguridad y confianza: Ejecutar con igual limpieza las severas, aplomadas y tranquilas suertes del toreo rondeño, y las ligeras, ágiles y rápidas del arte sevillano: Ver á un hombre que no movía los piés para las *verónicas*, que paraba para *recibir* toros, y que lo mismo saltaba al *trascuerno* que con la garrocha: Que se *encunaba* de intento, y al dar el animal el *hachazo*, salía aquél ileso, despacio, tranquilo y sosegado, sin más que un imperceptible *cuarteo* ó *recorte*, según el caso: Que más de una vez, corriendo un toro por derecho, en lo más impetuoso de la carrera paraba en corto, clavaba los piés, sin temor al toro, el cual, ó se plantaba asombrado, ó si seguía, era por un lado del atrevido diestro, que á su voluntad le guiaba con el capote. Y todo esto practicado sin aceleramiento, á la perfección, con seguro conocimiento de lo que hacía, claro es que había de levantarle cien codos sobre todos y cada uno de los demás toreros.

No es extraño, pues, que en 1833 figurase nuestro hombre en Madrid como primer espada, por encima de matadores más antiguos que él, ni que con diferencias de más ó menos, en este particular, así siguiese, hasta que por fin en 1838 puso por condición en todas sus escrituras que se le había de reconocer preferencia sobre todos los demás diestros, fuese cualquiera su antigüedad á excepción de Juan León, único á quien respetó en los circos de Aranjuez, Valencia y Sevilla; pero ni Juan León, ni Yust, ni nadie, dígase lo que se quiera, intentaron nunca sostener competencia de ninguna clase con Montes. Suponer, indicar solamente, que León y Arjona han tenido mejor *trasteo* que Montes, cuando la muleta de éste fué siempre limpia, manejada con sujeción al arte y nunca sucia, de *mareo* ni de *trampita*, es confesar una de dos cosas: Ó mucha pasión, ó más bien no haber visto torear de capa ni de muleta á Montes: Sólo en las estocadas *recibiendo* le adelantó José Redondo *(El Chiclanero)*; nadie más: Y no porque Montes se moviese ni se colocase lejos, sino porque, en nuestro concepto, sesgaba demasiado la salida con la muleta, y las estocadas resultaban atravesadas muchas veces.

Si notable y sobresaliente fué este hombre incomparable en la ejecución de toda clase de suertes, no lo fué menos en la dirección de la plaza y orden de las cuadrillas, en que rayó á una altura sin igual. Ningún lidiador de á pié ni de á caballo se excedió ni faltó á su deber, sin la reprensión más severa: nunca un peón *recortó* un toro, hizo un *quite*, ni dejó de correr por derecho, sin permiso suyo ú orden determinada. Todos estaban en su puesto y cumplían su cometido; y de ahí la lidia ordenada y metódica, digámoslo así, que tanto realce da á la función. Es verdad que para poder hacer todo esto, necesita el jefe de las cuadrillas imponerse á las mismas, tener ascendiente sobre ellas y ser justo; y nadie puede, en nuestra opinión, conseguirlo si no vale más que cuantos obedezcan las órdenes, y sabe lo que manda, á quién y cómo.

Montes era afable con su gente, y la defendía á capa y espada en todo trance, pero al mismo tiempo era inflexible; y un suceso de poca importancia que vamos á referir á nuestros lectores demuestra que la justicia era su norte, y que él no daba lugar á quejas razonables. En Madrid, y en una ocasión que todos recordamos, salió á poner banderillas su discípulo predilecto José Redondo *(El Chiclanero)*, con aquél garbo y gracia que todos los que le vieron no pueden olvidar; y fuese porque el toro se *tapó* quedándose en la suerte, fuese porque aquél se retrasó en la salida, ello es que José Redondo se pasó sin meter los brazos, y cuando volvió de mal humor á recoger el capote, en ocasión de que Montes tomaba los *trastos* de matar, éste le dirigió la voz, diciéndole: Está usted buen banderillero; quédese usted por hoy en el estribo, y aprenda cómo clavan los palos, los demás. Y siguió su camino, sin permitir en toda la tarde que aquél saliera de las tablas.

Fuera del circo, lo mismo que en él, sus subordinados no se igualaban con el maestro señor Montes, que así le llamaban. Y no una, sino muchas veces le vimos en cierta relojería de un inteligente aficionado, á que concurría muy frecuentemente, lo mismo que por la noche al café viejo de la Iberia, dejando á la puerta, ó colocados en otra mesa, á sus *muchachos*: porque no le parecía bien

que éstos entrasen en conversación con personas que á él le honraban dirigiéndole la palabra. Solamente hacía excepción de José Calderón *(Capita)*, á quien distinguía mucho y veneraba por sus canas y por su inteligencia.

Pero hay que advertir que, á pesar de su altivez, Montes oía, atendía y hacía caso de los consejos é insinuaciones que se le hacían relativos á la lidia, sin desdeñarse de dar explicaciones de cualquier incidente ocurrido ó de cualquier suerte por él ejecutada. Más de una vez dijo «que su toreo lo había perfeccionado en Madrid, gracias á los consejos de los verdaderos aficionados, y en particular de don Alejandro Latorre, el cual le había hecho comprender cuidadosamente el modo de no atravesar los toros, como lo venía haciendo.» Es más: cuando ya mataba, alternando, José Redondo, dijo Montes, sin ocultarse de nadie y pensando en la ejecución de la suerte de *recibir*, suprema del toreo: «Yo no sé qué tiene ese chiquillo para traerse los toros tan por derecho siempre»; demostrando con esto que en él no cabía la ruin pasión de la envidia.

Desde 1845 sus facultades fueron á menos; procuró torear poco, se lució en las funciones reales de 1846, tanto ó más que en las de 1833, y no le volvimos á ver en Madrid, hasta que el inteligente empresario Sr. D. Justo Hernández consiguió contratarle para el año 1850. Su llegada á la corte fué un acontecimiento notable, especialmente entre los admiradores de aquel hombre. Hubo convites espléndidos, músicas y otras demostraciones de simpatías, que el lidiador sin igual agradeció conmovido.

Su toreo fino y elegante no había perdido nada; pero sus facultades, su ligereza especialmente, estaba entorpecida, y aquellas muy mermadas, en términos de que en la primera corrida cayó delante de la cabeza del toro, y levantando mucho las piernas y moviéndolas para que el toro *hiciera* por ellas, libró el cuerpo de una segura cogida.

En la desgraciada tarde del Domingo 21 de Junio de 1850, que fué la última en que lidió, un toro llamado *Rumbón*, de la ganadería de Torre y Rauri, casta jijona, que había sufrido banderillas de fuego y estaba muy descompuesto, le causó una herida encima del tobillo, y otra mucho mayor en la pantorrilla izquierda, de una pulgada de profundidad y de una extensión enorme, al darle un *pase* natural, después de otro que le había dado del mismo modo y un segundo cambiado, dando al toro, que se le coló, salida por la derecha.

Redondo tuvo que matar el toro, verificándolo por cierto de una magnífica estocada *arrancando;* y Montes, después de la primera cura, fué conducido á su casa-habitación, acompañado de todos sus amigos y admiradores y de un inmenso gentío. Durante su enfermedad, el pueblo de Madrid le demostró sus simpatías, acudiendo diariamente con verdadero interés á enterarse de su estado, hasta que, ya restablecido, marchó á Chiclana en primeros de Septiembre. A poco tiempo, unas calenturas intensas y constantes concluyeron con la existencia del torero sin rival, que falleció en el pueblo que le vió nacer, el viernes 4 de Abril de 1851, á los cuarenta y seis años, dos meses y veintidós días de edad.

Aunque pocos aficionados habrá que no tengan en su poder un retrato de Montes, creemos conveniente decir que era de una estatura regular, más bien alto que bajo, delgado, de fisonomía agradable, pero representando siempre mucha más edad de la que realmente tenía.

Cuando vino á Madrid en 1850 aparentaba veinte años más de edad que al marcharse en 1846, y algunos atribuyen su anticipada pérdida de vida á excesos cometidos para olvidar el amargo recuerdo de secretos disgustos que le atormentaban.

Bajo sus inspiraciones y con su nombre se publicó un *Arte de torear á pié y á caballo,* el más completo, minucioso y bien entendido de cuantos hasta entonces se habían publicado.

Aquí hubiéramos concluido de hablar del insigne maestro, si la importancia del mismo en el toreo no exigiese refutar, aunque sea ligerísimamente, apreciaciones equivocadas de otros escritores. Aun á riesgo de cansar la paciencia de quienes nos favorecen, vamos á permitirnos verificarlo.

Se ha reconocido en Montes, por escritores anteriores á nosotros, al primer director de lidia: Se ha considerado que para librar en sus caídas á los picadores era eficaz y entendido como nadie; pero se ha dicho que capeando, solo se distinguía haciéndolo al natural. Esto no es verdad. Montes capeando al natural, que nosotros para precisarlo más diremos *á la verónica,* era efectivamente notabilísimo; pero no lo era menos en los *galleos*, en que pocos le han igualado, en las *navarras* y en las de espaldas ó frente por detrás, que hacía con perfecta exactitud; sin que por esto queramos decir que nadie, antes ó despues de él, haya capeado tan bien algunas veces.

Cúchares, por ejemplo, y citamos su nombre porque no vive, daba unas *navarras* inmejorables, el *Tato* unos *galleos* lucidísimos; pero en las demás suertes de capa estuvieron siempre muy por bajo de aquel maestro.

Uno solo, que no hay nadie que, conociéndole, deje de apoyar nuestra opinión, Cayetano Sanz, en fin, pudo sostener sin quedar desairado la comparación con Montes en las suertes ó lances de capa de todas clases.

Fuera de éste, de sesenta años á esta parte nadie aventajó á Montes ni con la capa ni con la muleta en la mano.

También se censura á Montes, y en esto tal vez nos encontremos más conformes, el que, conociendo como conocía muy bien el *sentido*, querencias y condiciones de los toros, se empeñase en muchas ocasiones en obligarles á ir donde el quería. En sujetarles, digámoslo así, con los vuelos de la muleta, y hacerles morir en sitio determinado, por más que éste fuese peligroso para el diestro.

Efectivamente, ésta era una de las soberbias de su carácter especialísimo, que no le consentía nunca esquivar el peligro. Era en esto tan singular, que más de una vez anunciaba á los demás compañeros los detalles de las suertes que iba á ejecutar, de igual modo que el jugador de billar canta la tirada antes de hacerla. Entre otros casos que podríamos citar, es importante el siguiente:

Trasteaba un toro tuerto de la ganadería de Doña María de la Paz Silva, condesa de Salvatierra, muy cerca del tendido número 3 de la plaza vieja de Madrid, que á su lado tenía la puerta de caballos, y á la cual había tomado el toro marcadísima querencia. Había visto Montes en la primera andanada de palcos, que casi estaba encima de aquel sitio aunque un poco más á la derecha, á muchos de los buenos aficionados que le distinguían; y sea por esto, ó por la tenacidad de su carácter, se empeñó en matar allí al toro y no en otro lugar de la plaza, á pesar, y tal vez por ésto mismo, de que desde el tendido le advirtieron se le llevase á otro lado. Preparó el toro á la muerte, y antes de perfilarse, dijo á *Capita* en voz que todos oyeron: Calderon, hay que dejarse coger para consentirle; váyase usted á la cola, que por allí saldré. Y efectivamente, se cerró mucho, bajó mucho la muleta para que el animal humillara más, se arrojó por derecho y en corto, y... salió como había pronosticado, enganchado por la entrepierna y volteado al lomo del toro, que no pudo revolverse por la tremenda estocada que había recibido y porque se inclinó á la querencia de la puerta. Al levantarse sin lesión alguna, la ovación fué unánime; pero los que conocieron tan temeraria obcecación, reprobaban particularmente tan expuesto alarde de inteligencia y serenidad en el peligro.

Montes, como estoqueador de toros, era más desigual: Importábale poco, y en este punto opinamos como él, que la estocada fuese más ó menos alta, recta ó delantera, si la había dado con sujeción á las estrictas reglas del arte, clavándose en su terreno, inmóvil y esperando al cite ó *arrancando* por derecho, en corto y sin precipitación. No era de los que buscaban los aplausos por el resultado de la suerte, sino por el modo de ejecutarla.

Otra de las cosas que se han dicho de Montes, como para rebajar su importantísima figura en el toreo, es la de que, siendo más bien torero de genio que de arte, en cuanto le faltaron facultades, solo se vió en él al hombre de experiencia y conocimientos, valor y buenos deseos. ¿Qué contestar á esto? Concedemos que era un genio en su arte, cuyos secretos conoció como nadie, y cuya aplicación rápida, instantánea, ponía en práctica con asombroso resultado y sin precipitación ni aceleramiento; pero decir después de esto, después de concederle experiencia, conocimientos y valor, que tenía menos arte que otros, es tanto como ponerse en contradicción evidente y parcialidad apasionada. El hombre joven, robusto y en plenas facultades, tiene que practicar todo necesariamente mejor que siendo de más edad y endeble; pero no por eso se dirá que le falte arte; antes al contrario, lo natural es que, siendo viejo, tenga más arte y que le falte poder.

Nos hemos extendido más de lo que podemos, dadas las condiciones de este libro, en rebatir, aunque muy ligeramente, las erróneas apreciaciones que acerca de este gran lidiador se han escrito, porque habiendo conocido su mérito especial, sus generales simpatías en todas las clases sociales que antes y después y siempre le han concedido el puesto de *primer torero del siglo presente*, nos duele

que ande por ahí escrito un juicio equivocado en una obra que en su tiempo tuvo cierta importancia, por más que ésta nadie de los que vieron á Montes se la ha dado en lo relativo al mérito de este maestro.

En todos los puestos sociales, las reputaciones usurpadas duran poco, primeramente sorprenden y deslumbran; pasa tiempo, y hacen dudar; y por último mueren, cuando se conoce que son mal adquiridas.

La de Montes se consolidó firme y legítimamente, porque como Montes nacen pocos toreros.

Los seres privilegiados vienen al mundo en muy escaso número y de tarde en tarde.

.....

Por no empequeñecer la vida taurómaca de tan alta capacidad no hemos querido referir más que en conjunto sus rasgos característicos, sin descender á hechos notables llevados por él á cabo en todas las plazas de España. De hombres grandes no deben contarse pequeñeces. Sus padres, don Juan Félix de Montes y Doña María de la Paz Reina, aquél nacido en Puerto Real, y ésta en Chiclana, casados en 1791, pusiéronle por nombres Francisco de Paula José Joaquín Juan, siendo su madrina Doña Andrea Pérez.

Montes, Antonio.—Mata novillos, allá por Andalucía, desde no hace mucho tiempo. Es nuevo, y aún no ha adquirido reputación, para que podamos juzgarle.

Montes, Eugenio.—Picador en novilladas, de regulares condiciones y que parece frío y de pocos ánimos. Si ha de ser torero, debe tomar el oficio con más calor.

Montes de Oca, José *(El Niño)*.—Puede que con el tiempo adelante en el toreo. Hasta ahora, poniendo banderillas, es poca cosa.

Moña.—El lazo de cinta de seda ó tela que los toreros llevan atado á la coleta de pelo que se dejan crecer en la parte posterior de la cabeza, cerca de la coronilla, el cual forma el complemento del traje, y sin el que hace malísimo efecto la vista en totalidad del mismo. El remate de seda, gasa, cinta, flores, etc., que en la parte posterior de las divisas va colocado sobre el hierro que se clava en el cerviguillo del toro, sólo se usa en las de lujo que acostumbran regalar señoras aristócratas para las corridas de beneficencia, y debían suprimirse, porque además de ser difícil colocarlas, por su peso y volumen, una vez puestas, perjudican á las reses, las hace recelosas y huídas. Por lo demás, son vistosísimas y costosas. El orígen de la coleta no es muy antiguo; data de los primeros años del presente siglo. Como en el anterior todos los hombres usaban el pelo largo, que sujetaban con la cofia, no tenían necesidad de coleta, pero al caer las cabelleras sustituyeron la cofia, y aun el lazo que después llevaron, con la moña, que les dió pretexto para dejarse una mata de pelo en la coronilla, á la cual la atan.

Moñudo.—Toro de la ganadería de D. Pedro Varela, vecino de Madrid, divisa morada y amarilla, lidiado en esta corte el 23 de Junio de 1872. Era retinto, largo de astas, de muchos piés, pero blando; se lidiaba en división de plaza, á la derecha del toril; saltó la valla, se unió al toro que se corría en la izquierda, y al fin quedó en este sitio, por lo cual hubo precisión de cambiarse las cuadrillas. Al matarle Angel Pastor, y con dos estocadas ya, saltó la barrera por frente al tendido núm. 11, rompió los tablones de la contrabarrera, y por debajo de las maromas se subió hasta el último escalón, y salvando la barandilla de hierro pasó al tendido núm. 12, donde murió á bayonetazos, que desde la grada le dieron los voluntarios del batallón de la Latina. Domingo Vázquez le dió allí la puntilla, y el toro bajó rodando, ya muerto, todos los escalones. No causó desgracias. Desde el año de 1803, si no nos equivocamos, no había ocurrido que saltase al tendido, penetrando en él, ningún toro mas que el *Moñudo*.

Mora, José.—Trabajó allá por los años cincuenta y tantos en clase de banderillero con la cuadrilla de Antonio Sánchez *(El Tato)*. Algunos le llamaban *Morilla*. Valía poco.

Mora y Donaire, Gonzalo.—Hé aquí un tipo que marca perfectamente una época del torero de este siglo. Hombre que nunca era viejo, que en todas partes se le veía atento con los antiguos, complaciente con los jóvenes, requebrador de niñas y galanteador de mozas de rumbo. Torero muy *echao pa lante* en todas ocasiones, bien vestido, con gracia y derechito. Serio en la ópera, risueño en la comedia, *jacarandoso* en el baile, y admirador de las *ecuyers* y demás *troupe* de los circos. Que nunca corría, que siempre miraba y rara vez huía el cuerpo. Especialidad en el arte y fuera de él, que á su genialidad y carácter debió mucha parte de su popular nombre.

Digno discípulo de su original maestro en cuan-

tos lances de cualquier género le han ocurrido durante su vida, ha procurado siempre imitarle, corrigiendo y aumentando aquella primera edición. Porque Gonzalo Mora, que de él hablamos, se parecía en sus *hechuras* á Juan Pastor como dos gotas de agua. Los que conocimos á éste, no podíamos ver á Gonzalo sin acordarnos de Pastor. Gonzalo era la representación viva del otro, su espejo moral y aun material, su *homónimo*, si así puede decirse. No tan alto como aquél fué, pero tan derecho; vestido de igual modo, elegante en su clase, y semejante, idéntico, en sus ademanes, gustos y costumbres: Pastor con la sal y el garbo de la tierra de María Santísima, y Gonzalo con el gracejo y travesura de los hijos de Madrid, que tantos puntos de contacto tienen con los andaluces en esto de burlas, chanzonetas y aventuras peligrosas.

Aunque Pastor no fué su primer maestro, sino Pedro Sánchez, cómo luego diremos, se le *pegó* más á Gonzalo la gracia de aquél, que la del último. Hay simpatías que se engendran insensiblemente, y á veces contra la voluntad de los que las adquieren.

Nació en Madrid Gonzalo Mora el día 10 de Enero del año 1827, según afirmación, no comprobada, del Sr. Santa Coloma.

Su padre Francisco, natural del Puerto de Santa María, y su madre Manuela Donaire, madrileña, tenían un obrador de sastrería acreditado, donde se vestían diferentes toreros.

Dieron á su hijo la educación primaria, quisiéronle después aplicar á su oficio, y si bien consiguieron que en aquélla demostrase buenas condiciones de aplicación é inteligencia, en el último pocos fueron los progresos que hizo. Empezó el chiquillo á jugar al toro con algunos que, lo mismo que él, fueron luego toreros de nombre; continuó corriendo novillos donde se le proporcionaba y más de cuatro becerros le causaron revolcones. Vistió desde pequeño como los toreros; lucía buena ropa y buena facha; tenía mucha afición y grandes disposiciones. ¿Qué le faltaba para ser torero?

Pedro Sánchez *(No te veas)* le dió lo que necesitaba, tomándole bajo su protección y concediéndole puesto en su cuadrilla. En ella pareó con gracia, corrió toros por derecho y mató con buena fortuna algunas reses. A la media docena de años era matador en plazas de segundo orden, y el 20 de Mayo de 1852 alternó en la plaza de Ronda con Francisco Ezpeleta y Manuel Díaz *(Lavi)*. Importa mucho tener presente esta circunstancia y la de que con el *Camará* alternó en otras plazas, para los fines que más adelante veremos.

Juan Pastor, en el año de 1853, fué contratado para trabajar en la Habana, y se llevó de segundo á Mora, que causó el mayor entusiasmo en los habitantes de aquél país, hasta el extremo de que toreó allí en aquél año próximamente unas cuarenta corridas de toros. Volvió al año siguiente á Madrid con la aureola del aplauso y la categoría de matador, y después de tomar parte en la corrida que en 21 de Agosto de 1854 se verificó á favor de los heridos de las jornadas de Julio, trabajó con su cuadrilla en diferentes plazas del reino con especial aceptación. Muchos aficionados madrileños deseaban verle trabajar en la plaza de la corte, alternando, y la empresa que en 1856 la tenía á su cargo ajustó á Mora para que, en unión de *Pepete* y el *Tato*, tomase parte en la segunda corrida de la temporada, que se celebró el lunes 31 de Marzo de dicho año. Por qué causa no figuró en los carteles más que como estoqueador sin alternativa, matando los dos últimos toros es cosa que no hemos podido saber. Ello es que Gonzalo se quejó como debía, que se le ofreció subsanar la falta por medio de un cartel de aviso supletorio, y que llegó la hora de la corrida sin que se fijase anuncio alguno. A despecho de no sabemos quién alternó, sin embargo, Mora con aquellos espadas en dicha corrida, de acuerdo con los mismos y beneplácito del Presidente, que lo era el gobernador de la provincia.

Gonzalo Mora, por lo tanto, tomó la alternativa en la plaza de Madrid con la formalidad de costumbre, ó sea la cesión de muleta por el *Tato*, en dicho día 31 de Marzo de 1856. Si después ha consentido que otro se le ponga por delante, ha hecho mal, y nosotros hubiéramos defendido sus derechos tal vez mejor que él mismo cuando se pusieron en duda; pero los toreros, en esto como en otras cosas, creen saber mucho, y gracias que tengan aprendido lo que en el redondel les importa.

En la culta Francia, como se llama á sí misma, determinaron en 1869 celebrar corridas de toros, y allá marchó con su cuadrilla, y con buen ajuste, nuestro hombre, que trabajó con feliz éxito doce corridas en el Havre, donde fué extraordinariamente agasajado y aplaudido. No fueron menores los aplausos que recibió al año siguiente en Lima en cada una de las veinte corridas en que mató toros, alternando con Julián Casas. Y no podía ser otra cosa, si se atiende á los grandes deseos que siempre ha demostrado por agradar al público de todas las plazas donde ha toreado como primer espada con la antigüedad antedicha.

Llegó el mes de Enero de 1879, y con él la celebración de las fiestas reales de toros que en Madrid habían de celebrarse por las bodas del rey D. Alfonso con doña Mercedes de Orleans. Invitose por el Ayuntamiento, que las dispuso, á todos ó la mayor parte de los lidiadores conocidos, y entre ellos se llamó á Gonzalo Mora, que aceptó en el puesto que le correspondía. Angel López *(Regatero)* alegó preferencia en la antigüedad, y con este motivo se nombró un jurado que decidiese sobre el particular, compuesto de dos primeros matadores y un inteligentísimo aficionado. Exigieron éstos cartel en que cada uno de los contendientes constase como matador de alternativa, y como Gonzalo no pudo presentar mas que el de 21 de Agosto de 1854, y otro de Utiel en que aparecía de segundo *Regatero*, decidieron en favor de éste la preferencia. Con los datos que tuvieron á la vista obraron con justicia; pero si Gonzalo hubiese acreditado que en 20 de Mayo de 1852 había alternado con matadores de nota en plaza de maestranza, y que del *Tato* había recibido en Madrid la alternativa en 1856, para lo cual le hubiera bastado presentar todos los periódicos de aquella fecha, seguro es que á él se le hubiera reconocido como más antiguo matador, toda vez que el *Regatero* no la tomó hasta el día 11 de Julio de 1858. Por consecuencia de este error, Gonzalo Mora figuró en dichas funciones reales en quinto lugar, debiendo haberlo sido en el cuarto.

Gonzalo Mora continuó toreando en diferentes plazas, y aprovechando las facultades que todavía le quedaban para la lidia. Se defendía como un león. Su toreo ha sido en sus mejores tiempos serio y parado. Falto de recursos para toros de sentido, se lucía con los de mejores condiciones. Se presentó siempre ante la fiera con serenidad y buen continente; pasando bien al principio, mal después; liaba y se colocaba bien, arrancaba por derecho y daba buenas estocadas unas veces; se movía mucho, cuarteaba más y pinchaba peor en otras ocasiones.

Desigual en la lidia, no le ha apadrinado Madrid como á otros, y eso que los ha habido de mucho menos valer. De excelentes condiciones de carácter, como al principio hemos dicho, para tratar con toda clase de personas, era un *buen pié* para cualquier francachela. Para socorrer á los necesitados siempre se ha ofrecido el primero; y aunque las heridas que ha sufrido han sido pocas, relativamente á las que tuvieron otros, ninguna le causó grave daño que pusiese en peligro su existencia.

Retirado definitivamente del toreo, por razón de edad, que nosotros creemos era mayor de la que va apuntada, pero que no podemos justificarlo porque en las parroquias de Madrid no hemos encontrado su partida de bautismo en los años de 1820 á 1830, se fué á pasar el resto de su vida al pueblo de Colmenar del Arroyo, donde falleció en Julio de 1892.

Moradillo, D. Fernando.—Renombrado arquitecto que en unión del célebre D. Ventura Rodríguez dirigió la construcción de la plaza de toros de Madrid que empezó á derribarse el 17 de Agosto de 1874, al día siguiente de darse en ella una corrida extraordinaria. Concluyó su edificación en 1754, aunque algunos han dicho que en 1752. Fué estrenada en 30 de Mayo por la mañana por la cuadrilla del acreditado Juan Esteller, y por la tarde por el célebre Manuel Bellón *(El Africano)*, según afirman algunos, y según otros, en 3 de Julio de 1754.

Morales, Manuel.—Cuando Manuel Domínguez llevó una cuadrilla en 1836 á Montevideo, formó parte de la misma un banderillero de este nombre como perteneciente al segundo espada Manuel Macía. A las órdenes de Domínguez, que fué nombrado jefe de una partida de campo para hacer presa á los indios bravos de caballos y ganado necesarios al abastecimiento del ejército, militó Morales, que murió en la notable expedición que aquél llevó á efecto en Chapaleofú.

Morales, Manuel *(Corchado)*.—No tenía este picador las cualidades que recuerda su apodo. Trabajó con Juan Lucas Blanco. No hay que confundirle con

---

Morales, Manuel.—Hubo un picador de este nombre, desde 1860 ó 1861, que segun decía, nadie sabía más que él ni valía tanto, ni... pero es lo cierto que donde le veían una vez, no volvían á llamarle.

Morales, Antonio.—Tampoco este mozo pasó de ser una medianía picando toros. Desde 1861 no hemos vuelto á saber qué ha sido de su persona.

Morales, Gabriel.—Espada novillero, natural de Utrera, en el primer tercio de este siglo. En 1824 se ofreció á lidiar *él solo* el último toro de una corrida.

Morales, Eugenio *(Jetafe).*—Novillero que tenía más seguridad para matar reses emboladas, subido en zancos, que para correrlas á pié. Trabajó en muchas plazas desde el año 1866, ó tal vez antes, hasta ocho años después en que se le perdió de vista: sabía poco de torear y era natural del pueblo que tiene el nombre de su mote.

Morales, D. Enrique.—Caballero en plaza en las fiestas reales de 25 de Enero de 1878 apadrinado por la grandeza. Es empleado de Hacienda pública, buena figura y simpático. Vistió un precioso traje á la chamberga, azul y grana con lises de oro. Hijo de un distinguido jefe de administración, nació en Madrid en 1853, y tampoco obtuvo favor ni distinción alguna de quienes debieron dársela.

Morales, Manuel *(Mazzantinito).*—Pequeño de estatura, lo ha echado todo en coraje. Cree el chico que los toros de cinco años son lo mismo que los becerros que toreaba en las cuadrillas de niños á que perteneció, y se atreve y adelanta, metiéndose con valor en terreno peligroso. Cálmate y pára, que puedes hacer falta.

Morallán, Blas *(Naranjito).*—A un hombre como este, que mata toros en novilladas cuando se le proporciona, hay que llamarle matador. Más nos gustaría llamarle antes torero.

Moreira, Víctor.—Hace tiempo que no torea, desde mucho antes de ser nombrado ayudante del Rey de Portugal, cuyo cargo desempeña. Su afición le llevó á recoger aplausos, rejoneando toros con destreza, pero no por retribución.

Moreno, Francisco.—La única noticia que de este picador tenemos, es la de que trabajó en Sevilla el 31 de Diciembre de 1829.

Moreno, Juan.—Picador de toros malagueño y tuerto por más señas, de lo que le venía el apodo del *Tuerto de Carnecería*, calle en la cual tenía una tahona. Este torero, que logró cierta fama y popularidad en su país, contaba con medios de subsistencia, y de no pocas corridas; fué empresario de la Plaza de toros, que por los años de 1817 á 1830 hubo en el sitio de la Pescadería de dicha ciudad de Málaga.

Moreno, Antonio.—Consta en carteles que era banderillero de la cuadrilla del *Tato*, pero no consta á sus contemporáneos si ponía banderillas.

Moreno, Antonio *(Lagartijillo).*—Tomó la alternativa de matador de toros en una fecha inolvidable, y que será siempre de constante recuerdo para los verdaderos aficionados al arte de torear. El 13 de Mayo de 1890 se retiró del toreo el coloso del arte Salvador Sánchez *(Frascuelo)*, y en el mismo día, en la Plaza de Madrid recibió la investidura

de doctor en tauromaquia, de manos de Salvador, este joven espada, que nació en Granada el día 23 de Diciembre de 1866, siendo hijo de José y de Francisca Fernández, quienes le dedicaron á un oficio, al que no atendía porque le ocupaban más la atención las novilladas y corridas de becerros á que desde bien pequeño asistió, burlando la vigilancia de sus padres. Creció el muchacho, y ya de

su provincia marchó á la de Málaga, haciéndose novillero, y queriéndose presentar en Madrid en fines de 1888, que es la primera vez que figuró su nombre en los carteles de la corte. El 30 de Diciembre lidió con *Pepete* cuatro toros, agradando bastante á la concurrencia, y desde entonces trabajando en muchas provincias con buen éxito. Quería *Frascuelo* ver si de este muchacho que tan buenas condiciones presentaba para torear, podía hacer un buen matador de toros, y con dicho fin se le llevó á Santander, donde trabajaron el 25 y 27 de Julio, y después el 5 de Agosto inauguraron ambos la plaza de Oviedo. *Lagartijillo* no tiene gran estatura, pero es fuerte y robusto; torea con desembarazo, sin floreos y con valor; pero le ha faltado el maestro cuando más le necesitaba, sin embargo de lo que, de seguir adelantando tanto como ahora demuestra llegará indudablemente al puesto á que aspira.

Moreno, Manuel.—Picador de toros de condiciones regulares que no quiere quedar mal, pero que pocas veces consigue quedar bien. Es suelto á caballo; tal vez demasiado, puesto que no se une á él cuanto debiera, y después de diez ó más años que está trabajando, debía estar más arriba, que buena aptitud tiene para ello. ¿Por qué cuando quiere arranca palmas?

Moreno, Anselmo.—Tampoco nos es conocido el banderillero de este nombre, ni de él nos han dado razón más que algunos carteles.

Moreno, Antonio *(Machaca).*—Dicen que mata toros allá en Andalucía. Mucho ha de machacar, si su nombre ha de ser más oído que hasta ahora.

Moreno, Juan *(Juanerito).*—Picador de esperanzas, según dicen los que le han visto trabajar en varias plazas. En la de Madrid, cuando lo ha hecho, se ha lucido bien poco, y si bien no ha llamado la atención por malo, ha estado muy distante de lo bueno. No sabemos si es este el picador de igual nombre que trabajó en Sevilla el 11 de Agosto de 1878.

Moreno, Angel.—Otro banderillero principiante en novilladas, de quien no hay más noticias ni antecedentes, que las de ser nacido en Madrid en 1870, haber sido albañil, á cuyo oficio le dedicaron sus padres Nicomedes y Francisca de Pablo, y emprender la afición al toreo prácticamente en 1889. Es valiente.

Moreno, Cipriano *(El Moreno).*—Monta á caballo y pone varas á los toros de las novilladas, demostrando más valor que inteligencia. Eso es todo lo que ha hecho en el poco tiempo que lleva trabajando.

Moreno, Rafael *(Beao.)*—Picador de buenas condiciones, poco alegre, y de mediana voluntad. Cuando quiere entra por derecho y castiga sabiendo lo que hace, en términos de que hay ocasiones en que valiera más no lo supiera. Puede con su trabajo ahormar la cabeza á un toro, pero muchas veces los ha estropeado con intención.

Todo eso prueba que sabe y vale; pero tambien indica que hay veces en que valdría más que supiera y valiera menos.

Moreno, Juan *(El Americano.)*—Espada mexicano, que tiene más de valiente que de entendido, y eso que no es torpe, según afirman los que allí le han visto trabajar. Hoy vive ya retirado del toreo.

Moreno, Manuel *(El Suplente.)*—Banderillero de poco nombre. Es nuevo y promete poco: sin embargo ¿quien sabe?

Moreno Rodríguez, D. Manuel.—No porque haya ilustrado nuestra obra con preciosos dibujos y notables retratos, hemos de renunciar

á incluir en ella á tan distinguido artista. Como, por la razón expresada, pudiera creerse exagerado cuanto de él dijéramos, nos vamos á limitar á la copia exacta de lo que no ha mucho ha dicho de él un apreciable escritor.

«Este dibujante es un artista tan notable como

modesto. Sin otro apoyo que su perseverante trabajo, viviendo en el rincón de su luminoso estudio con la labor cotidiana, viene, desde hace años, abriéndose camino, ya con su pincel, ya con su lápiz, donde quiera que una cosa ú otra se estima y se paga. Nacido en Madrid, siente con delirio el pueblo de los barrios bajos: criado en Galicia, hay en su paleta visiones de paisajes de notas melancólicas: educado en Andalucía, son familiares para su mano los trazos que marcan las garbosas siluetas de los tipos femeninos de aquella hermosa tierra. Conoce y practica todos los procedimientos pictóricos. Pinta á la aguada, al negro y blanco, al óleo y dibuja á línea y á mancha. Crea para las piedras litográficas verdaderas obras maestras.»

Mucho más dice el ilustrado escritor, y mucho más pudiera decirse de este gran aficionado á toros, que con su lápiz ha difundido por todas partes el amor á la fiesta nacional, y con su mérito ha traido á nuestra obra evidentes muestras de su privilegiado talento. Añadiremos únicamente, por que su colaboración nos impide hacer elogios, que Moreno Rodríguez es un caballero fino, amable y simpático.

Moreno, Eloy *(Morenito.)*—En Septiembre de 1887 murió en Alburquerque, de la provincia de Badajoz, este chico andaluz que en dicha ciudad se crío y vivió desde muy pequeño.

Parece que al refugiarse en un burladero perseguido por un toro de D. Filiberto Mira, esperó el animal en la parte de fuera, y cuando Eloy fué á echarse al ruedo, creyendo que aquél había pasado ó no le veía, le cogió y le hirió en la ingle, de cuyas resultas falleció en seguida.

Morillas, José *(Morillita.)*—Mata toros en novilladas, allá por Andalucía, sin que acerca de sus merecimientos haya pregonado la fama cosa alguna.

Morillo, José *(El Chico.)*—Matador en novilladas allá por los años de 1870 y siguientes, sin que se viesen trazas en este sevillano de lograrlo con aceptación. Era muy basto y nada inteligente, así que dejó el oficio.

Morillo, Manuel.—Banderillero sevillano, de poco nombre aún, y que va despacio á conquistarle Está bien que no corra ni se precipite, pero á paso de tortuga nunca se llega á la meta.

Morón, Guillermo.—Este picador, cuyo campo de operaciones está en México y otros puntos de aquellas repúblicas, no es valiente, es más que eso, pero no sabemos darlo nombre. Figúrense los lectores que en cierta ocasión al ver entrar al toro, arrojó al suelo la vara y desde el caballo se tiró él sobre el testuz y á modo de pegador portugués se agarró á las astas y sujetó al animal.

Morón, José.—Picador de toros hace más de quince años, que no sabemos si habrá quedado como el gallo de su apellido, porque nadie da razón de su persona.

Morrillo.—Es el cerviguillo ó parte superior del cuello del toro, sitio donde se debe picar, pero en lo alto. Esta parte carnosa dicen que es muy dura y resistente.

Morriones.—Toro de la ganadería de D. José Linares, vecino de Cabra, en cuya plaza fué lidiado el día 24 de Junio de 1878 matando siete caballos, inutilizando á dos picadores y estando en grave peligro el espada Manuel Fuentes *(Bocanegra)*. El público pidió se le librara la vida y así se hizo, destinándole á semental; más tarde á petición de muchos aficionados le lidiaron nuevamente en 20 de Agosto de 1882 y entonces dió muerte á seis caballos, siendo noble en todas las suertes, á pesar de contar ya once años, estoqueándole Machío bastante bien.

Morucho.—Así llaman en Madrid al novillejo corretón, sin condiciones de lidia, que suelen destinarse en las mojigangas y novilladas á ser corrido embolado por los jovenes aficionados que en tropel bajan al ruedo, tal vez á llevar alguna costalada que les cueste la vida.

Mota, Juan.—Banderillero del toreo verdad, ha cumplido bien mientras ha trabajado, y en Madrid, de donde es vecino, tiene muchas simpatías. Se retiró porque dedicado al comercio, su familia le hizo comprender las ventajas de una vida tranquila. Nació en esta corte, barrio de Lavapiés, el día 9 de Agosto de 1830 siendo hijo de D. Juan Quintín y de Doña Lorenza Bosque, honrados menestrales. Aprendió de Matías Muñiz desde 1850, figuró en varias cuadrillas de primer orden y es el que más eficazmente contribuyó para que consiguiese en Madrid la alternativa el famoso Salvador Sánchez *(Frascuelo)*, de quien fué siempre idólatra admirador. Al abandonar éste la arena, Mota, que hacía bastantes años se había retirado, quiso acompañarle en aquél célebre día 13 de Mayo de 1890,

y el buen sexagenario salió al circo vestido de torero con la misma gallardía que en sus mejores

tiempos, teniendo la satisfacción de despedir sano y salvo, al que dijo con cierto enfasis: «yo te abrí las puertas del templo de la fama».

Mota, José María.—Picador de toros en las plazas americanas, donde dicen que se porta bien y con inteligencia.

Motta, Rafael.—Hace ya tiempo que no trabaja este valiente portugués, que ha sido un mozo de forcado de los más notables aficionados.

Mourisca Junior, Manuel.—Farpeador á caballo de reconocida inteligencia, excelente jinete y sereno en el peligro. Su trabajo es muy apreciado por los aficionados portugueses, que conceden á su paisano un distinguido puesto en la equitación y en la tauromaquia. Es hijo de Manuel de Bastos Ferreira, que por ser natural de Mouriscos adquirió el apellido de Mourisca, por el que fué siempre conocido. Nació en Freixiendas, concejo de Ourein (Portugal), el 14 de Septiembre de 1844; es discípulo de equitación del afamado Juan dos Santos Sedven, y se presentó por primera vez al público en Lisboa en 1864. Luego fué en algún tiempo encargado de la torada del primer ganadero portugués da Cunha, y después, en una corrida de competencia celebrada en 1875, recibió el primer premio adjudicado por un jurado de inteligentes al mejor caballero tauromáquico. Hace mucho tiempo se le murió un caballo de treinta y un años de edad, tan amaestrado y de tal instinto, que solo, sin guiarle, sabía entrar y salir de la suerte con gran oportunidad. Se halla hoy casi retirado, pero los portugueses, entre los que tiene tantos admiradores, no olvidarán nunca fácilmente la destreza y brillantes cualidades de tan notable lidiador.

Moyano, José *(El Rubio)*.—Otro banderillero sevillano, que parece atrevido y valiente. Todavía es pronto para juzgarle, porque aunque el público madrileño le ha llenado de humo la cabeza, por su descaro y su inmejorable modo de clavar los palos, bueno es reservarse hasta ver si mide mejor los terrenos al entrar y si no retrasa tanto las salidas como ahora. Ha ensayado, de buenas á primeras, el matar cuatro toros de puntas en una novillada de 1893, y la prueba le habrá convencido de que le engañaron todos los que á ello le indujeron. Si

va adelantando podrá llegar á ser gran banderillero dentro de dos años, y tal vez espada regular dentro de cuatro; antes no. Nació en Sevilla el 25 de Diciembre de 1867, parroquia de San Vicente, y es hijo de Antonio é Isabel, que le dedicaron á ebanista, cuyo oficio dejó por el de torero antes de los veinte años de edad.

Mozo.—Se dice buen mozo á un toro grande de buen trapío. Mozos de cuadra ó de caballo son los que cuidan de éstos y auxilian á los picadores á montar, colocar estribos y alargar las garrochas en plaza. Van uniformemente vestidos en Madrid y en algunos otros puntos, y por cierto de muy mal gusto de algunos años acá, en términos de que la gente de buen humor los llama *monos sabios* de apodo. Nosotros los hemos conocido vestidos con calañeses y traje nacional y no afrancesado como el que hoy usan, y que tan mal pega para las fiestas de toros.

Mozos do Curro é Abegao.—Son en Portugal los que en España llamamos vaqueros y mayorales. Todos los ganaderos envían ocho para cada corrida y en las que celebran los hidalgos ocho más, pero tienen obligación de hacer *pegas* en los toros, que no pueden ser *pegados* por los destinados á ese fin. He aquí la lista de los más conocidos: Eduardo Oren *(Pero Palha)*, mayoral.—Manuel Caetano Tinoco.—Alfredo Ruy da Silva.—Juan Fletcher Junior.—Juan Carlos Correia Pinto Moraes Sarmento.—Reinaldo Ferreira Pinto, mayoral.—D. Manuel d' Almeida de Vasconcellos *(Capa)*.—Enrique de Souza.—Alejandro Vasconcellos Sá.—Conde de Caparica.—Casiano Amorin.—Don Fernando Luis de Souza Coutinho *(Redondo)*, mayoral.—José Martín d' Oliveira.—Fernando Bastos.—Braulio da Cunha Belem.—Cesar da Cunha Belem, y otros varios

---

Mueco.—Pilarote de madera que sirve para embolar novillos y toros. Está colocado en los toriles entre dos burladeros á propósito que oculta un torno, cuya maroma entra por un agujero que el *mueco* tiene en el centro, y que, enlazada á las astas del toro, sirve para traerle y sujetarle, mientras los carpinteros y operarios le sierran las astas y colocan bolas. No comprende esta voz el *Diccionario* de la Academia. (Véase la página 265).

Mulas, Pedro *(El Salamanquino)*.—En el año de 1840, y en la temporada de invierno, mató toros en Madrid dicho torero, que no volvió á ser contratado. Sin embargo, la gente de su país tenía en él grandes esperanzas porque había trabajado con buen éxito, entre otros con el célebre Montes en Valladolid, Zamora, Toro y Salamanca, y supusieron que en Madrid se le preparó de intento mal ganado para que no se luciera. En su provincia llamaronle *El Fraile*, de sobrenombre, porque siendo de corta edad le vistió con hábitos su madre, siguiendo una costumbre entonces muy admitida.

Mulato.—Se llama negro mulato al toro que, siendo negro, tiene este color mate feo, sin brillo ni limpieza, que tira á parduzco.

Muleta.—Es el engaño que usa el diestro para la suerte de matar. Consiste en un capote sin esclavina un poco más corto que los de correr los toros, y que doblado por la mitad, ó sea punta con punta, se coloca en un palo de unos cincuenta centímetros de largo, del grueso de los de banderillas, que tiene al remate exterior una pequeña verola con un hierro, en el que encaja, por medio de un ojete abierto en la tela, la parte correspondiente al sitio donde debiera estar el cuello del capotillo; y como el diestro recoge las puntas para cogerlas con el extremo del palo al mismo tiempo que éste, queda formando el todo un cuadro, lamido únicamente uno de sus ángulos (el inferior más cercano al diestro) por la forma redondeada que antes hemos dicho; de modo que la parte exterior inferior es más larga y toma todo el vuelo que el matador sepa darle al extenderla. No hay defensa mejor para el torero, que la muleta bien manejada. Hablando del modo de torear, un aficionado del siglo pasado decía: «El timón de esta nave es la muleta en que Pedro Romero es inimitable, ya llevándola horizontalmente al compás del ímpetu del toro, ya llevándola rastrera como barriéndole el piso donde ha de caer ó que ha de besar, mal de su grado; aquella muleta que siempre huye y nunca se aleja de los ojos de la fiera, que á veces la obedece como un caballo al freno». La definición que da la Academia á esta voz, no es tan clara ni completa como la ya expresada.

Múnera, Germán *(El Sastre)*.—Banderillero natural de Alicante, que llevado de su gran afición, empezó á torear por los años de 1883 á 1884, trabajando principalmente en Barcelona, donde se le quiere por su modestia y voluntad. Trabajó tres años más tarde en Filipinas, y rara es la plaza de Cataluña que no le haya aplaudido.

Munilla, Eusebio *(El Esparterito)*.—¡Válgame Dios, y qué afán de remedar en todo al que en algo se distingue! Ni en figura, ni en arte, ni en nada, se parece este chico al *Espartero*, que era un matador de toros. El también los mata en novilladas desde hace poco tiempo, pero volvemos á decirlo: ese mote es de mal sino, que García que le usó primeramente, y otro después, han muerto en las astas del toro, sabiendo de tauromaquia mucho más que este muchacho, á quien deseamos mejor ventura.

Munilla, Vicente.—A poner banderillas se dedica en toros de novilladas, pero no será banderillero si no piensa más en lo que hace, y se detiene en sus precipitados arranques.

Muñiz y Cano, Matías.—Notable banderillero, muy aprovechado é inteligente, discípulo del célebre *Capa*, y tan fino y apuesto como el primero de los toreros que han pisado el redondel. Trabajó con el *Chiclanero*, después con *Cúchares*, y luego con el *Tato*. Era natural de Ciudad Real, donde

nació el 24 de Febrero de 1822, y murió á consecuencia de una hidropesía el lunes 22 de Abril de 1872 á las cinco y media de la tarde, viviendo en la calle del Olmo, número 18. Sus restos descansan en el nicho de primera clase, número 303 del patio de San Benito, sacramental de San Martín y San Ildefonso.

¡Cómo se echa de menos á toreros tan inteligentes como lo fué éste!

Muñoz, Antonio *(Valentín).*—Banderillero de poco nombre, natural de Cádiz que acompañó en sus excursiones á *Paco de Oro* por Europa y América.

Muñoz, Antonio *(El Troni).*—Gaditano que picaba novillos en el año 1865 y fué uno de tantos que *amargan* con su falta de arte.

Muñoz, Manuel *(Manolo de Granada).*—Banderillero en novilladas, bien apañadito y compuesto y nada más. Mientras unos informes nos aseguran que hace doce años se retiró del toreo, otros dicen que marchó á América y no se ha vuelto á saber de él.

Muñoz, Manuel *(Manolete).*—Picador de toros desde 30 de Mayo de 1858 en que apareció en Sevilla, sin haber dejado tras sí recuerdo alguno favorable al arte. Era sordo en extremo, y ya viejo, andaba guiando un carro por las calles de aquella ciudad no hace muchos años.

Muñoz, Juan.—Por los años de 1796 y después con los matadores Conde y *Perucho*, trabajó en varias provincias éste picador de toros, natural de las Cabezas de San Juan, provincia de Cádiz.

Muñoz, Miguel.—Tomó la alternativa de picador de toros en Sevilla el 17 de Diciembre de 1820, sin hacerse notar por su trabajo.

Muñoz, Tomás.—Con Pablo de la Cruz alternó en Sevilla como picador el 16 de Octubre de 1826. No ha dejado fama en el toreo. En Madrid no gustó el 4 de Junio de 1832.

Muñoz, José *(Pucheta.)*—Valía poco como matador, pero era valiente y bravo aunque desgarbado. Trabajó alternando con *Cúchares* en Madrid. Sin duda para conseguir su ajuste en 1855 le valió la preponderancia que sobre las masas populares adquirió en los sucesos de Julio de 1854. Fué empleado por el Gobierno, y en 1856, el 16 de Julio, asesinado en las afueras de la Puerta de Toledo, cuando se retiraba de Madrid despues de desesperada lucha en las calles.

Muñoz, Francisco *(Pucheta menor).*—Hermano del desgraciado espada que, por meterse en política, murió asesinado en las afueras de la Puerta de Toledo el año 1856. Francisco ha sido un banderillero basto, pero valiente y deseoso de cumplir. Se retiró despues del año de 1868 para servir destinos públicos de nombramiento de la casa real, y ha fallecido en Madrid el año de 1892.

Muñoz y Domínguez, José.—Nació en Sevilla el 2 de Febrero de 1812, siendo sus padres María Domínguez y Tomás Muñoz, conocedor acreditado en Andalucía, que sirvió un tiempo en la notable ganadería de D. Justo Hernández. Su abuelo paterno, que tuvo á su cargo la labranza, yeguada y ganadería vacuna del marqués de Esquivel, ocupó á José en las faenas de campo, hasta que éste, en 1841, se hizo picador de toros, estrenándose con gran aceptación en la plaza de Jerez, como

parte de la cuadrilla del célebre Francisco Montes. En sus buenos tiempos lucía este picador en la plaza tanto como el que más, por su buen aire, su excelente escuela y notable inteligencia. Era tan fino en su arte como el famoso Trigo, de quien fué compañero; pero no era tan duro como éste, aunque mucho mejor que otros que pasan ahora por buenos. Todavía á pesar de los años ha figurado en las funciones reales de 1878. Ha fallecido en Madrid hace muy pocos años, fué buen mozo y su retrato, como tipo, figura en el famoso cuadro de Castellano *Las Caballerizas*.

Muñoz, D. Daniel.—Notable escritor uruguayo, que con el seudónimo *Sansón Carrasco* defendió en la prensa de Montevideo, con incontrovertible lógica y admirable argumentación, las corridas de toros, cuando en 1888 pidieron los diputados de aquél país la prohibición de las mismas.

Muñoz, Cándido *(Pulguita)*.—En nada se parece á Santos López que tiene ese apodo hace algunos años. Pone banderillas y se da buena maña, pero hay mucha distancia de uno á otro: sin embargo, como es más joven, es más atrevido y por su gran voluntad va adelantando, distinguiéndose como peón de brega especialmente.

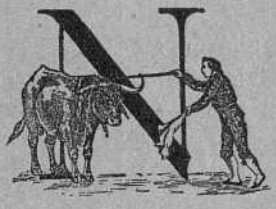
Muñoz Cantoral, Ignacio.—No se explica nadie la razón de que este antiguo y valiente banderillero andaluz, no haya adquirido el renombre que merece en el arte del toreo. Otros le tienen con menos motivo, pero es seguro que ya no le ha de conquistar.

Muñoz, Rafael *(Mochilón)*.—Banderillero mexicano, que recorre, luciendo su habilidad con los palos y el capote, todas las plazas de América en que se le proporciona trabajo.

Muñoz, Joaquín *(Belloto)*.—Matador de toros en novilladas, atrevido, con cierta desenvoltura que le hace aparecer como inteligente. Si lo fuera, ya estaría más adelantado, al cabo de los años que hace que se dedicó al oficio, toda vez que valor le sobra y voluntad también. En Madrid se presentó por primera vez en Julio de 1887. Dicen que es natural de Málaga.

Murciélago.—Cuando poseía D. Joaquín de Val la ganadería que hoy pertenece á Doña Ramona Saez, viuda de Gota, compró el espada *Lagartijo*, una corrida de esa vacada para lidiarla en Córdoba y colocó en quinto lugar al toro llamado *Murciélago*, colorado encendido y bien armado, que tomó veinticuatro varas y al ser banderilleado, el público pidió se le perdonase la vida á lo que accedió la presidencia. El valiente bicho, después de curado, fue adquirido por D. Antonio Miura, que le pidió á *Lagartijo* y éste al ganadero. Parece que después fué destinado al cruce con sesenta vacas miureñas, muriendo luego de accidente casual. La mayor parte de los toros de Miura que salen de dicha pinta proceden de dicho cruzamiento.

Murillo, Vicente.—Banderillero de escaso nombre. Es verdad que siendo tan moderno poco puede haber adquirido hasta ahora.



N., Manuel *(El Catalán).*—Por solos este nombre y apodo figuraba en 1824 un banderillero que en carteles se decía ser de Sevilla, y cuyos méritos son desconocidos.

N., José *(El Fraile).*—Sin más que este nombre y alias aparece también en carteles de dicho año de 1824 este banderillero sevillano, á quien daba ocupación el bravo espada Hidalgo. No es fácil, dado el tiempo que ha pasado, adquirir noticias de esos toreros, cuyos apellidos se ignoran, pero da lugar á creer que su mérito no sería muy relevante esa misma circunstancia de falta de fama ó renombre.

N., Francisco *(El Panadero).*—Matador de toros, natural de Granada, que alternaba en 1826 con Manuel Lucas Blanco, según cartel en que no consta su apellido, pues aparece anunciado para una corrida que se efectuó en Málaga el día de San Juan con sólo el título de *Curro el Panadero.*

Nadar.—Llaman así los aficionados al acto de agarrarse un picador á las tablas ó barrera, abandonando el caballo que monta, ya por haber dado un marronazo y habérsele colado el toro, ya por no poder resistir el encontrón de la acometida del mismo. Es un acto perjudicial para el picador y

digno de censura; pero hay ocasiones en que no puede evitarse, por ejemplo, cuando estando cerca de las tablas, y cogiendo el toro de lleno al caballo, arroja con ímpetu al jinete contra aquellas y las toma por refugio.

Naranjero.—En 5 de Junio de 1859 un toro así llamado, de la ganadería de D. Manuel García Puente López (Aleas), de Colmenar Viejo, al ser encerrado en uno de los toriles de la Plaza vieja de Madrid, entró con tal violencia, que, dando contra la tapia, quedó en el acto desnucado; caso raro nunca ocurrido en esta Corte.

Naranjito.—Fué un banderillero cuyo nombre no hemos podido averiguar. Pareaba con aceptación por el año de 1748, y era natural de Castilleja de Guzmán, en la provincia de Sevilla.

Cuando aún suena su nombre, debió distinguirse mucho.

Narciso, Andrés.—No ha sido gran notabilidad en su arte este banderillero, de quien alguna vez echó mano *Cúchares* para aumentar su cuadrilla, así que nadie sabe si era andaluz ó castellano, y muchos ni siquiera le recuerdan.

Nassiet, Mr.—Toreador francés que, allá en su país, goza fama de bravo y entendido en la lidia, *á la francesa*, de toros bravos. Tiene tal fuerza de piernas y tal agilidad, que espera las reses, y, á pié firme, engendra y ejecuta el salto de cabeza á cola con la mayor limpieza.

Así lo dicen, y hay que creerlo, que cosas más raras hemos visto en los circos á los acróbatas, y no es nuevo ese salto en los anales taurinos.

Natera, D. Cayetano.—Con motivo de las fiestas reales que en Málaga se celebraron en 16 de Septiembre de 1686 trabajó como caballero en plaza este ilustre hijo de dicha ciudad.

Navarra.—Suerte de capear, tan airosa ó más que la verónica. Puede ejecutarse con toros que se ciñan, revoltosos, y sobre todo con los abantos y boyantes; pero no debe hacerse con los de sentido, burriciegos de segunda y tercera, tuertos del derecho, ni con los que ganan terreno. El diestro se coloca frente al toro con la capa extendida lo mismo que para la verónica y lo más cerca posible; al acudir el toro, le tiende la suerte, se la carga mucho cuando llegue á jurisdicción, es decir, tuerce el torero su cuerpo de perfil, alargando los brazos y teniendo los pies en la mayor quietud para llamar al toro y hacerle la suerte á un lado, y cuando ya vaya fuera y bien humillado, le arranca con prontitud la capa por bajo del hocico con dirección opuesta á la que llevaba, y da entonces una vuelta en redondo con los pies juntos por el terreno de adentro, quedando de nuevo frente al toro preparado para otra suerte. Con toda clase de toros con que se ejecute esta debe tenerse presente: que las reses han de conservar todas sus piernas; que la vuelta que da el torero ha de ser muy rápida; que á los toros revoltosos se les ha de dar salida larga, lo cual se consigue cargando más la suerte y perfilándose más antes de sacar la capa; y que el torero que no tenga fuerza en las rodillas intente pocas veces ejecutarla.

Navarrete, Antonio.—Cumplió como picador en la cuadrilla del desgraciado matador Antonio Sánchez *(El Tato)*. Tomó la alternativa en Sevilla el 15 de Agosto de 1847, siendo ya conocido en otras plazas de Andalucía.

Navarrete, Angel.—Natural de Madrid y banderillero regularcito, que trabajó algunas veces en la cuadrilla del *Tato*. Falleció en el Hospital de la Princesa el 27 de Diciembre de 1860, á consecuencia de unas calenturas tifoideas.

Era un muchacho modesto y simpático.

Navarro, Alvaro.—Torero que mataba en novi. lladas y de mala manera, allá por el año de 1870. Era jerezano, y no sabemos si vive ó no. En Madrid no llegó á presentarse.

Navarro, Miguel *(El Cartagenero)*.—Si hubiera sabido tanto como valiente fué para matar toros en novilladas, hubiese ascendido más, al cabo de los años que llevaba en ejercicio. Ya se ve, estos hombres se van ante los toros sin más nociones de tauromaquia que las de su imaginación obstruída, y demasiado hacen si van librando el pellejo. Falleció hace pocos años, según nos aseguran.

Navarro, Juan de la Cruz.—Suena el nombre de este muchacho como matador de toros en novilladas. Creemos que hasta ahora no es conocido más que en Andalucía, y no tanto como él quisiera.

Navarro, Valentín.—Lo mismo que al anterior puede calificarse á éste, en todo y por todo; sólo que quiere añadirse nada menos que el apodo de *Bombita*, que sólo corresponde hoy á Emilio Torres y perteneció hace más de veinte años á Juan Sánchez.

Es decir, que ni Valentín ni Juan han despuntado hasta ahora.

Navarro, Vicente *(El Tito).*—Espada muy conocido en las regiones mexicanas, donde ha trabajado con éxito muy vario. Allí, como aquí, cualquiera se hace matador de toros, sin haber antes echado un capote ni tomado en sus manos las banderillas. ¡Qué tiempos!

Navarro, Joaquín *(Quinito).*—Ha logrado que en él se fije la atención, y esto ya es algo. Su nombre figura en bastantes carteles de plazas andaluzas, como matador sin alternativa; pero de ahí no

sale. ¿Por qué será? Pocas veces le hemos visto trabajar, y en ellas ha estado valiente y con regulares conocimientos, nada más que regulares, sin demostrar gran inteligencia en el uso del estoque.

Navas, Abelardo.—En las plazas de toros de la isla de Cuba, fué banderillero que cumplía bastante bien, hace pocos años. No sabemos si es, ó era hermano ó pariente de

Navas, José.—También banderillero en Ultramar y en el año de 1886, á las órdenes del espada apodado el *Niño*, que suponemos sea Fernando Gutiérrez. Es natural de Cádiz, y sus paisanos llamábanle *Frascuelín*.

Navas, Ruperto *(Navitas).*—Novel banderillero que trae alientos, pero le falta arte. Puede adquirirle estudiando y atendiendo lo que hacen los buenos, y en esto ha de cuidar de escoger bien, que hay muchos que pasan por tales y son muy malos.

Negro.—El toro cuya pinta ó pelo es totalmente de dicho color, si bien se dice negro lombardo al que tiene la piel de un negro pardo, cuyo tinte se inclina por el lomo á colorado obscuro; negro zaino, mohino ó mulato al negro puro, aunque el último es más pardusco; y negro azabache al que, siendo negro, tiene el pelo lustroso y brillante; cosa que generalmente no da la pinta, sino el trapío, por efecto de los buenos pastos y esmerada crianza.

Negrón, José.—Banderillero sevillano de la cuadrilla de Antonio Carmona *(El Gordito)*, que trabajaba á conciencia, y algunas veces estoqueaba en calidad de sobresaliente. Murió en Tomares (San Juan de Aznalfarache, Sevilla), á consecuencia de enfermedad del pecho, el día 3 de Julio de 1873. Llamábanle algunos de su país por el mote de *Negri*.

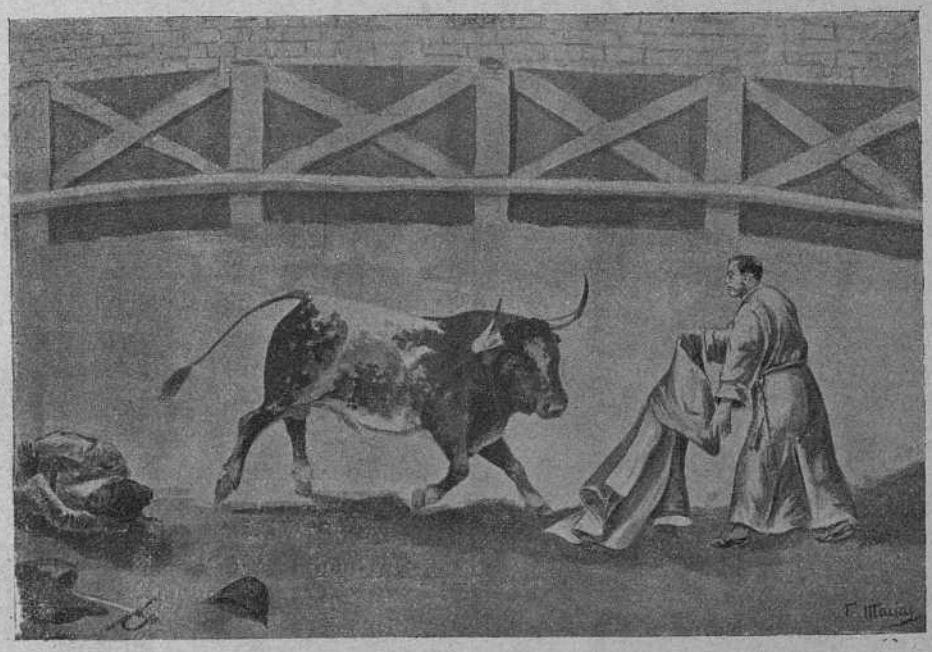
Negrón, Pablo.—Fraile mercenario, andaluz, residente en un convento de la ciudad de Lima, en el Perú, á principios de este siglo. Era muy entendido en tauromaquia y su opinión respetada por los toreros de aquel país. En el mes de Agosto de 1816 se celebraron en Lima grandes fiestas para solemnizar la recepción del nuevo virey del Perú, marqués de Viluma, y entre ellas se dispusieron tres tardes de toros en la plaza Mayor, porque en el circo ordinario no se verificaban, como tampoco en España, las funciones reales. Ocurrió que en la primera tarde, un toro del país, llamado *Relámpago*, cogió al espada Pizi, negro de color, hiriéndole gravemente, en cuyo momento, el Padre Negrón, que ya le había gritado antes «fuera de ahí», salió del andamio á la plaza, se quitó la capa del hábito blanco de lana, y con ella dió al toro tantos lances á la verónica, navarra y de todos modos, que le dejó rendido, dando tiempo para retirar de la arena al infortunado torero. Por este hecho fué castigado, suspenso de misa y demás funciones sa-

cerdotales, y se le prohibió salir del convento sin licencia del prior, hasta que, pasado algún tiempo, y por estar enfermo, se le envió al pueblecito inmediato de la Magdalena, y llevado de su afición taurina, estaba constantemente visitando las vacadas ó haciendas inmediatas, lanceando de capa cuantas reses se le presentaban. Una de ellas le apretó contra una tapia, rompiéndole un brazo, con lo cual quedó imposibilitado para el toreo.

El P. Negrón quiso probar indudablemente que *el hábito no hace al monje.*

en la mano una farpa, que no debe emplear si no se ve perseguido por el toro. Cuando hay *neto* en la plaza que transmita las órdenes del *inteligente* no hay clarín.

Neto Molina, Juan *(El Bravo).*—El 20 de Septiembre de 1874 alternó este picador en la plaza de Sevilla, sin causar su aparición gran entusiasmo. Se ignora su paradero, y el motivo de haber tomado un apodo tan significativo y que á tanto obliga, para después...



EL P. NEGRON EN LA PLAZA DE LIMA. — MACÍAS

Nergan, Juan Cosme de.—Autor de un curioso y bien escrito libro, publicado en 1813, en que se defienden atinadamente las fiestas de toros, y se titula *Las corridas de toros vindicadas por un chispero en conversaciones familiares, en las cuales también se trata del buen uso de las diversiones públicas.* Cita á este autor con elogio el erudito Sr. Carmena en su curiosísimo libro *Bibliografía de la tauromaquia.*

Neto.—Así llaman en Portugal á los alguaciles que están á las órdenes de la Presidencia; pero hay allí la circunstancia de que prestan su servicio á caballo dentro del redondel. Hace muchos años que se quitó esa antigua costumbre, aunque todavía se recuerdan los nombres de Silvino dos Santos Teisceira, Edmundo Cordero da Silva, Julio Botelho y Luis Nouville; sin embargo, en los cercados de hidalgos continúan los *netos* sus funciones, desempeñadas por un buen jinete, que lleva

Nevado.—Se llama así al toro que, sea cualquiera el color del fondo de su piel, tiene en ella, más ó menos abundantes, muchas manchas blancas pequeñas, lo más de una pulgada de extensión. No debe equivocarse con el sardo, y mucho menos con el berrendo, ni el girón.

Neves, José dos.—Fué en Portugal un buen mozo de forcado, pero ya no trabaja. No nos han dicho si lo fué por afición ó como torero retribuído, ni cuál fué su época, que suponemos fué relativamente remota, pero del presente siglo.

Neues Oneron, D. Onairpic.— ¡Jesús qué nombre y qué apellidos! ¿A dónde habrá ido á adquirirlos este torero mexicano, rejoneador, banderillero á caballo y matador á estilo de España? Elógianle mucho los periódicos de su país, pero algo tendrá en su contra cuando no es de los que más trabajan.

Se necesita hacer un estudio detenido para formar lo que consideramos un anagrama de otros nombres y apellidos, pero ya que le hubiera hecho, formárale siquiera *pronunciable*.

Nicolau, Antonio.—En novilladas parece mató toros hace más de cuarenta años. No ha llegado á nuestra noticia una palabra acerca de su mérito ni de su paradero. Sólo sabemos que en la ciudad de Orihuela trabajó el año de 1850 ó en el 51, pero nada más.

Nieto, Manuel *(Gorete).*—Nació en Guillena, Sevilla, el día 5 de Mayo de 1869, y antes de cumplir los dieciseis años ya corría como aventajado aficionado en las capeas y novilladas de los pueblos de dicha provincia, porque las faenas del campo á que sus padres le dedicaron le fueron muy poco gratas. Desde poco después ha figurado este torero en clase de matador de toros de puntas en

muchas novilladas formales celebradas en plazas de importancia, como Madrid, Sevilla, San Fernando, con bastante buen éxito; y en 1891 pasó á México, donde en cuatro meses trabajó veinticinco corridas, regresando á su país en 1892. Es valiente, ha sufrido cogidas de consideración, y cada vez se le ha visto más bravo, intentando en varias ocasiones la ejecución de la hermosa suerte de recibir, para la cual tiene excepcionales condiciones, puesto que es joven, buena figura, serio y pausado en sus movimientos. Si trabajase más frecuentemente podría formarse de él juicio exacto acerca de sus conocimientos de las reses y de su inteligencia en el arte á que se ha dedicado, porque á veces parece muy entendido y otras irresoluto, como dudando qué hacer, y eso es peligroso á la cabeza de los toros.

Noble.—(Véase Bovante).

Noble, Juan *(Chiclanero).*—Es uno de los toreros que más nombre tienen allende los Pirineos, lidiando reses del país en las plazas del Mediodía de Francia. Si es natural de aquella nación ó español, si vale algo ó no, y cuáles son sus condiciones, lo ignoramos absolutamente, porque no nos fiamos de lo que escriben los revisteros franceses, aunque á algunos parece que no les son extrañas las reglas del toreo.

Nogales, Manuel *(Ostión).*—Matador de novillos, procedente de Sevilla, que en la plaza de Madrid, el 1.º de Enero de 1887, dió el salto de *Martincho* atados los pies con un pañuelo, y que además mató un toro, demostrando en ambas suertes gran valor. No hemos vuelto á saber de él. ¿Habrá ido á *perfeccionarse* en América?

Nogueras, Antonio.—En 15 de Agosto de 1862 trabajó en Sevilla picando en una corrida de toros con otros picadores, que como él no adquirieron gran renombre.

Nogueras, Manuel *(Negrete).*—Tampoco este picador ha despuntado en su oficio. No sabemos si será hijo ó pariente del anterior. Trabajó hacia el año de 1867.

Nolasco, Pedro *(El Moreno).*—Ninguno de los muchos aficionados antiguos á quienes hemos preguntado por este torero nos ha dado razón de él. Ha figurado, sin embargo, en fines del primer tercio del presente siglo en plazas de tercer orden como matador.

Nombela, D. Julio.—Aventajado literato y escritor público, autor de la popular novela titulada *Pepe Illo, memorias de la España de pan y toros*, en que demuestra su entusiasmo por todo lo que nuestra nación tiene de bueno y grande.

Noriega, José *(El Castizo).*—Novillero sevillano, que alguna vez estoqueaba becerros adelantados

con más valor que inteligencia. Tuvo la desgracia de sufrir en Murcia una horrorosa cogida por un mal novillo el día 20 de Mayo de 1894, que le causó la muerte á las pocas horas. El día 23 fué conducido su cadáver desde la iglesia de Santa María al Cementerio, con gran solemnidad, acompañándole numerosa comitiva compuesta de individuos de todas las clases sociales. Los funerales se verificaron en la iglesia de San Juan de Dios. No hay noticia de que en Murcia haya ocurrido nunca caso igual, ni de que por falta de servicio facultativo transcurrieran *cuatro horas* sin que se le hiciese cura alguna hasta que fué trasladado al hospital.

Noriega, D. Eduardo.—Autor dramático mexicano y escritor taurino, intransigente con todo lo que no sea defender la escuela del toreo español, tal y como la escribieron los grandes maestros. Ha tratado sin compasión á empresarios, toreros y ganaderos en el periódico de su país *La Voz de España*, firmando con el seudónimo de *Tres Picos*, fundando luego un periódico que tituló *La Muleta*, y más tarde, en 1894, *El Toreo Ilustrado*, que tiene mucha aceptación.

Noronha, D. Juan de *(Paraty)*.—Se retiró del toreo hace bastante tiempo este distinguido mozo de forcado portugués. Tenemos formada la opinión de que nunca trabajó por dinero, sino como amador.

Novelli, D. Nicolás Rodrigo.—Publicó en Madrid en el año 1726 una *Cartilla de torear*, y en ella asegura que los primeros lidiadores de á pie fueron D. Jerónimo de Olaso, D. Luis de Peña Terrones y D. Bernardino Canal. Poco después de esa época es cuando empezó á trabajar como lidiador de profesión el célebre Francisco Romero.

El Sr. Carmena y Millán ha impreso á sus expensas, en 1894, la referida *Cartilla* con gran lujo, pero respetando escrupulosamente la ortografía del original, por no despojar al libro del carácter de la época: y de esa originalísima reimpresión, hecha con esmero por la casa tipográfica de los hijos de Ducazcal, en 58 páginas útiles, sólo ha hecho una tirada de 25 ejemplares, que como es consiguiente, son ya tan raros ó poco menos que el original.

Novillada.—Se llaman así las corridas de novillos que se verifican en los pueblos en las principales fiestas que en ellos se celebran. Al efecto cierran la plaza con empalizadas, carros y carretas, y sueltan una á una, durante la mayor parte del día, las reses que en un lugar conveniente tienen encerradas, con las cuales los mozos juegan sin arma alguna, capeándolas y lidiándolas. Cuando el presidente lo determina, retiran el novillo y sueltan otro, sucediendo frecuentemente que uno mismo es corrido varias veces, lo cual ocasiona desgracias irreparables. Sin duda alguna de este modo era como en un principio los moros, y luego los españoles, corrían los toros, y por eso también se dictaron tantas disposiciones encaminadas á prohibirlas, en vez de reglamentarlas, como debieron hacer. Un autor notable escribía sobre este particular en el último tercio del siglo XVI lo siguiente: «El correr y montear toros en coso es costumbre en España de tiempos antiquísimos, y hay antiguas instituciones anuales por votos de ciudades, de fiestas ofrecidas por victorias habidas contra los infieles en días señalados. Es la más apacible fiesta que en España se usa; tanto, que sin ella ninguna se tiene por regocijo, y con mucha razón, por la variedad de acontecimientos que en ella hay. Traen los toros del campo, juntamente con las vacas, á la ciudad con gente de á caballo con garrochones, que son lanzas con púas de fierro en el fin de ellas, y enciérranlos en un sitio apartado en la plaza donde se han de correr, y dejando dentro de él los toros, vuelven las vacas al campo, y del sitio donde están encerrados sacan uno á uno á la plaza, que está cerrada de palenques, donde los corre gente de á pie y á caballo; á veces acometiéndoles la gente de á caballo con las garrochas y andando en torno de ellos en caracol, lo hacen acudir á una y otra parte; otras veces echándoles la gente de á pie garrochas pequeñas, y al tiempo que arremete, echándoles capas á los ojos, los detienen. Y últimamente sueltan alanos que, haciendo presa en ellos, los cansan y rinden. En el Andalucía, en la ciudad de Baeza, se acostumbra por los mancebos de una villa á ella sujeta, llamada Vilchez, esperar en la plaza al toro un escuadrón de piqueros, y al tiempo que el toro embiste en ellos, lo levantan por el aire sobre las picas y le tienden en la plaza muerto, que es suerte de mucha destreza, á cuya forma de regocijo llaman la «Suiza».—Nada de esto nos extraña, porque nosotros hemos visto en más de un pueblo matar algún novillo á pinchazos, bayonetazos, y aun á tiros; pero esto no es lo más general.

De tiempo inmemorial vienen celebrándose en España, y particularmente en los pueblos de Castilla, Aragón, Valencia, Andalucía y Navarra, las corridas de novillos, no sólo por los lidiadores de profesión, sino por la gente del pueblo, que sintiendo dentro de sí un entusiasmo y una afición que ha ido transmitiéndose de generación en ge-

neración, toman parte sin orden ni concierto en tales funciones, sin que el escarmiento por terribles cogidas haya menguado en lo más mínimo su ardor por la pelea. Las célebres láminas de Goya han puesto de manifiesto el confuso tropel con que en tiempos de los moros y después se verificaban, y el renombrado caballero Gonzalo Argote de Molina, lo mismo que otros muchos que de toros escribieron en los siglos pasados, dan idea de lo que fué en sus tiempos tan apetecida fiesta, con la cual solemnizaban acontecimientos faustos, ferias y funciones religiosas. Antes de que el toreo se regularizase, tomando parte en él lidiadores asalariados, y luego cuando éstos no podían ser contratados por cualquier causa, se practicó dicho ejercicio en formas muy singulares. En unos pueblos, como ha dicho bien el autor citado, los mozos, con picas y con banastas, sin otro apoyo ni refugio, levantaban en alto las reses, defendiéndose de sus acometidas como mejor podían; en otros, engañándolas con dominguillos—que así se llama á los monigotes que hacían con odres infladas—esquivaban los hombres el peligro; en otros conseguían esto huyendo de los novillos y arrojándose á hoyos abiertos de antemano en la tierra; en otros agarrándose á cuerdas colocadas en unas vigas, con las cuales formaban una especie de balanza que se elevaba naturalmente por un extremo cuando por el otro la hacían inclinar las fuerzas de otros hombres más apartados del peligro; y eran, en fin, tantos los medios que inventaban para tal diversión, que sería difícil enumerarlos. Formaron luego empalizadas, bajo las cuales se guarecían cuando el riesgo lo aconsejaba, y también bajo los carros llenos de gentes, con que tapaban, y aun tapan, las entradas de la plaza, dando ocasión á que muchas veces los revolcasen, con peligro de todos los que el vehículo ocupaban, y hasta utilizaban escaleras de mano, sujetas á las paredes, para salvarse en ellas. Por si es poco semejante cúmulo de barbaridades, todavía inventaron correr por todas las calles del pueblo un novillo enmaromado, ó sea atado por las astas con una cuerda larga, cuyo extremo recogían varios hombres, y que aflojaban ó refrenaban, según el perseguido les era, ó es, más ó menos simpático (véase GALLUMBO), y esto mismo que corrido al amanecer llaman el toro del aguardiente, adicionado con dos hachas de viento que atan fuertemente á las astas del animal, hasta que se rinden por el cansancio. Hoy ya los pueblos de alguna importancia que no tienen plaza de toros la construyen con tablados y andamios, que á veces no ofrecen á los que los ocupan la seguridad necesaria; pero siempre las reses son lidiadas por el gentío inexperto, en montón desordenado; y para evitar desgracias, para estorbar un espectáculo tan poco culto, se han dictado diferentes bandos y disposiciones, observados deficientemente, hasta el punto de que está prevenido por Reales órdenes, y la última es de 31 de Octubre de 1882, que no se den licencias á los alcaldes por los gobernadores de provincias para verificar corridas de novillos sin que cumplan previamente varios requisitos y tengan satisfechas todas sus atenciones.

Suponemos que ese fué el principio de las corridas de toros, que luego poco á poco se formalizaron: y aun después de formalizadas y organizadas, se han celebrado novilladas en la plaza de Madrid y en las demás del reino desde el último tercio del siglo anterior, ejecutando en ellas diferentes mojigangas y pantomimas, que divierten al público; y no son otra cosa que novilladas las que se dan en Portugal, puesto que los toros van embolados y con ellos no se ejecuta la principal suerte del toreo.

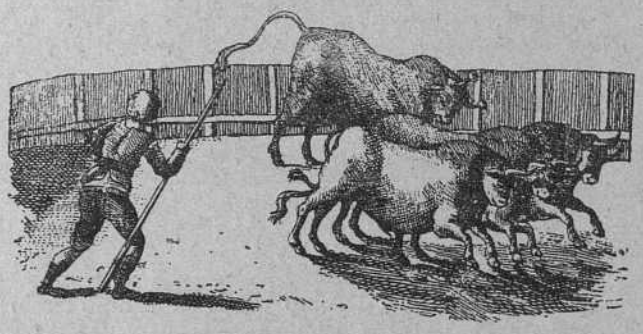
1790. — NOVILLADA (corrida)

Ha supuesto un discretísimo autor moderno que la celebración de corridas de novillos en la corte, incluyendo en ellas la lidia de dos toros de muerte, se realizó como ensayo el 8 de Febrero de 1801, y en esto ha padecido error, porque ya en el siglo pasado, y entre otros días, el 10 de Noviembre de 1777, se celebró en Madrid la 16.ª y última fiesta de toros, soltándose en ella dieciocho, de ellos seis por la mañana y diez por la tarde. Los cuatro primeros de la mañana y ocho primeros de la tarde fueron lidiados por las cuadrillas de *Costillares* y *Pepe Illo*, y los últimos salieron *embolados* para los aficionados; á otros dos los pusieron *Dominguillos*, y les hicieron luchar con dos perros de presa; otro fué picado á pie, á otro le rejoneó un «caballero particular» y á otro le sujetó, ensilló y montó el indio Ceballos, y le mató luego de capearle y ponerle banderillas Francisco Herrera *(Curro)*.

Es decir, que si á esta fiesta no quiere dársela el nombre de novillada con toros de muerte, habrá que aplicarla el de corrida de toros con novi-

llos y mojigangas; y de todos modos pone de manifiesto que las corridas mixtas de toros y novillos son muy antiguas en España. Tanto es así que en el libro correspondiente de actas del Ayuntamiento de Bilbao consta que á principios del siglo XVIII se corrían en una misma función toros y novillos para celebrar la fiesta del Corpus y dentro de su octavario, por cierto que empezaron con seis toros y catorce novillos de Castilla; y no es dudoso creer que esto se verificaba en todas partes, añadiendo siempre á las corridas de novillos la *ejecución* á estoque de algunos toros de muerte por lidiadores que mataban tanto á pie como á caballo y de otras diversas maneras.

No eran muy escrupulosos nuestros antepasados para anunciar como nuevo lo que ya se había olvidado, ni tampoco en propagar con frases encomiásticas la afición á la fiesta nacional, pues



1790. — NOVILLADA (al corral)

por mucho entusiasmo que tuvieran, el *bombo* era tan grande, que excedía con creces á los que ahora usamos, y eso que son de buen tamaño.

En lo que sí está en lo firme dicho escritor es en que José Napoleón, queriendo hacerse simpático al pueblo de Madrid, respetando y favoreciendo todo lo concerniente á nuestra fiesta nacional, llegó en 1811 á organizar corridas de novillos costeadas por él, y en las que la entrada fué gratis. Ya lo hemos dicho en la introducción de este libro; hubo días en que, por no querer asistir gente al espectáculo que le regalaba un rey intruso, eran conducidos á él por la fuerza armada los transeuntes por aquellas inmediaciones, y eso que hubo alguna, como la celebrada en 22 de Diciembre de 1811, en que se lidiaron cuatro toros de muerte y seis becerros, se verificó una pantomima y se sortearon en treinta lotes varios premios de aguinaldo, de los cuales los ocho primeros consistieron en medias fanegas de cascajo de toda clase.

Desde aquella época, raro es el año en que, especialmente en la temporada de invierno, han dejado de celebrarse corridas de novillos con toros de muerte, y en ellas hicieron su aprendizaje buenos toreros, que como Cayetano y *Frascuelo* fueron después gloria del arte. Los aficionados á éste vienen clamando hace tiempo contra la precisión en que se ven las empresas de soltar al final de una corrida de toros, de menor importancia que las en que ya trabajan lidiadores afamados, unos cuantos moruchos embolados, que no producen otro resultado que el de lastimar á cuatro perdidos holgazanes, dando ejemplo de soez y bárbara diversión; pero se estrellan sus deseos contra las leyes fiscales que exigen como contribución por industria—aparte de la territorial é impuesto de timbre—1.555 pesetas por una corrida de toros, y 1.244 pesetas por la de toros y novillos, ó sea mixta. Acuden, pues, á defender sus intereses los empresarios, y tanto á ellos como al Estado les importa poco que media docena de hombres se inutilicen para siempre.

Novillero.—A los toreros principantes, á los aficionados de invierno y á otros *atrasados* de dichas clases, se les da este nombre. En provincias se llama así la parte de dehesa que sirve para pastar los novillos, ó paridera de las vacas, que es siempre la más abundante de hierba, y en Extremadura llaman de este modo unas isletas que hace el río Guadiana, muy apropósito para esto.

Núñez, Ignacio.—Picador de vara larga en el último tercio del pasado siglo. Dicen que era bravo y duro, y por eso le distinguía mucho Juan Romero.

Núñez, Juan.—Sevillano y matador de toros. No hay que confundirle con el apodado *Sentimientos*, pues éste fué anterior; tal vez podrían ser parientes. En 1824 ocupaba un lugar secundario en cuadrillas de tercer orden.

Núñez, Juan *(Sentimientos)*.—Después de la muerte del afamado *Pepe Illo*, decayó visiblemente la afición á las corridas de toros, á cuyo espectáculo no podía darse, por los toreros que quedaban para trabajar, la animación y alegría que le dieran antes las porfiadas emulaciones del gran Romero con el valeroso *Illo*. Sin embargo, entre los que quedaron, debe hacerse especial mención de *Sentimientos*, que por su afán de complacer, por su gracioso trato y simpático porte, era muy buscado por las Maestranzas y Juntas de Hospitales. En Madrid se distinguió mucho en los años de 1808 y siguientes, trabajando con Agustín Aroca y otros espadas.

Cuéntase de Núñez una escena que, según la

tradición que hasta nosotros ha llegado, ocurrió entre él y el famoso *Curro Guillén* en la plaza de Madrid el 22 de Junio de 1818. Presidía la corrida el rey D. Fernando VII, y habiendo tenido la desgracia Juan Núñez de matar de mala manera el tercer toro de la tarde, perteneciente á la ganadería de Perdiguero, vecino de Alcobendas, porque el bicho se huyó á las primeras varas y hubo necesidad de ponerle banderillas de fuego, el público le silbó y apostrofó como es costumbre en casos semejantes. El cuarto toro fué muerto por Jerónimo José Cándido, y al quinto le echaron perros por cobarde. Al sonar el clarín y los timbales para dar muerte al sexto toro, que era Vazqueño, noble, bravo y de poder, tomó Núñez los trastos á dicho fin, y en aquel momento estalló una tempestad de gritos pidiendo fuese Herrera el que lo estoquease. Protestaron de tal herejía taurómaca los inteligentes, que, como siempre, son pocos en número, diciendo que había pasado turno al espada anterior, y la grita, los silbidos, los aplausos y hasta los insultos no cesaban; el espada no sabía qué hacer; Cándido y Herrera le incitaban á cumplir su cometido y las cuadrillas miraban al palco real, consultando el modo de salir de aquel trance.

El rey ordenó con un ademán que Núñez esperase y mandó subir al *Curro*, que inmediatamente fué prevenido de que matase aquel toro.

Señor, que á mí no me toca—replicó— que mi turno ha pasao ya con el quinto toro, puesto que ha salío arrastrao; que si se cambia un día el turno, va á ser fatal este antecedente pá en adelante...

—No repliques á S. M.—dijo el coronel de Guardias.

—Pero... señor, que es una ofensa á mi compañero; que esto es injusto; que...

—Silencio, obedezca y pronto.

Bajó la cabeza *Curro Guillén*, deshaciendo con las manos el sombrero de medio queso, y rojo el rostro como la grana salió apresuradamente, llegó al callejón de la barrera por la puerta de Alguaciles, miró á Núñez y cambió de color al ver á éste lívido de coraje y mordiéndose los labios; tuvo entonces un momento de vacilación ó duda, antes de montar la barrera para saltar á la plaza, y de pronto, fuese que se enredase con el capote, ó por algún desvanecimiento, cayó al suelo de cabeza desde lo alto de la valla, hiriéndose la frente, de la que empezó á brotar sangre. Conducido á la enfermería, el rey mandó que *Sentimientos* fuese al toro, al que mató de una gran estocada recibiendo. El mismo público, que antes no quería verle, le colmó de aplausos, continuando alegremente la corrida, en que estoquearon los dos últimos toros el sobresaliente José Antonio Baden y el medio espada Juan León.

¿Fué casual ó intencionada la caída de Herrera?

.....

En la noche de aquel mismo día Núñez visitó al *Curro Guillén*, departieron con más demostraciones de cariño y compañerismo que de ordinario, y al despedirle *Curro* con la frase «Adiós, *Sentimientos*», contestó éste estrechándole la mano con efusión: «Nadie te gana en buenos sentimientos».

Estos rasgos de abnegación se ven con más frecuencia entre los toreros que en otras clases de la sociedad.

Era también Juan Núñez un gran patriota en aquellos tiempos, y no se recataba de hacer pública manifestación de sus ideas ante toda clase de personas y en cualquier momento. Años antes del suceso que llevamos referido, ocurrió con él, en la plaza de Madrid, una escena que demuestra de qué manera pensaba el hombre y de qué modo sabía adquirir simpatías. Era el lunes 26 de Septiembre de 1808, época en que tan encarnizados estaban los ánimos de los españoles contra los franceses: celebrábase una corrida entera de catorce toros manchegos, seis por la mañana y ocho por la tarde, que habían de estoquear Agustín Aroca y Juan Núñez; y cuando á éste le tocó matar al segundo toro, brindó al presidente D. Pedro de Loma y Mora, diciendo: «Por V. S., por la gente de Madrid, y porque no quede vivo ni un francés»; fuese en busca del toro, que era retinto, feo y veleto, de la ganadería albareña de Ciudad-Real, ostentando el famoso distintivo de la *campanilla*. Tan solo dos pases precedieron á una magnífica estocada *recibiendo*, un poco tendida. Aplaudió el público, pero el toro tardaba en doblar las manos, y *Sentimientos*, que tenía un genio muy vivo, fuese á él y le dió un mete y saca bajo, que en seguida surtió su efecto. Empezaban á iniciarse los silbidos, y entonces el matador, con cierto ademán solemne y con retumbante voz, dijo: «así tienen que morir todos los gabachos», y las palmas y los gritos patrióticos ahogaron las manifestaciones de desagrado.

Antes que en el teatro se apelase á ese medio para evitar un desastre, le inventó y puso en práctica *Sentimientos* en la plaza de toros.

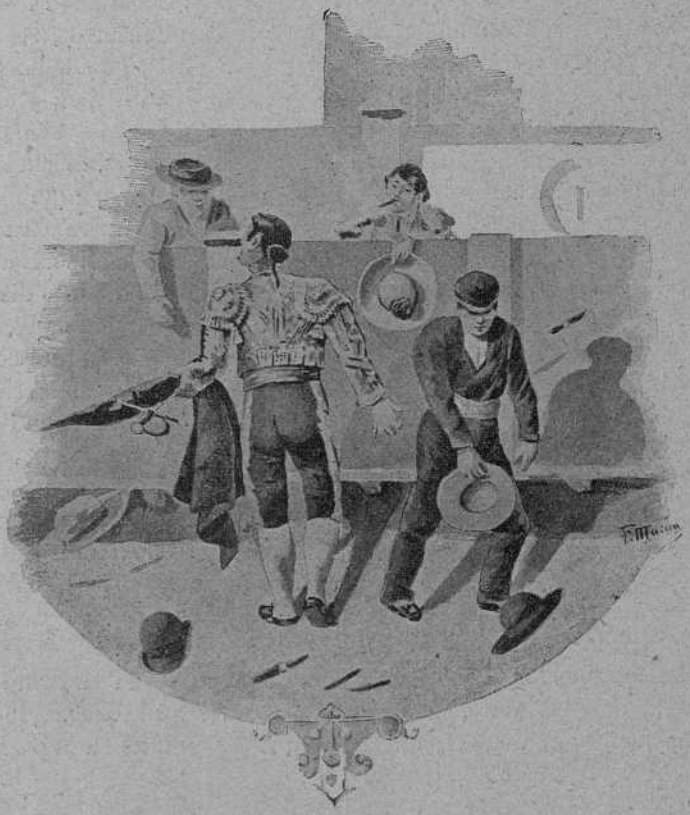
Núñez, D. Pedro.—Conocido tipógrafo madrileño, ardiente defensor de las corridas de toros en la prensa y distinguido aficionado. Pocos como él tratan ciertas cuestiones que al toreo afectan, y pocos también los que hagan de ello menos alarde. Es propietario del periódico *El Toreo*, que se publica en Madrid hace más de veinticinco años; en él ha defendido, con grandes conocimientos, los buenos principios del arte de torear, sin mixtificaciones que le adulteran, imprimiendo á su

excelente publicación un carácter serio é imparcial digno de ser imitado. A eso y á su acreditada afición debe el gran éxito de su periódico, que á fuerza de desvelos y de una voluntad inquebrantable ha conseguido ocupe en la prensa taurina un lugar preeminente.

Hombre serio, formal y bien acomodado, obra siempre con entera independencia y honradez.

Núñez Téllez, D. Arturo.—Uno de los mejores escritores portugueses que de asuntos taurinos se ha ocupado en aquel país. Reune á su vasto conocimiento del arte un modo de decir tan claro y sencillo, como ya no se ve, por desgracia para las letras.

Núñez, Alfredo *(El Tato).*—Novillero andaluz de poco nombre hasta ahora. Dicen que es valiente y no mala figura; pero ni eso ni el tomar ciertos apodos dan suficiencia. Hay que ejercitar el arte, para aprender, y dejarse de motes, con los que, lejos de ganar, se pierde. Nunca segundas partes fueron buenas.



Obedecer. — Se llama así cuando el toro acude prontamente al engaño, y empapado en él, sigue la dirección que se le marca. Es muy propio de los claros y sencillos, y aun de los revoltosos y codiciosos.

La obediencia para acatar las disposiciones que en el redondel dicte el director de la lidia, que es el primer espada, alcanza no solamente á los peones y picadores de su cuadrilla, sino también á todos los demás que en el ruedo se hallen. De otro modo todo es confusión y desorden, que, además de ser muchas veces causa de imperdonables desgracias, puede convertir la Plaza en un herradero digno de las más graves censuras.

Observar el viaje.—Es muy común en los toros de sentido, y aun en los recelosos, que por demasiado blandos al hierro se colocan en defensa, acudir al engaño arrancando con ímpetu, y á los dos pasos pararse de pronto y quedarse mirando el viaje ó carrera del torero. Lo mismo se dice si el toro, observando el viaje que trae hacia él un banderillero, por ejemplo, se espera sin arrancar hasta que cree posible coger el bulto. No es lo mismo que derramar la vista, porque esto no es fijarse precisamente en un objeto parado, sino en el que se mueve.

Ocaña, Manuel.—Formando parte de la cuadrilla de José Romero trabajó este banderillero por primera vez en Madrid en las funciones reales de 1803. Nada consta acerca de su mérito y circunstancias.

Ocañas, Isabelio *(El Cartagenero)*.—Y mata toros en novilladas, y se las arregla como puede, y si no sabe, algo hay que fiar en la Providencia. No sabemos por qué nos parece que este mozo no ha de llegar á capitán, ni aun á sargento.

Oceta.—Este apellido figura entre los de los caballeros más distinguidos que en el siglo XVII rejoneaban toros en coso cerrado. No nos ha sido posible saber su nombre y demás circunstancias, á pesar de haberlo intentado. Debió ser persona principal cuando con ellas alternaba.

Oduaga Zolarde, M.—En 1854, el editor Dentu de Paris dió á conocer un libro de dicho autor, en el que se tratan con sumo acierto todas las materias que se consignan en la portada, y que no son pocas para tratadas en un volumen de 148 páginas; pero hace el autor consideraciones muy favorables á la tauromaquia como espectáculo, y por ello bien merece que aun siendo el libro extranjero figure su autor en nuestro *Diccionario*.

Oficial.—Toro de la ganadería de Arribas, lidiado en Cádiz el 5 de Octubre de 1884, en tercer lugar; volteó al banderillero Avalos al dar el quiebro en rodillas; saltó la barrera, y en el callejón causó tres heridas al picador *Chato*, graves contusiones á un guardia civil, fracturó una pierna y tres costillas á un guardia municipal y rompió un brazo á un sereno. A pesar de tales desavíos, por los cuales le incluimos en este libro, no fué un gran toro por lo bravo.

O'hara, D. Juan.—Natural de la nebulosa Albión, y según se ha dicho, de familia bastante acomodada. Servía de oficial en uno de los regimientos que guarnecen á Gibraltar; vió algunas corridas de toros en Algeciras, San Roque y otros puntos de Andalucía, se aficionó al arte, y dejando el servicio militar, empezó á torear en becerradas como espada. A pesar del entusiasmo que en Andalucía causó, nunca vimos en él disposición para ser torero; así que desde fines de 1876 no se ha vuelto á hablar de él, y su carrera tarómaca ha durado escasamente unos dos años. Fáltale á Inglaterra lo que á España sobra.

Ojalao.—El toro que tiene la piel de alrededor de los ojos, en una circunferencia de uno á dos centímetros, de distinto color á la de la cabeza. No se le confunda con el «ojo de perdiz» que tiene ese cerco encarnado fuerte.

Ojeda, Bernardo.—Aunque pequeño de cuerpo, pone buenos pares; y si no se atreviese tan á menudo, intentando hacer cosas reservadas sólo á los maestros, sería mejor para él. Sin embargo, parándose y aplicándose, observó mucho, y casi siempre está á tiempo con el capote y corriendo por derecho. Nació en Jerez de la Frontera el 21 de Abril de 1844; pero sus padres, Manuel Ojeda y Joseja Godoy, se trasladaron á Madrid á fines de 1845, y desde entonces siempre ha sido su vecindad la corte. Aprendió Bernardo el oficio de bordador en oro y plata, y le dejó por el de torero, que empezó á ensayar á los doce años de edad en novilladas, en pueblos, en plazas de segundo y tercer orden y en cuantas partes pudo alcanzar para ejercitarse en la lidia. Es banderillero fino y esmerado.

Ojeda, Francisco.—No es pariente de Bernardo. Mata toros en novilladas hace algún tiempo y dicen que cumple á gusto de la gente de pueblos de segundo orden. Todos no han de ser bachilleres en el arte.

Ojo de perdiz.—El del toro que, á semejanza de aquella ave, tiene el cerco de los ojos encarnado encendido. En los toros llamados gijones y en los averdugados es muy común ese detalle.

Olazo, D. Jerónimo de.—Caballero principal que en el primer tercio del siglo anterior era notable por su destreza lidiando toros á caballo, según dice Novelli.

Olbegozo D. Luis F.—Revistero de Valladolid, que con el seudónimo de «Mundo Alegre» escribe con gracia é inteligencia las descripciones de las corridas de toros. Es parco en elogios y en censuras, pero cuando se desborda en uno ó en otro sentido, que alguna vez lo hace, se conoce que ya no puede aguantar más, y el entusiasmo ó la indignación le guían en aquel momento, sin rebasar nunca los límites de la cortesía y buena educación.

Es imparcial y exacto en sus apreciaciones, ¿qué más puede pedirse?

Oliva, Antonio Fernández.—Aficionado de Madrid que alguna vez trabajó en cuadrilla como banderillero. En la corrida verificada en la tarde del 29 de Abril de 1855 se concedió un toro de gracia, que salió en séptimo lugar, de la ganadería de D. Manuel Bañuelos, vecino de Colmenar Viejo, llamado *Pantalones*, y Fernández Oliva, con Victoriano Alcón *(El Cabo)*, pidieron permiso para ponerle banderillas. Obtenido que fué, puso el último un par, saliendo aquél en seguida derecho á la cabeza del animal, que le tomó al primer derrote en ella, causándole una herida en la ingle derecha y parte superior del muslo del mismo lado, que penetró en el vientre. Retirado del redondel y administrada la Extremaunción al herido, falleció de sus resultas al día siguiente á las siete de la tarde. Parece que el estado de embriaguez en que se hallaba fué la causa principal de la cogida.

Oliveira, David Narciso d'.—No pasa de mediano el trabajo de este mozo de forcado portugués, á pesar de sus conocimientos no escasos, de su valor y de su robustez.

Oliveira, Pedro d'.—Es muy valiente mozo de forcado y se le considera en Portugal como uno los buenos pegadores, aunque no ha conseguido un gran renombre.

Oliveira, Fernando Augusto d'.—Hijo de Firmino Antonio y de doña Custodia del Sacramento de Oliveira. Nació en Benavente en 12 de Marzo de 1859, y sus padres le dieron una educación esmerada; le dedicaron desde muy joven á las faenas de la agricultura, montando una magnífica labranza, y por efecto de su afición tomó parte como caballero rejoneador en muchas corridas, cuyos productos eran destinados en favor de algún acto caritativo.

De tal manera creció su afición al toreo, que abandonando la labranza se dedicó de lleno al arte de torear en el año de 1887, y hoy se le considera como uno de los más distinguidos rejoneadores, pues reune todas las condiciones que para ello se requieren. Buen jinete y muy entendido en tauromaquia, acompáñale gran valor y su atrevimiento produce siempre loco entusiasmo.

En Portugal considerásele ya como uno de los más afamados de aquel país, en cuyas plazas ha toreado con frecuencia y también en Cáceres en

el año de 1889. En Río-Janeiro, en 1891, fué tal el entusiasmo que despertó en diez corridas, que el pueblo entero le hizo una ovación de que no hay ejemplo, regalándole alhajas de gran valor.

Conociendo como pocos el arte, quiso hacer en él innovaciones, lo que ha conseguido con una suerte nueva. Esta es la de *Grupa* (garupa) *á Gaiola*, que consiste en colocarse el caballero muy cerca de la puerta del toril, teniendo el caballo la cola en la dirección de dicha puerta y la cabeza á los medios; y aguardando la salida de la res, aguanta su acometida, colocando el rejoncillo ó farpa y saliendo rápidamente. Es el único que hasta hoy la ha efectuado, y en ella ha probado prácticamente de qué manera ha sabido vencer la gran dificultad que ofrece por su riesgo, gracias á su valentía, destreza y conocimiento.

Compañero leal y siempre pronto á trabajar de

balde, cuando se trata de fines benéficos, es uno de los mejores artistas que hay en Portugal.

Oliver, Francisco.—Picador, que quería cumplir, y aunque sus facultades no eran muy aventajadas, procuraba no quedar desairado. El infeliz murió en Julio de 1876, viniendo á Madrid desde Zaragoza, por haberse salido de uno de los coches del ferrocarril, y al colocarse en el estribo, chocó su cuerpo con las bandas del puente sobre el Jalón; adonde fué arrojado casi cadáver, falleciendo á las pocas horas.

Oliver, Manuel.—Aunque mal, mataba toros en novilladas hace pocos años. Si el hombre se ha conocido y reflexionado acerca del porvenir que le esperaba, en el caso de no aprender más de lo que sabía, y por eso se ha retirado, ha hecho bien. La prudencia en ciertos casos es muy digna de alabanza.

Olivez, Manuel.—Torero, á quien llaman algunos *El Lagartijo catalán*, ha matado toros en novilladas allá en su país, y debe haberlo hecho tan á gusto de sus paisanos, que por allí se ha quedado, y en el resto de España no se le conoce. Allí mismo le van olvidando seguramente, puesto que ni en periódicos ni entre aficionados resuena su nombre.

Olivo (tomar el).—La acción de asirse el diestro á la barrera para saltarla. Sólo debe tomarse en caso de absoluta necesidad y grave peligro, y es muy feo y deslucido en un espada si lo verifica en la suerte de matar y con la muleta en la mano, porque al tener tal precisión demuestra que estaba colocado en mal terreno para dar salida al toro, y eso debe mirarlo mucho un buen espada, ó que el valor sufrió en aquel momento un eclipse censurable. Ya comprenderán los lectores que la palabra *olivo* se usa en sentido figurado, que ha adoptado desde hace muchos años el tecnicismo vulgar.

Olmedo, D. Carlos L.—Ha escrito en multitud de diarios de Sevilla, usando con más constancia los pseudónimos de *Juan Llorando* y *Farolillo*, en sus revistas taurinas.

Sus muchos escritos le han hecho popular, siendo revistero del diario *El Cronista* y corresponsal de algunos otros de provincias.

Escribe con facilidad y no escaso ingenio: sabe lo que dice, critica, pero no ofende, y entiende de asuntos tuarinos tanto como el primero.

Olmedo, D. José.—Uno de los caballeros en plaza que tomaron parte en las funciones reales de toros celebradas en 1846 con motivo del casamiento de la reina doña Isabel II. Fué apadrinado, en concepto de supernumerario, por el Ayuntamiento de Madrid.

Olmedo, Valentín.—Se dió á conocer en Sevilla como matador de toros en novilladas el día 23 de Agosto de 1896. Es valiente, ignora mucho, pero sabe algo; se atreve, y si tuviese más facultades físicas haría más. Tal vez vaya corrigiendo defectos inherentes á todo el que empieza. Es natural de Alcalá del Río, provincia de Sevilla, y de consiguiente paisano del afamado Reverte.

Olvera, Erasmo.—Picador que nació en el Puerto de Santa María y que no ha sido de los que han metido más tronío con su nombre, y mucho menos con su trabajo. En su casa murió de resultas de su herida el célebre Carlos Puerto, perfectamente asistido y tratado como un hermano. Bien merece este rasgo de compañerismo y amistad que la historia le consigne.

Ordenanzas.—De orden del rey D. Carlos III, el Consejo de Castilla formó por los años 1770 á 1780 unas Ordenanzas, que equivalen al actual Reglamento, para las corridas de toros. Mandábase en ellas que presidieran la plaza los corregidores, á cuyas órdenes estaba la fuerza armada y dependientes de su autoridad que concurrían á la fiesta; que antes de empezar ésta se despejase el redondel por dichos dependientes, que eran dos alguaciles á caballo seguidos de cierto número de soldados de caballería; que además de los médicos, cirujanos y botiquines que éstos necesitasen para las curaciones, se exigiese la asistencia precisa de dos arquitectos, y que á la disposición de los últimos hubiese el número conveniente de carpinteros para lo que fuere necesario. Disponían también, y así se ha venido haciendo hasta el año de 1834, que concluído el despejo, leyese el pregonero, que salía al redondel acompañado de los alguaciles, un bando imponiendo penas á los que arrojasen á la plaza cosa alguna que pudiera imposibilitar la lidia ó hacer peligrar la vida de los toreros; y finalmente, lo mismo que el pregonero, asistían el verdugo para castigar en el acto, con la pena que se le impusiese por el Presidente, al que quebrantase los preceptos del bando, y un sacerdote de la parroquia, con los Oleos, para dar la Extremaunción al que por desgracia fuese herido gravemente. La mayor parte de las anteriores prescripciones han

caducado y no están en uso, observándose únicamente el Reglamento de que damos noticia en el lugar correspondiente.

Ordóñez, Rafael *(Primito)*.—En nada se parece al que hace años lleva ese mote. Pone banderillas y corre toros en novilladas, unas veces bien y otras mal. Veremos lo que da de sí, en el caso de que no se malogre, ó no se oculte á los ojos de la afición, que no sabe de él hace ya tiempo.

Orejero.—El par de banderillas que está colocado muy cerca de las orejas de la res. Merece censura el diestro que las coloque así, porque además de demostrar que no ha hecho bien la suerte ni ha *visto* bien, será causa de que el toro vaya á la muerte descompuesto, y tal vez tapándose.

Orejón, Jerónimo *(El Argandeño)*.—Se ha dedicado á matar toros como novillero, antes de poner banderillas á las órdenes de espadas acreditados,

y es que el hombre cree tener mejor maña para estoquear. También tiene el mote de *Jeromo*. Si este chico ingresa como banderillero en una cuadrilla de buen nombre, puede ser algo porque es valiente y aplicado; pero si quiere empezar por donde se acaba, quedará en nada y será lástima. Nació en Arganda del Rey, á cuatro leguas de Madrid, en 1862 y después de ensayarse en diferentes pueblos, actuó por primera vez como banderillero en corrida formal en Nimes (Francia) en 1885, siendo su presentación en Madrid en 1892.

No basta que le sobre voluntad.

Orellana, Juan.—Uno de los picadores de más fama en tiempo de Corchado y Míguez que tuvo en su cuadrilla el célebre *Curro Guillén* á principios de este siglo. Creemos que es el mismo que trabajó en Sevilla el 6 de Octubre de 1818 aunque el cartel de aquella función le anunciaba con el nombre de José.

Origen de las corridas de toros.—Después de lo que hemos dicho en la primera parte de este libro, y especialmente en el capítulo II acerca del sitio ó lugar en que se lidiaron toros antes que en cualquier otro punto, poco ó nada podemos añadir que allí no esté ya referido. Queriendo recabar para nuestra España el derecho de prioridad que creemos la corresponde, plenamente convencidos de que en esta nación es donde primero se concibió la idea de lidiar toros por efecto de la enseñanza que los naturales de este país recibieron al intentar cazarlos, sostenemos que aunque durante la dominación romana hubiese en la Gran Ciudad *luchas* con tales fieras, tanto á pié como á caballo y sobre elefantes, en aquellos famosos circos, los toros que allí se lidiaban de tal modo, eran procedentes del suelo español, de él fueron allí transportados á dicho fin, y nunca pudieron los dueños de Roma aclimatar en aquella tierra tan fieros animales, y mucho menos lidiarlos, sortearlos y esquivar su feroz acometida; por más que desde tan remotos tiempos, fuese un espectáculo lleno de emociones, mayor que el de la lucha de gladiadores pagados, ó condenados á muerte.

Cada nación ha tenido y tiene sus juegos peculiares ó distracciones favoritas desde que el mundo es mundo; las dejamos indicadas en el lugar antes citado, y remontándonos á una antigüedad lejana diremos que las gentes septentrionales sostienen como afición predilecta las cacerías de los osos; los africanos las de leones; y otros pueblos, las de aquellas fieras que más abundan y dañan su territorio. Como dice muy bien un sabio historiador, la que más *semejanza* tuvo con las corridas de España, era la agilidad con que los thesalianos, diestros en el manejo de los caballos, perseguían los toros en el circo, los herían, lazaban y vencían.

Es decir, y quede esto sentado, que según dicho sabio, que no es otro que el P. Pedro José Bravo,

imitaban los thesalianos á los españoles en perseseguir, lazar y vencer toros; luego los últimos ejecutaban antes que aquellos esos ejercicios, puesto que el que *imita* tiene ante sí ejemplo vivo á que asemejarse.

Se comprende fácilmente y sin esfuerzo alguno también, que abundando en España, más que en ninguna otra parte, toros feroces, para librarse de ellos los españoles los cazasen, corriesen y venciesen, como llevamos dicho, convirtiendo en diversión lo que antes fué necesidad. Repetir lo que sobre este punto dijimos al principio, sería usar de los mismos argumentos de que nos servimos entonces para afirmar que las corridas de toros nacieron en España, en ella crecieron, y en ella continúan y continuarán, Dios sabe si hasta la consumación de los siglos: y en tal estado hubieramos dejado el asunto, dándonos por contentos y á nuestros lectores por convencidos de que teníamos sobrado fundamento para nuestras afirmaciones, si después de escrito aquello, no hubiese venido á nuestro conocimiento que un autor francés moderno, Mr. Vrignault, en un artículo publicado en *Le Monde moderne*, ha querido recabar para la Italia la primacía de celebración de las fiestas de toros, insistiendo de ese modo en la opinión común, entre varias gentes, de que tales funciones trajéronlas á España los romanos cuando su dominación.

Para rebatir esas intencionadas afirmaciones, y para que se vea hasta qué punto no nos juzgaba bien algún amigo, que ha dicho comentando el escrito francés de Vrignault, de que para sostener nuestra opinión no nos fundábamos más que en conjeturas desprovistas de valor histórico, vamos á trasladar aquí algunos párrafos del artículo que nos contradice.

«El arte de la lidia, nació en las llanuras de Thesalia, donde la *high life* de la antigua Grecia se entregaba á la caza del toro: vino después á Roma, donde figuró entre los espectáculos dados por los Césares y desde allí llegó á España por las colonias romanas y por las ciudades fundadas, etc.»

Esta terminante aseveración en nada la funda Mr. Vrignault, ni en su apoyo aduce document° alguno. Nosotros, aparte de que insistimos en que la cacería de reses bravas, sea del modo que quiera, *no es arte*, ya hemos traído el autorizado testimonio del P. Pedro José Bravo, ministro que fué del supremo Consejo de Indias, que en una obra que dió á luz D. Lorenzo de Aparicio y León en 1761, asegura que los thesalianos fueron los que *imitaron* á los españoles. ¿Quién funda más su razón? ¿Es basada la nuestra en conjeturas?

Sigamos á Mr. Vrignault en sus invenciones.

«En la época romana, la tauromaquia comprendía dos especies de juegos: 1.° *la tauromachía* propiamente dicha, ó *venatío* que es el origen directo de la lidia española; el toro muere á manos del torero *(taurarius)* ayudado por los *sucurresos* encargados de distraer la atención del animal, como lo hacen hoy los chulos. 2.° la diversión llamada en Grecia, *taurocathapsia*, sencillo ejercicio de destreza que consistía en agarrar los cuernos del toro para derribarlo, y del cual ha nacido lo que llamamos hoy corridas landesas.»

Prescindiendo de que en la *tauromachía* ó *venatío*, no moría nunca el toro á manos del torero, si no que como Mr. Vrignault expresa, *venatío* era un espectáculo, en que para diversión del pueblo peleaban los siervos gladiadores, entre sí y con las fieras; prescindiendo de que nunca el torero español entra á matar los toros cuando los chulos distraen la atención de éste, porque siempre ha sido requisito indispensable que ambos contendientes *se vean* cara á cara y frente á frente, sin que persona alguna se les interponga, y prescindiendo también de que en las corridas landesas (muy modernas por cierto) no hay tal *taurocathapsia*, ni es tan sencillo mancornar un toro, en lo demás... el buen francés dice tanta verdad como en todo lo que apunta. Los *sucurresos* de que habla, no pueden menos de ser parto de su fantasía, ó cuando más unos esclavos que se presentarían por fuerza en la arena, á morir como gladiadores que ofrecían su vida en holocausto de la voluntad de sus señores. Ni eso era lidia, ni pasaba de ser una de las bárbaras luchas que en aquellos tiempos (siempre posteriores á las fiestas españolas antedichas), se celebraban en Roma.

Y todavía añade que en esta ciudad, «además de que en las corridas que daba había muchos detalles de las actuales hasta la existencia aparte, de los *taurarii*, que formaban familias, como más tarde los Romeros, los Rodríguez y los *Frascuelos* y hasta la popularidad del *taurarius*, diestro y valiente, á quien se consagraban poemas.» Parécenos que el tal Vrignault, ni ha visto toros nunca, ni sabe lo que son toreros. ¿De cuándo acá ha existido en España el apartamiento de los toreros del resto de los demás ciudadanos, ni aún en los tiempos del más feroz despotismo? ¿Cuándo se ha visto que á modo de judíos ó gitanos, formen *casta* exclusivamente de toreros, ó *sucurresos*? Atrás los nobles García de Paredes, Mendozas, Trejos, Medina Sidonia, y tantos otros que como el Emperador Carlos V, lidiaron toros en coso cerrado; atrás los Pérez de Guzman, Calderón y muchos más que en este siglo han pisado el redondel, cobrando precio por su valiente trabajo; y adiós las Pinzón, Alvarez y Padilla, hermosas y distinguidas damas que contrajeron matrimonio con renombrados matadores de toros, dejando en su casa comodidades, por unirse á ellos; atrás todos, que

ahora mismo, al final del siglo XIX, hay quien dice, que como en el tiempo del Imperio Romano, la clase de toreros forma rancho aparte del resto de las demás clases sociales....

Dejemos á Mr. Vrignault, que, como todos los franceses, desbarra al hablar de las cosas de España; y volvamos al asunto principal.

No vino de Grecia la lidia de toros. Allí como va dicho, fué *imitada* la cacería de ellos, que ya realizaban los españoles, haciendo ejercicios á caballo y persiguendo á los animales.

Veamos si fueron los romanos los que la trajeron.

El Padre Mariana y el Padre Concino, atribuyendo su origen á la superstición y anatematizándolas, refieren que entre los crueles espectáculos que usaron los romanos en las exequias de los difuntos, juegos gladiatorios y venaciones en que luchaban las fieras con los hombres, tuvieron lugar los juegos *taurios* en el circo Flaminio y todos dimanaron del impío culto á los falsos dioses; y que habien do prohibido los gladiatorios el gran Constantino y suprimiéndolos enteramente los emperadores Arcadio y Honorio, cesaron tambien los *taurios*: y en España ó no cesó la costumbre, ó se repitió después de algún intervalo. Obsérvese que no se cita la época, siquiera fuese aproximada, en que allí se implantaron tales espectáculos. Hablando de estos refieren que en ellos se ostentaba la agi lidad y la destreza aunque con peligro, y explica el Padre Bravo que los toros se lidiaban haciéndolos pelear con elefantes, con leones, osos y perros, con estafermos ó bultos de hombres fingidos, de que formaron Marcial y otros poetas agudos epigramas. Otras veces se reducía el juego á irritarlos y herirlos á *toda seguridad* con la flecha estando el toreador en el tablado. Nerón dió toros á honor de Tyridates, quien sentado en superior lugar mató dos toros de un tiro, según refiere Suetonio (?).

La más exacta de la implantación de las dichas fiestas en Roma, ó al menos la que corre más autorizada es la indicada por Plinio, el cual asegura que *el primero* que dió este espectaculo en Roma, siendo Dictador, fué Julio Cesar, á lo que alude la medalla en que se ve su cabeza coronada de laurel y á su vista un ramo del mismo árbol y un Caduceo que significa su arbitrio en paz y en guerra, y al reverso la figura de un feroz toro en memoria del espectáculo con que había divertido al pueblo romano.

Pues bien: Julio César nació cien años antes de Jesucristo y antes, mucho antes, ya se lidiaban toros en España, citando el Sr. Carmena y Millán en apoyo de esta afirmación, el hecho de haber sido hallada en los cimientos de la antigua muralla de Clunia, para una obra de la Iglesia de Peñalba, una lápida fragmento de una piedra circular, cuya parte inferior no se encontró, en que hay de relieve un toro en el acto de acometer y enfrente de él un hombre que al parecer viste el *sago* ó *sayo* español. En la mano izquierda tiene un escudo celtibérico redondo, y descubre la punta de un estoque ó espada que tiene en la derecha, de modo que el monumento viene á constituir una demostración de que ya en aquellos remotos tiempos, algunos siglos antes de la Era Cristiana, se practicaba la lidia de toros, puesto que la fiera se r epresenta libre y en el acto de acometer á un hombre vestido y armado que la espera de frente.

De este dato, y de los anteriormente expuestos, se desprende con toda claridad, que no nos adelantaron los romanos en las lidias de toros, sino que ellos las llevaron de España á Italia. Es lo más seguro, que después de estar Julio César en España, donde según afirman muchos autores erigió cerca del Escorial entre los límites de las actuales provincias de Toledo y Avila, el magnífico monumento conocido con el nombre de los «Toros de Guisando» para celebrar su victoria sobre Pompeyo, al hacerse Dictador ó más tarde Emperador, mandase llevar á Roma, toros bravos de España, y aun si se quiere hombres tambien para ofrecer á su pueblo un espectáculo asombroso y nunca visto. A ello le ayudaría la idea, tal vez en España concebida, de que admirasen la bravura y fiereza indómita de los toros de este país, que nunca han tenido iguales en parte alguna del mundo, porque en ninguna hay pastos de tanta fortaleza y especial alimento.

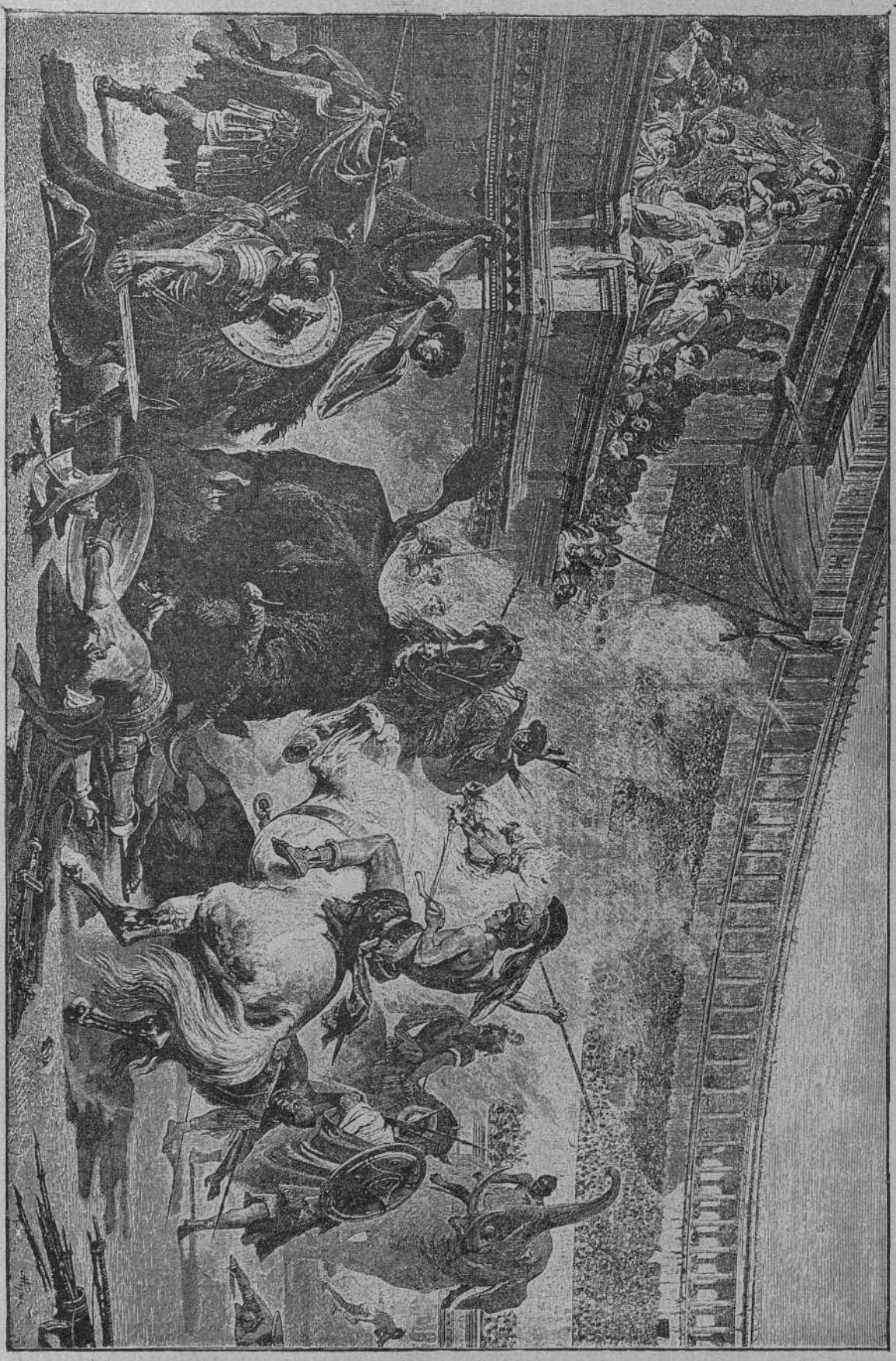
No insistiremos más en este punto. Queda probado á nuestro parecer

Que, según el P. Bravo en la obra que dejamos citada, los thesalianos *imitaban* á los españoles en correr, lazar y vencer toros; luego nosotros practicábamos ese ejercicio antes que aquellos.

Que Plinio asegura que el primero que dió este espectáculo en Roma, fué el dictador Julio César, comprobando su aserto con una medalla que lo atestigua, y mucho antes de aquella época se lidiaban toros en España, de lo cual da testimonio la parte de lápida hallada en los cimientos de la antigua muralla de Clunia.

Que por los mismos comprobantes se viene en conocimiento de que la antigüedad de la lidia de toros en España es muy anterior á la venida de los romanos, y aun á la de los cartagineses, remontándose á la época de los celtíberos, bravos y belicosos pobladores de esta nación, que se establecieron á las orillas ó inmediaciones del Ebro, entonces llamado Ibero.

Que aun suponiendo por un instante y nada más — sin que esta hipótesis pueda durar más



ROMA.—COMBATE DE TOROS EN EL COLISEO.—A. WAGNER

tiempo del que se tarda en indicarla,—que á las luchas venatorias en los circos romanos se les quisiere dar carácter de fiesta regularizada que se aproximase á lidia, la Historia lo desmiente, ya por medio de la pintura en famosos cuadros que representan el confuso tropel de los toros, los hombres y otros animales; ya por medio de la poesía, en que Marcial, Séneca el filósofo y otros, ridiculizaron una fiesta en que, cuando no había más que el toro en la arena, allí estaban sin temor hasta las mujeres y los niños, y ya también por el testimonio de respetables investigadores de la verdad, de quienes hemos hecho mención.

Queda, pues, destruída la aseveración hecha por algunos de que la lidia de toros fuese importada en España por los romanos; antes bien, hay motivos para creer que allí fué llevada por nosotros.

Sentado esto como verdad averiguada, poco debiéramos decir contra los que atribuyen á los árabes la invención de la lidia de toros, puesto que, siendo la irrupción de éstos en nuestro territorio de época muy posterior á la de aquéllos, y justificado que desde los primeros tiempos los *celtíberos* ya lidiaban toros, queda contestada toda opinión en contrario. Sin embargo, diremos sobre ello cuatro palabras, ya que hay quien quiere que sean tales fiestas reliquias de la dominación africana y que de los moros han conservado los españoles.

Consideran natural que los moros que en España hallaron toros ferocísimos—que el P. Mariana atribuyó á la calidad de sus pastos,—se dedicasen á lidiarlos, porque «ni los juegos, con que sus impugnadores quieren sustituir la lidia por más á propósito para tener un militar preludio y acostumbrar el cuerpo á los combates entre los regocijos, como son: las cañas, la sortija, el tiro de fusil y la cartera, á que se excitan los jóvenes, con premios, á estas útiles contiendas menos peligrosas, tienen mejores principios que aquélla». Esto dice el notable escritor Bravo y Laguna, y añade «que no debe confundirse nuestra hermosa fiesta con los espectáculos sangrientos de gladiadores, y de aquellos que, condenados á muerte, se exponían á la lid con las bestias, y á que fuesen las fieras sus verdugos, esperando salvar la vida en el clamor del pueblo»; pero ningún dato aportan para sostener su tesis.

Todo lo más que puede concederse á los africanos es, que, siendo valientes, buenos jinetes y muy amigos de ejercicios peligrosos, adoptasen con gusto y hasta con entusiasmo las faenas de perseguir á semejantes fieras, herirlas, lazarlas y darlas muerte, como ya lo hacían los españoles. Más aún; que prevalidos de su poder como conquistadores, y utilizando sus innegables conocimientos en agricultura y otros ramos importantes, procurasen y consiguiesen formar castas de toros bravos, cuidando esmeradamente de su crianza. Pero nada más; que ya los españoles tenían aprendido con infinita antelación el modo de sortear tales reses, como dejamos anteriormente probado.

No hay más autoridad que la de Juan León *(El Nubiense)*, el cual, en su libro *Descriptio Africæ*, habla de que los árabes lidiaban toros en aquella región en los términos siguientes: «Aprovechando, dice, su nativa y nunca domada fiereza, los naturales se divierten provocando sus iras y burlándolas de varias maneras; ya sujeto con recia maroma, le atan á postes ó aldabas, sonsacándole en tropel para evitarle cuando acomete; ya suelto en cosos, lo incitan, y de él perseguidos, se guarecen en defensas y huecos al propósito, á lo que llaman *corrida;* bien le hostigan y rinden á lanzadas diestros jinetes sobre caballos avezados á esta especie de dificultoso juego, y aun los pastores de este ganado suelen derribar á los más pujantes, trabándose con ellos hasta que vienen á tierra perdido el equilibrio por movimientos que requieren tanta serenidad como valentía; que en esto se ve, como en tantas otras cosas, lo que vale la razón del hombre sobre los instintos mejores y mayores de los animales».

Y el relatar esas valientes acciones de los africanos, no es ciertamente concederlas preferencia de antigüedad sobre las iguales en todo, que vieron en España; al contrario vienen á probar bien de qué manera había ya en nuestra nación tales divertimientos; cómo ellos los aprendieron de nosotros practicándolos en su tierra con toros de allí, que á pesar de la bravura que les anota dicho autor, no han sido, ni son, tan feroces ni de tan gran corpulencia que los de la Península Ibérica; y como se justifica que esa lidia casi ordenada, y hasta cierto punto metódica que menciona, no se conocía en Roma, ni en otro lugar del globo, más que en España, donde la aprendieron los moros y la ejercitaron con singular fama, mezclándose con los cristianos en cacerías, justas y fiestas taurinas. De todo ello ha dado vidente ejemplo el inmortal Goya, en su magnífica colección de láminas, titulada *La Tauromaquia*, y en que, paso á paso, fué marcando los adelantos en tal diversión, colocando primero á caballeros españoles, y más tarde á los moros; y esto mismo corroboran historiadores que describen alguna de las suertes relatadas por el *Nubiense*, como «practicadas en el Andalucía desde tiempo inmemorial», citando entre otros pueblos el de la ciudad de Baza, cuyos habitantes formando apretado haz, y con picas en las manos, esperaban á cuerpo descubierto á los toros, y con aquéllas los levantaban por alto.

Pero los habitantes de España en aquellos tiempos, tanto romanos, como moros, como cristianos, ¿no eran todos españoles? Pues si esto es innega-

ble, y no hay más remedio que reconocerlo así, ninguna razón puede alegarse para quitar á este privilegiado suelo el galardón de haber sido el primero que ha corrido toros, ejecutando con ellos diferentes faenas en campo abierto, y el primero también que convirtió la bárbara lucha romana en hermosa *lidia*, que alegra los sentidos, enardece la sangre por medio del entusiasmo, y proporciona al alma la más plácida emoción, al ver salir triunfante de las acometidas de una fiera al impávido torero.

De modo que, en España, los *celtíberos* fueron los que se atrevieron antes que nadie á cazar toros, y esperarlos ó perseguirlos á dicho fin; en España, sin luchar con tales reses se inventaron suertes para vencerlos, haciendo de las mismas motivo de especial divertimiento; en España, juntos los moros con los cristianos, durante la dominación sarracena, pero siendo todos españoles, convirtieron ya en espectáculo público los juegos con que burlaban y castigaban la bravura de las reses bravas; y en España después se regularizó de tal modo la *lidia* de tales animales, que según dijo el rey Don Felipe III, en una Real cédula que firmó en Madrid á 10 de Mayo de 1610, «el prohibirla y no verificarla, causa desaliento al pueblo, á quien conviene tener á gusto». De entonces acá, inútil es decir cuánto se ha adelantado en esa *lidia*, que no contentos con haberla fundado los españoles, la llevaron á las Américas, la propagaron en Portugal, y la han extendido á gran número de importantes poblaciones de la Francia, venciendo ridículas preocupaciones, no sin gran trabajo y necias contrariedades.

Aquí podríamos dar punto, estimando suficientemente probado que ninguna nación antigua ni moderna puede disputar á la nuestra la antigüedad en el arte de torear; sin embargo, no estará de más robustecer esta opinión, haciendo referencia, siquiera sea someramente, de las de otros autores que en tal creencia nos acompañan.

El célebre escritor D. Santos López Pelegrín *(Abenamar)* en su *Filosofía de los toros*, que con tanto gracejo escribió hace más de medio siglo, después de considerar que con las corridas ha sucedido lo que con los grandes acontecimientos del mundo, que cuanto más dignos de admiración más desconocido es su orígen, atribuye éste, aunque muy de pasada, y en tono hasta cierto punto humorístico, al Africa: pero no al Africa que conquistó á España, cuando la vendió el obispo don Opas, si no á la de más remotos tiempos, á la que él quiere suponer que componían juntas una sola región en tiempos de Tubal. En nada funda semejante apreciación, sino en que allí, dice, á la naturaleza plugo dotarla de animales feroces, y por consiguiente tenían necesidad de cazarlos: pero añade, «lo cierto es que en las costas del mediodía de España se ha conservado esta tradición taurómaca, y de ella nació con el tiempo la tauromaquia.»

Conste, pues, que *Abenamar* opina que en España nació la tauromaquia; es decir, el arte de torear, la *lidia* verdaderamente sujeta á reglas y preceptos, no la lucha desordenada, feroz y bárbara. Conste también, que admite la opinión de un célebre escritor, de quien copia las siguientes palabras: «es digno de atención que en Roma no se hubiese perpetuado esta diversión, siendo propia de aquella República, y sí en España, que fué solamente una de sus provincias.» Aquí el célebre escritor contradiciendo y aun negando que de los toros se sirviesen los romanos para lidiarlos, muestra su extrañeza sobre la adopción de tal fiesta por ellos; porque, si así fuera, la hubieran perpetuado, como lo ha hecho España; y el licenciado Francisco de Cepeda dice que «se hallan memorias antiguas que se corrieron en fiestas públicas toros, *espectáculo solo de España.*»

¿A qué fatigar la imaginación de nuestros lectores presentando, como podríamos hacerlo, el testimonio de otros muchos escritores que opinan de igual manera? Probado queda que *la lidia de toros es originaria de España*, y eso basta á nuestro fin. Táchenla de bárbara los que no usan esa palabra para calificar las luchas de gladiadores, el pujilato y otras más bestiales; que nosotros repetiremos con más razón, felicitándonos por ello, que para esa *lidia* tan anatematizada nadie más que el español ha aprendido á conocer y distinguir claramente las inclinaciones de los toros, y sobre ellas ha cimentado las bases de un arte tan exacto como invariable en sus principios

---

Orozco y Sanz, D. Pascual.—Es un escritor de tanta gracia, que en Alicante, donde nació en

31 de Mayo de 1872, llegaron á llamarle el *Taboada*

alicantino, aludiendo al celebrado literato D. Luis Taboada, cuyos humorísticos artículos son en Madrid tan elogiados. Fundó con otros compañeros el *Alicante cómico* y luego *Manzanilla y cuernos*, que fué de su exclusiva propiedad: llevó por mucho tiempo la primera sección de la *Revista de espectáculos*, de aquella localidad, en que hizo una campaña brillante con escritos que no hubieran desdeñado firmas de primer orden en la república literaria: y escribió con buen éxito para el teatro.

Pero no son sus méritos en las letras lo que le hace figurar en nuestro libro; son los que le corresponden de derecho por su afición al arte del toreo, demostrada en las bonitas revistas de corridas de toros que con el seudónimo de *Rehiletes* escribe en la *Correspondencia de Alicante*, y en l. s polémicas que acerca de las materias taurinas sostiene con habilidad y excelente lógica. En algo se ha de conocer que sabe argüir como buen abogado, cuya carrera está próximo á terminar.

Ortega, Juan.—Era picador de toros en el último tercio del pasado siglo y estuvo contratado en la plaza de Madrid en el año de 1777.—Le suponemos pariente próximo de

---

Ortega, Pedro.—En 1782 trabajaba este picador con bastante aceptación en las plazas principales de España.—Tal vez fuera hermano de Laureano. Su crédito era grande y tanta su fama que ya en 1796 trabajaba con los espadas Juan Conde y José Romero, empleándole por mañana y tarde lo cual demuestra que era hombre duro para el trabajo. Era natural de Medina Sidonia.

Ortega, Laureano.—Gran picador de toros en el primer tercio del presente siglo y fines del anterior, de gran brazo y habilidad, y con especialísimos conocimientos de la índole é inclinaciones de las reses. Es de los que han dejado un gran nombre; y en Sevilla, el 20 de Abril de 1793, picó una corrida de toros con Juan López en que sin perder ninguno un caballo y con solas seis caídas clavaron cincuenta y siete puyazos. Dos caballos á cada uno, además de los que heridos se llevaron, fué el regalo que, con un traje nuevo y venticinco doblones, les hizo la Real Maestranza.—Dicen que este picador fué uno de los que se negaron á trabajar en una corrida del 30 de Abril de 1798, porque no se les dieron caballos á su gusto para picar; el pueblo se amotinó porque no salieron los picadores anunciados ni otros, sin que se hubiese dicho de esto nada, hasta después de hallarse ocupadas las localidades de la plaza; las turbas deshicieron cuanto pudieron y mataron los toros en los chiqueros, y arrojaron al río el coche del empresario Soler, vecino de Utrera. Hubo muertos y heridos y la fuerza pública logró calmar los animos bastante tarde. Si todos los picadores cuidasen de escoger elemento tan principal como el caballo, mejor andaría el arte.

Ortega, Antonio.—Hará poco más de cuarenta años que mataba toros por los pueblos y plazas de segundo orden, sin pretensiones, pero con valor. No dejó nombre de entendido.

Ortega, Enrique.—Aunque este banderillero no era tan bueno como sus hermanos *Lillo* y *Cuco*, cantaba *playeras* y *soledades* con tan buena voz y tan exquisito gusto, que hubo matador que le llevaba en su cuadrilla, más que por otra cosa, por oirle.

Ortega, Manuel *(Lillo)*.—Gran banderillero y excelente peón de lidia; natural de Cádiz, donde nació en 1827. A los quince años fué contratado para la Habana y á los pocos meses vino á Madrid con Manuel Díaz *(Lavi)*. En el año 1845, figuró en la cuadrilla del célebre Montes, y al año siguiente en la del inolvidable *Chiclanero*, tomando parte en las funciones reales, donde vistió como toda la cuadrilla de Redondo, traje turquí con oro. Cuando en 1853 murió este dicho matador, que tanto quería á *Lillo*, ingresó éste en la cuadrilla de *Cúchares*, y ya en 1858 pasó á la del *Tato*, en la que sirvió con gran lucimiento hasta 1862, en que tuvo que retirarse, á consecuencia de la fractura del tobillo derecho, que le causó en Sevilla un toro de Miura. Dedicose después al comercio de carnes en su ciudad natal, estableciendo en la plaza de San Juan de Dios un puesto que pronto acreditó por su buen trato y cortesía, y falleció en la misma, el día 26 de Julio de 1887 y enterrado el 27 del mismo. Era muy fino pareando y sabía más, aunque el vulgo no lo conociera, que su hermano

---

Ortega, Francisco *(Cuco)*.—Gran banderillero, con gran poder en las piernas y gran inteligencia. Sólo su estatura no era grande. Disputó en sus tiempos de bonanza los aplausos al Regatero y á Muñiz, y aunque no sabía ni hacía lo que éstos, tenía *más teatro*. Según se dijo por Madrid, este banderillero fué con su conducta el que promovió los escándalos suscitados por la competencia acalorada entre el *Tato* y el *Gordito*; pero de esto, nada sabemos. Desde que el *Tato* se retiró del to-

reo por su desgracia, pensó en lo mismo el *Cuco*; y si bien ha trabajado algo después, ha sido poco y

procurando conservarse, por lo cual se retiró definitivamente, dedicándose al comercio de carnes en la ciudad de Cádiz.

Ortega, Gabriel *(Barrambin)*. — Banderillerito audaz y atrevido que allá por los años 1859 ó 60, disputaba los aplausos á cuantos con él toreaban. Hasta se atrevía con sus hermanos ó parientes *Lillo* y *Cuco*, sin saber la mitad que cualquiera de éstos, teniendo muchas menos facultades y pequeñísima estatura. Vió al *Gordito* poner banderillas al quiebro, y quiso hacer lo mismo; lo intento, y... voló por los aires á la primera, con menos lesión de la que se creyó. A los pocos años enfermó, y murió en Andalucía.

Ortega y Ramírez, Francisco.—Banderillero de regulares condiciones perteneciente á la familia del *Lillo* y del *Cuco*, que fueron muy notables en su época, y hermano del matador Antonio *(El Marinero)*; falleció en Cádiz, calle de Santo Domingo, núm. 15, el día 20 de Octubre de 1884, siendo enterrado al siguiente en el Cementerio católico de dicha ciudad.

Ortega, Sebastián *(El Cuco)*.—Hace dieciseis años era picador en novilladas allá por Andalucía, sin que, al cabo de tanto tiempo, haya adquirido una opinión regular, lo cual desmiente el buen nombre que los Ortegas, y sobre todo el *Cuco*, de Cádiz, adquirieron con justicia.

Ortega Franquelo, D. Joaquín.—Gran aficionado á la tauromaquia, y muy entendido en todo cuanto á la misma se refiere. Es autor de un bonito cuadro de hierros y divisas, litografiado en Málaga, de donde es vecino, en 1879, que resulta como todos cuantos se han publicado, con algún error debido quizá á noticias equivocadas, y ha escrito revistas y buenos artículos en el *Boletín de loterías y de toros, continuación de el Enano*, y en *El Toreo* de Madrid. Es buen voto el suyo en materias taurinas, porque conoce lo que dice.

Ortega, Vicente.—Torero que se ha dedicado á ser jefe-director de una cuadrilla de jóvenes menores de quince años, que han recorrido la mayor parte de las provincias de España, trabajando, tanto á pie como á caballo, con bastante aceptación. Ya no es joven, porque en 1850 le vimos trabajar matando toros en Alicante, y era ya mozo hecho.

Ortega, Antonio *(El Marinero)*.—Natural de Cádiz, y sobrino del célebre *Cuco*. Es de poca estatura, pero muy ligero, á pesar de tener lesionada una pierna, no sabemos si por efecto de alguna cogida. Es valiente y se atreve á matar toros con bastante

frescura, lo cual le ha valido mucha aceptación en Andalucía, pero le falta algo para ser torero completo y bastante para estoquear reses. El tiempo puede escarmentarle ó sacarle adelante, que es lo que deseamos, siquiera sea por el aprecio que siempre nos mereció su padre, Manuel Ortega *(Lillo)*, que fué un torero de grandes conocimientos

Es matador de alternativa desde el 4 de Junio de 1885, sin que se haya significado como gran matador ni mucho menos. Es decir; que nuestros deseos no se ven cumplidos. Nació el día 11 de Octubre de 1857.

Ortega, Josefa.—Matadora de toretes, émula de la Martina, valiente y animosa, que trabajó en la plaza de Madrid, antes de 1840, con aceptación. Hay alguna composición poética que dice mataba *esperando* y concluyendo al bicho de una sola estocada. No recordamos haberla visto, y no por ello nos da pena.

Ortega, Pedro.—Ni monta muy bien, ni pica muy mal. Procure observar y estudiar la buena escuela de los pocos picadores de toros que hay en estos tiempos; y ande más de prisa de lo que ha andado hasta ahora, que lleva más de quince años en el oficio y no ha demostrado grandes adelantos.

Ortiz, Antonio.—Picador de la cuadrilla de Pedro Romero y á quien dió la alternativa en Madrid en 1794 el afamado *Chamorro*. No llegó á obtener la fama de

---

Ortiz, Francisco.—Picador acreditado como buen jinete que á fines del siglo anterior trabajó en la cuadrilla de Jerónimo José Cándido. Luego trabajó también con el *Curro Guillen*, y en 1808 fué uno de los picadores de tanda de la que mandaba *Sentimientos*.

Ortiz. Manuel.—Hubo un picador de este nombre, después del año de 1830, de quien han quedado pocas noticias.

Ortiz, Cristóbal.—Recuerdan todavía varios aficionados la destreza y poder de este notable picador de toros, á quien nunca faltaron aplausos merecidos. Natural de Medina Sidonia, fué émulo de Corchado; estuvo en su apogeo largo número de años desde principios del presente siglo, y trabajó hasta el de 1832, en que falleció el 27 de Agosto en la plaza de Almagro, á consecuencia de una gran caída, cuyo golpe recibió en la cabeza. Un mal toro de la ganadería de Bringas (Villarrubia), pequeño, de trapío despreciable y cobarde, ocasionó esta desgracia, privando al toreo de un gran picador de toros. ¡Quién lo había de decir al que estaba acostumbrado á dominar y vencer reses de seis y ocho años!

Ortiz, José *(El Chamusquino)*.—Perteneció este picador á la cuadrilla de Antonio Sánchez *(El Tato)*, y no sabemos nada acerca de su mérito. Dicen que se le recomendaron como bueno sus paisanos, y que á él no le disgustó en una corrida que tuvo en Sevilla el 11 de Julio de 1858.

Ortiz, Carmen.—Picadora de vara larga, que fué muy celebrada por su valor en las novilladas, antes del año 1840, y en la plaza de Madrid. ¡Qué lástima de vara de fresno!

Orts y Ramos, D. Tomás.—Escritor alicantino, de frase viva y enérgica, especialmente en lo relativo á corridas de toros, al hablar de las cuales muéstrase, más de una vez, harto apasionado por *Lagartijo*. Es de porte distinguido, y ha publicado algunos folletos relativos á nuestra fiesta nacional, de la que es decidido partidario.

Osed, Ricardo.—Torero catalán, que con más valor que arte, mataba toros en novilladas. El día 12 de Agosto de 1868, fué cogido toreando en la plaza del Ronquillo, y á los tres días falleció en Sevilla, adonde fué trasladado.

Osed, Agustín.—Era un banderillero regular, sin pretensiones, que cumplía bastante bien, hace veinte años. Se obscureció muy pronto, no sabemos si porque abandonara el oficio ó por otra causa.

Osorio de la Torre, D. Ramón.—Caballero en plaza en las funciones reales celebradas en Madrid en 1846, con motivo de las bodas de Doña Isabel y Doña Luisa Fernanda. Fué nombrado por la Casa Real, y apadrinado por la Grandeza, en concepto de supernumerario.

Osuna, Francisco.—Un picador de este nombre trabajó en Sevilla en 12 de Febrero de 1804. Nada sabemos de su mérito; tal vez fuese

---

Osuna, Francisco.—Acreditado picador de toros á principios del presente siglo. Trabajó con Aroca el espada y con Amisas el picador.

Osuna, Antonio.—No fué este un picador de primera nota; pero entre los de su categoría ó clase figuraba como pundonoroso y trabajador. Era buen mozo, pero frío, y su mejor época fué por

los años de 1854 al 64. Ha tomado parte en las funciones reales de 1878, pero mucho antes había dejado de trabajar por haberse dedicado al comercio.

Otera, D. Antonio.—Caballero rejoneador que sobresalió en las fiestas de toros celebradas en el Buen Retiro de Madrid en 1700 al verificar su entrada en la Corte el rey D. Felipe V.

Ottolini Veiga, Joaquín.—Quiso lidiar toros este caballero portugués en 1880 y en vista de que no basta la afición para distinguirse, ha ido poco á poco retirándose.

Oviedo, D. Juan de.—Caballero del hábito de Montesa, nacido en Sevilla en 1565, persona muy instruida, y Jurado de dicha ciudad.—De su orden se construyó el matadero de la misma con una bóveda de trescientos pies de largo. Fué muy valiente, y muy diestro con lanza á caballo frente á los toros y á los moros. Murió de un balazo en la conquista del Brasil, á los sesenta años de edad poco más ó menos.

Oviedo, D. Carlos.—Gran aficionado á la tauromaquia, dignísimo por todos conceptos de figurar en este libro: inteligente empresario que fué por muchos años de la Plaza de Toros de Sevilla y entendido eminente que siempre se ha de citar como modelo. Oviedo, á una facilidad de palabra agradabilísima unía una ilustración tal en cosas del arte, que su voto no sólo era respetado de toda la afición sevillana si que tambien de los más celebrados diestros. Había visto mucho, tenía una memoria de privilegio y sus explicaciones teóricas en los más arduos problemas de toreo se escuchaban como soluciones irreprochables porque al hablar con conocimiento de causa defendía siempre y con excelente doctrina cuanto hacía relación á nuestra fiesta nacional. Su valía fué tanta que se le consultaba para todo y en diversas ocasiones fué principal Jurado para dar premios á ganaderos en extraordinarias corridas. La muerte repentina del Sr. Oviedo fué muy sentida de cuantos le trataban con intimidad ó le conocian.

Pacheco, D. Juan.—En Febrero de 1638 quebró rejones con singular maestría este caballero, heredero entonces del marqués de Cerralbo, en una fiesta de toros que se celebró en el Buen Retiro. Hubo de particular, que se presentó vestido de luto, en caballo negro, con 24 negros por lacayos, también vestidos de luto, y todo ello ¡porque le había desdeñado en sus amores la hija del marqués de Cadereita!

Pacheco, José *(Veneno)*.—Picador bastante aceptable cuando quiere; nació en 1844; fué encerrador en el matadero del Puerto de Santa María, y de

tanto andar en el ganado se aficionó á picar toros, haciéndolo por vez primera en Jerez en 1875, si bien antes había picado en novillos; el mismo año tomó en Madrid la alternativa, y ha figurado en buenas cuadrillas.

Padilla, Bartolomé.—Natural de Jerez, valiente y de poder. Fué uno de los picadores mejores que tuvo *Pepe Illo* en su cuadrilla, y parece que se estrenó en Sevilla el día 9 de Diciembre de 1782.

Padilla, Diego.— Novillero sevillano de quien no hay noticias favorables ni adversas, sin duda por ser moderno. No sabemos si es pariente de Angel García Padilla; creemos que no.

Padrino.—Llámase así en las corridas de toros, al caballero de alto rango que presenta, protege y apadrina al que ha de tomar parte en la lidia de función real, ó en justas, torneos, juegos de cañas, etc. Siempre han sido los padrinos personas muy principales, y á su costa se han hecho los gastos de trajes, caballos y demás, continuando con la protección constante en favor de sus apadrinados durante toda su vida.

Pagés, Angela *(Angelita)*.—Por excepción y gracias á su mérito especial en el toreo, relevamos á esta muchacha de las censuras que merecen todas las que de su sexo se dedican á una profesión tan contraria á su naturaleza.

Con licencia de sus padres, que hace más de veinte años tienen una cervecería en la alegre barriada de la Barceloneta (Barcelona) ingresó desde el principio de la formación de la célebre cuadrilla de «Señoritas toreras» en clase de banderillera, sobresaliendo á muy poco tiempo entre las que componían el grupo de aprendizas.

Angela, si no tan elegante como *Lolita*, es todavía más fuerte y dura en la brega, poseyendo un valor rayano en lo increible, habiendo merecido repetidas veces, por su incansable labor en las corridas, que la dijeran era un Juan Molina. Pasó á ocupar el puesto de segunda matadora en 1895 y desde entonces ha ido cada día adelantando á pasos agigantados, siendo hoy muy diestra en el manejo de la muleta y capote, parando mucho y toreando siempre de brazos; con el estoque se atraca y con los palos aprieta y cuadra con perfección. Entre otros tropiezos de menor cuantía, ha tenido tres, capaces por sí solos de desengañar no á una joven, sino á un torero maduro, y Angela cada día se hace más brava y cuanto más la pegan más se envalentona y se aprieta con los toretes. Ha tenido cogidas en Castellón, en Logroño y en Jerez de bastante importancia, que ha sufrido con bravura; en Logroño, al banderillear, recibió un puntazo en la parte interna del muslo derecho, de tres centí-

metros de profundidad por dos de extensión, y en Jerez se infirió con la cruz del estoque una herida en el párpado inferior de un ojo, de la que tardó en curarse catorce días; este año está todavía más brava y diestra que nunca y hoy, además de ser un excelente peón de brega, torea á conciencia de capa y muleta, y por la valentía con que se deja caer agarra estocadas enteras, que le han valido ovaciones. A pesar de su temperamento violento, de su innata vivacidad y su manifiesta valía es modesta y no la han engreído los aplausos y las críticas concienzudas y merecidas de reputados aficionados.

Paíva, José de.—Regular mozo de forcado portugués, ya retirado del arte, en que no fué notabilidad ni tampoco despreciable.

Pajarito.—Toro de la ganadería de D. José Arias Saavedra, de Utrera, de ocho años de edad, muchos pies y grande corpulencia, lidiado en la plaza de Málaga el 16 de Agosto de 1840. Mató seis caballos sin que los picadores le hicieran sangre; pues era tal el poder con que acometía, que al callejón de la barrera caían jacos y jinetes de un solo golpe. El célebre Redondo *(El Chiclanero)*, con gran exposición y como Dios quiso, le colocó únicamente una banderilla, y tocando á la muerte, se la dió Montes de un golletazo á la media vuelta sin preceder pase alguno de muleta. El público rompió los tablones de los tendidos y arrojó sillas y cacharros al redondel, porque quería más lidia á caballo y que no hubiese ido el animal entero á la muerte. Montes calificó á este toro de excepcional, y añadió, que si por casualidad no hubiera acertado á dar la estocada, habría necesitado variar de traje para volver á arrimarse; tal era el sentido de la fiera. Así lo asegura un escrito que conservamos en nuestro poder.

Pajazo.—Cuando los animales suelen darse en los ojos con las cañas ó maleza de las rastrojeras, se dice que tiene «pajazo», y si les estorba la herida ó golpe para ver bien, se les llama «reparados» de un ojo, ó de los dos, si en ambos tienen el golpe referido.

Pala.—Se da este nombre á la parte anterior externa del cuerno del toro. El golpe que da con esta parte del asta produce la contusión que se llama varetazo.

Palacio, D. Eduardo.—Es el más inteligente en tauromaquia de cuantos escriben revistas de toros en estilo humorístico en los periódicos políticos. Da á sus escritos una gracia y un sabor tan especiales que no han podido imitar, y eso que lo han intentado, otros escritores de buena reputación. Nadie como él, con frases ingeniosas, hace asomar la risa á los labios, y nadie como él, tan original, tan espontáneo, en medio de una indiscutible genialidad especial, que le permite decir cuanto quiere, sin herir jamás á persona determinada. Podrá mostrar preferencia por el diestro que más le agrade, podrá llegar por él hasta el apasionamiento, pero no rebajará el mérito de otros, si realmente le tienen; y cuando necesita ejercitar la crítica con fundamento, son sus palabras tan sencillas, tan naturales y tan adecuadas, que, lejos de molestar, convierten en buen humor el ánimo de aquel á quien se dirigen, privilegio que no alcanzan todos aunque lo deseen. Es imposible retener en la memoria los ocurrentes dichos, los incomparables retruécanos que siembra y esparce con profusión en sus envidiables artículos, en los cuales hay que admirar su constante novedad y frescura, á pesar de llevar tantos años escribiendo en ese tono difícil, sin agotarse su gracejo singular; y sin embargo, á este hombre ni se le aprecia en lo que vale, ni en él se advierte desfallecimiento ni disgusto, porque Palacio es un corazón de oro, para quien este mundo no es más que una jaula de locos, donde hay que pasarlo lo mejor que se pueda sin dar á nada importancia. En todos sus escritos taurinos usa el pseudónimo de *Sentimientos*.

Palacios, Antonio.—Fué uno de los mejores banderilleros y parcheros que se conocían á mediados del siglo XVIII, época de Esteller, Apiñani, Palomo y otros.

Palacios, D. Julian.—Este honradísimo industrial, llevado de su gran afición á nuestras corridas de toros, concibió la idea de publicar en Madrid un periódico taurino que en nada se pareciera á cuantos hasta entonces habían visto la

luz. Sin reparar en gastos, acometió la empresa, montando talleres á propósito, lo mismo tipográficos que de cromolitografía, con gran extensión y con las más aventajadas mejoras que conoce ese arte, y en 1882, el 2 de Abril, circuló, con profusión en Madrid y provincias el primer número de *La Lidia*, que ese es el título que dió á su periódico, siendo materialmente arrebatado de las manos de los vendedores. Causó entonces una verdadera revolución entre las publicaciones de igual índole, llegando á adquirir tal crédito, que fué hasta cierto punto fabuloso el excesivo número de ejemplares que vendió y el gran contingente de suscripto-

res que reunió en breve tiempo. Mejorado de día en día tan excelente semanario, aun vive á pesar de los años transcurridos, porque Palacios tiene verdadero cariño á esa publicación que le ha dado á un tiempo honra y provecho.

Palacios figura en primera línea entre los litógrafos de España: los trabajos que de su casa salen son todos notables, y de tan rara perfección, que los carteles de lujo para anunciar corridas en París y otros muchos puntos de la Península, causaron y causan la admiración de los entendidos, conviniendo todos en que en cromolitografía no puede irse más adelante.

Es afable en su trato, muy trabajador y joven de grandes prendas, al que estiman en mucho cuantos con él han formado relaciones. Creemos que nació en Alicante hace unos cuarenta años, poco más ó menos.

Palencia, D. Juan de.—Notable rejoneador de toros en Madrid y en las fiestas de Mayo de 1639. Hablan de él las crónicas con grande encomio.

Paletazo.—El golpe de lado que da el toro con cualquiera de sus astas, sin pinchar pero contusionando más ó menos fuertemente.

Palomar Caro, José.—Pero este hombre ¿es torero ó es suicida? Tiene mucho de uno y otro, pues su inexplicable serenidad y tranquila impavidez denotan lo último, y cosas que hace como nadie, inclinan á creer lo primero. Fáltale muchísimo que aprender, y si no tiene una desgracia, puede llegar á ser un buen matador de toros, para lo cual demuestra aptitud especialísima; pero sóbranle precipitaciones é irreflexión, y es de temer que se quede donde está, si no piensa más en lo que es torear con arte é inteligencia.

Palomo, Félix.—En Córdoba, plaza de la Magdalena, y en el año de 1749, mató toros como espada primero dicho lidiador, vecino de Utrera, que no sabemos si sería pariente de los famosos Juan y Pedro, de Sevilla.

Palomo, Juan.—El nombre de este matador de toros, á mediados del siglo anterior, no se olvidará fácilmente entre los aficionados al arte taurino. Puede decirse que fué uno de los toreros que fundaron prácticamente la tauromaquia tal y como se conoce, aunque hoy en algo se haya adelantado por efecto de la experiencia, que ciento cincuenta años no pasan en balde. Era natural de Sevilla, dependiente aventajado de la Real Maestranza de la misma; manejaba bien la capa, y según usanza de entonces, para demostrar valor, sólo usaba en la mano izquierda, en vez de muleta, el sombrero de anchas alas, semejante al castoreño que ahora usan los picadores. Le protegieron y alentaron mucho los señores maestrantes, y recorrió con su hermano Pedro la mayor parte de las plazas que entonces había, con grande aplauso y aprovechamiento. Fué posterior á Francisco Romero y anterior á Manuel Bellón *(El Africano)*, y en su compañía trabajaron casi siempre su hermano Pedro y Esteller *(El Valenciano)*.

Palomo, Pedro.—Hermano del célebre Juan, natural como él de Sevilla, y como él también matador de toros á mediados del pasado siglo. Era no menos valiente que aquél, aunque parece era menos diestro; mataba con sombrero en mano, *esperaba* los toros, y era celoso de su pundonor. No sabemos si, como Juan, sería dependiente de la Maestranza de Sevilla; pero es indudable que igual protección se prestó á uno que al otro mientras fué la época de su apogeo, que, según se deduce de los escritos que tenemos á la vista, pudo durar de diez á veinte años, ó poco menos, sin que sea posible precisar detalles de su vida, por la escasez de noticias que existen acerca de unos hombres cuya profesión era naciente, como arte, cuando ellos la ejercitaban.

Palomo, Manuel.—Fué un picador de toros que á mediados del siglo precedente quebraba rejones y garrochones con bastante aceptación, especialmente en Andalucía. Era natural de Alcalá de Guadaira.

No sabemos si sería equivocación la de haberse anunciado con ese nombre un matador de toros que en Sevilla alternó con Juan Miguel y con *Costillares*, el día 22 de Abril de 1763, pero nos inclinamos á creer que este matador, llamado Manuel, existió realmente, porque además de dicho dato lo comprueba con evidencia un cartel de Valencia de 6 de Octubre de 1766, en que aparece como primer espada.

Palos ó palillos, palitos y palitroques, son palabras que se usan indistintamente en vez de la de «banderillas», y realmente á los que no se relacionen con toreros ó aficionados, les será dificultoso entender el verdadero significado de tales palabras, puramente convencionales en el tecnicismo tauromaco.

Pamo, Isidoro *(Salamanquinito)*.—Le conocen como torero donde le han visto trabajar. Ignoramos su mérito, y hasta los puntos en que puede haberse lucido, porque son éstos tan cortos en número, que como no se dé más á conocer, antes de mucho será olvidado.

Pampilho.—Es ni más ni menos que la «castigadera» usada en España, la vara larga que en Portugal usan los campinos para castigar á los toros en el campo ó en el redondel, cuando no quieren volver á entrar en los corrales ó toriles. Lleva en la punta un pequeño hierro punzante.

Pandereto.—Último toro que mató en Madrid el espada *Lagartijo* en la tarde del 1.° de Junio de 1893 día de su despedida del toreo. Era como los demás lidiados en tan aciago día, perteneniente á la ganadería del Duque de Veragua, negro bragado, de poca edad, sin poder, voluntario en el primer tercio y quedado en el último. Tomó seis varas, *Torerito* y *Lagartijo* le pusieron cuatro pares de banderillas, y fué muerto de dos pinchazos y una media estocada.

«PANDERETO», TORO DE VERAGUA. — JULIÁ

Pando, Manuel *(Pindo)*.— Nuevo banderillero que muestra grandes deseos de aprender. Despacito se va lejos, pero entiéndanos; despacio sí, pero no parándose.

Pantalones.—Toro de la ganadería de D. Manuel Bañuelos y Rodríguez, vecino de Colmenar Viejo, divisa azul. Mató en Madrid al aficionado Antonio Fernández Oliva en la tarde del 29 de Abril de 1855 al ponerle banderillas. Era el animal, que fué concedido como de gracia, retinto claro, cornilargo, bizco de la izquierda, voluntario, pero algo blando. Le mató Gonzalo Mora, vestido de paisano, de una baja arrancando.

Papagaio.—Del mismo modo que al chulo que en las plazas de toros de Portugal abre los toriles para soltar los toros se le llama *Carecas*, al que abre las puertas para que entren los rejoneadores en el redondel, llamanle allí como indicamos.

Parado.—El segundo de los tres estados que tiene el toro en la plaza, que es precisamente el mejor para hacer con él toda clase de suertes, puesto que ya no está *levantado* como en el primero, sino que se fija bien en los objetos, y además, sin faltarle piernas, no tiene tanta ligereza ya, porque las primeras varas, los capotazos ó los recortes que haya sufrido se las hayan quitado en parte, aunque no *aplomado*. Debido muchas veces á dichos castigos, suelen los toros en este estado mostrar inclinación á determinadas querencias, de las que cuesta trabajo apartarlos.

Paramio, Arturo.—Matadorcito de toros en novilladas por la tierra de María Santísima. No le hemos visto, ni sabemos por lo tanto, si vale ó nó, porque las referencias... Sin embargo, las de Amé-

rica donde también ha trabajado, contradecían las de España, pero poco á poco el chico ha ido *tomando tierra* y tiene contratas en aquel país. Díjose en muchos periódicos, que en una corrida celebrada en la plaza de Santiago de Cuba el 10 de Marzo de 1895, al dar muerte á un toro de la ganadería de Castellanos llamado *Cocodrilo*, con el cual estuvo muy valiente, y en el momento de dar la estocada que fué soberbia, quedó enganchado, recibiendo una herida profunda en el lado izquierdo del pecho, con destrozo del corazón, que le ocasionó la muerte; pero esa noticia fué desmentida en absoluto, por medio de un comunicado suscrito por el padre de Paramio insertando una carta del mismo, en que hizo constar la falsedad de aquella.

Parar.—Es esperar con sangre fría la acometida del toro en todas las suertes que con él se intenten; así que el torero que pare bien, tiene mucho adelantado para ser un buen diestro. Nada hay más seguro ni de mejor efecto que un lidiador con el capote ó la muleta pasando al toro y sin mover los piés más que lo absolutamente indispensable para girar casi con los talones; nada más bonito que el momento en que el banderillero *pára* cuadrando para meter los brazos, y nada tan magnífico como el acto de citar el espada al toro, arrancar éste, *parar* aquél los piés, y matarle recibiendo. Por desgracia, no hay muchos toreros que imiten en el particular al gran Romero.

Parche.—Los parches que se colocan á los toros en la suerte denominada *parchear* suelen ser de badana, paño, pergamino y de cualquier tela, untado su revés con pez, brea, trementina, goma, etc. Se hacen, para mejor efecto, de colores, con cintas, lazos y caprichosos adornos, que no pesen y que no sean de más tamaño que el de la palma de la mano. Cuando se colocan en línea recta ó haciendo dibujo seis ú ocho parches sobre la piel del toro, agrada, como no puede menos, al espectador que comprende lo difícil que es colocar precisamente la mano en sitio determinado.

Parchear.—Lo mismo que para poner banderillas se puede parchear al cuarteo, al quiebro, á media vuelta, al sesgo y al recorte como al relance, aprovechando, etc. La suerte consiste en llevar el banderillero en la mano, en vez de rehiletes, un parche, que suele ser de lienzo, badana ó papel, untado por un lado con trementina ú otra materia parecida, llamar al toro ó salirle al encuentro, y observando precisamente las reglas que explicamos en el sitio oportuno para aquella suerte, al llegar á la cabeza cuadrará el lidiador, pegará el parche en el testuz del toro, metiendo el brazo por entre los dos cuernos. Claro es, que para ejecutar esto con facilidad, el parche ha de llevarse en la mano derecha si la salida se indica por la derecha del toro, y en la izquierda si por el lado contrario, pero procurando siempre salir por pies, porque como el parche no castiga en nada al animal, queda éste con las mismas facultades, menos en los parches que se le ponen recortándole. Mucho más difícil es poner parches pareando, puesto que lo admitido y observado siempre es que un parche quede colocado en el testuz, como va dicho, y otro en el hocico formando juego. Para verificarlo, el lidiador, suponiendo que vaya por la derecha, pegará al cuadrar el parche de la nariz ú hocico con la mano derecha, y el de la frente con la izquierda, que pasará por encima del cuerno derecho rápidamente. El menor retraso en la ejecución puede ser causa inevitable de cogida, porque la postura del torero es muy violenta, y tiene, digámoslo así, entregado el cuerpo al derrote que el animal dé. Por eso el parear parcheando hay pocos que lo hagan de la manera referida, y es lo más común, cuando parean, colocar los parches en el cerviguillo, en la cruz y en los costados y aun lomos de las reses, formando simetría y procurando sean iguales las distancias de unos á otros. Esta suerte, poco usada no sabemos por qué, es de tanto mérito como la de los rehiletes, y pareando, mucho más. Puede hacerse con toda clase de toros, observando, como hemos dicho, todas las reglas que van dadas para los banderilleros; pero sólo los que tengan buenas facultades deben hacerla, porque la exposición es grande.

Pardal, Bernardo.—Picador de toros, de buena voluntad, de excelentes condiciones de carácter y sufrido como el que más. Entrega más caballos de los que debiera, por atravesarse en la suerte algunas veces y no atender á la mano izquierda cuando usa de la derecha, defecto muy común en los picadores actuales, que debe corregir.

Pardo y Sánchez Salvador, D. Manuel.—Distinguido ingeniero, jefe de segunda clase de Caminos, Canales y Puertos. En 1859 ingresó en en el Cuerpo, y desde entonces ha demostrado ser uno de los más aventajados individuos que le componen, y respecto del cual no tenemos, como en otras muchas ciencias y artes, nada que envidiar al extranjero. Nació en Madrid el 8 de Abril de 1838, y es autor, con D. Mariano Carderera, de los magníficos planos y proyecto de construcción de la elegante plaza de toros del Puerto de Santa

María, y sobre los cuales damos algunos pormenores en las voces CARDERERA y PLAZA, que van en el lugar correspondiente.

Pardo Figueroa, D. Mariano *(Dr. Thebussem)*. —Alto, enjuto, de fisonomía dulce é inteligente, de distinguido porte y elegantes maneras, sin afectación ni amaneramiento: su mirada atrae, su conversación seduce.

Pasa la vida allá en su Huerta de Cigarra de Medina-Sidonia, revolviendo papeles, descubriendo secretos útiles para las letras y formulando recetas de cocina; que el Doctor, recordando á Homero, *aliquando dormitat*, y el tiempo que quita á

sus estudios aplícale al del arte culinario en que es tanta celebridad como en aquéllos. Con menos malicia que un niño, pero voluntarioso como éstos lo son, obra con independencia en todos los actos de su vida: es un inmenso arsenal de erudición y—cosa rara en estos tiempos—escribe en castellano puro y castizo, con tan admirable naturalidad que da envidia á todos y causa la desesperación de quienes intentan imitarle.

Por legítimos servicios al Estado, facilitando al Gobierno datos, noticias y documentos ignorados por sus funcionarios, fué nombrado «Cartero honorario de España» y el modesto uniforme de la clase osténtale con orgullo al lado del aristocrático hábito de la orden militar de Santiago que lleva con dignidad. Pudo obtener una gran cruz y no faltó quien considerara extravagancia su oposición á admitirla; mas no tuvieron en cuenta los que así pensaron que perpetúan más aquellos honores su distinguida personalidad que una banda de las que tanto se prodigan.

Esas son las líneas más salientes del retrato del famoso Dr. Thebussem, anagrama por él inventado y que quiere decir «Embuste». No atribuiremos esta palabra á su dicho de que no le gustan las corridas de toros, aunque no las combate, pero sí diremos que ha dado á luz ignoradas noticias concernientes al arte de Romero y una magnífica biografía del picador Pedro Puyana que es la mejor escrita de cuantas se han publicado.

Sentimos que la índole de este libro no nos permita ser más extensos.

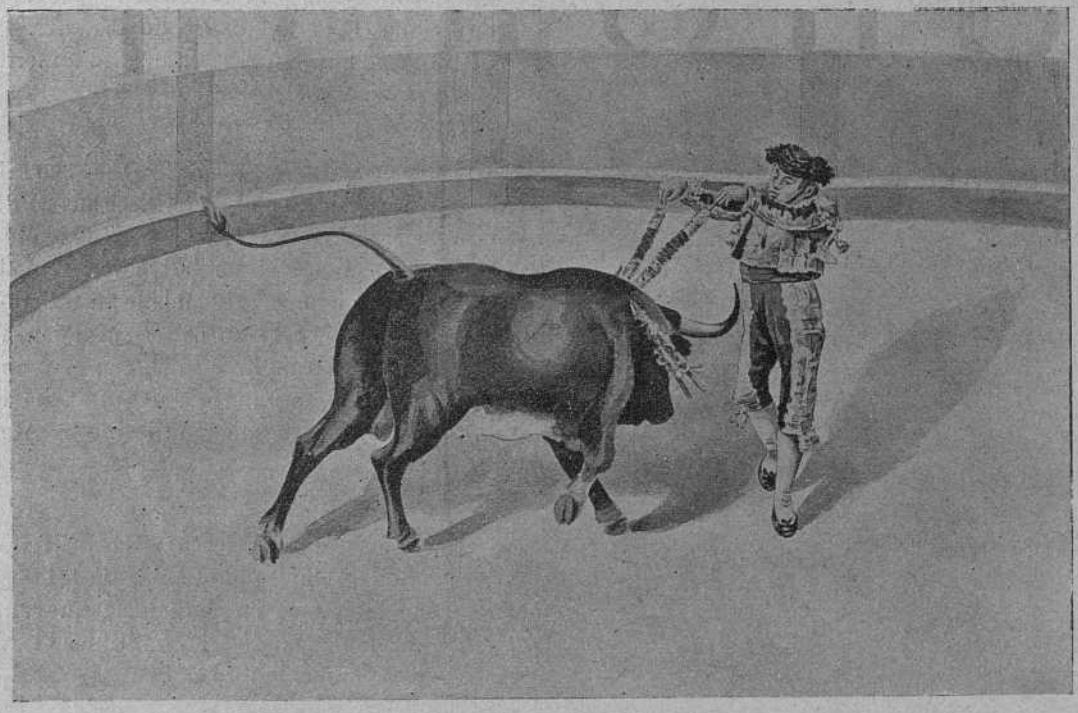
Pardo, Vicente.—En el año de 1815 trabajó como banderillero en la plaza de Madrid al lado de Arjona *(Costuras)*, padre de *Cúchares*. Poco tenían que echarse en cara en cuanto á mérito, ambos peones.

Pardo, Francisco *(El Trallero)*.—Poco saben de las cualidades de este banderillero sus contemporáneos. Nosotros hacemos mención de él por haberle visto en carteles relativamente modernos; pues aunque hemos presenciado su trabajo en alguna novillada, esto no es bastante para formar juicio exacto. Ya no hará milagros; pero en América, donde fué hace más de seis años, ha llegado á formarse una reputación de inteligente entre los aficionados.

Pardo, Manuel *(El Pincho)*.—Hasta hace poco tiempo no habíamos oido hablar de este banderillero, conocido más en Andalucía que en otros puntos. Por no perjudicarle, omitimos la calificación que de él nos han hecho.

Parear.—Es poner banderillas dobles, ó sea á pares, y no una á una, como antiguamente se ponían. La suerte en sí es muy lucida, sobre todo si se hace perfectamente, lo cual no todos los toreros consiguen; y hay diferentes modos de ejecutarla. En primer lugar, y antes de explicarlos, diremos que las banderillas deben quedar clavadas muy cerca la una de la otra ó unidas en lo alto del morrillo del toro, ni muy cerca de la cabeza, ni más atras de la cruz; que para conseguir clavarlas juntas, debe el lidiador llevar también las manos juntas en aquel momento y levantar los codos, y

que es indispensable saber parear lo mismo por derecha que por izquierda, porque la salida de la suerte debe hacerse por el lado á que el toro se muestre más franco, y hay reses que en cuanto se les pone el primer par se acuestan de aquel lado, dificultan ya la entrada para la colocación de otro, si se va por el mismo, lo cual también es un mal luego para el matador, y porque precisamente para evitar esto debe igualarse poniendo los pares por el lado que más convenga.—Conocido esto, explicaremos los diferentes modos que hay actualmente de parear, que son muchos más de los que conoció *Pepe Illo*, y más también de los que conoció Montes. La suerte á *media vuelta*, que es la más fácil, (1) aunque no deja de tener inconvenientes, puede hacerse de dos maneras: una, colocándose el torero detrás de la res á corta distancia, llamándola por un lado con una voz, ó sonando los palos dando uno con otro, y cuando vuelva la cabeza, antes de que concluya de volver el cuerpo, clavarle los rehiletes y salir por piés; y otra, saliendo de largo, también por detrás del toro, que podrá estar parado ó levantado, llamarle al llegar cerca, echándose un poco el torero al lado por donde quiera hacer la suerte para que el toro le vea, y cuando éste se vuelve del todo, se encuentra ya con los palos clavados en la misma forma que hemos dicho antes. En uno y otro caso debe atenderse mucho á que el animal no se vuelva por el lado contrario al que se le llame, porque, especialmente en el primero, la cogida es segura.—La suerte de poner banderillas *al cuarteo* es la mas frecuente, y como el nombre indica, la ejecuta el torero cuarteando, es decir, saliendo en busca de la fiera desde una distancia proporcionada (y que ha de calcular segun las piernas de aquella) después que le vea; entonces parte el animal en busca del bulto que á él se dirige, y como este viene formando un medio círculo, cuando se encuentran en el centro de la suerte, el toro humilla, el torero se cuadra, mete los brazos, y sale libre por su terreno cuando aquél da el hachazo (1). Algunas veces suelen clavarse los palos antes de cuadrar, metiéndose mucho el torero en el embroque, y cuando el animal va á dar el hachazo, sale aquél cuadrando al lado natural suyo. Este último modo de parear cuarteando es difícil y de mucho mérito; así que es más común el que primeramente hemos descrito, siendo muy conveniente que en el último el lidiador procure que los palos sean de castigo, es decir, que apriete con ellos, porque el daño detendrá algo la carrera del animal, siquiera en el momento supremo, y le permitirá más fácilmente la salida de la cuna.—El parear ó poner banderillas á *topa*, *carnero*, como quiere Montes se llamen, ó de *pecho* ó á *pié firme*, como otros dicen, es el más difícil de ejecutar de los conocidos antes y ahora. Consiste en situarse el torero á buena distancia del toro;

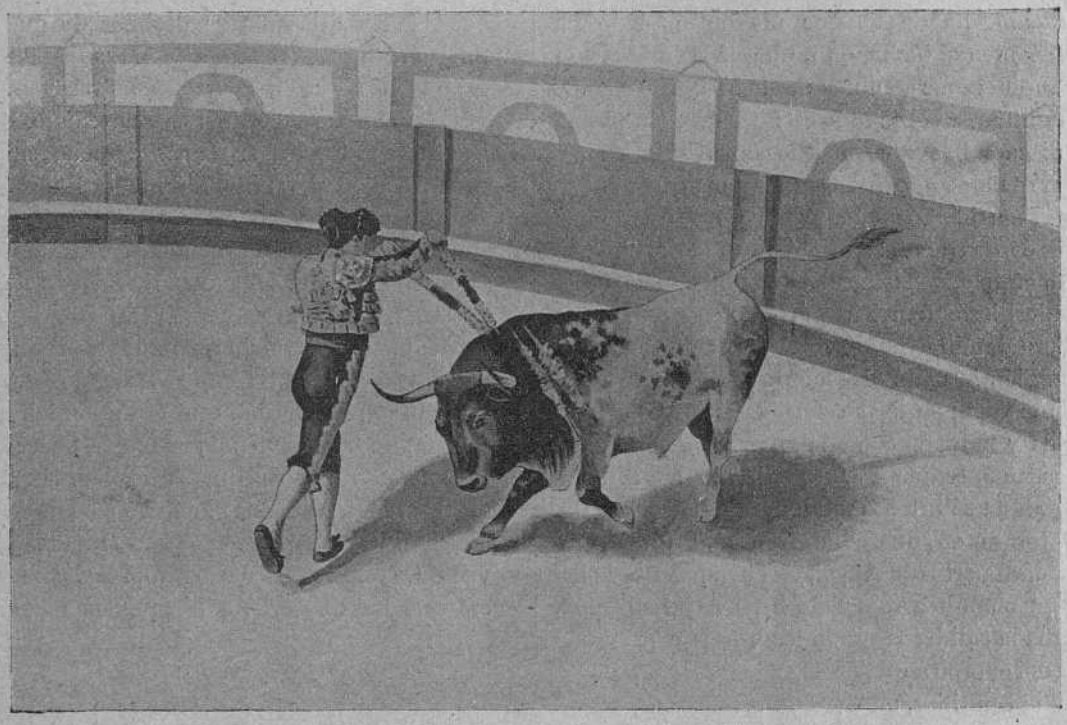


BANDERILLAS Á PIE FIRME. — **MACÍAS**

(1) Página 490.

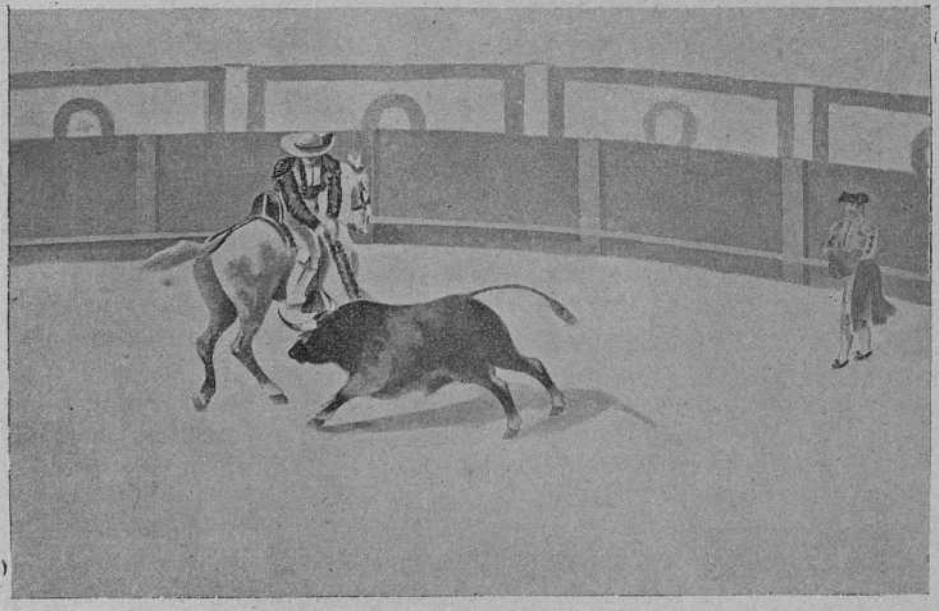
(1) Página 29.

cuando éste le mire, llamarle alegrándole para que parta, esperarle con los piés parados, y al humillar el animal para dar el hachazo en la misma jurisdicción del lidiador, saliese del embroque, no sólo por medio de un quiebro de cuerpo, como dice Montes, sino por un compás quebrando, hácia atrás (Baragaña, 1750), con inclinación á un lado, y que nosotros explicamos por un paso con el pié derecho ó izquierdo al lado que más seguro crea el banderillero, el cual, moviéndose muy poco ó nada, debe quedar en su mismo sitio, viendo marchar al toro, lo cual es de un efecto sorprendente y de seguro y merecido aplauso.—También el parear *al sesgo* es de mérito y muy expuesto. Dice Montes que suelen llamarlo *á la carrera ó trascuerno*, y que él prefiere se llame á *volapié;* y aunque no nos parece mal este último nombre, nos gusta más el de *al sesgo*, por parecernos más adecuado, toda vez que no necesita estar el toro ladeado dando su izquierda á las tablas como en el volapié de muerte, y que realmente el banderillero sale sesgando para este modo de parear. Se ejecuta la suerte hoy en la mayor parte de los casos con más perfección que en tiempo de Montes, y no decimos de *Pepe Illo* porque entonces no se hacía. Antes se colocaba el torero detrás y cerca del toro, y sin que éste le viera, se iba aquél á la cabeza, llegaba, clavaba los palos y salía por piés; hoy se procura que el animal quede algo terciado con las tablas, no se coloca el torero detrás, sino frente á la cabeza del bicho, llamándole, y arrancando pronto, formando muy poco círculo, le clava los palos al llegar á la cabeza y sigue su viaje; sucediendo muchas veces que la res, aculada á los tableros, no quiere terciarse, y sin embargo, algunos banderilleros ponen los rehiletes al sesgo como hemos dicho, con notable maestría.—Las banderillas *al recorte* son tambien difíciles de poner pareando, y expuesto el modo de ejecutar la suerte, que es de mucho efecto, en términos de que se ha dicho ser el *non plus ultra* de poner banderillas; aunque nosotros distamos mucho de esta opinión, dando la preferencia á las anteriores y á las de *topa-carnero*, no desconocemos su mérito. El torero, para ejecutarla, sale á encontrarse con el toro como para hacerle un recorte, y como al llegar al centro de esta suerte el animal humilla, recorta aquél, haciendo el quiebro de cuerpo necesario, y retrasa su salida, quedándose casi pegado al costado del toro y de espaldas al testuz de éste, y cuando da la cabezada se clava el mismo animal los palos, puesto que el banderillero tendrá la mano del lado del toro vuelta atrás con el codo alto, y la otra, pasando por delante de su pecho, á igualar con ambas la punta de las banderillas, que como es natural, dada dicha situación, quedan clavadas de atrás adelante, saliendo despues el lidiador como sale del recorte; de modo que los muy diestros en ejecutar éste pueden hacer esta suerte de parear



BANDERILLAS AL RECORTE. — MACÍAS

perfectamente y sin exposición.—El torero Antonio Carmona *(El Gordito)* ha inventado en nuestros días otros modos de poner banderillas de bastante mérito, y sobre todo de un grande efecto. Consiste uno de ellos, aunque todos tienen la misma base, en colocarse frente al toro, completamente en su rectitud, y teniendo unidos los piés talón con talón. En esta disposición llama al toro, parte éste, el diestro sin mover los piés tuerce su cuerpo y brazos á un lado, marcando allí á la res el sitio del bulto, el animal humilla, y el torero, que no ha hecho más que recobrar su natural y primitiva postura, clava los palos, libre del hachazo, puesto que el toro le da en vago donde creía encontrar objeto. Como se comprende de esta explicación, ha de tenerse mucho cuidado en *ver llegar* bien al bicho, en no hacer la inclinación ó quiebro del cuerpo antes de tiempo, sino cuando va á humillar, y sobre todo en no mover los piés ni poco ni nada hasta después de consumada la suerte. Esta se llama *al quiebro*, y su autor la ejecutaba con tal seguridad, que le hemos visto hacerla con los pies dentro de un sombrero, de un aro pequeño, de un pañuelo, y hasta colocado entre dichos pies al banderillero Juan Yust, echado en el suelo con la cabeza dando cara al toro y perfilado totalmente. También inventó otra suerte el dicho Carmona al mismo tiempo que la referida, que aunque muy parecida y llamada como la anterior *al quiebro*, no es precisamente igual, y luego diremos sus diferenrencias. Esta se intenta ó empieza á hacerse sentado el torero en una silla frente al toro, completamente perfilado con él, en cuya postura le llama (1), y cuando arrancando llega á jurisdicción, le marca la salida, echando los brazos y parte superior del cuerpo á un lado, y al humillar, el banderillero se levanta, da frente al costado ante el cual cuadra y se para, y libre ya del hachazo, clava los palos, llevándose generalmente el toro la silla en las astas. Tanto una suerte como otra son lucidísimas y de tanto efecto como la de *topa-carnero*, aunque de menos mérito. Ya hemos dicho que ambas las llaman *al quiebro*, y si bien es verdad que en las dos hace el diestro inclinación, ó llámese quiebro, de igual modo, lo cierto es que en el primer caso la res, al llegar al centro de la suerte, cambia de dirección merced á aquél, puesto que el torero no se mueve, teniendo, digámoslo así, clavados los talones; y en el segundo, sigue el toro su dirección, toda vez que se lleva ó rompe la silla, y el torero se mueve un paso, da un cuarto de conversión á un lado, y antes de clavar los palos cuadra; cosa que no podía tener hecha estando sentado. Además, en el primero de los modos antedichos la colocación de los brazos es más violenta y muy parecida á la que se tiene en las banderillas *al recorte*, y en el segundo la postura es natural. Por último, suelen ponerse también banderillas que dicen *al relance*, y no es mas que aprovechar la salida de un toro después de que le han puesto otro par, ó cuando viene empapado en un capote, llegar á su terreno, cuadrar y meter los brazos, ó lo que es lo mismo, cuarteando. Réstanos decir que la suerte á *media vuelta* puede hacerse con toda clase de toros; la de frente, ó sea á *topa-carnero*, sólo con los nobles y boyantes que tengan muchos pies, ó con los que, conservando éstos, vayan derechos á la querencia que hayan demostrado tener; que la de parear *al sesgo* sólo se haga con reses aplomadas, en su querencia y sin piernas; la de *recorte*, con los boyantes, viniendo levantados, pues aunque es verdad que estando bien situados y alegrándolos se vienen, es mejor hacer siempre las suertes antes de que la recelen. Excusado es decir que las llamadas *al quiebro* sólo deben hacerse con toros claros, sencillos y sin defecto en la vista. Concluiremos encargando á los banderilleros que los maestros y la práctica recomiendan mucho que no se atrasen en su carrera, ni salgan



BANDERILLAS Á CABALLO. — MACÍAS

(1) Página 177.

tarde para que el toro no llegue antes al centro de la suerte; que es mejor adelantarse, ya que no se haya medido bien el tiempo, y que procuren tener calma para ejecutar las suertes, si las han de hacer bien.

También se ponen banderillas á caballo, suerte generalizada más en América que en España, y es la más difícil de todas las que puede ejecutar un jinete. Practícase del mismo modo que la de clavar *farpas* á la portuguesa, haciendo girar al toro alrededor del caballo, y llevando el diestro una banderilla en cada mano y además en la izquierda las bridas sujetas con los tres últimos dedos, para que al llegar á jurisdicción en el *cuarteo* ó media vuelta puedan soltarse, dejando al caballo completamente libre, que en aquel momento obedece sólo al ímpetu del cuerpo y piernas del jinete. Juntos los brazos de éste, é inclinado al lado por el cual va el toro, á cuyo fin, casi siempre necesita desestribar un pie, clava los palos del tamaño ordinario, procurando ponerlos en lo alto de los rubios, sin que sea defecto que resulten más altos ó bajos, puesto que las distancias, por bien que se midan, las dan la fiera y el caballo apretando más ó menos su carrera respectiva.

Es suerte mucho más difícil y expuesta que la de rejonear y farpear, y sólo debe ejecutarse con toros nobles y bravos, que no se queden ni sean de sentido. Bueno será también que no sean muy ligeros.

Parente, Francisco *(El Artillero)*.—Nació en Villariño-Frío, de la provincia de Orense, el día 25 de Mayo de 1848. Sus pades Bernardo y Francisca, en los primeros años de su juventud, le dedicaron al contrabando. Fué luego soldado de artillería, de donde le viene el mote. En 1873 picó en Sevilla, por primera vez, en la cuadrilla de Manuel Fuentes *(Bocanegra)*, y desde entonces ha figurado en las más principales, sin que hasta ahora haya conseguido más que hacerse notar por su valor, pues le falta pericia.

Parodis, Manuel.—Banderillero en novilladas que, según carteles de 1881, trabajaba á las órdenes del matador José Zaldívar, que era, como él, de Puerto Real. No llegó su mérito á ser propagado ni mucho menos.

Parolo, Vicente.—Dicen algunos viejos aficionados que este banderillero, de la época del *Curro Guillén*, era de lo más notable en su arte, y que se distinguía por su bravura.

Parra, Luis.—Torero de á caballo allá en el último tercio del siglo anterior. Era diestro en quebrar rejones y banderillas largas. Una vez, en Córdoba, en 1770, cobró por quebrar lancillas y poner banderillas largas á caballo, en cuatro corridas, trescientos reales vellón, manutención y vestido.

Parra, Antonio.—Perteneció como picador á la cuadrilla del gran Pedro Romero en fines del siglo XVIII. Esto solo hace su elogio; y denota cuál sería su mérito, cuando ganaba, antes de trabajar con Romero, mil doscientos reales cada tarde, precio de los más altos entonces. En 16 de Octubre de 1784, trabajó por primera vez en Sevilla con general aceptación.

Parra, Antonio.—En 25 de Julio de 1837 se presentó á matar toros en la plaza de Sevilla, según noticias únicas que hasta nosotros han llegado. Posible es que éste y los anteriores fuesen parientes.

Parra, Celestino.—No tenemos más noticias de este lidiador, que la de haber visto su nombre como espada para matar toros, en una plaza construída en Tortosa en 1833, y que parece ya no existe. Otro tanto nos sucede con

---

Parra, Pedro.—Torero desconocido que en dicha plaza, y en la misma época, fué compañero del precedente, según aparece en cartel anunciador de la corrida.

Parra, José.—Discípulo de Antonio Ruiz *(El Sombrerero)*. No adelantó gran cosa como matador; pero dicen que sabía andar cerca de los toros, que su capote era oportuno, y que nunca estaba mal colocado. Fué vecino de Sevilla, sin que sepamos si fué pariente de

---

Parra, Manuel.—Fué un matador de grandes esperanzas, nacido en Sevilla en 1797, y murió en el año de 1829. Aprendió el oficio de tejedor, y en 1816 entró en la cuadrilla de José Antonio Baden; luego pasó á la de *Curro Guillén*, y en 1820 era ya segundo espada con González *(El Panchón)*, que le dió la alternativa. Trabajó con aceptación en casi todas las plazas de España, hasta que en 26 de Octubre de 1829, al pasar de muleta al último toro que le tocaba matar, por cierto en división de plaza, fué cogido por el muslo izquierdo y volteado, causándole una grave herida, de que murió

antes de un mes. Parra tenía una bonita figura, y dice el Sr. Velázquez, con referencia á Juan León, «que era un torero igual, duro, aplomado, fresco, ágil, fuerte, de recursos, de inventiva, siempre en donde debía estar, nunca distraído en la serie de las faenas, y tan pronto en concebir como listo en ejecutar lo conveniente». Nosotros, que conocimos el mérito de Parra por las referencias que nos hicieron inteligentes aficionados de aquella época, creemos que León trató con demasiado apasionamiento á su compañero, pues sin negarle la mayor parte de las cualidades antedichas, no llegaron tan á la perfección como se supone, y dicen que no siempre tenía la calma necesaria para la consumación de las suertes. No puede por eso negarse que en su época fué un torero muy aceptable.

Parra, Luis.—Si este joven, de grandes facultades físicas, hubiera querido salir de ese montón de banderilleros que se pasan los años sin adquirir nombre ni ventajas de ninguna clase, le habría sido preciso cambiar de rumbo y atreverse más ó, en otro caso, dejar la profesión que abrazó á disgusto de sus padres y de toda una familia tan distinguida como es la suya. Falleció en Madrid, de donde era vecino, á fines de Septiembre de 1894 á la edad de treinta y dos años.

Párraga, Pedro.—Si no estamos equivocados, este matador de toros era natural de Madrid, ó al menos su vecindad y residencia desde muy joven fué siempre la de la corte. Era un hombre, cuando empezó á matar, hace más de cincuenta años, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni bueno ni malo. Juzgándole desapasionadamente, como venimos haciéndolo con todos, no adquirió por su saber ni por su valor grandes laureles. Procuraba cumplir bien y hacía esfuerzos para ello; pero ni de banderillero se le vieron cosas de primer orden, ni de espada pasó de regular. En lo que más se distinguió fué en correr los toros por derecho siempre, buena costumbre que se va perdiendo, y en los pases de muleta, que, especialmente los primeros que daba á cada toro, eran limpios y de buena escuela. Como todos los toreros, tuvo su época, si bien como hemos indicado, no ocupó nunca un primer puesto, y eso que en muchas plazas de capitales de provincia era querido y apreciado. Su trato afable, jovial y rumboso contribuía á ello no poco, tanto como la buena dirección de las plazas, cuando la tenía á su cargo, en lo cual demostró buenas dotes. En la ciudad de Toro, á fines de 1859, trabajó en unas corridas, y un bicho de muchos piés y casi entero, á quien debía dar muerte, le enganchó por la entrepierna sin causarle herida, y le volteó y zamarreó horrorosamente, ocasionándole graves contusiones. De resultas, y al ponerse en camino, conducido á Madrid para más comodidad en una galera, falleció dentro de ella, antes de que en la corte sus amigos y familia le hubiesen podido atender como quisieran. Tenía un apodo que nadie se recataba de pronunciar y aun se escribía en los carteles, pero que nosotros omitimos por obsceno.

Parrondo, Tomás *(Manchao)*. — Banderillero atrevido y matador de toros sin alternativa por incuria suya. Nació en Madrid en 21 de Septiembre de 1857. Sus padres, bien acomodados, le hicieron estudiar segunda enseñanza y luego le

dedicaron al oficio de pintor y dorador. Su aprendizaje como torero le hizo en la plaza de los Campos Elíseos de Madrid y en otras de los pueblos de la provincia, hasta el año de 1878 que se pre-

sentó en la principal, formando parte de las cuadrillas de Felipe García, Antonio Pérez y Gabriel López. Es muy simpático y modesto, y muchos aficionados que fundaban en él sus esperanzas, las van perdiendo porque parece que al muchacho le iba bien en América y no se acordaba de la tierra que le vió nacer. Al marchar allí hace años estaba colocado por los aficionados inteligentes al frente de los matadores sin alternativa, que pudo tomar mucho antes, seguir trabajando en España, conquistarse un puesto en el toreo, ya que valía mucho sabiendo y ejecutando. Se abandonó, no oyó consejos, volvió sin entusiasmos y retraído y tal vez no podrá ya alcanzar el sitio que de derecho le correspondía. No puede perdonársele el daño que ha hecho al arte con su inercia y apatía.

Partir.—El acto de arrancar el toro directamente al objeto que le ha llamado la atención. Al verificarlo, suele reconcentrar la vista en el bulto y echar atrás las orejas.

Pasarse.—Cuando el banderillero sale con los palos derecho al toro y éste le corta el terreno, se tapa quedándose ó humilla retrocediendo, aquél se pasa por delante de la res sin meter los brazos. Cuando el espada arranca y el animal se tapa ó cubre, ó corta el terreno, siendo expuesto pincharle, se pasa también, llevando entonces la muleta en dirección al lado derecho, para empapar en ella al toro, librando el cuerpo. Si el pasarse uno ú otro lidiador es en corto y con verdadera precisión, suele aplaudirse; pero si no hay gran necesidad es censurable, y demuestra, ó que van mal medidos los terrenos, que hay retraso en la salida ó que no tiene el torero la frescura indispensable. Esto es hacer salidas falsas.

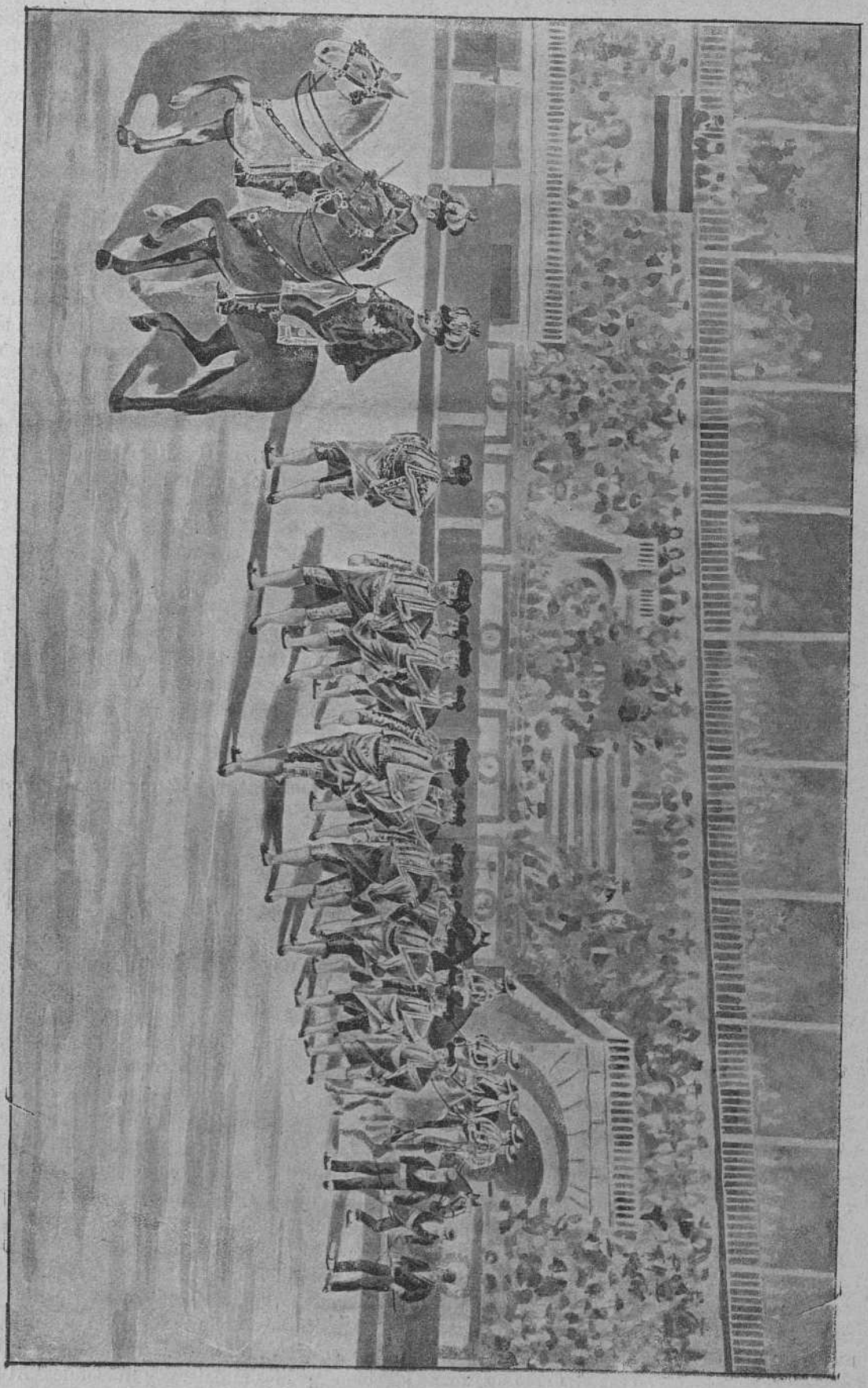
Pasatoro.—La estocada que se da al toro al pasar y no recibiéndolo ni al volapié. Esta definición da la Academia, y aunque no siempre sea para nosotros, en materia de voces tauromáquicas, autoridad indiscutible, con perdón sea dicho, la aceptamos tanto más cuanto que en autores antiguos la vemos empleada en igual sentido. Pero debemos dar alguna explicación á fin de evitar falsas interpretaciones. Dada la tecnología modernamente admitida, pueden matarse las reses sin recibirlas ni á volapié, y sin que tampoco lo sean á pasatoro, por ejemplo, arrancando á un tiempo ó encontrándose. No nos gustan estas voces porque, á nuestro modo de entender, ni explican suficientemente la ejecución de la suerte, ó sea el modo de practicarla, ni creemos sean aquéllas otra cosa que la derivación de las primitivas; las ha admitido el uso, sin embargo, y hay que doblegarse á aceptarlas. Mas la de que nos ocupamos es de las que solamente pueden aplicarse al hecho que constituye en pocas y muy especiales circunstancias el recurso de un matador. La estocada á pasatoro es, por lo tanto, la que se da á la res cuando viene empapada en un capote, cuando va persiguiendo á otro torero ó cuando huida completamente sigue una ruta en la cual el matador sale al paso y de improviso se interpone, hiere y evita el derrote ó acometida.

Hoy se califica más brevemente este modo de matar «al revuelo,» que quiere decir pronta y ligeramente, como de paso, y algo más daña esta voz que aquella al diestro que sea pundonoroso.

Pascual, Manuel *(Guantero).*—Matador de toros en novilladas, banderillero en otras ocasiones. Creemos que es madrileño, aunque es muy aventurado asegurarlo, puesto que se trata de un muchacho casi desconocido.

Pascual, José *(el Valenciano,* antes *Sapín).*—Torea donde puede, haciendo lo que sabe y sufriendo lo que dan los toros á los hombres valientes que saben poco. Es muy moderno en el oficio y natural de Valencia, donde nació en 25 de Diciembre de 1870. Dicen que se aplica y que en novilladas mata toros regularmente. Cuando le veamos le juzgaremos, que no hay que fiarse de impresiones de sus paisanos.

Paseo.—Es la presentación de las cuadrillas en el redondel; acto lucidísimo que se verifica al compás de la música, y entre los aplausos y vítores de los concurrentes. Los alguaciles, que se han dirigido de antemano en busca de los toreros, salen al frente de todos; forman después en primera fila los espadas, colocado el más antiguo, como jefe, á la derecha; al lado opuesto, ó sea á la izquierda, el segundo, y en medio el más moderno: detrás de éstos, sólo, el media espada ó sobresaliente, si le hay; luego los banderilleros por orden de antigüedad de las cuadrillas, concluyendo con el puntillero y chulos, todos con montera puesta y capotes de lujo terciados. Inmediatamente después siguen á caballo los picadores de tanda y los de reserva, también por antigüedad, formando detrás los mozos de servicio de los mismos, todos uniformados; y por último, los tiros de mulas (para el arrastre de las reses muertas), ricamente engalanadas y guiadas por bien vestidos ramaleros y mayorales. Al llegar todos bajo el palco de la presidencia, saludan á la



SALIDA DE LAS CUADRILLAS Á LA PLAZA. — MACÍAS

misma, montera y sombrero en mano, y marchan á ocupar sus respectivos puestos, cambiando los toreros de á pie sus capotes de lujo por capas de faena, y tomando los de á caballo las garrochas, que cada uno tiene escogida de antemano. En la voz ó artículo FUNCIONES REALES dejamos dicho cómo se verifica el paseo en aquéllas, distinto de las ordinarias. Viene de antiguo este acto de cortesía para con el público y su representante oficial, que es el presidente, y con corta diferencia, siempre se ha verificado así. En las fiestas que la villa de Madrid celebró en los días 13, 14 y 15 de Julio de 1784, por el natalicio de los infantes D. Carlos y D. Felipe, hecho el despejo por la caballería, salieron á pasear la plaza las cuadrillas de toreros de á pie en dos filas; después los picadores á caballo, y luego los mozos de la caballería, que llevaban de la brida á los caballos de la regalada, primorosamente enjaezados, detrás de los cuales seguía montado á caballo, *vestido á lo turco ridículamente*, el mozo mayor de la caballeriza, que con sus correrías, gracejo y gestos, causó al pueblo mucha complacencia. Después de esta comparsa, seguían las mulas que sacan á los toros de la plaza, adornadas con primorosos penachos y gallardetes, las que conducían tres mozos vistosamente vestidos al uso de los caleseros. En esta disposición, se presentaron delante del balcón del señor Corregidor, á quien cumplimentaron, y después dieron una vuelta al rededor de la plaza, saludando al pueblo, hasta que llegaron á la puerta por donde habían entrado, retirándose los sobrantes para que empezase la fiesta.

Actualmente es el siguiente el orden de la corrida:

Al colocarse en su asiento la autoridad que preside, y que es de ordinario el Gobernador de la provincia, ó un teniente alcalde, por delegación suya; á la hora prefijada en los carteles, y con rigurosa exactitud, flamea un pañuelo blanco (con el cual hace todas las señales de cambio de suerte posteriores, á excepción de la de banderillas de fuego, que la indica con pañuelo encarnado), y los timbales y clarines entonces, anuncian la aparición en el ruedo de los alguaciles á caballo y con trajes á la antigua usanza, para *despejar* el redondel de gente, á quien antes se ha permitido permanecer allí. Dan pausadamente la vuelta á la plaza, la mitad de ellos por cada lado, y reuniéndose al frente del palco de la Presidencia, vienen juntos ante ésta, saludándola sombrero en mano, y marchan en busca de las cuadrillas, que salen formadas como al principio va explicado. Después de este magnífico cortejo, y una vez retirados de la arena los tiros de mulas y los picadores que han de reemplazar á los dos que ocupan sus puestos garrocha en mano, cambiados los capotes de lujo de los peones por las capas de faena, el espectáculo no pierde en nada su importancia. Lejos de eso, entonces empieza á latir el pecho del espectador. Redoblan los timbales y suenan los clarines, sale del chiquero ó toril el primer toro, y luego que ha entrado á las varas diferentes veces hasta conseguir rendirle, si no en poder en ligereza, pasa á la suerte de banderillas, en que le clavan lo menos tres pares, y el acto de trastearle con la muleta y de matarle, que es uno de los más hermosos bien ejecutado, proporciona al cachetero la ocasión de despenar al bicho con la puntilla, y á los tiros de mulas la de arrastrar y sacar primeramente fuera del redondel los caballos muertos, si los hay, y en último lugar al toro; y de igual manera, y por el mismo orden, son lidiados los seis toros de que se componen ahora las corridas. Decimos ahora, porque hasta mediados del presente siglo llamáronse *medias* corridas de toros, á las que, compuestas de seis ó de ocho, se verificaban sólo por las tardes.

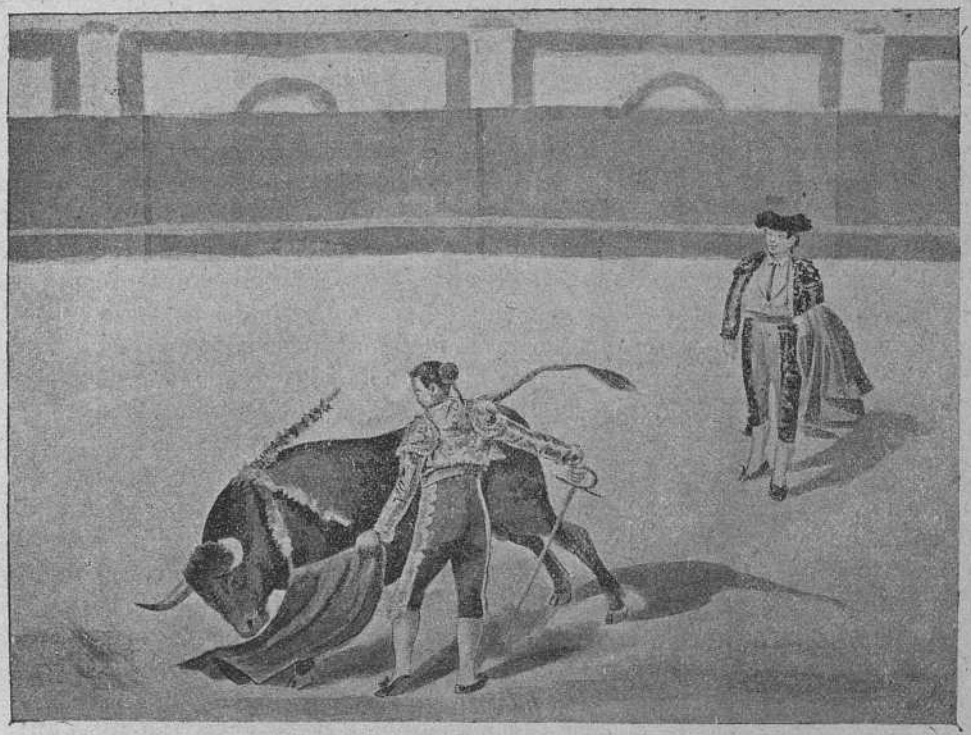
Antes, ó sea en el siglo pasado y bien entrado el presente, las corridas eran por mañana y tarde, lidiándose en la primera seis ú ocho y en la segunda ocho ó diez, siguiéndose, sin embargo, en cuanto á la lidia el mismo orden de picar, banderillear y matar, sólo que en la segunda de dichas suertes se ponían mayor número de pares. Hoy no se admiten mojigangas ni novillos embolados en las *medias* corridas formales, como tampoco en funciones reales, á diferencia de lo que sucedía en el siglo anterior, en que se acostumbraba designar á dicho fin dos novillos con que divertir á la gente baja; la lidia actual tiene tal sello de solemnidad, que el público inteligente censura, con fuerza, los actos de desorden ó de embarullamiento que pueden atribuirse á los toreros.

Aunque en las voces *media luna* y *perros* decimos lo bastante para indicar que hace mucho tiempo están suprimidas suertes tan repugnantes, no queremos dejar de hacer mención de ello, para que se comprenda que cada día ha ido procurándose evitar hasta lo posible la repugnancia que hacia ellas mostraron los que las anatematizaban, puesto que la colocación de las banderillas de fuego á los toros que no entran á varas, además de tener el objeto de castigar y aplomar á las reses, no produce repulsión alguna.

Es imponente, emocional, la lidia de toros, y ese carácter, que la hace tan soberbiamente hermosa, es el aliciente que más habla en su favor.

Pases.—Hay diferentes clases de pases de muleta: unos propiamente así llamados, que describen las Tauromaquias y conocen los inteligentes, y otros que han dado algunos en llamar pases, y en realidad no son más que *conatos de imitación* de pases.

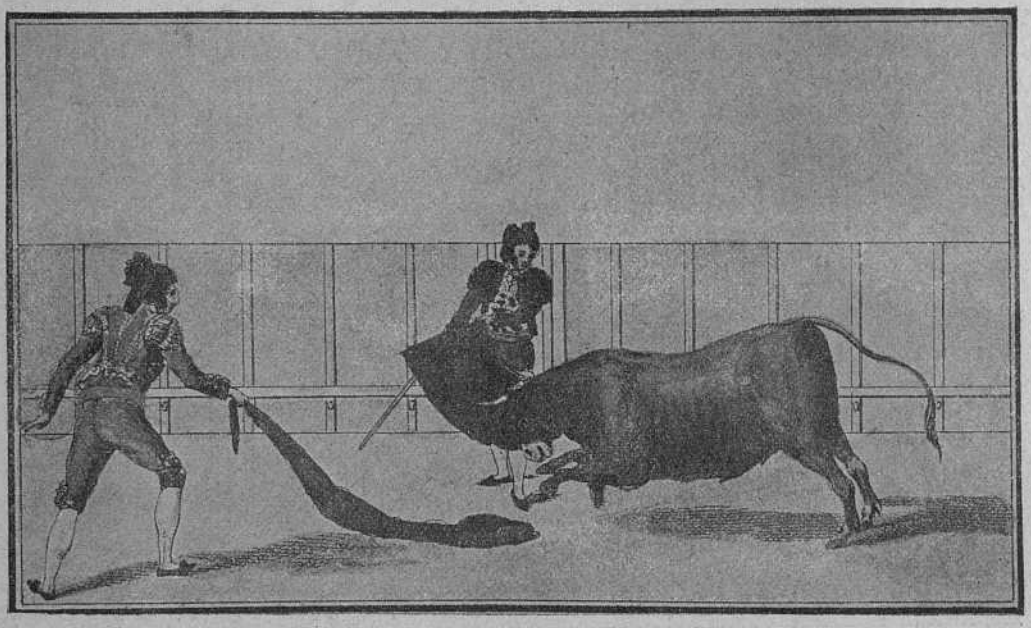
Procuraremos hablar de todos. El pase *natural* ó regular es el que con la mano izquierda, y colocado frente por frente de la cuna del toro, da el diestro sin mover los pies, apartando de sí la muleta, que extendida en el aire, toma la forma de un abanico con inclinación atrás, de modo que la res, ó marca en su carrera un medio círculo por ir empapada en el engaño, y queda en disposición de admitir otro ú otros pases, que el diestro debe darle en seguida, ó sigue su carrera, por ser huída ó por haberle dado la salida larga. Los pases que siendo regulares, son, como hemos dicho, á una mano y continuados, se llaman *en redondo;* pero entiéndase que no puede decirse «en redondo» á un solo pase, porque éste sólo describe, cuando más medio círculo, y ha de formarle entero con dos ó más pases. Pueden ser también regulares ó naturales los que se den con la mano *derecha* en la misma forma que los antedichos, y aun en redondo, pero no tienen el mérito ni el lucimiento que los dados con la izquierda. Unos y otros, sin embargo, son los que más cortan las patas á los toros, ó sea los que les hacen perder más fuerza en ellas, porque el destronque le sufren más en las mismas y en la médula espinal, que en la cabeza, á diferencia de lo que ocasionan los pases *por alto*. Estos son aquellos que, en lugar de marcar la salida al toro en semicírculo, por bajo del hocico como los naturales, da el diestro por encima de la cabeza de la res, pero tendiendo la muleta sobre las astas hacia el lomo, no alzándola perpendicular ó recta, porque éstos, aunque ningún arte de torear lo dice, han dado en llamarse pases *de telón*. Hay otros que ahora se llaman *cambiados*, que tienen poco mérito, porque se dan *fuera de*



PASE AL NATURAL. — MACÍAS

PASE CAMBIADO. — MACÍAS

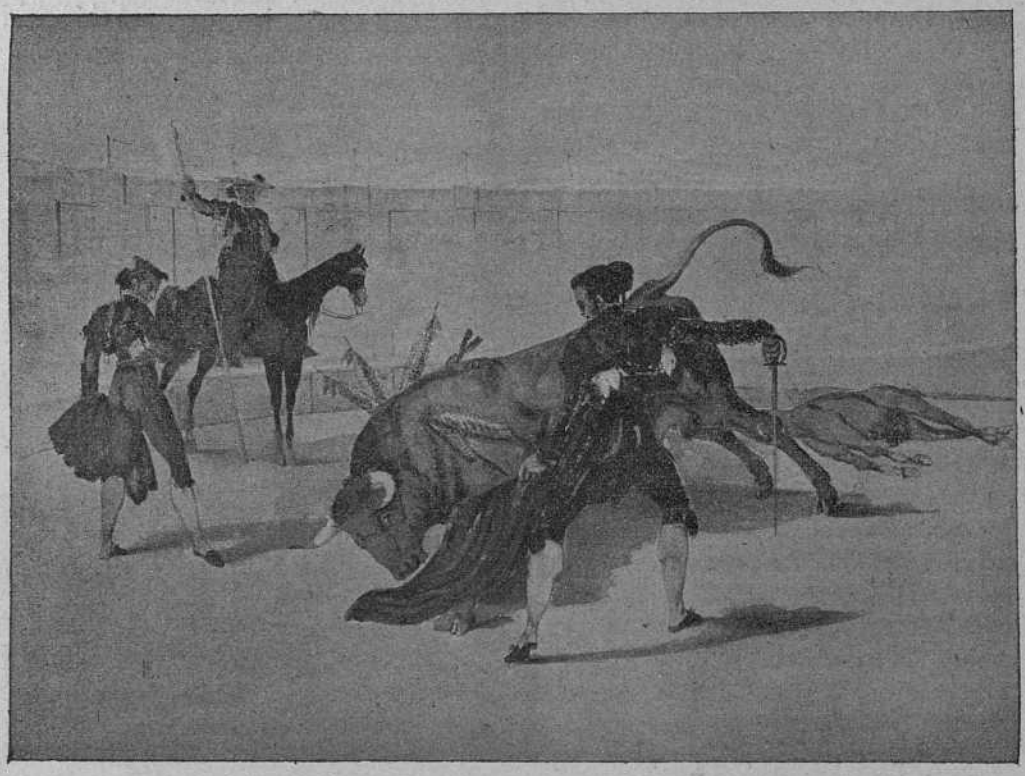
cacho, ó sea sin que el toro vea al diestro. Colócase éste atravesado con aquél, es decir, dando la salida por la derecha del lidiador, extendida la muleta, y como el animal tiene ante sí un objeto tan grande y que le tapa el frente, arranca, y al humillar levanta el diestro el trapo por encima de la cabeza, pasa el toro por debajo, y el matador ocupa el terreno de aquél; lo cual podrá ser de efecto, pero está muy lejos de tener el mérito de los dificilísimos pases *de pecho*. Consisten éstos en que, viniéndose el toro hacia el torero, y estando éste, no de frente á él, sino perfilado, se le echa encima, y entonces, adelantando hacia el terreno de fuera el brazo de la muleta en la rectitud del toro, que-



PASE DE PECHO. — 1804

da sin mover los piés, y cuando aquél llega á jurisdicción, toma el engaño y se le da salida con él á la derecha del torero, empapándole bien y de modo que el hachazo le dé fuera ya del centro de la suerte. Si por venir demasiado ceñido el toro fuese preciso dar algún paso de espaldas, podrá hacerse; pero es mucho más lucido estar á pié quieto. Hoy se llaman *medios pases* á aquellos en que el diestro intenta ó se presenta á dar en forma de regulares ó cambiados, y antes de consumarlos se sale de la suerte con los piés; lo cual da idea de miedo ó de poca destreza. Un autor moderno dice que cuando da dos ó tres pasos el lidiador para colocarse en terreno, se llama esto «se anduvo al pase», y que cuando el toro, por demasiada codicia, ó por no haberle dado suficiente salida, obliga al matador á dar el pase de pecho, se dice «andarse al pase»; pero sin negar esto en absoluto, creemos que una cosa es la colocación del torero para las suertes, y otra es la ejecución de ellas, y que para aquello es preciso andar, ya á un lado, ya á otro, hasta situarse bien. El pasar los toros de muleta no es tan fácil como parece, y tiene un objeto de suma importancia. Por lo común, van los toros á la muerte, si no de sentido, recelosos y descompuestos, y de consiguiente, se tapan, se aculan á las tablas, y los nobles ó boyantes se ciñen más si conservan piernas. Para evitar estos males, para componerles la cabeza, para hacerles humillar y tomar bien el engaño y para quebrarles las patas, es la muleta. Si un toro se tapa, difícilmente se conseguirá que humille bien si no se le pasa por bajo y en redondo; si se cierne en el engaño, es imposible que olvide este resabio si no se le empapa bien y en corto en el trapo; si tiene constantemente el hocico en la arena, forzoso será pasarle por alto; si se acula á las tablas, no habrá más remedio que consentirle en el engaño ó terciarle, dándoselas para el volapié; y si conserva muchos piés, tendrá precisión de cortárselos, de quebrantarle con pases en redondo y altos. En todos los casos, pues, el diestro debe estudiar bien las condiciones del toro, y ajustándose á las reglas, conseguirá dominarle y obtener aplausos. Quieren algunos que se llamen, y así los llaman, pases *de molinete* á unos de completa semejanza con la suerte de capear á la navarra, de manera que debe practicarse empapando bien al toro en la muleta y al traerle con ella como con el pase regular ó natural, sacársela rápidamente por bajo del hocico y dando la vuelta el diestro, girando sobre los talones, quedarse otra vez dispuesto á dar otro pase. Debemos

por último mencionar unos nuevos pases,—trabajo nos cuesta darlos nombre—que se dan lamiendo el suelo materialmente con el trapo. Colocado el toro como para la suerte del pase natural, se le empapa en los vuelos de la muleta, bajándolos cada vez más durante el viaje, y yendo el bicho humillado, se le guía con el trapo á la derecha del diestro, de modo que forma el zig-zás que por alto marca el «cambio en la cabeza.» Este, inventado por *Curro Cúchares*, ó al menos practicado hace poco, en 1894, se ha ejecutado un *muleteo* llamando al toro con el trapo en línea recta, y sacudiéndole como látigo. No es pase, porque *no pasa* el toro, ni siquiera su cabeza, es un avance de él, que se consigue en cambio del retroceso del espada, siempre inquieto como es consiguiente, y sin pararse ni acercarse. En fuerza de subir y bajar tantas y tan continuadas veces la cabeza, el animal *desvanecido* queda en disposición de que, antes de que se repare, pueda herírsele á mansal-



PREPARACIÓN PARA EL CAMBIO EN LA CABEZA. — L. FERRANT

por él, con más precisión que por otros, como dijimos en su lugar, es difícil y de mérito, al revés de lo que sucede con el de *barredera* que no es más que un jugueteo, en que, de no llevar el matador una muleta grande, tiene forzosamente que «encorvarse» para llegar á barrer; en que, sin querer también, se ve obligado á «perder terreno» marchando paso atrás y en que no se consigue lo que se obtiene con el pase natural bajo, lamiendo la arena, pero sin tocarla, que es conocer su nobleza, su codicia y de qué lado se acuesta más, sino *atontarle* sin que vea al diestro y sin mérito alguno por parte de éste. Por último los pases de *pitón á pitón*, no merecen el nombre de tales, pues que á nada conducen, ni al matador favorecen: son un abaniqueo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha en que el torero es el toreado, y únicamente admisibles como preparación para el descabello. Pero aun hay más abuso en esto: va rápidamente y sintiendo antes el golpe que el amago. Todas esas derivaciones de los verdaderos pases, desnaturalizan el toreo legítimo y puramente artístico.

Paso de banderillas.—La descripción de esta suerte de matar es casi lo mismo que la de *arrancando*. Rara vez la ejecuta un buen espada, sin que por eso dejemos de conocer que muchos de ellos y de buen nombre la hayan aceptado como recurso. Ejecútase con todos los toros que son tardos á partir, pero que, conservando piernas, no debe dárseles volapié, y es su mérito menor que el de éste y poco menos tambien que el de la suerte arrancando, que en su lugar explicamos. A *paso de banderilla* se prepara lo mismo el matador que para la otra, y arranca lo mismo, solo que al llegar al centro de la suerte hace un compás de cuar-

teo como si fuera á poner banderillas, y cuando el toro humilla, antes de salir del centro el torero, clava el estoque, indicando al mismo tiempo la salida al toro con la muleta. Lo mismo en esta clase de estocadas que en todas debe procurarse que sean hondas, porque sucede frecuentemente, y en estas más que en todas, que por no dejarse caer bien encima el matador, por salirse antes de tiempo y por cuartear demasiado, no clavan más que una cuarta de espada, tienen que repetir la suerte, y solo consiguen á fuerza de tantos pinchazos aburrir y cansar á los animales y al público, y hacer resabiar á aquellos, que se tapan y procuran defenderse. Puede hacerse con toda clase de toros, observando las reglas que para cada una llevamos explicadas en la suerte de parear.

Pastor, Javier.—Fué un buen banderillero de la cuadrilla de Juan León, que lució poco tiempo. Parécenos que era de la familia de Juan Pastor.

Pastor, Juan *(El Barbero)*.—Matador de toros *hasta allí*, como él decía. Buen mozo, de elevada estatura, pálido y fachendoso. Nadie montó mejores caballos ni vistió mejores trajes para exhibir su persona en los paseos, calles y plazas. Era el tipo del torero de rumbo.

Alegre y campechano como el que más, amigo de bromas y jaleos, tenía en este concepto mucho más nombre que como estoqueador de reses bravas; y aunque realmente esto era merecido, no era Pastor, sin embargo, un torero que no tuviera sus partidarios en el redondel. Procuraba *pasar* los toros como había visto á su maestro y cuñado Juan León, y dar las estocadas hondas; pero era frío y *soso* en la plaza, él, que en todas partes era un torrente de gracia y acalorado camorrista.

Nació al concluir la guerra de la Independencia, en la importante población de Alcalá de Guadaira, provincia de Sevilla, centro de la tierra de la *Mare de Dios*, según él decía con singular gracejo. Llamáronle *el Barbero* porque su padre se dedicaba á este oficio para atender á la subsistencia de su familia; pero Juan Pastor, ni fué barbero, ni se dedicó á más oficio que á correr caravanas con toreros y gente jaleadora; por lo tanto, era natural que, andando siempre con toreros, se despertase en él la afición á serlo, mayormente cuando el hombre necesitaba dinero, y no poco, para sus gastos, pues ya hemos dicho era rumboso. Así es que, luego que se abrió al público en 1830 la Escuela de tauromaquia de Sevilla, ingresó en ella como discípulo Juan Pastor, aprendiendo poco, por su indolencia para todo lo que no fuera divertirse, pero advirtiéndose en él ese peculiar modo de presentarse delante de las reses, tenido sólo por los que entonces oían las explicaciones de los grandes maestros.

Casó con una hermana de Juan León, como antes hemos indicado, y este notable lidiador le dió á conocer en muchas de las principales plazas de España, enseñándole prácticamente más de lo que quería aprender. Vino á Madrid por los años 1839 á 40, y volvió, si no estamos equivocados, en 1843; y el juicio que de él formaron los aficionados de la corte, fué el que resulta de las cualidades personales que dejamos bosquejadas.

Indudablemente á Pastor le perjudicó algo la ocasión en que pisó el redondel de la villa del oso y el madroño; estaban los madrileños acostumbrados á las proezas de Montes, León y *Cúchares*, y con ellos no podía sostener, no ya competencia, sino tampoco comparación.

Recorrió después algunas plazas de segundo orden, y en 1852 marchó á la Habana en busca de *amarillas* para *ahogar* las penas, é inauguró con buen éxito, y agradando, la nueva plaza construida en la perla de las posesiones españolas ultramarinas. Al año siguiente trabajó poco, y á mediados de 1854 falleció en Andalucía, creemos que en Sevilla, víctima de la terrible enfermedad de la tisis.

Aquí concluiríamos su biografía, si no creyéramos muy conveniente decir algo respecto de las excéntricas extravagancias que caracterizaban su persona. Lo estimamos hasta necesario; porque Pastor, más que celebridad torera, era uno de esos tipos que marcan eternamente *un modelo* en que pueden vaciarse los de la época á que pertenecieron. Siempre estaba Juan Pastor de buen humor. Su dinero también se hallaba pronto para todo. Sostenía el vicio con descaro, y ejercía la caridad con esplendidez, pero de una manera original, rara, extravagante, y muy frecuentemente saltando los límites de la conveniencia. Con una *moza juncal* á la grupa de su envidiado alazán, se presentaba descocadamente en los principales sitios de la entonces levítica ciudad de Sevilla un día de Semana Santa, bebiendo *cañas* y escandalizando, y cogiendo desprevenido en cualquier ocasión á más de un mendigo, le disparaba cerca del oído un pistoletazo, diciendo: «No hay que azustarze, aquí eztá la bala»; y alargaba al pobre una onza de oro. Eso de entrar á caballo en las tiendas rompiendo cuanto á su paso encontraba, era uno de los mayores placeres que podían proporcionársele; y sin ser *terne* ni *baratero*, no rehuía los casos de honra. Criticaba duramente á sus compañeros que la echaban de finos. No comprendía que un torero prefiriese el café á la taberna, el chocolate al aguardiente, y la *canoa* y *levosa* á la faja y al calañés. Parecíale esto afeminación, y lo censuraba con desembarazo y atrevimiento, causando risa por

la gracia que tenían sus picarescos chistes y zumbonas burlas, porque siendo hombre de un ingenio agudo y de imaginación ardiente, tenía siempre á mano recursos para salir de apuros en trances difíciles y peligrosos.

Muchas anécdotas se cuentan de él que revelan especial inventiva, rara en una persona de poco cultivado entendimiento; pero nosotros solo referiremos un par de ellas, tomada la primera de la bien escrita obra del señor Velázquez, y la segunda inédita, que hace mucho tiempo oímos contar á un viejo picador ya retirado, y que hoy es muy conocida, cambiando lugar y personas.

En una plaza de Extremadura, y siendo Pastor segundo de Juan León, se presentó un toro enorme y de malas condiciones para la lidia, hasta el punto de que aquél llamó la atención al maestro acerca de las dificultades que le había de ofrecer el *trasteo* de un animal tan pegajoso y de *sentido*; y como el espada León le contestase que aquél toro tenía que cedérsele, porque siendo *el Barbero* nuevo en aquella plaza había que seguir la costumbre de siempre, dijo que él no le mataba; y entonces replicó Juan León, con su insistente energía, que no tenía más remedio que matar ó morir. Apurado era el trance; pero el singular Pastor supo salir de él apostando con León á que no le sucedía ni lo uno ni lo otro. Cuando al sonar el clarín tomó por cesión los *trastos* de matar, se fué montera en mano al Alcalde-presidente, y al brindar le dirigió tal sarta de improperios, insultos y desvergüenzas, que el público á voz en grito y amotinado pidió condujeran á la cárcel al atrevido torero que así faltaba en tal sitio á la autoridad en ejercicio. Así sucedió, con gran contentamiento de Pastor, que ganó la apuesta, sin más perjuicio que el de dormir una noche *á la sombra*.

El otro suceso no es menos original ni menos gracioso. Una docena de años antes de morir Juan Pastor fué ajustado con su cuadrilla para trabajar dos corridas en una importante capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso; y como en aquella época no había medio más rápido de transporte que el de las diligencias-correos, Pastor tomó un asiento preferente y marchó con un día de antelación á los *muchachos*. Llegó sin novedad, hospedose en la mejor fonda de la población, y se encontró en ella á varios jóvenes, que parece habían sido convocados por otro para celebrar la posesión de una pingüe herencia que acababa de obtener. Ninguno entabló con Pastor conversación, sin duda porque aun duraban entre ciertos hombres las reminiscencias de aquellos tiempos en que se consideraba á los toreros como gente baja y ordinaria. Juan Pastor, de carácter alegre y bromista, se hallaba contrariado. Dió una vuelta por la casa y vió en el comedor una mesa lujosamente puesta, á la cual fueron llamados poco después aquellos jóvenes. Suponiendo Pastor que se llamaba á comer en mesa redonda, tomó el principal asiento, y sin atenciones de ninguna clase se colocó de cabecera, con gran extrañeza de los demás concurrentes, que, mirándose unos á otros, hablaban en voz baja, criticando la conducta del torero. Ningún efecto hicieron en éste los cuchicheos. En su vida pública había oído muchos más, y ya no le hacían impresión. Empezó á servirse la comida, y nuestro hombre á tomar siempre el primero lo mejor de cada plato. En los semblantes de toda aquella gente joven se acentuaban cada vez más las señales del disgusto y de la ira que iban propagándose con rapidez entre todos. Procuraban hacer completa abstracción de Pastor: pero llegó el momento de presentar en la mesa las aves, que, según costumbre de entonces, eran trinchadas en la misma. Cerca de la cabecera que ocupaba Pastor fué colocado un pavo asado, y aquél, con desembarazo, tomó el cuchillo y el trinchante y se preparó, incorporándose de su asiento, á hacer trozos el ave. No habló más palabra, ni dijo otra cosa que «¡Buena pechuga!» Todos se miraron, y comprendiendo que se la iba á apropiar, estalló la bomba.—¡Alto ahí!—dijo entonces el anfitrión.—Hemos tolerado que usted se sirva antes que nadie lo mejor de los platos; he dejado, siendo yo el que paga esta comida,—porque no estamos, como usted sin duda ha creído, en mesa redonda,—que ocupara usted el asiento preferente; pero ya no quiero consentir por más tiempo que abuse usted de nuestra condescendencia. No partirá usted el pavo.—¡Vaya si le partiré!—dijo Pastor sujetando el ave y con aire indiferente. Aquello fué entonces una verdadera tempestad. Voces, improperios y amenazas surgieron de todos los lados de la mesa, llegando á decir á una voz toda la gente, cuchillo en mano:—Lo que haga usted con el pavo hemos de hacer con usted. Entonces Pastor, con notable calma y afectada serenidad, dijo con voz estentórea que acalló la de los demás:—¿Con que harán ustedes conmigo *lo mismo* que yo haga con el pavo?—Sí, señor—replicaron todos.—Y entonces, mostrando resignación, soltó el cuchillo, metió el dedo índice dere cho por *el único agujero* que tenía el ave, le sacó, se le llevó á la boca, le chupó, y sentándose y cruzándose de brazos, dijo con *guasa*:—Cuando ustedes gusten.

.....

Hace cerca de cincuenta años que esto pasó,—nos decía hace cuarenta años el viejo picador,—y todavía se oyen en Madrid las carcajadas de aquellos señoritos.

Como dichos sucesos podríamos contar muchos, porque la vida entera de Juan Pastor *(El Barbero)*

está llena de graciosas anécdotas, de picantes chascarrillos y epigramáticos episodios. Vino al mundo á gozar de cuanto el mismo ofrece. Por eso su vida fué corta; pero disfrutó en él como pocos.

¿Hizo bien?...

Pastor, Antonio *(Sabino)*.—Picador de poco nombre, que trabajaba algunas corridas por el año de 1846. Debió dejar el oficio; mejor dicho, no debió abrazarle, porque, segun nuestras noticias, valía poco. No recordamos haberle visto en Madrid.

Pastor, Angel.—Si fuéramos fatalistas y como los árabes pensáramos, diríamos, al narrar la biografía de este diestro, que desde antes de nacer *estaba escrito* por el dedo de la Providencia que había de ser torero.

La mayor parte de los que abrazan esta profesión lo hacen á despecho y contra la voluntad expresa de sus padres; como que no hay padre que quiera exponer al más ligero daño á un hijo que tantos afanes le ha costado criar: pero si esto sucede con todos, ha sucedido más especialmente con Angel Pastor.

Nació en Ocaña, provincia de Toledo, el día 15 de Junio de 1850, y es hijo de D. Juan Pastor y de doña Feliciana Gómez, que en dicha población atendían decentemente á su subsistencia con el producto de una fonda que tenían á su cargo. Es muy posible que si allí hubieran vivido siempre, lejos de los sitios en que á menudo se celebran funciones de toros, su hijo Angel, de que nos ocupamos, no hubiera pensado más tarde en ser torero, porque no viendo á éstos, no siendo fácil que á sus manos llegaran libros de toros, atendida la escasez que hay de ellos, sus inclinaciones se hubieran dirigido á otro fin, y el hoy torero sería militar ó eclesiástico. Pero desde que el ferrocarril de Aranjuez encaminó á los viajeros al Mediodía de España por punto diferente al que hasta entonces había sido camino real, Ocaña perdió mucho, y los padres de Pastor, comprendiéndolo, dejaron su vecindad y se trasladaron en 1853 al referido Real Sitio de Aranjuez, estableciendo una nueva fonda, que en poco tiempo adquirió buen crédito. En ella, sea por el afable trato de sus dueños, ó por lo esmerado del servicio, se han dado cita, cuando en aquel sitio ha habido toros, los principales aficionados de Madrid, y allí han parado muchas veces toreros de renombre: allí, siendo de muy corta edad Pastor, se ha entusiasmado con el relato de las proezas que en aquella plaza habían hecho Montes, León, el *Chiclanero* y otros; allí ha visto trabajar á Sanz y Domínguez, y allí, más de una vez, le han tomado sobre sus rodillas afamados diestros y le han preguntado si quería ser torero, cuando él admiraba sus lujosos trajes y espléndido porte.

No es extraño, pues, que tomara raíces en su cerebro la idea de ser torero, cuando desde el principio de su vida, desde antes que su razón se formara, no veía más que ensalzar de mil maneras un arte que consideraba como el más brillante y de mayor lucimiento que los demás.

Por eso decimos que hay en los primeros años de su vida circunstancias suficientes á despertar la afición al toreo, aun en el ánimo más apocado; que ellas por sí solas habían de arrastrar al joven Pastor á pensar única y exclusivamente en el arte de *Pepe Illo*, si su imaginación viva y ardiente no hubiera bastado para inclinarle á seguir un camino en que él no veía más que gloria y aplausos, fama y celebridad. A un joven de sus condiciones, todo corazón, entusiasta por lo grande, apasionado por todo aquello que sale de la esfera de lo común, no era posible sujetarle en pequeño círculo, cuando su vista habíase acostumbrado á admirar los alardes de valor y de inteligencia que otros hombres ostentaban; que el pájaro nacido en jaula y que no ha visto remontarse al águila por el espacio, vive tranquilo en su prisión, pero no sufre hierros con paciencia el que ve á los demás gozar de omnímoda libertad.

Querían los honrados padres de Pastor hacerle seguir una carrera científica que en su día le proporcionase un bienestar tranquilo, ya que la desahogada posición que ellos ocupaban les permitía atender á los gastos necesarios; pero el hijo no era de igual opinión. Suponía él, y argumentaba con más formalidad de la que pudiera creerse en tan cortos años, que un médico, un abogado, un militar, para hacerse notables, para sobresalir entre el infinito número de los de su clase, necesitan ser unos talentos privilegiados, ó marcarse mucho por su audacia ó por otros medios no siempre lícitos, si han de ser algo en el mundo; que la inmensa mayoría de los que se dedican al estudio permanece obscurecida é ignorada, contentándose con un mediano vivir; y finalmente, que á pesar de los peligros que hay en la práctica del toreo, él, que se creía con vocación para seguirle, veía que en el redondel se encuentran aplausos que dan dinero suficiente para pasar buena vejez y asegurar un porvenir á sus hijos, y más que nada hacer imperecedero un nombre llevado con honra y fama. Inútiles fueron cuantas observaciones cariñosas le hizo su buena madre, cuantas amonestaciones enérgicas y duros castigos le impuso su padre. Pastor, que tan buenas disposiciones demostró para el estudio de la primera enseñanza, no quiso emprender el de la segunda, y fué preciso dedicarle á un arte que le proporcionase sustento para en adelante,

porque al de torero de ningún modo consentían aquéllos se aplicase; adoptó el de la imprenta nuestro imberbe mozo, y se colocó en clase de cajista en la que tantos años ha tenido en Madrid, plaza del Carmen, D. Pedro Montero. En ella se imprimían los carteles y programas de las funciones de toros, y por lo mismo allí se hablaba de esta fiesta más que en las demás casas, y á ella acudían con frecuencia los toreros, empresarios y administradores. Nuevo incentivo para avivar más la afición de Pastor; y como si esto fuera poco, la plaza de toretes de los Campos Elíseos sirvió de escuela por aquellos años á muchos jóvenes que sin dirección superior, y por su propio instinto, jugaban becerros y procuraban adiestrarse en la lidia. Mientras otros adelantaban en las suertes de vara, y aun en la de banderillas, en Pastor se advertía marcadísima predilección por la de matar y capear; y tanto adelantó, que ya se atrevió á torear en los pueblos y en las novilladas de Madrid, hasta que, habiendo sufrido una cogida, determinaron sus padres volverle á Aranjuez á su lado, y retirarle de la corte. La lucha entre el cariño y obediencia á sus padres, y su afición al toreo, era cada vez mayor, en términos de que si hallándose aquéllos presentes procuraba por no disgustarles no hablar siquiera del arte taurino, aprovechaba los momentos de descuido para escaparse á los pueblos inmediatos y tomar parte en las novilladas. Viendo que todos los castigos eran inútiles, y que hasta el encerrar en la cárcel de Aranjuez á Pastor producía en éste un efecto contrario al que se proponían, decidieron sus padres dejarle seguir aquella persistente inclinación, y ya en el año 1869 tomó parte en las novilladas de esta corte, trabajando como banderillero en los toros de puntas, porque bueno es advertir que nunca ha lidiado reses emboladas.

Así continuó durante aquel año y el siguiente, hasta que en 1871 ingresó como banderillero en la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz, quien conociendo la buena disposición del muchacho, le hizo figurar en carteles de temporada en Madrid como sobresaliente de espada. Prácticamente en la arena, y teóricamente fuera de ella, recibió Pastor de Sanz muchas lecciones, que él procuró siempre retener y aprender, en términos de que bien puede asegurarse que no ha habido discípulo alguno de dicho profesor que más le haya imitado ni seguido mejor, punto por punto, sus finas actitudes y clásica escuela.

Agradecido el joven á su maestro por la gran predilección y sincero afecto que le demostraba, le acompañó siempre desde entonces á torear en cuantas plazas lo verificó aquél, quedando, sin embargo, contratado en Madrid con la categoría antedicha durante los años de 1872 á 1874, en que se le vió adelantar más como torero de inteligencia que como banderillero de primera. Así se ha visto que en las salidas que *él da* á las reses con la capa ó con la muleta tiene completa confianza, se le ve seguro, tranquilo y parado como nadie; pero en las salidas que *él ha de tomar*, aquéllas en que, como en la suerte de banderillas, el lidiador sale por piés, ya no se le ha encontrado la misma seguridad y fijeza. Esa fué la causa de una gran cogida que tuvo en Madrid el día 4 de Julio de 1875, perteneciendo ya á la cuadrilla de Salvador Sánchez *(Frascuelo)*; salió tarde del embroque, y del encontronazo cayó al suelo: es verdad que aquel animal que le derribó no era toro, era una montaña.

Continuó pareando con desigualdad, pues unas veces ponía los palos malamente, y otras de un modo admirable, hasta que llegó el 22 de Octubre de 1876, en que tomó en esta corte la alternativa de matador de toros después de algunas promesas mal cumplidas por gente ajena al arte de torear. Desde entonces ha matado toros en las principales plazas de España, consiguiendo ser aplaudido con entusiasmo al lado de los principales diestros. Málaga, Barcelona, y Madrid especialmente, han admirado sus adelantos y presenciado en él al tipo del torero de buena escuela.

Hasta qué punto confían y han confiado en sus conocimientos muchos aficionados, lo demuestra el hecho siguiente: Dispusiéronse por el Municipio de Madrid en el mes de Enero de 1878 funciones

reales de toros con motivo del enlace del rey don Alfonso XII con Doña Mercedes de Orleans y Borbón, y á los caballeros en plaza que, según es de rigor en estas fiestas, había apadrinado la Corporación, se les indicó eligiesen libremente y á su gusto los diestros que habían de servirles de padrinos de campo al estribo. Hubo uno de dichos caballeros, distinguido aficionado, que indicó desde luego para este puesto de honor y responsabilidad á Angel Pastor; tal era la confianza que en su muleta y conocimientos tenía el caballero; pero al oir dicho nombre algunos señores concejales, con la mejor intención y deseando el mayor éxito al caballero de que hablamos, le hicieron observaciones acerca del novel matador, que ocupaba entre diez y siete el penúltimo lugar de los que en la lidia tomaban parte, no precisamente rebajando su mérito, sino fundándose en que era muy moderno y muy joven, y por esto no podía haber visto siquiera la suerte de rejonear. El caballero insistió en su elección, y el resultado vino á afirmarle en la creencia que tenía, y con él otros aficionados, de que Pastor había comprendido perfectamente suerte tan lucida, con sóla su inteligencia y la explicación del maestro Sanz, que también asistió de cabecera al mismo caballero, el cual, dicho sea de paso, fué el que más rejones clavó y el único que no perdió en el redondel su caballo.

Pastor es de figura simpática y agraciada, modesto y aplicado, y contrajo matrimonio en el año de 1877 con la elegante y simpática Doña Ana Navarro, hermana de un conocido aficionado de Madrid y á la cual lloran cuantos tuvieron la suerte de apreciar sus virtudes. Quedáronle dos hijas preciosas, de educación esmeradísima, que han adquirido en uno de los más renombrados colegios, y que tienen la creencia de que su padre no se dedica ya al toreo por evitarlas una triste orfandad. Procurando, pues, ocultarles la verdad, trabaja con buen éxito, admirando todos su elegancia en todas las suertes que practica; y una de las más famosas etapas de su vida torera es la extraordinaria aceptación que en la gran plaza de toros de la Rue Pergolesse, de París, cuando la Exposición universal de 1889 obtuvo de aquel pueblo cosmopolita. Causó delirio verdaderamente, y aunque el circo aquel le pisaron todos ó casi todos los toreros españoles de más fama, ninguno logró entusiasmar como Pastor á la gente extranjera para nosotros. El defecto principal que en España se le reconoce y que le perjudica, el de ser frío en la ejecución, tomose allí por serenidad y calma é hizo realzar su mérito.

Pastor es instruído, sabe francés y música con bastante perfección, y su inteligencia y buen sentido le hacen apartarse de esos floreos de poco mérito que hoy se aplauden desconsideradamente. Atiénese á las reglas del arte que le enseñó su maestro Sanz, porque está convencido de que vale más el aplauso de un inteligente que el que le pueden dar cien ignorantes. Cumplido caballero, es de humanitarios sentimientos que, con evidente peligro de su vida, socorrió y cuidó personalmente al gran número de heridos que ocasionó la catástrofe de Quintanilleja (Burgos) por el choque de dos trenes del ferrocarril del Norte en la noche del 23 de Septiembre de 1891; y tan extraordinarios fueron sus servicios que fueron premiados con la cruz de Beneficencia de segunda clase por el Gobierno español.

Pastor, Clemente *(Morenito)*.—Un muchacho que quiere ser torero empezando por matar toros en novilladas. La gente moderna así lo entiende. ¿Qué sabían los antiguos? Plantar el tejado es lo que conviene, que luego se pondrán los cimientos; pero es lo malo que como no hay donde asegurar aquél, suele venirse todo al suelo.

Paulino, Pae.—Puede calificarse de notabilidad extravagante este negro á quien equivocadamente llamamos *Pas* en la página 288, y que trabaja por el sistema que dió en llamar de los «indios bravos» el célebre empresario Alegría cuando en 1854 ó 55, los presentó en Madrid con los pegadores portugueses. Capea y pasa de muleta con soltura, pone banderillas con la boca y tiene á sus órdenes una cuadrilla de negros como él, que en Portugal y en varias provincias, es aplaudida frenéticamente por el vulgo. En París trabajó en 1890. El arte en él, brilla por su ausencia.

Pamau, D. Antonio.—Caballero en plaza, apadrinado por el Conde de Altamira en las corridas reales celebradas en Madrid el año de 1803 para solemnizar el matrimonio del príncipe Fernando con la princesa María Antonia.

Pavito.—Toro de la ganadería del Duque de Veragua, berrendo en colorado, botinero, gacho y algo sentido al hierro. Cogió en la tarde del 12 de Junio de 1852 en la plaza de Madrid, y siendo el toro cuarto de la corrida, al espada Manuel Jiménez *(El Cano)*, que le había trasteado con inteligencia. El diestro sufrió una herida grave en el muslo derecho, que le ocasionó la muerte á los pocos días. Si el *Cano* no se agarra fuertemente á las manos del toro, y el *Chiclanero*, que luego le mató, no le colea, tal vez aquél hubiese sido recogido de

nuevo y destrozado en el acto; tal era la codicia del animal.

Pavo, Vicente.—Picador de toros, regular y nada más, que trabajaba antes de 1850 en diferentes cuadrillas, sin pertenecer gran tiempo á una determinada. Era extremeño y murió en Badajoz, en 1895.

Pay.—Noble español, gran jinete y atrevido rejoneador de toros en tiempos de Felipe IV. No hemos podido averiguar su nombre ó título: así le llaman en todos los escritos que hemos visto y así forzosamente hemos de mencionarle.

Paz, D. Rodrigo.—Caballero notable por su destreza á caballo lidiando toros. Adquirió gran fama en Salamanca, de donde era vecino, y en otros puntos de Castilla, antes del siglo XVIII. Es posible que éste sea la misma persona que el *Pay*, de que hemos hecho mérito, consistiendo la confusión en la mala forma de la última letra del apellido, pero en la duda no creemos prudente omitir á uno ú otro.

Payan, Manuel.—No recordamos haber visto trabajar á este picador, que parece formó parte de la cuadrilla andaluza del espada Manuel Trigo. Suponemos fuese un picador de este apellido, á quien mató un toro de la ganadería de *Cúchares*, procedente de la del marqués de la Conquista, en la plaza del Puerto de Santa María el 24 de Junio de 1859. Habíase estrenado en la plaza de Sevilla el 15 de Agosto de 1847.

Pealeo.—Es lo mismo que el manganeo, solo que en vez de dirigirse la cuerda llamada mangana, cuando es arrojada, á las manos del toro, se dirige á los pies, y por eso no lleva este nombre. Ya hemos dicho en la voz Lazar, el modo de practicar la suerte.

Pedraza, Domingo.—Por el año 1820, poco más ó menos; apareció en carteles el nombre de este picador, de quien no se nos han dado referencias, más que alguna en que vagamente se dice que no pasó de la categoría de novillero.

Pedro II de Portugal.—Hijo tercero de don Juan VI. Nació en 1648 y murió en Alcántara en 9 de Diciembre de 1706. Fundó en las márgenes del Río de la Plata, la Colonia del Sacramento; favoreció la agricultura y la mejora de la raza bovina.—Dotado de una fuerza extraordinaria y de gran valentía, *pegaba* toros y los derribaba cuerpo á cuerpo.

Pedro, Aureliano de *(Fatigas)*.—Vamos, hombre, que meterse á matar toros, aunque sea en novilladas, y á poner banderillas, antes de estudiar bien el arte, es poner á la vista un gran cartel de valentía, pero nada más. Muchas fatigas ha de pasar antes de que se le considere diestro, si es que llega á serlo.

Pedrón, Eduardo *(El Valenciano)*.—No monta mal, no es cobarde y tiene alientos. Fáltale inteligencia, que tal vez le dé la práctica, pero no lleva trazas de prosperar mucho.

Pedroso, José Joaquín.—Caballero rejoneador portugués, que pertenece al gran montón de los olvidados.

Pedrosa, D. Francisco de.—Natural de Málaga. Rejoneador en las fiestas Reales allí celebradas el 6 de Agosto de 1683 y del cual no han quedado más noticias.

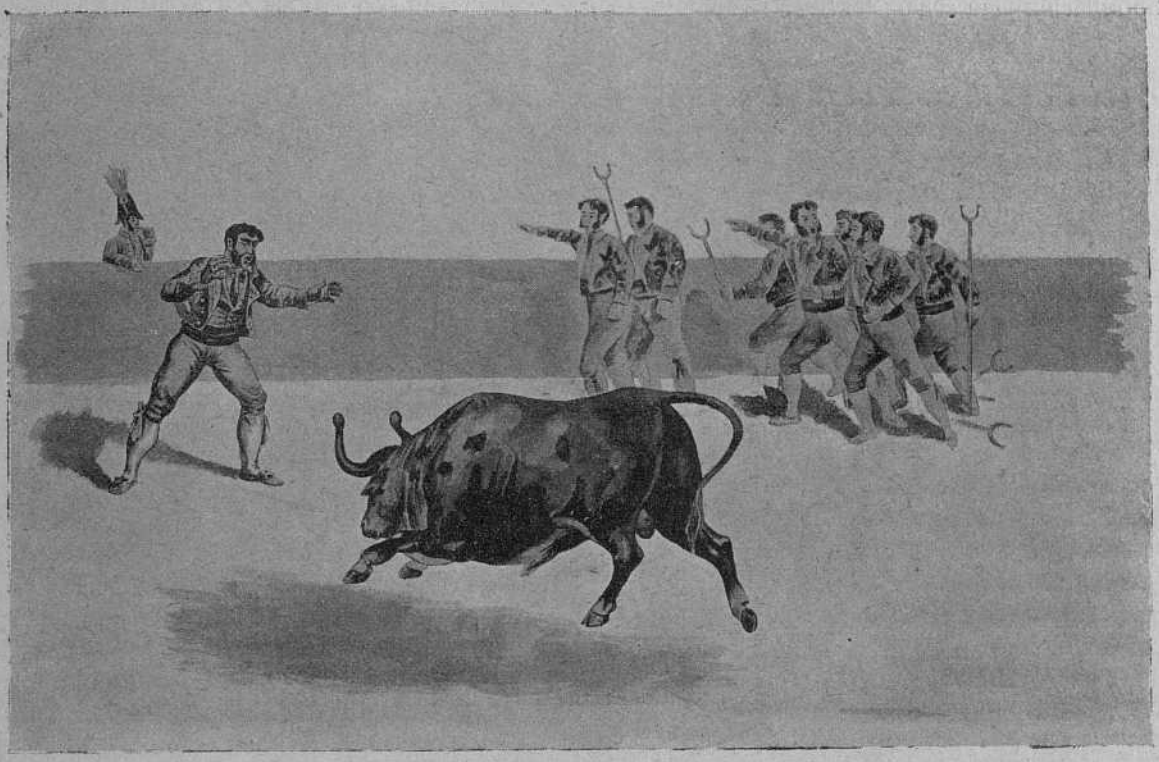
Pegadores.—Hombres de fuerza que sujetan á un toro embolado asiéndose á él con solas sus manos y sin instrumento ni engaño alguno. La primera vez que se les vió hacer esta suerte en España, fué en el año 1830, ó poco después, en Sevilla, siendo intendente el conocido señor Arjona; por cierto que ni gustaron ni ejecutaron su destreza sin graves contusiones. Pasaron unos veinte años, y al cabo de ellos se presentaron en la plaza de Madrid (Julio de 1851), á las órdenes de un empresario llamado Alegría, quedando lesionados cuatro ó cinco hombres de aquellos, á quienes no llamamos toreros porque no observan regla alguna de las que para torear se han escrito. Recorrieron diferentes plazas del reino, y diez ó más años después volvieron á Madrid con dicho empresario, dando funciones *de noche*, en los Campos Elíseos (1), sin que

(1) En la plaza de toros referida se formó en el centro, descansando en una columna, un gran aparato circular, que, lo mismo que los infinitos mecheros que alrededor de la contrabarrera se colocaron, estaba iluminado con gas. Más tarde se celebraron también en Barcelona funciones de toros nocturnas, y mucho antes en la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa. Se ha intentado, tanto en este punto como en Madrid, alumbrar el circo con luces eléctricas; pero estas funciones no tienen el atractivo y alegría que las que el sol alumbra.

desde entonces se les haya vuelto á ver en la Corte. La suerte requiere valor, y consiste en desafiar á corta distancia, de frente ó de espaldas, uno de los hombres al toro, y cuando éste da la cabezada, sufrirla aquél sin llevar golpe, encunarse bien abrazándose á las astas, y pegando el cuerpo al testuz resistir los derrotes, hasta que inmediatamente acuden otros seis ú ocho compañeros, que, agarrándose á las manos, patas y orejas de la res, hacen que ésta, rendida ya, cese de cabecear y aun de andar, en cuyo acto la sueltan y se retiran. Casi siempre dos

Explicaremos detalladamente este importante juego de torear en el país vecino, ya que en la voz Farpear, hemos descrito la principal y más artística suerte de aquel toreo.

He aquí, el modo que tienen los portugueses de ejecutar las *pegas*, que practican de distintas maneras, pero siempre cuando el toro está en su tercer estado, y por consiguiente no avanza contra el forcado de repente. Las hacen, como va dicho, de cara, ó sea frente á frente, de costado ó de espalda. En la primera colócase el pegador á conveniente distancia, citando al toro batiendo palmas y ale-



PEGAR DE FRENTE. — **MACÍAS**

ó más de los pegadores, si no toman bien la suerte, al quererse agarrar á las astas son arrojados antes ó después de asirse, por la fuerza del testarazo del toro. Si esperan á éste de frente, llámanlo «pegar de frente», y del otro modo lo llaman de «espaldas». No visten como los toreros, ni aun se parecen á estos en nada. Es juego que se usa mucho en Portugal, de donde procedían los «homes de forcado» que nosotros vimos. La ejecución de esta suerte, si así puede llamarse, requiere mucho valor, mucha fuerza y grande habilidad, porque esta es muy precisa para evitar el primer golpe midiendo el tiempo de manera que al dar el toro la cabezada se encuentre desde el momento de humillar, con el cuerpo del hombre en la cuna, y claro es que haciéndolo así, podrá elevar al pegador, pero éste no sufre golpe si se une bien. En aprovechar este momento está el mérito.

grándole con los brazos, y en el momento en que el bicho acomete, retrocede aquél unos pasos atrás, y al verle en jurisdicción, déjase caer y abrázase al cuello del animal embarbándole, y si no puede, á las astas, por el nacimiento de las mismas, á lo cual llaman encornar, y en aquel instante, si no ha podido dar con la fiera en tierra, acuden otros mozos de forcado que le ayudan agarrándose á las orejas, al cuello, á la cola, y á todas las partes del cuerpo del toro, hasta que le dejan rendido. Los inteligentes de aquel país, dicen que encornar es mucho más artístico que embarbellar. También ejecutan la suerte de cara, con los toros muy corridos anteriormente, del siguiente modo: hacen correr ó arrimar al toro á las tablas, y allí el pegador colocándose detrás le toca en un anca y al volverse con presteza, aprovecha la ocasión, se encuna de pronto y sujétale como antes va referido.

De costado solo se pegan ó se debe pegar á los toros nobles, porque es muy peligroso. Colocado el pegador frente al animal, pero dándole el costado de la espalda, déjale entrar por su terreno, y luego va ejecutando un cuarteo á manera de recorte, sin dejar de enseñarle el costado posterior, y cuando el animal creyendo coger humilla, échase el diestro de espaldas en la cuna agarrándose al nacimiento de las astas, con los brazos, y dejando que el bicho cabecee hasta que se rinda, y caso necesario le auxilien sus compañeros.

Y por fin, la *pega* de espalda se efectúa de igual modo que la de frente, aprovechando siempre la humillación para echarse el hombre en el testuz, sin sufrir el topetazo. Muchas veces *pegan* al toro, *de cernelha*, practicándolo dos hombres, uno que se agarra á la cola y otro á la cerviz por detras de los cuernos; éste, que va colgado del morrillo con una ó con las dos manos, dicen allí que va *cernelhando* y que el otro va *rabejeando;* al primero compete, cuando el toro se para por manso ó cansado, darle puñetazos en la cerviz para hacerle andar ó rebrincar.

Antiguamente era costumbre en los forcados ó pegadores, quedarse toda la corrida en el redondel acostados á las tablas y cuando algun toro embestía contra ellos, se defendían de él con una especie de horquilla que llevan al hacer el paseo (coresías) y que consiste en un fuerte palo de la altura de un hombre y con dicha horquilla de metal á la punta, como han podido ver nuestros lectores en más de un retrato de los ya publicados. A esto llamaban hacer la casa da guarda (casa de la guardia) pero cayó en desuso y ahora solo se estila en corridas de hidalgos, y no siempre.

Con esta voz y la de farpeador queda descrito el arte de torear á la portuguesa

---

Pegajoso.—O toro *que se ciñe*, es aquél que, aunque toma cumplidamente el engaño, se acerca mucho al cuerpo del diestro y casi le pisa su terreno. Es muy común en esta clase de toros la inclinación á

FORCADO LESIONADO.—PEGA HECHA.—**MACÍAS**

embestir y á recargar de nuevo; por lo cual el diestro debe tener cuidado de *verle llegar* y de estar preparado.

Peinado, Antonio.—Este picador trabajó mucho en los primeros años del presente siglo con la cuadrilla de Jerónimo José Cándido y aun con otras. Debemos suponer, según su fama, que sabía su obligación. Se presentó en Sevilla por primera vez el 12 de Febrero de 1804.

Peixinho, Rafael.—Banderillero portugués, que tiene gran afición. Esto hace que allí se le consi-

dere como un buen lidiador y que se cuente con él para gran número de funciones. Es primo del Junior, de mucha voluntad, pero sus facultades físicas (es muy grueso) no le permiten hacer siempre lo que desea.

Peixinho, José Joaquín.—Estaba reputado en Portugal como un buen maestro en el arte de torear. Gran conocedor de las condiciones del ganado bravo, sabía perfectamente la lidia que á cada toro debía darse, y que había aprendido ejercitándose en ella desde la edad de trece años. Especialísimo en la suerte de banderillas, que practicaba con maestría y elegancia, toreó en todas las plazas de Portugal, en Badajoz y en Sevilla con gran

aplauso. Nació en Lisboa el 7 de Noviembre de 1832 y falleció el 31 de Marzo de 1879 víctima de una afección cardíaca, complicada con otra al hígado. Ha sido el más notable de los toreros portugueses de estos tiempos, cumplido caballero y honrado ciudadano.

Llamábase antes Ferreira de apellido, y así debiera ser puesto, que era hijo de José Félix Ferreira y de Josefa Joaquina Ferreira; pero no sabemos por qué hizo el antedicho cambio, que por otra parte es muy común en la nación vecina, sobre todo cuando se muda de estado, en que ya predomina el apellido de la mujer sobre el del marido.

La fecha en que empezó á trabajar es la de 1849, como amador, y en 1850 fué contratado para la plaza de Alhandra, ganando ¡tres mil reis en cada corrida! Menos de 15 pesetas.

Peixinho Junior, José Joaquín.—Por muchos años ha sido en Portugal uno de los toreros más afamados por su buen arte para sortear toros y banderillearlos. Hijo del anterior, aprendió mucho con sus lecciones, pareando y trasteando bas-

tante bien. Había nacido en 29 de Octubre de 1853 y murió en 10 de Noviembre de 1893 dejando muy buenos recuerdos entre los aficionados.

Peixoto Braga, Victoriano.—Formó parte de la redacción del acreditado diario portugués *Anales Tauromáquicos*, que publicó el primer número en 27 de Marzo de 1870, teniendo también á su cargo las revistas taurinas de *Las Novedades* y después las de *El Diario de Comercio* y *El Economista* donde firmó con el nombre de Pablo.

Cuando en 1880 se presentó en el Ayuntamiento de Lisboa una proposición para que se prohibiese la entrada de ganado vivo en la ciudad, publicó una célebre carta con el título de *A los toros, á los toros; brindo á favor de las toradas*, carta de la cual se encuentran ejemplares con dificultad, y en ella defendió con sólidas razones y gran calor las corridas de toros.

Después escribió en *El Torero* publicando muy buenas biografías y artículos literarios, y por último fué uno de los que ante la Casa Pía promovió

la construcción de la nueva plaza formando el reglamento de las corridas, así que sin temor de equi-

vocarse puede decirse que es uno de los más ardientes partidarios de nuestra fiesta nacional.

Pelea.—Del mismo modo que algunos llaman á la lidia de toros faena, otros la llaman pelea. Parécenos que esta palabra, que usan comunmente muchos aficionados, no es, como la de faena, la más adecuada para marcar la *lidia*. Esta se debe entender, en general, para toda clase de suertes; *faena*, sólo para el trabajo que el matador emplea para preparar el toro, y *pelea* para el del picador que intenta castigar la pujanza de aquél.

Pelechar.—Se dice cuando el toro cambia el pelo basto de invierno por el fino de verano, lo cual sucede en primavera al tomar las primeras yerbas del año.

Pelilla, D. Secundino.—Fué el ingeniero que trazó y empezó la obra de la magnífica plaza de toros de Cáceres en el año de 1844. Como solidez, no tiene igual, y no carece de buen gusto. Los tendidos, gradas y palcos son todos de piedra berroqueña, así como las anchas escaleras y las grandes columnas que sostienen las gradas y palcos, y son todas de una pieza. Caben en ella más de ocho mil personas.

Pelo.—No se califica el de los toros por el color, sino por la clase del pelo, que puede ser fino, lustroso, basto, etc. (Véase Pinta.)

Pellicer de Tovar, D. José.—Dice este cronista de los Reinos de Castilla y León en un libro que publicó en Madrid en 1631, que para solemnizar los años del Príncipe de Asturias D. Baltasar Carlos de Austria, se dispuso por el Conde-Duque de Olivares un espectáculo propio de la Roma antigua: es decir, una lucha de fieras en la explanada del Parque, por debajo del Real alcázar, hoy jardines del Campo del Moro. La noticia de que iban á luchar el toro del Jarama con el león y el tigre del Desierto, el camello de Arabia con el oso de Asturias, el ágil caballo, el gato montés y las astutas zorras con monos y lebreles, atrajo á Madrid gran número de forasteros. Asistieron al espectáculo, á más de la Real familia, muchos prelados, todos los Consejos, Reinos, Embajadores, grandes títulos y Caballeros, quedando sorprendidos sobremanera los espectadores, al ver que el león encogió su fiereza, y recató su horror el tigre, y el lebrel fué vencido y *de todos los animales vino á triunfar el toro.*

Añade que miraba satisfecho Felipe IV la valentía del bruto de Jarama y deseoso de que no quedara sin premio quiso darle el mayor, en que muriera á sus manos, «porque, dice, supuesto que entró en el anfiteatro á morir, perdonarle la vida fuera castigo, dejándole á riesgo de que la perdiera en coso plebeyo y á manos viles.» Pidió S. M. el arcabuz, y sin alterar la majestad del semblante, terció la capa con brío, requirió el sombrero con despejo, é hizo la puntería con tanta seguridad, que dió la bala en el remolino de la frente del toro, é instantáneamente le dejó muerto, cayendo de rodillas ante el Monarca.

Todos los ingenios de la Corte y fuera de ella celebraron con versos de todas clases la *hazaña* de aquel Rey, que produjo gran entusiasmo, admiración y hasta locura (verdadera ó fingida) entre todos los circunstantes: ¿qué debiera haberles producido ver aquél soberbio toro, herido, burlado y muerto por un hombre sólo, cuerpo á cuerpo y frente á frente, como ahora lo estamos viendo?

En este paso de lucha antigua con toda clase de armas y en tropel de los hombres contra el toro, á la lidia ordenada que hoy se realiza, se conoce el progreso de la tauromaquia: y en el combate del Jarameño con las demás fieras, se demuestra lo que tantas veces hemos afirmado: no hay quien venza al toro más que la inteligencia del hombre.

Péndolas.—(Véase Rubios.)

Peña, D. Mariano Domingo de la.—Excelente aficionado y entendido escritor taurino. Nació en 7 de Diciembre de 1823, fué socio activo de la sin igual sociedad taurómaca de Madrid *El Jardi-*

nillo, picando becerros crecidos (por cierto, vestido con ropa del célebre Sebastián Míguez) y desempeñando cargos en el ruedo. Cuando se disolvió la dicha sociedad, marchó Peña á Andalucía, y allí conoció á muchos ganaderos y lidiadores que en las *tientas* y *acosos* á que le invitaron tuvieron ocasión de ver su valor, su inteligencia á caballo y conocimiento de las reses. El periódico *La Prensa Taurómaca*, que publicó en Madrid en 1876, trató las cuestiones del toreo con tan perfecto conocimiento de las suertes *clásicas* y de buena escuela, que muchos sentimos todavía la desaparición de tan excelentes apreciaciones y juicios. Casó con Doña Josefa Trigo, hija del célebre picador José, y hermana del también muy distinguido, Juan. Fué apoderado del renombrado Joaquín Coyto *(Charpa)*, y del matador Manuel Carmona.

Peña, D. Luis de la.—Del hábito de Calatrava y caballerizo mayor del duque de Medina-Sidonia, que, según asegura Novelli, era uno de los más diestros lidiadores á caballo que se conocía en la primera época del reinado de Felipe V.

Peña y Goñi, D. Antonio.—El primer crítico musical de España, cuya concienzuda apreciación y galana frase envidiaron los más notables de Europa. En pocos años se elevó á gran altura, y Barbieri y Arrieta en España, lo mismo que Gounod y otros en el extranjero, han reconocido en él notable mérito. Por pasatiempo tal vez en un principio, por afición después, por hacer manifestación de su singular ingenio y especialísima gracia, escribió revistas de toros, pero ¡qué revistas! Se llamó en ellas *El tío Jilena*, *La tía Toribia*, *La tía Pascuala* y no sabemos qué más; y su lectura por las gentes del pueblo produjo á las Empresas de toros más entradas que un abono de los mayores. Sus famosos artículos *La plaza nueva y la plaza vieja*, *Recibir y aguantar*, y otros muchos, merecieron tan entusiasta aceptación, que todos los aficionados de provincias, de Madrid y de Portugal, le felicitaron por escrito y de palabra por tan notables trabajos. Quien lea sus artículos antes de ver la firma, ó no conociéndole, ha de creer forzosamente que los ha redactado un hijo de la tierra de María Santísima, de esa gran porción de privilegiado suelo, en que todo es más grande que en el resto del mundo. Pureza de dicción, aglomeración de ricas imágenes, superabundancia de frases galanas, estilo levantado, hiperbólicas figuras, todo esto se ve en sus notables escritos; y cuando habla en ellos de tauromaquia, como el asunto se presta, lo hacía con una sal y con una gracia que causan envidia. Joven aún, muy joven, como que nació en 2 de Noviembre de 1846, en San Sebastián, provincia de Guipúzcoa, mereció por su talento ser nombrado profesor de historia de la música en el Conservatorio de Madrid en el mes de Julio de 1879, aunque de este empleo no llegó á tomar posesión. Su afición á la fiesta nacional, y el empeño de muchos aficionados, le llevaron de nuevo á ocuparse en asuntos de toros, que olvidó en una época de media docena de años, y además de escribir famosos artículos en el periódico *La Lidia*, de que fué director, publicó el hermoso libro *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, que alborotó realmente en Madrid y en todas las provincias de España. Por sus méritos como autor de obras de historia de la música, tales como *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*, fué elegido Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, ingresando en tan alta corporación el día 10 de Abril de 1892. Cuatro años antes había dejado de escribir de toros, con promesa de no volver á hablar de ellos; pues á pesar de esa promesa, los aficionados en asuntos taurinos volvieron á saborear su enérgica palabra

y su hermosa facilidad. La fiesta nacional arrastra tras de sí al que una vez la demostró cariño, y mucho más á los poseedores, como él, de un carácter

vehemente y apasionado. No faltó quien dijo, al examinar sus escritos de los últimos años, que el desenfado que en ellos se nota era hijo de su ardiente imaginación, que le hacía juzgar por las impresiones del momento, y que á medida que los años fueron en él haciendo mella, inclinábase, tal vez por efecto de su bilioso temperamento ó excitación nerviosa producida por constantes padecimientos, á agredir, á acometer, y á extremar el ataque. Nosotros sólo diremos, que ese hombre dignísimo era dentro de su casa un feliz patriarca, que al lado de su amante esposa y de sus preciosas y angelicales niñas, hacía las delicias de sus amigos, ya interpretando en el piano las mejores obras de los más clásicos autores, ya dialogando con chispeante gracia. Si su educación francesa le hizo aparecer algo absorbente, ese defecto quedaba muy oculto entre los pliegues de su hermoso corazón.

Falleció en Madrid el viernes 13 de Noviembre de 1896, víctima de terrible pulmonía, y el domingo 15, después de embalsamado, fué conducido con gran ostentación á la estación del ferrocarril del Norte, para transportarle al panteón de familia en el pueblo que le vió nacer. Distinguida concurrencia le acompañó, sintiendo todos cuantos le conocieron tan sensible pérdida.

Peña, José *(Peñita).*—También este chico quiere ser banderillero; y lo será, si aprende y no se tuerce la suerte. No es mala facha, pero no sabe nada, al menos en Madrid no lo ha demostrado. Con el tiempo viene la madurez y con la práctica los adelantos cuando hay buena voluntad.

Peña, Rafael *(Llavero).* — Diestro sevillano, que allá en América, dicen que ha adquirido buen nombre en estos últimos años. Bueno será que lo confirme en la Península.

Peñalver, Manuel *(Badillo).* — Quiere ser torero y quiere matar toros, y á veces los mata; pero... no le llama Dios por ese camino.

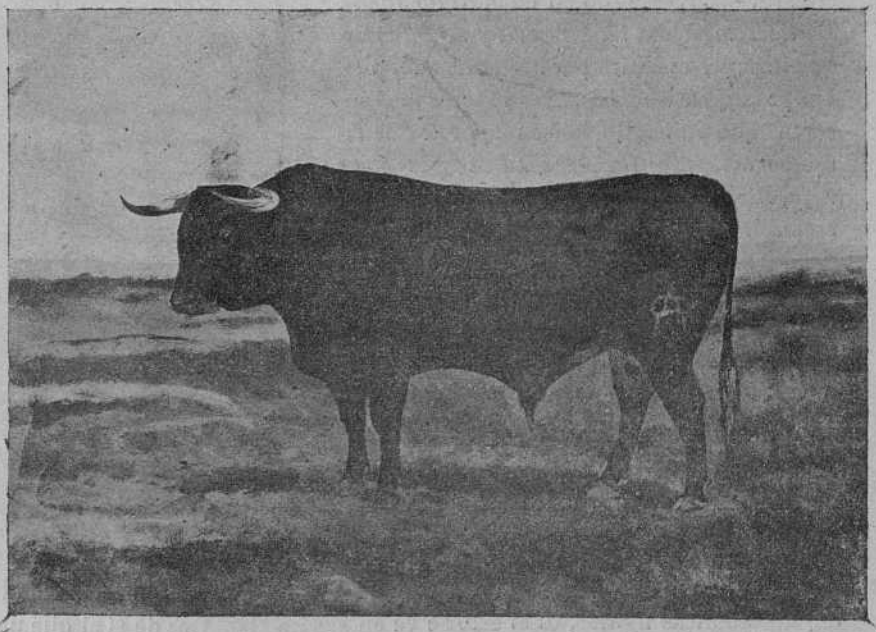
Peones.—La gente de á pié que auxiliaba antiguamente con capas y aun con dardos y rejones cortos á los caballeros que se ejercitaban en la lucha con toros. Todavía por algunos se llama así á los toreros de á pié.

Peralta, D. Evaristo.—La afición á nuestras fiestas de toros, llevó á este valiente militar al extremo de formar cuadrilla de toreros y lidiar en novilladas, acompañado entre otros, del renombrado Antonio Pérez *(Ostión)*, allá por las Provincias Vascongadas. Cediendo á los consejos de Jefes caracterizados, entre ellos el Sr. D. Ricardo García, dejó la muleta y el estoque y volvió al Ejército, donde le esperaba un desastroso, aunque honroso fin. Siendo teniente del Regimiento de Albuera, sublevado en Madrid el 19 de Septiembre de 1886, y estando de guardia en el cuartel, murió gloriosamente, defendiendo la subordinación militar. El Gobierno asistió á su entierro y las Cortes, por una ley, concedieron á su viuda é hijas la pensión de capitán. Fué natural de Sevilla, según nos han informado.

Peralta, Francisco.—En América es muy conocido este banderillero, especialmente en México y plazas inmediatas. Le tienen por inteligente con el capote y regular pareando.

Perder *terreno.*—Es cuando el torero, sea por no salirse á tiempo de una suerte ó por no consumarla bien, queda casi en el sitio que debía ocupar el toro, ó al menos en el terreno de dentro, del cual debe salir cuanto antes del mejor modo posible.

Perdigón.—Toro de la ganadería de D. Eduardo Miura, vecino de Sevilla. Fué dicho toro lidiado en Madrid en primer lugar, en la corrida del 27 de Mayo de 1894 y causó la muerte al primer es-



«PERDIGÓN». — 27 MAYO 1894. — JULIÁ